
3 1761 08695812 1





299

3 exemplar.

EL HONOR DE ESPAÑA.

EL HONOR DE ESPAÑA.


EL HONOR de ESPAÑA
POR
D. R. del CASTILLO
BALDRICH y VILAS, EDITOR
TETUAN.
CASTILLEJOS.
RIO CIN
1860
J. Mª Vialo
fc

BALDRICH é ILLAS, EDITOR.

EL HONOR DE ESPAÑA

EPISODIOS DE LA GUERRA

DE MARRUECOS.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. Rafael del Castillo.

EDICION ILUSTRADA CON PRECIOSAS LAMINAS SUELTAS.



MADRID 1859.
IMPRENTA DE DON ANTONIO GRACIA Y ORGA,
PLAZUELA DEL BIOMBO, NUM. 4.

AL EXCMO. SR. DON LEOPOLDO O'DONNELL, CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES, MINISTRO DE LA GUERRA, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, Y GENERAL EN GEFE DEL EJÉRCITO ESPEDICIONARIO DE AFRICA.

Creo que á nadie mejor que á V. E. puedo dedicar mi novela.

V. E. ha sido la personificacion exacta del pensamiento de la nacion, y yo creeria faltar á el deber que todo español tiene, sino pusiera al frente de mi obra el nombre de V. E.

Quiza esta, no sea todo lo grande, todo lo sublime que V. E. se merezca; tal vez mi pluma no sea la mas á propósito para cantar los hechos de esa gran epopeya que se llama Guerra de Africa; *pero lo que de talento falte, súplalo mi buena voluntad, y si V. E. la acoge con su acostumbrada indulgencia se verá suficientemente recompensado,*

S. S. Q. B. S. M.

EL AUTOR.

PRÓLOGO.

UN MILITAR ESPAÑOL.

De cómo las pequeñas causas producen grandes efectos.

I.



STAMOS en Raast-el-Seric, pequeña aldea situada casi en la raya que separa nuestras posesiones africanas de el imperio Marroquí.

Es la noche del 21 de Agosto de 1859.

El sol abrasador que durante el dia ha sofocado la atmósfera, ha dado lugar á una luna que rodeada de su corte de estrellas, se enseñorea en medio de la azulada cortina del firmamento.

La noche reina con todos sus encantos.

Son las ocho de la noche.

A uno de los estremos de la poblacion, se alza un edificio cuyos calados agimeces, puertas graciosamente arqueadas, y di-

mensiones algo mayores que las de las otras casas, le hacen distinguirse, y comprender que aquella es la residencia del Kabo ó jefe de todo aquel distrito.

Dos moros de rey, con sus largas espingardas, se pasean silenciosos ante la puerta principal.

El edifició está completamente aislado, y al par que sirve de habitacion para el jefe de aquella tribu, sirve tambien de *alcazaba* ó fortaleza para defender el pueblo.

En la parte posterior á la puerta principal, á través de las celosias de una de las ventanas, se distingue una luz.

Por una de las bocas calles que desembocaban en la plaza inmensa que rodeaba á el palacio, pues tal nombre podemos darle, apareció un moro cuidadosamente embozado en un blanco *alquicel*.

Miró á todos lados como persona que desea recatarse, y despues de haberse cerciorado de que nadie le veia, se dirijió en línea recta hasta la ventana, y dió dos palmadas, á las que se siguió inmediatamente el abrirse sin ruido una puerta que al pié de la ventana habia, y aparecer en ella un etiope con una linterna.

—Ola Jafar, le dijo el moro.

—Allah te guarde, contestó el negro.

Y tras estas palabras pasó aquel, y la puerta volvió á cerrarse.

Sin duda el recien llegado conoceria muy bien el terreno en que se encontraba, porque sin vacilar subió por una estrecha y tortuosa escalera de caracol, y atravesando algunas habitaciones penetró en una, de la cual se arrojó al verlo una mujer, en sus brazos esclamando en el castellano mas puro.

—Bendito sea Allah que te trae á mis brazos, Cárlos mio!

El moro, ó mejor dicho el cristiano, pues creemos que nuestros lectores comprenderán perfectamente que un hombre que se llamaba Cárlos, no podia pertenecer á la secta de Mahoma, la separó dulcemente, y haciendola sentar en los mullidos almohadones de seda damasquina que rodeaban el aposento, la estubo contemplando algunos momentos en silencio.

Nosotros nos aprovecharemos de él para describir á estos dos personages que han de representar en nuestra historia uno de los principales papeles.

La mora tenia esa belleza típica de la raza árabe.

Sobre un cutis ligeramente moreno, y entre las largas y espesas pestañas negras, brillaban unos ojos, cuya pupila en su brillante irradiacion espresaba la intensidad de las pasiones africanas.

Una nariz graciosamente arqueada, una boca de niña y un talle tan esbelto como las palmeras de su pais, completaban la hermosura espléndida de esta mujer.

Sin embargo, habia un no se qué especial en aquel rostro, tomaba á veces una espresion tan estraña, que infundia pavor.

Aquella mnjer amada, podria ser un ángel, desdeñada, se convertiria en una furia.

En cuanto á él, era la personificacion exacta de nuestros tipos vascongados.

Alto, bien formado, ojos azules sobre un semblante franco y espresivo, todo en él respiraba un valor á toda prueba, y un alma amante de lo bello y de lo grande.

Cárlos era militar.

Era subtenieute del «fijo de Ceuta.»

Y burlando la vigilancia de sus gefes, ó aprovechándose de la condescendencia de sus compañeros cuando estaban de guardia, iba dos veces en la semana á pasar dos horas con su amada.

. . . .

—Cárlos, dijo por fin la mora rompiendo el silencio. ¿Qué traes que estás tan preocupado? parece que tienes que darme una mala noticia!... Habla, no estés de ese modo, porque esa incertidumbre, me mata mas que tus palabras.

—Has adivinado perfectamente, Zobeiba, una mala noticia tengo que darte. Me vuelvo á España.

Un gemido desgarrador se exhaló del alma de aquella mujer.

Una palidez mortal se esparció por su semblante, su seno se agitaba rápidamente.

Y en los latidos de su corazon demostraba la emocion que sentia.

Su negra pupila se empañó con una lágrima.

Por fin, su dolor encontró palabras para desahogarse, y esclamó con fuerza.

—¿Y eres tú quien me dices que te marchas? ¿Eres tu el hombre que hace cuatro lunas me estás jurando que me amas? Mentira me has engañado infamemente para despues burlarte de mi amor.

—Zobeiba!. .

—Te lo vuelvo á repetir; si tu cariño fuera cierto ¿cómo era posible que así me abandonaras? yo que por tí he sacrificado todo cuanto en el mundo amaba, todas las exigencias de mi pueblo, todo, porque tu has reasumido todas mis afecciones; todos mis deseos, todas mis esperanzas.

—Calla Zobeiba, contestó Cárlos, ocultando á penas un ligero movimiento de disgusto, crees tú que no me es á mi tambien muy dura semejante separacion? pero el militar tiene deberes. .

—No hay deberes cuando el corazon grita, interrumpió con fuerza la mora. Di mas bien que tú tienes algo que te llama mas á tu patria, y no me hables de deberes.

—Siempre han de salir tus celos, Zobeiba.

—¿Y no tengo motivos acaso? Cada dia te encuentro mas frio, mas indiferente, tu voz no murmura ya en mi oido aquellas frases tan llenas de armonia y en las que se adormecía mi alma. Vienes mas tarde que otras veces, y te ausentas mas pronto, quieres esplicarme que significa esto.

—Que tu corazon es demasiado suspicaz, que quieres ser esclusivista y eso es imposible.

—¿Y que mujer no quiere serlo en amores? tal vez las cristianas puedan mirar tranquilas la indiferencia de un amante. pero nosotras las africanas, no, si nos aman, adoramos, pero si nos faltan, sabemos tambien vengarnos.

Fué tan incisiva, tan particular la entonacion con que Zobeiba pronunció las últimas palabras, que Carlos, no pudo menos de estremecerse.

Sin embargo, se repuso, y contestó.

—Mira Zobeiba, hablarme á mi de venganza es una necedad, pues estás convencida de lo poco que temo á la muerte, bien sea á la que tus hermanos dan á los cristianos, bien la que vosotras deis con vuestros venenos Te he dicho que te amaba y te amo, has hablado algo de mi indiferencia, y debo contestarte que quiza no indiferencia pero si, que mi amor se entibia algo, es cierto.

—Qué dices?

—La verdad: soy de una tierra donde la mentira es nn crimen, y la verdad una virtud. Te he amado, te amo aun, pero tu estremado afan de dominio, esos celos infundados con que continuamente me persigues, debilitan cada vez mas mi pasion. Cada entrevista que tenemos, nos cuesta un disgusto, donde no hay un átomo de arena, tú ves una montaña, y mi carácter ni dá esplicaciones, cuando comprende que no ha faltado, ni se humilla á pedir un perdon para el que no he hecho motivo.

—Es decir Cárlos, que has encontrado otra mujer que posee esas dotes que yo no tengo? dijo Zobeiba con una voz tranquila y reposada, indicio seguro de la tempestad que rugia en su pecho.

—Lo que es decir señora, contestó con arranque el militar. es que vos, ó no me comprendeis ó no quereis comprenderme, Os he hablado antes de los deberes que como militar tenia que cumplir, y lo habeis tomado por que no os amaba y me alejaba de vos; os hablo ahora de los defectos que teneis y que son los que únicamente me hacen desgraciado, y les dais un sentido que no tiene; hablando de este modo no nos entenderemos jamás, y como mi único objeto ha sido daros mi último adios, pues parto pasado mañana, recibidlo, y quiera Dios que cuando tengais otro amante lo comprendais mejor que á mi.

Y Cárlos dió algunos pasos hácia la puerta. Pero Zobeiba con la rapidez del rayo se interpuso, y le detubo.

—Oh! Cárlos mio! por el santo profeta te ruego que me perdones ¿Qué seria de mi, probe gacela sin mi amante? No te alejes de mi lado; tu que has sido el oasis encantado que he visto en

el desierto de mi vida, no seas tan cruel que me prives de esa felicidad; yo te prometo no tener celos, no incomodarme nunca, pero no te marches Cárlos ¿tienen nuestros desiertos la culpa de que Allah les haya dado el Simoun: (1) pues tampoco la tengo yo, si mi corazon guarda pasiones tan vehementes. Respondeme, ¿no es cierto que no te marcharás.

—Ya es tarde Zobeiba, ya es tarde.

—Qué quieres decir?

—Que tengo necesidad de cumplir las órdenes de mis superiores.

—Dí mas bien que otra mujer te llama á tu patria, pero guardate Cárlos, guardate de mí, contestó con furia la africana.

—Y erais vos la que hace un momento deciais que no tendriais mas celos?... Cumplis admirablemente vuestra promesa, dijo con ironia el militar, y despues prosiguió con severidad. Eha señora hemos concluido; guardaos vuestros celos, que me importan tan poco como vuestra venganza, me habeis juzgado mal, y siento yo tambien haberme equivocado en el juicio que formé de vos. Adios Zobeiba, adios, y sed muy feliz.

Y antes de que la mora pudiera impedirlo ganó la escalera por donde habia subido y momentos despues estaba en la calle

Repuesta la hija del Kabo de la sorpresa que la partida de Cárlos la habia causado, con voz valvuciente de cólera gritó.

—Aquí Jafar.

Presentóse inmediatamente el negro, y su ama le dijo:

—Prepárate á seguirme.

Envolvióse Zobeiba en su finísimo bornuz, y seguida de Jafar salieron á la plaza, en el mismo momento en que Cárlos penetraba en una de las calles que desembocaban en ella.

(1) Aire abrasador que reina en los desiertos africanos, y que en sus torbellinos suele sepultar caravanas enteras.

II.

En un salon espacioso con primorosos arabescos en los frisos, pavimentos de alabastro, y paredes azules en las que se leian con carácteres rojos algunos versículos del Coran, es donde van á penetrar nuestros lectores.

Esta estancia era la de ceremonia, en el palacio del padre de Zobeiba.

Sentados formando semicírculo ante una especie de trono formado por algunas gradas, se veian diez moros cuyos semblantes en general nada de bueno auguraban.

Sobre dobles almohadones de terciopelo con gruesas franjas de oro, estaba el jefe de la *Kabila* presidiendo aquella reunion.

Graves y silenciosos todos, se conocia que estaban preocupados por algun importante acontecimiento.

El *Kabo* fué el primero que habló.

—Bien sabe Allah, amigos mios, que lo que acaba de decirnos el santo *Faqui* (sacerdote.) Abdul-Aciad, nos ha impresionado á todos, y á mí en particular me ha afectado mas. Conque los cristianos no contentos con habernos arrojado de la tierra que el profeta habia señalado para su pueblo, no contentos con habernos arrebatado nuestra Granada, quieren tambien robarnos el único rincon que nos ha quedado, quieren estender los límites de sus tierras y adelantan sus alcazabas por nuestros dominios.

—Sí; poderoso *Moscamden*, dijo uno de los moros, yo tambien he visto á esos perros *rumys* (cristianos) poner los cimientos de un fuerte, y colocar con gran pompa y aparato un escudo con las armas de su patria.

Un murmullo de indignacion se exhaló del seno de aquella estraña asamblea.

El gefe paseó su mirada por todos los miembros que la componian y preguntó:

—¿Qué os parece semejante audacia?

—Que merece castigarse; ahullaron todos á una voz.

—Y qué dirá nuestro poderoso, nuestro sublime emperador, la columna mas fuerte del Islam, el infalible y el elegido del Señor?

—Si nuestro emperador viera los desmanes de esa canalla, dijo un moro con impetu, tal vez se olvidára de esa apatia, de esa cobardia vergonzosa, que le obligó hace años á firmar unos tratados deshonrosos y que no hace mucho le hicieron entregar un *arrayaz* (oficial) que en buena ley, habian cogido nuestros hermanos de Melilla. Tiempo es ya de que nosotros quebrantemos ese yugo vergonzoso que nos oprime; si el brazo del sultan es harto débil para regir un gran pueblo, nuestros brazos son bien fuertes para manejar el alfange, y nuestro ojo demasiado perspicaz para que las balas de nuestras espingardas encuentren el corazon de los españoles. Esta es mi opinion, y creo que sea la de todos mis hermanos,

—Si, si, Ebu-abú tiene razon gritaron todos. Venganza y muerte á los cristianos.

Por un momento reinó una confusion espantosa.

Todas las manos buscaron bajo los *alquiceles* las empuñaduras de sus gumias, y de todos aquellos labios no salió mas que un grito atronador, inmenso.

—Mueran los cristianos!...

Pero de pronto, á aquel ruido se unió otro, una voz de mujer gritaba en las habitaciones esteriores, ya aquel acento que espresando una cólera infinita, decia:

—Venganza, venganza!

Se unia el clamor de la reunion del Kabo que gritaba:

—Viva el *Moscamden* mueran los españoles, arrasemos sus fortalezas, y apoderémonos de sus plazas.

III.

Pocos momentos despues de los últimos sucesos una gran agitacion reinaba en las calles del Raast-el-Seric.

Rostros feroces espresando la cólera y el ódio, salian de todas las puertas y embrazando la espingarda ó empuñando el yatagan ó la gumia se dirijian apresuradamente hácia la plaza donde estaba la casa del gefe de la Kabila.

Este se dejó ver á los pocos instantes.

A su vista un alarido inmenso atronador se exhaló de toda aquella multitud.

—Mueran los españoles gritaron los moros.

—A eso vamos poderosos creyentes dijo el Kabo, que Allah proteja nuestra empresa y el pueblo marroquí volverá á ser grande como nuestros abuelos le dejaron.

—Viva el Kabo, ahulló la turva.

Y siguiendo á su jefe se lanzaron hácia el campo.

La mayor parte de los moros iban ginetes en esos magnificos caballos descendientes de *Eldeborah* la famosa yegua del profeta.

Mas rápidos que el torbellino del *Simoun* atravesaron el espacio, y pronto se encontraron ante el cuerpo de guardia que estaban construyendo cerca de Ceuta.

Nuevos gritos nuevos alaridos, nuevas demostraciones de furor, estallaron al ver aquella obra sin concluir.

—Ahí teneis, dijo el jefe la nueva humillacion que esos perros querian hacernos.

La esplosion no se hizo esperar mucho tiempo.

Furiosa aquella multitud se lanzó sobre el edificio y á los pocos instantes no era mas que un monton de escombros.

Y no siendo suficiente aquello para calmar la rabia de aquella gente, se arrojaron sobre los pontones que marcaban los limi-

tes de España, y arrancando las armas que sobre uno de ellos se enseñoreaban la ataron á la cola de uno de sus caballos, y en medio de una griteria espantosa, tomaron otra vez el camino tortuoso que conducia á su pueblo.

Allí el espectáculo fué mas animado, mas salvaje si cabe decirlo así.

Toda la Kabila, hombres mujeres y niños, esperaban con viva impaciencia á los valientes que habian ido á ejecutar tamaña empresa, y un alarido inmenso acogió su llegada.

—Hijos, gritó el cabo, ya hemos arrojado el guante contra España y nuestro poderoso sultan Abd-el-Rahman, no tendrá mas remedio que seguir el ejemplo que nosotros hemos dado. Que abra los tesoros que guarda en Beital-Mel (1) y declare una guerra de esterminio á esos bandidos españoles.

Una salva de aplausos acogió las palabros del Kabo, y en su entusiasmo durante algunos momentos, no se vió á la vacilante luz de las primeras horas de la mañana mas que una masa confusa de personas agitando tumultuosamente sus espingardas, puñales y gumias.

— Vamos, encended una hoguera, y concluyamos dignamente una noche que ha de ser muy fecunda para el porvenir; dijo el jefe de la Kabila.

Inmediatamente se formó en el centro de la plaza una inmensa hoguera y en medio de los frenéticos aplausos de la multitud arrojaron á las llamas el escudo con las armas españolas.

Mujeres, niños y hombres poseidos de un vertigo infernal danzaban alrededor de la hoguera, y de tiempo en tiempo se oia una voz inmensa que gritaba:

—Guerra á los españoles! Mueran los cristianos.

Y dominando aquella confusion, aquel verdadero *pandemonium* de gritos, carcajadas, é imprecaciones, se oia una voz de mujer que gritaba.

—Venganza! Venganza.

(1) *Beital-Mel* palacio de las riquezas, es propiedad esclusiva del emperador de Marruecos, donde tiene guardado su tesoro. Está en Mequinez y tiene una guardia especial de dos mil negros para su custodia.

IV.

La tribu de Raast-el-Seric era enemiga de la tribu de Augera que estaba mas cercana á Ceuta que la que hemos presentado á nuestros lectores.

Mas feroces, mas incivilizados los de Augera, no sabian disimular sus pasiones como los de Raast-el-Seric.

Deseando luchar con los cristianos, siempre trataban de provocarlos.

Indómitos y montaraces, no reconocian la autoridad del emperador de Marruecos, ni tenian mas ley que su capricho.

El *Kabo* ó gefe de la tribu de Raas-el-Seric, era ambicioso por naturaleza, traidor por instinto, y odiaba con toda la fuerza de su corazon árabe, á sus vecinos los augerianos.

Poseia todas las dotes de un diplomático consumado, y manteniendo espias entre sus colindantes, sabia cuanto pensaban hacer, y siempre trataba de adelantarse á ellos, si la empresa podia proporcionarle gloria y botin.

La tarde misma en cuya noche empezó nuestra narracion, supo Sidi-Mahomed que asi se llamaba el gefe de la tribu ó kabila de Raast-el-Seric, que los augerianos trataban de destruir la fortificacion que los españoles construian en la línea divisoria y avisando á uno de sus favoritos, le hizo que en el preciso término de dos horas, pintara como pudiera un escudo con las armas de España, bajo el supuesto, que de no estar, lo empalaria.

Semejantes amenazas suelen aquellos tiranuelos musulmanes ejecutarlas cuando no se satisfacen sus caprichos, y si bien las armas no se parecian ni por asomo á las de ninguna

nacion, estubieron para cuando las pidio; y una hora despues de anochecer, salió un ginete y las colocó sobre uno de los postes que marcaban la linea.

Momentos despues llamó el *Kabo* á sus inferiores, y se representó la farsa que ya nuestros lectores conocen.

Aquel rasgo acreció la popularidad del gefe de la tribu de Raas-el-Seric, y le dió la gloria que él deseaba, y evitó el plan de sus vecinos.

Aquel atentado quedó envuelto en el velo del misterio.

Los de Augera, agenos de lo que habia sucedido, mientras los de Raast el-Seric, quemaban el escudo en medio de la plaza, salieron de sus guaridas y se acercaron á la línea.

Su furor no tuvo límites al ver que otros se les habian anticipado, y descargaron su rábia sobre los mojones de piedra, en uno de los cuales estaban grabadas las verdaderas armas de España.

Entonces ante los muros de Ceuta hicieron un solemne juramento de no dejar que ninguna otra tribu se les anticipase en nada y se estacionaron en el Serrallo, para comenzar sus hostilidades en el mismo momento en que los españoles al ver la afrenta que les habian hecho tratasen de castigarla.

Apenas amaneció, sucedió lo que los augerianos habian previsto.

Lleno de indignacion el gobernador de Ceuta, mandó reponer los pontones, y los de Augera, hicieron voto de derribarlos en la noche inmediata.

V.

Cárlos, despues de haber abandonado á Zobeida, y muy ageno de que esta le seguia, cruzó algunas estrechas callejue-

las, y se detuvo ante una casa mas pobre y de peor aspecto que las demás, si era posible que mas pobreza pudiera caber qué la horrible que se veia en todos los demas tabucos.

Llamó de una manera particular á una ventana que habia cerca de la puerta, y momentos despues se oyó una vocecita femenil que gritaba:

—Es Cárlos, padre mio!...

Abrióse la puerta, y se volvió á cerrar despues de haber dado paso al jóven.

Zobeiba y Jafar, habian presenciado todo esto desde la esquina de la calle.

—Quién vive hay, Jafar? preguntó la mora con un acento en que se notaba lo intenso de los celos que sentia.

—El judio Isaac, contestó el negro.

—Y... tiene alguna hija ese hombre?

—Sí, señora.

—Jóven?...

—Quince lunas no cuenta todavía.

—Es hermosa?

—Como la sonrisa de una ohurí.

—Y Cárlos sin duda vendrá por ella, dijo Zobeiba como hablando consigo misma, y balbuceando de cólera.

—Ya lo creo, contestó Jafar, que contemplaba á su señora con una sonrisa de cruel satisfaccion.

Alzó su ama vivamente la cabeza, y le preguntó com ímpetu:

—Qué has dicho?

—Que el señor Cárlos no os ama.

—Mientes, esclavo.

—Todas las noches, despues que se separa de vos, viene aquí.

—Por Allah, que he de hacer que te empalen, miserable, gritó en el colmo del furor la hija de Sidi-Mahomed.

—Vos podeis hacer lo que gusteis; pero eso no os devolverá el amor de vuestro amante.

—Estás cierto de lo que dices, Jafar?...

—Jafar no miente nunca, señora.

—Pero no puede ser; si hace un momento me juraba por el Dios de los creyentes, que si tal supiera...

—Qué hariais, señora, respondió el etiope fijando su ávida mirada en Zobeiba.

—Matarlo! contestó con un acento inmensamente terrible la mora.

Una sonrisa estraña vagó por los lábios de Jafar. Sonrisa que espresaba una satisfaccion miserable, y mas repugnante todavía, porque en ella se veia el goce de la venganza.

Pero de una venganza cobarde y traidora, que no atreviéndose á luchar de frente, se valia de todos aquellos medios rastreros y bajos para llegar á su fin.

Zobeiba entre tanto espiaba sin cesar la puerta de la casa del judio.

Sus lábios entreabiertos dejaban escapar de vez en cuando una especie de rugido, que indicaba claramente la tempestad que bramaba en su corazon.

Su seno se agitaba rápidamente.

De sus encendidos ojos brotaba una luz terrible. Mientras que sus manos apretaban convulsivamente el blanco lino de su finísimo bornuz

Y el tiempo se pasaba, y Cárlos no salia.

Qué hacia, pues, el oficial en casa del judio Isaac?

Cárlos penetró precedido del anciano, en su aposento ochavado en cuyas paredes se veian escritos en caractéres azules, algunos pasages del antiguo Testamento.

Nada mas encantador que aquella estancia.

Mullidos divanes de seda, flores en vasos de porcelana, perfumes que exhalaban sus aromas embalsamando la estancia, todo cuanto la fantasía oriental crea para adornar sus habitaciones interiores, se veia allí.

En uno de los ángulos, habia un clave, cuyas flexibles armonías, al pulsarlos tal vez los marfilados dedos de la jóven que al reconocer á Cárlos habia exhalado un grito de alegría,

añadirian un atractivo mas, á los de aquella encantadora mansion.

—Qué te trae por aquí, nazareno? preguntó el judio á Cárlos.

—El daros mi adios, contestó el militar.

En aquel momento se alzó el cortinage de una puerta que habia en la estancia. y de su cerco se exhaló una mujer, ó mejor dicho, una aparicion celestial.

Imaginaos un rostro oval, fijad en él dos ojos azules como el cielo, sombreadlos de largas pestañas, añadidle una nariz ligeramente arqueada, una boca cuyos lábios se asemejan á un capullo de rosa entreabierto, y que permiten ver unos dientes blancos como el marfil y como él esmaltados, fijad en sus megillas el sonrosado suave de las rosas de Alejandría, poned un sello de pureza inefable y de inocencia virginal sobre este semblante, y rodeadlo de anchas y espesas trenzas de cabellos rubios como el oro, y tendreis una idea de la belleza angelical de Ester.

Pura como la primera sonrisa de un niño, describia en su torno un círculo de niña en toda su inocencia.

Hermosa como los pálidos reflejos de la luna, su belleza hablaba al alma en un lenguaje misterioso, dulcísimo y virginal.

—Qué has dicho, Cárlos? preguntó la jóven con un acento tan suave como el murmullo de las auras agitándose entre los cedros del Lívano.

—Que vengo á daros mi último adios.

Ester empalideció horriblemente.

—Pues qué, te marchas acaso? preguntó Isaac.

—Sí; vuelvo á España.

Una lágrima tan trasparente como una perla, y como ella tan pura, resbaló por las megillas de la judia.

Cárlos la vió.

—Lloras, Ester?

—Sí; con estó con afligido acento la jóven. ¿Acaso en tu pa-

tria no lloran las hermanas cuando se separan de sus hermanos?

—Sí, contestó Cárlos; y cogiéndola una mano, prosiguió con efusion, gracias, hermana mia.

Una mirada de inefable dulzura fué la contestacion de Ester.

—Con que adios, amigos mios; la noche avanza demasiado de prisa, y necesito marcharme antes de ser descubierto.

—Que el Dios de Abraham y de Jacob te protejan, hijo mio, dijo Isaac tendiendo sus manos sobre la cabeza del oficial. Tú nos salvaste un dia la existencia, y desde entonces mi alma ha dirijido al cielo sus plegarias para que seas feliz.

—Gracias, padre mio, toda mi felicidad consiste en poseer vuestra estimacion.

—Y sin embargo, te marchas!... dijo Ester con voz entrecortada por los sollozos.

—Es necesario, contestó Cárlos, afectado tambien por aquella despedida.

—Anda, hijo mio, cumple siempre con tu deber, y en el cumplimiento de él tendrás tu recompensa

—Adios, padre; adios, hermana; aunque esté ausente de vosotros mi corazon se queda aquí.

Isaac abrió sus brazos al jóven que se arrojó en ellos.

Ester nada podia decir.

La pobre niña sentia el dolor por la primera vez, y demasiado se sabe, que el primer dolor es el que mas se siente.

Dieron algunos pasos hácia la puerta.

Cárlos sintió tambien que una lágrima se escapaba de sus ojos.

Quiso ahogar aquella muestra de debilidad y abrió la puerta para marcharse.

—Pero Ester le detuvo casi en la calle ya, y le dijo con un acento en que parecia que se exhalaba su alma:

—Adios, Cárlos!...

El oficial, entonces, preso de una emocion desconocida, la atrajo hácia sí, y sobre aquella frente pura como las nubes, lavó sus lábios.

Dos gritos contestaron á aquel beso.

Uno espresaba un goce inmenso, una sorpresa estraña, una revelacion súbita de un misterio desconocido hasta entonces.

Este fué el de Ester.

El otro espresaba con harta elocuencia los celos, la cólera, el despecho.

Zobeiba fué la que lo arrojó.

Ester ruborosa y palpitante fué á esconder su cabeza en el seno de su padre.

Zobeiba adelantó algunos pasos seguida de Jafar.

Cárlos permaneció inmóvil.

En aquel momento, una mano se alzó sobre su cabeza y un puñal atravesó el costado del oficial, mientras que una voz trémula de cólero decia:

—Acuérdate, Cárlos, las mujeres africanas, sabemos vengarnos cuando nos engañan.

Cárlos cayó al suelo casi cadáver.

Jafar agarrando á su señora por la cintura y llevándola como si fuera una pluma, dióse á correr por las calles que conducian á la plaza.

Ester arrojó un grito horrible, y cayó al lado de Cárlos, mientras que el anciano fijaba sus ojos en el cielo no sabiendo qué hacer ni á quien auxiliar primero de los dos.

FIN DEL PRÓLOGO.

EL HONOR DE ESPAÑA.

CAPITULO I.

En que el autor se vé precisado á trasladar á sus lectores desde Africa á España.

I.



s el dia 22 de agosto de 1859.

Estamos en una casa de pobre apariencia situada en el final de la calle del Avapies.

Una docena de sillas de Vitoria, una mesa de pino pintada, sobre la que se vé un San Isidro de barro, y dos jarritas llenas de flores, cuatro cuadros representando con sus chillones colores, las estaciones del año, son todos los muebles que adornan la estancia.

Unas cortinas de percal blanco encubren la puerta de la

alcoba, en cuyo fondo se distinguen dos camas, no de muchos colchones; pero sí muy limpias.

Si de la descripcion de los muebles pasamos á la de la persona que la ocupa, nos encontraremos con una linda jóven de diez y ocho años, de espresivos ojos negros, de lábios frescos y sonrosados y de frente ancha y despejada.

María, que así se llamaba la jóven, era el encanto de todos los mozos del barrio, y la envidia de todas las muchachas.

Cuando púdicamente rebozada en su mantilla de manto, cubierta con el sencillo vestido de indiana, salia acompañada de su madrina á llevar á la tienda la labor que habia hecho, recogia mas flores en su camino que flores hay en los cármenes encantadores de Granada.

María era huérfana.

Hija de un pobre empleado, á la muerte de su padre, sucedió inmediatamente la de su madre, y no tuvo mas amparo que Dios y su anciana madrina.

Esta era una buena y santa mujer.

Esposa de un honrado carpintero, con la muerte prematura de su marido, se vió pronto reducida á la miseria.

Los pobres son caritativos.

Y la pobre doña Antonia acogió con alegria á la pobre huerfanita.

La viuda de un carpintero, tenia un hijo.

Andres, al contrario de su padre que era juicioso, trabajador y amante de su familia, era perezoso, pendenciero y mala cabeza.

La madrina y la ahijada, trabajaban dia y noche para que despues Andres malgastase en la taberna el fruto de sus afanes.

Andres tenia un primo.

Miguel era su contraposicion.

Era cajista como Andres, y diferente de él era querido y mimado por el dueño de la imprenta en que trabajaban.

Estudioso y aficionado á saber, habia leido mucho, habia estudiado en el gran libro de la desgracia, y su talento se habia esclarecido al desarrollarse.

La señora Antonia sufria horriblemente con la conducta de su hijo.

Miguel adoraba á María con la primera, con la mas pura pasion de su alma.

Prometido esposo de la jóven, veia acercarse el dia de su felicidad con una alegría inesplicable.

María, por el contrario, cuando estaba sola, lloraba, y de dia en dia, sus megillas iban perdiendo su color sonrosado, sus ojos se circuian de ese color que dan las lágrimas y los insomnios, y cuando estaba al lado de su amante, se hubiera dicho que estaba contrariada, que no tenia ni aun accion para hablar.

Sola en el momento en que la presentamos á nuestros lectores, con sus espesas trenzas negras sirviendo de marco á su rostro, con su palidez y sus melancólicas pupilas, era la bellísima imágen del sufrimiento.

Mucho debia preocuparla su pensamiento porque la tela que estaba cosiendo se le cayó de sus manos y la aguja no prosiguió el empezado pespunte.

Una lágrima empañó sus ojos, y como una gota de rocío desprendida del cáliz de una rosa, resbaló por sus megillas y cayó sobre su labor.

En aquel momento llamaron á la puerta.

Fué á abrir despues de enjugar sus ojos, y un jóven penetró en la estancia.

Era Miguel.

El jóven cajista era la personificacion exacta de los hijos del pueblo.

Rostro franco y espresivo, todo en él denotaba la tranquilidad de conciencia, la conviccion de su honradez y la resignacion con la existencia.

—Adios María: y tu madrina, dónde está? preguntó el jóven,

—Ha ido á la tienda.

—Y Andres, cómo no ha estado en la imprenta? Don José está muy incomodado, y á duras penas he podido conseguir que lo siga contando en el número de sus operarios.

Cuan bueno eres, Miguel, dijo María con una espresion marcada de reconocimiento.

—Tú me has enseñado á serlo, María.

La jóven no contestó.

Su seriedad se hizo mas notable.

Parecia que un dolor profundo laceraba su alma.

Su amante la contemplaba sin atreverse á romper el silencio.

II.

—María, dijo al cabo de algunos momentos Miguel. Qué tienes? tan próximo ya nuestro casamiento, y sin embargo, no brilla en tu frente esa alegria pura que ilumina el rostro de las demás mujeres. No tienes acaso confianza en mi cariño?

—No es eso, Miguel, no es eso; dijo por fin la jóven haciendo un esfuerzo.

—Entonces no te comprendo; ¿dudas de mi amor?

—Ojalá no me amaras tanto!... dijo María brillando una lágrima en sus pupilas.

—Qué quieres decir? María, por Dios, respóndeme; hay algo de estraño en tu acento, esplícame el sentido de esas palabras, que por mas que me pregunto no puedo encontrar. Dices tú, la mujer que me ama, la que vá á unir su suerte á la mia, que ojalá yo no te amara tanto!... Vamos, necesito, quiero una contestacion mas esplícita, una esplicacion de eso, María, ¿no es verdad que vas á dármela?

La jóven alzó sus hermosos ojos.

A su palidez habia sucedido un encendido rubor.

Su seno se agitaba con rapidez.

A través del modesto pañuelo de seda que cubria su pecho, podian contarse los latidos de su corazon.

Presa de una violenta emocion, se comprendia que queria hablar y no podia.

Miguel la contemplaba asombrado.

Aquella agitacion, aquellas lágrimas, acrecian doblemente su curiosidad.

Y en su impaciencia, la interrogaba con los ojos y no recibia contestacion.

Por fin María encontró palabras.

—Miguel; le dijo, ¿tienes valor?

—Delante de los riffeños, si llega un dia en que podamos castigar sus ultrages, seré el primero en el ataque y el último en la retirada; pero á tu lado, María, á tu lado, soy tímido como un niño.

—Es que ahora necesitas de todo tu valor.

Y el acento de la costurera se iba haciendo mas apagado, mas sombrío.

—Qué quieres decir, María?

—Que debes renunciar á mi mano.

—Que yo renuncie á tu mano? eso seria lo mismo que pedirle á la tierra que dejase su movimiento: es imposible. Habla, habla pronto, María; porque palabras como esa, palabras que llevan tras sí la agonía de un alma, el dolor, la muerte, necesita una justificacion.

—No puedo dártela, Miguel, no puedo dártela, gritó con angustiado acento la jóven.

—Es que yo la necesito, es que hoy tengo derecho á exigirla, dijo exaltándose gradualmente Miguel.

—Oh! Madre mia! Madre mia!... murmuró María fijando sus empañados ojos en el cielo; tú que desde esa altura ves mi situacion, compadécete de tu pobre hija.

—Pero qué es eso? qué causa tienes para ese rompimiento.

—Evítame el rubor de decírtelo.

—Rubor!... María... Quiero saberlo.

—Nunca! No puedo, no debo ser tu esposa.

—La razon, pronto.

—Miguel...

—Quiero saberlo; gritó ciego de cólera el obrero.

—Pues bien; sea; soy... madre...

III.

Hay situaciones en la vida imposibles de describir.

La de nuestros dos jóvenes era una de estas.

Miguel quedó cual debia quedar el primer hombre al sentir zumbar en su oido la cólera de Dios.

La revelacion de María, le anonadó.

Soñar con un ángel y encontrarse con que sus alas estaban manchadas de cieno.

Entreveer un paraiso y hallarse con un infierno horrible.

Aquella palabra destrozó todas las fibras de su alma.

Hijo del pueblo, poseía esa sensibilidad esquisita que suele encontrarse en nuestras clases obreras.

Huérfano, habia concentrado todas sus afecciones, todas sus esperanzas, su vida entera, en aquella mujer.

—Miraba fijamente á Maria, y pudiera decirse que no la veia.

Queria anonadarla con el peso de su cólera, y no encontraba espresiones para hacerlo.

Y la pobre criatura, cómo estaba entretanto? Habia reunido todo su valor para aquella revelacion, y la habia faltado tan luego como pronunció la palabra fatal.

Sollozante y agitada en sus suspiros y en sus lágrimas espresaba el rubor, la agonía, el sufrimiento que hacia tanto tiempo la torturaba.

Miguel se sentia desarmado por aquel dolor inmenso.

Ahogando su pena, trató de serenar su rostro.

Hizo un esfuerzo violento y consiguió calmarse.

María alzó la vista, y vió en la fisonomía de su amante

aunque serena, la huella sangriénta que la herida de su corazon habia dejado.

Comprendió que habia ofendido á aquel hombre, comprendió todo el daño que aunque sin culpa habia causado, y cayó á sus plantas diciendo:

—Perdóname, Miguel, perdóname.

—Perdonarte yo, María?,.. gritó el jóven alzándola del suelo, tú de rodillas? no es ese tu sitio, junto á mi corazon...

—Miguel!... interrumpió María con un ligero acento de reproche.

—Es verdad, tienes razon; contestó Miguel dominando aquel instante de delirio, y despues con una calma mas terrible que el mismo dolor que sentia, prosiguió: vamos, María, cálmate, ya no es el amante el que te escucha; es el amigo, y la amistad lleva en sí grandes consuelos.

—Oh!... qué corazon!...

—No digas semejantes palabras; no se trata de eso ahora; tu falta puede remediarse, y eso es antes que todo. Te ama el hombre á quien has entregado las primicias de tu amor?...

Un silencio harto elocuente fué la contestacion de María.

—Con que es decir, entonces, que despues de haberte seducido con mentidas frases de cariño, despues de haber destrozado la flor mas pura de tu inocencia, ese hombre te ha abandonado infamemente... Hé ahí lo que sois las mujeres; al hombre que os deshonra, al hombre que os toma como juguete de sus caprichos, le amais, os entregais confiadas á su amor, y mas le adorais cuanto mas daño os hace, y aquel que os idolatra con frenesí, aquel que teme hasta dirijiros la palabra, por temor de que su aliento empañe vuestra pureza de ángel, á ese hombre, le aborreceis y os complaceis en destrozar su alma...

—Calla, Miguel, calla; nunca hubiera creido que hubiese un derecho para insultar á la desgracia, dijo María con voz en que se advertia una dulce reconvencion.

—Es verdad, perdóname. Pero quién puede contener ese acento que grita en el fondo del alma, y que á pesar nuestro rebosa hasta nuestros lábios?... Olvidemos ese incidente y va-

mos á lo que importa. Quién es el hombre que tan infamemente te ha engañado?

—No puedo decírtelo.

—Soy tu hermano en este momento, y tengo derecho para exigirlo.

—Por esa misma razon no debo decírtelo, te comprometerias y...

—Es acaso por mí, por quien sentirias cualquier cosa que pudiera suceder?

—Por tí y...

—Y por él mas que por mí; puedes hablar con toda confianza; si tú le amas, nada le sucederá, tú lo sentirás; y demasiado habrás sufrido ya, pobre ángel.

Uua mirada de profunda gratitud dirijió Maria á su amante.

—Dí, María, dime, quién es?...

—Y qué adelantarás con saberlo?

—Saber si es digno de tí.

—No, Miguel, no te empeñes; tú menos que nadie lo debe saber!

—En ese caso creeré que solo me has dicho eso para evadirte de mi compromiso.

—Nunca; de ese pretesto no me hubiera valido jamás.

—Pues bien, dime su nombre.

—Tanto te empeñas que...

—Vamos, habla, calma mi impaciencia.

—Es... es...

En aquel instante llamaron á la puerta y una voz de hombre gritó desde afuera:

—Abre, María.

—Andrés!... dijo la jóven sin poder reprimir un movimiento de espanto.

Miguel reparó aquello, y una sospecha cruzó por su imaginacion.

—Es Andres, acaso? preguntó á María.

—Sí, murmuró la pobre jóven con apagado acento.

—Pues bien, retírate: quiero hablarle solo.

—Pero..... interrumpió fijando su anhelante mirada en Miguel.

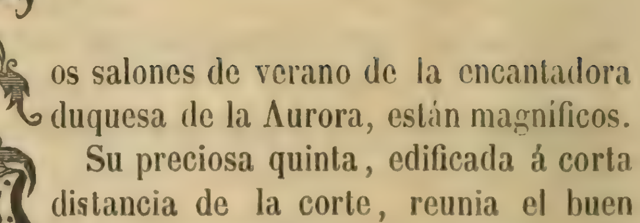
—Descuida, María, tú le amas y es suficiente recomendacion.

María, obedeciendo á Miguel, se retiró hácia las habitaciones interiores, y momentos despues, abierta la puerta por el jóven, penetró Andres en la estancia.

CAPITULO II.

Dos amores para un mismo hombre.

I.



Los salones de verano de la encantadora duquesa de la Aurora, están magníficos.

Su preciosa quinta, edificada á corta distancia de la corte, reunia el buen gusto característico de su dueña, y la comodidad para las *soirees* veraniegas.

Son las once de la noche.

Las salas profusamente iluminadas, y el perfume que penetra á través de las puertas y ventanas que dan al jardin, hacen mas encantadora aquella mansion, que tiene algo de fantástica.

Infinidad de bellezas llenan las habitaciones, asemejáadose á un puñado de perlas esparcidas pródigamente sobre el pavimento de mármol.

La música, en sus cadenciosos compases, se llevó tras sí multitud de parejas, que á despecho del calor, tratan de sofocarse mas.

Dos nuevos personages penetran en las encantadas habitaciones.

La atencion general se fija en ellos.

Los dos son jóvenes.

El uno es poeta, y el otro militar.

Ambos simpáticos, sus fisonomías espresan caractéres diferentes.

Y sin embargo, son amigos íntimos.

En el rostro del poeta se vé un carácter melancólico, reservado y hasta indiferente; pero que á pesar de todo, era altamente simpático.

Elegante, sin afectacion, buen mozo, sin pretensiones, y con un talento que le habia alcanzado infinitos laureles, ocupaba más de una imaginacion femenil.

Y Alberto, que así se llamaba, atravesaba impávido por entre todas aquellas mujeres que anhelaban una palabra de cariño, y solo escuchaban frases de amistad; pero finas, elocuentes, insinuantes y que acrecian mas el amor que ellas le profesaban.

Luis, que era el militar, formaba un estraño contraste con su amigo.

Franco, honrado y bueno, hablaba mucho, y generalmente, siempre mas de lo que debia; pero todas estas pequeñeces pasaban desapercibidas por las demás cualidades que le adornaban.

Su belleza era diferente de la de Alberto; pero, como él era simpático y elegante, y unido á esto su título de conde de Campo florido, eran dotes mas que suficientes para ser bien admitido en la alta sociedad madrileña.

Luis, con su vivacidad acostumbrada, en un instante apre-

tó veinte manos, sonrió á cien jóvenes distintas, y saludó á todas las que encontró en su camino.

Alberto, por el contrario, se sonrió raras veces y sus saludos fueron escasos,

Pronto se vieron separados los dos amigos por la multitud.

Alberto se quedó apoyado en el marco de una de las puertas que daban al jardin.

De pronto, una mano pequeña y suave le tocó ligeramente en el hombro, y una voz argentina le dijo:

—Qué pensativo está el autor de «Las lágrimas.».

—Yo pensativo, Clara?... nada de eso, estoy como siempre› contestó el poeta volviéndose hácia su interlocutora.

—No; esta noche estais mas preocupado que las demás; ya se vé, como os marchais á Marruecos!... dijo la jóven con un acento en qne se advertia algo de reproche.

—Quién os ha dicho eso, Clara?

—Luis de Campo Florido, que hablando ahora con la duquesa, le ha dicho que mañana tenia órden su batallon para ponerse en marcha, y que vos le acompañais. Estraño capricho! prosiguió Clara haciendo un lindísimo movimiento de disgnsto.

—Por qué es capricho estraño, Clarita?

—Porque... porque quereis abandonar á todas vuestras amigas, por ir á contemplar esos rostros que nada de bonitos tienen.

—Pues acaso seria yo tan feliz que tuviese amigas? preguntó Alberto mirando á la jóven.

—Vaya una pregunta!... cuántas de las infinitas que hay en el salon esta noche, no lo son vuestras?

—Es que esas amigas no llenan ese vacio que siento en mi pecho.

—Pues descontentadizo sois, señor poeta.

—Quereis serlo vos, Clara?

—Ya sabeis que hace tiempo lo soy de todas veras.

—Entonces hacedme el obsequio de apoyaros en mi brazo, y paseando os diré el motivo de mi preocupacion.

—Me prometeis no iros á Africa? preguntó Clara con un ges-

lo de coqueteria seductora.

—No me pidais imposibles, Clara.

—Pero la amistad.

—La amistad no puede tener exigencias imposibles de realizar.

—Luego tan decidido estais á abandonarnos?

—Sí, Clara, hay una mano de hierro que á mi pesar me impele á hacer ese viage.

—Entonces ya no me apoyo en vuestro brazo, ya no soy vuestra amiga.

—Vamos, Clarita, no seais niña; yo os daré mis razones y os convencerán.

—Dificililllo creo que ha de ser, á pesar de toda vuestra tan decantada elocuencia.

—Hagamos la prueba y veremos si el resultado corresponde á lo que os he dicho.

—No tengo inconveniente; vamos allá.

Y Clara se apoyó en el brazo de Alberto, y momentos despues se perdieron entre la confusion que reinaba en los salones.

II.

Clara era casi una niña.

Tenia diez y seis años.

Inocente como la sonrisa de un ángel, tenia la forma de muger y el alma del querubin.

Una estrañeza en medio del siglo y de la sociedad en que vivia, no cabia en su pecho el doblez, ni la mentira en sus lábios.

Hija única de los marqueses de Belmonte, habia sido educada por una buena y santa madre que habia hecho de su hija una criatura especial.

Sin los defectos de las demás mujeres, tenia todas las cualidades que las hacen recomendables,

Alberto era antigua amigo de su familia.

Ella le queria como á un hermano, y sufria, si el sentimiento cabia en aquella alma alegre y juguetona, viéndole siempre triste y macilento.

III.

Alberto y Clara seguian recorriendo los salones.

La jóven, con su vivacidad acostumbrada, habia conseguido hacer desaparecer de la frente de Alberto algunas arrugas que la surcaban.

—Vamos, Alberto, me habeis prometido decirme las razones que teníais para ir á Marruecos, y hasta ahora nada me habeis dicho. No sabia yo que érais hombre de tan poca palabra, dijo Clara con un gestecillo de seriedad cómica.

—No os impacienteis, Clarita, voy á cumpliros mi palabra; ¿habeis amado alguna vez?

—Amar!... amar... no sé en que sentido tomareis esa palabra. Yo amo á mis padres, á mi nodriza, á mis flores y á otra multitud de cosas así. ¿Es eso lo que quereis preguntarme?

—No, Clara, no es de ese amor del que yo hablo, es de ese otro sentimiento especial, de ese deseo sublime, al cual le hemos dado el nombre de amor tambien.

—Ah! De ese amor que pintais en las novelas!...

—Y que se pinta como se siente. Decidme, no habeis amado de ese modo nunca?

Clara bajó la vista ruborizándose ligeramente.

Y tartamudeando mas bien dijo:

—Yo?. . no; vaya unas preguntas que teneis.

—No habeis sentidó agitarse en el fondo de vuestro pecho una fibra sin nombre, no habeis sentido un anhelar inquieto, un goce doloroso, una ansiedad sin forma; no habeis tenido sueños en que habeis visto cruzar ante vuestros ojos una forma vaga, desconocida, y que sin embargo fascina, alhaga y ha-

se sentir el despertar, decidme: ¿no habeis sentido nada de esto?

—Y para qüé quereis saber si lo he sentido? preguntó Clara con una seriedad que contrastaba notablemente con su alegria juguetona.

—Porque si no ha sido así, no podeis comprender los motivos que tengo para mi partida.

—Luego vos habeis sentido eso?

—Tal vez.

—Y por lo tanto amais?

—Sí.

—Y sabe la mujer por quien sentis esa pasion el modo con que es amada?

—Es muy posible.

—Y os corresponde?

—No sé.

Se siguieron algunos momentos de silencio.

Clara se habia vuelto séria y pensativa.

Alberto seguia preocupado.

—Vamos, Alberto, dijo al fin la heredera de los marqueses de Belmonte, oprimiendo dulcemente el brazo del poeta; ¿habeis vuelto ya á vuestro eterno mal humor?

—No, Clara; tal vez sean estos los únicos momentos de felidad que disfrute en mi vida.

—No digais eso, dijo Clara; vos aclamado cien veces por un público que no os ha hecho mas que justicia. Vos, que habeis gustado cien veces esos placeres que el mundo reserva á los hombres de talento, ¿no habeis nunca gustado la felicidad?

—Nunca, Clara, podeis creerlo.

Fué tan sentido el acento del poeta, que Clara, á través de su inteligencia de niña, comprendió que en la vida de Alberto habia misterios harto dolorosos.

Insensiblemente se fueron acercando á una de las puertas que daban al jardin.

—Quereis, Clara, que demos una vuelta por el jardin? se aviene tambien esta soledad, este murmullo del aura entre las

hojas de los árboles, los melancólicos rayos de la luna, todo este sueño dulcísimo de la naturaleza, con el estado de mi alma, que parece que gozo, que siento un bienestar que amengua un tanto mis sufrimientos . . . .

—Sí, Alberto, contestó la jóven; ya que la amistad no sea suficiente para calmar vuestras heridas, no os priveis de ese consuelo de la naturaleza.

Bajaron las anchas escaleras de mármol, y momentos despues paseaban por las frondosas calles del jardin.

—Habeis hablado de amistad, Clara, para atenuar mis penas, y no es la amistad lo que yo necesito, es el amor, es ese destello purísimo de un alma que se asocie á la mia, que se identifique con ella, como la sangre con la vida, un amor grande, puro como el rayo del sol que pasa por un cristal, un amor que llenando por entero mi corazon, no le deje lugar para el sufrimiento; un amor, en fin, como el que vos sola...

—Alberto! gritó en esto una voz á espaldas de los dos jóvenes.

Quedó el poeta petrificado.

A haber habido luz, se hubiera visto la trasformacion tan espantosa que se verificó en su semblante.

Clara no pudo menos de notar el estado de Alberto.

Volvió la vista hácia tras y vió una mujer que se acercaba hácia ellos.

La luna daba de lleno en su semblante y le daba una apariencia casi fantástica.

Hay séres en el mundo, que bien sea á través del prisma porque se los mira, bien en las situaciones de la vida en que nos los encontramos, impresionan terrible ó favorablemente.

El rostro pálido de aquella mujer, mas pálido todavía al iluminarle los rayos del astro de la noche, sus grandes ojos negros, sus cabellos de ébano, su talle esbelto, y sobre todo, el momento en que vino á interrumpirlos, hicieron en Clara una impresion desagradable.

—Alberto, le dijo, quién es esa señora?

—Nunca trateis de averiguarlo, Clara, le dijo el poeta con

una voz mas terrible todavía que la espresion de su rostro.

La dama se acercó á ellos, y con un acento un tanto imperioso, le dijo:

—No creia que tuviérais una palabra tan elástica, caballero; me habeis pedido una polka y os he estado esperando en balde.

—Julia!... murmuró débilmente Alberto.

—Vamos, no me ofreceis vuestro brazo? dijo la ama acreciendo la altanería de su voz.

El poeta soltó el brazo de Clara, y momentos despues, Julia, apoyada en sus brazos, se alejaba, no sin haber arrojado antes una mirada de triunfo sobre la pobre Clara, que se quedó sin saber lo que la habia pasado.

CAPÍTULO III.

En el que dos cartas bastarán para esplicar á nuestros lectores los acontecimientos de dos dias.



AN pasado cuarenta y ocho horas desde los sucesos anteriores.

Sentada en una butaca de casa de Kesel, ante un magnífico espejo con marco de plata primorosamente cincelado y cubierto de colgaduras de batista, Clara abandona á sus doncellas las ricas hebras de su dorada cabellera:

El perfume de las esencias, los trinos de dos ruiseñores encerrados en jaulas de alambre de oro, el aroma de los jazmineros que suben del jardin y festonean las ventanas del aposento, y sobre todo, el aire de candor y virtud que allí se res-

pira, hacen del tocador de la heredera de los marqueses de Belmonte una mansion encantadora.

Sin embargo, el rostro de Clara no está tan risueño, tan esclarecido, por decirlo así, como en otro tiempo. Hay una nube en aquella frente otras veces tan despejada.

Será hija, acaso, de la conversacion que tuvo con Alberto dos dias antes?

Sí, lectores mios; Clara habia sentido alguna vez ese latir inquieto del corazon que desea sin saber qué.

Habia sentido muchas veces llenarse sus ojos de lágrimas, y otras, por el contrario, retozar entre sus lábios la sonrisa.

Sueños dulcísimos, en que veia unos ojos posarse sobre los suyos, en que oia un acento armonioso, que pronunciaba palabras de un lenguage desconocido.

Y estos sueños, esta agitacion, no se la habia sabido esplicar nunca.

Pero las palabras de Alberto se lo habian revelado todo.

Habian descorrido el velo que ocultaba á aquella alma purísima los misterios de sus sensaciones.

Clara habia comprendido que aquello era la necesidad de amar que tienen todos los corazones á los diez y seis años.

Faltábale sobre el objeto á quien consagrar su amor.

Buscó entre todos los hombres el original de aquel semblante que habia puesto en su pensamiento, y solo Alberto tenia algunos puntos de semejanza con él.

Los ojos del poeta la miraban siempre con una espresion de tristeza profunda.

Los del fantasma de su imaginacion, por el contrario, irradiaban un destello amoroso, lánguido y abrasador.

Sin embargo, aquellos ojos con distintas espresiones eran los mismos.

El acento, aunque severo y triste el del uno, y tierno y acariciador el del otro, eran del mismo timbre, y unos mismos lábios pronunciaban aquellas palabras diferentes.

Clara, pues, á falta de otro ser mas parecido á su fantasma, hizo de Alberto el objeto de su amor.

Y en aquellas cuarenta y ocho horas que se habian trascurrido, se habia operado una metamórfosis estraordinaria en el corazon de la pobre niña.

El dolor, ese celage que no habia entibiado todavía la pureza de su rostro, estampó su huella sobre su frente.

Mientras fué niña, fué ángel, y los ángeles no padecen.

El dolor la reveló que era mujer.

Y mujer con el amor, el deseo, los celos, la cólera, el despecho y con todos los sentimientos, en fin, de las demás mujeres.

La brusca intervencion de Julia, hirió dolorosamente una de las fibras de su alma.

El terror que se habia retratado en el rostro del poeta, y la prontitud con que ejecutó lo que la imperiosa dama le mandaba, la preocupaban estraordinariamente.

Con ese tacto esquisito que poseen las señoras, comprendió Clara que entre Julia y Alberto habia un misterio terrible del que nacia la supeditacion de éste á la voluntad de aquella.

Y Clara habia pasado dos dias terribles y dos noches de insomnio.

La consecuencia de esto, era la palidez de sus megillas, el círculo de sus ojos y las ligeras arrugas que surcaban su frente.

. . . .

Ya hacia tiempo que las doncellas habian concluido el tocado de su señora sin que esta se apercibiera de ello.

Una de ellas, por fin rompió el silencio diciéndola al presentarle una carta:

—Señorita, esta carta han traido para V.

—Para mí? preguntó con estrañeza la jóven; trae Faustina.

Y la carta que era un tanto abultada, pasó de manos de la doncella á las de la señorita.

Abrióla inmediatamente y bajo el sobre aparecieron un manuscrito y una carta.

Buscó inmediatamente la firma de esta, y no pudo menos

de esclamar con un acento en que se notaba la alegría de su alma.

—De Alberto!.....

Y volviéndose en seguida hácia Faustina, le preguntó:

—Esperan la contestacion?

—No señora; la trajo un anciano y se marchó en seguida.

—Está bien; dejadme sola.

Y momentos despues, Clara devoraba con avidez los caractéres que la mano de Alberto habia trazado.

La carta decia así:

«Querida Clara: cuando recibais esta, ya estaré algunas leguas léjos de vos. En estos momentos puedo descubriros ya el secreto de mi alma. Debo disculparme con vos por la escena de la otra noche.

Os amo Clara, creo que lo habreis comprendido ya, y me lisonjeo con la idea de que este amor no os ha de molestar mucho.

Adjuntas os remitó las memorias de mi vida.

En ellas encontrareis mi justificacion.

Leedlas, Clara, y si brota una lágrima de vuestros ojos, es suficientemente recompensado»—ALBERTO.

Rato hacia que Clara habia concluido de leer la carta y aun permanecian sus ojos clavados en los caractéres.

Como decia el poeta muy bien, una lágrima fué la recompensa de aquel amor.

Volvió á leer otra vez la carta, y sus manos buscaron despues el manuscrito á quien aquellas hacian referencia.

Rompió el sobre y la noche la sorprendió leyendo todavía el manuscrito.

. . . .

Volvemos á penetrar en la estancia de María la costurera del Avapies.

No está sola como la primera vez que la presentamos á nuestros lectores.

Su madrina, la señora Antonia, está sentada en frente de ella.

Un poco mas léjos, de pié, está Andrés.

Los ojos de María demuestran haber vertido muchas lágrimas.

—No te parece que es muy estraño que no haya venido tu primo hace dos dias? preguntó la anciana á su ahijada.

—No sé, madre mia.

—Tal vez está escuchando algun sermon para recitárnoslo despues, contestó Andrés con un acento de profunda ironía.

—Si tú hicieras lo que él, algo mas te apreciarian Dios y los hombres, y no hubieras dado lugar á que te despidieran de la imprenta, le dijo con severidad su madre.

En aquel momento llamó el cartero á la puerta y presentó á la señora Antonia una carta con sello del interior.

La abrieron inmediatamente y María leyó lo que sigue:

Querida tia: no me esperen ustedes para celebrar mi casamiento con María. No la amo y no quiero hacerla desgraciada. He sentado plaza en el batallon de cazadores de Madrid, y regularmente, cuando ustedes estén leyendo esta carta, nosotros saldremos para Africa.

En estos momentos solemnes, tengo que pedirle á V. una cosa y no dudo que acogerá V. benignamente mi deseo.

Andrés creo que ama á María y á María que no le será difícil amar á mi primo.

Apruebe V. su cariño y sean ustedes muy felices acordándose alguna vez del pobre Miguel.»

Durante la lectura de esta carta se habian retratado en las fisonomías de nuestros tres personajes, mil sentimientos diferentes.

El de Andrés espresaba la sorpresa y despues la vergüenza.

El de María el dolor y la gratitud.

Y el de su madrina una admiracion inmensa.

—Pero eso es imposible! esclamó por fin la señora Antonia. Miguel no puede marcharse así! faltar á su palabra, olvidar la fé prometida, quién lo hubiera creido de él!

—Nadie, madre, contestó Andrés, yo voy á descifrar á usted este enigma: Miguel es mas noble, es mas honrado que todos

nosotros, y yo le prometo que á su generosidad sabré corresponder dignamente.

—Habla, Andrés qué significan tus lágrimas, María! prosiguió la señora Antonia reparando en las que asomaban en los ojos de su ahijada, vamos, hablad, no esteis así, qué ha sucedido?

—Yo se lo diré á V., madre, Miguel amaba á María con toda la fuerza de su alma; pero hubo otro que se anticipó á él y que no solamente mereció su amor, sino que abusó indignamente de su inocencia.

—Qué estás diciendo? es verdad eso, María?

La jóven no contestó; pero cayó ante las plantas de la anciana murmurando débilmente:

—Perdon!

—Luego es verdad? y quién ha sido?

—Yo, madre, contestó Andrés.

—Tú! y te atreves á decirmelo?

—Sí, madre, porque si he cometido la falta, V. me perdonará y yo rehabilitaré dignamente á la mujer á quien he ultrajado. Miguel supo todo esto, Miguel me habló á mí y yo cometí la imprudencia de no escucharle, pero hoy que su generoso proceder me traza las huellas que debo seguir, le prometo á V. que María será mi mujer ante Dios y ante los hombres, despues yo sé lo que debo hacer.

—Y tú le amas, María? preguntó la señora Antonia, estraordinariamente sorprendida de lo que se le acababa de revelar.

—Sí, madrina, con toda mi alma.

—Y has despreciado á Miguel?

—No, señora; le he confesado la verdad y él ha sido el generoso que ha renunciado mi mano.

—Dénos V. su consentimiento, madre, dijo Andrés, y hará V. nuestra felicidad.

La señora Antonia no sabia qué contestar.

La sorpresa, el temor, la dicha, embargaban sus sentidos.

Por fin, era madre; y qué madre en el mundo se ha negado al llamamiento de su hijo?

Abrió sus brazos, y estrechando á los dos contra su pecho, les dijo:

—Sed felices, hijos mios, y quiera Dios, Andrés, que la virtud de tu esposa te haga ser mejor marido que has sido buen hijo.

—Yo se lo prometo á V.; la leccion que acabo de recibir, ha iluminado lo suficiente mi razon, para que olvide mis errores pasados y mi porvenir compense dignamente esos estravíos que tantos disgustos le han ocasionado.

CAPITULO IV.

En que el autor suplica á los lectores que no sean aficionados á la política que pasen por alto este capítulo.

CUATRO siglos hacía que el estandarte de la media luna habia dejado de ondear en nuestra patria cuando un puñado de moros osaron atentar á una de nuestras plazas fronterizas.

Reparar uno por uno los insultos, las peripecias que desde que Isabel la Católica clavó el estandarte de la Cruz sobre el minarete mas alto de la grande *aljama* (1) de Granada, han mediado siempre entre los españoles y los moros seria materia demasiado árdua para los límites de nuestra novela.

(1) Mezquita.

El leon de España, aquel leon á cuyo rugido en algun tiempo temblaron entrambos mundos, entre sus eges yacía en una postracion que casi se asemejaba á la muerte.

Todas las naciones, todos los pueblos, se burlaban de su apatía, y hasta los mismos españoles murmuraban del letárgico sueño de la madre patria.

Los moros degenerados tambien, pues las razas de los gomeles los zegríes y los abencerrages, aquellas razas que tan buenos caballeros dieron en su época, desaparecieron no dejando tras sí mas que el recuerdo; osaron tambien insultar nuestro pabellon, creyendo en su cándida ignorancia que las bayonetas de los soldados del siglo XIX no serian tan fuertes como las lanzas de los caballeros del siglo XV.

Melilla, ostigada continuamente por los moros, obligada á repeler la fuerza con la fuerza, reducida muchas veces á pasar dias y dias sin que nadie pudiera salir de la plaza por temor de las espingardas rifeñas, es un ejemplo harto elocuente de la verdad de nuestro aserto.

Envalentonados con esta apatía ó la imposibilidad de nuestros gobiernos anteriores, creyendo miedo ó debilidad lo que solo era tal vez carencia de recursos, llevaron mas allá su audacia.

Hollando los tratados hechos hace algunos años, faltando á todas las leyes y arrojando la máscara, se lanzaron sobre las mojoneras que marcaban la línea divisoria del campo marroquí, y el español; derribaron el cuerpo de guardia que en ellas se estaba construyendo, y arrastraron por el suelo las armas de España; aquellas mismas armas, ante cuya enseña huyeron despavoridos á ocultar su vergüenza al otro lado del Estrecho.

Todos los ojos, todos los pensamientos se volvieron hácia el gobierno y el hombre que estaba á su frente, mas sagaz, mas determinado, mas feliz, si cabe decirlo asi, en su idea, hizo despertar al leon de España, que al sacudir su encrespada melena contemplaron atónitas las naciones, lo terrible del leon y el talento del hombre que le habia hecho salir de su letargo.



EXCMO. SR. D. LEOPOLDO O'DONNELL, GENERAL EN GEFE
DEL EGÉRCITO DE AFRICA.

El conde de Lucena, fiel intérprete del espíritu público, acudiendo primero á las comunicaciones amistosas, ganando tiempo tal vez con ellas, no produjeron el efecto que se apetecia puso en muy poco tiempo á la Nacion en el estado no solo de vengar los ultrages hechos, sino de indemnizarse con creces de aquellas ofensas.

«Si Isabel I los arrojó de España, Isabel II los conquistará» dijo; y bajo su poderosa fuerza de voluntad, al impulso de su pensamiento llevó un ejército á las playas africanas al que su voz y su ejemplo conducirán indudablemente por la senda de la gloria y que en jornadas tan gloriosas como los asaltos de Granada, la toma de Oran y las batallas de Covadonga, lavaron los ultrages hechos en los dias 21, 22, 24 y 25 del mes de Agosto de 1859.

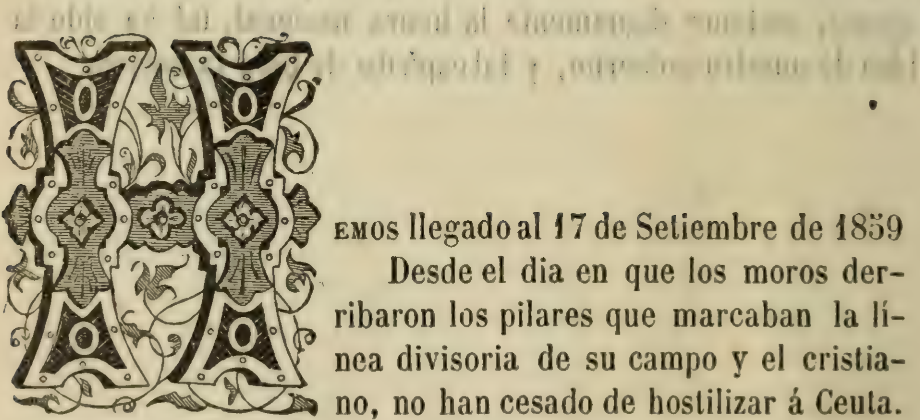
Tales han sido descritas á grandes rasgos las causas de nuestra guerra con los marroquíes.

Vengar los insultos hechos á nuestro pabellon, llevar la civilizacion, esa nueva palanca de Arquímides que mueve en todas direcciones el mundo intelectual, á aquellas apartadas regiones, sostener dignamente la honra nacional, tal ha sido la idea de nuestro gobierno, y tal espíritu de toda la nacion.

CAPITULO V.

El ataque del Serrallo.

I.



Hemos llegado al 17 de Setiembre de 1859 Desde el dia en que los moros derribaron los pilares que marcaban la línea divisoria de su campo y el cristiano, no han cesado de hostilizar á Ceuta.

Reunidas ya las fuerzas si no suficientes para penetrar en el territorio marroquí, al menos las necesarias para castigar la osadia de aquellas tribus bárbaras, se determinó de hacer una salida al efecto.

Los cazadores de Madrid, los de Barbastro, parte de los de la Albuera, los moros *mogataces* y algunos otros, formaron una pequeña division que al mando de sus entendidos y bi-

zarros gefes, se hallaba decidida á vengar los insultos hechos á su pabellon.

II.

Los augerianos desde el momento en que habian arrojado el guante á los españoles, comunicaron la nueva á las tribus vecinas y las llamaron en su auxilio.

Todos los moros de las montañas se apresuraron á acudir á aquel llamamiento.

Aquellas tribus salvages que no reconocian mas ley que su capricho, ni mas señor que el gefe de ellas, estaban deseando mucho tiempo hacía; no romper el yugo, porque no habia tal por parte de España, pero sí entrar en guerra con los españoles.

Para aquella gente belicosa por naturaleza, era la guerra una necesidad, y cuando sus continuas disputas y sus cuestiones con las tribus comarcanas les daban alguna tregua, siempre habia sido su único deseo, el de humillar el honor de España.

III.

Reunidos todos los gefes de las tribus en medio del campo, bajo la presidencia del Scheriff, debatian tumultuosamente sobre el asunto de que nos venimos ocupando.

Sentados sobre el suelo formando círculo, diez ó doce ancianos, escuchaban con atencion lo que les decia el presidente de aquella estraña asamblea.

—Si, mis buenos hermanos, los *rumys* han reunido sus fuerzas, han recibido mas soldados, de esos que se venden y quieren amedrentarnos haciendo alarde de su fuerza. Kaleb nuestro

fiel espía, me ha comunicado estas noticias; me ha dicho tambien que se susurraba en Ceuta que los españoles iban á llevar tropas á Algeciras, y en fin, que todo anunciaba que se hallaban dispuestos á hacer en nosotros un castigo ejemplar.

Calló el anciano y por un momento nada interrumpió el silencio.

Todos estaban preocupados con las palabras del anciano.

Alzó la cabeza el padre de Zobeida, paseó su vista por todos los circunstantes y dirijiéndose al Scheriff que presidia la reunion, le dijo:

—Nunca creí, poderoso Scheriff que hablaras de semejante modo. ¿Cuándo han temido los valientes hijos de Mahoma á los soldados de cruz? Si los cristianos entraron en Granada, ¿fué acaso por la menos bravura de nuestros antepasados? Si Boadil *el Zogoibi* hubiera tenido de valiente, lo que tenia de astuto, aun el estandarte rojo del profeta tremolaria sobre el *mirab* (torre) mas alto de la grande *aljama* (mezquita) de Granada. ¿Hemos dejenerado nosotros acaso de nuestros ascendientes? hijos del desierto, hermanos de los leones y pujantes como ellos, donde quiera que las tropas españolas se presenten, las hojas de nuestros *yataganes* sabrán abrirse paso hasta sus corazones. Se conoce Scheriff, que la edad ha entibiado tu sangre, porque....

—Por el santo profeta, que sino fueras tú el que ha pronunciado tales palabras, de otro modo hubiera contestado. Llamas cobardia á lo que solo es prudencia, ¿quién te ha dicho que nuestros hermanos sean menos valientes que los gazures y los abencerrages? Yo solo he dicho lo que Kaleb me ha anunciado, que los españoles se preparan y que nosotros no debemos estar desapercibidos, que hemos arrojado el guante y que debemos estar preparados para las consecuencias, para esto os he pedido vuestro consejo no para luchar, creo que me habeis visto siempre en todas las escaramuzas que hemos tenido siempre con los rumies, el primero en acometer y el último en retirarme, y pluguiera á Allah que antes que empañar

mi vida con un acto de cobardia, se cierren mis ojos á la luz del sol.

En aquel momento una griteria inmensa vino á interrumpir el consejo de los moros.

Se oian tiros á lo lejos y acercándose al Scheriff un moro que venia corriendo, le dijo.

—Poderoso padre de los creyentes de Augera, los rumis han salido de sus muros y se dirijen hácia estos sitios, nuestros hermanos están luchando en toda la línea y solo esperan tus sábios consejos y tu indómito valor.

Al oir tales palabras, todas las manos buscaron la empuñadura de los *yataganes* y todos los gefes que componian el congreso musulman, se levantaron tumultuosamente.

—Hermanos, gritó entonces el Scheriff, la ocasion ha llegado; antes que retroceder otra vez á nuestras montañas, juremos todos por la santa *Kaaba* (1) derramar hasta la última gota de nuestra sangre.

Dirijieron todos los moros sus manos hácia la parte de Oriente y con voz fuerte y serena gritaron:

—Lo juramos.

—No olvideis, hermanos mios, prosiguió el Scheriff, que el que muere por las glórias del Zilan va á disfrutar al paraiso las delicias prometidas por Mahoma á los valientes.

Mil aclamaciones acojieron las palabras del Scheriff y momentos despues todos los jefes corrian á todo el galope de sus corceles á ponerse á la cabeza de sus respectivas tribus.

IV.

Como ya hemos dicho anteriormente, las tropas de Ceuta hicieron su salida deseosas de vengar los insultos hechos á nuestra razon.

(1) La gran mezquita de la Mecca.

Iniciado el combate por los cazadores de Madrid, presto entraron en fuego todas las tropas, al que contestaron los moros con otro no menos nutrido y vigoroso.

Cada vez se hacía mas encarnizado el combate.

Los españoles adelantaban terreno á costa de algunas víctimas.

Los moros, por el contrario, retrocedian en direccion al Serrallo.

El humo de la pólvora llenaba el espacio.

El estruendo de los tiros, el relincho de los corceles, las voces de los jefes, los toques de las cajas y cornetas, unido á los gritos de los heridos y á los gemidos de los moribundos, formaban un cuadro, que si bien tenia mucho de aterrador, no carecia de sublimidad.

Belona, suelta al viento su flotante cabellera, se paseaba por el campo de batalla en su carro de ébano tirado por los caballos el terror y el pavor.

Luis á la cabeza de su compañía, cargaba con ímpetu á los moros.

De pronto, efecto de una de las peripecias del combate, se encontró ante el jefe de la tribu de Raast-el-Seric.

Tirar del rewolver, arrojarle del caballo y amenazarle con la punta de su sable, fué obra de un momento.

Pero en aquel instante supremo, una mujer como evocada por el génio fantástico de las batallas, y como él pálida y sombría, cayó ante los piés del oficial.

—Perdon! perdon para mi padre!

Luis retrocedió un paso.

La hermosura fatídica de Zobeida, pues tal era la jóven que se habia arrodillado ante él, le sorprendió estraordinariamente.

Por fin se repuso, y bajando el arma contestó á la jóven:

—No temais, señora; un oficial español no hiere jamás á sus enemigos indefensos. Levantaos, anciano, tomad vuestras armas y en medio del combate nos encontraremos otra vez.

Tras estas palabras, volvió bruscamente la espalda al padre y á la hija y se fué á buscar nuevos enemigos á quien vencer.



NO TEMAIS; UN OFICIAL ESPAÑOL NO HIERE JAMAS Á SUS ENEMIGOS INDEFENSOS.

La mora y el anciano no encontraron palabras que contestar á la accion del oficial, y el segundo volvió á perderse entre el torbellino de los combatientes.

V.

Al poco tiempo los gritos de nuestros soldados demostraban la victoria que acababan de conseguir.

Rechazados los moros hasta el Serrallo, habian tenido que abandonar tambien esta última posicion á la pujanza de las bayonetas españolas.

Aquel hecho de armas era una página brillantísima para la historia contemporánea.

La guerra de Africa contaba ya en sus crónicas con unos valientes de menos, pero con un hecho glorioso.

CAPITULO VI.

En que se vé que es mas difícil librarse de los tiros de una mujer que de las balas de las espingardas africanas.

LLEGAMOS á Tánger.

Aun no se sabe el resultado de las negociaciones entabladas por el gobierno español con el marroquí.

En una habitacion ochavada, de airosa cúpula sostenida por airosas columnas de mármol blanco, con paredes primorosamente pintadas y caladas ventanas de arcos de herradura, sentada sobre los blandos cojines de seda, una mujer, fija su mirada intensa, ardiente y abrasadora sobre un jóven que á algunos pasos de ella se apoya contra una de las columnas de la estancia.

Ella poseía esa belleza típica de la raza árabe.

Era estremadamente hermosa, y sin entrometernos en detalles, solo diremos que era considerada en Tánger como la belleza mas encantadora de la ciudad.

Zaida era la hija única del opulento comerciante Abdel-Abaas.

Educada con todo el rigorismo musulman, no habia visto la calle mas que á través de las celosías de sus agimeces.

Jamás habia comprendido que hubiera en el mundo otro amor que el que ella profesaba á su padre.

Pero un dia entró en la tienda de Abdel un estrangero, y Zaida sintió entonces una agitacion estraña.

Ya hacía tiempo que el estrangero habia salido de la tienda, y aun tenia su imágen ante sus ojos.

Aquella noche no durmió Zaida.

Se habia operado en ella una revolucion espantosa; la hija del comerciante, amaba, y amaba con la primera pasion y con toda la vehemencia de los corazones africanos.

Y sin embargo, aquel amor era un pesar para ella.

Amaba sin saber á quién, amaba sin ser correspondida, y amaba á una persona á quien tal vez nunca volveria á ver y á quien tal vez no podria hallar.

Y se pasaron dias.

Al cabo de ellos, volvió el estrangero á la tienda y Zaida pudo contemplarlo.

Su amor acreció doblemente y se hizo tan intenso, que incapaz de contenerlo, su alma rebosó hasta sus lábios.

Su sagacidad de mujer, le hizo averiguar de su padre quién era aquel caballero.

Y valiéndose de cuantos mil medios puede inventar la imaginacion de una mujer enamorada, consiguió por medio de su nodriza que el estrangero penetrase donde jamás se habia puesto mas pié de hombre que el de Abdel-Abaas.

II.

El caballero de quien se habia enamorado Zaida, era Alberto, el amante de Clara, que segun habia dicho á la jóven en su carta, se marchaba al Africa desesperado. . . . . .

. . . .

Aun no se habian dicho una palabra ninguno de los dos.

Zaida no sabia que decir; mil emociones desconocidas embargaban su corazon.

Alberto esperaba que le preguntaran para contestar.

Por fin, viendo que aquella escena muda se prolongaba demasiado, rompió el poeta el silencio preguntándole en el árabe mas puro:

—En qué puedo complaceros, señora.

Zaida tardó algun tiempo en contestar.

En aquel momento, el pudor innato á la mujer le impidió decir una palabra.

Alberto empezaba ya á cansarse de aquella posicion y volvió á decir:

—¿No me respondeis señora?

—Dime, cristiano, ¿como has abandonado tu patria para venir á la nuestra?

—Porque para los dolores que torturaban mi alma no habia mas que un lenitivo que pudiera calmarlos, y ese lenitivo estaba aquí, en este país, en estas costumbres nuevas, en esta vida que se respira aquí diferente que la de mi patria; ademas que teniendo ofensas que vengar de los moros para un ciudadano español es lo primero la honra, y aquí teneis las razones que me han hecho abandonar mi patria.

—Conque segun eso, ¿eres mi enemigo? preguntó Zaida.

Nunca lo hemos sido los españoles de las señoras contestó Alberto con galanteria.

—Y te has dejado tu patria, tus parientes y tal vez tu ama-

da por venir á luchar en un pais desconocido? preguntó Zaida con un acento en que se advertia un anhelo inmenso.

—Sí, en primer lugar, no tengo padres; huérfano bastante niño, no he podido gozar de sus caricias, jóven mas tarde no he poseido jamás ese goce purísimo del amor.

—Luego ¿no has amado nunca?

—Nunca.

Fué tan inmensa la alegria que se reflejó en el rostro de Zaida, que bastante conocedor del corazon humano, comprendió lo que pasaba en el de la mora.

La hija de Abdel-Abaas, al sentir la mirada intensa del poeta fija en su rostro, se colorearon sus megillas con un ligero carmin, inclinó sus bellos ojos al suelo que brillaban de placer.

Volvió á reinar el silencio en la estancia.

Cada uno de los dos estaba entregado á sus pensamientos.

El español pensaba en el medio mas decoroso para renunciar al amor de Zaida sin ofender á esta.

Repugnaba á su alma noble, mentir un amor que no sentia.

Y su situacion se hacía cada vez mas dificil.

Zaida era hermosa, ya lo hemos dicho, ¿y qué hombre al lado de una mujer bella y enamorada no tiene un momento en que se deja arrebatar por este doble encanto?

Alberto lo comprendia asi y no sabia porque medio cortar aquella entrevista.

En cuanto Zaida, el gozo que habia sentido al saber que Alberto no habia dejado amores en su patria, ahogaba las palabras en su garganta.

Si él no ha amado nunca se decia la dama, ¿qué razon ha de tener para no aceptar mi amor? y de ahí que su corazon saborease dulcísimamente todas aquellas emociones nuevas que sentia.

III.

—¿No teneis nada mas que mandarme, señora? preguntó por fin Alberto dando algunos pasos para marcharse.

—Oh! no te vayas, cristiano, no te vayas; esperimento un placer tan nuevo para mí, oyéndote hablar!... contestó Zaida tendiendo sus manos en ademan suplicante al jóven.

—Os agradezco infinito esa indulgencia con que me tratais, indulgencia cuyos motivos no puedo adivinar.

Yo te lo esplicaré: ¿tú no has amado?

—No, señora.

—¿Te has visto privado siempre de esas caricias, de esos goces de la familia? Lo mismo me ha pasado á mí: mi padre, entregado siempre á sus cálculos, jamás ha tenido una hora que dedicar á su hija, y sin una madre que hubiera podido atenuar esta falta, he pasado ratos tan crueles como los que tú habrás sufrido, y tú, como yo, sin duda habrás sentido esa necesidad, ese deseo ardiente de amar, de concentrar todas tus afecciones en un ser que reasuma en sí las afecciones de los padres y el cariño de los amantes. ¿No es cierto que tú has sentido todo eso?

—¡Señora!...

—Es inútil ya el disimulo, me seria imposible seguir callando mas tiempo!... Te amo, cristiano, tú has realizado todos mis sueños de ventura; yo, pobre niña, no habia comprendido que hubiera en el mundo otra afeccion mas santa y mas pura que la de un padre, no creia que se pudiera amar de otro modo, yo no sé cómo amarán las mujeres de tu pátria, no sé si estará bien ó mal hecho lo que hago, y mi lábio jamás podria decirte otra cosa! Tú dices que los españoles no sois enemigos de lás mujeres de mi raza, pues bien, dime ahora si tú no sientes por mí esta misma clase de sentimientos que tú me has inspirado.

Alberto permaneció en silencio algunos momentos; para hablar tenia que engañar á aquella mujer, y la mentira le repugnaba.

Su situacion era terriblemente comprometida.

El recuerdo de Clara no se apartaba de su pensamiento.

Y sin embargo, era Zaida tan hermosa!...

Que entre el recuerdo de aquel pasado sublime y la pers-

pectiva de este presente tan encantador, fluctuaba Alberto sin saber por cual de los dos decidirse.

Por fin, viendo la impaciencia con que Zaida esperaba la contestacion, la dijo con aquel aspecto sereno que se avenia tambien:

—Las palabras que habeis dicho, en medio de lo infinito que me alagan me entristecen sobre manera, vos me amais y yo no debo engañaros. En mi corazon no hay amor suficiente para pagar el vuestro, señora.

—Qué quereis decir, preguntó Zaida empalideciendo estraordinariamente.

—La verdad, no oireis de mis lábios otra palabra.

—¿Segun eso, amais á otra mujer?

—Hé amado, señora.

—¿Y os ha olvidado tal vez?

—No me ha amado nunca.

—¿Y de eso nace el que no me ameis á mí? ¿soy yo acaso menos hermosa que ella? dímelo, y si así fuera, yo rogaria á Allah con tanto fervor, que al fin me concederia la belleza de las encantadoras ohuries del paraiso. Habla, por el Dios altísimo y único te suplico que me digas si es mi fealdad la que te impide amarme.

Zaida estaba sublimemente hermosa al pronunciar estas palabras, ligeramente empañados sus ojos por las lágrimas, se asemejaban al eterno helado de la violeta esmaltada con las gotas del rocío.

Palpitante el alto y abultado seno, entreabiertos los lábios, temblorosa la voz, Zaida era la personificacion exacta del sentimiento.

Si un musulman la hubiera visto en este instante, la hubiera creido una de las ohuries del eden, llorando la pérdida de la sonrisa de Allah.

Vista por Alberto, le parecia al poeta la bella imágen de Dido llorando la ausencia del ingrato Eneas.

—No es vuestra falta de hermosura, la dijo, la que me prohi-

be amaros; porque si mujeres divinas tiene la raza africana, vos sois, sin disputa, el prototipo de su divinidad.

—Entonces, no comprendo!...

—Los arcanos del corazon, que quiera Dios no comprendais nunca. No sabeis lo horrible que es concentrar la vida, el pensamiento en la mujer, que esta mujer nos acaricie con sus miradas, y que al revelarla nuestro acento el amor que nuestro corazon atesora para ella, sus lábios serian de nuestras protestas, y sus palabras destrozarian nuestras mas puras creencias, nuestros mas deliciosos ensueños.

—¿Y tú has sufrido todo eso? ¿ha habido una mujer que ha destrozado tu corazon? Pues bien; deja á otra que recoja sus fragmentos, que bajo el influjo de sus miradas, de sus palabras de consuelo, haga renacer en él la felicidad. Entrégame á mi esos despojos, y en cambio te ofrezco un corazon ardiente, impetuoso, un corazon que te ama con delirio desde que te vió, con un amor que cada dia que ha pasado sin verte, ha aumentado un grado en la esperanza mas. Tú amabas con un cariño ciego y te han engañado!...

—Señora!... interrumpió el poeta que veia á su pesar que su corazon palpitaba con demasiada rapidez.

—Déjame concluir, cristiano. Yo te daré esos inefables consuelos que solo una alma enamorada puede prodigar, amaré lo que tú amas, aborreceré lo que aborrezcas, y nuestras dos almas se asemejarán á dos granos de arena confundidos por el torbellino del *Simoun*. Habla, pídeme cuanto amor quieras, que siento en el corazon el suficiente para anegar tu alma.

Y ruborosa, palpitante, fija su escandecida mirada en el rostro de Alberto, doblemente hermosa bajo la influencia de su amor, calló Zaida esperando la contestacion del jóven.

Este, sorprendido al principio, temeroso luego al ver aquel inmenso amor que se desbordaba del seno de la africana, y finalmente, alhagado algun tanto por aquel lenguage apasionado, embriagador, por aquel perfume de pureza que en medio de su atrevida declaracion se exhalaba de ella

Viendo una mujer hermosa, y bajo su escitacion mucho mas

bella, pidiéndole aquellos fragmentos de cariño en pago de su ardiente idolatría, quedó suspenso un rato, mas reponiéndose en seguida y abrazando de una ojeada su corazon, comprendió que no habia fuerza para corresponder al de Zaida, y con un acento respetuoso y dulce, pero firme, contestó:

—Señora, os suplico me perdoneis si voy á herir otra vez vuestro corazon. Lo necesito infinitamente y este será otro dolor que tenga en mi existencia; pero como seria mas terrible para mí, el que llegase un dia en que me dijérais que os habia engañado, quiero de una vez que me aborrezcaís y olvideis vuestro amor.

Ya os he dicho que he amado, y me resta deciros que amo todavía, que cada vez la amo mas, cuanto mas imposible se ha hecho para mí esa mujer; ya un momento adormecido bajo la suave irradiacion de vuestros ojos, os diria que os amaba, tal vez corresponderia á vuestras caricias, pero separado de vos, señora, os olvidaria, el fantasma de aquella mujer se levantaria mas grande, mas potente y la adoraria mas; despues vos me pediriais amor, y yo no sentiria hácia vos mas que deseos, y como seria tan incapaz yo de pediros vuestra honra, como vos para concedérmela, nuestra vida seria un infierno que concluiria por quedar vos con el alma desgarrada y yo con el remordimiento de haberos hecho desgraciada. Por eso, señora, no me es posible aceptar vuestra oferta, que me enorgullece y aprecio en su justo valor, y podeis creerme, tengo un sentimiento profundo al deciros esto, porque la única gota de placer que en mucho tiempo se ha acercado á mis lábios, me es muy triste tener que rechazarla, porque... porque siento una cosa estraña en mi corazon... un latido... en fin, señora, concluyamos, mas vale el dolor de un dia que la desesperacion de toda una existencia.

Con asombro escuchó Zaida al poeta, aquella grandeza de sentimientos la entusiasmaba y le hacia amar mas y mas; á aquella negativa tan sublimemente formulada, sintió un dolor infinito; pero las últimas palabras del jóven, en las que se traslu-

cia algo que él no queria esplicar, reanimaron su esperanza, y le dijo:

—Tienes razon en parte, no en todo; demasiado sé que tu amor no me podia pertenecer por entero; pero ya me encargaria yo de desterrar dia por dia del fondo de tu pecho la imágen de esa mujer, seria una tarea costosísima, ¿pero hay algo imposible para la mujer que ama? has dicho que por mí no podias sentir mas que deseo, y has tenido razon al pensar que yo no me entregaria á ti.

Mi alma africana podrá ser atrevida como el águila del atlas, hasta el punto de saltar por todo y decirte: «te amo, toma mi corazon;» pero deshonrarme, jamás. Vamos, cristiano, acepta mi cariño, dame tu amistad, que yo te prometo hacerla que se trasforme pronto en amor.

Era tan incitante, tan embriagador el acento de la mora, se aspiraba en él un placer, que sentia Alberto que se estremecian las fibras de su alma.

Ya hemos dicho que Zaida estaba hermosa, y el dolor, el cariño, la angustia, revestia en aquel semblante de una belleza puramente fantástica.

Alberto era hombre, ¿y quién en su situacion se hubiera negado á aquel amor?

Zaida, esperando en vano su respuesta, volvió á decirle.

—¿No me respondes? ¿no me amarás nunca?

—Creo que podré amaros, señora, la contestó Alberto, incapaz de poder resistir mas tiempo á aquel amor en cuyo círculo se envolvia sin poderse evadir de él.

Fué tan inmenso el goce que se reflejó en el semblante de Zaida, respiraban tanta pasion aquellas negras pupilas húmedas de felicidad, era tan escitante la agitacion de su seno, que Alberto se sentia subyugado.

El fuego que ardia en el pecho de la mora, se comunicó al del poeta.

Insensiblemente se enlazaron sus manos.

Se encontraron sus miradas.

Se buscaron sus lábios y un beso castísimo y puro selló la identificacion de sus almas.

IV.

En aquel momento se oyó una voz de mujer que gritó en el árabe mas correcto:

—No seas perjuro, cristiano, acuérdate de la encubierta de Granada.

Ambos volvieron la cabeza y vieron una mujer en el dintel de la puerta.

Dos esclamaciones salieron de sus lábios.

La una espresaba el terror, la otra la sorpresa.

—Julia! esclamó Alberto.

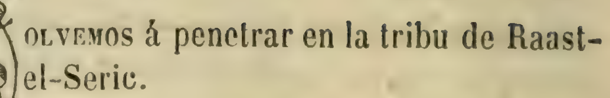
—Saruyemal! dijo Zaida.



CAPÍTULO VII.

En que volvemos á encontrarnos con unos antiguos conocidos de nuestros lectores.

I.



VOLVEMOS á penetrar en la tribu de Raast-el-Seric.

No la encontramos como la primer noche en que acompañamos al lector á la casa del gefe de ella.

El descalabro del Serrallo, habia introducido la consternacion entre sus habitantes.

Los moros son del primer momento.

La victoria de los españoles, les anonadó.

Si hubiera sido al contrario, indudablemente que su insolencia hubiera rayado en lo infinito.

Desalentados, mustios y macilentos, se internaron en sus montañas y poco despues entraban en sus casas, casi con el terror retratado en sus rostros.

Sidi-Mahomad acompañado de su hija volvió seguido de los suyos á ocultar su furor en el centro de sus habitaciones.

Zobeiba no era ya la mora réspirando amor y bellezas, que vimos en las primeras páginas de nuestra narracion.

Era la imágen de la venganza, atormentada por el remordimiento.

Sidi-Mahomad, tambien se habia transformado.

La tribu de Auggera habia sido la primera en el combate, y la última en la retirada.

Su gefe habia hecho prodigios de valor.

La tribu de Raast-el-Seric habia ocupado un lugar muy secundario en la batalla.

Las bayonetas españolas les habian infundido un terror espantoso.

Sidi-Mahomad, apesar de su indómito valor, se habia visto vencido por un oficial cristiano, y gracias á su generosidad conservaba la vida.

Una tempestad furiosa rugia en su alma. Su orgullo se hallaba completamente abatido.

La tribu que gobernaba se habia desanimado estraordinariamente.

Y su gefe dando sendos paseos por una de las estancias de su casa, no sabia de que medio valerse para reanimarla.

Por fin, un medio se le ocurrió, y la sonrisa que dilató sus lábios indicaba que habia encontrado un resorte que le habia de dar resultados muy seguros.

II.

—Zelim! gritó el *Kabo* ó *Moscandem* de la tribu de Raast-el-Seric.

Presentóse inmediatamente un moro en la puerta.

—Que venga el *morabitho* Hassan

Volvió á marcharse el moro, y quedó solo Sidi-Mahomad.

Siguieron sus paseos por la estancia y al cabo de algunos momentos se le oyó decir.

—Si, únicamente Hassan puede devolver á mis gentes su perdido valor.

¿Qué seria de mi si las tribus vecinas comprendieran que teniamos miedo? por mi santo profeta, que esta palabra quema mis lábios; ansiar tanto tiempo una venganza, y cuando llega la ocasion de realizarla huyan mis gentes como una bandada de palomas á la aproximacion del águila; no, no, imposible; Allah no abandonará á su elegido.

Los *morabithos* son los que mas pueden hacer en este caso, y aunque sea en menoscabo de mi dignidad, no tengo mas remedio que apelar á ellos.

Oh! y si por su influencia consigo lo que quiero, todo cuanto poseo, me pareceria poco para pagarlos.

Concluido de decir estas palabras, se sentó sobre los mullidos almohadones, y quedó profundamente entregado á sus pensamientos.

III.

Para esplicar el sentido de las palabras de Sidi Mahomad, necesitamos conocer la clase de personas que son los *morabithos* y la influencia que egercen sobre las masas.

Los *morabithos* son los sacerdotes moros.

Ocupados sin cesar en la interpretacion del *Koran*, prestan tambien demasiada atencion á las cosas terrenales.

El morabitho es el personage mas influyente de la tribu.

Compone multitud de farsas altamente ridículas que la credulidad y la ignorancia de los moros cree como artículos de fé

Media en todas las cuestiones, y por su influjo se arreglan generalmente.

Llevan su fanatismo hasta el mas alto grado.

Con su carácter de intérpretes del *Koran* conducen á las turbas como quieren, y las inducen á cometer los mayores escesos.

De modo que su influencia es tal, que el gefe de cualquier tribu tiene que estar mucho mejor con los morabithos que con sus mismas gentes.

Enemigos irreconciliables de una religion que anatematiza sus farsas, y sus ridículos milagros, no pueden ver á los cristianos, y su voz se alza siempre para maldecirlos.

Interesados en grado superlativo, venden sus oraciones y sus consejos á aquel que mejor les paga.

Tales son los hombres á quien en lo general obedecen mejor las turbas, y á quienes mas acatan y reverencian.

Por esto se comprenderá perfectamente que el *Kabo* de Raast-el-Seric, confiára su esperanza únicamente en el morabitho de su tribu.

IV.

Volvemos á penetrar en la casa de Isaac.

Nuestros lectores estarán impacientes esperando saber noticias de Cárlos, el oficial á quien los celos de Zobeiba dejaron casi exanime en la puerta de la habitacion del judio.

Estamos en una estancia pequeña como una casita de muñecas, y encantadora como la mansion de un génio.

Mullidos divanes de raso blanco la rodean, perfumes deliciosos la embalsaman, y las ventanas cubiertas por dobles cortinas azules, dejan penetrar una claridad opaca, dulce y misteriosa.

Sobre una especie de velador se veian multitud de objetos como glutinantes, vendages, etc.

Y en uno de los ángulos de la habitacion, un lecho dentro del cual habia una persona.

Era Cárlos.

Aquella habitacion pertenecia á Ester.

La pobre niña hubiera cedido no su cuarto sino su vida por salvar la del oficial.

La noche terrible en que el anciano Isaac se encontró en la situacion tan angustiosa que nuestros lectores conocen ya, dejando á su hija desmayada se dirijió á Cárlos y en el débil latido que agitaba su corazon, comprendió que aun habia vida, y con esta, esperanzas de salvarle.

Llamó á su criado, judio tambien, y como él bueno y honrado, y entre los dos trasladaron al herido à la habitacion de Ester.

La jóven volvió al poco tiempo en sí, y gracias á los conocimientos de Isaac, empezó tambien la curacion del oficial.

La madre mas tierna, la querida mas enamorada, no hubiera tenido la solicitud y el esmero para asistirle, que tuvo la hija del judio.

Sin atreverse á separarse un momento de la cabecera de su lecho, ella le daba todos los calmantes que su padre preparaba.

Infatigable hasta la exageracion, no se acostó ninguna noche, y la fatiga no dejaba en su rostro mas huellas que el amoratado círculo que rodeaba sus rasgados ojos.

Cuantas veces abrió Cárlos sus ojos, otras tantas vió á su encantadora enfermera.

Velado por las sombras de su enfermedad, y entre los delirios de su calentura, no la conocia.

La pobre niña, pálida como las azucenas, envuelta en los blancos pliegues de su trage, rodeada por la aureola que las nubes de los perfumes la prestaban, y á la ténue claridad que penetraba por las ventanas, era mas bien una vision fantástica que una forma real.

Cárlos la miraba en uno de estos momentos y se creia aun presa de la fiebre.

Ester le vió abrir los ojos, y fijarlos en ella con una espresion de estraña sorpresa.

Su mirada no resplandecia como otras veces, con el fuego de la calentura.

La hija de Isaac arrojó un grito de placer.

Llegóse hasta el lecho del enfermo, y con aquella voz dulcísima que ya conocemos, le preguntó:

V.

—¿Cómo te encuentras, hermano?

Cárlos no podia contestarla.

Se sucedian con una rapidez asombrosa en su imaginacion todos los acontecimientos de su vida en los dias que habian trascurrido.

La voz de Ester resonaba en el fondo de su alma como una armonía suave y melancólica.

Se adaptaba con su situacion, y hasta parecia que amortiguaba sus sufrimientos.

Recordaba haber oido aquella voz; pero no sabia en donde, ni como.

Aquellas facciones de ángel no le eran desconocidas; pero en vano torturaba su memoria para recordar dónde las habia visto.

—¿No me respondes, hermano? le volvió á preguntar la judia al cabo de algunos momentos.

—¿Quién eres? la dijo Cárlos con debilitado acento.

—¿No conoces ya á tu hermana Ester?

—Ester!.. Ester!... Ah!... si, ya me acuerdo; bien hacia yo en creer que era un ángel el que veia siempre á la cabecera de mi lecho.

La pobre niña se ruborizó de placer.

Se llevó su lindo dedo á los lábios, y con un acento suavísimo, le dijo:

—Silencio, hermano, no hables, que eso te será perjudicial.

El herido no hizo caso de aquella advertencia, y prosiguió:

—Pobre Ester!... y tú has estado contínuamente á mi lado, siempre que he abierto los ojos, he visto tus miradas solícitas fijas en el pobre Cárlos, oh!... ¿cómo podré pagarte tanto como has hecho por mí?

—Guardando silencio hasta que estés bueno.

—No, Ester, demasiado he callado ya, tenia tanta necesidad de hablar para darte las gracias por tus cuidados, que...

—La humanidad no es mas que un deber, Cárlos; nuestro Dios nos lo ha dicho, y los que cumplen con su deber, no merecen agradecimiento.

—Sublime máxima, digna de un corazon mas sublime todavía; oh!... Ester, hermana mia, á tí, y solo á tí debo mi curacion.

—Dí mas bien al Dios de Jacob.

—Pero tú eres un destello de esa divinidad, y yo bendigo con toda mi alma á Dios que arroja sobre la tierra ángeles como tú.

Ester no sabia qué contestar.

Desde la noche en que Cárlos cayó moribundo delante de ella, se habia operado una transformacion estraña en el corazon de la judia.

El beso que el oficial la dió, abrasó sus lábios, é hizo brotar en su alma un fuego desconocido.

Nunca habia amado mas que á su padre, y no creia que la afeccion que entonces sentia hácia Cárlos, se pareciese en nada á la que antes habia sentido hácia él.

Hasta aquella noche fué un hermano.

Aquel beso la reveló otra clase de amor.

Su afeccion, sin cambiar de objeto, varió de sensacion.

Ester amaba á Cárlos con el cariño de los amantes.

Deseaba oir su acento, y temia las primeras palabras que salieran de sus lábios.

Cárlos al notar su silencio, prosiguió:

—¿Qué es eso, Ester? ¿no me contestas? ¿Acaso mís palabras te incomodan?

—Oh!... no, nada de eso; contestó con viveza la jóven.

—Háblame, hermana mia, háblame; hay en tu acento un no sé qué de suave y celestial que resuena en el fondo de mi alma, y se asemeja á un bálsamo dulcísimo que calma todos mis dolores; no te alejes de mi lado, viéndote, mi vida toda parece que se alegra, que recibe de tí esa sabia preciosa de juventud y de pureza que se exhala de ti; bajo el influjo de tus miradas, siento circular otra vez la sangre bajo mis venas. Oh!... Ester mia! sí, creo que te amo con toda la fuerza que tú misma has prestado á mi corazon.

El albo seno de la judía se agitaba con creciente rapidez.

Las rosas de Jericó prestaron sus colores á las megillas de Ester que se encendian con todo el fuego del pudor.

Su corazon latia con una rapidez desconocida.

Aquel lenguage completamente nuevo para ella la subyugaba.

Su alma respondia á aquellas palabras con otras que no tenian sonidos, pero que sin embargo, no por eso dejaban de ser mas elocuentes.

Dí hermana, ¿no crees tu tambien que el amor ha influido estraordinaríamente para mi curacion? Yo te veia en medio de mis delirios, entre las visiones de la calentura, tu divino semblante se me presentaba, sonriendo dulcemente, y el suave resplandor de tus pupilas, templaba mis arrebatos, tu acento dulcificaba mis dolores, y toda tu me dabas la calma y la tranquilidad.

La voz del herido se debilitaba estraordinariamente.

El esfuerzo que estaba haciendo, podia perjudicarle mucho.

En el estado en que se encontraba, semejante fatiga podia causarle un retroceso que empeorase su situacion.

Ester alzó sus ojos.

Los fijó en Cárlos, y vió su estado.

—Calla, hermano, gritó poniéndole su diminuta mano sobre los lábios, calla, por Dios te lo ruego.

El herido se apresuró á coger aquella mano, y con una exaltacion inmensa la dijo:

—No me digas que calle, cuando mi alma está sedienta de hablar. Hoy que empiezo á vivir, hoy que una existencia nueva se estiende ante mis ojos, no me prohibas que hable. Dime, Ester, de este fuego que yo siento en mi pecho, de este latir inquieto de mi corazon, no participas tu? Respóndeme, tú que tal amor me has inspírado, tú que has purificado mi alma, no sientes en la tuya algo de la purísima pasion que germina en la mia?

—Calla Cárlos, calla.

—No puedo, una palabra tuya podrá hacerme callar únicamente.

Y la voz del herido disminuia de vibracion.

Sus ojos se cerraban perezosamente.

Su rostro empalidecia por momentos.

Todo en él demostraba, que aquel esfuerzo era superior á su estado.

Ester le contemplaba dolorosamente.

Le amaba con su primera, con su mas santa pasion.

Sentia en el fondo de su alma una palabra que contestaba á las de Cárlos.

Queria hacerla subir hasta sus lábios, pero no podia articularla.

Cárlos volvió á entreabrir sus ojos, y dijo:

—Ester, cuan desgraciado soy!... amarte y no ser amado, haber recibido la vida de tí, y ver con dolor que en vez de darme un bien me has hecho desgraciado; ¿dí porqué no me amas? Si en tu corazon no sentias hácia mí mas que amistad ¿para qué no me has dejado morir?

—Morir tu!... No, nunca lo hubiera permitido Dios, á no ser que me hubiese muerto á mi tambien.

—Qué has dicho Ester? gritó el herido, esas palabras me devuelven la esperanza.

—Cárlos, por compasion, calla.

—Esplicame lo que acabas de decir,

—Pues bien... te amo!...

Y cual si solo hubiera esperado el herido aquella palabra, cerró los ojos, y cayó sobre la almohada sin movimiento.

Ester dió un grito, y se lanzó hácia la puerta llamando á su padre.

VI.

La conversacion de Sidi-Mahomad con el morabitho produjo los resultados apetecidos.

La compra costó algo cara, pero el objeto estaba conseguido.

Al dia siguiente todos los habitantes de la aldea estaban reunidos en la plaza.

El morabitho Hassan iba á interpretarles algunos versículos del *Coran*.

Todo el mundo esperaba con impaciencia la llegada de este Señor.

Este se presentó al fin.

Aquellos rostros macilentos aun por su derrota anterior, se animaron algun tanto.

El morabitho paseó su mirada sobre la multitud.

Asomado á la balaustrada que coronaba su casa, el *Kabo* de la tribu de Raast-el-Seric, esperaba mas impaciente que todos, las palabras de Hassam.

Este se volvió hácia Oriente hizo tres *zalas* ó reverencias, y habló por fin.

—¿Qué es eso, poderosos creyentes? ¿Qué es lo que leo en vuestros rostros? ¿desde cuándo acá, las fuertes columnas del *Islan* flaquean? *Le galil ille Allah*! (1) hermanos mios, el pueblo que tal creencia tiene, es el gran pueblo. ¿Acaso vacilais en el principio de la santa senda que os trazó el gran profeta

(1) Solo Dios es vencedor.

querido de Allah? Vamos, responded, esas nubes que empañan vuestros semblantes, ¿de qué proceden?

Calló algunos momentos el morabitho.

Ni una palabra se exhaló del seno de toda aquella muchedumbre.

El acento inspirado de Hassam la dominaba completamente.

Sentian vergüenza de su terror pasado.

Comprendian que el morabitho, como un ente superior, habia de adivinar lo que pasaba en el fondo de sus almas, y todos procuraban esconderse los unos tras los otros para ocultarse á la suspicaz mirada de su sacerdote.

Hassam comprendia perfectamente la clase de gente entre quien vivia.

Estuvo gozando un rato con su confusion y prosiguió en seguida.

—¿No teneis valor para contestarme? ¿la vergüenza turba vuestra lengua? Oh!... esa es señal de que os arrepentireis, y Dios altísimo y único perdona á los que se arrepienten de todo corazon. Las profecías santas nos anunciaban esta guerra; «dia llegará dicen, en que un pueblo de idólatras querrá usurparos vuestros territorios, imponeros su religion como ley, y hacer de vuestras hijas y de vuestras mujeres sus esclavas; pero no temais, hermanos mios, Allah os ha dado la fuerza indomable del leon y la astucia del tigre. Allah os ha dado esos vastos desiertos y estas montañas inaccesibles, y entre los torbellinos del *Simoun*, y entre las quebraduras de las montañas, vuestras balas partirán los cráneos, y vuestros corbos *yataganes* encontrarán el corazon de los *rumis*.»

Un murmullo sordo se exhaló de aquella multitud.

Las palabras de Hassam empezaban á entusiasmarlos.

Sidi-Mahomad contemplaba sumamente complacido el buen giro que iba tomando el negocío.

El morabitho veia tambien sumamente satisfecha la gran influencia que egercia sobre las turbas.

—Sí, bravos descendientes de Taric y de Almanzor, les dijo-

no cejeis nunca ante los cristianos, no les demostreis pavor, donde vosotros vayais *Allah* irá con vosotros; nuestra guerra es santa, es la guerra que continúa la que el Profeta empezó y que á vosotros está reservada la gloria de concluir. Nuestra victoria no se conseguirrá sin grandes sacrificios. Algunos valientes cerrarán los ojos á la luz del dia, pero será para abrirlos á la deslumbrante claridad del Paraiso; perdereis los goces de la tierra, pero en cambio, disfrutareis de las inefables dulzuras que os reservan las *Ohuries*. Sus!... predilectos hijos de Mahoma soltad las riendas á vuestros corceles, dejad que floten al viento los pliegues de vuestros bornuces, y mas rápidos que el águila, y tan voraces como ella, lanzaos sobre los españoles. Ellos son débiles y cobardes, vosotros sois fuertes y valerosos; á ellos les cansa la fatiga, vosotros dominais el cansancio; ellos pelean porque los mandan, vosotros os batis en defensa de vuestros hogares, de vuestros hijos, de vuestras mujeres, de vuestra religion; ellos se desanimarán con la primera derrota, vosotros en cada vencimiento tendreis mas entusiasmo porque el Dios todopoderoso, quiere probar á sus hijos por esos medios, de modo que nunca debeis desmayar, mirar siempre adelante, y mientras os quede un soplo de vida, reconcentradla en vuestro ojo y en vuestra mano, para que podais matar un español. Sus!... hijos de Raast-el-Seric, al combate en defensa de vuestra religion y de vuestro Dios.

Concluidas estas palabras, estalló un clamor inmenso.

La inspiracion del morabitho, produjo un resultado maravilloso.

Todas aquellas bocas no arrojaron mas que una palabra.

Todas aquellas manos no tuvieron mas que un movimiento.

Los lábios dijeron:

—Guerra á muerte!...

Y los dedos apretaron con esfuerzo las empuñaduras de las gumias y yataganes.

El *Kabo* no podia disimular su satisfaccion.

El impulso dado por Hassam á aquella masa feroz é indisciplinada era el que mas podia convenir á sus proyectos.

Asomose mas á la balaustrada, y tendiendo su brazo sobre la multitud para imponerla silencio, dijo:

—Y yo vuestro *Moscamdem*, me glorio de ser el primero en conduciros al combate. Donde quiera que el peligro sea mayor, allí estaré. Como ha dicho muy bien el querido del Señor, el morabitho Hassam, nuestra guerra es justa, y por donde quiera que vayamos veremos ante nosotros la blanca yegua del profeta, que cabalgando sobre ella, agitará en su diestra el rojo pendon, enseña de nuestra patria.

Nos vencerán tal vez, puede que yo sea el primero que caiga, pero no desmayeis por eso, seguid adelante, y tened el convencimiento de que los que muramos por nuestra religion, resucitaremos en el Edem.

El entusiasmo no tuvo límites.

Aplausos frenéticos acogieron aquellas palabras, y el valor, ó mejor dicho el fanatismo, hicieron de aquellos hombres cobardes momentos antes, una multitud de héroes.

CAPITULO VIII.

En que el lector verá tanto de historia como de novela.

I.

Despues de diversas notas cruzadas entre nuestro cónsul en Tánger y Mahomed-el-Katib, ministro de negocios estrangeros del sultan, el rompimiento entre España y Marruecos, se hizo inevitable.

El espíritu público estaba pronunciado altamente en favor de esta guerra.

Como cuestion nacional, se olvidaron los partidos para no mirar mas que el honor de España.

El gobierno, fiel guardador del decoro de la nacion que re-

presentaba, é intérprete al mismo tiempo de los sentimientos generales, despues de haber acudido á los medios amistosos, se vió en la necesidad de declarar la guerra.

Por medio de esfuerzos gigantescos, en poco tiempo se encontró dispuesto un cuerpo de ejército capaz de imponer la ley á las hórdas africanas.

El conde de Lucena, Presidente del Consejo de Ministros, se encontraba en todas partes, y bajo su poderoso impulso, se vió el ejército con todo el material de guerra necesario para una campaña de esta especie.

El primer hecho de armas de nuestras tropas tuvo un éxito brillante.

Tras esto, fueron aglomerándose batallones tras batallones en los puntos vecinos á Ceuta.

Se formaron las cuatro divisiones al mando de entendidos generales, bravos inteligentes que pudieran secundar los proyectos de la cabeza que lo era el mismo O'Donnell, á quien S. M. habia conferido la gloria de mandar en jefe á aquellos miles de valientes.

Todo el mundo esperaba impaciente las primeras operaciones.

Todas las provincias contribuyeron con sus patrióticas ofertas, para dejar bien puesto el pabellon español, ofreciendo al mismo tiempo socorros al gobierno si las circunstancias de la guerra lo exigian.

Por fin el general en jefe abandonó la corte.

Llegó á Cádiz, y tódo el mundo se prometia que inmediamente empezarian las batallas y las victorias.

Pero como un general no es solamente el encargado de llevar unos cuantos soldabos al frente del enemigo, sino que es al mismo tiempo el responsable de cualquier percance que pueda sobrevenir, de ahí que á su pesar se vió obligado el conde de Lucena á pasar dias en Cádiz, hasta que el tiempo fuera favorable para efectuar un desembarco.

Comprendia su posicion, sabia la responsabilidad que sobre el pesaba, y queria mas bien esperar, que por una precipita-

cion loca comprometer el éxito de la espedicion que se le habia confiado.

Sin embargo, el dia 19 de noviembre habia dicho que se saludaria á S. M. desde el territorio africano, y cumplió su palabra.

La division del general Echagüe tuvo la gloria de hacerlo.

Las tropas estaban impacientes por entrar en fuego.

Y especialmente los cazadores de Madrid, querian añadir un nuevo triunfo á su bandera.

Luis, nuestro antiguo amigo, habia hecho juramento de ser el primero en saludar á la Reina, en celebridad de sus dias, desde la primera altura que hay en la entrada de Sierra-Bullones.

II.

Alberto habia vuelto ya de Tánger.

Cuando el señor Blanco del Valle abandonó la poblacion, el poeta no tuvo mas remedio que abandonarla tambien.

Pero habia vuelto mas sombrío, mas apenado que habia ido.

El encuentro de Julia en aquellas apartadas regiones, le habia vuelto á su eterna tristeza.

¿Qué misterio, qué secreto habia entre aquellas dos personas?

Nadie, ni aun el mismo Luis que era su amigo mas íntimo, pudo saberlo jamás.

Lo cierto es que en todos los goces, en todos los momentos de espansion que tenia el poeta, se aparecia Julia como el ángel del mal, y trasformaba todas sus delicias en dolores.

Profundamente pensativo en el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, era contemplado con una espresion de sentimiento por su amigo Luis.

Este en nada habia variado.

Era siempre el mismo carácter franco y alegre que ya conocemos.

A la sazon, una nube de dolor surcaba su frente.

Pero este dolor nacia de ver el estado de su amigo Alberto.

III.

—Vamos, Alberto, no seas así mas tiempo, le dijo, ¿no comprendes que yo padezco de verte con ese semblante tan sombrío?...

—No sé qué hallas de estraño en eso; ¿no estoy siempre lo mismo?

—No; antes de marchar á Tánger estabas mas animado, mas alegre; pero no sé que diablos te ha pasado por allá, que has vuelto mucho peor que estabas en Madrid.

La frente de Alberto se oscureció mas.

El recuerdo de Julia no se podia borrar de su pensamiento.

Y aquel recuerdo era su torcedor contínuo.

Nada contestó al conde que lo contemplaba dolorosamente.

—Mira, Alberto, le dijo aquel, debiera estár muy resentido contigo, porque mediando la amistad que reina entre nosotros, no has querido nunca confiarme la causa de ese profundo pesar que tantos años llevas sobre ti. ¿Qué te aflige, amigo mio?

—No quieras saberlo nunca, Luis, hay generaciones malditas, y la mia es una de ellas; el pesar que me devora, es uno de los que se contagian á las personas á quienes se lo cuente, y además hace muchos años que lo relegué al fondo de mi pecho, haciendo juramento de que jamás llegaria hasta mis lábios. Por eso, Luis, te ruego que jamás me hables de eso, pues seria la única prueba que tendria que negar á tu amistad.

Y el acento de Alberto acreció su severidad, al pronunciar las últimas palabras.

Luis no podia resignarse con aquella traba que su amigo imponia á su curiosidad.

—Pero Alberto, le dijo, las penas se mitigan cuando se depositan en un seno amigo, tú has padecido y padeces estraordinariamente, pues bien, desahoga tu pecho en el mio, y no te arredre lo que me has dicho de que tu dolor contagiaria á los que lo conocieran, más sufro viéndote así.

—Es inútil, Luis; no te molestes, ya te he dicho que hice juramento hace años de que este secreto no llegaria hasta mis lábios, y no creo que tú, dechado de honor y delicadeza, quieras hacerme perjuro.

Luis comprendió que nada adelantaria con su amigo.

—Vamos Luis, le dijo Alberto, variando el rumbo de la conversacion, ¿que noticias corren por la ciudad?

—Se dice que hoy hemos de pasar la línea que nos separa del Imperio Marroquí; pero nada mas.

—Y qué fuerzas van ha hacerlo?

—Se está esperando la division de Echagüe, á la cual nos hemos de unir nosotros.

—Ojala y sea pronto el combate.

—Ese es nuestro único deseo, contestó Luis, te aseguro Alberto, que esta inaccion me incomoda, tengo ganas de teñir mi sable en la sangre de esos infieles, y nadie mejor que tu sabes, lo opuesto que soy á derramar la sangre de mis semejantes, pero con esa gente á quienes ciega el mas absurdo fanatismo, no tengo compasion.

—Ademas, como sabemos demasiado que si fuéramos cogidos por ellos, no habiamos de esperar piedad ni gracia, de ahí, que no tenemos mas remedio que luchar á la desesperada.

—Conque segun eso tú te hal les decidido á batirte al lado nuestro?

—Phe! morir aquí, ó morir en otra parte, es exactamente igual, teniendo la ventaja si muero aquí, que lo hago defendiendo una causa justa: cual es la honra de mi patria.

—Baa! ¿quién piensa ahora en morir?

—Cualquiera que como yo no haya recibido del mundo mas

que la hiel, contestó Alberto con una triste sonrisa ¿qué puede esperar el que sufre, mas que la muerte como madre amiga y bienhechora lo recoja en sus brazos, y lo lleve á esa eternidad del descanso y del silencio?

—Eh, calla, calla; pues no estas poco lúgubre hoy.

En este momento el asistente de Luis penetró en la estancia.

—Qué es eso Juan? le preguntó su amo.

—Que vaya V. S. al cuartel, mi capitan.

—Hay alguna novedad?

—La division del general Echagüe que está desembarcando, y creo que vamos á decir dos palabras á los moros.

—Eso está bueno, vamos, dame el poncho y las botas.

—Yo tambien iré, no es verdad, señor?

—Ya lo creo, pues hombre, no faltaba mas sino que tu que tanto deseas ver de cerca á los moros te negara ese gusto.

Una espresion de alegria que se retrató en el semblante del soldado, fué su mas enérgica contestacion.

—Qué ¿no entró Juan en la accion del 13 de Setiembre? preguntó Alberto?

—No, porque no habia llegado todavia.

—¿Cómo es eso?

—Juan, es hijo de mi nodriza, contestó Luis, era zapatero, pero en cuanto supo que mi batallon venia para acá, abandonó el tirapie, sentó plaza y se vino al batallon, y en seguida de asistente conmigo.

—Y á mucha honra, mi capitan, hoy he tenido carta de mi madre y me dá muchas espresiones para V. S.

—¿Y cómo anda la vieja Rosa? preguntó con afecto Luis?

—Vea V. S., vea V. S. lo que dice.

Sacó el soldado una carta de su bolsillo, se la dió á leer y leyó en voz alta.

«Querido hijo de mi alma: he recibido la tuya y veo con mucha alegria que el Sr. Conde te ha tomado por su asistente.

No te separes de su lado, sé siempre hombre de bien y no te olvides de la santísima vírgen de la Paloma: pon en ella tus esperanzas, y ella guiará tu brazo en el combate.

Sobre todo, hijo mio, no te dejes matar por esos infieles, no te encarnices con ellos, y aunque sean tus enemigos, no los remates cuando estén indefensos, pues eso no lo miraria nunca con gusto la Santísima Vírgen.

No retrocedas nunca; tu padre ya sabes que en la guerra civil no tuvieron nada que echarle en cara, no olvides tú que eres su hijo.

A mi querido señor, dale muchas, muchísimas espresiones, y dile que tanto por él como por tí, rezo todas las noches; quiera Dios escuchar mis oraciones.

Quédate con Dios, querido hijo, y sobre todo escribe siempre que puedas.

Recibe un abrazo del tio Pepe, y espresiones de la Mónica y la Tomasa, y tú sabes que dentro de mi carta vá el corazon de tu pobre madre, que no vive desde que te has ido.—Rosa.

P. D. Vuelvo á repetirte que no te olvides de la Vírgen, y que nunca vuelvas la cará á tus enemigos. »

—Pobre mujer! dijo Alberto así que Luis concluyó la carta.

Luis nada pudo decir; se hallaba profundamente enternecido.

Por fin, para ocultar su turbacion, se volvió á Juan y le dijo:

—Eha, Juan, en marcha, vamos á reunirnos con los compañeros.

Alberto tomó su *rewolvers*, y momentos despues se dirijian los dos amigos seguidos de Juan, hácia el cuartel.

IV.

La division del general Echagüe habia desembarcado durante la noche anterior.

Acampadas las tropas fuera de la poblacion, esperaban ansiosas el momento en que su jefe las condugera á la victoria.

En aquellos miles de pechos no habia mas que un deseo: el de morir defendiendo la honra y el decoro de la nacion.

El sol derramaba sus fulgentes rayos sobre la tierra.

Solamente el violento aire que reinaba, incomodaba un poco á nuestros valientes, que batallon tras batallon iban á ocupar las posiciones señaladas de antemano.

El general, al frente de su estado mayor, á la cabeza de su division, fijaba su ardiente mirada en aquella sierra que mas tarde habia de teñir con su sangre.

Los moros de la plaza que iban guiando nuestras guerrillas, no podian menos de admirarse del entusiasmo que reinaba entre jefes y soldados.

Por fin, al llegar las avanzadas al *Otero*, que es una pequeña altura situada proximamente á un cuarto de legua de la poblacion, un puñado de moros, haciendo uso de sus espingardas, descargo sobre nuestros soldados, que al grito de «Viva Isabel II» se lanzaron sobre ellos.

Al empuje de los guerrilleros, empiezan á retroceder los moros.

Llega Echagüe al Otero, y al contemplar las ruinas del Serrallo que están á una media legua de este último punto, agitando la espada gritó volviéndose á los batallones:

—Soldados! viva la Reina!...

Y un viva inmenso, prolongado, retumbó en aquellas soledades, y su éco, atravesando el espacio, llegó hasta la corte del emperador de Marruecos, para decirle que no impunemente se ultraja á una nacion que podrá ser apática, pero que nunca consiente que mancillen su honor.

Inmediatamente se dió la órden á los batallones de cazadores para avanzar.

—Quién era capaz de resistirles?

En su furiosa carrera, llevaban ante sí á los moros, que aterrados, disparaban de vez en cuando sus armas, é iban disminuyendo por las bayonetas españolas.

Se parapetaron en el Serrallo, y quisieron intentar una resistencia inútil.

Luis, á la cabeza de su compañía, se lanzó sobre ellos y la posicion fué tomada.

Las ruinas del Serrallo están casi al pié de una montaña cuya pendiente no es muy grande, pero cuyas quebraduras permiten dirijir los tiros sin gran peligro de los tiradores.

Allí buscaron los augerianos su último refugio.

Pero los soldados que habian llegado hasta el Serrallo, no querian quedarse al pié de la montaña, la necesitaban por entero, y á la voz y al ejemplo de su jefe, treparon por las escabrosidades del terreno.

Luis, seguido de Juan, marchaba junto al abanderado, animando á sus soldados con sus palabras.

De pronto, por entre las breñas, asoma el cañon de una espingarda, y una bala biene á herir levemente en el brazo del abanderado, cuya enseña, no pudiendo ser sostenida por el herido, se inclinó un momento.

Pero el capitan astaba allí.

Rápido como el rayo, se apodera de la veneranda insignia, y con ella en una mano, y en la otra el *rewolvers*, se lanza á los breñales y dispara sobre uno de los moros ocultos entre ellos.

Su bala no faltó, y el musulman fué á gozar las delicias de su mentido paraiso.

Mas para vengar á su compañero salieron tres moros, que atacaron al oficial con todo el furor de su fanatismo.

La situacion de Luis era altamente comprometida.

Se habia adelantado bastante á sus soldados y se hallaba solo, con una arma de la que solo podia contar con una bala, y la espada que llevaba en la baina.

Pero Luis no conocia el miedo.

Aguarda á pié firme la acometida, y su ojo certero, elige entre los tres pechos el que ha de servir para blanco.

Dispara; mas su enemigo hizo un movimiento y solo pudo herirle muy levemente.

Irritado este mucho mas por la herida, empuñando su *gumia*, se dirijió hácia el capitan.

Este echó mano á la espada y se decidió á vender cara su vida.

Veia el peligro, y antes que retroceder, preferia morir.

Pero Dios no abandona á los valientes.

Los soldados habian visto la situacion de su jefe, y acudian en su ausilio.

La voz de Juan se oyó que gritaba:

—Animo, mi capitan, que allá vamos nosotros.

Y en seguida asomó el cuerpo del fiel asistente, que apuntando su carabina dejó tendido á uno de los acometedores de su amo.

Luis seguia defendiéndose.

Dos heridas habia recibido, y sin embargo, no pensaba retroceder.

Hizo un último esfuerzo, y otro moro cayó al suelo.

En esto llegó Juan, y empuñando su arma por el cañon, descargó tan fuerte golpe con la culata sobre la cabeza del tercero, que no necesitó secundarle.

Entonces el capitan, desembarazado de sus enemigos, se aproximó al borde de la montaña, y mostrando la bandera á las tropas.

—Soldados, les dijo; viva la Reina!...

Y debilitado por la sangre que derramaban sus heridas, cayó en brazos de Juan y de Alberto, que llegaba á la sazon.

V.

Los moros, en número demasiado pequeño, abandonaron sus posiciones, y aunque quisieron ocultarse en la encañada, que es una especie de anfiteatro abierto en las montañas, y bañado por el mar, los acertados disparos de las cañoneras que guardaban aquel sitio, los hizo abandonarlo inmediatamente.

Sin enemigos á quien combatir, cesó la accion.

El objeto del general se habia conseguido.



¡SOLDADOS! ADELANTE, Y VIVA LA REINA

El dia 19 de noviembre, aniversario de los dias de nuestra Soberana, se la debia saludar desde el territorio africano, y se habia hecho.

La pérdida que hubo por nuestra parte, fué insignificante completamente.

Las cornetas tocaron á replegarse, y momentos despues, toda la division estaba reunida.

Pero no convenia abandonar aquel sitio, é instantáneamente se dió la órden de establecer el campamento en el Serrallo, y de construir dos reductos en la montaña, que como puestos avanzados, resguardasen á nuestras tropas de cualquier sorpresa.

Así se verificó.

La montaña que domina al Serrallo, se halla fuera de tiro de cañon de Sierra-Bullones, y por lo tanto, nuestras baterias no podian ser molestadas por los disparos de los moros de la Sierra.

Los reductos fueron hechos y artillados, y el campamento quedó establecido.

Tal fué la jornada del 19, que mas que otra cosa, fué un paseo militar que dió muy buenos resultados.

Nuestros soldados no desmerecieron del buen nombre que en todas ocasiones se han conquistado, y su aprendizage en la guerra dió las mejores esperanzas para lo sucesivo.

CAPITULO IX.

En que se ve que el amor egerce una gran influencia en casi todas las acciones de los hombres.

I.

Creemos que la mayor parte de nuestros lectores nos dispensarán, si nos detenemos en las descripciones de algunos puntos africanos, y si nos entrometemos en detalles sobre sus costumbres y usos.

Como casi todos los hechos que vamos á relatar han de suceder en esos sitios, nos es de suma necesidad describirlos de la mejor manera posible, y quiera Dios que lo hagamos á satisfaccion del público.

Fez, una de las capitales del vasto imperio marroquí, es indudablemente la mejor de todas ellas.

Rodeada de una hermosa vega que puede competir con las de Valencia y Granada, aquel inmenso mar de verdura, se halla cortado en todas direcciones por las anchas cintas de plata

que parten del rio que cruza la vega y atraviesa la ciudad, tomando de ella su nombre.

La division que el rio hace en la ciudad, la separa en dos, y cada una se nombra Fez nuevo, y Fez viejo.

Los naranjos y limoneros de su huerta, embalsaman el ambiente.

Las altas palmeras que crecen con abundancia, agitan dulcemente sobre la ciudad sus inmensos abanicos de hojas, y refrescan su atmósfera.

Edificada la poblacion en la pendiente de algunas colinas, su aspecto es el mas pintoresco que puede darse.

De aquella gran esmeralda que la circunda, se destaca la blancura de sus casas, y de este centro de nieve, los *minaretes* de sus mezquitas, sobre los que reina sin rival el de la de *Muley-Edris*.

De su universidad han salido los hombres mas célebres del imperio.

K*annes* para los viageros indigentes, hospicios y demás establecimientos filantrópicos, la ponen á la altura de una de las capitales de Europa.

Añadamos á esto una magnífica biblioteca, un comercio abundante y acreditado, buenos cafés, fondas y otros establecimientos públicos, y se comprenderá perfectamente que Fez es el centro del movimiento y de la civilizacion de todo el imperio de Marruecos.

Sus calles recuendan las de algunas ciudades de Andalucía.

Estrechas y tortuosas, cortadas algunas por arcos de herradura, se hace sentir en ellas la falta de una policía un tanto severa y amiga de cumplir con su deber.

Los carruages son desconocidos completamente, y á cualquier europeo acostumbrado al ruido de nuestras ciudades, no dejaria de sorprenderle el silencio que reina en las de Fez, pues está prohibido vender nada por las calles en voz alta.

La poblacion asciende á unos noventa ó cien mil habitantes, entre moros, berberiscos y judios, siendo esta clase la

peor considerada, tanto en esta ciudad como en casi todas las de Africa, pues llevan los moros su desprecio hasta el punto de hacerlos que habiten en un barrio separado, que se cierra por la noche y no les permiten que anden por la ciudad sino descalzos.

Rodeado Fez de murallas, estas ofrecen tan poca resistencia que, algunos disparos de nuestra artillería bastarian para derribarlas.

A entrambos lados de la ciudad, se elevan dos castillos que corren parejas con las murallas.

Lo mejor que tiene indudablemente, es un puente que hay que atravesar para entrar en la poblacion, y cuyos cuatro arcos de elegante y sólida constructura, le hacen digno de admirarse.

Los musulmanes, tan rigorístas siempre con el sexo femenino, les conceden en Fez algunas libertades de las que carecen en otros puntos del imperio.

Permiten á las mujeres que salgan á la calle, bien solas, ó acompañadas, con tal que lleven siempre la cara cubierta.

En fin, bajo cualquier punto de vista que se considere, esta capital, la encontraremos como la mas adelantada en artes, ciencias y comercio, entre todas las que constituyen el imperio de Marruecos.

II.

Zaárd, era indudablemente la mujer mas hermosa de Fez.

Su padre, el anciano Suleyman, adoraba en ella.

Y en verdad que Zaárd era digna de ser adorada.

La fantasia árabe habia estado sumamente acertada al llamarla Zaárd-atagata (1).

(1) Flor de la mañana.

pura como una mañana de primavera, era tan hermosa como ella.

De las cosas de que Fez podia enorgullecerse, indudablemente era una de ellas el haber sido la cuna de Zaárd.

La mora, segun el lenguage figurado de los africanos, era mas que hija de un hombre, aborto de la sonrisa de una ohurí.

Los ramos de madreselva y azhar emblema de las galanterias y de los amores entre los moros, coronaban siempre las celosías de las ventanas de Zaárd.

Pero los ramos se secaban sin que la encantadora mano de la jóven los recogiera.

Solamente allá en las últimas horas de la noche se oian dos palmadas en la calle, á las que seguia inmediatamente el sonido de una voz argentina y suave que decia:

—¿Eres tú Zelim?

Y acercándose entonces al pié de la ventana un moro de arrogante apostura, contestaba:

—Sí, Zaárd, que Allah, te guarde.

Y trascurria el tiempo.

Y al asomar los primeros albores de la mañana, el moro se separaba de la ventana y volvia á mirarla cien veces, y al trasponer la esquina de la calle, una mano admirablemente modelada asomaba por entre la celosía y agitaba un pañuelo blanco.

Despues, nada mas.

Salia á la calle, y siempre cuidadosamente cubierta, era acompañada por su padre ó por la anciana Jarifa.

Nadie tenia que reprochar nada á la hija de Suleiman.

Pero llegó un dia en que sus megillas empalidecieron.

Sus ojos derramaron lágrimas, y la pobre Zaárd sintió el dolor por la primera vez.

Eran los primeros dias del advenimiento al trono del sultan Sidi-Mohamed.

Los, moros estúpidos y serviles por naturaleza, no omiten medio alguno para alhagar las pasiones de su señor, aunque sea á costa de su honra.

Es verdad que para ellos, lo que á cualquier europeo deshonraria, es un motivo mas de honor y orgullo.

Zaárd tenia un tio que aspiraba hacia mucho tiempo á su empleo en la córte.

El sultan estaba á la sazon en Fez.

Generalmente las mujeres mas hermosas del imperio, son presentadas al señor, para satisfacer los placeres del serrallo.

Raab-el-Melik, tio de Zaárd, habló al sultan de su sobrina.

Sidi-Mohamed aceptó la oferta; y de allí á tres dias, la doncella marcharia al *Harem*.

Suleyman escuchó esta noticia con una alegría y un orgullo estraordinarios.

La pobre niña recibió un golpe de muerte.

La condicion de la mujer entre los moros, no las permite oponerse á lo que hayan dispuesto respecto á ellas.

Así que, Zaárd, no exhaló una queja, no dijo una palabra; pero en las soledades de su aposento dió rienda suelta á su dolor.

Jarifa no podia mitigar su pena.

Comprendia el sufrimiento de su alma, y lo mas terrible aun, que no tenia remedio.

III.

Es la noche del dia en que Zaárd supo la suerte que la estaba reservada.

Sentada sobre los muelles almohadones, la jóven aun no habia cesado de llorar.

Tenia que renunciar para siempre á su amor, y su amor era su vida.

Pobre flor, su existencia habia corrido hasta entonces tranquila y dichosa, velada constantemente por el amor tierno y desinteresado de su padre, y por el ardiente y apasionado de su amante.

Y no habia mas remedio.

Perdia en un solo momento aquellas dos afecciones que habian alhagado su existencia.

Iba á pasar al poder, no de un esposo, sino de un señor que la impondria su pasion como ley, y despues de satisfecho su apetito, la dejaria abandonada en un rincon del Harem, como un mueble inútil.

¡Pobre Zaárd!...

¿Y Zelin? ¿qué seria del pobre amante que perdia á su amada? . . . .

. . . .

De pronto, sonaron dos palmadas en la calle.

La mora acudió inmediatamente á aquel dulce reclamo.

Pero ay! que al revés de otras veces, no brillaba la alegría en su rostro.

—Allah sea contigo, Zaárd, la dijo su amante.

—Nunca mas que ahora he necesitado de tu ayuda, contestó la mora dando libre curso á sus lágrimas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa ese acento tan apenado? ¿qué esos sollozos? Habla, Zaárd.

—Oh! Zelim, amado mio, no quieras saber el pesar que destroza todas las fibras de mi alma.

—¿Tú sufres?... tú sufres, y yo no he acertado aun con el calmante que necesitas?... por quien soy que maldeciria á Allah si fuera cierto lo que has dicho.

—Demasiado cierto es, por desgracia, y lo mas cruel, que no hay un remedio para calmar nuestro dolor.

—¿Que no hay un remedio, has dicho? poderoso Dios!..... ¿Qué habrá imposible en la tierra para el hombre que ama?

—El contrarrestar la voluntad del sultan; dijo con esplosion la mora.

—¿Qué quieres decir? preguntó anhelante Zelim.

—Muchas veces me has dicho que soy hermosa, ¿no es verdad?

—¿Que si eres hermosa?... el mundo todo no es lo suficientemente bello para compararse á tí.

—Hé ahí la verdadera causa de nuestra desgracia.

—¿Pero qué es? Habla.

—Que dentro de tres dias voy á ser presentada á nuestro poderoso señor, el magnífico Sidi-Mohamed.

—¿Tú Zaárd? ¿Tú presentada al sultan y conducida despues al Harem?...

—Sí, Zelim; tu Zaárd, la mujer consagrada únicamente á tu amor, á satisfacer los impuros deseos de otro hombre cuyo poder no hay medio de evitar.

Un rayo que hubiera caido á los pies del musulman, no le sorprendiera mas que las palabras de su amada.

Era preciso renunciar á su amor.

A aquel amor con que habia soñado, con que habia vivido.

Zelim era huérfano.

Su nacimiento habia sido un misterio.

Era cristiano, aunque aparecia como moro, y observaba los ritos y costumbres musulmanas.

Educado por un anciano morabitho, contra lo que estos hacian, habia inculcado á su pupilo las máximas de nuestra santa religion.

Le habia dicho siempre que su padre era cristiano.

Pero que no sabia como se llamaba, ni quién era.

Un relicario con una cifra que llevaba siempre al cuello, en una bolsa de terciopelo, era lo único que podia revelarle el nombre de su familia.

El morabitho le habia enseñado perfectamante el castellano.

Despues murió su protector y Zelim quedó solo en el mundo.

Obligado á fingir constantemente unos usos y una religion que su corazon rechazaba, no tenia amigos.

Su valor en las luchas civiles que constantemente dividian el imperio, hicieron que el difunto Muley-Abderraman, padre de Sidi-Mohamed, actual sultan de Marruecos, le nombrara *Alcaid* ú oficial de sus tropas.

Siempre leal á su legítimo señor, supo, sin hacer adulaciones serviles, grangearse el afecto de los dos sultanes á quienes habia servido.

Siempre reservado y taciturno, sus compañeros empezaron por irritarse contra él, y concluyeron por dejarle y no hacerle caso.

Y la vida de Zelim era triste y solitaria como la de la violeta que crece sola un medio de una vasta pradera.

Era un cielo siempre nublado y sombrío.

De pronto la violeta encontró un arroyo, que al besar su tallo, la dieron nueva vida, nuevos placeres.

En medio de aquel cielo negro y triste, apareció una estrella.

Era Zaárd.

Almas predestinadas las dos, se buscaron y se encontraron por fin.

La niña amó á Zelim con toda la espansion de sus diez y seis años, y de sus ilusiones.

Zelim adoró á Zaárd con toda la fuerza, con toda la energía de un corazon que ha llegado á los veinte y cinco años sin haber tenido á quién consagrar sus afecciones de hijo y sus sentimientos de amante.

Su amor hácia la mora rayaba en lo infinito.

Los inmensos venenos de cariño que habia en su pecho, se desbordaron.

Concentró su esperanza, su porvenir, su vida, en Zaárd.

Y pasaron los dias, corrieron los meses, y aurora tras aurora, fueron escuchando los suaves acentos de la mora, que preguntaba: «¿Me amarás siempre? á lo que contestaba la voz ardiente del moro: «Hasta mi último suspiro será para tí.»

Y ambos embriagados en su pasion, miraban deslizarse tranquilas y serenas las dulces mañanas de sus vidas.

Pero todos los soles tienen sus ocasos.

La hermosura de Zaárd, incitada poderosamente por el amor, se desarrolló, y se hizo de una esplendidez deslumbradora.

Era una joya digna de la corona de un rey.

Y su tio comprendió que debia esplotar el valor de aquella joya.

Ya hemos visto el semblante de aquel cálculo infame.

IV.

—¿Con que es verdad, Zaárd? dijo Zelin así que su dolor encontró palabras para espresarse. ¿Con que no hay mas remedio que renunciar á tu amor?

—Calla, Zelim, no tortures mas mi alma, dijo con un acento inmensamente dolorido la hija de Suleyman.

—¿Y he de resignarme tranquilo á perder tu amor, tú amor que es mi vida?

—¿Y qué remedio nos queda?

—Poderoso Allah!... esclamó la jóven fijando sus bellos ojos en el cielo, y me lo pregunta él!...

—Pues bien; puesto que hasta dentro de tres dias no has de ser llevada á la presencia de nuestro verdugo, decídete á seguirme.

—¿A dónde?

—Léjos de aquí á Tánger, nos pondremos bajo la proteccion de cualquier cónsul, y podremos ser dichosos todavía.

—¿Pero y mi padre entonces? gritó con un acento desesperado Zaárd.

—Tu padre!...

—Mi padre, sí; mi padre, que se verá espuesto á la ira del sultan, y ya sabes tú demasiado lo terribles que son sus accesos de furor.

Inclinó Zelim la cabeza.

No habia medio alguno de evitar aquella desgracia.

—Tienes razon, dijo al cabo de algunos momentos, nuestra desventura no tiene alivio, y no hay mas que conformarse con ella, ¡pero Dios mio!... ¿cómo es posible que pueda yo resignarme á perder el último bien que tenia en la vida?... Si es verdad que eres ese Dios benigno y justo que me han enseñado á bendecir, ¿dónde está tu piedad, tu justicia?...

Y los ojos de Zelim se fijaban en el firmamento con una espresion insensata.

Entretanto Zaárd lloraba.

La pobre criatura habia bebido sus lágrimas para poder llorar todavía.

Entre sollozos y suspiros, su acento llegó hasta su amante.

—Zelim, le dijo, ¿quién nos hubiera dicho que amores que tuvieron tan dulces ensueños, les aguardara un despertar tan terrible!

—Oh?... mi Zaárd, si me amas como yo, cuánto no has de sufrir!

—Ya nada sufro, padezco por tí solamente, ya he formado mi plan, y espero tranquila.

—¿Tu plan has dicho?... y cuál es?

—Morir, antes que pertenecer á otro hombre.

—Morir!... morir tú?... No, imposible; antes que tú mueras, que perezca el género humano, contestó con acento iracundo el moro.

—Calla, Zelim, muerta yo, te esperaré en el paraiso, donde Allah clemente y bueno bendecirá la union de nuestras almas entre las sonrisas de las ohuries.

La aurora empezaba á iluminar la tierra.

Las sombras de la noche iban desapareciendo.

Era la misma aurora de los otros dias.

Pero ay! que al contrario de aquellas, esta no escuchó las dulces protestas de los dos amantes.

Los ojos de Zelim despedian un brillo siniestro.

Sus manos temblaban convulsivamente.

Su frente se hallaba surcaba por profundas arrugas.

De pronto, alzando su vista á la reja de su amada, la dijo con acento breve y seguro:

—Puesto que tú tienes formado tu plan, yo tambien tengo el mio, y te prometo que no irás al Harem. Adios, Zaárd, ruega al cielo que me dé el valor que necesito.

Y tras estas palabras hechó á andar por la calle adelante.

—Zelim, Zelim! gritó la mora asustada terriblemente por las palabras de su amante.

Pero este no se volvió á aquel llamamiento

—¿Zelim, qué intentas?... volvió á decir Zaárd.

Pero tampoco obtuvo respuesta.

El moro llegó á la esquina de la calle, y sin volver la cara á la reja, desapareció.

La alborada desplegaba todos sus encantos.

Un silencio inmenso reinaba en la calle.

Solamente detrás de una celosía, una pobre niña, turbaba de vez en cuando aquel silencio con sus sollozos.

CAPÍTULO X.

En que se vuelven á presentar algunos antiguos amigos de nuestros lectores.—Accion del 25 de Noviembre.—Rasgos gloriosos de nuestros soldados.

I.

Las tropas permanecian en su campamento del Serrallo.

Hostilizadas diariamente por los moros, las acciones del 22 y 24 del mismo mes, no fueron mas que dos brillantes bocetos del gran cuadro que mas tarde se habia de verificar.

Nuestros ingenieros poderosamente secundados por los presidiarios, trabajaban en la construccion de los dos reductos que estaban en la vanguardia del campamento.

En vano los moros intentaron oponerse á la conclusion de aquellos fuertes.

Los españoles acreciendo su valor cada vez mas, si valientes se presentaban los fanáticos sectarios de Mahoma, mas valientes estaban ellos.

Todas sus acometidas fueron rechazadas, y todas ellas añadieron un quilate mas á la brillante aureola de que estaba circundándose el ejército espedicionario.

El general todo lo inspeccionaba.

Incansable y con la responsabilidad que sobre él pesaba, su ojo perspicaz, velaba por la seguridad y el mejor éxito de sus pasos.

Y sin embargo, su posicion tambien era muy crítica.

Obligado á defender las posiciones que habia tomado, no podia tampoco, descuidar la plaza.

En medio de un pais completamente hostil, entre un pueblo que incapaz de batirse ordenadamente, rodea invisible los campamentos, y por medio de sus continuas guerrillas, obliga á tener siempre prevenidos á los soldados, é incapacitado de recibir socorros por el mal estado del Estrecho, Echagüe tenia que velar por todo, y no descuidarse en lo mas mínimo.

Comprendida perfectamente por él su posicion, se elevó á la altura de ella.

Valiente como el primero, en los puestos de mas peligro, peleaba como el primer soldado, y dirijia como el mas hábil general.

Las acciones del 22 y 24, son buenas pruebas de ello.

Pero aun le faltaba la principal.

El Dios de las batallas le reservaba aun su mas inmarcesible laurel.

II.

Miguel habia sentado plaza en el regimiento de Borbon.

Su amor hácia Maria no habia disminuido.

Pero su dolor era infinito.

Buscó la muerte en los combates, y la muerte no acudió á su llamamiento.

Su arrojo le valió los galones de cabo.



EXCMO. SEÑOR GENERAL ECHAGUE.

Sus compañeros admiraban su indómito valor y procuraban imitarle.

Pero menos felices que él, el campo de batalla les servia de lecho.

Llevado Miguel de su ardor, el dia 22 se encontró cercado por seis moros que trataban de llevarse á un soldado herido.

La bayoneta vuscó el pecho del mas próximo y un cadáver cayó al suelo.

Pero furiosos los demas, se abalanzaron al arma y por medio de un esfuerzo supremo, pudieron desencajar, la bayoneta del cañon.

El jóven no desmayó por eso, volvió el fusil y agarrándolo por el cañon, describió tan terribles molinetes, que las cabezas de otros dos musulmanes, vacilaron, y arrastraron á sus cuerpos en su caida.

Miguel cogió entonces á su compañero.

Sosteniéndole con su brazo, y blandiendo con el otro su arma, empezó á retroceder hácia donde estaba sus soldados.

Los moros tomaron esta accion por cobardia y redoblaron sus ataques.

Miguel no podia maniobrar con entera libertad. Herido ya, la carga de su compañero no le dejaba defenderse.

Dió dos pasos atrás, dejó al soldado sobre el suelo, y adelantándose hácia sus enemigos, á los pocos instantes tras dos nuevas heridas hizo morder la tierra á los musulmanes.

Aquella lucha lo habia debilitado completamente.

Sin embargo, haciendo un esfuerzo inmenso, volvió á coger al soldado, y casi arrastrándose ambos, se pudieron reunir con sus compañeros.

Cuando aquello llegó á noticia del general, no pudo menos de admirarse.

Los galones de cabo fueron su recompensa.

Sus heridas eran demasiado leves, y á los dos dias ya estaba al lado de sus soldados.

III.

Son las ocho de la noche del dia 24 de Noviembre.

El campamento está entregado á un silencio solemne.

La accion que durante la tarde se ha sostenido, ha sido harto dura. y todos los soldados están dando algunos momentos de tregua á sus afanes.

Solamente de vez en cuando, cruza el espacio el «alerta» de los centinelas, ó los ayes de algun herido que llevan al hospital de sangre.

Miguel en su tienda mira pasar las horas sin que el sueño haya acudido á sus ojos.

Mal cicatrizadas sus pequeñas heridas, con la tarea del dia se le han vuelto á resentir.

Pero sus dolores físicos no son nada en comparacion de su sufrimiento moral.

¿Qué seria de la pobre Maria?

Acaso Andres la habria dado la rehabilitacion que necesitaba?

Y aunque así lo hubiese hecho, cual seria su conducta?

Y pensar que aquella mujer á quien tanto habia amado, no podia nunca pertenecerle.

Que buscaba la muerte para calmar sus dolores, y en vez de allarla encontraba la gloria.

¿Y de que le servia la gloria cuando no habia una mujer cuyas lágrimas de felicidad y cuyas miradas de amor, bañasen aquella corona?

Pobre Miguel!... su padecimiento era infinito.

De pronto, la cortina de la tienda se alzó, y un soldado dirijiéndose á Miguel, le dijo:

—Aquí te buscan.

—¿Quién es, Gimenez?

—Un voluntario que el coronel ha echado á nuestra compañía.

—Pues que pase.

Entró el voluntario, y á la débil claridad que esparcia la luz, miró el cabo al recien llegado, y un grito de sorpresa se escapó de sus lábios.

—Andrés!... esclamó.

—Querido Miguel! dijo Andrés.

Y los dos prímos se abrazaron con efusion.

Pasados los primeros trasportes, preguntó Miguel.

—¿Y mi tia como está? y Maria?

—Todas están rogando á Dios por nosotros con toda la buena fé de unas santas mujeres.

—Y ahora que me acuerdo, me ha dicho Gimenez que has sentado plaza.

—Sí, primo, contestó Andrés con un acento que contrastaba estraordinariamente con el que en otro tiempo tenia, cumpliendo con tu deseo, y apreciando tu delicadeza en lo que debia, hé hecho de María mi esposa, y el dia mismo de mi casamiento he salido de Madrid.

—Tú!... tú has hecho eso? preguntó Miguel cada vez mas sorprendido.

—Cómo se conoce que estás acostumbrado á juzgarme mal, contestó con amargura Andrés. Siempre habeis visto mis defectos, y habeis tenido razon, solamente tú has podido hacerme comprender la virtud y enseñarme el camino de las buenas acciones.

—Calla, primo, no he sido yo, es que aun no estaba tu alma lo suficientemente viciada, para que se hubiese desagenado de los sentimientos de honor y delicadeza. Cómo habrán sentido las pobres mujeres tu marcha! ¿no es cierto? preguntó Miguel deseando dar otro giró á la conversacion.

—Mucho han llorado; pero al fin se han convencido de que hacia perfectamente.

Siguieron durante mucho tiempo las preguntas y las con-

testaciones, y la luz de la aurora vino á sorprenderlos sin haber dormido ninguno de los dos.

IV.

Con una atmósfera despejada amaneció el dia 25 que habia de formar tan brillante página en la historia de nuestros triunfos.

A pesar de haber estado los dias anteriores molestados contínuamente nuestros valientes por los moros, á las primeras horas de la mañana, dispuso el general Echagüe que se hiciera un reconocimiento sobre la embocadura de Sierra-Bullones.

Cuatro compañías de cazadores de Madrid, fueron las destinadas para ello.

Con el marcial desembarazo y el valor que domina á nuestro egército, avanzaron decididos hácia el sitio que se les indicaba.

Pero un grueso peloton de moros, que no bajaria de quinientos ó seiscientos, se presentó á impedirles el paso.

Entonces el resto del batallon, pasó á reunirse con sus compañeros.

Los moros fueron engrosándose por momentos, y en número considerable, se dirijieron con su algazara de costumbre sobre nuestras posiciones.

Su objeto, sin duda, era apoderarse de la bateria del Serrallo.

Pero Echagüe habia ya previsto este caso, pues desde el monte del Hacho, se le avisó que por la parte de Tetuan se acercaban infinidad de moros.

Acto contínuo dispuso que el batallon de cazadores de Madrid, se replegase hácia la izquierda del reducto, y que uno

de Granada y el de Alcántara, fueran en union suya á coronar toda aquella parte de la montaña.

Entre tanto, en la derecha se habia formado un cuadro por los batallones de Borbon, en cuyo centro se colocaron algunas piezas de artillería.

Preparados de esta manera, esperaban impacientes la acometida de los musulmanes.

Blandiendo sus armas y gritando con todas sus fuerzas y en todos los tonos posibles, Allah!... Allah!... Allah!... cayeron sobre ambos costados.

Pero nuestros cazadores no arrojaron mas que una sola voz, pero enérgica y poderosa:

—Viva la Reina!... digeron, y sin perder un palmo de terreno, resistieron impávidos el violento choque del enemigo.

Dos veces trataron estos de romper aquella muralla viviente, que á pesar de las bajas que tenia, cada vez se hallaba mas robusta y cada vez se defendian mejor.

Los moros tambien trataron de atacar al reducto de la Marina, pero otros dos batallones fustraron su intento.

Al mismo tiempo que esto sucedia, el cuadro de la derecha era atacado con el mismo furor.

La lucha era horrible.

Fué tan bárbaro el empuge de los moros, y tal su ceguedad que llegaron hasta las bocas de nuestros cañones, viéndose obligados los artilleros que guardaban las piezas, á defenderse con los atacadores y con todo lo que encontraban á mano.

Toda la division estaba en fuego.

Y en todas partes, donde mas peligro habia, allí estaba su digno general batiéndose como el primer soldado, y ocupando siempre el primer lugar.

Y el combate era cada vez mas encarnizado.

Se necesitaba el indomable valor de nuestros valientes, para resistir las violentas acometidas de los moros.

Por fin, el general quiso ya concluir aquella accion, por medio de un hecho brillante.

Mandó retroceder al cuadro de la derecha, sin perder la formacion, ni el buen órden.

Los islamitas creyendo que aquello era una huida, se lanzaron sobre los soldados con un impetu salvage.

Mas de pronto, el cuadro hace alto, se separan sus filas, y torrentes de metralla se derraman entre los apiñados moros, cuya mortandad fué considerable.

Entre tanto, otra division habia ido por la derecha del cuadro, rodeándolos, y apoyado este movimiento por los batallones de Madrid, y Alcántara, los moros se encontraron cercados completamente.

Al convencerse ellos de su posicion, no fué ya valor, fué el frenesí, la locura; y gumia en mano, trataron de abrirse paso por enmedio de aquellas filas de hombres.

La lucha cuerpo á cuerpo se presentó allí mas horrible que hasta entonces habia sido.

Nuestros soldados se echaron el fusil á la espalda, y navaja en mano, si acertados eran los golpes de los moros, mucho mas lo eran los de los españoles.

Los prodigios de valor no podian enumerarse.

El campo presentaba un cuadro sublimemente aterrador.

A los ayes de los heridos, y á los gemidos de los moribundos, se unia la griteria de los moros, el silbido de las balas, y el ronco estampido del cañon.

Los toques de corneta, las voces de los gefes, y los vivas de los soldados, todo contribuia á dar á aquel terrible concierto, un aspecto, una armonia estraña y terrorífica.

V.

Todo el mundo se portó admirablemente en aquella jornada.

Desde el presidiario que trabajaba en las fortificaciones, y que con su pico, ó su azadon, se defendió como un bravo, hasta el general que atravesada su ropa por diversos balazos,

y herido en una mano, no se retiró, ni abandonó un momento su puesto, todos contribuyeron al mejor éxito del combate.

Si á narrar fuéramos todos los episodios, todos los hechos fabulosos que se verificaron en aquel dia, ni fuera posible enumerarlos, ni nos bastarian muchos pliegos para consignarlos.

En medio de aquella lucha cuerpo á cuerpo, un robusto sectario de Mahoma, cogio á un corneta de cazadores.

Era casi un niño, y el moro lo juzgó harto débil para emplear sus armas contra él.

Se lo cargó al hombro diciendo:

—Ah! niño rumi!... tu servir mucho para mí.

—Ahora te lo diré yo, contestó el valiente muchacho.

Y saltándole á los hombros, con una rapidez asombrosa, sacó la navaja y la hundió en el cuello de su raptor.

Andres en union de su primo se portó bizarramente.

Separados ambos en medio de aquella confusion, se vieron cercados por cuatro moros, que agitando sus gumias gritaban como energúmenos.

—Nosotros cortar cabezas á perros.

—Y nosotros abrir barrigas á moros.

Contestó Andres, parodiando las palabras de los musulmanes.

Y diciendo y haciendo, tiró de su navaja, y fué tan acertado su primer golpe, que uno de ellos vaciló dió dos ó tres pasos y cayó al suelo cadáver.

Y el antíguo cajista, se volvió furioso contra otro que le habia herido en un brazo, y como habia dicho antes muy bien, le abrió el vientre y lo dejó como á su compañero, sin necesidad de repetirle.

Miguel, molesto con su herida antigua, y otra que habia ya recibido, se defendia con trabajo de los moros, que aunque ya habian probado las bayonetas del fusil del cabo, no amenguaban su fúria.

Andrés no se hizo esperar mucho, así que se desembarazó de sus dos enemigos, dió un salto, y navaja en mano, se dejó caer sobre los moros, que atacados por fuerzas iguales, no

pudieron sostenerse con ventaja y siguieron la misma suerte que sus hermanos.

En fin, en aquella gloriosa accion, cada soldado fué un héroe, y la Europa atónita contemplaba la valentía de aquellos hombres, dignos sucesores de los antiguos paladines de los siglos pasados.

Los moros, perseguidos sin cesar por nuestros soldados, y prefiriendo morir á rendirse, abandonaron el campo dejándolo sembrado de cadáveres, á pesar de los infinitos que retiraban.

Echagüe dió la órden de alto, y los batallones se fueron rehaciendo y formándose para retirarse á sus puestos y descansar de las faenas de aquel dia tan memorable, no sin haber sobre el mismo campo de batalla, dado algunos premios á aquellos que mas se distinguieron.

VI.

Alberto, al lado del general, hizo prodigios de valor.

Su *rewolvers* y su sable no estuvo ocioso un momento.

Herido al mismo tiempo que Echagüe, como él no pensó en retirarse.

Objeto constante de los ataques de una docena de moros, en los diversos puntos de la línea en que se encontró, allí mismo le persiguieron sus enemigos.

Tanta tenacidad, no pudo menos de chocarle.

Dos veces obligado á cambiar de caballo, por habérselo herido, se encontró por fin á pié y frente á sus perseguidores.

El combate estaba entonces en su mayor fuerza y encarnizamiento.

Alberto no contó sus agresores.

Con el rewolvers en una mano y el sable en la otra, se lanzó sobre ellos.

Pero en los moros se veia una cosa estraña.

Solamente trataban de parar sus golpes sin intencion de herirle.

Mas el poeta no era hombre que le agradara semejante cosa.

Apuntó, y una de sus balas, dejó un moro tendido, y entre el humo y la confusion, su sable tocó á otro que exhaló un rugido de dolor.

Furiosos los demás, variaron de táctica, y en vez de la defensiva tomaron la ofensiva, cayendo con rábia sobre Alberto.

Este no rehuyó su ataque, herido nuevamente, no tenia ánimo de retroceder.

Entonces se adelantó uno de los moros, y dando un grito particular, los hizo retroceder.

Alberto estaba admirado.

Con la mayor sangre fria contemplaba lo que estaba pasando, y no se lo sabia esplicar.

Pero lo cierto fué que los moros retrocedieron.

El poeta, sin pensar en nada, les fué al alcance.

Y los musulmanes huian con el mayor desórden.

Y el sable del jóven les iba picando las espuelas.

Y corriendo los unos delante del otro, se salieron completamente del cuadro de la batalla.

Alberto, que olvidó la prudencia al perseguirlos, la recordó cuando ya era tarde.

Se encontró en una hondonada, donde nada divisaba mas que sierras y senderos tortuosos y escondido entre las breñas, y decidido á morir solo, pensó en vender todo lo mas cara que le fuera posible la vida.

Doblemente escitado por aquel lazo infame, movió otra vez la mano, y otra bala fué á conducir otro elegido al paraiso de Mahoma.

Los demás cargaron sobre el jóven.

Este se resguardó contra una roca, y su sable empezó á girar con estraordinaria rapidez.

Alberto estaba hermoso en semejantes momentos.

Agitados por el viento sus cabellos, manchada la ropa de sangre, encendidas las megillas y brillantes los ojos, era un digno competidor de los héroes cantados por Homero.

La lucha no podia ser mas desigual.

Diez hombres atacando á uno.

Por dos veces el moro que hemos dicho antes que dió el grito de marcha, quiso detenerlos, pero era imposible.

Los moros digeron:

—Entrégate, perro.

Mas el poeta, dando una tremenda cuchillada, contestaba:

—Un español, muere; pero no se rinde.

Y la lucha se prolongaba.

Y las fuerzas del jóven se agotaban por momentos.

Los mismos moros estaban admirados de aquella resistencia.

Un solo hombre habia muerto á cinco de sus compañeros y aun no habian podido acabar con él.

Aquello era inconcebible.

Al fin Alberto comprendió que sus piernas no le podian sostener, y que su brazo iba á caer inerte soltando su sable.

En aquel momento, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, se llevó el cañon del rewolvers á la sien.

Pero una mano mas lista que la suya, separó el arma, y una voz harto conocida, murmuró en su oido:

—Alberto!...

Miróla el poeta con asombrados ojos y articuló débilmente con un acento de angustia infinita:

—Julia!...

Y como si aquello hubiese agotado todas sus fuerzas, cerró los ojos y cayó en los brazos de Julia, que era el moro que hemos visto dirijiendo el ataque contra Alberto.

—Pronto, Alí, pronto, vosotros agarradle y conducidle con cuidado, gritó Julia á los moros.

Los musulmanes, obedientes á aquella voz, envainaron sus gumias, cruzaron sus espingardas, tendieron sobre ellas sus

bornuces y sus turbantes, y sobre aquel poco mullido lecho tendieron al pobre Alberto.

Desmayado este, y vertiendo sangre con abundancia, no tuvo conocimiento de lo que hacian con él.

—¿A dónde vamos? preguntó Alí, volviéndose á Julia.

—A Raast-el-Seric, á casa del judio Isaac; contestó esta en el árabe mas puro.

Y la fúnebre comitiva se internó por las mas tortuosas sendas y por los mas deshabitados caminos, dirijiéndose al citado lugar.

CAPITULO XI.

En que se vé que Zelim, llevado de su amor, hace una promesa imprudente.

I.

LLEVANDO la muerte en el corazon, Zelim se separó de Zaárd.

El pensamiento de que no habia de ver mas á su amada, le volvia loco.

Y al llegarse á convencer de aquella realidad, una idea horrible cruzó por su imaginacion.

Primero pensó en matar á su amada y matarse él en seguida.

Pero él no era musulman en el fondo y no creia en el Edem del profeta, y por lo tanto, de todos modos perdia á la mujer á quien adoraba con una pasion tan insensata.

Entonces pensó que quitando la causa no habria ya efecto.

Y la causa era nada menos que el sultan, el magnífico y poderoso Sidi-Mohamed.

Pero era muy difícil llegar hasta él.

Y sin embargo, era menester matarlo.

Este pensamiento se aferró en su imaginacion y fué el que le hizo separarse tan bruscamente de Záard.

Y mientras la pobre niña en el fondo de su cama se deshacia en llanto, su amante revolvia en el fondo de su imaginacion mil pensamientos á cual mas terribles.

Toda la mañana de aquel dia, la pasó Zelim en el estado mas violento que puede imaginarse.

Por fin adoptó una resolucion, y mas adelante veremos el resultado que dió.

II.

En la parte que se conoce bajo el nombre de Fez nuevo, está el palacio del emperador.

Su construccion nada ofrece de particular; no encontraremos en él aquellos primorosos alicatados, ni los esbeltos arcos de erradura, ni los calados agimeses de las Alhámbras y Generalifes.

Aquellos inteligentes alarifes árabes desaparecieron con los fastuosos monarcas granadinos.

El palacio del emperador de Marruecos en Fez, no es mas que un monton de edificios, donde además de las habitaciones para el emperador, sus mujeres y sus magnates, hay mezquitas y jardines, huertas y baños, dominando todo esto una multitud de torres y minaretes.

Dada esta idea esterior del palacio, vamos á penetrar en él.

Atravesemos los pátios en los cuales suele dar el emperador cuando reside en la capital sus *mechuares* ó audiencias públicas, pasemos una especie de cobertizo donde encontra-

remos el cuerpo de guardia del sultan, saldremos á otro pátio en cuyo centro se halla una *cobba* ó habitacion cuadrada, rodeada toda ella de almohadones en los que están sentados con las piernas cruzadas, los primeros oficiales de la corte, esperando las órdenes de su señor.

Orgullosos y altaneros en su casa estos tiranuelos de baja especie, doblegan su cabeza bajo el peso del mas infame servilismo, ante la voluntad del poderoso Sidi-Mohamed.

Dejemos esta atmósfera de adulaciones, y salgamos á un jardin, que por lo bien combinado de sus cuadros, por sus palmeras enanas, por el aroma de sus naranjos y limoneros, por la frondosidad de sus nopales, nos recuerda los pequeños oasis granadinos, y veremos dos cobbas que se alzan en los dos estremos del jardin.

En la una despacha el sultan los asuntos de la corte, en la otra suele respirar el ambiente perfumado de los jardines, aspirando el humo de su pipa de oro y ambar.

Sidi-Mohamed-el-Katil está en conferencia secreta con el magnífico Sidi-Mahomed.

—Con que dices que esos perros cristianos se han negado á aceptar nuestras satisfacciones.

—Sí, poderoso señor; Allah, sin duda, inspira á vuestra sabiduría el arreglar esta cuestion por medios pacíficos, el santo profeta ha dicho que se evite la sangre hasta que no haya otro remedio, y vos cumpliendo con sus santos preceptos, tratásteis de conciliar los insaciables deseos de la España, sin menoscabar vuestra dignidad ni en desventaja de vuestro imperio.

—¿Y qué hacen los españoles?

—Han tenido un encuentro con los moros de Auggera y Raast-el-Seric.

—Y nuestros valientes habrán castigado sin duda la audacia de los rumis? preguntó vivamente el emperador.

—Al contrario, han sido vencidos, tal vez los altos juicios del Dios único é infalible tendrán dispuesta semejante derrota para probar nuestra resignacion y nuestro valor, pues demasiado sabeis que los españoles, gente asalariada y cobarde,

acostumbrados á la molicie y al lujo de sus ciudades, no han podido ponerse nunca en lucha, no digo con nosotros, que hijos del desierto somos tan inmensos como él, tan omnipotentes y tan numerosos como sus arenas, sino con otra nacion cualquiera de la Europa, contestó el primer ministro del sultan.

—Sí, tienes razon; pero lo cierto es que los de Auggera nos han puesto en un aprieto terrible.

—¿Qué quereis decir, señor?

—Que las discordias civiles que han precedido á mi subida al trono y la guerra con esos franceses, valientes como condenados, tienen azas consumido mi *Reital-mel*, y que no me hallo en disposicion de sostener una gurra: cada año disminuye mi tesoro y....

—Haremos una *garrama* ó contribucion ostraordinaria y de ese modo podremos prepararnos para la nueva guerra. ¿No os parece así, señor?

—¿Pero tú crees que es inevitable esa guerra?

—Por desgracia, es inevitable. El cónsul de los españoles en Tánger se ha retirado ya, y todos los de las demás naciones escepto el de Inglaterra, y este ya sabeis...

—Te comprendo, Mahomed, te comprendo. Y qué pasos y qué prerogativas has hecho? preguntó el sultan despues de haber cambiado con su favorito una mirada harto significativa al nombrar al cónsul de Albion.

—Hé avisado á los *Moscandenes*, *Alcaides y Bajás* de todo el imperio; hé mandado reunir todos los soldados de nuestro ejército permanente, hé dado órden al gobernador de Tánger, Tetuan y otros de nuestros principales puertos para que atiendan á sus fortificaciones, algunos *amigos fieles* se han encargado de secundar mis proyectos y creo que con los buenos creyentes que pueblan nuestro vasto imperio, los españoles se arrepentirán, aunque tarde, de haber provocado la cólera del leon africano.

—Bien, Mahomed; veo con el mayor agrado que eres un fiel servidor. ¿Y de armas, como están mis tropas, y mis fuerzas y mis fortalezas?

—Nuestros *buenos amigos* nos prestarán su ayuda, y nuestros soldados estarán armados á la altura y con mayor ventaja que los nazarenos. Además, he pensado, salvo vuestro parecer siempre acertado y justo, formar un cuerpo de tropas al mando de vuestro hermano el poderoso apoyo del Islam Sidi-Muley-el-Abbas, que colocándose en la confluencia de los dos caminos que conducen á Tánger y Tetuan, pueda acudir al socorro de cualquiera de los dos puntos, en el caso de que se vean atacados por los españoles.

—¿Y te parece que mi hermano no nos hará traicion?

—En otra clase de guerra, no me hubiera parecido conveniente confiarle semejante mando; pero en esta, en la cual el fanatismo es el todo, vuestro hermano, á quien se considera como uno de los mas inspirados *santones* de nuestra raza, es un gran jefe á quien seguirán frenéticos en los combates y cuyo acento los entusiasma doblemente.

—Bravo Mahomed; y los españoles no han dado mas combate que ese de que me has hablado?

—Nó, poderoso señor, segun lo que he sabido fué el *Ergit-Sebaatáse–Setumbere* (1) el único en que los españoles hicieron alarde de sus fuerzas, desde entonces acá asustados ellos mismos de su audacia, han permanecido encerrados en los muros de Ceuta y creo que están reuniendo tropas que huirán indudablemente á la desvandada al ver tremolar ante ellas el rojo estandarte del profeta.

—Allah Fuxe AKebur (2) dijo Sidi-Mohamed con profunda uncion religiosa, y él solo como padre fiel de todos los creyentes no desamparará á sus hijos. Y ahora dime, ¿sobre qué te parece que echemos esa garrama estraordinaria?

—Pidamos un nuevo *Djazia* (3).

—Pero eso en todo caso no podrá aumentar nuestro tesoro mas que en algunos millares de *Baind' Ki*, ducados.

(1) Dia 17 de Setiembre.

(2) Solo Dios es grande.

(3) Contribucion de los judios.

—Es que tambien aumentaremos la contribucion sobre el *Resb-el-derab* (acuñacion de moneda) se subirán los *Auaid quimrug* (derechos de aduanas) y aumentaremos el *Hadaia* (regalos que hacen los que piden audiencia), y aumentadas un tercio todas estas rentas, nos darán nueve ó diez millones del *UKias* (1).

—Y crées que tendremos bastante con eso? preguntó Sidi-Mahomad un tanto mas tranquilizado al ver que no tenia que hacer una sangria muy grande á su tesoro.

—Creo que sí, señor, ademas que ya sabeis los socorros que esos aliados nos han ofrecido por medios indirectos y contando con ellos, con los nuestros, y tal vez con algunas disidencias ó inconvenientes que se le pongan á la España para entorpecer sus operaciones, indudablemente triunfaremos sin grandes desembolsos y sin pérdidas graves.

—Bien, Mahomed, quedo completamente satisfecho de tu celo y Allah sin duda te ha dado esa profunda sabiduria para el mejor gobierno del *Mogreb-el-AKsa* (2).

Elige entre las mujeres de mi harem, las que mas te agraden, allí encontrarás negras puras de la Albisinia, mujeres de la costa de Levante, capaz de hacer desfallecer de amor al mas aústero morabitho de mi imperio, elige en mis caballerizas, los corceles que mas te agraden, pideme cuanto quieras y todo me parecerá poco para pagar la fidelidad con que me sirves.

Sidi-Mahomed hizo tres profundas *zalas* ó reverencias y contestó inclinando con modestia su frente:

—Gracias, poderoso Sultan, mi único deseo es serviros como serví á vuestro padre, el magnífico, el infalible, Muley-Abderrhaman y mi sola recompensa al oir de vuestros lábios la complacencia que os inspiran mis servicios.

Mahomed-el-Katib conocia demasiado á su señor.

Sabia perfectamente que todos aquellos regalos, que todos

(1) UKias, moneda de plata equivalente á un real.

(2) Imperio de Marruecos.

aquellos presentes que en un momento de complacencia le hiciera, se los arrebataria el dia en que le pareciese que ya le habia dado bastante.

Muchos ejemplos de esto se habian visto en la corte de S. M. marroquí, y el primer ministro no queria que llegase este caso.

Largo rato siguieron hablando todavía de diversas cuestiones políticas, y combinando los medios para poder resistir con mas ventajas á los españoles, y al cabo de ellos, abandonó el favorito el palacio imperial para ir á dar las disposiciones que habia sometido á la aprobacion de su señor.

III.

El sultan quedó solo.

El aburrimiento, ó mejor dicho, el fastidio, domina á los árabes tan poderosamente casi como el *Spleen* á los ingleses.

Cansados completamente de los placeres materiales del serrallo, saturados, si se nos permite decirlo así, por las voluptuosidades de todos géneros en que se aduermen, llegan á cierta edad y todo les causa tédio.

Las mujeres, hermosas en su mayor parte, puestas siempre al alcance de su mano, les astian por la misma facilidad con que las consiguen.

El café y el tabaco, cuya embriaguez les absorve algunos momentos, los entonteco, y mas bien ya lo toman por costumbre que por deseo.

El poderoso sultan de Marruecos se fastidiaba soberanamente.

Fijos los ojos en el abovedado techo de su cobba, estaba entregado á uno de esos sueños sin objeto, en los cuales se mira sin ver y el pensamiento se paraliza completamente.

El tapiz persa, que cubria la puerta de la estancia, se alzó, y uno de los oficiales de su servidumbre apareció en ella.

Sidi-Mohamed despertaba de aquel éstasis sin forma ni objeto, se volvió con un semblante asaz, mal humorado, y preguntó al oficial:

—¿Quién te ha mandado entrar, Ben-Haschem?

—El alcaid Zelim-ell-Mokar desea veros con urgencia.

—Zelim!... dijo sorprendido el sultan, que entre.

Momentos despues penetraba el jóven en la estancia.

El emperador no pudo menos de reparar en la tristeza y el dolor que espresaba el semblante del jóven.

—¿Qué te sucede, mi buen alcaid? le pregunto con un tanto de afecto Sidi-Mohamed.

—Una gran desgracia, poderoso señor de los creyentes, contestó Zelim haciendo una profunda zala.

—¿Una desgracia?... qué, te han robado tus armas, se ha muerto tu yegua favorita?...

—Esa pérdida seria insignificante al lado de lo que me sucede.

—¡Qué otra cosa puede haber que cause mas pena á un fiel hijo del Islam, que la pérdida de sus armas ó la muerte de su caballo?

—La pérdida de la mujer á quien se ama; contestó con arranque el jóven.

—Pues qué, te han quitado alguna esclava de tu harem?

—Están muy próximos á quitármela, señor.

—Y qué hace entonces tu yatagan en tu cintura?

—Ah! plugiera á Allah, que mi yatagan pudiese calmar mi angustia.

—No te comprendo, esplícate Zelim, quien es la persona que trata de arrebatarte á tu amada?

—Vos, señor.

—Yo!... por el santo profeta que no se como no llamo á mis *chaouhs* (verdugos) para que te empalen, gritó el sultan alzándose colérico de los almohadones en que se hallaba sentado.

Zelim esperó que se calmase algun tanto el furor de su dueño, y en cuanto vió la ocasion oportuna, le dijo:

—Calmaos, señor, perdonad á vuestro humilde siervo, si no ha sabido esplicarse de manera que vuestra superior inteligencia le comprendiese.

La esplosion de Sidi-Mohamed se habia apaciguado ya, y con voz mas serena le dijo á el alcaid.

—Vamos, esplícate de un modo que yo pueda comprenderte.

—Raab-el-Melik, os ha hablado de una sobrina que tiene, hija de Suleyman, su hermano.

—Sí; y por cierto que tanto me han ponderado su belleza que ya tengo ganas de verla en mi harem.

Zelim llevó la mano á la empuñadura de su gumia, y una nube sangrienta cubrió sus ojos; pero pudo dominarse, y con acento algo trémulo todavía, dijo al sultan:

—Pues de esa mujer es de la que yo os hablaba, señor.

—¿Con que segun eso, la amas? le preguntó el emperador frunciendo estraordinariamente el entrecejo.

—Con delirio, como *Meriem-Bent-Amra* (la vírgen María) adora al Dios único y grande.

—¿Y cómo tú, miserable esclavo, te has atrevido á poner tus ojos en la mujer que se destinaba á tu señor? preguntó con un acento estraordinariamente colérico el sultan.

—Es que yo la amaba mucho antes de que su ambicioso tio Raab-el-Melik os la destinára.

—Y desde el momento en que lo supiste, por qué no respetaste la mujer que yo deseaba?

—¿Por qué las caravanas atraviesan el gran desierto, sabiendo que suelen encontrar muchas veces la muerte en sus abrasadas arenas? porque no tienen otro remedio.

—¿Y qué quieres decirme con eso? preguntó el iracundo musulman.

—Que yo no he podido dejar de querer á Záard, porque mi alma no podia dejar de hacerlo, porque Záard es mi vida, y el dia en que entre en los salones de vuestro harem, será el último de mi existencia, porque ya que no pueda clavar en vues-

tro seno la hoja de mi gumia, la abriré paso por mi seno hasta mi corazon.

—Miserable perro!... gritó Sidi-Mohamed en el colmo de la furia y desnudando la hoja de su corbo yatagan.

—Herid, señor, dijo Zelim con valentia, separándose el *haik* que cubria su pecho.

Aquel movimiento desarmó la cólera del señor.

Habia tanta nobleza, tan gentil desprecio de la vida, tanto valor, que Sidi-Mohamed, en medio de lo poco que comprendia los sentimientos del honor y la delicadeza, no pudo menos de admirarse.

Su yatagan volvió, aunque lentamente, á esconderse dentro de la rica baina recamada en pedreria.

Zelim esperaba tranquilo su resolucion.

El emperador rompió el silencio diciéndole:

—Y bien, ¿qué es lo que quieres?

—Mi amado señor, pedidme en cambio cuantos sacrificios haya en el mundo, cuanto querais; pero concededme la joyá mas preciada que hay para mí, que es Záard.

La propuesta del jóven impresionó un tanto al sultan.

Comprendió que aquel amor inmenso se podia esplotar en beneficio suyo.

El amante de la jóven era materia bien dispuesta, y nada se perdia en aceptar su oferta.

El pensamiento que mas le preocupaba era la guerra de los españoles.

Si estos perdieran al caudillo que los guiaba, indudablemente se desalentarian.

Y aceptando la oferta de Zelim, podia darle esta comision.

Y como habia mas probabilidades de que fuera cogido y muerto por los cristianos, quedaba libre del compromiso, y la encantadora Záard era suya legítimamente.

Que sucedia lo contrario, que Zelim conseguia su intento y le desembarazaba de un enemigo poderoso, mejor que mejor, bien se podia perder una mujer, por haber conseguido tan brillante triunfo sobre los nazarenos.

De todos modos él salia ganancioso, y la pérdida en todo caso estaba suficientemente compensada.

El pensamiento egoista y calculador del sultan, comprendió todo esto, y al cabo de algunos momentos de reflexion, dijo á su alcaid que esperaba con viva impaciencia su resolucion.

—Y dime, que si yo te cogiera la palabra, ¿te atreverias á hacer lo que yo te mandase?

—Por conseguir á mi Zaárd, soy capaz no digo de todo lo posible, sino hasta de lo imposible.

—Te advierto que lo que te voy á proponer puede tal vez costarte la vida.

—Mejor que mejor, despues de muerto no veré á mi adorada en los brazos de otro, aunque ese otro seais vos, señor.

—Bien; puesto que tan dispuesto te hallas, voy á decirte lo que exijo de ti.

—Hablad, y yo antecipadamente os juro por el santo profeta que nos oye, y por el Dios altísimo que nos está mirando, á cuya sagrada *Kaaba* de la Meka, dirijo mis miradas en este momento, que haré cuanto me mandeis, aunque en ello encuentre la muerte.

Y Zelim, volviéndose hácia Oriente que es donde existe la famosa mezquita, tendió la mano derecha, haciendo con la mayor solemnidad el juramento.

—¿Tú sabes que los perros cristianos se han atrevido á declararnos la guerra?

—Sí, poderoso padre de los buenos creyentes, y tambien sé que los valerosos sectarios del Islam tienen caballos veloces como el *Simoun*, y espingardas que lanzan balas mas certeras que las de ésos infames rumis.

—Bravo, Zelim, veo en tí uno de los elegidos por el querido del señor,(Mahoma) pues bien; los cristiunos tendrán un jefe que los dirija, ¿no es cierto?

—Aunque no tienen un talento tan sublime como nosotros los musulmanes, no dudo que lo tengan.

—Pues si eso es así, su vida es la que necesito; eso es lo que exijo de tí.

—¿Y en cambio?...

—Te prometo que Záard quedará en su casa hasta tu vuelta.

—Pero... dijo Zelim, á quien repugnaba bastante semejante comision.

—Nada, tu lo has jurado, ó me traes la cabeza de ese nazareno, ó mañana viene tu Záard á aumentar el número de mis mujeres.

Durísima era la alternativa, y antes que perder á Záard, estaba el alcaid dispuesto á todo.

—Acepto, dijo con voz tranquila, tendreis lo que deseais.

—Y yo te doy en prenda de mi palabra mi haik y mi yatagan.

Y quitándose de los hombros el magnífico jaique de finísimo lino blanco, y descinéndose el arma, pasó ambas cosas á Zelim, diciéndole:

—Desde hoy, diré á los morabithos que en sus oraciones mezclen algunas por el feliz resultado de tu empresa.

—Tendreis lo que deseais, señor, contestó el jóven, que Allah os premie por vuestra condescendencia.

—Que él te dé aliento y te ayude, le dijo el sultan.

Momentos despues volvió á quedarse solo en su *cobba*, el poderoso emperador de Marruecos, muy satisfecho de la buena idea que habia tenido.

CAPÍTULO XII.

En que el autor por complacer á muchos de sus lectores va, á olvidarse de la novela en algunos capítulos para dedicarse esclusivamente á la guerra.

I.

Comprendemos la gran impaciencia que el público en general, tiene hoy por saber noticias de los valientes que pelean por el decoro de la patria, y ya que casi nos hemos puesto al nivel de las acciones ó encuentros que hasta ahora han tenido los españoles, seguiremos desde ahora los hechos tal y como se vayan sucediendo.

Ademas tambien daremos descripciones de los lugares, costumbres y usos de ese pueblo en el cual vamos á penetrar, y que nos es necesario conocerlas para esplicarnos muchos de sus ardides y muchas de sus acciones.

VISTA del campamento y posiciones españolas en la falda de sierra Bullones, tomadas desde los altos del Otero.



1, Campamento del Otero.—2, La Mezquita.—3, El Serrallo.—4, Campamento del primer cuerpo del ejército.—5, Casa del Renegado.—6, Reducto de Isabel II.—7, id. Francisco de Asis.—8, Id. Principe Alfonso.—9, Sierra Bullones.

Si anteriormente nos hemos detenido algo en algunos capítulos, y en la creacion de algunos personages, ha sido porque teniendo nuestra obra novelesca la forma, aunque su fondo histórico, nos hacían falta algunos personages fabulosos á quienes pudiéramos achacar los hechos positivos que sucedieran en el teatro de la guerra.

Esto ya lo hemos hecho, y dejándonos de digresiones, vamos á seguir la marcha y los adelantos de nuestro ejército.

II.

La accion del dia 25 resonó en el fondo de toda España.

De todas partes se exhaló un grito de entusiasmo, y un himno de alabanzas al intrépido general, que secundado por sus brillantes tropas, habia alcanzado una victoria tan sobresaliente.

Es cierto que nuestras pérdidas fueron mas grandes y mucho mas dolorosas.

Pero los mártires muertos, trazaron á los vivos la gloriosa senda que habian de seguir.

Los hechos de aquel memorable dia, las acciones parciales escitaban el entusiasmo general.

El valiente y malogrado Ochotorena, que cargó dos veces al enemigo con dos compañías de cazadores de Madrid, compañías que bajo los mortíferos fuegos de los musulmanes vieron caer, además del escesivo número de soldados, casi todos sus jefes, escepto un subteniente que solo á un milagro debió su salvacion, pues dos veces estuvo cogido por los moros y dos veces pudo escaparse.

¿Quién podrá olvidar las palabras que Ochotorena pronunció?

Nadie, al caer herido de suma gravedad, se incorporó con una fuerza sobrehumana, y volviéndose á sus soldados, les gritó:

—Soldados! viva la Reina!...

Y cuando aquellas compañías aterradas por la muerte de sus jefes, diezmadas por las balas africanas, y sin saber qué hacer, empezaban á vacilar, un hombre, inspirado por el Dios de las batallas, se adelantó y se puso delante de ellas.

Era don Manuel Membrado, el capellan del batallon.

Puesta la estola, y empuñando una carabina de uno de los muertos, gritó á los soldados que empezaban á titubear:

—Soldados!... los vivos quedan para vengar á los muertos!... adelante, y viva la Reina!...

Y él á su cabeza se lanzó sobre los moros, que aterrados á su vez, ante el empuje de aquella carga, huyeron á la desbandada.

¿Quién olvidará al batallon de cazadores de Alcántara, que en el boquete de Auggera estuvo todo el dia sufriendo el horrible fuego que los musulmanes les estaban haciendo desde las cañadas inmediatas, y que impávidos, serenos, no dieron ni un paso para retroceder, ni hicieron la mas mínima demostracion de terror al ver aquellas grandes masas de moros caer sobre ellos con la mas espantosa gríteria.

Y todos, toda la division se portó con una valentía que podrá tener imitadores, pero superarla, nadie.

Si á referir fuéramos hechos parciales, hechos que nosotros hemos visto y otros que nos han referido, no acabaríamos jamás, baste decir á nuestros lectores, que la accion entera fué un solo episodio heróico.

III.

Enterado el general en jefe de lo ocurrido, y comprendiendo que era imposible dejar por mas tiempo á aquella division abandonada á sus propias fuerzas, en un terreno en que todo les era hostil, y en el que las calenturas, efecto de la hu-

medad del terreno, se habian desarrollado estraordinariamente, se dispuso á volar en socorro de sus compañeros.

Efectivamente; el sábado 26, se embarcó á las once de la noche el general O'Donnell, en el puerto de Cádiz, y al dia siguiente á las ocho de la mañana, desembarcó en Ceuta.

Al presentarse en el campamento, el frenesí de las tropas rayaba en delirio.

Todos veian en él al valiente caudillo que en cien combates habia de dar infinitos dias de gloria á la España.

El general se informó del estado de los heridos y enfermos, recorrió las posiciones, se informó minuciosamente de todo y estableció su cuartel general en el sitio denominado el Otero.

Dispuso inmediatamente que se aligerasen los hospítales de Ceuta, conduciendo los heridos que por su estado lo permitiesen, y los enfermos á Cádiz, Málaga y Algeciras.

Al mismo tiempo, salia para Málaga la órden para que se embarcára inmediatamente el tercer cuerpo del ejército.

El general Prim, con su division, no bien llegó á Algeciras, se embarcó tambien, y todo anunciaba que se trataba de principiar las operaciones en grande escala.

El segundo cuerpo del ejército, que estaba en Cádiz y sus inmediaciones, se embarcó tambien con el general en jefe, y con él llegó á Ceuta.

Se estendieron mas nuestras líneas, y se fortificaron convenientemente, y todo el ejército esperaba con suma impaciencia las órdenes para entrar en combate.

Se dispuso un reconocimiento hácia Tetuan por la parte de la costa, el cual no dió mas resultado que algunos tiros que por ninguna de las dos partes causaron bajas.

Al dia siguiente, el general en jefe pasó otra vez á ver nuestras avanzadas y á reconocer las posiciones del enemigo.

Entonces pudo observar que por la parte de Auggera se corrian una infinidad de moros hácia la Sierra-Bullones.

Inmediatamente tomó el conde de Lucena sus medidas preparatorias para un caso de ataque, disponiendo al mismo tiempo un movimiento avanzado contra el enemigo.

Pero este se dedicó esclusivamente á observar, y sobre las altas y lejanas cimas de la sierra, establecieron sus tiendas, que ocupaban una estension considerable, y allí pasaron la noche.

Vistas de léjos las tiendas de los moros, que aparecian y desaparecian entre las desigualdades del terreno, ó que se perdian entre aquellos bosques y cañales en las faldas de las sierras, era un espectáculo encantador.

Nuestros soldados redoblaron su vigilancia, y con harto fundameuto, esperaban que al dia siguiente tendrian que habérselas con los islamitas.

La noche se hizo demasiado larga para su impaciente deseo.

Toda ella no cesaron de mirar á la sierra en la que se veian brillar de vez en cuando las hogueras de los musulmanes.

Apenas amaneció, todas las miradas se fijaron en aquel sitio.

Medio envueltas por las brumas de la mañana, allí se veian las tiendas.

Pero su gozo fué de poca duracion.

El enemigo levantó su campo y desapareció.

Nadie podia esplicarse esta marcha tan súbita, cuando allá á las doce de la mañana, el vigía del Hacho avisó la aproximacion de considerable número de moros, con ánimo, sin duda, de atacar otra vez al reducto de la derecha y demás puntos avanzados.

Efectivamante, estos no tardaron en presentarse, ocupando una línea inmensa, y que demostraba que llevaban formado algun plan estratégico.

Efectivamente, quedó esto demostrado al ver que solo trataban de llamar la atencion por aquel lado, para despues caer como lo verificaron por el camino de Auggera.

El general en gefe, se situó para dirijir la accion con mas acierto, y para animar mas á sus soldados en el reducto de Isabel II, que era el amenazado por los infieles.

La division Gasset que era la que mandaba Echagüe, y que

por su herida tuvo que dejar, fué tambien á la que le cupo la gloria de esta jornada.

En una altura á la derecha del reducto del Norte, se colocó una bateria de doce piezas delante de la cual, formó parte del regimiento de Borbon.

Una masa informe de enemigos, se lanzó sobre aquella balla de bayonetas, que replegándose á derecha é izquierda al dar un viva á la Reina, el general O'Donnell, presentó á los feroces musulmanes, las doce bocas de las piezas que empezaron á bomitar sobre ellos torrentes de metralla.

Al mismo tiempo el resto de la division, les cortaba completamente la retirada.

En aquel instante se les intimó la rendicion, pero los moros creyendo deshonroso el entregarse, se negaron, y nuestros soldados recibieron la órden de cargarles, con el ansia de unos hombres que desean vengar á sus compañeros.

Aun tenian presentes los horrores, y los martirios inmensos que dieran á los soldados que cogieron desprevenidos en la accion del 25, y su furia al lanzarse sobre aquellas hordas apiñadas era indecible.

Otra vez se les ofreció la vida si se entregaban y otra vez la rechazaron.

Entonces comenzó una escena horrible, que la pluma no puede, no sabe trazar.

Sobre aquellos pelotones caia la metralla sin cesar, mientras que por entrambos flancos, y por la espalda eran cargados con ímpetu á la bayoneta.

Los moros se defendian con un valor desesperado.

Una porcion de veces trataron de romper aquel círculo de hierro que los oprimia, pero; en vano, los huecos que dejaban los soldados que caian, eran cubiertos instantáneamente, y los musulmanes seguian cayendo en montones como las espigas cortadas por la segur del labrador.

Por fin, nuestros soldados dejaron un paso abierto algun tanto, y los infieles se dirijieron hácia la punta del Leon, aterrorizados completamente y en el mayor desórden.

Se dió la órden de perseguirlos, y como por allí no tenian mas remedio que tirarse al mar ó caer en las bayonetas de los cazadores, la matanza fué horrorosa, pues algun ciento de ellos que se arrojaron al mar, encontraron en sus aguas la misma muerte de que iban huyendo.

La primera division que fué la única que tomó parte en esta memorable accion, se portó como ya se habia portado en las anteriores.

En esta especialmente habia tambien dos motivos muy poderosos para escitar doblemente su valor.

Tenian que vengar á sus hermanos, víctimas de la crueldad de los musulmanes, y su general en gefe los estaba mirando.

Estuvieron á la altura de los dos deberes que tenian que llenar.

En la matanza de los moros, debemos decir para que nunca se crea que nuestro soldado se ensangrienta sobre el enemigo vencido, que no dieron un paso para cargarlos hasta que se negaron aquellos á recibir el perdon que se les ofrecia en cambio de su rendicion, y además, porque los moros al verse perdidos, ya no eran hombres, eran fieras, que á golpes, á arañazos, á bocados, se batian desesperadamente con nuestros valientes.

Muy corto fué el número de los que pudieron escapar, y que trémulos y estraordinariamente asustados, fueron á llevar á Muley-el-Abbas la noticia de la derrota que habian sufrido.

Y tanto mas les desanimó esta derrota, cuanto que el morabitho de Ain-Dalia, á quien tenian una veneracion profunda, y al que llamaban *Al-Malak-Ebb-Viunca*, (ángel del cielo) les habia vaticinado con inspirado acento que aquel dia derrotarian á los cristianos.

En cuanto á descripciones de hechos particulares, es imposible saber á punto fijo los ciertos y los que no lo son, pues se dice tanto que no es verdad, que desde luego no diremos mas que aquello de que tengamos una seguridad completa,

bien porque lo hayamos visto, ó bien porque lo hayamos oido á personas á las que podamos dar entero crédito.

No podemos menos de hacer una mencion muy honorífica de los confinados que trabajan en las obras de fortificacion, y que en todas las acciones se han portado como si quisieran borrar con su proceder de hoy, las manchas que habia en su vida de ayer.

Nosotros hemos visto á uno de estos desgraciados, lanzarse con un fusil que recogió, sobre unos moros que estaban martirizando á un soldado herido, y de un culatazo, derribar á uno, herir á otro con la bayoneta, poner en fuga á otro, y cargar con el herido, que despues dejó en el hospital, habiendo recibido una herida en su brillante accion.

Este proceder, por parte de semejantes infelices, no ha podido menos de llamar la atencion del general en jefe, que ha rebajado á algunos la condena y que los premia del mejor medio posible.

Hechos como el que acabamos de referir, ya de un soldado que cae moribundo, esclamando en aquel instante supremo, que muere contento porque ha matado dos ó tres moros, ya el de otro que quiere apoderarse de las armas de un moro, y lucha y relucha con él, y caer al suelo ambos heridos, y que en una de las convulsiones de la agonia consigue instroducir á su contrario la afilada punta de la navaja en el corazon, dejándole cadáver, y al coger, por fin, las codiciadas armas, muere él tambien apretando convulsivamente aquel objeto precioso, retratándose enérgicamente en su fisonomia cadavérica, el gozo por haber conseguido lo que se proponia, tenemos á cientos en nuestras victorias, y ya nos hemos acostumbrado á mirarlos como una cosa natural en todas las acciones que sostienen los españoles.

O'Donnell, con su mirada perspicaz, habia observado durante toda la batalla, los que mas se habian distinguido, y allí, sobre el mismo campo, en aquella tierra humedecida con la sangre de algunos de ellos, recibieron las recompensas debidas á su valor y heroismo.

La retirada de los moros acabó la accion.

Se dió la órden de retirada, y al cabo de algun tiempo, todas las tropas volvian á sus cuarteles, pues si bien solo el prímer cuerpo fué el que entró en fuego, las demás divisiones estuvieron tambien dispuestas y ocuparon las posiciones mas convenientes para favorecer, si era necesario, á sus compañeros.

Tal fué la accion del dia 30 de noviembre, con la cual inauguró el general en jefe su entrada en campaña.



ACCION DEL 30 DE NOVIEMBRE.

CAPITULO XIII.

Breves noticias sobre El Mogreb-el-AKssa (el imperio de Marruecos) su política y medios de defensa.

I.



L imperio de Marruecos, es una vasta reunion de provincias que ocupan una estensa superficie de carca de 260,000 kilómetros.

Su situacion geográfica es entre los 10° y 15 de longitud O, y los 28 y 36 de latitud N.

El monte *Tadla* lo separa de la Argelia por la parte del Este, y el Occeano por la del Oeste, estando limitado por la del Sud por el gran desierto, y en el Norte por el Mediterráneo y el Estrecho.

Su poblacion exacta, no se ha podido saber fijamente, pero

segun los datos mas aproximados, se la gradua en 8.500,000 habitantes en la forma siguiente:

Bereberes ó amarcigas 2.300,000; Xiloes y susies 1.450.000; Arabes puros y beduinos, 740,000; mestizos ó indajas 3.550,000 hebreos y caraitas 339.000, cristianos 300; 200 renegados y 120,000 negros del Sudan y Felano.

Hasta el año de 1051 dominó en marruecos la raza de los almoravides.

En esa época pasó el imperio á los califas Fatimitas á quienes sucedieron los almohades, los merinitas hasta que en 1516, entraron á reinar los Muley, que se tienen por descendientes del profeta Mahoma.

El imperio se halla divido en cinco grandes provincias de las cuales, hay tres á las que se les dá el nombre de reinos.

Fez, Marruecos, Sus, Darah y Tafilet son las provincias, y el número de tribus errantes que vagan por todos los lados del Mogreb, es infinito.

Sus rios principales son el Luccos y el Morbea que recorriendo una estension de cuarenta ó sesenta leguas, van á desembocar en el Occeano, el Bu-rugel, el Sebuc y el Bady-Drah que se vá á perder en las arenas del desierto con el Zin y el Fil-eli.

No todas las tribus que pueblan el imperio reconocen la autoridad del Sultan.

Hay infinitas que no tienen mas gefe que el que ellos nombran para su tribu, y que generalmente reciben á balazos á los *bokari* del emperador cuando ván á cobrarles la *garrama* ó contribucion.

De las tribus dependientes de Marruecos las de mas importancia son la de los *Uled-acmet-ben-brain*, *Uled-ali-ben-talha*, *Uled-azuz*, *Ben-ibuhandum*, y los Ben-inmathar.

En la parte occidental del imperio, se estende de Norte á Sur, sobre una superficie de unas treinta leguas cuadradas, los dominios de Herjach-Maymon, el rey de las kabilas de Kalaya, y jefe ó cabeza de la de *Beni-Zinissen*.

Estas tribus, á pesar de pagar con la mayor puntualidad

sus impuestos, se gobiernan independientes, gracias al génio militar de su jefe y á al ejército que ellas pueden poner en pié de guerra, pues sus habitantes no bajarán de sesenta mil, y sus fuerzas de guerra, en circunstancias dadas, pueden subir hasta 25,000 combatientes, que mejor disciplinados y mejor dirijidos, han derrotado mas de una vez á las tropas del emperador.

Herjacha-Maymon, es el que dirime generalmente todas las cuestiones que dividen á las otras tríbus sus vecinas, y su fama llega de uno á otro lado del imperio.

El *Riff*, ó *El-Salí-el*, es una vasta region montañosa que recorre á lo largo del Mediterráneo una estension de trescientos kilómetros de longitud, sobre una anchura de sesenta.

Su derecha está formada por una série de montañas que van á unirse con las de Argel, y nada mas pintoresco que su parte izquierda, esmaltada de bosques, valles y colinas, en los que crecen los olivos, los naranjos, los aloes, los dátiles, las palmeras enanas y otra infinidad de arbustos.

Millares de arroyos trasparentes, sirven de movible espejo á tan rica vegetacion, y la naturaleza vírgen y hermosa, ostenta por todas partes sus bellezas y sus encantos.

Los bereberes ó berberiscos, descendientes de los moros que arrojaron las huestes castellanas de nuestro suelo, reunidos en tríbus, pueblan aquella basta region.

Tríbus nómadas y errantes, plantan sus tiendas en cualquier parte, dejan pacer libremente sus ganados, y cuando quieren, ó los pastos se les concluyen, levantan su campo para ir á establecerlo en otro punto.

Todas estas kabilas, no reconocen autoridad ninguna, y por lo tanto, todos los tratados que el sultan celebra con España, son irrealizables, pues los rifeños se burlan de ellos, hostilizando sin cesar nuestras posesiones.

Los berberiscos riffeños, apegados aun á sus antiguas costumbres, aborrecen toda idea de civilizacion con que la Europa les brinda, y sin mas ley que su capricho, aprovechan cualquier ocasion que se les presenta, para robar y asesinar

á los infelices náufragos que la mar arroja en sus inhospitalarias costas, y para hacer todo el daño posible á los cristianos, á quienes apellidan con los dictados de *rumys ensardas* é infieles.

Los españoles especialmente, son á los que mas persiguen con su *dhejad* (ódio).

No pueden olvidar todavía que nosotros los arrojamos de las fértiles tierras de Andalucía y Valencia, y las Alhucemas, el Peñon, Melilla, y finalmente Ceuta, han sido siempre el blanco de sus ataques.

A esa ferocidad estraordinaria, á ese ódio irreconciliable y esa vida casi salvage que llevan, se debe el que la civilizacion de la Europa no haya penetrado en el Riff, á cuyas puertas tenemos nuestras posesiones brindándonos contínuamente á penetrar en su territorio.

Y de esa desnudez completa de civilizacion, nace el abandono total en que se encuentra el imperio.

De ahí nace, esos bosques tan impenetrables, guardados por animales tan feroces como los mismos riffeños, de ahí esas lagunas pestilenciales, cuyo álito infecto es un manantial contínuo de enfermedades, de ahí esas montañas inaccesibles y cuyos nombres se desconocen, así como los de los rios y arroyos que corren á sus pies y cuyos nacimientos se ignoran, así como los sitios en que se van á perder.

De esa falta de civilizacion, repetimos, de ese ódio irreconciliable á todo lo que proceda de la moderna Europa, nace el que no se sepa las villas, pueblos ó aldeas que se alzan en ese inmenso terreno, que no conozcamos ni sus kabilas, ni sus aduares, ni sus tiendas portátiles, y la casi carencia absoluta que tenemos de sus costumbres.

Unicamente algunos estudios incompletos, algunas relaciones tal vez fabulosas, de viages que en diversas épocas y por diversos puntos lo han recorrido, noticias dadas por algunas espediciones que contra algunos sitios del imperio se han intentado, es lo úuico que de ellos sabemos, y tomando lo que á nuestro juicio nos ha parecido mas verdadero, teniendo en

cuenta sus costumbres de otros tiempos y las diversas modificaciones porque han tenido que pasar al trascurrir los siglos, hemos formado estos ligeros apuntes.

Quizás hoy que la España se encuentra dispuesta á castigar la audacia de esas hordas incivilizadas y á penetrar en sus regiones desconocidas podamos hacer estudios mas completos sobre ellos y adquirir un conocimiento exacto de su territorio.

A medida que esto vaya sucediendo, ampliaremos mucho mas nuestras descripciones, y nuestros lectores podrán apreciar mas debidamente el estado y los usos y costumbres de los habitantes del Mogreb-el-Akssab.

II.

Conociendo la clase de gobierno que pesa sobre el imperio, nada de particular tiene la desnudez material que en él se observa y la ignorancia de sus habitantes.

Para los déspotas musulmanes que han dominado y dominan en Marruecos, esa carencia de civilizacion es una necesidad absoluta.

La civilizacion dá al hombre el derecho de pensar.

Y el dia en que el pueblo marroquí llegase á hacerlo el despotismo que egerce el emperador, se hundiria para siempre.

El emperador de Marruecos, mas absoluto que el Sultan Otomano, no reconoce mas ley que su capricho, ni hay valla alguna que contenga su voluntad.

En el Mogreb, es el sultan el dueño absoluto de todo.

Dispone de las vidas y haciendas de sus vasallos á quienes considera como cosas propias.

El sultan de Constantinopla tiene su *Divan* que pone restricciones á su poder.

En Marruecos, el hombre no es dueño de lo que tiene, no puede tampoco demostrar sus riquezas por temor de despertar la codicia de los grandes.

El *Scherif* marroquí, rodeado de su aureola de descendiente del profeta, egerce en su religion un poder ilimitado y fanatiza á sus súbditos con su santonismo.

El sultan Otomano tiene sus *ulemas* que son los intérpretes de su religion y ante ellos disminuye su poder.

En resúmen, el imperio de Marruecos es la negacion absoluta de la inteligencia y de esta clase de gobierno, nace el estado de embrutecimiento en que se encuentra.

Las ciencias son completamente desconocidas.

Ni la cabeza del Estado, ni los moros mas poderosos y de mejores familias, reciben los conocimientos mas necesarios.

No hay academias, no hay universidades, carecen de establecimientos de primera enseñanza y toda la sabiduria, todo el talento reside en los *Talebs-Morabithos ó Santones* cuya ciencia consiste en saber el Koram y en interpretarlo del modo que mejor les agrada y que mas convenga á sus miras é intereses particulares.

Los *Radets* jueces ó abogados aplican la justicia torciendo á su placer los preceptos del Koram y sus fallos las mas veces injustos y venales hasta mas no poder, inclinan su balanza al que mas les paga.

Y á propósito de esto, no podemos menos de reproducir dos anécdotas que el ayudante Albarez consigna en sus memorias y que demuestran mas claro que cuanto nosotros digamos hasta donde llega la venalidad entre los jurisconsultos moros y la ignorancia de las hordas que se sujetan á su justicia.

«Aconteció que debiendo sentenciar cierto pleito, sobre los derechos de una propiedad, salió el abogado de su casa y se dirijió á la iglesia, en cuyo punto se ventilan estos asuntos. A la salida encontró uno de los litigantes que le traia un cántaro de manteca, como testimonio de sus legítimos derechos. Mandó el abogado recibir el regalo á su familia, y continuó con el litigante hasta la mezquita. Entre tanto llegó el otro litigante á casa del abogado, llevándole un novillo de regalo: recibieron el presente, y le digeron que ya estaban aguardándole en la mezquita: fuese allá el buen hombre, pero con la

pesadumbre de que el abogado no supiese la venida del novillo. Un hijo del letrado, entonces, no sabiendo como hacérselo entender á su padre, llegó ante el jurado y le dijo: Padre, el novillo que ha traido este mozo, se soltó de la cuerda en que venia atado, y á roto el cántaro de manteca de este otro. Ya puede comprenderse quién ganaria el pleito.»

Llegaron una vez dos moros á su presencia, y el uno dijo: sabrás que entrando en casa de ese, á devolverle una espingarda, se me cayó, sin yo verlo, una moneda de plata de veinte reales, que es el único dinero que tenia; y habiéndola hechado de menos al salir á la calle, volví á buscarla, y al entrar otra vez, vi á este que acababa de alzarla del suelo y se la guardaba: se la reclamo como mia y no quiere devolverla. Pon remedio en esto, tú que sabes mas que nosotros.

—Es verdad lo que este dice? preguntó el abogado.

—Es verdad, contestó el otro, que yo la cogí del suelo y me la guardé.

—Luego confiesas que te la hallaste.

—No confieso tal cosa. Lo que está dentro de mi casa no me lo hallo. La moneda se me habia caido hacía tiempo, y la alcé del suelo cuando quise.

—Tienes encima la moneda? preguntó el abogado.

—No, contestó el moro.

—Sí, replicó el otro, porque le he hecho venir aquí tan luego como vi que se la guardaba.

—¡Hola! dijo el abogado, veamos: tú sabrás, puesto que dices que es tuya, algunas señas de la moneda.

—Es un duro español de 1830, y tiene por la parte de la cruz un picotazo que yo le hice con mi gumia.

Registró el abogado al otro moro, y le encontró encima la moneda cuyas señas indicaba su adversario.

—Indicios son estos, dijo el letrado, de que esta moneda no te pertenecia.

—Todo lo que está en mi casa me pertenece; ese sabria las señas de la moneda, porque la repararia en el suelo cuando entró á devolverme la espingarda.

—Pero ¿porqué negaste que la tenias encima? preguntó el abogado.

—Eso probará que he mentido, pero no que la moneda sea de otro.

Se quedó un rato pensativo el abogado, y dijo despues: la moneda, puesto que estaba dentro de tu casa, es tuya; tú ganas el pleito, pero debes pagar las costas, porque este no tiene para ello; las costas importan veinte reales, con que me los guado; y cogiéndole del brazo, le puso en la calle. Sacó despues cuatro pesetas, y dirijiéndose al otro, le dijo: toma, puesto que dices que no tienes dinero, te regalo eso; pero ten otra vez mas cuidado en elegir buen sitio para perder las cosas.»

III.

El comercio, las artes, la industria, que en otro tiempo solamente los árabes poseian, la raza marroquí las desconoce completamente.

Hijos degenerados de aquellos alarifes cuyo gusto esquisito ornó de primorosos calados la Alhambra y dejó su fantasia esculpida en las poblaciones que abandonaron ante el poderoso empuje de las armas castellanas, en todo el Mogreb no se vé un monumento cuyos primorosos arabescos conserven algun recuerdo de la arquitectura árabe.

Calles estrechas y tortuosas, casas altas y de feisima construccion, sus ventanas parecen mas bien saeteras y sus puertas nada conservan de aquellos airosos arcos de erradura.

Careciendo de todos los medios de publicidad, sus únicos libros, su única enseñanza, se reduce á los manuscritos del Koram, que copian los morabithos y que venden á un precio subidísimo.

Los altos puestos de la nacion, no requieren conocimientos especiales, el capricho del monarca hace de un cualquiera, del mas ínfimo de sus vasallos, un ministro ó un bajá, y de tan

buenas elecciones son fáciles de comprender las consecuencias.

La inmoralidad mas asquerosa reina en todos los empleados que componen la administracion del imperio.

Desde el sultan que recibe de cada bajá un regalo anual, hasta el gobernador de cada provincia, que por medio de estos regalos, adquiere el ámplio derecho de saquear á los pueblos que están bajo su jurisdiccion, todo en ese dichoso pais se vende sin que sea permitido exhalar la mas mínima queja contra semejante escándalo.

Tal es á grandes rasgos el imperio de Marruecos en su parte geográfica y administrativa, mas adelante nos ocuparemos de su parte militar y de las inmensas ventajas que puede reportar á nuestro gobierno la entrada en ese territorio y la conservacion de plazas en el que aseguren á nuestro comercio el libre tráfico con el interior.



CAPITULO XIV.

Nuevos triunfos conseguidos por las armas españolas en Africa.—Estupor y miedo de los moros.—Empiezan á comprender que los españoles no son soldados que retroceden tan fácilmente.

I.

Las brillantes jornadas de los dias 25 y 30 de Noviembre tenian aterrorizados á los moros.

Creyeron habérselas con hombres que huirian al presentarse ellos blandiendo sus armas, y arrojando sus feroces alaridos de guerra, y vieron todo lo contrario.

No solamente se les resistió, sino que en todos los combates se les hizo retroceder.

Entonces empezaron á dudar.

Y tras sus dudas, brotaron las reconvenciones á ciertos ad-

venedizos que se habian agregado á sus tribus, y que los habian adelantado diciéndoles que la España era impotente para luchar con ellos y sus hijos, una raza incomparablemente mas floja que los bravos y montaraces bereberes.

Pero ya estaba arrojado el guante y no se podia retroceder de la empresa comenzada.

Volvieron á concentrar sus fuerzas, y unidas á ellas algunas de las que mandaba el príncipe Muley-Abbas, se dispusieron á intentar otro nuevo combate.

Todos los dias que habian trascurrido desde el 30 de Noviembre, habian tenido su pequeña escaramuza, pues desde el momento en que nuestro ejército puso el pié en las playas africanas, casi se puede asegurar que no pasó un dia sin que se cruzaran nuestras balas con las de los riffeños.

El temporal tan desecho que en los primeros dias de Diciembre reinó en el campamento, fué la causa sin duda de la suspension que hubo de acciones como las anteriores, y como las que despues se han ido sucediendo.

Llegó el dia 9, y la tranquilidad que tanto incomodaba á nuestros soldados, cesó de repente.

Los moros hábilmente dirijidos y aprovechándose de la oscuridad de la noche anterior, se aproximaron á nuestras líneas ocultándose entre los bosques y quebraduras que hay entre nuestros puestos fortificados, esperando la salida de la aurora para presentarse.

Nuestros soldados estaban muy agenos del golpe que se les preparaba, pues segun se pudo comprender, el plan de los marroquies era el de apoderarse de parte ó de todos nuestros atrincheramientos.

Pero como siempre les sucede, segun un refran muy vulgar, «quisieron venir por lana, y se volvieron trasquilados.»

Nuestras tropas como siempre, con ese ardor que las caracteriza y ese valor á toda prueba se han cubierto de gloria.

Al amanecer se mandó practicar el reconocimiento diario al regimiento de Castilla, al mismo tiempo que fuera á rele-

var la guarnicion del reducto que está situado al Sud, en la direccion del mar.

Los moros que solo aguardaban aquella ocasion para presentarse, lo hicieron con gran alborozo y griteria, envolviendo casi á nuestros valientes.

Ni la mas leve muestra de terror se vió en los cristianos.

Rodeados de fuerzas triplicadas, cargaron con valentia sobre ellos, teniendo la desgracia de que desde los primeros disparos cayese herido el infortunado coronel D. Eduardo Aldenese.

Los sonidos de los discordes instrumentos de los moros, y el fuego de nuestros soldados, llevaron la alarma á los reductos proximos, y pusieron en espectativa á todo el campamento.

El general en gefe acudia inmediatamente dictando sus disposiciones con el tacto y la energia que le distinguen.

El batallon de cazadores de Arapiles, recibió la órden de ir á sostener á sus compañeros que luchaban, y valientes y animosos se lanzaron sobre los marroquies.

En esto ya el enemigo desenmascarándose completamente, mostró al descubierto su plan que era el de apoderarse de los dos reductos «Francisco de Asis» é «Isabel II.»

Pero allí estaban nuestros bravos para defenderlos.

Cuantos esfuerzos, cuantas tentativas hicieron para tomarlos, otras tantas fueron gloriosamente rechazados.

Entonces el resto de la division, al mando del Excmo. señor general Zabala, se puso en movimiento.

Describir esas cargas á la bayoneta, dadas por soldados visoños, que entran casi por primera vez en accion, seria imposible hacerlo.

Ninguna nacion, ni esos tan decantados zuavos franceses, superan á nuestros batallones de cazadores.

Impacientes por arrojarse sobre el enemigo, solo esperan la voz de sus gefes, para echarse sobre los moros que nunca pueden resistir tan valerosa acometida.

El resultado de nuestras cargas á la bayoneta casi siempre es decisivo.

Como falta á los marroquíes la uniformidad, la táctica, y por consecuencia la buena formacion en sus batallones, de ahí que los españoles, hacen una riza espantosa en sus apiñados grupos.

Se comprende que sus movimientos están bien dirigidos, que las personas que los conciben, son tal vez hijos de esa otra nacion que por muchos motivos, y en todos tiempos ha procurado poner trabas á nuestra patria, y que baja y rastrera, sin atreverse á hostilizar de frente por temor á las consecuencias por medios embozados y mezquinos, nos hace la contra siempre que puede.

Los movimientos de los marroquíes repetimos están bien combinados, pero en cuanto á su ejecucion siempre les ha salido mal, por la falta de disciplina y union tan necesaria para el buen éxito de una batalla.

La evolucion que verificó la division de Zavala, fué retrogradar sobre la derecha algun tanto para caer sobre la retaguardia del enemigo.

Este movimiento perfectamente concebido, y mas rápidamente y mejor ejecutado, hizo comprender á los moros el riesgo tan terrible en que se iban á encontrar.

Sin embargo, no faltó quien les aconsejó, en tan apurado trance, y por medio de un ardid de guerra, á no haber sido el conde de Lucena tan previsor, lo hubieran pasado harto mal nuestros audaces soldados.

El enemigo por medio de una rétirada falsa, se internó en los bosques y cañadas, viendoselos aparecer por las quebraduras de la sierra, asemejándose sus blancos albornoces y *haiks* destacándose sobre el verde oscuro de los bosques, á una inmensa serpiente, cuyos multiples anillos, rodeaban un vasto campo de verdura.

Nuestros soldados trataron de perseguirlos en su retirada, llevados de su entusiasmo y ardor.

Pero tocaron las cornetas de alto, y aun murmurando algunos, hubieron de resignarse á replegarse otra vez, y dejar la caza de marroquíes para mejor ocasion.

Entonces las baterías rompieron un fuego terrible sobre los bosques inmediatos; y la prevision del general en gefe, salvó á sus soldados.

Multitud de moros á pie y á caballo, se arrojaron de la espesura, á cuya emboscada creyeron atraer á los cristianos.

Sus fuerzas fueron inmensas.

Cargados entonces furiosamente por los mismos soldados, á quienes habian pensado sacrificar, se declararon en completa fuga, huyendo por el boquete de Augghera, su refugio en todas sus derrotas.

La misma bizarria, el mismo entusiasmo que habia reinado en los combates anteriores, reinó tambien en este.

Los regimientos de Córdoba, Castilla y Saboya, y los batallones de cazadores de Arapiles, Chiclana y Figueras, se cubrieron de gloria.

Todos, oficiales y soldados, incluso el general de la division, se hicieron dignos de las alabanzas de O'Donnell, de las enhorabuenas de sus compañeros, y del agradecimiento de la nacion entera.

Concluida ya la accion, el general en gefe mando formar las tropas que habian tomado parte en ella, para distribuir sobre el mismo campo de batalla, y en presencia de todo el egército las recompensas de que tan dignos se habian hecho.

A casi todos los que defendieron tan heróicamente los reductos, les concedió en nombre de S. M. cruces, bien laureadas ó bien sencillas, y cuyas pensiones variaban segun el mérito hecho, ó si eran heridos ó no.

Tambien tuvo lugar en aquel momento uno de esos premios que honran tanto al gefe que los hace, como al que los recibe.

Acosado un capitan de uno de los batallones que tomaron parte en la lucha, por seís ú ocho moros, se hallaba en el mayor aprieto, y muy próximo á ser destrozado por aquellos canibales.

Pero la Providencia le envió un salvador.

Un soldado de su misma compañía, sin contar los enemi-

gos, solo viendo que su capitan iba á perecer, se lanza á su lado, dispara su fusil, mata á uno de ellos, la emprende á bayonetazos con los demás, y secundado por su gefe, salvó á este de una muerte cierta.

Esplicar las palabras del capitan agradecido á su inferior por el gran servicio que le habia hecho, seria imposible.

Le tendió su mano, le abrazó, y el buen soldado no cabia en sí de gozo por las demostraciones de cariño de que era objeto.

Pero aun faltaba la escena mas imponente, y mas bella.

Sabedor el general en gefe, de semejante accion, hizo salir al soldado de sus filas, y abrazándole á vista de todo el ejército le dijo.

—En todas las naciones del mundo los soldados son valientes por el interes, en España, por patriotismo; en las demás naciones, se les paga, en la nuestra se les ennoblece: desde este momento concedo á V. en el nombre de S. M. la cruz laureada de S. Fernando.

El pobre soldado nada supo decir.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y la emocion que esperimentaba, embargaba su lengua.

Un viva atronador y entusiasta á la Reina, y otro á su general, que tan imparcialmente premiaba el valor, se éxalo de aquellos millares de hombres que ya se habian distinguido en los combates, y cuyo único anhelo era volver á distinguirse otra vez.

Nuestras pérdidas segun los datos oficiales fueron de mas de trescientas bajas entre muertos y heridos y la de los moros se graduó aproximadamente en unos mil quinientos, pues no pudieron retirar como ellos acostumbran todos sus muertos y quedaron infinitos en el campo.

Cogiéndose ademas, nuestros soldados unos veinte y cinco ó treinta caballos de otros tantos ginetes que cayeron heridos por las balas ó las bayonetas españolas.

II.

Tantos desastres seguidos, no podian menos de hacer una impresion harto terrible en los moros.

Sus pérdidas habian sido numerosísimas, y en vez de adelantar, retrocedian en todos los combates que se habian dado.

Su entusiasmo se iba resfriando.

Los soldados de rey, que Muley-el-Abbss, les habia embiado para que los ayudasen en las acciones del 30 de Noviembre, y en la última del 9, habian huido tambien, y su socorro de nada les habia servido.

Todas las familias de las diversas tribus reunidas tenian que llorar la pérdida de algun miembro de ellas, y aunque sus parientes y amigos habian tratado de vengarlos, sus intentos siempre habian tenido resultados poco felices.

Su descontento hacia los que los habia empeñado en aquella lucha, se hacia mas visible cada vez.

Estos, motores de revoluciones, y semilla de discordia con todas las demas naciones de Europa; procuraban seguir encendiendo los ánimos, y alentar aquellos espíritus abatidos, pero todo era en vano, á sus palabras de entusiasmo, les contestaban con las derrotas sufridas, y á sus esperanzas para el porvenir con la desconfianza mas completa.

Por manera que los encubiertos enemigos de nuestra nacion, veian que sus proyectos estaban próximos á fracasar.

Entonces recurrieron al príncipe Muley-el-Abbas.

Se presentaron á él, y le dijeron que si él no daba algun paso, su causa estaba perdida.

Ya hemos dicho que la familia del Emperador de Marruecos; era altamente respetada por el pueblo, por descender del profeta, y aunque al advenimiento de Muley-sidi-Mohamed al trono, se suscitaron serias divisiones en el reyno, eran hi-

jas de las ambiciones de los hermanos del Sultan, que todos aspiraban á la corona.

Este fanatismo estaba mas escitado, por el hermano que al frente del ejército estaba en *Kassae*, y que como recordarán nuestros lectores, era muy respetado por su doble calidad de príncipe y santon.

Obligado este por los *oficiosos amigos y aliados* del pueblo marroquí y porque tambien comprendia su situacion, se doblegó á las circunstancias, y resolvió marchar á los valles de Auggera.

Antes de esto mandó llamar al santon *murabato* de Ain-Dalia, Al-Melek-Eob-Usima, y tuvo con él una gran conferencia en la cual tambien tomaron parte algunas de las personas á quienes mas arriba hemos aludido.

El resultado de esta fué marchar hácia el campamento marroquí y por distintos puntos el príncipe y el murabato.

III.

Las tiendas *mogrebinas*, ocupaban lo mas fragoso de la sierra, por cuyas laderas iban á perderse en amenísimos valles, y en bosques frondosos.

Los moros tenian estampado en el rostro el disgusto que esperimentaban, y las mujeres y los muchachos, esperaban impacientes la señal del *Scheriff* ó Moscamden principal, para liar las tiendas y demás efectos, colocarlos en los asnos ó camellos, y emprender la marcha á sus aldeas miserables y mezquinas.

Además se habia desarrollado entre los musulmanes el cólera, con una intensidad tan espantosa que entre las bayonetas cristianas, y el enemigo asiático, se veian extraordinariamente diezmadas sus hordas.

Los *Kabos* de las diversas tribus, comprendian demasiado

como estaban los ánimos de sus gentes, y por mas que los *morabithos* procuraban enardecerlos, nada conseguian, y aunque su *ahejad* contra los españoles, era cada vez mas grandes, el miedo que les habian tomado, tenia tambien proporciones muy jigantescas.

En tal situacion, se reunieron todos los gefes en lo mas áspero de la montaña, para deliberar lo mas conveniente.

Todos los demás moros al pie de la meseta que formaba la sierra, esperaban con suma impaciencia el resultado de aquella estraña sesion.

Un número considerable de ellos, agazapado, entre las breñas observaba los movimientos del campo cristiano, y cuidaba de que no fueran sorprendidos los gefes en medio de su consejo.

—Hermanos mios, buenos creyentes de Allah, una desgracia horrible pesa sobre el pueblo elegido del Señor. Los perros cristianos á quienes creiamos fácilmente vencer, aprovechándose de los encantos y sortilegios que el sencillo pueblo del Mogreb no comprende, han resistido siempre nuestros valientes esfuerzos, y nos han hecho escondernos vergonzosamente en las asperezas de estas sierras.

Las valerosas y confiadas tribus riffeñas, los no menos ardientes y esforzados soldados que el magnífico y poderoso príncipe Abbas ha traido de la otra parte del Imperio, batiéndose siempre con la valentia del Leon y la astucia del tigre, se han visto vencidos por esas bandadas de langostas que han caido sobre nuestras tierras castigándonos sin duda el santo profeta por haber omitido algunos *rikates* (oraciones) en los ejercicios del dia, ó por los pecados, de algunos hijos bastardos del Islam.

Y como si no fueran bastantes desgracias para nosotros las victorias de los *rumys*, nos ha lanzado tambien el Omnipotente, la peste asoladora que diezma nuestras familias llenando de dolor nuestros corazones.

En tal situacion hermanos mios, he resuelto conferenciar con vosotros sobre lo que debemos hacer.

Si opinais que levantemos nuestras tiendas y vayamos á la Santa *Kaaba* á pedir humildemente al profeta el perdon de nuestras culpas, vamos allá, el desierto tiene sus *oasis* para las caravanas que van á tan piadoso objeto, y si por el contrario estais porque permanezcamos luchando con nuestros enemigos, yo el primero iré siempre delante de vosotros, y mi mayor placer será morir en defensa del santo koran á quien ultrajan los infieles, y ser enterrado al pie de las frondosas datileras que me vieron nacer y liado en mis *haik* en señal de haber muerto peleando en el campo de batalla.

¿Qué resolveis pues, poderosos creyentes, nos quedamos ó partimos?

—Partir! nunca, gritó una fuerte voz á sus espaldas.

Volvieronse todos sorprendidos y esclamaron al reconocer al recien venido.

—El príncipe Muley-el-Abbas!....

IV.

—*Aisal-omo-aaleik-em* (la paz sea con vosotros) dijo el príncipe.

—Que Allah, el único; el grande el misericordioso, conserve tu vida, elegido del profeta, como la columna mas fuerte del Islam, digeron todos los gefes de las tribus, haciendo profundas *zalas* al príncipe que las recibia con la dignidad que convenia á su carácter.

—Nunca hubiera creido que el anciano gefe de la tribu de estas montañas, prefiriese palabras por las que se pudiera creer que el miedo embargaba su corazon, dijo Muley, con acento severo.

—Bien sabes, poderoso señor, que nunca el anciano Aemet, ha vacilado ante las armas de los infieles, y que há mucho siente hácia ellos el ódio mas irreconciliable que pueda abrigar ningun hijo del Mogreb, ódio que nunca he ocultado, y que

les he demostrado bien en Melilla, *la melífera* (1) bien en las Alhucemas ó bien recorriendo las costas africanas.

Por eso mismo me estraña mas, lo que acabo de oirte, hablar de partir, de dejar vuestras casas, vuestras tierras, vuestros bosques, vuestras riquezas á los infieles, quereis dejarles el paso franco para que penetren en vuestros aduares, y hagan de vuestras hijas sus mancebas, y de vuestras mujeres sus esclavas, quereis que á instancias de los franceses se introduzcan en el corazon del Mogreb, y mientras estos establezcan su corte en *Temeussin*, (Tlemecen) los españoles la establezcan en Fez?... O pensais acaso como las kabilas de la Argelia someteros á la dominacion castellana, perdiendo vuestras costumbres, vuestra libertad, libertad y costumbres que heredasteis de vuestros padres?... Si esto es asi, decidlo, y la venganza del santo profeta, caerá sobre vuestras cabezas, vuestras mujeres se volverán infecundas, vuestras camellas no darán leche, vuestros rebaños no podrán pacer porque nubes de langostas destrozarán vuestros sembrados, y mientras tanto, yo y todos los mios, combatiremos hasta el último suspiro por defender el último pie de terreno donde asentemos nuestra planta.

Mudos de estupor por las palabras del príncipe, ninguno pudo contestar.

Las amenazas que les dijo si abandonaban la causa que defendian, los impresionaron estraordinariamente.

Es menester conocer toda la ignorancia de aquellas tribus miserables y fanáticas, para comprender la influencia que semejantes paparruchas egercen en ellas.

Luchando entre el miedo que les causaba el castigo del profeta y el que le habian cobrado á las bayonetas españolas, pudieron al cabo de algunos momentos darse cuenta de su verdadera situacion.

Las palabras del príncipe tenian mucho de ofensivo para

(1) Segun la llaman los moros por la mucha miel que se cria en sus alrededores.

aquellas ordas que independientes casi siempre tenian un gran orgullo, y una conviccion muy profunda de su valor.

Muley-el-Abbas habia dicho que si ellos pensaban en retirarse, él y los suyos lucharian hasta morir.

Esto era creerlos inferiores, y no podian ni debian consentirlo.

Consultáronse todos los moscandenes por medio de una mirada, y con ella se comprendieron.

El anciano Scheriff se dirijió al príncipe y le dijo con entereza:...

—Nunca las tribus de Kalaya, ni los bereberes de las sierras del Riff, han necesitado que les den lecciones de valor, los soldados de las llanuras. Nosotros no tenemos miedo, pero los infieles nos superan en tropas, y la epidemia hace horribles estragos en nuestras tiendas. Se nos dijo que en la *razzia* del *jamesa-aixerin-Mombert* (25 de Noviembre), venceriamos á los cristianos, y aunque hicimos en ellos una *gazzia* (mortandad) horrible no pudimos esterminarlos. Vanos han sido nuestros esfuerzos en las luchas posteriores, tus soldados han sido los primeros que han corrido y los nuestres tras ellos. En esta situacion viendo que nuestros medios de defensa cada dia disminuyen, y que sin duda Allah, abandona á su pueblo, es cuando nos hemos reunido para.....

—Para pensar en una huida vergonzosa ¿no es esto? dijo el príncipe con enojo. Un bereber amante de su patria no debe pensar en huir ante el enemigo de su libertad y de su religion. Es preciso que interin exista luche, y ademas ya sabeis que tenemos aliados que...

—Que nos son mas perjudiciales que otra cosa, poderoso principe, contestó uno de los Kabos de la reunion.

—Que os han dirijido en los combates.

—Y nos han hecho perderlos, quien sabe si nosotros solos los hubiesemos ganado!...

—Que se interesan por nuestra causa...

—Y que son harto cobardes para esconder su cara haciendo todo el daño que pueden á los españoles.

—Veo que tus palabras tienden mucho á favor de esos perros infieles.

—Te equivocas, príncipe, dijo el Sheriff, aborrezco como siempre á los cristianos, pero prefiero un enemigo que combate de frente, que jamas rehuye la batalla, que pelea con valor y entusiasmo, á esos amigos, que se cambian de ropa para que no los conozcan, y que tienden una mano de amistad á la España mientras que con la otra atizan el fuego para que la devore.

—Y á nosotros que nos importa eso, nos prestan su ayuda, nos dan armas y municiones, nos favorecen en todo y...

—Y Allah sabe, el interes que nos pedirán luego por todo eso....

—En fin, aquí la cuestion es ahora saber si vais á combatir ó no.

—Ahí tienes á todas las tribus reunidas, le contestó el Sheriff señalándole á el valle donde se agrupaban los moros, esperando el resultado de nuestra deliberacion, preguntales á ellos lo que quieren hacer y nosotros estamos dispuestos á ser sus *Kebires* (guias de caravanas) si quieren internarse por el desierto. O á entrar los primeros en los combates si prefieren seguir peleando.

—Está bien; es decir que no os atreveis á resolver por vosotros mismos?

—No.

—Vamos allá entonces.

Todos los moscandenes incluso el Sheriff, siguieron á Muley-el-Abbas que se dirijió hácia los valles donde todos los riffeños que ya sabian la llegada á su campamento del hermano del Sultan, se apiñaban para verle.

Asi que le vieron dirijirse á ellos, todas las cabezas se inclinaron, y todas las bocas esclamaron

—Que Allah, el grande, el poderoso, el único, conserve luengos años tu vida, fuerte apoyo del Islam.

—Que el señor esté con vosotros, hermanos mios, contestó el príncipe con un acento de bondad que entusiasmó á aquellas gentes ignorantes.

El Sheriff se adelantó algunos pasos y gritó á toda aquella multitud.

—El príncipe quiere hablaros.

Y todas aquellas cabezas se inclinaron en señal de asentimiento.

Todos aquellos millares de ojos se fijaron en Muley-el-Abbas.

Y cruzados los brazos, silenciosos é impacientes esperaban que comenzase á hablar.

—He sabido, dijo aquel, que los reveses que habeis esperimentado estos dias han abatido vuestros animos, y debilitado el temple de vuestras almas.

La palmera que crece en nuestros desiertos, no sufre impávida los furiosos embates de los vientos que cada vez le arranca una rama? ¿Y que hace sin embargo? en cada huracan se alza mas orgullosa, mas altiva, y su gigantesca talla sin doblegarse nunca desafia á los huracanes, á el mismo *Simoum*. Y vosotros hijos como ellas de las tierras africanas, vacilais ante un puñado de hombres que en estas tierras han de encontrar su sepultura? quereis abrirles las puertas de vuestras casas, y quedar reducidos, de libres á esclavos, hablais de fuga y os llamais bereberes? mentira, el moro que piensa en ceder al infiel el terreno que ocupa, no es buen creyente, no es hijo del Islam, y el profeta retirará de él su santa gracia.

Los moros estaban confundidos.

Ya hemos dicho la fama de Santon que tenia el príncipe, y la influencia que esta clase de embaucadores tienen sobre las masas ignorantes.

Todos creyeron aquellas palabras inspiradas por Allah, y bajaban las frentes avergonzados, por no encontrarse con la brillante mirada del príncipe.

Y como si aquello no fuera suficiente para impresionar á los riffeños, en lo alto de una roca inmediata apareció una figura blanca cuya larga barba plateada, le caia hasta la mitad del pecho y tendiendo los brazos hacia la multitud, gritó con su acento estraño.

—*Alham-do-Sil-hahi*! (alabanzas sean dadas á Dios) que se ha servido mostrarme la profunda sima á que corren los bravos creyentes. He visto allá, á lo lejos, muy lejos, en las profundas entrañas del Atlas, un poderoso Leon, que era el terror de la comarca entera, á cuyos sordos rugidos retemblaban las encrespadas sierras, y era el Señor Omnipotente de los montes, y de los desiertos del *Sahara*. Una turba de chakales, envidiosos de aquella gloria intentaron acabar con el Leon.

Pero demasiado cobardes para luchar con él frente á frente, se valian de asechanzas, de lazos, armas prohibidas y despreciadas siempre por los bravos africanos, y en las primeras luchas el Leon salió siempre sino vencido al menos llevaba la peor parte.

Sin atreverse á resistir con ánimo sereno aquellos trabajos, olvidándose de su fuerza y poderío, pensó en ausentarse de aquellos lugares en que tan bajamente se le perseguia, y una noche aprovechándose del sueño de sus enemigos abandonó su caverna. Pero ay!.... Allah, no quiere á los cobardes, y todas las sendas se le cerrarán al pobre Leon, por donde quiera que iba se encontraba á sus implacables enemigos, horribles precipicios le rodeaban, la tierra se habia esterilizado completamente, y ni una hierva mezquina encontraba para satisfacer su hambre, ni un arroyo para calmar su ardiente sed. Sus enemigos burlaban sus ataques y siempre le herian y cuanto mas queria huir, mas daño le hacian, y desesperado al cabo, se arrojó á un precipicio, y su alma cobarde y ruin al atravesar el *Sirat* para entrar en el paraiso, vaciló como habia vacilado su cuerpo en las tormentas de la vida, y se hundió en los infiernos.

Todos los moros estaban sobrecogidos.

Las palabras del príncipe, y despues las de el santo murabato de Aiu-Dalia, pues él era el que tan fantasticamente habia aparecido en la montaña, eran mas que suficiente para impresionarlos.

La comedia habia estado hábilmente combinada, y los resultados habian de ser escelentes.

El marabato prosiguió despues de haber tomado aliento.

—Semejante sueño me sorprendió estraordinariamente, hermanos mios; trataba de descifrarlo, y mi limitada inteligencia no podia dar con el significado: entonces invoqué á Allah de quien nace toda la luz, toda la inteligencia, y atravesando el espacio dí la voz del arcángel *Azrrael* que decia «Al-melek, eso que has soñado es la imágen fiel de las tribus de Kalaya. Han sido valientes, y se han tornado cobardes, han luchado como buenos creyentes del Koran ante los muros de Melilla, y van ó retroceder como palomas delante de los infieles, pero la cólera de Allah, hirá sobre ellos, no encontráran una llanura para clavar sus tiendas, sus *Kebires* equivocarán los caminos. y perecerán en medio de los desiertos, las datileras no darán fruto, y los arroyos y los rios se secarán á su aproximacion, y sus almas no podrán gozar en el paraiso los placeres concedidos á los buenos muslimes, no podrá atravesar es Lirat, y al sonar sobre ellos la maldicion del señor se hundirán en el averno, por toda una eternidad.

Calló concluidas de decir estas palabras terribles el marabuto, é inmediatamente desapareció de la montaña.

Aquello tenia mucho de maravilloso, y necesariamente habia de herir á aquellas imaginaciones puramente fantásticas.

Los mismos gefes de las tribus, que en diversas ocasiones habian recurrido á farsas semejantes para conseguir lo que deseaban no podian menos de sentirse tambien algo sorprendidos.

Habia mucho de sobrenatural en aquella aparicion, y por lo tanto les dominaba completamente.

El príncipe comprendió las buenas disposiciones en que se hallaban los moros, y se decidió á dar el último golpe.

—Ya lo habeis oido; el santo inspirado Almelek, ha tenido la revelacion de vuestra suerte, quereis seguirla acaso?... Imposible. Numerosas tropas acuden de todas partes del Imperio en nuestra ayuda, mis soldados fieles á sus leyes y á su religion, se lanzaron á los combates, sin temor á las derrotas, pues cuando el santo profeta las envia, en sus altos juicios sabrá

lo que hace, querrá probar hasta donde alcanza el sufrimiento de su pueblo. Si leales bereberes, no creo que retrocedais ante la santa causa que hemos emprendido. Gefes entendidos y valientes os conducirán al combate, y aliados europeos, que poseen los conocimientos de que nosotros carecemos para combatir y contrarestar las asechanzas de los cristianos, se unirán á nosotros para ausiliarnos con sus consejos, y cuantos socorros necesitemos, cuanto nos haga falta de víveres ó municiones todo lo tendremos sobrante, y Dios no abandonará jamás á los que pelean por él. Qué muerte mas gloriosa podemos apetecer que la del campo de batalla? si morimos para nuestras familias, resucitamos para los plácidos goces del paraiso, una vida arrullada por las continuas caricias de las encantadoras *húries*, nos espera despues de nuestra muerte; al combate hermanos mios, que se tiñan nuestros blancos albornuces con la roja sangre de los infieles, y el que caiga de nosotros espire diciendo: *Le-galib-ille-Allah* (1) (no hay mas Dios que el Dios único) y Mahoma es su profeta.

Un grito atronador y entusiasta se siguió á estas palabras.

El encanto estaba hecho, y aquellas tribus completamente fanatizadas ansiaban otra vez marchar á combatir.

Se olvidaron del cólera, de las derrotas sufridas, y no pensando mas que en su religion, y en la gloria y la dicha que poseerian, si hallaban la muerte en el campo de batalla, exalaron su deseo y sus esperanzas en un solo alarido que queria decir:

—Guerra á los infieles. No hoy mas Dios, que Dios único y poderoso, y los que mueran por él encontrarán mil placeres en el paraiso.

(1) El Koran, en el cp. 1.°, titulado Fatha.

CAPITULO XV.

Escenas en el campamento español.—Espiritu de las tropas.—Trabajos y reconocimientos sobre el camino de Tetuan.—Accion del dia 12.—Llegada del tercer cuerpo del egército al mando del general Ros de Olano.

I.



in las continuas fatigas, ni las enfermedades, ni las acciones que habian tenido, hacian mella alguna en nuestros valientes soldados.

Lo único que les incomodaba era que los moros no se presentasen todos los dias, para escarmentarlos una vez mas, sobre las muchas que ya lo habian hecho.

Siempre alegres, siempre sufridos, en ellos se retrataba perfectamente ese caracter español que siempre ha sido la admiracion de todas las naciones.

Sin embargo, una de ellas, que no nombramos, porque nuestros lectores la conocen perfectamente, que no abiertamente, pero por medios indirectos nos estaba y permanece aun haciendo una guerra rastrera y cobarde.

Por cuantos medios han estado á su alcance, trató de evitar la enérgia de nuestro gobierno en la cuestion que nos ocupa, y cuando vió que no podia, bien propalando falsas noticias de batallas perdidas para nosotros para lo cual le sirve perfectamente un periódico que se publica en Gibraltar, bien ayudando á los marroquíes con armas y municiones, bien fortificándole sus plazas, y hasta dirigiéndoles en los combates, nos son mas perjudiciales que los mismos moros, porque estos al fin se presentan con la cara descubierta y luchan como valientes, mientras que los otros nos atacan con las armas de la calumnia y del doblez que son tan solo las armas de los cobardes.

Pero en la balanza de la justicia europea está ya pesada la conducta de esa nacion y su juicio la favorece bien poco.

Dia llegará en que grande la España como en otro tiempo pueda vengar esa y otras muchísimas ofensas.

II.

El dia doce fué otro dia de gloria para nuestro valiente ejército.

El general Prim ha añadido uno mas á los laureles que ya ciñen su frente.

En la accion del dia doce nos ha demostrado que era tan buen soldado como tactico inmejorable.

A las primeras horas de la mañana la division de Prim se puso en marcha hácia la parte de Tetuan con objeto de reconocer aquellos terrenos y proteger las obras del camino que nuestros ingenieros están practicando.

Al llegar al barranco de Tramagera un numero conside-

rable de moros tanto de infantería como de caballería le salieron al encuentro.

Un grito de alegría se exaló del seno de nuestros soldados.

Habian encontrado lo que deseaban.

Inmediatamente cargaron sobre nuestros valientes que les ahorraron la mitad del camino saliéndoles al encuentro.

Acto continuo formó el general su plan de batalla y los resultados no pudieron menos de ser altamente satisfatorios.

Los moros habian creido derrotar aquel dia nuestro ejército para cuyo efecto habian reunido sus kabilas á las que se habia agregado un número considerable de los soldados que mandaba el príncipe Muley-el-Abbas llevando tambien algunos 500 ó 600 caballos

Pero de nada les sirvió ni su osadía ni su esperanza.

Aquella la vieron castigada como siempre por el valor de nuestros soldados, y esta defraudada como el dia 30 y el dia 9.

El general Prim mandó formar un cuadro con algunos batallones de cazadores el que protegido por la artillería resistió valerosamente el empuje de los musulmanes que no podian salvar nunca ni romper aquel bosque de bayonetas por entre cuyos claros vomitaban torrentes de metralla las piezas oportunamente distribuidas en todo él.

Los ginetes musulmanes con la indómita fiereza de los hijos del desierto cabalgando en aquellos corceles tan rápidos como el Simoun y tan ágiles como las gacelas se lanzaban y se revolvian sobre el cuadro con una furia indecible.

Al mismo tiempo dispuso que otros cuatro batallones pasasen á cortar la retirada á los moros.

Tambien recibieron órden algunos buques de colocarse en la playa á fin de quitarles toda esperanza de salvacion por aquel punto.

El plan no podia estar mejor combinado pues teniendo á la derecha una sierra inaccesible para la caballería y á su izquierda el mar y el frente y la retaguardia cubierta por nuestros cuadros los marroquíes no tenian esperanza alguna de salvacion.

Así lo comprendieron ellos y con el furor de la desesperacion se lanzaban sobre nuestros imperterritos batallones.

Pero si valientes eran los moros, mas valor tienen cien veces nuestros soldados.

En las costumbres, en los hábitos de los musulmanes está el ser guerreros.

Mas nuestros soldados quintos en su mayor parte sin haber sentido casi sobre sus rostros el álito abrasador de los combates, es doblemente digno de mérito: esa bravura que han demostrado en todos nuestros choques con las hordas marroquíes.

Es verdad que son españoles y en España el valor es una condicion necesaria de sus hijos.

En el momento en que el general Prim vió realizadas, ya sus disposiciones mandó replegar el cuadro y por medio de dos retiradas falsas perfectamente egecutadas trajo á los moros al sitio donde quería.

Entonces mandó cargar á la bayoneta á nuestros valientes sin que á su pujante fiereza pudieran resistir los infieles.

Acto continuo empezaron á jugar los obuses lanzando granadas que cayendo en medio de aquellos apiñados grupos sembrava el espanto y la muerte entre ellos.

Nuestra caballería á su vez se lanzó sobre los muslimes que sin poderresistir los ataques de las bayonetas, las cargas de nuestros ginetes ni los proyectiles de nuestra artillería se dirijieron hácia la playa en el mas confuso desórden.

Pero alli la goleta Ceres y algunos otros buques pequeños los recibieron á cañonazos y sus certeros disparos aumentaron el terror de los deshechos pelotones musulmanes.

Nuestra caballería repitió sus cargas y la infantería sus ataques acorralándolos y dirijiéndoles hácia donde estaba el cuadro que el general habia mandado formar en el punto por donde pudieron escaparse los moros.

Entonces el general Prim con su estado mayor, y el del general en gete se hecharon tambien sobre ellos que, acosados por todas partes y defendiéndose á pesar de eso, con esa va-

lentía, y ese heroismo que admira á nuestros mismos soldados se sostuvieron algun tiempo prefiriendo morir á entregarse.

Pero su derrota completa no podia dilatarse mucho tiempo y antes de anochecer se declararon ya en la mas vergonzosa fuga.

Toda la accion fué un echo de armas y una brillante pájina de gloria en la vida militar de Prim.

Todas las demás acciones las habia mandado el general en gefe, pero en esta quiso dejar la honra de mandarlos al conde de Reus, y colocado únicamente en el reducto que domina el camino de Tetuan siguió con una satisfaccion completa todos los accidentes de la batalla.

El campo quedó sembrado de cadaveres de armas y demás efectos que unidos á los muchos caballos que quedaron sin dueño formaron un rico botin para los bravos que con tanta gloria lo habian ganado.

. . . .

Aquel mismo dia á las cuatro de la tarde entraban en el Puerto de Ceuta los vapores que conducian el tercer cuerpo del ejército que mandaba el general Ros de Olano.

Mas tarde escuchaban los soldados de este, los brillantes hechos de armas de sus compañeros y sentian una envidia secreta una impaciencia inmensa por ver de cerca á los moros y seguir la senda de triunfos que los soldados de tas otras divisiones les habian tratado.

III.

El estado sanitario del ejército iba mejorando en lo posible.

Sobre 40,000 hombres reunidos en un punto, y con el inconveniente del clima, nada de particular tenia hubiera esas enfermedades que son las consecuencias inmediatas de los campamentos.

Si entusiasmados y decidos estaban los soldados desde que

pusieron el pie en Africa, la llegada del general en gefe fué á aumentar doblemente su entusiasmo y su valor.

Bajo su poderosa mirada, y su constante actitud se establecieron hospitales, abundaron los víveres, se recibieron municiones, se mejoró la policía interior del campamento, y funcionando como era de esperar los hornos de campaña, daban las suficientes raciones de pan para abastecer el ejército.

Valiente y arrojado en medio de los combates se le veia en los sitios de mas peligro, animando á los soldados con sus vivas á la reina, y su ejemplo.

Imparcial y justo, premiaba sobre el campo de batalla, á los valientes, y reprendia severamente, á cualquiera que hubiese faltado en lo mas mínimo á sus deberes.

Para todos los heridos tenia palabras de consuelo, y para los que no habian tenido la desgracia de sentir en su cuerpo la mella de los golpes africanos, e spresiones que aumentaban el valor y la ansiedad de combatir.

Por manera que el soldado que sabia que lo miraba un general, como el conde de Lucena, se lanzaba sobre el enemigo, ansioso de que saliera de los labios de su gefe una palabra satisfactoria, y que en aquel semblante generalmente severo, apareciese una sonrisa alhagüeña.

Valientes hasta la temeridad, frente al enemigo, eran nuestros soldados despues de la batalla los mismos españoles de siempre.

Sin pensar en la suerte que por todas partes les rodeaba, cantaban y se divertian todo lo posible en sus tiendas de campaña.

Y entretanto su general, recorria los puestos, vigilaba todo, y cuando se retiraba á su tienda, no era para entregarse al sueño, sino para descansar algunos instantes, teniendo siempre el oido atento, y combinando en su imaginacion algun plan de combate, ó pensando que cosa haria falta á sus soldados, para tratar de procurársela en seguida.

Creemos que no será disgustar á nuestros lectores el transcribirles las disposiciones que al entrar en campaña, dió el ge-

neral en gefe, y que prueban hasta donde alcanza su buen tino, y su solicitud por la mejor conservacion del ejército que tan dignamente dirige.

Prevenciones á la entrada en campaña dadas por el general en gefe.—«En el momento en que vá á empezar la campaña, y siendo la guerra de Africa escepcional y distinta en todas sus condiciones de las de Europa ha dispuesto el Escelentísimo señor capitan general y en gefe del ejercito, se hagan en la órden general las prevenciones siguientes para conocimiento y cumplimiento de cuanto en ella se previene.

1.ª En las marchas nadie se separará de su fila ó del puesto que le marquen, ni para hacer sus necesidades naturales, pues para esto se hará alto. Tengase entendido que en Africa no hacen los árabes prisioneros; que todo individuo que es cojido por ellos despues que es martirizado, es desapiadadamente asesinado y sus miembros ensangrentados paseados como trofeos en las tribus salvajes de que está poblada.

2.ª Que el ejército; en marcha y campamento, estará siempre rodeado de enegimos que acechen el momento en que un individuo se rezage aunque no sea mas que veinte pasos para apoderarse de él, ó si no les fuese posible asesinarlo. No debe pues, nadie separarse de su puesto bajo ningun concepto; no debe en marcha ni en campamento salir hacer leña, traer agua ni otra operacion sino despues que el campamento esté enteramente cubierto y que se haga la prevencion por los señores oficiales ó gefes respectivos.

3.ª Jamas iran hombres solos á ningunas faenas: deberán ir por batallones, compañias ó pelotones, segun determinen los gefes, y en todos casos siempre con sus armas, que no dejarán de la mano, á menos que por disposiciones espresas no se determinase.

4.ª Para hacer forrage, leña, traer agua y cualquier otra operacion que sea, y por proximo que se halle del campamento, el gefe que mande la fuerza no empezará la faena, sino despues de haber puesto sus avanzadas, colocado las centinelas, cubiertas todas las avenidas y dejado un reten correspon-

diente, dando de antemano una señal para que todo el mundo se reuna si ocurriese la menor novedad.

5.ª En los campamentos se tendrá cuidado de haber hecho las comidas y apagado los fuegos al anochecer para impedir que sirviendo de blanco dirija el enemigo á él sus tiros, evitando bajas y desgracias inútiles. Cuando otra cosa pueda suceder se prevendrá.

6.ª Las fuerzas que no se hallen de avanzada en grandes guardias ó escuchas, aunque de noche sintiere fuego, no se moverán mientras sus gefes no se lo prevengan. Las que formen la primera línea del campo únicamente, si el fuego tomase un caracter vigoroso se sentarán y esperarán las órdenes de sus generales y gefes en esta disposicion. Las de segunda línea no se moverán á menos de no recibir órden espresa.

7.ª De noche en cada compañia de segunda linea en el campamento, habrá siempre un oficial y un sargento de vigilantes, determinando este servicio de modo que turnen en cada una teniendo horas de descanso y vigilancia. En las tropas que ocupen la primera linea, ó sea la cara esterior, las clases de cada compañía estarán las horas que les toque todas vigilantes y cuidando del órden y quietud de sus soldados. Los gefes alternarán del mismo modo.

8.ª Jamás se pondrá en un punto, cualquiera que sea, un centinela solo; en el mismo campo serán siempre dos. Separados en él, aunque no sea mas que veinte pasos, sea de dia ó de noche, el primer grupo que compondrá una observacion ó centinela será de cuatro hombres y un cabo.

9.º En marchas y pueblos se respetarán la vida y propiedades de las personas que pacificamente esperan al ejercito con especialidad, los ancianos, mugeres y niños, y aun en los combates se hará lo mismo con los heridos que queden en el campo y los prisioneros que se hagan, aun cuando el enemigo se conduzca en otra forma.

Un pueblo civilizado é ilustrado como es el nuestro, no debe ni aun con el carácter de represalias, imitar los instintos feroces de las salvajes tribus que pueblan el suelo africano.

10. Cuando se encuentren pozos ó balsas de agua estancada, especialmente de corta cantidad, no beberán los hombres sin haber hecho que antes lo verifique algun perro ú otro animal, evitándose de este modo los efectos perniciosos que pudieran sobrevenir á las tropas si el agua, por causas naturales ó artificiales, contuviese materias perjudiciales á la salud. En las aguas corrientes no hay motivo de temor.—Es sistema y costumbre en los pueblos de Africa á donde el ejército vá á lanzarse al combate en medio de una espantosa gritería, con lo cual creen amendratar á sus enemigos; lo mismo ejecutan de noche cuando quieren fatigar un campamento en el momento de ser descubiertos. El ejército en todos los casos debe permanecer impasible y mirar con el desprecio que merece esta alharaca. En ello se dá una prueba de serenidad y disciplina, y al mismo tiempo se impone al enemigo, á quien nada causa mas temor que ver la imperturbavilidad de sus contrarios. Silencio, pues, en todos los casos; calma completa y resolucion enérgica para ejecutar cuanto prevenga los gefes, esta sola condicion es la mas segura garantía de la victoria.

11. Los oficiales que manden guerrillas, los gefes que manden fuerzas destacadas de sus divisiones no pasarán jamás los límites de lo que se les ha prevenido, ni menos se desmandarán, cualquiera que sea la persecucion que hagan al enemigo. Este acostumbra muchas veces á retirarse con premeditacion para ver si imprudentemente se les persigue, y cuando vé las fuerzas separadas de sus sostenes, caer de improviso sobre ellas y envolverlas, grandes desgracias ha producido en la guerra el dejarse llevar de un ciego entusiasmo se prohibe á todos el seguir tal ejemplo y se castigará al que comprometa la fuerza que mande por olvidar esta prevencion.—El general gefe de estado mayor general, Luis García.»

Con semejantes disposiciones fácilmente se comprenderá como estarian los soldados al ver que su gefe se tomaba tanto interés por ellos, cuanto para asegurar mejor el triunfo de la causa porque tan justamente iban á combatir.

CAPÍTULO XVI.

En que el autor no puede prescindir de hablar de algunos de sus antiguos personages.

I.

Habia caido Alfredo desmayado en poder los de satelites de Julia.

Quién era aquella mujer que perseguia al poeta como la imágen de la fatalidad?

Nosotros bien quisiéramos satisfacer esa tan justa curiosidad de nuestros lectores, pero estamos muy lejos de Madrid, y creo que ya recordareis, que el poeta entregó á Clara sus memorias en las cuales encontrariamos sin duda alguna, algo referente á nuestra heroina.

Por manera, que con harto sentimiento nuestro, hasta que volvamos á la coronada villa, que no será hasta que la guerra no se concluya, no podemos saber nada respecto á la mujer de quien nos estamos ocupando.

Despues de recoger el herido, la comitiva se puso en marcha por las quebraduras de la sierra, segun anteriormente digimos.

Atravesaron las chozas que componen la kabila de Bebzus, y despues de atravesar bosques y cañadas, llanuras y montañas, se encontraron en las primeras casas de Raast-el-Seric.

Ya se sabia en el pueblo, la nueva derrota sufrida, y mil preguntas llovieron sobre los moros que silenciosos y cabizbajos, conducian á Alberto.

Julia esquivó como pudo, todas aquellas interrogaciones, y en el mas puro lenguaje mogrevino, les dijo á los riffeños.

—A la casa del judio Isaac.

Algunos momentos despues, se detenian ante la puerta de su mezquina vivienda.

Llamó la jóven; y el buen hebreo, salió á abrir.

—Pederoso Dios de Jacob!.,. dijo asi que vió, el objeto que conducian, un hombre muerto!

—No, Isaac, le dijo Julia, herido solamente, y que confio en tu ciencia para salvarle.

—Pero....

—Nada Isaac, la humanidad te exige ese nuevo sacrificio.

Todos penetraron en la casa y puesto el herido en un lecho cómodo y aseado, á los prontos auxilios del hebreo volvió á entreabrir sus ojos, viendo al lado de su lecho, la figura melancólica y apenada de la jóven.

Aquella impresion le hizo volver perezosamente la cabeza al otro lado encontrándose con la grave y benévola fisonomía de Isaac, que observaba con la mayor escrupulosidad todos sus movimientos.

Julia hizo una seña á los moros que abandonaran inmediatamente la estancia.

Solos ya, el médico se dedicó á reconocer las heridas de Alberto, y despues de haberlas limpiado y sondeado, exclamó con un aire de completa satisfaccion.

—Dentro de diez dias, podrá levantarse y dentro de veinte montar á caballo.

—¿Conque no hay peligro? dijo con un acento de inmensa alegría la dama.

—Ninguno.

—Gracias, Dios mio.

Acto continuo despues de haber puesto sobre las heridas un bálsamo, que el mismo judío habia compuesto, le puso sus bendages con la maestría de un cirujano consumado, y despues de haber preparado una pocion calmante para Alberto, se volvió á Julia y la dijo.

—Ahora conviene que le dejemos descansar.

Efectivamente, el poeta cerró los ojos, y poco despues, su respiracion igual y tranquila justificó lo que habia dicho el israelita.

—Ahora voy á ver á mi otro herido.

—Pues que teneis algun moro en vuestra casa? preguntó Julia.

—¿No, es tambien cristiano?

—Cristiano, Isaac! Esplicadme....

Es una historia demasiado larga, y ya es hora de que vaya á hacerle la cura.

—Si no teneis inconveniente, os acompañaré.

—Podeis venir; allí encontrareis á Ester, que no se separa un instante de la cabecera de su lecho.

La dama fijé su mirada escrutadora sobre el semblante del hebreo, pero nada notó en ella que pudiera estrañarla.

La misma bondad, la honradez personificada, se veian como siempre, impresas en ella, salieron de la habitacion no sin que Julia hubiera vuelto á mirar al poeta otra vez, y muy pronto se encontraron junto al lecho de Cárlos.

II.

Desde la declaracion de la niña, las heridas del militar se mejoraron estraordinariamente.

Cuando volvió del desmayo, que las palabras de Ester le causaron, efecto de la inmensa alegría que esperimentó, mediaron algunas esplicaciones, y en ellas se le mostró tal cual era aquella alma ingenua y sencilla, que abrigaba un profundo amor hácia él, cuyos tesoros de ternura y adoracion, bastaban para embellecer toda su vida.

Y como la parte moral influye tanto sobre la física, la dicha que esperimentaba Cárlos, adelantó infinitamente su mejoria.

Las largas horas, que se pasaba contemplando el rostro hechicero de Ester, las palabras de cariño que trocaban, le servian de mucho mas que todas las drogas del hebreo.

Estér tambien sentia que una vida nueva habia empezado para ella.

Niña aun, habia sentido asi, esa necesidad estraña, que oprime el corazon de la mujer á los diez y seis años, ese deseo vago, sin objeto, ese vacio, para el cual no se sabe lo que vasta, y no podia esplicarse la causa de la profunda melancolia que la embargaba.

Privada de una madre cariñosa y tierna, si bien Isaac, la rodeaba de atenciones continuas, no eran suficientes á llenar el lugar que su madre hubiera ocupado.

Y de este modo pasaron los primeros abriles de su vida.

Y asi la sorprendieron los diez y seis años.

Esa edad en que el alma se habre al amor como las flores á la brisa matinal entreabren sus cálices sedientos del rocío de la alborada.

Soñaba con un fantasma encantador que la hablaba en un lenguaje desconocido, y la miraba de una manera que hacia palpitar su corazon con una rapidez estraordinaria.

Y se reprochaba estos latidos como un crímen.

Creian que eran un robo hecho al cariño de su padre.

Y la desgraciada lloraba y pedia perdon á Dios por aquellos latidos.

Entonces conoció á Cárlos.

Habia salvado la vida de Isaac, una noche en que unos

moros trataron de asesinarlo, y el agradecido Isrraelita no sabia como pagar aquella deuda al jóven.

Las puertas de su casa se abrieron para él, y rodeado de aquella aureola de nobleza y valentia se presenta á la jóven.

Cuando le vió, redoblaron su fuerza los latidos de su corazon.

No sabiendo que existia la palabra de amor, aquello lo creyó el cariño fraternal dè los hermanos.

Y queria al jóven con toda la fuerza de su alma.

El beso de despedida que la dió el capitan, la reveló subitamente, lo que ignoraba.

El amor que sentia hácia él, era esa pasion, ese destello supremo de la divinidad, que dijiese tanto de todas las demas afecciones.

Por fin aquellas dos almas que tantas tendencias tenian á unirse, se encontraron.

Se confundieron en una sola, y una era nueva de ventura empezó para ellos.

No sentian correr el tiempo; embriagados en aquel sueño dulcísimo de felicidad, no pensaban, no podian comprender que habia de llegar un momento en que despertasen.

Ester ya hemos dicho que no se separaba de la cabecera del herido.

Siempre fijos sus ojos en los de su amante, espiaba sus movimientos, adivinaba sus deseos, y no encontraba otro placer que estar siempre á su lado.

Cárlos por su parte, bendecia infinitas voces la mano celosa de Zobeiba, que semejante goce le habia proporcionado.

En uno de esos momentos de contemplacion dulcísima, penetraron en la habitacion Julia y el hebreo.

—Adios, hermana, dijo esta abrazando cariñosamente á la judia.

—Bendito sea el Dios de mis padres, que me permiteo volverte á verSara, la dijo la jóven.

—Como se encuentra ese animo? preguntaba al mismo tiempo Isaac á Cárlos.

—El animo perfectamente sereno y tranquilo y el cuerpo creo que sigue bien ya me parece que no tengo herida alguna, puedo hacer todos los movimientos con entera libertad.

—Veamos pues.

Y separando la ropa, empezó el hebreo á desatar los vendáges, y despues de haber reconocido las heridas, dijo:

—Mañana ya podeis levantaros, y con la ayuda de Dios, dentro de pocos dias podreis entregaros á todos los egercicios y fatigas hijos de vuestra profesion.

Un dolor estraño oprimió á la pobre Ester.

Habia deseado ardientemente la mejoría de Cárlos.

Pero en aquel momento, solo pensó que aquella mejoría traeria necesariamente en pos de sí la separacion de su amante.

Entretanto, Julia, no habia separado sus ojos de Cárlos, y una sorpresa estraordinaria se retrataba en su rostro.

Volvióse á Ester y le dijo:

—¿Cómo se llama ese herido?

—Cárlos, le contestó la hija del judio.

—¿Y cómo ha venido á esta casa?

—Era oficial del fijo de Ceuta y venia muchas noches á este pueblo.

—¿Y su herida? insistió Julia frunciendo doblemente sus espesas cejas.

—No puedo decirte nada, solo sé que se iba á España y estuvo aquí á despedirse, cuando al salir de casa, un bulto cubierto con un albornoz que impedia ver sus facciones, le dijo no sé qué, y le dió una puñalada.

En esto en uno de los movimientos que hizo el herido, dejó percibir un medallon que llevaba al cuello, á cuya vista esclamó la dama que tanto perseguia al poeta:

—¡Cielo santo!... es su hermano!...

Y volviéndose en seguida á Ester, volvió á preguntarla:

—¿Y por qué motivo le abrió tu padre sus puertas?

—Le salvó la vida una noche y le vino acompañando hasta nuestra mezquina vivienda.

—¡Toda esa raza es noble y buena!... murmuró con acento reconcentrado Julia, y su vista pasó sucesivamente de Ester al herido y de este á aquella.

Para otra persona menos perspicaz, hubiera sido bastante revelacion del amor de la judia, las miradas que dirijia á Cárlos, pero Julia quiso asegurarse mas, y volvió á preguntar á la pobre niña que no acertaba á esplicarse los motivos de semejante interrogatorio.

—¿Dime, Ester, tú amas á Cárlos?

La hebrea se ruborizó, y no supo que contestar.

—No te ruborices, hermana, el amor no es deshonra, y una pasion pura y casta como será la tuya, no puede haber reparo alguno en confesarla.

—Pues bien, Sara, te aseguro por el buen Dios que nos oye, que si Cárlos hubiera muerto yo le hubiera seguido á la tumba.

—Haces bien, ámale siempre, hija mia, la dijo Sara con un acento inmensamente triste, son una raza de hombres que son dignos de ser idolatrados.

Ester no comprendia una palabra.

—Pues qué, ¿conocias tú á Cárlos antes de ahora? la preguntó.

—No: pero conozco á otro hermano suyo, y...

—Yo creo que te equivocas, dijo Ester sin hacer alto en la interrupcion de Julia; Cárlos no tiene ningun hermano.

—Estos son misterios que tú no comprendes, y guárdate de decirle nunca una palabra de esto. Tu amante tiene dos hermanos mas, él no conoce á ninguno, sabe que existen, yo conozco á uno y estoy buscando al otro.

La entonacion del acento de Julia, estremeció á la inocente Ester.

Con esa especie de instinto especial que tienen las mujeres, adivinó que entre Julia y aquellos tres hermanos mediaba un misterio horrible, y sin saber porqué, temia por su amante.

Entre tanto, la cura se habia concluido, y el buen judio

salió de la estancia despues de haber encargado á las dos jóvenes que nada digesen al herido, hasta que hubiese pasado un buen rato, pues se quedaba aletargado algunos momentos.

—¿Ahora tu estarás mucho tiempo con nosotros? preguntó Ester á Julia.

—Las circunstancias lo han de decir, yo no lo sé.

Y dichas estas palabras, dejando á la pobre niña en un mar de confusiones, se salió del aposento, dirijiéndose hácia una especie de jardin dónde el hebreo criaba una infinidad de plantas medicinales, y donde se hallaba á la sazon.

III.

Isaac sospechaba, mejor dicho, sabia el amor de su hija al oficial y el de este hácia aquella, pero nada encontraba de reprensible en estas relaciones, y por lo tanto hasta las miraba con satisfaccion.

Julia se acercó al hebreo, y le dijo:

—Tengo que hablar con vos.

Era tan severo el acento de la jóven, que aquel alzó la cabeza sorprendido y la dijo:

—¿Qué es eso, Sara? hija mia, ¿qué significa la espresion de tú rostro?

—Que tengo el alma muerta Isaac.

—¡Poderoso Jehová!... tú, la mas bella hija de Sion, tú, la que formabas la delicia de Rebeca tú buena y santa madre, tú padeces y tienes marchita el alma?...: dime qué tienes, hija mia, ya sabes que por no veros sufrir á tí y á mi pobre Ester, daria cuanto poseo, hasta mi vida, solas vosotras dos me habeis quedado y...

La frente del isrraelita se anubló al pronunciar estas palabras, y una lágrima que brotó de sus ojos, bajó silenciosa á ocultarse entre su espesa barba plateada.

—Venid, tio, dijo Julia Sara ó Saruyemal, pues ya la cono-

cemos con estos tres nombres, tengo que hablaros, tengo que desahogar mi corazon en vuestro seno cariñoso.

—Vamos donde quieras, confíame tus penas, y si en lo posible está calmarlas, yo te prometo hacer todo lo posible para conseguirlo.

Atravesaron las calles del jardin, y penetraron otra vez en la casa.

Subieron una estrechísima y tortuosa escalera, al cabo de la cual franquearon una puerta y entraron en una habitacion que desde luego revelaba á quién pertenecia.

En unas especies de basales construidos bien toscamente se miraban retortas, crisoles, y mas abajo hornillos, y otra porcion de objetos.

En fin en el desarreglo que habia y en la clase de cosas que en él se miraban se comprendia desde luego que aquella estancia pertenecia á un hombre dedicado muchos años á las ciencias.

Aquel hombre era Isaac.

Largas horas se pasaba en su habitacion, y sus conocimientos eran cada dia mas estensos, y mas profundos.

El judío acercó algunos almohadones para que se sentára Julia, y él lo hizo á su lado.

—Vamos, ya puedes hablar hija mia, la dijo.

—Os acordais Tio, de Abraham el joyero de Mequinez?—

Una palidez livida se esparció por el semblante del judío.

Sus ojos se cerraron.

Su frente se cubrió de espesas arrugas.

Sus miembros se agitaron convulsivamente.

Y sus lábios exhalaron un gemido, sordo y ahogado.

Julia le contemplaba tristemente.

—Perdonadme, le dijo en el momento en que vió que parecia volver en sí, perdonadme y creed que hubiera una necesidad absoluta no os habria evocado esos recuerdos.

—No sabes hija mia, la herida que has vuelto á abrir en mi corazon, veinte y dos años hace que sucedió aquel crimen, y con el transcurso de tantos dias crei que ya estaba completa-

menta cicatrizada, pero tu has hecho brotar sangre de ella, otra vez; habla que quieres? para que me has dicho eso?

—Rutben, y Jacob, están en vuestra casa.

—Qué dices? Los hijos de.... imposible Sara, imposible contestó con exaltacion el judío.

—Tan cierto es como que Ester idólatra á Jacob, y yo he perdido mi alma porque Rutben no me amaba como yo le adoro.

—Dios de Isrrael, que te hecho yo, para que asi me castigues? gritó delirando Isaac, alzando entrambos brazos al cielo.

Julia, tambien alzó sus negros ojos llenos de lágrimas.

Era esplendidamente hermosa.

El tipo judáico en toda su pureza de líneas y contornos, estaba personificada en ella.

Durante algunos momentos no se oyeron mas que los sollozos de la jóven, y las palabras que arrancaban la desesperacion al anciano.

Por fin este se pudo dominar mas pronto y reparando en el estado de su sobrina, se olvidó de su pena para consolar la de ella.

—Qué has dicho hija mia? no te he comprendido bien, las palabras anteriores me habian privado por entero, cuéntame tus penas ¿qué tienes; no te aman?... habla.

—Oh! dejad á mi pobre corazon que se desahogue, hacía tanto tiempo que no lloraba!

Y la desgraciada Julia dejaba correr por sus megillas torrentes de lágrimas.

—Llora, Sara, el llanto mitiga los dolores; felices á los que aun les quedan lágrimas.

Y una espresion de sombría tristeza se retrató en el rostro del judío al decir estas palabras.

—Os he dicho que Rutben y Jacob, están en vuestra casa y es la verdad.

—Y yo sin haberlos conocido, yo que les he abierto las puertas de mi casa....

—Y los dos amados por vuestras sobrinas, gritó dolorosamente Julia.

—Pero que horrible maldicion pesa sobre nosotros? por donde quiera que vamos esa raza maldita nos ha de perseguir?.. y dime Sara, prosiguió Isaac reparando en el dolor de la joven, tú sufres, no es verdad, hija mia?

—Oh!... no lo sabeis bien, mi padecimiento es horrible, amo y no soy amada....

—No ser amada tú?... despreciarte esos hijos de...

—No pronuncieis ese nombre, padre mio, dijo Julia poniendo su mano en la boca del anciano.

—Tienes razon, muchos años hace que hice juramento de no volver á pronunciarlo; vamos, y dime, ¿cómo es que no te ama?...

—Yo me tengo la culpa, y eso es lo que mas dolores me causa.

—¡Tú!... no te comprendo, esplícate, Sara; sácame tambien de la angustia que me causan tus palabras.

—Yo le conocí en Madrid, mejor dicho, yo lo he seguido constantemente desde que perdieron á su padre aquella noche terrible, niña entonces, le amé, mas tarde, en Madrid, conseguí ser amada; y aun tengo el gusto de recordar que sus primeros triunfos me los debió á mí; yo le inspiraba, y el público aplaudia frenético aquellas inspiraciones. ¡Oh! cuán dichosa que era en aquella época!...

—¿Y amándote entonces, como pudo olvidarte despues? la preguntó el anciano, viendo que se habia quedado algunos momentos suspensa.

—¿Quién es capaz de detener el pensamiento que se aparta de nosotros? qué cadenas hay que sujeten un corazon? Tal vez me contesteis que el talento; puede que añadais que yo lo tenia, pero en aquella ocasion lo habia perdido completamente.

—¡Pobre Sara! cuánto habrás padecido, y sola sin que una mano amiga enjugase tu llanto.

—Sola, teneis razon, mientras Alberto me amó, yo me contenté con vivir léjos del mundo, léjos de las diversiones, para

mí todo lo era él, y nada echaba de menos estando á su lado; pero empezó á entiviarse su amor, yo sufria, le reprochaba, su carácter altivo tambien se resentia, y poco á poco su amor se estinguió como se estingue el último rayo de sol en la caida de la tarde. Entonces mi persecucion para con él se hizo mas fuerte, cuanto el menos me amaba, yo le adoraba mas, y donde quiera que iba, allí me encontraba para oir de mis lábios un reproche; pero para ver en mis ojos la elocuente súplica que le hacia mi amor.

—¿Y él no admiraba ese cariño, no te lo agradecia? ¿no volvia á tí como la obeja descarriada?

—Al contrario, se alejaba cada vez mas; para él, merced á su talento, se le abrieron los salones de la alta sociedad madrileña, y yo, merced á mis riquezas, tambien penetre en ellos bajo el título de baronesa de Karlsley. El no me descubrió nunca, jamás reveló á nadie que aquel título era postizo, que bajo él se ocultaba la hija de una raza proscripta, solo que cada vez me aborrecia mas.

Yo ciega entonces, en vez de imitar lo generoso de su conducta, le amenacé con descubrir el secreto de su nacimiento, en el momento en que viera que se dirijia á otra mujer, y su vida y la mia han sido un prolongado martirio.

En medio de sus triunfos, yo me aparecia; si por casualidad en medio de un salon recibia las felicitaciones de todo el mundo, mi acento sarcástico le lanzaba un epígrama que le hacia palidecer, y él re retiraba á su casa sombrío y triste, y yo me marchaba á la mia loca, desesperada.

—Y de ese modo lo irritarias mas contra tí; ¡cómo se conoce que tu misma pasion te cegaba!

—Eso mismo me decia yo sollozando en el fondo de mi gabinete, pero al otro dia al encontrarlo en cualquier parte se repetia la misma escena.

Y así se pasaron muchos meses; mil mujeres estaban ansiando que él las digera una palabra de cariño; pero cuando él iba á pronunciarla, mi acento duro é imperioso la detenia en sus lábios.

Por fin esta lucha no podia prolongarse mucho tiempo; se aprovechó de venir á la guerra un amigo suyo para ausentarse de la corte, y al dia siguiente salia yo tambien tras de él.

Fué á Tánger, y á Tánger le seguí yo; Zaida se enamoró de él porque iba siempre á cobrar sus letras en casa de Abdel-Abas y...

—¿Zaida tambien?.... ¡Dios de Abraham!.... gritó con un acento estraño Isaac.

—Sí, Zaida tambien, y si Ester no estuviera enamorada de su hermano, indudablemente le adoraria, porque es imposible verle sin amarle. Zaida lo llamó, le dijo la pasion que por él habia sentido, y cuando Alberto empezaba á vacilar, me presenté yo, ahogando en su garganta las palabras que iba á pronunciar.

Desesperado entonces, se volvió á Ceuta, yo le he seguido paso á paso, y he acechado la ocasion de que se diera una batalla para tenerlo en mi poder. Aquí teneis la historia de esos amores que para mí no han tenido mas vida que la de las rosas de Jericó, una mañana tan solo.

Inclinó Julia al decir estas palabras la cabeza, y sus lágrimas trasparentes y puras siguieron resbalandose por sus megillas.

Largo tiempo estuvo contemplando con dolorosa tristeza el buen hebreo.

Comprendia que aquella situacion la habia empeorado Julia misma, de un modo muy poco fácil de arreglar.

Para manejar el corazon del hombre á quien se adora, y retenerlo siempre, se necesita tanto amor como talento.

Pero en Julia superó el primero al segundo, y la consecuencia fué perder por completo el cariño del poeta.

Sus consuelos no podian ser por lo tanto muy eficaces.

Nada podia prometerla, porque nada confiaba en poder conseguir.

Sin embargo, como la pobre Julia necesitaba que la digesen algo, el buen anciano trató de mitigar sus penas del mejor modo que pudo.

IV.

Han pasado tres dias de los sucesos anteriores.

Cárlos, en virtud de la órden de Isaac, ha abandonado ya su lecho.

Ester cada dia está mas triste, mas apenada.

La vuelta á la vida del oficial, ha arrebatado las rosas de sus megillas.

La pobre judia presiente la ausencia de su amado capitan.

Son las once de la mañana.

Por las encantadoras calles del jardin, se están paseando ambos amantes.

—Cárlos, aun debilitado por su herida, anda muy despacio, y necesita de vez en cuando descansar algunos momentos para proseguir su paseo.

El dolor que se retrata en el semblante de Ester, no ha podido menos de sorprenderle.

Sin poder adivinar la causa de él, en vano torturaba su mente.

—Dime, Ester, la dijo por fin, ¿quieres esplicarme un estraño misterio que en vano trato de descifrar?

—¡Un misterio, Cárlos! ¿Cuál es?

—¿De qué nace esa profunda tristeza que veo impresa en tu rostro hace pocos dias?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Oh! si me amaras como yo te amo, no necesitarias preguntármelo, tú mismo padecerias como yo.

—¿Que yo no te amo, Ester, que yo no te amo? Qué haria yo para demostrarte la inmensidad de mi pasion?

—Estarte siempre á mi lado.

—Qué dices?.. Ah! ahora comprendo la causa de tu pena,

sufres porque te imaginas que lejos de tu lado te olvidaré. No tengas miedo por eso; ¿acaso el ciego podrá olvidar la luz del sol? Si tu amor me ha dado la felicidad, cómo es posible que pudiera olvidarlo? al contrario, lejos de tí, mi cariño se aumentará doblemente, cada hora que pase sin verte acrecerá mi deseo, irritará mas mi pasion, y el que nos volvamos á ver se desbordará por entero mi alma al confundirse con la tuya.

—Oh! si eso fuera cierto?... contestó la judia dulcemente conmovida por aquel lenguage tierno y apasionado.

—Y lo dudas tu Ester? si asi fuera me ofenderias mucho.

—Ofenderte yo?... Dios de Isrrael! ofenderte yo cuando para mí no hay nada mas que tú en el mundo; lo único que no quisiera, es que te ausentases, pero conozco demasiado los deberes que tienes que cumplir, deberes que por otra parte podias romper perfectamente. En Ceuta ya te creerán muerto, ¿qué necesidad tienes entonces de marcharte?

—Y el honor de mi patria?... y mi honor mismo, Ester?... mis hermanos están luchando, muchos caen víctimas de su valor y patriotismo, y yo español como ellos, como ellos soldado, habia de estar contemplando impasible su cruento sacrificio? No, Ester, tú cuya nobleza de pensamientos tantas veces he admirado, tu, cuyos generosos instintos me han hecho idolatrarte mas, no creo que seas la que te opongas á mi resolucion, en la que entra por mucho el deber.

—Pero y si tu vas, ¿qué va á ser de mi pobre corazon? gritó con voz que ahogaban los sollozos, la pobre niña.

—Tu corazon me lo llevo yo en cambio del mio que se queda junto á tí.

—Y no te he de ver todos los dias, como ahora, recorreré todos los sitios, embellecidos un tiempo con tu presencia y que luego estarán desiertos, preguntaré á las flores del jardin, á los muebles de tu estancia, y todos me dirán «aquí estuvo» pero ninguno pódrá decirme cuándo volverás.

Y Ester, en medio de su dolor, estaba sublimemente hermosa.

Era la imágen del sufrimiento divinizada.

Cárlos la contemplaba y comprendia cuánta resolucion era menester que tuviese para separarse de la encantadora vírgen de judea.

—Cálmate, Ester mia, no parece sino que mi ausencia ha de ser eterna; ¿es que tienes tan poca fé en mi cariño que crees voy á olvidarte en cuanto de tí me aleje? Vamos, tanto lo primero como lo segundo, no pasaria de ser una locura muy indisculpable. Si temes á los azares de la guerra, Dios que hasta ahora nos ha protegido, seguirá haciendo lo mismo despues, ya sabes que yo te amo, te lo he dicho muchas veces, y no quisiera que dudases tanto.

—Pero si yo no dudo; no hago mas que quejarme porque te alejas de mi lado.

—Ya ves si tengo necesidad de ello; de otro modo, ¿te crees tú que yo lo haria?

—Pues vé ahí porqué sufro mas, porque comprende que no hay mas remedio,

—Al contrario debia ser, pues cuando una cosa es irremediable no hay mas que conformarse.

—¿Y quién tiene esa conformidad cuando idolatra?

—¡Oh! Ester mia, la dijo Cárlos arrastrado por aquella pasion que respiraba las palabras de la hebrea, no me hables de ese modo, porque siento vacilar mi corazon, y el deber me aconseja que lo desoiga.

—Tienes razon, Cárlos, contestó Ester haciendo un esfuerzo supremo; he sido una niña; comprendo demasiado lo que debes hacer, y no seré yo la que te aparte de ese camino; lo único que te pido es que no me olvides, que me ames siempre como te ama tu pobre Ester.

—¿Y quién seria capaz de olvidarte? gracias, ángel mio, tú misma me dás valor, y Dios premia siempre las buenas acciones; tú has cumplido tu mision curando las heridas de mi alma, yo cumpliré la mia combatiendo por mi patria, y despues la felicidad será para nosotros, grande, infinita y eterna. Ten ánimo, mi Ester, que mientras tu Cárlos viva, su pensamiento y su existencia te pertenecerán siempre.

Y tras estas palabras, siguieron otras muchas, de que hacemos gracia á nuestros lectores, pues el lenguage de los enamorados, se reduce siempre al consabido «te amo» dicho bajo mil formas y de mil modos diferentes, pero que siempre equivale á lo mismo.

Como que estamos tan cerca del campamento, justo será que echemos una escursion á él, para ver á otros antiguos amigos nuestros, y qué novedades se preparan contra la gente africana.

CAPITULO XVII.

En el campamento.—La herida de Miguel se mejora.—Escarmiento nuevo que reciben los moros el dia 15 de Diciembre.

I.

Las victorias que el ejército español habia conseguido, y las que aun esperaba conseguir, acrecian cada vez mas su valor.

Es verdad que habia penalidades.

Sufrimientos mas grandes que los de luchar con los moros.

Las calenturas y el cólera eran los peores enemigos.

Y los que eran atacados por estas dos enfermedades lo sentian mas que si hubieran sido heridos por las balas africanas.

Casí continuas las lluvias, siempre reinando los vientos, el campo parecia una laguna, y esta causa promovia las enfermedades.

Pero el animo no decaia por esto.

Al contrario, cada dia crecia el deseo de pelear contra los infieles, y de dirijirse hácia Tetuan, donde tras de la victoria se encontrarian alojamientos mas cómodos, y mas gloria sobre la ya adquirida.

El digno general en gefe aumentaba su entusiasmo con su egemplo.

Si habia combate, en el sitio mas amenazado, donde habia mas peligro, allí estaba O'Donnell, oyendo impasible silvar las balas en derredor de su cabeza, y dictando sus disposiciones con esa serenidad admirable que le caracteriza.

Y si sus mismos oficiales, conociendo el riesgo en que estaba, y lo necesaria que era su existencia, se lo hacian presente y le instaban para que se retirase, solia contestarles palabras tan sublimes como estas, que nosotros tuvimos el placer de escuchar.

—*Degenme Vds. señores, no pasen cuidado por mi; mi vida está en manos de la Providencia y yo confio en que velará por mi.*

Con tales palabras, y con semejantes obras, ¿cómo no ha de estár entusiasmado el soldado que pelea bajo las órdenes de tan ilustre gefe?

Multiplicándose en todas partes, en los combates y los momentos de descanso, siempre se le ve infatigable y activo.

Si las lluvias estropean las tiendas, él, el primero se sale de la suya, para recibir el agua como el último soldado.

Por manera, que no hay voces con que elogiar su conducta, y el ejército entero está doblemente orgulloso con estár mandado por un general como el conde de Lucena.

Muchos trabajos, muchas penalidades se pasan en el campamento, que son las consecuencias precisas de toda campaña, pero tambien atendido el entusiasmo del soldado, y la inteligencia del gefe, muchos dias de gloria podemos asegurar que le están reservadas á nuestra patria.

II.

Miguel seguia mejorándose aunque lentamente. Su ansiedad por ponerse en disposicion de volver á tomar las armas, era comparable tan solo á la de todos los heridos en general.

Andres estaba á su lado siempre que se lo permitian las circunstancias, y sus consuelos y su asistencia consiguieron tanto como las medicinas.

Evitaba con un cuidado especial hablarle ni una palabra de María, porque sabia demasiado que la herida de su alma era peor que la del cuerpo, y por lo tanto no convenia enconarla mas.

Y tenia razon; el pobre Miguel sufria horriblemente.

En el campo de batalla, en medio de aquella animacion, de aquella espectativa contínua de combatir con los moros, el pensamiento separa de los demás objetos para fijarse en el que mas presente tiene y en el que con mas insistencia le preocupa.

Pero allí en el hospital, solo completamente, oyendo quejarse á sus compañeros de infortunio, su pesar se redoblaba mas vivamente.

Veia á María, á María á quien tanto amaba, y la encontraba revestida todavía con su túnica de pureza.

Despues llegaba al fatal momento en que la revelacion de la jóven destrozó su alma, y todavía escuchaba las palabras que le dijo.

Y como las afecciones morales ejercen tanta influencia sobre los padecimientos físicos, de ahí que su curacion no adelantaba lo que debiera.

Pero entonces entraba Andrés, le contaba todas las peripecias del combate del dia anterior, los hechos brillantes de sus compañeros, y lo distraia de sus tristes pensamientos.

Le hablaba de la conducta bizarra del general, le describia

con esa elocuencia sublime del pueblo, que se reduce á muy pocas frases, todo lo acaecido en la batalla y la parte que él habia tomado en ella, y despertaba en el corazon de Miguel el entusiasmo y el deseo de volver á participar de aquella gloria.

Y de este modo sufriendo y deseando, su herida iba poco á poco caminando hácia su cicatrizacion.

Andrés, por su valiente proceder en algunas de las acciones pasadas, habia merecido que el general en jefe le concediese la cruz de María Isabel Luisa, y estaba sumamente orgulloso con semejante premio.

Miguel tambien habia merecido una de San Fernando pensionada, y cuando se escitaba su deseo por los relatôs de su primo, ansiaba ponerse bueno por ver si podia conquistar los galones de sargento.

III.

Los moros se llevaron otro intérvalo de muy pocos dias sin presentarse en accion.

Unicamente escondidos entre sus breñales, solian disparar sus espingardas, sin resultado ninguno.

Esta inaccion no agradaba mucho á nuestros valientes.

Entretanto las obras para el camino de Tetuan, adelantaban todo lo posible.

La division Prim, era la encargada de sostener y apoyar aquellos trabajos en los cuales nuestros brillantes batallones de ingenieros y los confinados, ponian todo su afan y se esforzaban en concluirlos cuanto antes.

Pero habia necesidad de concluir próximamente unas tres leguas de camino, y por muy deprisa que se hiciese, por mucha actividad que se desplegase, tenia que tardar algun tiempo.

Y actividad no faltaba, al contrario, pocos ejércitos, con-

tando con los elementos del nuestro, hubieran hecho lo que los españoles, en el poco tiempo qne llevaban de permanencia en Africa.

Nuestra línea fortificada era poco menos que inaccesible.

Y todos estos trabajos se habian hecho bajo los fuegos casi constantes del enemigo.

De este modo y con estas contínuas alarmas llegó el dia 15.

El general en jefe habia dispuesto que en las alturas del Serrallo se celebrase una misa de difuntos por los valientes que habian sucumbido en las acciones anteriores.

Todas las tropas asistían á ella.

Cuando de pronto en medio de la celebracion del santo sacrificio, los tiros que empezaron á oirse anunciaron la acometida de los moros.

Todas las divisiones fueron inmediatamente á ocupar sus puestos.

Los moros se presentaron en número de 15 o 16,000.

Su idea era la de atacar toda nuestra línea de fortificaciones, y tomar el Serrallo y demás posiciones nuestras, para lo cual se habian juramentado antes de entrar en accion.

Una parte de los soldados que mandaba el príncipe Muley-el-Abbas, se unieron á las kabilas que habian atacado los dias anteriores, y aun el mismo príncipe se conocia que dirijia la accion.

Su primer ataque fué hácia el reducto que protege las obras del camino de Tetuan, cuyo punto está defendido por la division del general Ros de Olano.

Aquello no fué, sin duda, mas que un medio para llamar la atencion de nuestras tropas, y cargar con todas sus fuerzas hácia otra parte.

Los reductos de Isabel II y todos los que se estienden desde el Serrallo á la casa del Renegado, fueron atacados con un ímpetu cual nunca lo habian hecho.

Nuestros soldados los rechazaron con ese valor que nosotros no sabemos describir.

Es necesario verlos, para comprender lo que con un ejército semejante se puede hacer.

Entran en fuego del mismo modo que si estuvieran en una fiesta.

El primer cuerpo del ejército y dos batallones del tercero, tuvieron la gloria de resistir á los enemigos.

El general Ros de Olano, que dirijió la batalla, no desmereció nada en su buen nombre y reputacion militar.

Los moros venian acompañados de dos cuerpos de caballería, cuyo número no bajaria de mil quinientos, que atacaron con valentia, pero que fueron deshechos en seguida.

La regularidad que se observaba en el trage de los infieles, los tres estandartes que se veian sobresalir de entre sus apiñados pelotones, y sobre todo, que uno de los tres tenia el color que solo usa la familia del Xerife marroquí, demostraba bien claro que eran tropas regulares las que se batian, y el hermano del emperador quien las dirijia.

La artillería desempeñó un gran papel en esta jornada, y á sus acertados disparos se debió en gran parte el brillante éxito de ella.

Multitud de granadas fueron arrojadas al enemigo, con tanta suerte algunas de ellas, que cayendo en el centro de su caballeria, la dispersaron en todas direcciones, viniendo multitud de caballos sin ginetes hasta nuestro campamento.

Ocho horas duró el fuego nutridísimo por ambas partes, y durante ellas se vieron rasgos de valor de uno y otro bando.

Negarles á los marroquíes que se baten como fieras, seria una tonteria grandísima, y que á la vez honraria muy poco á nuestros soldados.

Los enemigos á quienes combatimos, no tienen mas desventaja que lo mal dirijidos que están, y los ningunos conocimientos militares que poseen.

En nuestro próximo capítulo, daremos algunos curiosos detalles sobre la organizacion de su ejército, que hemos sacado de unos apuntes sobre el mismo asunto.

El general en jefe estuvo presenciando todo el combate, bas-

tando las acertadas medidas del general Ros, para conseguir un satisfactorio resultado.

Nuestras pérdidas fueron muy escasas, atendido el número de musulmanes que atacaron, lo estenso de la línea que hubo que defender y las tropas nuestras que entraron en accion, pues solo ascendió á unos ciento cuarenta, entre muertos y heridos.

Los moros, segun lo acertado de nuestros disparos, las cargas á la bayoneta y el destrozo que nuestras granadas debieron hacer, no bajarian de mil quinientos á dos mil, los que quedaron fuera de combate.

Hasta ahora, podemos decir que desde que estamos en Africa, las victorias se pueden enumerar por las acciones dadas; quiera el Dios de las batallas que nuestra marcha por el interior sea tambien otra série no interrumpida de triunfos.

CAPÍTULO XVIII.

Jornada del dia 17.—Conducta de algunas naciones con respecto á la guerra de España.—Organizacion del ejército marroquí.

I.



tra nueva victoria vino á añadir un laurel mas á los ya ganados por nuestro valiente gefe.

Como todas las acciones que hasta ahora se han dado, no han salido de un mismo terreno, casi como en todas ellas, nuestros soldados han hecho los mismos prodigios de valor, descrita una, es describir todas las demas.

La del dia 17, no es mas que una página mas, añadida al libro de oro de nuestra guerra de Africa.

El empuje indomable de los moros.

La bizarria con que nuestras tropas rechazan sus ataques.

La inteligencia y serenidad con que los jefes dirijen las acciones.

Y el escarmiento que siempre reciben los moros, es el cuadro que nos presenta la batalla del diez y siete; cuadro muy parecido al de todas las anteriores.

Sin entrometernos en detalles que tal vez cansarán á nuestros lectores, diremos que estando la division del general Prim protegiendo los trabajos del camino del Tetuan, fué atacada por un número considerable de moros, que á pesar de su arrogancia y valentia, hubieron de retroceder ante la firmeza de los soldados que tan dignamente manda el conde de Reus.

Algunos batallones del cuerpo que manda el general Ros de Olano, fueron á proteger los movimientos de la division que estaba en fuego.

Las goletas cañoneras Buenaventura y Ceres, colocadas frente los Castillejos, dirijieron sus fuegos hácia unas casillas en que se habian parapetado los moros protegidos por su caballería.

Combinados los disparos de los buques, con los ataques y cargas de la division Prim, dieron por resultado la completa dispersion de los infieles, quedando, especialmente su caballería, muy mal parada.

Habiendo sido el número de los marroquíes inferior que el de otras veces, y no habiendo estendido su línea de ataques hácia otro punto, la accion fué de menos duracion y de mucha menos pérdida que en otras.

II.

Desde hace muchísimo tiempo la mayor parte de las naciones venian estrañándose de que la España, que era la que con mas medios podia contar y con mas facilidad para hacer la guerra á los africanos, estuviera sufriendo las piraterias de estos en sus costas y los insultos de que eran objeto algunas de nuestras plazas fronterizas.

Nuestros gobiernos, ó apáticos ó preocupados con algunos otros negocios, no daban á esto grande importancia, sin hacer caso de la prensa de todos partidos que sobre este asunto procuraba llamar la atencion.

Sin embargo, España despertó de su sueño, y al gabinete del conde de Lucena, le debe la gloria de haberlo hecho.

Nuestras armas pasaron al territorio africano, y casi todas las naciones aplaudieron semejante paso; y especialmente la Francia, que con sus respectivas conquistas y sus adelantos en el interior del imperio nos estaba dando contínuamente el ejemplo de lo que debíamos hacer.

Hemos dicho casi todas las naciones y volvemos á repetirlo, á escepcion de una sola, todas las demás han demostrado sus simpatías por nuestra causa.

La única que tendiéndonos una mano amiga, nos vende con la otra, es la Inglaterra.

Desde el momento en que se trató de castigar los insultos inferidos á nuestro pabellon, y que para ello se empezaron á hacer los aprestos necesarios, recelosa y suspizaz, siempre pensó en Gibraltar, y nuestra actitud enérgica y decidida, la inspiró graves temores.

interrogó á nuestro gobierno, y no satisfaciéndole la respuesta de este, exijió compromisos que nuestro gabinete, con toda la delicadeza y el decoro posible, lo concedió.

Cualquier otra nacion en vista de nuestra conducta, franca y leal, hubiera sido una aliada fiel ó hubiera permanecido en una neutralidad completa.

Pero la orgullosa Albion no teme rebajarse á cometer cierta clase de acciones bajas y mezquinas, que si bien ostensiblemente no las hace, las consiente su gobierno, y tanto peca el ejecutor, como el que, sabiéndolo, no le pone un remedio.

Los periodicos de la vecina plaza de Gibraltar, son órganos de los marroquíes, y á su placer, interpretan, comentan y desfiguran los hechos que han motivado la guerra y los que despues llevan á efecto nuestras tropas en el territorio marroquí.

La táctica observada en los moros en sus últimas acciones,

la fortificacion de Tánger, que desde la salida de nuestro cónsul hasta ahora, ha variado completamente y se ha artillado de un modo que jamás hubiera podido con los solos medios con que cuenta el imperio, son hechos que hablan mas alto que todo cuanto pudiéramos decir y que demuestran hasta qué punto es amiga nuestra la Gran Bretaña.

Y como si no fuera suficiente esto, la reclamacion hecha á nuestro gobierno en las circunstancias actuales de los cuarenta y tantos millones á que ascendió el importe de los socorros que nos prestó durante la guerra civil, ha venido á poner el colmo al catálogo de sus buenos oficios con nuestra nacion y de todas las atenciones de que la somos deudores.

Todas las potencias han visto con disgusto semejante conducta y todas la han censurado.

Tal ha sido el proceder de la Inglaterra en la cuestion que nos ocupa, proceder que no pudimos dejar pasar desapercibido en nuestra obra, aunque esta tenga las condiciones de una novela.

III.

Como ofrecimos en nuestro capítulo anterior, vamos á dar á nuestros lectores algunas noticias sobre la organizacion del ejército marroquí que hemos hallado en unos apuntes curiosos sobre el mismo asunto.

«Dividiremos al ejército marroquí en dos clases: una de rey que estos llaman *almagasen*, y nosotros debemos considerar como tropa veterana ó ejercito permanente. La segunda en tropa de los gobernadores ó *bajaes*, que la conceptuamos como milicias provinciales.—Los soldados de rey reciben su plus, haber ó estipendio, directamente del emperador, y las milicias de las respectivas ciudades, en especie ó en pedazos de tierra que trabajan ellos mismos y que conservan en *usufructo*. El ejército de rey ó permanente, se eleva desde 16,000 á 24,000

hombres, la mayor parte de ellos son negros. La mayor fuerza que se ha conocido de esta clase regularizada en la forma que sus preocupaciones y atrasos permiten, fué en el reinado de Sidi-Mahomad, por los años de 1789, distribuidos en esta forma: soldados negros divididos en ocho califas ó regimientos 22,000— Ludages ó árabes del gran desierto 4,500— Moros a caballo de varias provincias 5,600— Total 32,100.—Estas fuerzas pueden aumentarlas en tiempo de guerra á el número que tienen por conveniente con relacion á su poblacion de ocho millones de habitantes, haciendo el llamamiento de las milicias del pais y á la caballeria de los árabes y beduinos. En casos de alarma, arrebato ó guerra suele tomar parte tambien la gente útil de las ciudades, por que todos están armados desde que tienen fuerza para manejar la espingarda, y suelen alternar con perfecta igualdad en el servicio con los soldados de rey y milicias, pero sin qne se les obligue á salir del distrito: estos se mantienen por su cuenta y se proveen ellos mismos de municiones, denominándose y reuniéndose en kabilas.—Los de rey forman la guardia del emperador, reciben cada año sus prendas de vestuario, que consisten en dos camisas y dos pares de *zarvvil*, un *caftan* de paño encarnado y un *silhon* turquesa, teniendo de haber diario desde un *mozuma* hasta diez, que equivale desde diez á cuarenta cuartos de nuestra moneda; ademas se le dá el fusil, que lo tienen la mayor parte, y bolsas para las municiones.-Tienen algunas utilidades porque acompañan á los cónsules y escoltan á los viageros que lo piden. El emperador suele hacerles algunos regalos particularmente á sus mujeres ó cuando circuncidan á sus hijos. Cuando se emprende alguna campaña se reunen todo el número de sobrante de las guarniciones de esta clase de tropas, y se les dá á cada uno desde diez á veinte duros y unos cuatro ó seis á sus mujeres, por premio de haber ó paga por todo el tiempo que dure la guerra. Se previenen á los bajaes que saquen el número que prescriben de milicias, quienes á su vez previenen á cada *xeque de aduar*, que llamen uno por cada diez *jaimas*, ó tiendas cuando el contigente de la provincia es de mil

hombres, y de cinco por cada diez, si el pedido es de cinco mil, girándose en esta proporcion el número del alistamiento, hasta disponer de todos los hombres útiles para pelear. Si faltan hombres del contigente pedido á una provincia, lo suplen las demas; por que hay que cubrir la fuerza pedida colectivamente; pero en cambio abona la provincia á quienes faltan hombres, veinte pesetas por cada uno. Algunas veces suele el sultan suplir esta cantidad, pagándola de su tesoro en el acto de recibir las armas.—Cuando los pedidos de hombres no es general, las provincias que resultan esceptuadas, ya por la distancia de los acontecimientos ó otras causas, pagan veinte pesetas por cada individuo que deberian haber alistado, generalizando el alistamiento, cuya suma suele ampliarla si dura la guerra. Tienen la obligacion los pueblos de surtir á los alistados ó provinciales, de armas, pólvora, caballos y otros menesteres, con la obligacion de cultivar las tierras y guardar los ganados de los soldados ausentes.

Al formarse grandes ejércitos, el bajá ó gobernador manda las fuerzas de cada provincia, quedando á su cargo el proveerlas de municiones y víveres.—Los soldados del emperador, ó de rey, viven siempre sobre el pais ó provincia donde van ha hacer la guerra.—Los *mocademes* que viene á ser como nuestros coroneles, siguen en el mando ó gerarquia á los bajaes despues de estos los alcaides, ó especie de comandantes que mandan desde 25 ó 500 hombres.—El que manda 2,500 soldados se llama *caid-el-jamsi*, que viene á ser gefe de brigada con cinco batallones de á 500 individuos.—El generalísimo del ejército es el sultan, y por ausencia, uno de sus hijos ó algun príncipe de la familia.—El soldado marroquí, es generalmente bien tratado por su gefe. Es sumiso y obediente, resuelto, con mucha voluntad y ardimiento, que le imprime el fanatismo religioso. Es diestro y generalmente buen tirador á pie y á caballo, porque tienen una aficion decidida á las armas, que usan con toda libertad desde pequeños.—La raza de los *Xilóes* son escelentes soldados de caballeria. Esta es la que generalmente forma el nervio de sus fuerzas. Cuando se da una

batalla, la caballeria se divide en dos partes iguales, con el objeto de formar las dos alas del ejército, se despliegan en forma de media luna, para que la infanteria si es que asiste, ocupe el centro. Al dar la señal de acometida, se recita con la mayor devocion alguna leyenda del Alcoran, se grita furiosamente, el *la ilah ela ilah*, que van repitiendo con los mayores ahullidos y se embiste furiosamente al enemigo. Si no hay serenidad para resistir el primer impetu de estas turbas mal ordenadas, y se les trastorna con evoluciones rápidas, y con nuestros cañones se desordenan, vuelven las espaldas y una vez en dispersion no son fáciles de reunirse.— Carecen de artilleria diestra é instruida, y no conocen la táctica del movimiento regularizado de las masas. Como se vé su modo de pelear es todo de impetu, de valor material, sin arte y momentáneo. Son muy diestros para la sorpresa, y muy suspicaces para conocer y rehuir las emboscadas y lances en que se les quiera comprometer. Cuando al principio alcanzan una superioridad, son temibles; pero desmayan muy pronto cuando son recibidos con serenidad y rechazados, como hombres que no tienen mas que el valor; y en sus derrotas ven el fallo de la fatalidad. Se conforman muy pronto, por que son tan resignados como lo determina su código civil y religioso.»

Tal es el ejército marroquí, y tales las condiciones con que está formado, cuando le veamos en una batalla en campo raso, donde no estén protegidos por sus montañas, podremos juzgarlo de otro modo, y con mas acierto.

CAPITULO XIX.

Volvemos á penetrar en Mequinez.—El palacio de *Beit-tal-mell.*—Barrios de los judios.—Sus trages.—Diversiones de los moros.

I.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto todas las noticias y descripciones del interior de Marruecos, y por lo tanto, penetraremos segunda vez en Mequinez, á recorrer diversos sitios que se escaparon á nuestra observacion la primera vez que estuvimos.

Situado Mequinez en una espaciosa y florida campiña, generalmente el *Xerife* marroquí prefiere esta residencia á la de Fez y Marruecos.

Fortificado en tiempo del Sultan Muley-Ismael, las murallas, de muy poca resistencia, solo son á propósito para ser defendidas por infantería.

El *Al-Kassar*, nombre que se dá al palacio imperial, es digno de admirarse, y trataremos de describirlo mas minuciosamente y con todos los detalles que sobre él hemos podido adquirir.

Su circuito será de casi una legua, y sus *mechuares* y *cobbas* son infinitos.

Las calles que forman las diversas habitaciones, que aisladas unas de otras forman una pequeña ciudad en el interior, son perfectamente regulares y casi tiradas á cordel.

Las dos fachadas que forman los departamentos de las mujeres del sultan, se ven adornados con multitud de airosas columnas de mayor y menor tamaño, combinadas artísticamente.

Fuentes de mármol, caprichosamente trabajadas, derraman sus aguas sobre las purpúreas tazas.

Al lado de cada una de estas fuentes, hay una habitacion de baños, donde las encantadoras odaliscas del Serrallo van casi constantemente.

El Xerife tiene cuatro mujeres legítimas, y cada una de ellas habita una estancia particular, si bien las cuatro son iguales en su arquitectura y adorno.

Estos aposentos no tienen generalmente mas que dos salas de las cuales la una contiene el lecho imperial y la otra está destinada al baño, para cuyo efecto hay en medio de ella un hornillo encendido siempre, á fin de mantener el agua á una misma temperatura.

Los eunucos, cuyo número es considerable, son los que solamente tienen entrada en estas habitaciones.

Atravesemos los pintorescos jardines del alcázar, en los que veremos enlazarse la madreselva con el cipres, los jazmineros con las acacias, donde las rosas de Alejandría, el *thym* de Africa y otra infinidad de flores, embalsaman el ambiente con sus aromas, y multitud de arroyos, estendiendo sus plateadas hebras por en medio de aquel encantado edem, besan susurrantes los delicados tallos de las flores.

Fuentes, cascadas y estátuas de una belleza inconcebible, se destacan de aquel mar de esmeraldas.

II.

En el centro de los jardines, se eleva el palacio de Beit-al-mell (casa de las riquezas).

Tres líneas de murallas lo defienden, y en la del centro se eleva un edificio de piedra sillería, que recibe la luz solo por la parte superior. Se entra en él por tres puertas de hierro, inmediatas unas á otras. El pavimento de este edificio es de mármol negro; en uno de sus estremos, hay una vasta abertura por la cual se echan, con grandes palas de cobre, las piezas de oro y de plata, los lingotes y las materias preciosas que deben formar parte del tesoro. Estos objetos caen en una gran cueva, en donde son colocados en partimientos de mármol de igual dimension unos que otros, con vuelo ó una parte saliente sobre el fondo de la cueva. Cada uno de estos compartimientos puede contener un millon de piastras. Una guardia de trescientos negros es la especialmente encargada de la seguridad, de la vigilancia y del arreglo del tesoro. Desde que son designados estos hombres para hacer aquel servicio, habitan ya para siempre en el sitio donde está colocado el tesoro. Los que tienen á su cargo el cuidado de recibir el dinero y de colocarlo en las cuevas, nunca salen de aquellos subterráneos. Tienen habitaciones hechas á propósito y allí viven y allí mueren. El objeto de todas estas precauciones es evitar los robos desconocidos hasta hoy. Cuatro veces al año se echa en el tesoro imperial el producto liquido de los impuestos de todas clases. Cuando el emperador está en Mequinez, asiste él mismo á presenciar esta operacion; pero cuando está ausente, nombra para suplirle á tres grandes oficiales de su casa, estando bien persuadido de que no podrán ponerse de acuerdo para cometer un robo, y de que si llegase á suceder esto, se denunciarian

unos á otros, ó serian denunciados por los negros guardianes de estas riquezas. En los primeros tiempos de la institucion del tesoro imperial, se depositaba el dinero en grandes vasos de tierra; pero un dia fueron robadas las sumas que contenian diez de estos vasos, los que llenaron de tierra los ladrones, cubriéndola con una capa de monedas de oro. El Sucesor de Muley-Ismail varió las disposiciones adoptadas por su predecesor, abandonó el sistema de vasijas de tierra, é hizo construir las cuevas que aun existen hoy. El emperador Muley-Soleiman, conocido por su crueldad, tenia la costumbre cuantas veces se echaba dinero en el tesoro imperial, de quitar la vida á los negros encargados de aquel trabajo. Abder-Bahman, su sucesor, mucho mas humano, abolió esta odiosa y cruel costumbre; pero en cambio, determinó que los negros encargados del arreglo de las cuevas del tesoro, permaneciesen siempre encerrados en estos sitios. Para ellos el robo es infructuoso; porque están separados del resto del mundo, y no podrian hacer uso alguno ni ocultar el dinero que robasen. El tesoro de Mequinez encierra una suma que se cree ascenderá próximamente á quinientos millones de francos. La ciudad de Mequinez es la preferida por el soberano de Marruecos para su estancia: su posesion decide la suerte del imperio. Si fuese tomada, bien por los rebeldes ó por una potencia de Europa, este descalabro sería un golpe mortal para el gobierno del emperador.

III.

Nada mas triste que el estado de los judios en el imperio de Marruecos.

Obligados á vivir en barrios separados, á dejar la derecha á los musulmanes, la brutalidad de estos llega á tal grado, que en cualquier cuestion que un judio tenga con un moro, aunque la razon esté de parte de aquel, siempre se la han de dar á este.

En Mequinez tienen los judios su barrio separado, como en todas las poblaciones del Mogreb, y tienen su jefe especial, á quien llaman el *Cheg*, cuya autoridad está bajo las órdenes y supeditado á los musulmanes.

Las judias en general son hermosísimas, contribuyendo mucho á realzar sus gracias, el pintoresco trage que visten.

No dudamos que nuestras lectoras verán con gusto la descripcion de los tocados hebraicos, de cuya verdad les respondemos, pues hemos tenido ocasion de ver sus trages especiales muy de cerca. Lo primero que llevan, es una camisa como las españolas, sin otra diferencia que las mangas; son de mas de una vara de largo, igualmente de anchas, de la figura de un embudo, concluyéndose lo estrecho cerca del hombro, para evitar de este modo que se vea mas del brazo que es torneado y hermoso; despues se ponen un jubon de color carmesí con manga corta y estrecha, todo muy bien guarnecido de oro, piedras y brillantes; un refajo de paño verde, tambien guarnecido de oro y terciopelo carmesí, que despues de liárselo al cuerpo, queda como si fuera un vestido á la española. En la cintura sujetan el refajo y el jubon con una faja de oro y seda encarnada, quedando el talle y pecho como si llevaran un buen corsé; las mangas de la camisa interior, como son tan largas y anchas, se las remangan, de modo que atando las puntas de ambas á la espalda, forman un hermoso pabellon de colores; el cuello y pecho queda descubierto y los adornan con buenos collares de coral, perlas y piedras preciosas, los brazos, como quedan descubiertos, los adornan con unas pulseras ó brazaletes de plata maziza y muy bien trabajada; llevan en las orejas, con unos fiadores, pendientes muy gruesos y grandes, de tal forma, que con todos los adornos que cuelgan, vienen á descansar y juguetear sobre los hombres ó el cuello; en la frente llevan una rica y hermosa diadema, guarnecida de piedras y perlas preciosas dejándose el cabello dividido en dos trenzas sueltas que caen colgando por la espalda, y en la punta, ponen dos borlas y cordones de oro. Como no usan medias, adornan sus piernas con grilletes

de plata maciza y labrada, y chinelas muy bien bordadas de oro y piedras preciosas. Son generalmente en estremo hermosas, muy sensibles y amables. Las casadas van vestidas del mismo modo, con la diferencia que no se las puede ver el pelo y lo llevan tapado con una toca encarnada como si fuese una faja, que viene á prenderse por la espalda á la otra faja de la cintura formando un gran lazo, y asi se distinguen de las solteras por su precepto hebreo. No pueden vivir mas que en las grandes poblaciones, y aun en estas tienen que habitar en barrios separados de los moros. Estos las tienen tan oprimidas, que las obligan á quitarse las chinelas (que no pueden ser mas que color negro para distinguirlas de las moras, que las llevan amarillas ó encarnadas) siempre que pasan por delante de la casa del bajá, alcaide, cadi-santo, iglesia, ermita, últimamente, hasta para pasar por delante del campo santo de los moros, y aun en muchos pueblos no les permiten usarlas y van descalzas por todas partes. Lo mismo sucede con los judios; ni les permiten usar mas trage que el que visten todos los hebreos, y ha de ser con condicion de que el bonete ó gorro sea negro y que no puedan cubrirse la cabeza con la capucha, para que siempre sean conocidos de los moros.

Llega á tal estremo la desgraciada condicion de los hebreos, que las autoridades musulmanas, en los dias de recreo ó diversion de los moros, les prohiben que salgan á la calle á fin de que no se espongan á los insultos y malos tratamientos de estos.

IV.

Una de las principales diversiones de los moros, consiste en correr la pólvora, de la que mas adelante hablaremos, y la otra es la que celebra la hermandad de los *Isagües*, que tienen por patron á *Sidi-ben-eisa*, que dicen ser primo de Mahoma. Estos, mas que otra cosa, son unos charlatanes por el es-

tilo de los muchos que conocemos en Europa, y como estos tienen tambien la pretension de ser incombustibles, no quemándose aunque se metan en medio de las llamas.

Engañando al pueblo con toda clase de embustes, y especialmente con el encanto que dicen egercer sobre las culebras, los seducen completamente, y con sus tonterias, obtienen sobre ellos una gran influencia.

Tienen una fiesta cada año, que se juntan todos ó la mayor parte del gran número que hay en la ciudád y corte de Mequinez, que es donde está la ermita del Santo, inmediata á la ciudad. Allí celebran sus fiestas por tres dias, en los cuales dicen los despreocupados que toman un poco de soliman con leche para engañar á las gentes. Se ponen furiosos y se embriagan de un modo raro y estraño, pues adémas de ponerse encarnados hasta los ojos que se desencajan con unas miradas atroces, bailan, cantan, ahullan, braman y chillan todos á un tiempo, y entonces es cuando aseguran que están en toda la gracia del Santo. Forman en los tres dias un corro ó rueda y los bisagües ó hermanos mayores están con unos grandes palos con mucha circunspeccion y respeto fuera de la rueda ó círculo, para el que se separe ó salga de él, ó se desmande en su locura ó embriaguez, castigarle en el mismo acto y declararle fuera de la gracia del Santo.

Pueblo que semejantes cosas se cree, fácilmente se comprenderá hasta qué punto rayará su ignorancia.

Y por todas partes, en casi todas las poblaciones, se encuentran estos saltisbanquis presentando á la asombrada multitud las culebras dóciles á su voz y fanatizándola completamente con sus contorsiones y sus visages.

La diversion á que con mas ardor se entregan los moros, es la que hemos denominado mas arriba, con el título de la pólvora, ó como en casi todo el imperio se dice, *correr la pólvora*.

Generalmente con esta funcion obsequian siempre á los compañeros que se casan, ó el nacimiento de alguno de sus hijos.

A continuacion insertamos una descripcion que de semejante fiesta hemos encontrado en un periódico francés, la cual figura estar hecha por un cabo de uno de los regimientos que estan en la Argelia.

V.

, Oigamos como se esplica el soldado:

. . . .

. . . .

«Llegó por fin el gran dia: desde por la mañana reinaba en el pueblo un movimiento estraordinario, y los franceses no bullian menos que los moros. En la misa anunció el señor cura que las vísperas serian al mediodia. Ya se vé, es una fiesta de que no se quiere privar á nadie. A las dos de la tarde echamos á andar hácia el campo, donde habia de ser la corrida. Una tribu de las inmediaciones, hacia la fiesta. Cuando nosotros llegamos, estaban repartiendo los cartuchos, y con tanto furor se tiraban á cogerlos, que aquello era una purísima confusion.

El repartidor de ellos, ó como si digéramos el furrier de aquel indisciplinado batallon, agarró una tranca y empezó á repartir á diestro y siniestro, sin que ninguno de aquellos cernícalos se atreviera á decir «esta boca es mia.»

¡Qué remedio tenian! era su jefe, y aunque no les hiciera gracia sus bromas, no tenian mas remedio que aguantarse: nosotros los soldados entendemos esto bastante bien.

En esto la música anunció que se iba á empezar la fiesta; pero como ustedes no sabrán lo que es una música de moros, yo se lo esplicaré.

Cójase un bombo y otros cuatro instrumentos cualesquiera, sean gaitas ó trompetas. Al primero se le dice, toca tú las «habas verdes» al segundo, tú vas á tocar la «jota» al tercero, tú componte con la «muñeira» y al cuarto, á ver si te acuerdas del «señor don Simon». En seguida se le dice al del bombo, tú

no hagas caso de tus cuatro compañeros: arréale al parche de firme, de prisa y lo mas regularmente que puedas. Gracias al «tamboran» que lleva el compas como Dios le dá á entender, y que á fuerza de puño amalgama aquel conjunto de discordancias, concluye la oreja por acostumbrarse á este guirigay.

Los moros se dividen en dos bandos y se vá cada cual á un estremo del campo esperando allí la señal. Hecho esto, se lanzan á la carrera como furias echando fuego por los ojos, dando alaridos salvages y con los albornoces agitados por el viento, enarbolando sus espingardas, volteándolas, tirándolas al alto y volviéndolas á coger con la destreza que un tambor mayor pudiera hacerlo con su baston. Ya que están cerca unos de otros, se echan las espingardas á la cara y se disparan con pólvora sola. Vuelven grupas en seguida, cargan con presteza á á la carrera, y vuelta á disparar y á cargar. Despues se mezclan unos con otros, se cruzan, corren en todas direcciones y se vuelven locos.

¿Vé usted esos dos que vienen al frente mirando por los lados y sin verse el uno al otro? Los caballos se encuentran y se estrellan. ¡Cataplum¡ Los dos ginetes y los dos caballos van rodando por el suelo. El un moro se levanta como Dios le dá á entender; el otro queda tendido como una rana y su caballo echa sangre por boca y narices: levantan al morito que no dá señales de vida, y al caballo le hacen una sangria suelta para que concluya de morirse. Los moros no se asustan de la muerte: cuando un hombre se ha muerto, es porque Dios quiere, el muerto se resigna y los vivos lo mismo y nadie tiene que chistar. Así es que allí nadie se apura por tan poca cosa, y mas cuando se trata de divertirse. Con todo, nuestro general no quiso que siguiera la zumba, y mandó que se acabara la funcion. Flanco derecho, marchen á Blidah.

Al dejar el campo donde habian sido las corridas, reparé en un caballo todo ensangrentado, tambaleándose, zis-zas, levantando y cayendo. Detrás de él un morito, que iba remedando los mismos pasos que el caballo y tan mal parado como él. Eran los que habian hecho la cabriola que les salió

tan mal y á los cuales habian dejado por muertos. Al dia siguiente ya no se veia por allí alma viviente. ¡Pues qué se le figurara á ustedes! un morito no se muere tan á dos tirones.»

IV.

Como dice muy bien el cabo francés, esta diversion es una de las que mas gustan á los moros.

Hay estrañas anomalias en los gustos y en la naturaleza de estas gentes

Sensuales hasta lo sumo, los baños, las mujeres y el café, forman casi el conjunto de la vida Sivarítica que llevan en las ciudades.

Y sin embargo, estos hombres á quienes se pudiera juzgar afeminados y débiles por esa continua voluptuosidad que los rodea, son los mismos guerreros indómitos y valientes que arrostran la mmerte en medio de los combates con una sangre fria estraordinaria.

Y no se nos puede decir que exista una gran diferencia de costumbres entre los moros de las poblaciones y las tribus nomadas y errantes de las montañas.

Podrá decírsenos que estas son mas sufridas, mas sóbrias, con menos necesidades si se quiere por la carencia de recursos; pero que tienen los mismos gérmenes de disolucion y voluptuosidad.

Los placeres sensuales enervan y debilitan generalmente las naturalezas, y tanto unos como otros se entregan con delicia á ellos sin que semejante abuso les prive de ser esforzados y robustos para resistir las fatigas de los combates.

En otros capítulos seguiremos describiendo al par que con otras poblaciones del imperio, los trages y otras costumbres de los habitantes del Mogreb.

CAPITULO XVII.

Accion del 20 de diciembre.—Primer prisionero moro.—Zelim.—Encuentro de tres hermanos.

I.



ARA nuestros bravos soldados, el dia 20 de diciembre fué otro dia mas de gloria.

El segundo y el tercer cuerpo del ejército fueron los que tomaron parte en la accion, dirijidos con la inteligencia y acierto que al conde de Lucena caracterizan.

Tan luego como se le avisó la aproximacion de los infieles, se personó en el reducto de Isabel II y dió sus disposiciones con su energía y precision acostumbrada.

Los moros no se presentaron al pronto, se ocultaron entre las piedras y los bosques que se estienden al frente y costados

de nuestros atrincheramientos, esperando á que nuestros soldados fueran á acometerlos.

Pero les salió fallida su esperanza, y no porque los españoles no quisieran salir, sino que el general en jefe quiso ahorrar sangre inútil, y esperó con mucho fundamento que al ver ellos que no se les atacaba, concluirian por tomar la iniciativa.

Así sucedió en efecto.

Simultáneamente atacaron los dos estremos de nuestra línea.

El de la derecha estaba defendido por el segundo cuerpo del ejército, y el de la izquierda por el tercero.

Diez mil infantes próximamente y unos mil caballos presentaron los moros en combate.

Nuestra artillería empezó la funcion, y las continuas descargas de la infantería, añadian un ruido mas al infernal que resonaba en todo el campo de batalla.

Los jefes dieron las voces de ataque.

Las cornetas las corrieron por todo el campo, en sus agudos sones.

Y aquellas masas de infantería, calando sus bayonetas, se arrojaron sobre la morisma que no pudo resistir el choque.

Una vez mas retrocedieron ante nuestros soldados.

Una vez mas, mostraron los batallones españoles que son dignos herederos de los brillantes tercios castellanos.

Barridos por decirlo así, por la metralla, el hierro concluyó la obra que el fuego habia empezado.

Cortados algunos pelotones de moros, hubiéramos podido coger multitud de prisioneros, pero los musulmanes prefieren morir á rendirse, y en un caso estremo pelean á la desesperada, hasta que reciben la muerte.

Ocho horas de una lucha encarnizada, tuvieron por resultado la completa dispersion de los enemigos.

Largo trecho los persiguieron nuestras tropas, hasta que se recibió la órden de regresar á sus puestos, y suspender la persecucion.

Entonces se hizo el primer prisionero que se ha cogido en toda la campaña.

Cegado casi por la sangre que le brotaba una herida que tenia en la cabeza un moro, sin poder defenderse, no tuvo mas remedio que caer en manos de los soldados.

Conducido al hospital, fué objeto de las mayores atenciones y cuidados, y no podia menos el fanático sectario de Mahoma de admirarse del trato de que era objeto por parte de los cristianos.

Interrogado por algunos acerca de las crueldades de que eran objeto los cristianos por parte de los moros, les contestó.

—*Allá los moros nos dicen, que vosotros sacar tripas de todos moros que coger vivos, pero que cuando ellos saber es vivo el que agarrais, vivos no matarán mas.*

Los médicos digeron que ninguna de las tres heridas que tenia eran de gravedad y que muy pronto estaria ya en disposicion de volver á soportar toda clase de fatigas.

El general en gefe le habló con afabilidad y mandó que se le asistiere con un esmero particular, gratificando generosamente al soldado que lo hizo prisionero.

Por el herido se supo que los moros estaban algo desalentados, cosa que ya se notó en la accion que acababa de tener lugar, pues no se advirtió aquel vigor, ni aquella pujanza que en los combates anteriores tanto habia llamado la atencion.

II.

Luis, nuestro antiguo conocido, y el amigo íntimo de Alberto, curado ya de su herida, formó tambien con su batallon que no hizo mas que movimientos preparatorios, sin entrar en fuego, lo mismo que todos los demas de la primera division.

El conde no podia disimular la pena que le causaba el no saber el paradero del poeta, y aquella nube de tristeza que

se veia esparcida por su rostro, pudiera decirse que era la primera que en él se habia visto en todos los años que contaba de existencia.

Efectivamente, que cuando se concentraban todas las afecciones de la vida en una sola persona, si por casualidad se pierde á esta queda un vacio, un desconsuelo inesplicable en el corazon.

Luis sin amores de esos que llenan por completo el alma, no habia tenido mas que pasiones pasageras, que habian ocupado en su pecho un lugar muy secundario, y la amistad del poeta habia sido siempre la reina de su corazon.

Habia preguntado á todos los soldados que combatieron con él, si lo habian visto, y todos le contestaron que persiguiendo á unos moros lo habian perdido de vista.

Entonces no dudó acerca de la triste suerte que habia cabido á su amigo.

Sabia por desgracia el trato que los moros daban á los cristianos, y conociendo el valor indomable del poeta, no pudo menos de estremecerse al pensar en los tormentos que le habrian hecho sufrir.

Entonces juró con toda la fé de su alma, vengar la muerte de su amigo, y ansiaba siempre un combate para con la sangre de los infieles lavar la de Alberto.

Pero ay! esto no daba la vida al poeta.

Los dias se pasaban, y en cada uno de ellos, le echaba mas de menos.

Miguel tambien seguia mucho mejor de las heridas, y aunque todavia no le habian dado de alta, no se haria esta esperar mucho tiempo colmando los deseos que tenia el jóven de incorporarse otra vez á su regimiento.

III.

En medio de lo mas reñido de la batalla del dia en que vamos hablando, un moro de gallarda apostura, cuya frente se veia un tanto surcada de arrugas, signo que cuando no la edad demuestra mucho dolor, se acercó al gefe que mandaba las fuerzas marroquíes, y le dijo:

—Ha llegado el momento de cumplir lo prometido.

—Que Allah, guie tu mano, si tal hazaña hicieras yo te aseguro que serias el mas grande del imperio, despues de ser el mas querido del profeta.

—Mira Ibraim, le contestó el moro que habia hablado primero, si acaso no saliera bien con mi empresa, si cogido por los cristianos, ó muerto por una bala mas certera que la mia, no pudiera volver á Mequinez, tu irás, y aunque esté Zaard, en el Serrallo, trata de verla, busca mi cadáver, por aquella espesura de la derecha que es donde voy á ocultarme, y en el encontrarás un amuleto que empapado en mí sangre quisiera que la entregaras, diciéndola que mi último pensamiento ha sido para ella, y su nombre el postrero que mis lábios han pronunciado.

—Por el santo profeta, que no parece Zelim el que está diciendo tales palabras, al que vá á cumplir con tales deberes, el Dios altísimo y único protege siempre.

—No te canses Ibraim, tal vez no muera, pero yo no me hago ilusiones, y no tengo mas probabilidades de morir que de salvarme, en aquel caso, es en el que quiero que me jures por Allah, cumplir lo que te he pedido.

—Bien, como tu quieras, puesto que tanto persistes en esta idea, te lo prometo, aunque estaré rogando al profeta por el buen resultado de tu empresa.

—Gracias Ibraim, gracias.

Y tras estas palabras se dieron un apreton de manos los

musulmanes, y Zelim puesto que ya sabemos que es él, se hecho la espingarda al hombro, y con ánimo resuelto empezó á internarse por la espesura del bosque en que se estiende á uno de los costados del reducto de Isabel II.

Si hubiera sido imposible leer en el interior del moro se hubiese visto cuan repugnante le era la accion que iba á cometer.

Obligada ya por su imprudente juramento, no podia retroceder.

El amor de Zaard lo era todo para él, y para conseguir la posesion del objeto amado, hubiera en un momento de exasperacion, cometido los mayores crímenes.

Pero á sangre fria ya, durante todo el camino desde Mequinez á sierra Bullones, habia pensado mucho, y se horrorizaba al pensar lo que iba á hacer.

De frente Zelim, no hubiera temido á nadie, y se batiria como un héroe.

A su traicion, arrastrándose como las culebras para sorprender á su descuidada presa, sentia en su corazon una cosa estraña, y temblaba su mano, y temia que su ojo no hiciera bien la puntería.

Zelim ya hemos dicho que era cristiano, y por lo tanto profesaba una profunda simpatía á los españoles.

Y asesinar al gefe de ellos, á ese mismo gefe de quien tan grandes cosas se contaban en el campo marroquí, era un remordimiento, un dolor profundo para el noble musulman.

Despues pensaba tambien si su Zaard le rechazaria al presentarse á ella manchado con la sangre de un asesinato.

Y esto acrecia estraordinariamente su incertidumbre.

Mas despues se decia, que cuanto mayor fuera el sacrificio, mas debia agradecerlo su amada, y por lo tanto, con mas entusiasmo y con mas cariño lo habia de pagar.

Con estas vacilaciones llegó Zelim al bosque, y gateando y ocultándose como pudo, dirigió sus miradas hácia el reducto donde el conde de Lucena dictaba sus disposiciones con la sangre fria que le es característica.

Graduó que aquel sitio era á propósito para conseguir su obgeto, y apoyando su espingarda entre dos piedras, empezó á hacer la puntería.

La posicion era magnífica, y Zelim era demasiado buen tirador para que la vida del general en gefe no corriese grave peligro.

Todavía vacilaba el moro.

—¿Es posible, se decia, que mi suerte me conduzca á matar á un hombre cristiano como yo, en primer lugar, y despues, hácia el que siento una simpatía inmensa? ¿Es posible que yo que hasta ahora no he peleado mas que frente á frente con mis enemigos, vaya á convertirme en un miserable asesino? No, nunca; antes sufriré todas las desgracias del mundo, que rebajarme á ser el instrumento de un déspota cobarde.

Y la espingarda del musulman, cambiaba de direccion.

Pero al cabo de un momento, la voz de su pasion dominaba á la del honor, y decia:

—Mas ese déspota, tiene en su poder á mi Záard, va á hacerla su concubina; voy á perderla para siempre sino mato á ese hombre, pues bien, antes que renunciar á mi amada, prefiero sufrir los remordimientos, la muerte, si es necesario; que muera el general de los cristianos, pero que yo no pierda á mi Záard.

Entonces con ojo sereno volvió á hacer la puntería, y ya su dedo iba á disparar, cuando una mano se lanzó al cañon del arma, y variando su direccion, hizo que la bala fuera á clavarse en el tronco de un árbol inmediato.

Al mismo tiempo, unos brazos de hierro lo sujetaron por la espalda, y una voz fuerte y vibrante gritó:

—Miserable!

IV.

Atónito, Zelim, por esto que pasó en menos tiempo del que nosotros hemos tardado en escribirlo, permaneció algunos instantas aturdido, hasta que por fin volvió la cabeza y vió dos moros que le amenazaban con sus aceradas gumias.

Por medio de un esfuerzo poderoso, se desasió de aquellos brazos que le oprimian, y echando mano á su corvo yatagan, les dijo:

—Y sois vosotros, fieles musulmanes, los que venis á impedirme que mate al gefe de los españoles?

—Nosotros no somos musulmanes, dijo el que habia hablado primero, somos españoles.

—Españoles vosotros!.... y os habeis interpuesto para....

—Para que no cometas un crímen, dijo con un acento severo el que hasta entonces habia permanecido silencioso.

—Pues nada conseguireis, que juro á Allah, que despues de mataros me sobrará esfuerzo para proseguir mi obra.

Y furioso, embrazando la espingarda por el cañon, se lanzó sobre los dos enemigos.

El mas silencioso de ellos esperó tranquilo la acometida del amante de Záardr

Esquivó el golpe, y antes de que pudiera secundarle, le agarró el brazo con una fuerza tal, que el arma se escapó de sus manos.

Entonces empezó una lucha á brazo partido.

Los dos eran ágiles y robustos, aunque en el moro que habia impedido la accion de Zelim, se advertia cierta palidez originada sin duda ó por profundos dolores, ó por recientes heridas.

En cuanto al otro, era mero espectador del combate.

Largo rato lucharon, sin que la ventaja se decidiera por ninguno de los dos.

Por fin, Zelim, menos fatigado que su contrario, lo derribo al suelo.

La afilada gumia brillo en su mano.

El vencido no hizo la mas mínima demostracion de sentir la muerte que le esperaba.

—Allá voy, hermano gritó entonces el otro que habia estado presenciando la lucha.

Y empuñando un corvo yatagan que llevaba pendiente de su cintura, se dirijió hácia el grupo.

—No te muevas, Carlos, dijo el caido; me ha vencido en buena ley, y no es justo que nos aprovechemos de nuestra superioridad.

Zelim detuvo su gumia que iba buscando el corazon de su contendiente.

Por entre las descompuestas vestiduras de este, asomaba un medallon.

Aquello fué lo que detuvo el brazo de Zelim.

—Dime, moro, le dijo; por Allah, que necesito me espliques que significa ese amuleto que llevas al cuello.

—¿Quieres robármelo acaso? le preguntó con irónico acento el vencido.

—Calla, no provoques mi cólera, necesito saber qué significa ese medallon, que tan parecido es al que yo tambien llevo.

—Tú?... tú llevas un medallon como este?... gritó el adversario de Zelim, alzándose del suelo precipitadamente.

—Sí, míralo.

Y á los asombrados ojos de aquel, mostró el amante de Záard el relicario que deben recordar nuestros lectores.

Entonces una cosa estraña se vió en aquellos dos hombres que habian detenido á Zelim en el momento de cometer un crimen.

Miráronse con una alegria estraordinaria, y al par se arrojaron en los brazos del moro, esclamando:

—Hermano mio!...

Por algunos instantes permanecieron confundidos por decirlo asi, en aquel estrechísimo abrazo.

Pasada aquella primera esploxion se sucedieron una multitud de preguntas.

—Y nuestro padre? dijo anhelante Zelim.

—Nuestro padre hace tiempo que murió, le contestó gravemente Alberto, en nuestra familia hay misterios demasiado horribles, que mas tarde te esplicaremos.

—Oh! y porqué no ahora?

—Porque ni el sitio, ni las circunstancias son apropósito para ello, le dijo Cárlos.

—Y tu por cuyas venas corre sangre noble y generosa, le preguntó el poeta cómo ibas á acometer semejante crimen?

—Ay! hermano, no profundiceis mas esa herida que hay en mi alma, contestó Zelim con dolorido acento.

—Habla, si tienes dolores, para eso has encontrado tus hermanos que trataran de amenguarlos, todos sufrimos, porque todos descendemos de una raza, condenada hace mucho tiempo al padecimiento; habla, que tienes?

—Amo á una mujer.

—Como nosotros, contestó Cárlos.

—Y soy amado de ella con delirio.

—Lo mismo nos sucede.

—Pero mi Zaard, es muy hermosa, y está destinada para satisfacer los deseos del Xeriff.

—¿Y acaso el te ha exigido que mataras á nuestro general para cederte á tu amada? preguntó Alfredo.

—De otro modo, crees tu hermano que yo hubiera pensado en cometer semejante accion?

—Lo creo; nuestra sangre tal vez digan que está envilecida porque la sociedad nos ha anatematizado con un signo de reprobacion, pero capaz de cometer una infamia ninguno de los hijos del joyero Abraham, lo seria. No pierdas la esperanza. Zelim, yo, tu hermano mayor, te doy mi palabra que la mujer á quien amas podrá algun dia ser tu esposa.

—Oh! si fuera cierto!...

—Te lo prometo, prosiguió Alberto acreciendo lo solemne

de su acento; Záard no pertenecerá al emperador de Marruecos.

—Y de qué medios te has de valer para ello? él me ha puesto como precio la cabeza del caudillo cristiano, si esto no se efectúa, ¿cómo lo vas á conseguir?

Los medios no puedes saberlos ahora, el resultado lo sabrás mas tarde.

—Alberto, dijo en esto Cárlos, mira, los moros se repliegan hácia esta parte, nuestros soldados los vienen persiguiendo y....

—Tienes razon, dijo el poeta despues de haberse cerciorado de la verdad de lo que su hermano le decia; aquí no podemos permanecer, vente con nosotros, Zelim.

—Pero á dónde vamos? preguntó el moro al ver que sus hermanos se dirigian hácia la sierra.

—A un sitio donde combinaremos el plan para presentarnos en el campamento.

—En el campamento?....

—Pues qué, ¿acaso querrias volverte con los infieles? le preguntó Alberto con un acento un tanto severo.

—No; pero...

—Te he dicho que te respondo de Záard, y no he faltado nunca á mi palabra.

—Pues bien, vamos donde querais, dijo Zelim.

Los tres tomaron el camino de las montañas, y tras sus intrincadas sendas, y entre sus espesos bosques, desaparecieron algunos momentos despues.

V.

Los moros empezaban á sentir ese desaliento, hijo de que en las muchas horas que llevaban de combate, no habian tenido mas que bajas; sin haber adelantado nada.

Rechazados de los dos puntos que habian atacado, sus pér-

didas corrian parejas con las de las acciones anteriores, y su desanimacion se iba aumentando considerablemente.

El general Zabala y Ros de Olano, mandando sus respectivos cuerpos, al observar su retirada, empezaron á acosarlos, y como dijo muy bien Cárlos, su retirada la efectuaban hácia la parte donde ellos se encontraban

Su caballería puesta en dispersion por la metralla de nuestros cañones, aumentaba la confusion de nuestros ginetes.

Revueltos todos en el mayor desórden, iban á buscar en sus montañas el refugio contra su derrota.

O'Donnell con su serenidad acostumbrada, sin perder de vista los movimientos de los musulmanes, y aprovechándose de todo, dispuso algunas cargas á la bayoneta, recurso decisivo en todas las luchas que se habian sostenido.

A la carrera cayeron sobre los moros, que aterrorizados convirtieron su retirada en fuga.

Algunos pelotones de ellos quisieron resistir, pero inútilmente los cristianos no cedian ante semejantes obstáculos, y rodeados por todas partes, preferian los sectarios de Mahoma dejarse matar, á ser hechos prisioneros. Muchos se podian haber hecho, pues repetimos que muchos grupos se vieron cortados completamente, pero de todos únicamente no pudo cogerse, y ese tal vez por la debilidad ocasionada por una herida que tenia en la cabeza, y por el velo de sangre que cubria sus ojos.

Nuestros valientes, siempre magnánimos y compasivos con el vencido, lo llevaron al campamento y lo presentaron al general en gefe.

Al principio pedia á los soldados que lo matasen, pues entre ellos corre por muy cierto que los españoles hacen las mismas crueldades con los prisioneros musulmanes, que estos hacen con aquellos.

Pero bien pronto se desengañó.

Recomendado eficazmente por el conde de Lucena en el hospital, se le trató con un cuidado especial, y en su asombrado semblante, se advertia el efecto que aquello le causaba.

Su herida no era de gravedad, y los médicos digeron que dentro de muy pocos dias estaria completamente bien.

En cuanto á O'Donnell, gratificó á los que le habian cogido y los premió, tanto por la buena presa que habian hecho, cuanto por haberles enseñado á los moros la diferencia que habia de ellos, que feroces y salvages, degollaban sin compasion á los prisioneros indefensos, á nosotros que aunque enemigos, los cuidavamos como hermanos. . . . .

. . . .

Retirados ya los musulmanes á sus guaridas, se dió la órden de cesar en su persecucion.

Las tropas que tomaron parte en esta jornada, volvieron á sus sitios despues de ocho horas de combate.

Bizarros como siempre, y como siempre sufridos, resistieron casi todo el dia sin tomar alimento alguno.

Los batallones, cuya emulacion crecia de dia en dia, todos se portaron á cual mejor, y todos recibieron sus merecidas recompensas.

A unos sesenta hombres fuera de combate ascendieron nuestras pérdidas, que aunque poco numerosas, siempre son tristes.

En resumen, los moros contaban con un escarmiento mas, nuestros soldados con una nueva victoria.

CAPITULO XXI.

La noche de Navidad en el campamento.—Accion del dia 25.—La mayor parte de las familias abandonan á Tetuan.—Alberto y Julia.—Sacrificio por amor.—Bombardeo del castillo de la embocadura del rio Martil.—Accion del dia 30.

I.



NA desmoralizacion completa reinaba entre los moros.

Ellos habian sido los que habian provocado á los españoles, y no habian sabido sostener su provocacion.

Todas las acciones que habian empeñado, habian tenido resultados harto funestos para ellos.

Mal asistidos, sin conocimientos para curar sus heridos, y a poca limpieza que tenian, era un gérmen contínuo para las enfermedades que los diezmaban.

Los víveres escaseaban en su campo.

Los castigos que imponia Muley-el-Abbas á los moros despues que volvian de una accion que habian perdido, los acababan de exacerbar.

Pero su fanatismo era mucho mayor que todo eso, y ni las privaciones, ni la peste, ni los castigos, eran capaces de que hicieran la menor demostracion ostensible de su disgusto.

Muy desesperada era su situacion.

Las kabillas estaban diezmadas por los combates anteriores, y los soldados de rey, eran gente mas baldia y menos valiente que los de las montañas.

A pesar de lo que sus santones les decian, no estaban ellos muy conformes con que el profeta consintiera en que murieran tantos, sin haber conseguido que los españoles levantaran su campo.

Estos, al contrario, cada dia estaban mas animosos.

Aun no habian perdido una accion, y las enfermedades que reinaban en el campamento, decrecian cada dia que pasaba.

Mandados por generales y jefes que compartian con ellos sus fatigas, y que no los abrumaban con castigos inmerecidos, los españoles estaban contentos y satisfechos en aquel suelo á que habian llevado la mision mas noble y mas civilizadora del mundo.

Abundando los víveres, la escasez no era manantial de disgustos y penalidades para ellos.

Con una cosa no transigian, y era con permanecer tanto tiempo á la defensiva.

Deseaban tomar la ofensiva para perseguir con mas ardor á los infieles, y añadir nuevos timbres á sus glorias.

El buen estado en que marchaba el camino de Tetuan, hacia presagiar que no tardarian en empezar las operaciones sobre este mismo punto.

II.

Los tres hermanos habian vuelto á penetrar en Raast-el-Seric.

La casa del judio habia vuelto á ser su refugio, y la bella Ester habia contemplado con una alegria infinita el agraciado y espresivo semblante de Cárlos.

Zelim, presentado por Alberto al hebreo, como el tercer hermano, causó una sorpresa inesplicable á este.

Creo que recordarán nuestros lectores que al nombrar Julia á los dos hermanos, en una conversacion que tuvo con su tio, se pudo traslucir que entre este y la familia de Alberto habia pasado algo de terrible.

Sin duda uno de esos dramas que en las sociedades de todos los tiempos y de todos los paises se representan, habia sido ejecutado por la familia del joyero Abraham.

Pero Isaac dominó su impresion y trató á Zelim con el mismo cariño con que habia tratado á Alberto y á Cárlos. . .

. . . .

Alberto y Julia paseaban por el jardin.

En el rostro de ella se notaba una especie de alegría estraña, inmensa.

En el de él, un observador egercitado habria comprendido el sufrimiento y el sacrificio.

—¿Y aun me preguntas de qué nace esta persecucion que te hago? decia Julia.

—Sí, no comprendo un cariño que pueda dar disgustos á la persona por quien se siente.

—Disgustos!... y crees tú que mi ánimo es darte disgustos? cuán poco se conoce que has comprendido mi amor.

—Mira, Julia, hace muchos años que yo te amaba, te ama-

ba con una pasion que jamás creí que pudiera estinguirse. Tú tuviste la culpa, empezaste con celos, celos que me eran altamente ofensivos, te dí esplicaciones y no las creiste, me celaste de un modo harto imprudente, y en vez de aproximarme mas á tí por medios dulces y tiernos, me alejaste con tus injustas sospechas y con tus nécias amenazas.

—Pero para qué recordar aquellos tiempos? interrumpió Julia.

—Para demostrarte que no fuí yo el culpable, como antes has dicho, para demostrarte que era imposible que yo pudiera amar á la mujer que me seguia á todas partes, que en medio de una reunion, en un paseo, en el teatro, siempre la oia amenazarme, y siempre su implacable mirada me perseguia; y proseguia Alberto con un acento en que se revelaba un dolor profundo, y sin embargo, nunca como entonces necesitaba yo una mujer que me amara como tú al principio, por coincidencias estrañas, supe algunos misterios de mi nacimiento, de mis hermanos á ninguno conocia, y buscando consuelo á aquellos dolores de familia, solo me encontraba con tu pupila amenazadora y brillante.

—Y yo te amaba, Alberto, gritó la Judia con un acento que respiraba una pasion infinita.

—Estraño amor! murmuró el poeta.

—Sí, muy estraño; porque aunque yo comprendia que el sistema que habia emprendido no era á propósito para volverte á mi lado, seguia con él y sufria doblemente que tú. Cuánto he sufrido, Alberto mio!... cuántas noches en las profundas soledades de mis habitaciones, han corrido por mis megillas lágrimas muy amargas! Cuántas veces al decir mis lábios una palabra de amenaza, querian ahogarla torrentes de cariño; pero ay! tú no me amabas, y la pobre Julia no tenia mas remedio que sufrir las consecuencias de su ligereza en haberte entregado su amor.

—No lo creas, Julia; como tú has dicho muy bien, equivocastes el medio de atraerme hácia tí; pero dejarte yo de amar, nunca.

—Lo dices de veras? preguntó anhelante Julia.

—Sí, contestó Alberto haciendo un esfuerzo, te he amado y te amo.

Fué tal la espresion de alegria infinita que se reflejó en el rostro de la dama, que el poeta no pudo menos de decirla:

—Con que tanto me amas?

—Y me lo preguntas tú?... tú que debieras haberlo comprendido hace tanto tiempo; habla, Alberto mio, habla, pídeme cuanto quieras, el sacrificio mayor del mundo haria yo para que creyeras en la inmensidad de mi amor.

Alberto no se atrevia aun á decidirse.

Habia querido á Julia con delirio; pero aquellos tiempos habian pasado, y ella misma habia tenido la culpa del desvio del poeta.

Carácter exigente y arrebatado, celosa hasta el estremo, habia irritado á su amante y le habia hecho pensar en otras mujeres, en las que nunca tal vez hubiera pensado.

Y sin embargo, él nunca habia dejado de amarla.

En el fondo de su corazon, conservaba una chispa, por decirlo así, de aquel amor de otros tiempos.

Altivo por naturaleza, no se dejaba dominar de nadie, y Julia queria egercer sobre él una dominacion absoluta.

De esto nació su rompimiento.

Entonces amenazó la dama á su amante, y estas amenazas no produgeron mas cariño, si cierto miedo, pues lo que ella podia decir, comprometeria el nombre de Alberto.

En este estado se paso mucho tiempo.

Pero por fin, Alberto habia encontrado á su tercer hermano, y se habia comprometido á calmar su angustia.

Para esto necesitaba utilizar á Julia.

En los dias que esta habia estado con el poeta en casa de Isaac, su carácter habia cambiado completamente.

No era la altiva señora que imponia miedo á su amante.

Era la mujer tierna y enamorada que á fuerza de sumision de cariño quiere recuperar el corazon que habia perdido.

En semejante disposicion fácil era que el poeta consiguiera lo que deseaba.

El cambio de Julia le habia sorprendido, y podemos decir que agradablemente. Como poeta, tenia un corazon impresionable, y por lo tanto, una casi necesidad absoluta de amar.

Julia, ya hemos dicho que era hermosa.

De pasiones escesivamente ardientes, amaba con la misma fuerza que aborrecia.

Era un tipo digno de un poeta.

Y Alberto tal vez llegára un dia en que pudiera amarla con la misma impetuosidad que en sus primeros años. . . .

. . . .

—Oh! decia Julia envolviéndole, por decirlo así, con su mirada, repíteme que me amas, no sabes cuán sedienta estaba mi alma de oirte semejantes palabras.

—Pues bien, Julia ten el convencimiento de que te amo; pero voy á exigirte un servicio que jamás lo hubiera hecho por mí; pero se trata de mi hermano.

—De Cárlos?... habla.

—No, de Zelim.

—Y qué es? pideme lo que quieras, y yo no tendré mas placer que complacerte.

—Tu que por lo que he observado tienes mucha influencia y muchos conocimientos entre los marroquíes, solamente puedes salvarle de un dolor inmenso.

—Qué es necesario hacer?

—Ama á una mujer con delirio; como se ama en nuestra raza, ella es musulmana y su hermosura ha escitado los deseos del Xeriffe, y su amada está en el harem.

—Y qué quieres? que salga de allí?

—Sí, pero hay mas todavia, el emperador comprendiendo el inmenso cariño que Zelim profesaba á Zaard, le dijo que no abusaria del poder que tenia sobre ella, siempre que él se comprometiera á matar al general O'donnell.

—Y qué ha sucedido? preguntó anhelante Julia.

—Gracias que llegamos á tiempo para impedir que disparára.

—Luego si él no ha cumplido su palabra no conseguirá rescatar á su amada.

—Justamente, eso es lo que deseo de tí; tú, no sé porque misterios estraños, egerces una influencia particular sobre estas gentes, y tú únicamente puedes salvarle de ese dolor que amenaza.

—Algun dia conocerás esos misterios de que me hablas, y quiera el cielo que entonces no me aborrezcas.

Y la voz de Julia tenia un timbre estraordinariamente triste al pronunciar estas últimas palabras.

Albertó sintió tambien una opresion estraña en su pecho, pero se repuso en seguida, y la dijo:

—Aborrecerte!... nunca, Julia.

—Oh! si eso llegára á suceder, no sé lo que seria de mi, pero en fin, hoy me dices que me amas, y te creo, porque necesito creerte; yo te demostraré tambien si mi cariño es cierto, yo salvaré á la amada de tu hermano, y Dios y tu amor creo que me protegerán en mi empresa.

—Pero hay peligro en ella preguntó el poeta.

—No lo sé; cuando esté en Fez ó en Mequinez, podré contestarte.

—Y yo volaré en tu ayuda, si quieres que lo haga dímelo ahora, y no te dejaré marchar sin que al menos vaya yo contigo.

—Nada adelantariamos entonces; dejame á mi sola, y te respondo del éxito.

Y la conversacion siguió girando sobre este terreno, durante algunos momentos.

Mil protestas de amor se cruzaron entre los dos amantes.

Alberto se habia vuelto á ligar con aquella mujer, y quien sabe lo que de ello resultaria.

II.

Volvemos á penetrar en el campamento.

El camino hasta los Castillejos estaba próximo á concluirse.

Las tropas lo anhelaban estraordinariamente porque llegase el momento de poder tomar la ofensiva.

Era imposible haber hecho mas en tan poco tiempo.

Un camino sólido y lo suficientemente capaz para permitir el paso de la artillería y demas material de guerra, era lo que se habia hecho, y esto sosteniendo casi una lucha diaria.

Los ingenieros poderosamente secundados por los presidarios, manejando lo mismo el pico y la azada que el fusil, habian hecho una obra que llenaba completamente los deseos del general en gefe.

Amaneció el dia 22 de Diciembre.

La division del general Prim, protegia como de costumbre los trabajos del camino.

Los moros siguiendo su costumbre se presentaron á hostilizar á nuestros valientes.

Toda ó la mayor parte de su fuerza consistió en este dia en su caballería.

Los infantes eran pocos; pero tan bravos como todos los que se habian presentado en los combates anteriores.

Mandada su caballeria por cuatro *alcaides* que dejaban flotar al viento cuatro banderas rojas, azules, amarillas y encarnadas, se lanzaron con ímpetu sobre nuestros soldados.

El regimiento de lanceros fué el destinado á contenerlos.

Pero al ver los marroquíes las lanzas tendidas y la actitud serena y esforzada de los ginetes, se detuvieron, sin calcular que la goleta *Ceres* que estaba muy cercana á la costa, los habia de abrasar necesariamente con sus disparos.

La infanteria se replegó sobre unos cantos que habia á la

derecha, mientras que la caballeria hacia todo lo posible por protegerlos en la playa.

Pero vanos esfuerzos.

Algunas balas dirijidas con sumo acierto, redugeron las casas á escombros y caballos y ginetes volaron hechos pedazos.

Viendo entonces lo peligroso de la vecindad de la goleta, se replegaron hácia la derecha, cayendo sobre la division Quesada, que formado el cuadro, los recibió con las bayonetas, por en medio de las cuales salia un fuego terrible que diezmaba sus filas.

Los cuatro jefes marroquíes quedaron en el campo.

Llevados de su ciego arrojo, eran los primeros en atacar, y por lo tanto, fueron tambien de los primeros en caer.

Rechazados los infieles de todas partes, deshechos por las granadas y las balas tanto de la goleta como de nuestros soldados, no tardaron en declararse en completa fuga.

Perseguidos durante algunos momentos, indudablemente habrian escapado muy pocos, á no ser por la facilidad con que sus caballos trepan por aquellas montañas que parecen inaccesibles.

Pero á pesar de todo, sus pérdidas fueron considerables, y las nuestras muy escasas, comparadas con las suyas.

Los soldados se portaron como siempre.

Con ese valor indomable que tantos elogios ha merecido de los oficiales estrangeros que están desde nuestro campo observando las operaciones del ejército y los buenos jefes, no dudamos ni un momento del buen resultado de semejante campaña.

III.

El dia 24 de diciembre, presentaba el campamento el espectáculo mas animado que puede darse.

La noche estaba mas despejada que las anteriores, y el dia se habia pasado sin llover.

El general en jefe aumentó la racion de los soldados con carnes en conserva, vino y dos reales por plaza; por manera que en todas las tiendas no se oian mas que carcajadas y cantares.

Noche de recuerdos para cada uno de los que estaban allí, todos procuraban ahogarlos en medio de risas, chistes y algazara.

Las músicas tambien unieron sus armonías, á las infinitas que cruzaban el campo, y entre brindis y canciones, se pasaron las primeras horas.

Mas tarde, el sueño invadió á nuestros valientes, y su despertar habia de ser con los fuegos del enemigo.

En su cándida ignorancia, creyeron los islamitas que lo soldados se habrian embriagado, y por lo tanto, creyeron que seria sumamente fácil vencerlos.

Pobres entes! que aun no habian comprendido que al soldado español, rara vez se le coge desprevenido.

El tercer cuerpo del ejército tuvo la gloria de vencer á los marroquíes, y añadir un nuevo laurel á los ya adquiridos.

Apenas salidas del campo las tropas que iban á efectuar la descubierta diaria, los moros, emboscados durante la noche en las espesas cañadas que besan sus montañas, atacaron el flanco atrincherado de la parte del Este.

Una de las divisiones del cuerpo que manda el general Ros de Olano, acudió inmediatamente á contenerlos.

El brigadier Cervino con su brigada, cargó tambien por la izquierda del enemigo, mientras que la division del general Quesada se dirijió hácia el camino de Tetuan.

Una multitud de moros quisieron impedir este último movimiento.

Entonces los cazadores de Barcelona y algunas compañias del regimiento de Africa, inclinando sus fusiles, se lanzaron á la carrera sobre ellos para darles una de esas magníficas cargas á la bayoneta, que tanto terror infunden á la morisma y que tan perfectamente ejecutan nuestros soldados.

Arrollados los infieles, no tuvieron mas remedio que retro-

ceder, dejando el campo sembrado de cadáveres, entre los que se veian algunos de nuestros valientes á quienes sorprendió la muerte en medio de sus gloriosas hazañas.

Aunque el enemigo trató de llamar la atencion hácia la derecha de nuestra línea, y los reductos que defendia el primer cuerpo, nada pudo adelantar, pues rechazado por nuestra artillería y el valor de nuestros soldados, fué á concentrar todas sus fuerzas en la parte izquierda de nuestra línea, en la que, como ya hemos dicho, estaba en fuego el tercer cuerpo del ejército.

El general en jefe, activo como siempre y atento á los puntos donde habia mayor peligro, se trasladó al mismo punto con una batería de montaña, para reforzar á la division del general Ros.

El enemigo cayó con ímpetu sobre el reducto *Francisco de Asis*; pero recibido por el fuego de las piezas que lo defendian, se revolvió como una serpiente sobre sus múltiples anillos, cayendo otra vez sobre nuestra estrema izquierda haciendo el último esfuerzo por conseguir la victoria.

Pero todo en vano; una vez mas los sectarios del Islam fueron vencidos, y otra vez mas nuestros valientes ciñeron el laurel de la victoria.

El nutrido fuego de la infanteria; las granadas que arrojaban sobre ellos la artillería de á caballo, y las bayonetas de nuestros cazadores no tardaron en declararse en completa dispersion.

Cortados dos ó tres veces algunos pelotones sin querer rendirse, apesar de las ofertas que se les hacian, sembraron el suelo con sus cadáveres.

Nuestras pérdidas ascenderian á unos 70 ú 80 hombres entre los que habia diez y siete ó 18 gefes fuera de combate; pues es menester ver á la brillante oficialidad de nuestros cuerpos en una accion para comprender la desproporcion que se nota en sus bajas respecto á las de las tropas.

Siempre á la cabeza de sus soldados, con su indomable

arrojo y su audacia, son los oficiales por decirlo asi, el primer blanco que se presenta á los moros.

Los mulsumanes tuvieron en este combate multitud de bajas; pues sin órden ni concierto para atacar ni para verificar sus retiradas, en estas especialmente es donde sufren mayores pérdidas.

En resúmen, la accion del dia 25 fué otro hecho de armas, añadido á la brillante série de los que ya cuenta nuestro egército, y una magnífica página mas en la historia del cuerpo que tan dignamente manda el General Ros de Olano.

IV.

Podia decirse que hasta ahora únicamente á nuestro egército de tierra habia cabido la gloria de todas las acciones que se habian dado; pues si bien algunos buques de poco calado protegian siempre nuestros trabajos en el camino de Tetuan y favorecian nuestros movimientos en algunas ocasiones con sus acertados disparos no habia tenido ocasion nuestra escuadra de desplegar por completo sus fuerzas y tomar tambien su parte en esa magnífica epopeya, llamada Guerra de Africa.

Con ansia indecible esperaban nuestros marinos la órden para atacar á los infieles, y con un entusiasmo que rayāba en delirio la recibieron para demoler los fuertes que dominaban la embocadura del rio Martil.

El 28 de Diciembre levó anclas de Algeciras la escuadra de operaciones al mando del General D. Segundo Diaz de Herrera.

El vapor *Vasco Nuñez de Balboa* á la cabeza de la division, dejaba flotar al viento la insignia del Gefe; el navío *Isabel* remolcado por el vapor del mismo nombre y la corbeta *Villa de Bilbao* por el *Santa Isabel*, le seguian á alguna distancia.

Detras seguian el vapor *Colon* y las fragatas de *Helice,*

Princesa de Asturias y *Blanca*, cerrando la línea los vapores *Vulcano* y *Leon*.

Al doblar el *Cabo Negro* el vapor *Vasco Nuñez de Balboa*, puso con lás banderas telegráficas un «Viva la Reina» que fué repetido por todos los buques del mismo modo.

En el momento que los moros vieron desde la atalaya de *Cabo Negro* navegar nuestros buques en sus aguas flotó al viento en las almenas del castillo de la *Ria de Tetuan* el pabellon rojo con la media luna blanca de los marroquies.

Antes de izar al tope el vapor *Nuñez de Balboa* la señal de romper el fuego, puestos los artilleros al lado de las piezas y hecho el zafarrancho de combate, el gefe de la escuadra desde la popa del buque dirijió á la tripulacion estas enérgicas palabras:

—«El egército está derramando noblemente su sangre, vamos nosotros á derramar la nuestra: Soldados y marineros, «Viva la Reina!» Y como complemento de esta palabra, un cañonazo fué la primera señal de romper el fuego contra las posiciones marroquiés.

Una batería rasante en cuya construccion se conoce que no eran los moros solos los que habian tenido parte, contestó á nuestros buques y todos los disparos de ellos se dirijieron hácia este punto.

El vapor y navío *Isabel* 2.ª y las fragatas *Princesa* y *Blanca*, dispararon sus piezas de estribor, siguiendo su camino para dar lugar á que los demás buques hicieran lo mismo.

A la media hora todos los buques de la escuadra estaban en fuego.

Una granada disparada con sumo acierto por uno de los buques, incendió las baterías que acabaron de destruir el *Santa Isabel* y el *Vulcano* y la *Villa de Bilbao*.

El navío y vapor *Isabel* 2.ª dirijian sus fuegos hacia la torre de la ria, cuyas murallas se veian caer en pedazos.

Unicamente la *Princesa de Asturias* recibio un balazo que afortunadamente no causó ninguna desgracia, pues como las baterías marroquies estaban artilladas con piezas de grueso

calibre, y con poco acierto sus artilleros, las balas pasaban y repasaban por entre las jarcias, sin ocasionar graves perdidas.

Apenas apagados los fuegos del castillo y ya casi destruido, al ver que aun tremolaba entre los escombros la enseña musulmana y que en la nave Capitana se izaba la señal de «*alto el fuego*» hubo algunos oficiales que desearon concluir de abatir aquel pabellon.

Entonces el General contestó.

—«Yo no ofendo á un enemigo que no contesta al fuego de mis cañones »

Palabras que revelan el valor, la nobleza y esa hidalguia proverbial en los hijos de la Patria de los Cides y de los Gonzalos.

Los heroes de Lepanto desde su lecho de algas y de conchas no pudieron menos de enorgullecerse al ver que sus descendientes abatian aquella misma media luna, que ellos habian hundido en otros tiempos.

Finalmente; si nuestros soldados se portaban con gloria en las tierras africanas, nuestra armada, en su combate del dia 19, llevó tambien su óbolo á la gran pirámide de las acciones brillantes de la guerra africana.

V.

Casi al mismo tiempo que se verificaba lo que hemos narrado anteriormente, el batallon de cazadores de Vergara, que protegia los trabajos de la compañia de ingenieros, ocupada en el camino de Tetuan, se vió atacado por una fuerza considerable de marroquíes.

El general Ros de Olano, á la primeras noticias que tuvo de esto, puso sobre las armas el cuerpo de su mando, disponiendo que los batallones de la Albuera, Zamora y cazadores de Baza, avanzaran por la derecha mientras que la division de

general Quesada sostuviera á Vergara por el flanco izquierdo.

Los cazadores de Llerena fueron los primeros que reforzaron al citado batallon y no pudieron llegar en mejor momento.

Arrojádose los moros del centro del bosque donde habian estado ocultos, durante algun tiempo, cayeron con ímpetu sobre el batallon de la Albuera, y tanto este como el de Zamora los rechazaron victoriosamente á la bayoneta.

Al mismo tiempo, el brigadier Cervino, á la cabeza del batallon de Baza, dió una de esas admirables cargas que sorprenden tanto á los moros por su velocidad y arrojó, y que arrollándolos por todas partes les hacen huir despavoridos sin darles tiempo para que puedan rehacerse.

Tres veces repitió este mismo batallon sus cargas, pasando en algunas de ellas los límites que se le habian marcado, secundado siempre por los batallones de la Albuera, Zamora, Llerena y Barcelona.

Tanto era el entusiasmo de nuestros soldados, que multitud de veces tuvieron las cornetas que tocar retirada, pues la noche se iba acercando á pasos agigantados, y no era conveniente comprometer la seguridad y la vida de aquellos valientes.

El regimiento de la Reina, Africa y cazadores de Ciudad-Rodrigo, se adelantaron para proteger la retirada de los demás batallones, y combatieron tambien con ese valor y esa firmeza característicos de los españoles.

Un número considerable de moros, formando tres líneas sumamente estensas, empezó á efectuar su retirada hácia la parte de Tetuan, perseguido sin cesar por nuestras tropas, y al cerrar la noche, habian desaparecido todos.

Una particularidad se observó en la accion de este dia, y es que la mayor parte de los proyectiles que usaron los moros, eran huecos lo que prueba que su armamento era europeo, facilitado sin duda por esos *buenos amigos*, á quienes tantas atenciones debemos y especialmente en las presentes circunstancias.

El general Ros con sus acertadas disposiciones, durante el combate, se hizo acrehedor, á los elogios del general.

Las tropas, con ese espíritu entusiasta, decidido y animoso

como siempre, hicieron retroceder á la morisma y los soldados que caian heridos, ya que no podian volver al combate animaban á sus compañeros con sus voces y sus vivas á la Reina y á la patria.

VI.

Tantas pérdidas sucesivas tenian completamente desalentados á los moros.

Reunido el ejército de Muley-el-Abbas, si bien algunos cuerpos de él habian tomado parte en las luchas anteriores el grueso de él no se habia atrevido á hacerlo y permanecia acampado en las llanuras de Tetuan.

En vano la reputacion de los santones trataba de escitar el fanatismo de los musulmanes.

En vano los alcaides y demas jefes procuraban inspirarles entusiasmo y ardor.

Habian sufrido continuas derrotas; habian visto sucumbir infinitos de sus compañeros y á mas de esto, se encontraban faltos de víveres, tratados brutalmente por sus mismos gefes, y todas estas razones contribuian poderosamente para su completa desmoralizacion.

Tropas tomadas á sueldo, acostumbradas si se quiere á una vida de molicie y abandono. Tenian mas necesidades, mas exigencias que los guerreros de las kabilas y en lo general no tenian el indomable valor y la pujante audacia de estos.

Sin embargo, puestos ya en lucha y comprendiendo que los movimientos de los cristianos indudablemente iban á efectuarse sobre Tetuan, se decidieron á una resistencia terrible.

Hicieron evacuar la poblacion, á las mujeres, los niños y los ancianos, no quedando en ella mas que los hombres aptos para defenderse hasta el último trance.

Ellos contaban con las condiciones de su poblacion cuyas calles estrechas y tortuosas y cuyas casas sin ventanas mas

que unas pequeñas aberturas que parecen aspilleras les daban una ventaja inmensa sobre nuestros soldados que necesariamente habian de pelear á pecho descubierto.

Ademas Muley-el-Abbas, habia pensado no entablar lucha alguna formal con los cristianos y á la aproximacion de estos refugiarse dentro de la plaza y disputar palmo á palmo el terreno haciendo de cada casa una fortaleza.

Pero sin duda el hermano del Xeriff marroquí no habia contado con los proyectiles de destruccion con que cuenta nuestro egército, proyectiles que sin una grande esposicion de nuestras tropas, pueden reducir á escombros la ciudad, obligándoles mal de su grado á abandonarla y á ser derrotados otra vez en medio de las llanuras.

Cuando este caso llegue, veremos la conducta que observan los musulmanes, y desde luego podemos asegurar que otra nueva victoria ceñirá las frentes de nuestros bravos.



Excmo. Sr. D. Juan Prim, Conde de Reus.

CAPÍTULO XXII.

Accion del dia 30.—Batalla del dia 1.° de Enero de 1860—Episodios de esta—Tetuan y Tanger—Furiosos temporales que afligieron á nuestros soldados—Pasó del monte Negron—Pequeñas escaramuzas del dia 7 y 10.

I.



emos dicho ya y volvemos á repetirlo, que en la guerra de Africa, casi no se ha pasado un dia sin que nuestras armas se hayan medido con las musulmanas.

Tras de la accion del dia 29, la del 30 fué una nueva victoria conseguida por el tercer cuerpo del egército al mando del General Ros de Olano.

De poca duracion, tambien fué poca nuestra pérdida.

Se observaba que los moros no peleaban ya con tanto empeño, con una audacia tan infinita como al principio,

Y nada mas natural:

Interin las kabilas se habian batido, lo habian hecho á la desesperada, teniendo en su abono sus breñas, sus hábitos montaraces, y su misma ignorancia.

Pero las tropas regulares, un tanto mas civilizadas, con otras costumbres, y sin mas medios para contrarrestar nuestro poder que en superioridad numérica, no era posible que se presentáran con un valor tan ciego como el de los de las tribus vecinas.

Y no se crea por esto que nosotros queremos decir que eran cobardes.

Volvemos á repetir lo mismo que dejamos espuesto en nuestros capítulos anteriores, si los moros hubieran contado con los medios de defensa que la civilizacion ha dado á la moderna Europa, hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, el haber penetrado en su territorio.

Si á su valor personal hubieran unido otro valor puramente material, nacido de la posesion de otros medios de ataque y defensa, nuestros pasos por el suelo marroquí, hubieran sido harto costosos, y ningun resultado habríamos conseguido.

Demos gracias á Dios, lo mismo que pueden darlas los franceses, de que la ignorancia y el fanatismo de los islamitas, no haya dejado entrar en su imperio los adelantos del siglo, pues esto á ellos les facilitó sus conquistas, y á nosotros nuestra marcha triunfal hasta ahora por su territorio.

. . . .

Los deseos de los soldados españoles iban muy pronto á quedar satisfechos.

Aquella ofensiva tan anhelada, aquel levantar el campamento esperado con tanto afan, ya estaba resuelto.

Concluido el camino, la artillería y material de guerra podian seguir la marcha del egército, y nada habia que se opusiera por lo tanto, á avanzar contra los marroquiés.

El 2.° y el 4.° cuerpo del egército racionados por seis dias, demostraban bien claro que ellos eran los destinados á efectuar el primer movimiento.

Solo se esperaba que el tiempo mejorase, y verificado esto, el dia de Año Nuevo, queriendo solemnizar cumplidamente la entrada del año 60, dispuso el general en gefe que el cuerpo de reserva y el que manda tan dignamente el general Zabala, dirigiesen su marcha sobre los Castillejos.

Al conde de Reus con su division y dos escuadrones de Húsares y dos baterías, se le dió el encargo de tomar posiciones y facilitar el paso de la artillería rodada, echar un puente sobre la embocadura del mar, siguiéndole el cuartel general, cerrando la marcha el 2.° cuerpo del egército.

Casi al mismo tiempo que estas divisiones se ponian en marcha, los moros amagaron un ataque hácia nuestras posiciones del Serrallo en las que quedaban las divisiones de los generales Echagüe y Ros de Olano; mas como estos bastaban para defender aquellas, el conde de Lucena, confiando en el esfuerzo y bravura de los soldados encargados para defenderla, y en la pericia y acierto de los Generales que los mandaban, no hizo alto en ello y prosiguió su marcha hácia el punto que dejamos indicado.

Por lo demas, la idea de los moros fué sin duda la de llamar la atencion por aquel punto, corriéndose despues para cargar á las grandes avanzadas del general Prim.

Este se dirigió y se posesionó de los cerros que por la parte de la costa dominan á los Castillejos sin obtener mas resistencia que los disparos que desde un cerro inmediato les hacian algunos moros, sostenido por grupos mas considerables, que se apoyaban en la casa del Marabut.

Entonces algunos batallones del 2.° cuerpo, á las órdenes del brigadier Serrano, apoyados por una batería de montaña, se dirigieron á una posicion que flanqueaba el bosque, en el cual se apoyaban los enemigos, mientras que el conde de Reus, recibia la órden de tomar á viva fuerza la citada casa del Marabut.

Verificados estos dos movimientos con el resultado mas satisfactorio, nuestras guerrillas, favorecidas por las tripulaciones de los buques, que á las órdenes del capitan de Fragata

don Miguel Lobo, saltando á tierra, se unieron á ellas los gritos de « Viva la Reina » « Viva la marina » y « Viva el egército » Concluyeron de limpiar el valle de sectarios del Islam.

Todo se creia ya terminado y el general Prim descansaba, si descanso puede llamarse á estar algunos momentos sin combatir, cuando replegándose los moros á unas alturas distantes menos de un tiro de fusil de nuestras tropas fueron aumentándose considerablemente, con refuerzos que les llegaban por la parte de Anghera, obligando á nuestras tropas á tomar una aptitud enérgica, haciéndoles que abandonáran aquel sitio desde el cual las estaban hostilizando.

Tal debió comprenderlo tambien el General en gefe, cuando dispuso que dos batallones del regimiento de Córdoba á las órdenes del brigadier Angulo, fuesen á proteger los movimientos y las disposiciones que diera el general Prim.

Los batallones de Vergara, Príncipe, Luchana, Cuenca, y los ingenieros y la artillería, ayudada por aquellos dos, cargando con una impetuosidad superior á cuanto se pueda decir, los desalojaron de aquellas posiciones.

Entre tanto, en la parte del valle, los bravos escuadrones de Húsares se cubrian de una gloria inmarcesible, cuyo floron mas brillante fué la presa que el cabo Pedro Mur hizo de un estandarte de las tropas marroquíes.

Lanzándose con impetuosidad sobre las apiñadas filas de los infieles, atropellando cuanto á su paso se oponia, salvaron la balla que aquellos les presentaban y penetraron en su campamento.

Muchos valientes, en este glorioso hecho de armas se encontraron con la muerte; pero ¿qué les importaba á ellos, si dejaban bien puesto el honor de su patria?

Repuestos los moros de la sorpresa que les causó la audacia de nuestros ginetes, empezaron á rehacerse, y tuvieron que retirarse despues de haberles dado las cargas mas brillantes, que se pueden dar, trayéndose como trofeo la enseña musulmana.

Entretanto las posiciones ganadas por los soldados al man-

do del conde de Reus permanecian en nuestro poder habiendo este dado la órden á los soldados del regimiento de Córdoba que dejaran las mochilas para estar mas desahogados.

Debemos de notar aquí el gran golpe de vista característico al conde de Lucena, que habiendo sido advertido por el general Prim de que era fácil apoderarse de todo el campo enemigo, se trasladó inmediatamente al sitio donde estaba el conde de Reus y abarcando de una ojeada toda la situacion comprendió que era imposible; pues establecido el campamento en el fondo de un valle, desde los cerros inmediatos, habian de ser diezmados los que quisieran apoderarse de él.

Esa sagacidod; ese buen golpe de vista repetimos; esa serenidad en los combates y esa direccion son dotes que no cesaremos de alabar en el conde de Lucena.

II.

Rehechos los moros y considerablemente reforzados, dando alaridos de una espresion estraña, y agitando furiosamente sus armas se lanzaron con impetuosidad sobre los soldados que custodiaban las posiciones regadas con su sangre y que sorprendidos por aquel empuje irresistible retrocedieron en completo desórden.

¡Terrible fué aquel momento!

Por la primera vez, los soldados españoles, no retrocedian, porque estos jamás vuelven la espalda al enemigo, pero sí perdian el terreno que con tantos afanes habian ganado.

En su confuso desórden, llegaron hasta donde estaban las mochilas que habian dejado momentos antes y perdiendo el terreno palmo á palmo, era lo mas probable por no decir lo mas cierto, que cayeran aquellas en poder del enemigo, pues era imposible que pudieran detenerse á recogerlas.

Todo esto fué tan rápido que el general Prim no pudo evitarlo y en aquel instante supremo al comprender las fatales

consecuencias que podria tener el dejar á los enemigos dueños de aquellas posiciones y al mismo tiempo lo deshonroso que á él le seria tenerlas que abandonar, agarrando la bandera del regimiento de Córdoba se dirigió á sus soldados y con esa elocuencia arrebatadora y sencilla al par, que comprende el soldado perfectamente les dijo:

—Soldados: vuestra honra está en vuestras mochilas, si las dejais en poder del enemigo ¿cómo os presentareis á vuestros compañeros; adelante, hijos mios; salvad vuestras mochilas y ¡Viva la Reina.

Y contestado aquel viva con un entusiasmo indecible los soldados del Príncipe, de Vergara y de Córdoba se confunden con la morisma sin que en el estado en que se encontraban pudieran hacer uso de las armas de fuego.

Bayonetas y espingardas, sables y yátaganes, yacian confundidos en aquel inmenso mar de blancura esmaltado á trechos por algunas manchas parduscas formadas por los ponchos de nuestros soldados.

De vez en cuando se exalaba del medio de aquella algarabia de imprecaciones juramentos y gemidos un sonoro «viva la Reina» que era ahogado inmediatamente por aquellas mil voces que en todos los tonos posibles y en todas las formas imaginables gritaban «Allah» Allah» «Allah» y que para desahogar su rabia, llamaban perros á los cristianos.

Esos combates parciales; esas luchas cuerpo á cuerpo, en que el arma incapaz de espresar ó de desahogar la rábia de ambos combatientes, es arrojada al suelo mientras que aquellos entre lanzándose quieren tragarse cada uno el aliento del contrario, y cuando rendidos, jadeantes, medio sofocados casi caen al suelo, tienden la trémula mano para recoger aquella misma arma que tiraron antes y darse reciprocamente el último golpe de gracia.

Tal era el cuadro general que presentaba en aquellos instantes el campo de batalla: brazos nervudos y musculosos que oprimian cinturas no menos fuertes; ojos que espresaban un ódio indefinible; lábios que se contraian de cólera y de furor



—«SOLDADOS: VUESTRA HONRA ESTÁ EN VUESTRAS MOCHILAS, ...

narices que aspiraban con un ansia infinita el olor de la pólvora y de la sangre.

Y en medio de aquel cuadro de tan horrorosa carnicería se destacaba una de las figuras mas colosales de la guerra de Africa; el conde de Reus que tremolando la régia insignia de San Fernando, atravesado su uniforme de balazos, adelantando terreno siempre y animando á sus tropas, luchando contra cien contrarios, tenia algo de fantástico, y mucho de los héroes de la edad media, cuyas hazañas hemos creido hasta cierto punto fabulosas.

Por fin, una parte de la division del general Zabala que llegó muy oportunamente á ausiliar á Prim, decidieron la retirada de los moros á la que tambien contribuyó el general en gefe, que viendo el compromiso en que aquel se hallaba, se puso á la cabeza de los cazadores de la Princesa, y seguido del general D. Enrique O' Donell con los de Navarra y Chiclana, cargaron tambien sobre el enemigo que huyó á refugiarse entre los bosques y breñales, y que guarecidos en ellos, no cesaron de molestar á nuestros bravos, hasta que al cerrar la noche, siguiendo su costumbre, suspendieron sus hostilidades.

La bandera del regimiento de Córdoba volvió á ondear en aquellas posiciones tres veces tomadas, y el laurel de la victoria ornó una vez mas las sienes de los españoles.

La batalla del dia primero auguraba una série de triunfos mas grandes, mas inmarcesibles, mas imperecederos que los conseguidos en el año anterior.

Luchando contra fuerzas superiores, de tanta duracion el combate, y en un terreno completamente desconocido, ni el ardor ni la audacia, ni la valentía de nuestros soldados decayó en lo mas mínimo en tan gloriosa jornada.

La primera batalla formal que se habia dado en el suelo marroquí, fué coronada con el éxito mas lisongero.

Las tres armas lucharon reunidas y las buenas combinaciones que sus gefes les dieron, contribuyeron al buen resultado.

En 700 bajas se graduaron las que el egército tuvo y aquellos valientes hallarian en premio de sus proezas, esa gloria que Dios

guarda para el bravo soldado que muere defendiendo su religion y su patria.

El número de infieles que quedó en el campo y el mucho mayor que retiraron, demostraron bien claro que conforme cada español habia tenido un número triplicado con quien pelear, en esa misma proporcion les habian causado las bajas.

Hechos de prisa, y corriendo, por los ingenieros algunos atrincheramientos, la division del conde de Reus pasó la noche al abrigo de ellos en aquel sitio que habian disputado palmo á palmo.

El segundo cuerpo del egército se volvió á su campo y al amanecer del inmediato dia, los musulmanes habian levantado el suyo.

La accion del valle de los Castillejos, bajo cualquier punto de vista que se la mirase, era altamente beneficiosa para nosotros.

Como muestra de poder y de valor, grande y muy grande la habian recibido los infieles.

Como ventajas sanitarias para nuestro egército las tenia inmensas; pues la variacion de sitios habia de influir benignamente en la salud de nuestras tropas.

Y atendiendo al sistema de pelear de los moros, perdian muchísimas de sus ventajas; pues saliendo de las asperezas y quebraduras en que hasta entonces se habia combatido, se les quitaba muchas de las ventajas que anteriormente habian favorecido sus ataques.

En resúmen; la accion del dia 1.° habia de tener consecuencias de mucha trascendencia para nuestros futuros adelantos en el suelo marroquí.

Mandadas las tropas marroquíes por el hermano del Emperador Muley-el Abbas, demostró bien claro que ni sus conocimientos militares, ni sus sistemas de batalla, eran capaces de contrarestar el esfuerzo de nuestros soldados y la pericia de nuestros generales.

III.

Puesto en marcha nuestro campo en la mañana del dia 6 contra lo que se podia esperar, se atravesaron las faldas del monte Negron.

Indudablemente el paso mas difícil de toda la campaña ha sido este; pues las asperezas del terreno, asperezas que con gran ventaja podian proteger los fuegos del enemigo, é impedir el paso de nuestras tropas, habian preocupado á nuestros valientes y todos esperaban haber encontrado mas resistencia.

Pero por fortuna no se realizaron las fundadas esperanzas de una accion en tan difícil y peligroso paso, y el campamento fué á situarse á las márgenes del rio Zamir seguido del campamento africano que fué á establecerse á nuestra derecha á una legua y media de distancia.

El Dios de los mares que hasta entonces habia permitido que nuestra escuadra favoreciese nuestros movimientos y condujesen las provisiones para el egército, tuvo por conveniente negarnos su apoyo, y en la mañana del dia 7 un *Levante* furioso hizo alejarse los buques de aquellas costas y acreciendo su furia la tempestad, se embravecieron las olas, y la situacion de nuestras tropas se hizo bastante crítica.

Sin poder abandonar las posiciones que ocupaban; cortadas las comunicaciones por mar; faltos de víveres; en un pais enemigo y castigados completamente por la inclemencia del tiempo, hubieran desmayado nuestros bravos si el sentimiento patrio que los dominaba, no los hubiera hecho sobreponerse á todas aquellas penalidades.

Continuando el temporal y sin esperanza alguna de socorro por la parte del mar; el general en gefe no quiso prolongar por mas tiempo la situacion angustiosa de sus tropas; dispuso que el

dia 10 el general Prim con algunos batallones se dirigiese á Ceuta por tierra con el obgeto de traerse un fuerte convoy de víveres.

Pero felizmente al mediar aquel dia, empezó á menguar su furia el mar, permitiendo la salida de Ceuta á algunos buques que condugeron provisiones al campamento y que hicieron ya innecesaria la marcha del conde de Reus á Ceuta.

Ya empezaban nuestros soldados á saborear los frescos comestibles cuando á los moros se les ocurrió presentarse en accion.

Tanto á esta como á la del dia 6 les hemos dado el nombre de escaramuzas, porque despues de la accion del dia 1.° esto nos ha parecido insignificante.

Desde las dos de la tarde hasta el anochecer duró el combate, y aunque no del todo mal dirigidos los moros, y apesar de sus estensas y bien combinadas líneas de ataque, los certeros disparos de nuestra artillería, unidos á las brillantes cargas dadas por la segunda division del segundo cuerpo que fué el que únicamente entró en fuego, hicieron volver las espaldas á los moros y abandonarnos una vez mas, el terreno que nos querian disputar.

No podemos menos de elogiar en esta accion el brillante comportamiento de una compañía del regimiento de Saboya, que con su capitan al frente á los vivas entusiastas de su reina y de su patria, se lanzó á la bayoneta sobre fuerzas considerables, arrastrando ante sí en su furioso empuje, á los sectarios del Islam que se habian quedado asombrados de tanta audacia.

Nada podemos añadir á lo que llevamos dicho respecto á nuestros soldados.

Si egército sufrido, valiente y resignado hay en el mundo, es indudablemente el egército español.

Es menester verlo luchando contra los hombres y contra la naturaleza, y sin embargo sin decaer un momento su ánimo y sin que flaquee un instante su valor.

Nada podemos tampoco decir del conde de Lucena; cuantas cualidades constituyen un buen militar, las reune el general O' Donnell.

Multiplicándose en todas partes; siempre en los sitios de mas peligro, comparte las fatigas con el soldado y reasume en sí los cuidados, las atenciones y la grave responsabilidad del general en gefe.

IV

Fijos los ojos de toda la nacion sobre Tetuan, llave ó centro por decirlo así de nuestras operaciones en Africa no queremos privar á nuestros lectores de la descripcion tanto de este punto como de Tanger, segun los datos que al efecto hemos recogido, datos confirmados por personas que han residido en estas poblaciones y que creemos serán leidos con gusto en las actuales circunstancias.

A mas de ocho leguas de Ceuta en la pendiente de dos colinas y separando la costa del Riff del pais de Harb se encuentra Tetuan ó *Tetaven* como la llaman los naturales, ó *Teteguin* como la denominan los amazirgas.

Sobre una de las colinas dominando la ciudad y como protegiéndola se alza uno de esos castillos de construccion arábiga antigua de robustas torres cuadradas y de altas almenas.

Esta es la residencia del bajá ó gobernador.

Medianamente artillado es el único sitio que puede ofrecer alguna resistencia.

La ciudad está encerrada en un circulo de murallas que si bien de alguna altura son de poco espesor y de trecho en trecho las defienden algunas torres artilladas.

Besando los pies de Tetuan se estiende una vega deliciosa esmaltada de trecho en trecho por lindas casas de campo que se destacan del verde del valle como las blancas gabiotas del verde oscuro del mar.

Los naranjos, los limoneros, los jazmines, las rosas, las madreselvas y el thym de Egipto llevan sus perfumados olores al interior de la poblacion donde las hermosas Tetuanesas, muelle-

mente reclinadas sobre los cogines de damasco, aspiran voluptuosamente estos aromas en las caladas habitaciones del harem entre el susurro de los saltadores de agua y al arrullo de los ruiseñores encerrados en las jaulas de oro.

Desagradable, como lo son en general todas las ciudades del *Mogreb*, su interior con sus calles estrechas y sucias, sus casas mal construidas, con los arcos que corren de una acera á otra, ofrece un aspecto triste y hasta repugnante.

Su poblacion se hace subir á 60,000 almas entre moros, judíos y negros.

Rica por el gran comercio que de pieles, cueros, cera, cebada y lanas, sostiene con la mayor parte de las potencias del Medio-dia hay grandes capitales encerrados en lo mas profundo de las arcas de algunos judíos y de muchos moros.

El *Milah* ó barrio de los judíos está como en casi todo el imperio separado de la poblacion y rodeado de una alta cerca, tiene sus puertas que cierran de noche para evitar todo trato con los musulmanes.

El rio *Martil* que desemboca en el mar es por donde hacen su comercio; en la embocadura de él tienen algunos establecimientos comerciales y este mismo puerto está defendido por el castillo y baterías que los fuegos de nuestra escuadra destruyeron el 29 de Diciembre.

A tres millas de este punto se alza la poblacion la que se encuentra dominada por algunos cerros que ofrecen muy buenas condiciones estratéjicas para cuando nuestras tropas lleguen á este sitio.

Muchas de las calles se encuentran del todo cubiertas como sucede en Tanger y en otras ciudades marroquies, siendo tan escasa la luz que penetra en estas galerías, que á veces no se perciben los objetos que hay en las tiendecillas de que á manera de nichos se encuentran esmaltados los costados de la calle.

V

Con corta diferencia Tanger se parece muchísimo á Tetuan; del mismo modo que generalmente se parecen entre sí todas las poblaciones del imperio.

Rodeada de robustas y bien artilladas murallas, es indudablemente el puerto mejor defendido de los marroquies, defensa que se ha aumentado considerablemente despues de la salida de dicho punto del Sr. Blanco del Valle.

Dos estensas baterías denominadas *Tojana* y la *Marina* la defienden por la parte del mar, y piezas de grueso calibre esmaltan á trechos toda su estensa línea de fortificacion.

Altos minaretes en los que rara vez se vé ya el buen gusto de la arquitectura árabe, denotan las mezquitas, cuya entrada, vedada á los cristianos, solo está permitida á los musulmanes cuando el *Molak* colocándose en una de las ventanas de la torre, llama á los buenos creyentes á la oracion.

En la playa se alza un miserable edificio al que pomposamente denominan con el nombre de arsenal y una especie de aduana y capitanía del puerto, edificios los tres que mas bien parecen miserables casucas de cualquiera de nuestras aldeas, que edificios públicos del gobierno de S. M. Xerifiana.

Los siguientes detalles sobre el interior de Tanger, darán á nuestros lectores una idea de esta poblacion, donde se han reunido todos los cónsules de las potencias europeas, y que por esta misma razon debia ser el emporio, por decirlo así, de la cultura y civilizacion marroquí.

«La *alcaiceria*, calle en que se halla la casa del cónsul español, es la mejor y puede decirse la única, porque las demás son callejones sumamente estrechos, tortuosos y desaseados. En dicha calle se hallan las tiendas, que mas bien pueden lla-

marse alacenas, á una vara del piso y en que dificilmente pueden trabajar dos hombres: allí aparecen los mercaderes como embutidos en sus mercancías, que consisten en los efectos del pais, y en algunos géneros de algodon y paños ingleses. En iguales tiendas trabajan los artesanos de babuchas, talabarteros, herreros, etc.

«Se sale despues por otras puertas no menos mezquinas al *Saco* ó mercado, que propiamente hablando no es mas que una *era*, sin arreglo alguno, junto á las viejas murallas ruinosas ya en muchas partes.»

«No hay en las casas balcones ni ventanas y si solo estrechas aspilleras, que apenas permiten ver desde dentro, sin ser vistos desde fuera, de modo que parece comunicarse siempre por entre altas cercas ó tapias de conventos de monjas.»

«La *Alcazaba*, castillo á donde se sube desde el pueblo, á pesar de su altura no proporcionada, descubre á la simple vista una gran estension de terreno. Dicho castillo se compone de aquellos salones angostos y prolongados, de aquel laberinto de piezas poco ventiladas, de aquellos zaquizamis, torreones, y demas que notamos en los castillos, que nos dejaron los moros, y que muchos pueblos de España conservan aun en mejor estado quizás, que el en que se halla la *Alcazaba* de Tánger.

«A corto trecho de esta divísase un pequeño edificio circular cubierto con una cúpula y unido á otro cuadrado. Todo muy blanco, viéndose allí flamear constantemente una bandera tambien blanca: otros edificios aunque mas mezquinos, y á veces simples paredones, teniendo por hastil una caña y por bandera un trapo, se descubren diseminados sin órden hácia todas direcciones en la campaña. Todos estos edificios son sepulcros de *Santones*, que son para los moros objeto de grande veneracion y respeto.»

«Mas cerca del pueblo se halla un edificio que sirve de almacen de pólvora, con la cual parece que tienen muy pocas precauciones, pues un moro viejo constituye toda su guardia.»

«La casa del cónsul español pertenece al patrimonio real de España, y se cree ser la única de los consulares que no per-

tenece al gobierno marroquí. Al lado está una pequeña casa hospicio, que era de religiosos franciscanos, en cuya capillita, bastante aseada, tienen tribuna España y Portugal.»

«El aspecto interior de tristeza que presenta Tanger, y el profundo silencio que reina en sus calles y plazas, afectan vivísimamente al viajero acostumbrado á otra sociedad y á otras ciudades.»

Concluiremos la descripcion de Tanger copiando algunas de las palabras que respecto á esta poblacion dice el señor Rotondo en la historia de Africa, y con cuya última idea estamos muy conformes en un todo.

»Colocada Tanger en el punto mas angosto del Estrecho, llegó á ser el albergue mas temido de corsarios marroquíes, que desde allí apresaban cuantos buques pequeños atravesaban ambos mares. Pero desde 1817 Tanger es un puerto de poca importancia: los escombros del muelle y parapetos que los ingleses hicieron volar antes de abandonarla en 1764, han abarrancado su rada de tal suerte, que los navíos de gran porte no pueden anclar sino hácia la punta del Este.» *La importancia de Tanger consiste en su porvenir y acaso la presente cuestion entre España y Marruecos la imprima un nuevo giro y toda la valía de que disfrutó en tiempos antiguos, porque su posicion la convida á gozar de igual prepotencia que Ceuta.*

CAPITULO XXIII.

Nuevos personages.—Recordamos al lector algunos de sus antiguos conocidos.—Se empieza el camino para Tánger.—Prisioneros moros.—Acciones del 12 y 14.—Se toman los fuertes de la ria de Tetuan.—El ejército se establece y se fortifica frente á la plaza.—El estado sanitario mejora considerablemente.—Combate del dia 23.

I.

Concluido el paso del Monte Negron, sin las dificultades que por parte de los moros se esperaban, el campamento se estableció en las riberas del rio Zam-mir, tanto para reponerse de las fatigas pasadas, cuanto para racionarse y municionarse para seguir adelante.

. . . .

Antonio era un jóven casi un niño que con infinitos trabajos habia sido educado por su pobre madre, viuda de un anciano y honrado militar de la guerra de la independencia, y que cos-

teada su mansion en el colegio militar de Toledo por S. M. la Reina, habia pasado de subteniente al regimiento de Córdova.

Era la única esperanza, el solo sosten de su madre y de su hermana, que atenidas á la corta viudedad de la primera, no tenian casi para cubrir sus primeras necesidades.

Digno hijo de un padre pundonoroso y valiente, habia recibido la órden de marchar á Africa, con esa alegría de todo buen español que va á pelear por su patria y por su religion, y con la esperanza secreta de ascender, para socorrer doblemente á su familia.

Educado en la desgracia, aquella alma ardiente, se habia obligado á plegarse en sí misma por el rudo combate de los dolores, y de su precaria situacion.

Apenas tuvo la facultad de pensar, tuvo tambien la necesidad sentir.

Niño aun, el pesar le hizo hombre, y sin olvidar jamás su situacion, trabajó ardientemente por adelantar en su carrera y ofrecer á su pobre madre un pasar mas sosegado y mas tranquilo en sus últimos dias.

En el cuarto principal vivia un opulento banquero dueño de toda la casa así como de otras muchas.

D. Pedro de Céspedes, tenia una hija única.

El banquero era la personificacion exacta de la materia apegada á los intereses, y despreciadora implacable de los goces purísimos del alma.

Angela, que así se llamaba su hija, era un ángel.

Aborrecia los intereses porque no siempre veia en ellos la felicidad.

Para el padre era un crímen el ser pobre; no comprendia como en el mundo hubiera personas tan estúpidas, que carecieran de riquezas.

Para la hija el ser pobre con honra, era una doble virtud.

El banquero cerraba siempre sus puertas al pobre que á ellas se acercaba.

Angela en cambio siempre tendía su mano bienhechora á la miseria y á la desgracia.

La familia de Antonio hacia muchos años que vivia en la casa, y al par que esta habia crecido, la hija del banquero habia seguido todos los pasos de la infancia y de la adolescencia.

La hermana del subteniente tenia dos años mas que este, y como el único patrimonio de los pobres está en su trabajo, Luisa, desde muy niña, se habia dedicado con afan á aprender una infinidad de labores propias de su sexo, y mas tarde con su habilidad aumentaba los recursos, con que contaban para su subsistencia.

Muchas veces se habian encontrado en la escalera los niños; Angela que venia del parterre en una carretela herméticamente cerrada y cubierta de pieles, y Antonio con el rostro amoratado por el frio y mal envuelto con una chaquetilla, hija de una antigua levita de su padre que tornaba de la escuela pia, donde siempre al frente de sus compañeros era el mas adelantado en todas las clases.

Antonio contemplaba con tristeza pero sin envidia el suntuoso tren de la niña del cuarto principal.

Con tristeza decimos porque entonces comparaba con aquella su situacion precaria, y sufria por su madre y por su hermana.

Angela miraba con interés á Antonio y se compadecia de aquellas manecitas agrietadas por el frio y de aquel rostro en el que se veian apesar de la niñez, estampadas las huellas del dolor.

Antonio la saludaba con respeto pero sin encogimiento.

Angela pagaba aquel saludo con una sonrisa dulce y con palabras mas dulces todavía.

Y así pasaron los años.

Y aquella simpatía, nacida en el corazon de los niños, creció con la edad.

La hermana de Antonio era modista; es decir, la modista que vestia á todas las elegantes de la alta sociedad madrileña, daba generalmente los trages á Luisa para que los cosiera.

Angela, si de niña era preciosa, al desarrollarse su naturaleza, al atravesar el pórtico de la juventud, se habia hecho sublimemente encantadora.

Antonio habia ingresado en el colegio de cadetes; pero aquel recuerdo del niño, aquella simpatía nacida en los primeros años, como antes hemos dicho no se habia borrado de su corazon y su pensamiento recordaba mas de una vez al futuro militar.

Una doncella de Angela le habló de la habilidad de Luisa y la hija aprovechó aquella ocasion para entrar en relaciones con aquella familia, que aunque jamas la habia tratado, la habia apreciado siempre.

Luisa y Angela se vieron:

Luisa era la personificacion exacta del dolor triste y resignado.

Angela era la copia del Angel enviado por Dios á la tierra para derramar siempre una palabra de consuelo en el oido de los que sufren que cual gota de un bálsamo suave por conductos misteriosos, va á refrescar los labios ardientes de las heridas del alma.

Despues de esto creemos escusado decir que aquellas dos almas se comprendieron; que la simpatía hácia el hermano, se convirtió en cariño por la hermana, y que mas que modista y señora, fueron dos amigas.

Todos los momentos que la hija de Céspedes podia robar á los teatros, á las *soirées* y á las diversiones á que la posicion de su padre la obligaba á asistir, los consagraba á la familia del sotabanco.

Allí tuvo ocasion de tratar mas de cerca á Antonio cuando las vacaciones le permitian venir á pasar algunos dias con su madre.

Ya hemos dicho que el hijo de la viuda habia sido hombre antes de tiempo y hombre educado en la desgracia; es decir dotado de ese tacto esquisito de esa segunda vista si se nos permite esplicarnos así, para comprender todo lo de noble y bueno que se agita en medio de esa sociedad en que el cieno está empañando constantemente la pureza del armiño.

Alma entusiasta, circunscrita á un círculo demasiado mezquino, amargada siempre por los dolores, necesitaba alguna es-

pansion, habia un vacío en ella que no llenaba las afecciones de la familia.

Al principio veia á Angela que le hablaba sin encogimiento, y no se sentia cortado al lado de ella.

Despues se turbaba si la veia, se sonrojaba al dirigirla la palabra, y su labio no acertaba á pronunciar las mismas frases que pronunciaba en otros tiempos.

Queria huir de ella, y una fuerza misteriosa no le dejaba hacerlo.

Por fin, al cabo de muchas luchas despues de interrogar repetidas veces á su corazon, comprendió que estaba enamorado.

¡Enamorado él! Y nada menos que de la hija de uno de los mas opulentos capitalistas de la córte; es decir, enamorado de un sueño que nunca se habia de realizar.

Y entre tanto Angela, que privada tambien de su madre, no habia podido esplayar su alma en el seno cariñoso de la que le habia dado el ser;

Angela que casi olvidada por su padre á quien los cuidados de sus especulaciones preocupaban, mas que su hija se veia entregada á manos mercenarias en las que casi nunca encontraba cariño, habia pasado por todos esos trámites que empiezan por la simpatía y concluyen por el amor, y amaba con toda la vehemencia de su corazon al pobre y oscuro habitante del sotabanco.

Dos elementos de una misma fuerza puestos casi siempre en contacto, tienen necesariamente que chocar.

Angela y Antonio tuvieron una ocasion sin que ellos la buscáran, y sin provocar una esplicacion, aquellas almas incapaces de contener mas tiempo el amor que sentian, lo hicieron subir hasta los labios, y nuestros jóvenes cambiaron sus primeras protestas de amor.

II

A aquella mutua revelacion se siguieron muchos dias de placer.

Pero como el cielo de la felicidad permanece muy poco tiempo sereno, el padre de Angela se llegó á enterar de aquellos amores, y despues de hacérselo comprender á su hija demasiado bruscamente, despidió de la casa á los modestos inquilinos, no dejando muy bien parado al pobre Antonio con espresiones que este no le hubiera consentido á no haber sido el padre de la muger que amaba.

Desde aquí ya empezaron los disgustos para nuestros pobres amantes.

Declarada ya la guerra entre los moros, el regimiento de Antonio recibió la órden de marchar al suelo marroquí.

Muchas lágrimas; muchas palabras de amor y muchas protestas de cariño se trocaron entre los jóvenes, que apesar de la vigilancia que sobre su hija egercia el banquero, pudieron verse momentos antes de partir aquel.

Antonio marchó con su regimiento, y en los primeros combates, como justo premio de su heróico proceder, le dieron el grado inmediato.

Pero debiendo pagar un tributo á aquella patria por quien luchaba, regó con su sangre el suelo africano y estaba herido en Ceuta.

Su herida no era de cuidado pero ¿quién detiene á una madre al saber que su hijo está herido?

Inmediatamente que lo supo la madre y la hija, se pusieron en camino y llegaron á Ceuta donde tenian algunos parien-

tes, en casa de uno de los cuales estaba el teniente herido.

Puestos á la cabecera de su lecho los solícitos cuidados de las dos, consiguieron adelantar su curacion.

La primera palabra de Antonio fué preguntar por Angela, pero ¡ay! que desde que el padre descubriera aquellos amores, habia prohibido á la pobre niña que fuera en casa de su modista y nada babia sabido en mucho tiempo.

Para esta herida del alma mas dificil de curar que la del cuerpo, no tenian las mugeres mas que palabras, que por muy cariñosas, muy dulces, por muy consoladoras que sean, no son mas que palabras que no bastan á llenar el vacio que hay en el corazon.

III

Justo es que hablemos algo tambien de nuestros antiguos amigos Miguel y Andrés.

Con la marcha de las tres divisiones del egército sobre Tetuan, el cuerpo que mandaba el general Echagüe, ya completamente restablecido, quedó guarneciendo nuestras posiciones del Serrallo.

Miguel ya mejorado del todo, pasó á incorporarse á su batallon, y á desempeñar las funciones, que como cabo, le estaban conferidas.

Andrés casi siempre á su lado, trataba en lo que era posible de disipar la amarga melancolía de su primo, cuya causa no le era desconocida, pero que sobreponiéndose á los celos que semejante amor pudieran causarle, no procuraba mas que distraerle y hacerle olvidar si era posible la causa que motivaba su tristeza.

Miguel hacia todos los esfuerzos imaginables, para olvidar aquel amor de que se reprochaba como de un crímen.

Pero todo era en vano:

Afanábase todo lo posible por llenar cumplidamente sus de-

beres, y hasta hacia mas de lo que era su cometido, con objeto de ver si en medio de aquellas faenas podia olvidar á María.

Mas cuando se ama con la fuerza, con el cariño tan inmenso con que él amaba, es muy difícil olvidar al objeto querido, y cuanto mas por no recordarla hacia, mas presente la tenia.

Y de aquí, aquella eterna melancolía, aquella tristeza profunda que estrañaba á sus compañeros, y que llegó á llamar la atencion de sus gefes.

Y de este modo apenados y doloridos, pasaba sus dias sin que en la vida de movimiento y agitacion que llevaba, encontrase placer alguno, y anhelando siempre entrar en lucha con los infieles, por si en ella podia perder una vida que le era tan insoportable.

Andrés sufria viéndole así, y uno por otro ambos primos no disfrutaban, puede decirse, momento alguno de felicidad.

Tambien en el mismo campamento otro de nuestros amigos, pasaba dias no muy agradables.

Luis, el amigo de Alberto, disgustado con la muerte de este, pues él así lo creia, no dejaba asomar la sonrisa á sus labios, y contra la costumbre general se habia vuelto silencioso y reservado.

Tambien el pobre Juan, aquel asistente que tambien recordarán nuestros lectores, padecia.

El mal humor de su amo recaia especialmente sobre él.

De modo que la mayor parte de nuestros personages, estaban violentos por decirlo así, y formaban ese cuadro que el mundo ofrece en general, cuadro, en el que mas abundan los tristes que los alegres.

IV

Algunas ligeras escaramuzas no habian producido mas resultado que muy escasos heridos de nuestras avanzadas que eran las que únicamente cruzaban sus fuegos con los del enemigo.

Sin embargo el dia 12 ya tomó un carácter mas formal, y sobre el mismo terreno en que se combatió el dia 10, se presentaron, no en gran número, pero si con ademan bastante hóstil.

Inmediatamente mandó el conde de Reus, comandante en gefe á la sazon del 2.° cuerpo del egército, que dos batallones de cazadores ocupáran algunos cerros próximos á las trincheras, y que el resto de la division estuviera dispuesto para resistir al enemigo.

Apenas tuvo noticia el general en jefe de este movimiento se trasladó al punto amenazado y mandando establecer una batería cuyos acertados disparos hicieron caer á infinitos de los sectarios de Mahoma.

Entretanto estos habian aumentado considerablemente sus fuerzas y con un vigor y audacia infinita estendiendo su linea de ataque estraordinariamente se lanzaron sobre nuestro campo abrazándolo de un estremo á otro.

Entonces los cazadores de Llerena cargaron por la izquierda al enemigo mientras que la division del general O'Donell don Enrique, con un valor superior á todo elogio arrollaba al enemigo por el centro ante la invencible pujanza de sus bayonetas.

Envuelto por su derecha y rechazado, cambió entonces de táctica lanzándose con ímpetu salvaje sobre el centro de nuestras fuerzas, cabiéndole la gloria de hacerlos huir despavoridos, al general Prim, que al frente de su Estado mayor les dió una de esas brillantes cargas, que él solo sabe dar.

No pudiendo los musulmanes conseguir la mas mínima ventaja sobre nuestros valientes se reconcentraron sobre su izquierda donde se defendian con estraordinario arrojo.

Pero ya lo hemos dicho otra vez:

Si valientes son los moros, doble valor hay en nuestros soldados y valor con dobles motivos para escitar la admiracion general.

El moro desde que nace se acostumbra á esa vida semi salvaje en que las fatigas los peligros y las privaciones llegan á connaturalizarse con él, si así podemos espresarnos, y batiéndose sobre su terreno, dotado de ese valor indomable adquirido

en su vida errante y en sus continuas luchas intestinas ó con las fieras que se ocultan en sus espesos bosques y escabrosos breñales, nada tiene de particular que peleen con esa audacia infinita, que á pesar de ser enemigos nuestros no podemos menos de reconocer.

Pero nuestros soldados, quintos en su mayor parte, acostumbrados á esa vida, hasta cierto punto reposada, de los cuarteles, sin haber entrado en fuego y sin estár hechos á la vida activa y llena de sobresaltos de los campamentos, es doblemente meritorio, mas recomendable y mas digna de elogio su conducta, y no puede menos de escitar los aplausos de toda la Europa, el valor que despliegan en todos los combates en que han tomado parte.

Despues de esta ligera digresion, que no dudamos nos dispensarán nuestros lectores, seguiremos detallando en lo que es posible la accion del dia 12.

Recibida la órden por los batallones de cazadores de Arapiles y Figueras, para cargar á la bayoneta sobre los moros, al grito mágico de «Isabel II,» los fanáticos secuaces del Islam demostraron otra vez que eran incapaces de resistir á los valerosos hijos de la España.

Revueltos en confuso desórden, sin tener tiempo casi para recoger sus muertos, huyendo en todas direcciones, eran perseguidos por nuestros soldados, que llegaron tan cerca del campamento muslime, que á haber sido mas de dia indudablemente habria sido presa de las tropas.

Habiendo desaparecido el enemigo, necesariamente la accion habia de concluir.

Aun permanecieron nuestras tropas algunos momentos en los puntos que ocupaban, hasta que conociendo el general en gefe que tanto por lo avanzado de la hora y la marcha seguida por los moros hasta el dia de no pelear de noche, no habia que temer otro nuevo ataque de su parte, dió la órden de retirarse á sus atrincheramientos los cuerpos que habian entrado en accion, y poco despues, vivaqueaban tranquilamente, contándose al rede-

dor de las hogueras los hechos parciales y las hazañas que cada uno habia llevado á cabo durante aquella jornada.

Nuestras pérdidas, con un número sumamente pequeño de muertos, ascenderian en total entre heridos y contusos, á unos ciento y tantos hombres; pérdida corta para las tropas que habian entrado en fuego y que revelaba la buena direccion que el conde de Lucena dá á los combates, y que cada dia van aprendiendo mejor los cristianos á combatir en aquel terreno y contra aquella gente, sacando partido de una piedra, de cualquier desigualdad del terreno, para hostilizar sin grave riesgo á su contrario.

V.

Entre tanto, el primer cuerpo del ejército continuaba en sus posiciones del Serrallo, sin ser hostilizado por los moros.

Alguna que otra vez se veian aparecer en lo alto de las sierras grupos de infieles, que se contentaban con observarnos, sin atreverse á acercarse demasiado por temor á las balas de nuestros valientes.

Todas las fuerzas que habian combatido en aquellos sitios, se habian reconcentrado hácia Tetuan que era por donde mas enian que temer entonces la acometida de los españoles.

Y razon tenian en temerla.

Los soldados cristianos en dos meses de fatigas y campaña, se habian hecho unas tropas completamente aguerridas, y los triunfos que siempre habian conseguido acrecieron mucho mas su valor.

Egemplos repetidos de valor, abnegacion y entusiasmo, se estaban viendo siempre entre nuestros valientes, y mas acostumbrados ya á la táctica del enemigo, se aprovechaban del terreno, y de este modo al par que aminoraron nuestras pérdidas, pudimos cogerles algunos prisioneros, entre los cuales hallarán nuestros lectores alguno de sus antiguos conocidos.

Por estos se supo el estado del ejército marroquí.

Consecuencia de sus derrotas, era su apatía, si así puede llamarse al enfriamiento que sentian por la guerra.

Su estado sanitario no era el mas satisfactoria, y de víveres tampoco estaban muy sobrados.

Unicamente armas y municiones era lo que tenian en abundancia; pero esto no todas las veces servia para reanimar su ardor.

En Tetuan se habian decidido á hacer una resistencia desesperada, para cuyo efecto las torres cuadradas que á trechos defendian sus murallas, el castillo y algunos otros fuertes avanzados, habian sido artillados con profusion y hasta con inteligencia, si se quiere, y estaban decididos á defenderlos hasta el último estremo.

Nuestras tropas, cuyo buen espíritu era cada dia mejor, efecto de que habiendo variado de sitios, las enfermedades habian disminuido tambien, y que tras los dias de temporal, en que habian escaseado los víveres, la abundancia habia vuelto á reinar en el campo, estaban tambien muy decididos á tomar á Tetuan á pesar de el egército de Muley-el-Abbas, y de todos los marroquíes del imperio.

Pero si el soldado era valiente, su general era demasiado previsor.

Aun no se habian tomado las posiciones de Cabo-Negro, y para entrar en el valle de Tetuan era necesario pasar por aquel punto.

Algunos fuertes perfectamente situados, eran capaces de detener la marcha de cualquier ejército.

Pero nuestros valientes no conocen el miedo, y alentados por sus gefes, en la mañana del dia 14, la segunda division avanzó con inaudita arrogancia y valentía hácia las posiciones de Cabo-Negro.

En vano fué la resistencia de los marroquíes.

Los cristianos tuvieron una victoria mas, al par que los marroquíes una ilusion de menos.

Al ver la audacia de aquellas tropas que despreciando su

fuego, adelantaban impasibles hacia los fuertes, los musulmanes se asombraban, y cuando mas tarde, los veian dentro de sus reductos ó atrincheramientos, ni sabian que hacer, ni como defenderse, y solo á la huida encomendaban su salvacion.

Abandonaron sus cañones, y municiones, y aunque quisieron llevarse algunas piezas, en un sitio se hallaron estas desmontadas y enterradas en el suelo, y mas allá las cureñas.

Entonces su famosa caballería negra intentó cargar á nuestros soldados; pero ¡ay! era en vano que el misarable jagüar tratara de hacer frente al invencible Leon; tres escuadrones de nuestro ejército dieron muy presto buena cuenta de los negros del Sudan, y las chichias, los flotantes alquiceles, los alfanges y los chuzos ó lanzas cortas que usaban algunos de sus ginetes, esmaltaron el terreno del combate.

Los fuertes de Cabo Negro, quedaron en poder de los soldados de la cruz, y por lo tanto, el paso hácia Tetuan estaba completamente facilitado.

Rasgos de valor, de esos que caracterizan completamente un pueblo, se vieron en aquel dia.

En medio del combate, cercado do enemigos, un oficial, descuidando su vida, se ocupaba solo de salvar la de un compañero herido.

Mas allá, un sargento, lanzándose en medio de un grupo de moros, salvaba á un soldado á quien se llevaban prisionero.

Y en otro lado Prim, peleando como soldado y dirigiéndose como general, se llevaba la admiracion de sus tropas, y todos desde el primer gefe hasta el último corneta, se hacian dignos del elogio de toda la Europa, y del agradecimiento de la nacion que á ellos habia confiado su honra y su decoro.

Las luchas parciales, esos combates donde mas se prueba el esfuerzo del corazon y los nobles sentimientos del alma, se unian por todas partes, y los marroquíes, sin poder resistir aquella fuerza formidable, sino por su número al menos, por su centuplicado valor, abandonaron el campo, dejando infinitos cadáveres, y algunós prisioneros en poder de los leones castellanos.

En uno de los fuertes se encontraron los soldados una muger, jóven aun y hermosa con esa pureza de facciones, hija de la raza árabe, á quien sin duda los muslimes habian herido, para que no cayera viva en nuestro poder, y que sobrevivió muy poco á la barbarie de sus hermanos.

El tercer cuerpo, se situó de modo que pudiera proteger en caso necesario al segundo si hacia falta, y amagando al mismo tiempo al enemigo.

La marina tambien tuvo su parte en esta jornada, favoreciendo el paso de nuestras tropas por el rio Zam-mir, hechando un puente de botes y tablones, que con los construidos por los ingenieros, facilitaran el paso del mayor número al lado opuesto.

Todos en esta jornada, cumplieran con su deber, aunque no debemos de decir en esta tan solo, porque lo mismo habia sucedido en todas cuantas hasta entonces se habian encontrado.

Con pocas pérdidas por nuestra parte el resultado, no pudo ser mas satisfactorio.

Despues de este hecho de armas, ya solo podia esperarse la toma de Tetuan, para cuyo efecto, se establecerian fuertes reductos ligados entre si por espesas lineas de atrincheramientos al abrigo de los cuales se estableceria nuestro campamento, y entre el bloqueo y el fuego de las baterías, se conseguiria el resultado apetecido.

VI.

En tanto se trataba de empezar la construccion de un camino que partiendo desde el boquete de Augghera, fuera á parar á Tanger.

Y ya que hemos vuelto otra vez al campamento del Serrallo, atravesando la corta distancia que separa á cabo Negro de este punto, no creemos que nuestros lectores vean con disgusto algunos detalles sobre la Mezquita y el Serrallo, sitios en que hoy vivaquean nuestros soldados, y que si algo de notable

encierran, es únicamente el sitio en que se encuentran, y esa especie de aureola de que los han revestido los combates de que han sido teatro.

La llamada «Mezquita» es un grosero edificio, con una cúpula baja, blanqueada por fuera y por dentro, donde se encierra el sepulcro de un Santon, toscamente labrada en madera en forma de doble jaula. El Santon descansa en el suelo, y hay una abertura en la misma tierra ó argamasa que le cubre, por donde cumpliendo con sus votos, los fieles humedecian con agua todos los viernes, los ya tal vez disueltos y consumidos restos.

De los palos de la jaula-sepulcro pende una innumerable multitud de hilitos, que como ofrenda, colgaban arrancándolos de sus turbantes ó jaiqués, los moros devotos y contritos. Hay fuera y dentro de la «Mezquita» donde puede estudiarse la decadencia de la arquitectura árabe, que tantas maravillas hizo en España, varias inscripciones trazadas con lápices ó carbon, de valor escaso, y entre las cuales sola es digna de mencion, por la forma verdaderamente bíblica con que está presentada. Dice así: «En los peligros de la guerra, mi Dios es mi espada.»

«El Serrallo», que es un arruinado edificio algo mas distante, no es mas que un monton de escombros. Todavía se conserva en pie un hermoso patio cuadrilátero con una cisterna en medio, y una torre sobre la cual flota en estos momentos la bandera española, y adonde solo puede subirse á gatas por una estrecha empinada, desquiciada y oscura escalera. La torre está aspillerada con sacos de tierra.

Siguiendo nuestras descripciones, nos ocuparemos tambien de algunas cartas encontradas á varios muertos de los marroquíes, en las que está retratado el carácter y la índole fanática de los musulmanes.

Con estas cartas, especie de oraciones y de profecías, se creen tan invulnerables como el mismo Aquiles; pero esta invulnerabilidad, de nada les ha servido, pues las balas de nuestros soldados, no han respetado semejantes amuletos, y los

sectarios del Islam, han caido moribundos ante los defensores de la Cruz.

Hé aquí dos de las cartas á que nos referimos.

«Oh Alí mio, pelea con los bárbaros por la gloria de Dios y su profeta, y cuando hayan muerto ó esten al otro lado del mar, vuelve que el amor de Fatima te espera. No hay mas que un Dios para los fieles ni mas que Alí para Fatima.

EN NOMBRE

de Dios

No hay poder
ni fuerza sino
en Dios y Moham
med el confiado.

Clemente y

Misericordioso.

Esta otra es mas bien una especie de oracion que otra cosa; dice así:

«Dios Clemente y poderoso proteje estos hijos de Mahomed. Confiemos todos en el Dios piadoso y en su profeta. El es quien nos ama y nos escucha en nuestras aflicciones. El nos hará vencer á esas legiones de infieles que han pasado el mar. El hará que cumpliéndose las profecías torne el creyente á purificar las santas mezquitas de Córdoba y Granada; de las profanaciones del impío.»

Tambien hablaremos de los *chiveles*, *Alcazabas*, y *aduares* ó *Kavilas*, cosas todas que en las presentes circunstancias, en que todo el mundo espera con ansia el resultado de la partida empeñada al otro lado del estrecho, y que se desea vivamente conocer algo de ese pueblo con quien se está luchando, creemos que nuestros lectores no nos tratarán de difusos si nos detenemos alguna cosa en estas descripciones.

Las alcazabes son una especie de fortalezas construidas generalmente sobre una eminencia con sus lienzos de murallas aspilleradas y sus cuadrados torreones.

Generalmente al pie de las alcazabas, se estienden una in-

finidad de chozas ó casas de tierra y paja, donde viven las pobres gentes que dependen del alcaide ó gobernador de la fortaleza.

Este egerce una autoridad inmensa sobre aquellos infelices á quienes veja y saquea á su placer, estando él á su vez supeditado á el *Bajá*, que como todos los magnates del imperio, se aprovecha de todas las ocasiones que se le presentan para despojar á sus inferiores.

Todo el espacio que ocupan las casas y el fuerte, está circunvalado de una muralla de una altura regular aunque poco gruesa como todas las del imperio; esta muralla tiene tambien sus aspilleras y sus puertas correspondientes.

Los *chiveles*, son muy parecidos á nuestras pobres aldeas de la Mancha y Estremadura.

Un numeroso escaso de malas chozas, cuyos techos son de anea ó paja, y unos habitantes haraposos y hambrientos, habitan estas miserables viviendas, que oprimen dolorosamente el corazon del viagero, al considerar que en medio de un terreno tan feraz, haya tanta miseria, que no es mas que la consecuencia de la falta de civilizacion.

Los *Aduares* ó *Kavilas* no son otra cosa que muchas familias reunidas bajo la direccion de un Kabo, (ó gefe), y que siempre andan ambulantes; pero sujetos al Bajá del término donde se detienen á sembrar, y al que dan cuenta para su inteligencia y gobierno: llevan unas grandes tiendas de campaña, y se sitúan donde mejor les parece, celebrando mercado en medio del campo, en sitios que de tiempo inmemorial tienen señalados, siembran y recogen sus cosechas, y se mudan cuando quieren, pues la mayor parte del terreno es libre, y solo tiene derecho el Sultan á exigir las contribuciones de aquellos que lo cultivan; en fin, son pueblos ambulantes que dejan escondidas y enterradas las mazmorras ú hoyos que preparan muy bien con maderas y paja, para evitar la humedad: allí encierran de oculto lo mejor qne poseen, quitando despues la tierra que se ha sacado y tapándolo muy bien, lo labran y se marchan á otra parte.

CAPITULO XXV.

Tres hermanos y tres hermanas.—Desde Raast-el-Seric, á Mequinez.—Vuelven los tres hermanos al campamento.—Línea de fortificaciones establecida frente á Tetuan.—Julia y el emperador de Marruecos.—Accion del dia 23.—Nuevo trofeo arrebatado al enemigo.—Se empieza la construccion de un ferro-carril.

I.

Ya saben nuestros lectores que Julia se habia comprometido á salvar á la amada de Zelim, al mismo tiempo que Alberto, por este mismo agradecimiento, ó si se quiere porque aun quedaban en su corazon restos de aquel antiguo amor que habia sentido en otros tiempos hácia la judia.

Pasados algunos dias en Raast-el-Seric, en la casa del judio donde Zelim aprendió ciertas costumbres de los cristianos, para poder presentarse entre ellos sin que pudiera notarse que era musulman, se decidió que partieran los tres hácia el campamento.

Durante aquel tiempo, las buenas relaciones entre Julia y

Alberto se habian cimentado nuevamente, y en la mejor armonia, paseando por las calles del jardin de la casa del judio, sus almas habian tenido momentos deliciosos de espansion.

Julia, duramente aleccionada, ofreció á su amante una fé ciega y un cariño sin límites, y le dió su palabra de salvar á Záard á costa de cualquier sacrificio.

La víspera de la partida de nuestros amigos, Julia entró en la habitacion de su tio y le dijo:

—Necesito que me deis grandes recomendaciones para el *Cheg* de Mequinez.

—Para mi hermano Jacob?... pues qué, ¿vas á ir á la corte del sultan? preguntó el judio sumamente sorprendido.

—Sí; tengo necesidad de hablar con el Xeriffe y nadie mas que el *Cheg* puede proporcionarme los medios.

—Pero tu has considerado los peligros á que te espones, sola en un terreno enemigo nuestro, y cuyos habitantes aprovechan hoy el pretesto de la guerra, para cometer los mayores escesos con nuestra raza desgraciada.

—A todo estoy dispuesta; contestó con resolucion Sara ó Julia.

—Y no puedo yo saber la causa que te impulsa para semejante determinacion? preguntó anhelante Ysaac.

—Si señor; y no dudo que al saberlo, aprobareis lo que tengo resuelto. Zelim, es el tercer hermano de Alberto.

—Dios de Jacob!.... es decir que los tres vástagos de esa raza maldecida, están en mi casa, bajo el techo de su....

—Ya sabeis respetado tio, si tenemos obligacion de sacrificarnos por ellos.

—Pero tu pobre muger! qué culpa tienes de lo que sucedió? yo, yo mismo iré si es necesario donde tú vayas, y yo que hice el daño, yo me sacrificaré por remediarlo, si es posible, gritó el pobre anciano, retorciéndose las manos con desesperacion.

—No podeis hacerlo vos; Zelim ama á una muger con la misma vehemencia con que yo amo á Alberto; esta muger está en el harem del emperador, y es necesario que yo la saqué de allí.

—Tu !.... tu penetrar en el harem y sacar á viva fuerza una muger del Sultan?... pero desgraciada, sabes á lo que te espones?

—Si señor; y si el Dios de nuestros padres me ayuda, os prometo que conseguiré mi obgeto.

—Y si al contrario de lo que te propones, se descubriera tu intento y fueses cogida por los satélites del tirano?

—Entonces ¿no creis que soy suficientemente hermosa para escitar los deseos del monarca?

—Qué quieres decir? dijo Ysaac, que tembloroso y asombrado, no se atrevia á creer lo que su sobrina le indicaba.

—Que el Xeriffe no haria mas que cambiar de concubina, y me creo ser mas hermosa que Zaard.

—Y tú una hija de Sion, serias capaz de cometer semejante infamia?

—No nos ocupemos ahora de eso tio, si ese caso llega sobre lo que debo hacer y obraré en su consecuencia; por ahora dadme esas cartas y confiad en mí.

Julia poseia un encanto especial que subyugaba, que fascinaba por decirlo así, á cuantos la conocian.

El flúido que despedian sus negros ojos, era irresistible, y su acento armonioso y suave magnetizaba con la misma fuerza que su mirada.

Con un despejo y un talento superior á sus años, habia dominado á su tio desde muy niña, y su fuerza de voluntad, su carácter enérgico y hasta cierto punto audaz, egercia una influencia poderosa sobre el anciano que la queria con el inmenso cariño de un padre.

Sin palabras para combatir su resolucion, tendió el hebreo la mano, trazó sobre los papeles algunos carácteres, y despues se los entregó á su sobrina diciéndola:

—Toma, hija mia; pues que tu lo quieres, sabes que hace mucho tiempo no tengo mas voluntad que la tuya; confio en tu talento, y en el Dios de Abraham que protege siempre á los que van á acometer santas empresas, pero si acaso te cer-

casen algunos peligros, avísame en seguida, que anciano y achacoso, volaré inmediatamente á tu defensa.

—Descuidad padre mio, tengo mucha fé en el plan que he concebido, y no dudo que muy pronto os volveré á estrechar entre mis brazos.

En aquel momento la puerta de la estancia se abrió, y la linda cabeza de Ester apareció en ella.

—Padre mio, Abdel-Abbas y Zaida acaban de llegar en este momento, y esperan con ansia el momento en que les deis vuestro abrazo de bienvenida.

—Mi hijo!... esclamó el anciano con una voz en que se advertia la profunda alegría que esperimentaba.

—Mi hermana!... murmuró Sara con un acento en que se traslucia algo de celoso, y contrariado.

—Vamos, vamos allá, gritó el buen judío saliendo precipitadamemte de la habitacion.

—Mira, Sara, dijo Ester á Julia, Zaida conocia sin duda á Alberto, porque inmediatamente que lo ha visto no ha podido menos de esclamar—«Válgame Alláh! el cristiano de Tanger!....»

—Qué dices Ester?.. . Oh!... Vamos, vamos tambien nosotras á ver á nuestros parientes.

Y pálida como la cera Julia, y sorprendida Ester, siguieron los pasos de su tio que ya estaba abrazando con efusion á su hijo, y estampando sus venerables labios sobre la tersa y pura frente de Zaida.

II.

El comerciante de Tánger, á quien ya conocian nuestros lectores desde los primeros capítulos de nuestra obra, por ser él en cuya casa cobraba Alberto las letras que le remitian de

Europa, era, como mas arriba hemos dicho, hijo del judio Isaac.

Nó dejará de causar alguna estrañeza el que siendo hijo de un judio, Abdel, llevase un nombre moro; pero la razon de esto se esplica fácilmente conociendo el estado de los judios en el imperio, estado triste y miserable, por el cual algunos se ven obligados á observar las costumbres y los usos de los musulmanes y á llevar nombres supuestos, para disfrutar de las franquicias y derechos que aquellos poseen.

Abdel-Abbas, cuyas riquezas eran de alguna consideracion, arregló sus negocios todo lo mejor posible, y habiendo llegado á su noticia que los cristianos despues de tomado Tetuan, llevarian sus armas victoriosas sobre Tánger, acompañado de su hija y de algunos criados, se vino á refugiar en la aldea donde habitaba su padre, cuyos habitantes, escarmentados ya por los españoles, no se atrevian á salir de sus casas para provocar nuevamente su cólera.

Como habia dicho muy bien Ester, Zaida, al reconocer al poeta, no habia podido ahogar un movimiento de alegría, ni sus lábios habian podido ahogar aquellas palabras que revelaban bien claro que no habia cesado de amarle desde el primer dia que le conoció.

Sara no pudo abrazar á la jóven sin sentir hácia ella una repulsion hija de los celos, que á su vez eran consecuencia del cariño ilimitado que profesaba al poeta.

Alberto, por su parte, no habia amado á Zaida mas que por un momento, con un amor de capricho, hijo tal vez de las circunstancias especiales en que se encontró en aquellos dias.

Zaida, al contrario, pobre corazon sediento de amar, al ver al poeta habia comprendido que él y solo él podia realizar todos sus gratos y dulcísimos ensueños de amores.

Dadas algunas esplicaciones por parte de unos y otros, Sara, Isaac y Abdel se quedaron solos algunos momentos.

Isaac fué el primero en romper el silencio diciendo:

—Abdel, hijo mio, ha llegado el momento en que podamos

en parte borrar el daño que á la familia del joyero de Mequinez causamos.

Una nube sombría se esparció sobre el semblante de Abdel.

Sin embargo, se repuso en seguida, y con acento perfectamente sereno, dijo á su padre:

—Hablad, padre mio, ¿qué hay que hacer?

—Esos tres jóvenes que has visto, son los hijos del anciano Jacob.

—Qué estais diciendo?

—Uno de ellos es amado por tu prima Sara, el otro por Estes, y el tercero tiene á su amada en las habitaciones del Sultan. Sara se ha comprometido á salvarla, y yo deseo que tú la acompañes.

—Cuando querais, padre, estoy siempre obediente á vuestros preceptos.

—Pero si no hay necesidad, ¿para qué quereis molestar á Abdel? dijo Sara.

—Mi hijo no se molesta en cumplir con sus deberes.

—Como gusteis.

—Mira, Abdel, yo la he dado carta para nuestros hermanos de Mequinez, á fin de que os faciliten cuanto necesiteis, y ya que ha dado la casualidad de haber venido tú, me alegro, porque con eso tal vez os sea mas fácil conseguir vuestro objeto.

Y tras estas palabras siguieron durante largo tiempo combinando los medios para mejor conseguir el objeto. . . .

. . . .

Alberto estaba en uno de esos momentos en que preocupada la mente por multitud de ideas, no piensa en nada, y se entrega á uno de esos misteriosos ensueños sin nombre, que alhagan y disgustan á la par, ó mejor dicho, en un estado que participando de ambas sensaciones, no se comprende si se goza ó si se sufre.

Los dos hermanos dormian tranquilamente, mientras que él, medio recostado en el muelle divan de la estancia, miraba

resbalar tranquilamente las horas, sin apercibirse de la marcha del tiempo.

La puerta de la habitacion giró sobre sus goznes, y dos mujeres ó mas bien dicho, dos fantásticas sílfides, se deslizaron sobre la tupida alfombra persa que cubria el pavimento.

Ambas mujeres, ó ambas sombras, se acercaron al poeta, y una de ellas, poniendo su mano sobre el hombro de Alberto, le dijo con una voz suave y contenida:

—Hermano, ¿estais decididos á marchar mañana?

—Sí, Ester, contestó aquel despertando de su estraño sonambulismo.

Entonces reparó en la que acompañaba á la hermana de Sara, y sin poder contener un ligero movimiento de sorpresa, esclamó:

—Zaida!...

—Sí cristiano, contestó esta, la pobre Zaida, que ha vertido mas lágrimas por tu ausencia que flores crecen en los jardines de Tánger, la pobre Zaida que nunca podrá olvidarte, y que te ama como el profeta á sus elegidos.

—Y tú tambien le amas, ¿no es verdad hermano? preguntó Ester.

—Quién puede variar el curso del mar? dijo el poeta con acento tranquilo y reposado, nadie hay que pueda conseguirlo, así como tampoco nadie puede mandar á el corazon.

—Lo oyes Ester?... lo oyes?... gritó con esplosion la mora, yo que tanto le amaba, mejor dicho que le adoro con toda mi alma.

Y la desgraciada criatura dejó rebosar las lágrimas de su alma, y raudales de ellas brotaron de sus ojos.

—Nunca hubiera creido que fueses tan cruel, dijo Ester á Alberto semi resentida por las palabras de aquel.

—Dime hermana, si otro hombre que no fuera Cárlos te pidiera tu amor, ¿qué le dirias?

Ester bajó la cabeza ligeramente ruborizada.

Comprendió entonces el porque Alberto no correspondia á el amor de Zaida y sintió cuanto habia dicho.

Entonces y solo entonces recordó muchas cosas en que no habia reparado y comprendió que el poeta amaba á su hermana.

El poeta estaba en una situacion, que como nuestros lectores comprenderán muy fácilmente, no tenia nada de agradable.

Tener que decir que nó á una muger, y máxime cuando es tan linda como Zaida lo era, es siempre muy violento.

Pero el poeta, no queria, no debia engañarla, y comprendiendo ademas el carácter de Sara, no queria tampoco disgustarla, y mucho menos en aquellas circunstancias en qué tan inmenso sacrificio iba á efectuar por él.

Zaida no podia comprender nada de aquello.

Nada sabia mas sino que el hombre á quien amaba, no le correspondia.

Y la pobre niña exalaba su pena por medio de su llanto.

Alberto miraba correr aquellas lágrimas con un dolor infinito.

Pero ¿qué podia hacer por mitigarlas?

Para que fuera mas crítica su situacion, en aquel instante apareció en la puerta de la estancia la amada del poeta

Detúvose un momento sorprendida, y abarcando de una ojeada el cuadro que se presentaba á su vista, comprendió inmediatamente la situacion de nuestros personages.

Alberto permaneció tan sereno siempre, aunque estaba esperando la esplosion de la cólera de su amada.

Zaida llorando ni aun se habia apercibido de la llegada de Julia.

Ester confusa y sin saber que decir, permaneció con los ojos bajos sin atreverse á fijarlos en su hermana.

Los otros dos hermanos dormian tranquilamente sin sos-sospechar la escena que tenia lugar á su lado.

—Sara fué la que rompió el silencio.

—Ester dijo á su hermana, ¿para qué has traido aquí á esa niña?

Ester nada contestó.

Zaida alzó su cabeza encantadora al sonido de aquella voz y arrojándose á los brazos de Sara, la dijo:

—Lo ves, Saruyemal, razon tenias en decirme que no me amaba!

—Vamos niña, serénate; Ester acompaña á tu sobrina, vos Alberto venid conmigo, tengo que hablaros, dijo Julia con aquella entonacion amable, si se quiere; pero bibrante y sonora y hasta cierto punto imperiosa.

Ester acompañó silenciosamente á Zaida hasta la puerta de la estancia, y momentos despues Alberto y Sara penetraban en la habitacion de esta.

Como no es nuestro ánimo cansar al lector con escenas de reproches y juramentos de amor, les diremos que tras algunas recriminaciones, nuestros dos amantes se separaron despues de haberse hecho multitud de promesas de eterna fidelidad.

III.

La division del general Rios, desembarcando en la ria de Tetuan, se apoderó de la Aduana y algunos otros edificios que habia por allí, y situándose á vanguardia del egército, estableció sus tiendas, y haciendo lo mismo las demas divisiones, quedó el campamento establecido frente casi á Tetuan.

Los prisioneros heridos, cogidos en las acciones anteriores, unos permanecian en Ceuta y otros habian pasado á continuar su curacion á Málaga, sorprendidos todos del esmerado trato y buena asistencia que recibian de los cristianos.

Nuestra escuadra seguia prestando servicios de suma importancia, abasteciendo de víveres y municiones al egército, en términos que con los acopios hechos en el campamento, habia para que en muchos dias no le faltase nada á la tropa.

Ademas se habia recibido grandes remesas de calzado, y con otras prendas de vestuario que se estaban esperando, el soldado quedaria perfectamente equipado.

No faltaba ya mas que desembarcar la artillería de sitio, operacion difícil, pues admitiendo el rio embarcaciones de poco calado, no era posible que los buques de grueso porte que la conducian subieran por él, y pudieran aproximarse á sus riberas.

Para este efecto se habian ya pedido vapores de pequeñas dimensiones para que facilitáran esta operacion.

La línea de los nuevos fuertes que se pensaban establecer, no podia ser mejor.

Corriendo desde los cerros que dominan el valle de Tetuan, se iban á apoyar en la aduana, en la que estaba construyendo un fuerte reducto, y de esta partia otra línea nueva que continuaba hasta la costa.

Resguardado tras estas posiciones nuestro egército, podia esperar la rendicion de Tetuan, pues por asalto seria aventurado tomarlo, no por temor que nuestros soldados tuviesen a la muerte, sino porque contando con otros elementos para reducir á los moros á que se rindieran, no habia necesidad de esponer á la tropa á una muerte probable.

No había mas inconveniente que el detener al enemigo en nuestra izquierda, sin saber ni cual era su idea, ni ser hostilizados en gran manera por él.

Por dos ó tres veces nuestras bizarras tropas casi los desafiaron, pero no tuvieron por conveniente aceptar el reto, y aunque se los vió otras veces hacer algunos movimientos, al disponerse los españoles para rechazarlos, retrocedian inmediatamente hácia su campo.

La alegría habia vuelto otra vez á reinar entre los valientes que peleaban en Africa por nuestro decoro nacional.

Y eso que el terreno no era tampoco muy á propósito, y el tiempo no queria mostrarse favorable á nuestra causa.

Los moros, con objeto de impedir la marcha del ejército, habian abierto una porcion de conductos al rio, á fin de que el agua, al esparcirse por el llano, lo convirtiese en charcas cenagosas, en las que los pies de nuestros soldados se hundiesen, costándoles trabajos infinitos el adelantar un paso.

Pero á pesar de esto, el estado sanitario habia mejorado

considerablemente, y de todos aquellos males, sacaban los españoles argumentos para sus chistes y ocurrencias.

Hasta la misma frente del general en jefe se habia despejado algun tanto, y todos, oficiales y soldados estaban sumamente contentos, anhelando el instante en que poder penetrar en la ciudad, cuyas blancas casas y altos minaretes de las mezquitas se divisaban desde el campo.

Tras algunas ligeras escaramuzas en las que casi todo fué cuestion de pólvora, no se empeñó ataque alguno formal hasta el dia 23, en que la accion fué mas importante, solemnizando de un modo digno los dias del actual heredero de la corona de España.

En la mañana de este dia, salieron algunas fuerzas á proteger los trabajos de fortificacion que se estaban haciendo mas próximos á la plaza.

Los moros, que sin cesar estaban observando los movimientos del ejército, creyeron sin duda que nuestros valientes podian ser fácilmente cortados, pues lo pantanoso del terreno y la distancia á que se hallaban de nuestro campo, no daria lugar á que fuesen socorridos á tiempo.

Visto por nuestro general en jefe el ataque de los marroquíes, dió la órden para que todo el ejército se pusiera sobre las armas y avanzase hácia el punto donde se habia empeñado la accion.

Hundiéndose en el fango hasta las rodillas, caballos y peones emprendieron la marcha con ese entusiasmo que no ha cejado ni un momento en los héroes que pelean en el suelo africano.

Pero los soldados que habian entrado ya en accion, eran españoles tambien y no hubieran retrocedido, y resistiendo impávidos la acometida de los infieles, dieron lugar á que se les reunieran sus compañeros, pudiendo de ese modo conseguir otra nueva victoria.

Gruesos pelotones de caballeria mora se lanzaron sobre los españoles, que con una precision y maestria admirables, formaron sus cuadros correspondientes, rechazando una y otra

vez las furiosas acometidas de los enemigos.

A pesar de los inconvenientes que el terreno ofrecia, nuestra caballeria tambien, tomando su parte en el combate, añadió un nuevo triunfo á los que llevaba recogidos.

Una parte de la division Rios, recien llegada al campamento, entró en accion, y uno de sus batallones fué el que formo el cuadro, mostrándose digno de los soldados de las demás divisiones.

En una de esas brillantes cargas dadas con ese ímpetu y ese arrojo al cual no saben oponer resistencia los muslimes, se recogió otro nuevo trofeo, una bandera muy semejante á la arrebatada por el cabo Mur en la accion del dia 1.°, y que mas tarde, á nombre del ejército de Africa, se ofreció al príncipe de Asturias.

Corta fué la fuerza que entró este dia en fuego, y por lo tanto, escasas fueron tambien las pérdidas.

Las tres armas lidiaron unidas, y protegidas las unas por las otras, consiguieron nuevos laureles con que ornar la historia de la guerra de Africa.

Rechazados como siempre los infieles, empezaron á buscar su salvacion en la fuga, retirándose mas tarde á sus tiendas, establecidas, como hemos dicho, á la derecha de Tetuan, las que tenian defendidas con unos regulares atrincheramientos.

Este nuevo hecho de armas acreció el buen ánimo y el valor de nuestros soldados, que hasta ahora habian visto que por donde quiera que iban llevaban la victoria consigo.

Nuevamente escarmentados tambien los moros, no volvieron en algunos dias á hacer demostracion alguna que fuera hostil á nuestro ejército.

IV.

Con objeto de facilitar el general en jefe las comunicaciones entre el campamento y la costa, pensó en la construccion

de un ferro-carril, que partiendo desde la playa, y recorriendo una estension de nueve kilómetros próximamente, fuese á parar á nuestras posiciones.

Apenas este proyecto llegó á noticia de algunas empresas de ferro-carriles de Andalucia, se apresuraron á ofrecer al conde de Lucena cuanto para ello hiciera falta, dándose principio inmediatamente á la construccion de este.

El edificio de la Aduana, centro, por decirlo así, de nuestra linea de fortificaciones se habia destinado para almacen de víveres, y con los repetidos desembarcos de estos, que contínuamente se estaban haciendo, gracias á las órdenes y á la precaucion del general en jefe podian confiar los soldados en que aunque hubiese temporales, tenian asegurada la subsistencia.

Todas estas causas unidas á los grandes elogios que los oficiales estrangeros unidos al cuartel general hacian de nuestras tropas, estimulaban al valor de estas, y tanto los jefes como los soldados, no deseaban mas que se presentaran ocasiones en que aquellos se hicieran dignos de mandar á estos, y estos de ser mandados por aquellos.

Nosotros no podemos tributar elogios á cualquiera de los cuerpos que peleaban en particular, todos, tanto la infanteria como la artilleria, y los ingenieros como la caballeria, marineros y tropa de los buques de guerra y confinados que acompañaban al ejército, todos eran acreedores al agradecimiento de la nacion que á ellos confiara su honor, y á los elogios y gracias que sus jefes les tributaban.

V.

Alberto y sus hermanos se presentaron nuevamente en campamento.

Zelim fué presentado al general en jefe como uno de tantos curiosos que iban á visitar nuestro campamento, y nadie pudo sospechar el misterio que en aquello se encerraba.

La alegría de Luis fué inmensa, si así puede decirse.

¡Ver de pronto arrojarse en sus brazos á aquel á quien habia llorado por muerto, á aquel amigo que reasumia, por decirlo así, todas sus afecciones, todos sus goces.

El conde habia conocido al poeta, y acostumbrado siempre á que le alabasen sus defectos, él y solo él se atrevió á reprendérselos.

De ahí nació una especie de aversion que mas tarde se convirtió en una simpatía profunda é indestructible.

El asistente del capitan tambien tomó una parte muy activa en la alegría de su amo.

Á Alberto era imposible tratarlo sin quererlo, y señores criados todos le respetaban y le amaban.

En cuanto á la llegada de Cárlos, ya era muy difícil esplicar su desaparicion, sin embargo mediaron unos y otros, y entre todos se pudo conseguir que pasase al batallon de cazadores de Simancas, pues tan luego como Alberto dió un abrazo á su amigo, marcharon los tres hermanos á incorporarse con el cuartel general establecido á la sazon en la ribera del rio Zam-mir.

Dejemos á estos personajes por ahora para ocuparnos de Julia que á el dia siguiente de aquel en que el poeta recibió en su habitacion la visita de Zaida, marchó acompañada de su primo Abdel, hácia Mequinez.

Ya hemos visto que Sara sabia llevar perfectamente el trage de hombre, y de este usó en su viage.

Atravesando montañas, cruzando vastos y abrasados arenales, y en otros puntos fértiles llanuras; encontrándose algunas tropas, unas regulares y otras contingentes, que las kabilas ofrecian para la guerra santa, llegaron á la residencia del poderoso Xerife marroquí.

VI.

Sidi-Mohamed se habia hecho durante mucho tiempo la ilusion de que las tropas españolas no avanzaban, porque tanto las kabilas como el cuerpo que mandaba su hermano Muley-Abbas, las tenian siempre en jaque, y no se atrevian á moverse por temor de una derrota mas considerable.

Pero el movimiento del dia 1.º y las victorias sucesivas conseguidas por nuestros valientes, fueran á demostrar á S. M. Xeriffiana cual era la verdadera situacion de su egército.

Sin embargo él no se apenaba por eso y entregado á los placeres del serrallo, no se acordaba de la guerra, y mas de una vez pensaba con cierta delicia que muy pronto puesto que Zelim no habia cumplido su palabra podria hacer suya á la encantadora Zaard.

Y entre tanto ¿qué era de la pobre amada de Zelim?

Hermosa como siempre, desde que habia entrado en las encantadas habitaciones del harem, su belleza habia tomado un tinte melancolico, que era un encanto mas añadido á los muchos que poseia.

No comprendia el motivo de la estraña clemencia del Sultan, que no habia abusado del poder omnimodo que sobre ella egercia.

Pero sea cual fuere la causa, la pobre niña se alegraba infinito de que esto no hubiese sucedido.

Y los dias se pasaban y no tenia noticia alguna de su amado, ni el Xeriffe se dejaba ver en sus habitaciones.

Siempre triste y pensativa no disfrutaba jamás de las diversiones de las demas mugeres de su señor, y desde su *cobba* al baño, y desde este á su *cobba* eran los únicos paseos, esceptuando alguna vez que solia pasear por los jardines, ó recordar á su amante cantando en su *guzla* algun romance mo-

risco, cuyas notas y cuya letra encerraba una poesía infinita.

. . . .

Julia llegó por fin á Mequinez.

Se habia retardado algunos dias mas, porque dando un pequeño rodeo fué á parar á la kabila de los *Med-Azuz*, con cuyo gefe tuvo una larga conferencia, cuyo resultado fué que al dia siguiente cien ginetes flor y nata de la tribu, con la espingarda colgada del arzon de la silla de sus caballos, el yatagan pendiente del costado, y la gumia en el cinto, dejando flotar al aire sus cenicientos *haiks* salieron de la aldea, siguiendo á la yegua que con notable maestria manejaba la jóven.

Los cien guerreros acamparon á una legua de Mequinez.

Julia y Abdel entraron en la capital y se dirigieron á el *Millah* ó barrio de los judios por cuyo *cheg* preguntaron.

Apenas Julia le vió y se dieron á conocer, el gefe de los hebreos la preguntó.

—Y que necesita la sobrina de mi hermano Isaac?

—Un traje de moro de una riqueza deslumbradora para mí y cien bolsas llenas de *Vkias*.

—¡Poderoso Dios de Israel!... gritó el hebreo asustado por la magnitud del pedido; ¿tú sabes lo que pides?

—No pido mas que lo que necesito contestó con sequedad la judia.

—¿Y para cuando quieres todo eso? dijo el *Cheg* supeditado apesar suyo por la mirada y el acento de Sara.

—Para esta misma noche.

—Es imposible.

—Pues es necesario, aqui está mi primo Abdel que os firmará todos los papeles que querais.

—Pero...

—Lo dicho, esta noche necesito el traje y las cien bolsas

Y sin añadir una palabra mas, se salió de la estancia dejando estupefacto al buen hebreo que despues de haber permanecido en silencio algunos momentos esclamó:

—Dios de Jacob!... ¿de dónde ha salido esta muger?

—Del cielo, contestó una voz á sus espaldas.

Volvióse vivamente el anciano, y reparó en un jóven cuya figura deforme yrepugnante formaba un contraste estraño, con la riqueza del traje judio que ostentaba.

—Estabas ahi, Benjamin? prepuntó el *Cheg* al jorobado, con visibles muestras de enfado.

—Si, padre, la he visto, y que hermosa es!

Miróle con estrañeza el viejo, y al advertir el fuego que despedian sus ojos, y la agitacion que se notaba en todo su semblante, retratándose en su fisonomía una espresion estraña, salió de la estancia murmurando, aunque no tan bajo qne no dejase de oirlo su hijo.

—¿Si se habrá enamorado de ella?

El jorobado se quedó en la habitacion algunos momentos, y preocupado sin duda con lo que su padre habia dicho, se le oyó esclamar despues.

—No se si estaré enamorado, pero es necesario que la muger de los ojos negros sea mia, y lo será.

CAPITULO XXVI.

Marruecos.—Descripcion interior de la Capital.—El gran desierto.—Los Oasís.—Nuevos personajes en Tetuan.—Estraño encuentro en Ceuta.—Descripcion de la Aduana.

I.



A ciudad de Marrakseh ó Marruecos, fué una de las poblaciones que en el mundo conocido gozaron de mayor esplendor y magnificencia, pues ya se sabe que los hijos de Mahoma han sido siempre dotados de riquezas y placeres que nativos en su ardiente suelo, han dado márgen á esos fantásticos cuentos que tanto alhagan nuestra mente, y cuyos episodios tendrán algo de realidad, pero en el mundo todo perece hasta la gloria y preponderancia de las naciones, por infieles é indescriptibles designios de la Providencia, y de ahi resulta que merced á ese despótico yugo de cuantos sultanes han regido tan delicioso imperio, hombres todos avarientos, y que oprimidos por el peso de unas creencias fanáticas que cierran las puertas de

la ciencia al espíritu humano, rara vez han pensado mas que en encerrar en sus arcas sin otro designio mas que el de atesorar, el producto del sudor de sus vasallos; merced á las continuadas y desastrosas guerras intestinas que en su seno se han alimentado hijas de los infinitos ambiciosos que siempre se han creido con derechos á las delicias del Harem, el imperio de Marruecos ha tenido que sufrir la suerte de la decadencia, y la capital que su nombre lleva y que tratamos de describir á nuestros lectores, no es hoy ni la sombra de lo que fué en tiempos mas felices.

Hállase situada al E. S. E. á unas veinte horas del puerto de Saffi en una llanura circunvalada al Este por el monte Atlas, ese inmenso gigante interpuesto entre el litoral del imperio marroquí y el medio dia y occidente ó sean las provincias del Sus, Tarodan y Sugulmezah en una continuada série de montañas paralelas que nacen en el Riff en direccion de S. O. y que pierden su progresion entre el rio Djaba y el cabo Ger, y en el desierto de Sahara.

Al pie de los nevados picos del Atlas, cuya elevacion no baja de 10,800 pies sobre el nivel del mar, al pie decimos de ese monstruo ó fenómeno de la naturaleza, que parece por su enormidad querer ponerse en contacto con los mundos desconocidos que vagan sobre nuestras regiones, se estiende un inmenso valle adornado de cuantas delicias y aromas pueden embalsamar el espíritu del viagero.

La plantacion en él es tan diversa como abundante; flores de todos matizes y esencias, y frutas esquisitas se cultivan en deliciosos vergeles rodeados de dilatadas palmeras.

Marruecos se halla circunvalado por tres espesas murallas construidas de mortero y defendidas por enormes torrres que en 1792 tuvo que restaurar Muley-Yezid.

La espaciosa y fertil llanura que á estra muros circumbala la poblacion, se veia antiguamente fertilizada por mas de cinco mil corrientes de agua que despeñándose del inmenso

Atlas venian á refrescar un suelo ardiente y á hacer brotar la fertilidad que existe en sus entrañas.

Pero las guerras intestinas, esos azotes de la humanidad, que destruyen la vida moral y material de los pueblos, deshaciendo la obra de Dios, destruyó al mismo tiempo ese gérmen de riqueza y hermosura y que se derramaba en aquel poético terreno. Las disensiones nacionales que precedieron al reinado de Muley-Ismael destruyeron casi totalmente este inmenso bien de que gozaba la poblacion.

Marruecos fué cercada por Abu-Tascheñn en el año de 1052; el primer Xerife de la dinastía de los Almohadies se tomó el trabajo de asaltarla y arrasarla en 1145, y reedificarla nuevamente; en 1647 fué sitiada y tomada por los habitantes del Atlas y gobernada hasta el año de 1667 por un hebreo favorito de la Kabila Krom el Hadji.

Reconquistada por Muley-Archid se entregó en 1672 al yugo de Muley-Achmet pariente y rival de Muley-Ismael Unida al año siguiente al resto de imperio, un siglo despues el Xerife Sidi-Mohamed dió mayores proporciones á su terreno, hermoseando sus afueras con un suntuoso palacio para cuya elegante construccion mandó llamar afamados arquitectos europeos.

Este magnífico alcázar se halla colocado en medio de dilatados jardines sembrados de bonitos kioscos y tiene 1571 pies de largo por 548 de ancho: esta edificado de granito con ornamentos de mármol y cubierto de tejas en forma chinesca.

Esa tribu errante, maldita por el Señor, cuya desgraciada suerte es un complemento mas de la veracidad de nuestra Santa y Verdadera Religgion pues que nadie mas que el Hijo de Dios podia lanzarles aquella tremenda sentencia» andareis errantes, humillados y vejados por todo el mundo, sereis despreciados de todos y jamás formareis un pueblo,» los judios, decimos, son los habitantes de un barrio amurallado, existente entre la poblacion y el palacio, y al cual los moros le denominan El Millah. Alli viven esos seres sin nombre, sufriendo toda clase de bajezas, con menos derecho sobre el

suelo que pisan, que los perros en nuestras calles. ¡Es menester toda la conviccion de su imperecedera desgracia, para sufrir los vejámenes y menosprecios que abaten á los judios entre los moros! ¡Pobres hijos del antiguo testamento! Sin creencias consoladoras y exentos de figurar en el mundo, ¿qué haceis pues en la tierra? Pero volvamos á Marruecos.

A pesar de los muchos elementos que dejamos enunciados, para hacer de Marruecos una de las poblaciones mas ricas y piutorescas, sin embargo, Marruecos no es hoy en dia lo que fué ni lo que pudiera ser. Casi despoblado, edificios bajos mal construidos, húmedos y sucios, ya quisieran la mayor parte de los marroquies gozar de las condiciones higienicas que la mayor parte de nuestros caballos.

Estas circunstancias hacen que las enfermedades endemicas y epidemicas hagan continuamente en ellos mayores estragos que en los puntos de Europa.

Las pestes de 1678 y 1752 se cebaron tan cruentamente en la ciudad de Marruecos que hoy esta poblacion no cuenta 30,000 almas. A este ha venido á reducirse el millon de habitantes que los Nonistas árabes hacen existir en la poblacion á mediados del siglo XII. Como queda dicho las enfermedades han disminuido fabulosamente esta poblacion y sus guerras interiores así como la indolencia los habitantes, ó por mejor decir, de todos los marroquies han hecho hasta desaparecer los monumentos de su antigua gloria y esplendor.

Y efectivamente no podia menos de suceder así. Si alguna religion existe en el mundo que tienda á la perversion y embrutecimiento del género humano, ninguna podriamos designar con mas fundamento que la religion mahometana.

«No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta.» «Estaba escrito.» Estas son las palabras que encontraremos siempre en boca de los árabes, en ellas parece circunscribrirse todo el fondo de su religion.

«Estaba escrito» ¿Si tal existiera de que nos servirian esas magníficas palabras que Dios ha escritoen el corazon del mundo cristiano» ayúdate y te ayudaré.?» Si porque «estaba escrito»

no hemos de tener derecho á resistir á repeler lo que atormenta nuestro espíritu y nuestro cuerpo, inútil seria alhagar nuestra imaginacion buscando esperanzas para destruir nuestras desgracias, para desterrar nuestras enfermedades. Podríamos decir «Dios que no las dá; Dios que nos las quite,» y sumidos en la indolencia que tan funestas palabras engendran en el corazon de la humanidad, nos destruirán la miseria y la esclavitud.

Estas justamente han sido las consecuencias que para su pueblo ha traido la religion mahometana.

Bajo la terrible impresion de el «estaba escrito» ha perdido todas sus antiguas glorias, toda su civilizacion y toda su ciencia, y no parece sino que la religion mahometana ha arrastrado á sus secuaces hacia el Polo de la degradacion y de la barbarie, con la misma vehemencia que las demas han conducido sus prosélitos al Polo de la ilustracion, al límite impuesto por la Divinidad.

Siete siglos duró la dominacion árabe en España, y en todo ese tiempo no se amortiguaron ni un solo dia las esperanzas de los cristianos. Si sobre la terrible y funesta batalla de Guadalete hubieran escrito nuestros abuelos esa funesta sentencia «estaba escrito» nuestras iglesias serian hoy, mezquitas y la religion de Jesucristo quizas existiera ya en nuestros romances como una cosa irrisoria ó fabulosa, y viceversa, hoy que estamos empeñados en una guerra con Africa; hoy que tratamos de dominar á los que nos dominaron, estamos seguros que si nuestra dominacion pudiera ser completa sobre aquel vasto pais, antes de un siglo la religion de Mahoma no contaria un solo secuaz, no porque les impusiéramos sangrientas condiciones, sino porque ellos desde el momento que pronunciaran el «estaba escrito» de nuestra victoria, concluirian en ellos los instintos de reaccion.

Volvamos nuevamente al asunto de este párrafo.

Las plazas ó mercados y calles de Marruecos no están empedradas ni arenadas, de suerte que en tiempo de lluvias es sumamente fastidiosa el recorrerlas, así como incómodo en

tiempo seco por el polvo que del pavimento se levanta á molestar á los transeuntes.

Las Mezquitas de El-Moazuin, de Benius y El Kutubia nos recuerdan las antiguas glorias de Granada.

La Mezquita de Benius (Sidi-Bel-Abbees) es una especie de casa hospitalaría para ancianos pobres y enfermos los que dependen de las almas caritativas y piadosas que velan por su desgracia. Es tambien una especie de lugar sagrado para criminales y desterrados, y su primitiva construccion data de unos setecientos años, sin embargo de que habiendo sido renovada en su mayor parte ofrece un aspecto estraño su mezclada arquitectura, antigua y moderna.

El Kutubia cuyo minarete es de una altura colosal pues se eleva á unas 236 varas sobre el suelo y desde el cual se tiende la vista á dilatadas regiones, viéndose perfectamente el cabo Cantin á una distancia de 20 leguas, se encuentra solo y en medio de una grande esplanada. Una de las torres de esta mezquita concluye con 3 bolas de oro del grandor correspondiente á la elevacion en que se hallan colocadas, y el fanatismo de los marroquíes les hace creer que la suerte del imperio pende únicamente de la conservacion eterna de estas bolas en su respectivo lugar.

Es menester hallarse poseido de un fanatismo sin límites, para creer absurdos de tan inmensurable condicion, si bien que por otra parte debemos conocer, que si el imperio de Marruecos fia su poderio y conservacion en las auríferas bolas, bien puede prepararse á defender la referida torre porque en las presentes circunstancias corren un peligro inmenso, y hay grandes probabilidades de que las tres bolitas vayan á ocupar tres mochilas de nuestros soldados, y eso en el caso de no caber en una sola, y esta sola coincidencia daria al traste con el poderio del imperio.

Magnífica es en verdad la mezquita El Mozaiun; construido hará unos trescientos años; pero en contraste con la opulencia que representa, se halla el sueldo de los diez ministros que para su culto tiene señalados; pues es tan mezquino que los

míseros jornaleros ó acreditados chalanes, tienen aquellos que buscarse lo suficiente á su subsistencia por medio del trabajo ó de engaños, vendiendo presuntos talismanes para heridas, venenos y enfermedades, brujerías ú otras rarezas hijas de su fanática imaginacion.

Despeñándose del Atlas, á una legua próxima de Marruecos, hácia el Norte, baja á perderse en el Atlantier, no lejos de Saffi, el rio Tensif, pasando por un puente que hay en el camino real, y que fué construido con ladrillo á fines del siglo XVI por los infelices prisioneros hechos en la batalla de Alcazarquivir y en la cual murió el malogrado D. Sebastian Rey de Portugal.

La antigua Sultana de los marroquies, la ciudad de Achmet se encuentra al Sur de Marruecos en las faldas occidentales del Atlas, asiento de los déspotas marroquíes. Próxima á ella se hallan infinidad de villorrios á los cuales van á refugiarse los hebreos cuando los duros tratamientos de los moros se les hacen insufribles.

Todas las inmediaciones de Achmet son fertilísimas, pero continuamente devastadas por las bárbaras incursiones de los salvages habitantes del Atlas.

Para comprender hasta que grado el embrutecimiento domina á las kavilas del Atlas, bastará decir que viven á su libre alvedrío sin hacer caso ni obedecer las órdenes del Sultan, y es menester tener entendido que en Marruecos son tan déspotas las órdenes superiores, que los vasallos se hallan allí mas espuestos á que les corten la cabeza, que nosotros á que nuestra guardia civil nos pida la cédula de vecindad en nuestros caminos reales. Pero las Kavilas de las cordilleras del Atlas no pertenecen á la raza humana; ellos no tienen instinto de caridad ni de conservacion, señoras de aquellas escabrosas montañas, cuanto desde ellas su vista abarca, les parece suyo y bajan á los llanos cual el águila desde las nubes, con la firme intencion de hacer una presa. Esta gente es indomable y sus instintos han puesto mas de una vez en precaria situacion el poder de los Xerifes; no así las ciudades próximas ó situadas

al Norte y Sur, pues que siendo variada la residencia de los Xerifes, que de Fez se trasladan á su capricho á Marruecos, estas circunstancias hacen valer su autoridad en los respectivos departamentos.

Los campesinos del Sur de Marruecos se llaman *Schelluchs*.

Su vida viene á ser igual á la de los Kavilas, sin embargo de que gozan mas comodidades: tienen mas sólidas habitaciones y circundadas de bosquecillos. Gente robusta, su pasion favorita es la caza; son famosos tiradores, y semejantes á los trogloditas del Mar-Rojo, viven sobre las mas encumbradas rocas del Atlas. Son demasiado frugales para la comida, que viene á reducirse á miel y cebada, condimentadas de diversas maneras, y muy rara vez prueban la carne. Su lenguaje es distinto tambien del de los kabilas.

En cuanto á la organizacion militar de Marruecos no podriamos hablar en el sentido tecnico de esta palabra porque en aquel pais, no hay ninguna.

Sin embargo allí no hay que hacer jamas sorteos pues que en caso de guerra todos son considerados como soldados y se preparan á marchar á la campaña, á pie ó á caballo segun las circunstancias de cada uno, y como el arma favorita de marroquí es la espingarda: todos se encuentran armados, razon por lo que el Sultan no tiene que cuidar de este objeto.

Lo único que suele hacerse es, cuando al Sultan le parece oportuno, manda sacar una leva de la cual se encargan los gobernadores de provincia, de donde salen unos 12 mil hombres entre peones y ginetes y á estos se les llama moros de rey, y este cuerpo suele ser hereditario de padres á hijos.

Ademas del cupo fijo que de ellos corresponde á cada provincia ó bajalato, hay varias compañias llamadas de muchachos, jóvenes alumnos que se dedican á esta carrera para hacer la guardia del Emperador, compuesta de 6 á 8000 hombres de á pie y á caballo, á los que se les dá el nombre de bokaris.

II.

La naturaleza es tan infinitamente grande y superior á los conocimientos del hombre, que indudablemente por muchos que sean los adelantos de la humanidad siempre descenderemos al sepulcro sin haber comprendido el misterio que encierran esos inmensos abortos de la creacion, cuya magnitud es tan superior á nuestro pobre y martirizado espíritu.

No basta que el hombre quiera *Querer; es voder*, son frases pronunciadas sin duda por algunos seres dichosos á quienes la *casualidad* ha coronado con el laurel de la victoria en las empresas que han acometido y que por la *casualidad* han realizado. Para nosotros es muy pequeño el hombre que sienta un proverbio despues de una victoria.

Es indudable que el conocimiento del hombre progresa, que en el dia estamos viendo prodigios de ciencia que en los tiempos pasados se hubieran creido al querer plantearlos, como insomnios ó delirios de una cabeza enferma, cual nos lo demuestra la historia en el inmortal Cristobal Colon; mas ese progreso del género humano está prescripto en sus límites, pero de estos jamás podrá rebasar.

Cristobal Colon, descubrió un nuevo mundo; gloria fué que á él le cupo, pero el nuevo mundo existia: Harbo probó la circulacion de la sangre: esta fué una observacion mas hecha en la naturaleza del hombre; y aun hay otros descubrimientos que tal vez será mucho decir en nosotros, pero que para nosotros solo están á medio nacer, y que su eternal misterio no podrá vencerlo jamás la mejor inteligencia humana.

Franklin inventó el para-rayos: la reunion de varios metales atrae la exhalacion á un punto determinado; esta es una observacion que se ha hecho sobre la naturaleza; pero podrá decírsenos el porque esto sucede? Y aun cuando á ello se nos

contestará de una manera cualquie ra, ésta seria positiva?

Nosotros sabemos yá que el iman está siempre mirando al Norte, magnífica observacion que particularmente para la navegacion de los mares nos ha sido sumamente provechosa; pero sabemos acaso en que se funda este recondito misterio de la naturaleza?

Y por este órden hay muchos, muchísimos descubrimientos á medias, porque vemos los efectos sin poder comprender la causa, y siendo así que no puede haber efecto sin causa, tendremos que convenir en que la una corresponde á Dios, y el otro le han encontrado los hombres.

No hay que dudarlo: la historia del hombre es un caos imperecedero de dudas en todo cuanto concierne á la naturaleza, sinónimo de la divinidad, y esta ha creado fenómenos distantes de nuestra comprension, que cuanto mas preocupan la mente mas la sumergen en la oscuridad de la ignorancia, y ante ellos solo nos es dable formar cálculos imaginarios, y admirar el inconmensurable poder de la Creacion.

Bien quisieramos ser mas estensos en esta materia, pero el asunto de nuestra historia no nos lo permite, ni quizas tampoco la paciencia de nuestros lectores á quienes rogamos nos permitan las anteriores digresiones, motivadas por la impresion que nos ha causado el fenómeno que vamos á describirles; de cuya veracidad no les respondemos, porque hay ciertas cosas en el mundo cuya verdad la sabe Dios, no el hombre por ser impotente para examinarlas en toda su estension.

El desierto de Shara confina con el Occéano atlántico: toda su ribera que toma principio en Mogador, viene á tener una estension de 150 millas geográficas y toda ella es un terreno inculto, cubierto de menuda arena, que levantada de cuando por vientos impetuosos, cubre unas veces el Occéano, y otras el espacio etéreo, de un torbellino inmenso de disminuta arena.

Estos continuados montes de arena que vienen á posarse sobre las aguas del mar, han formado un banco, de unas dos y media leguas internado en el mar, con tan poca profundidad que los moros se meten á pie en el agua sin que esta les pase

de las rodillas, y van así muchas veces en busca de barcos naufragados, que impelidos por las furiosas y circulares corrientes del Atlantico van á encallar en aquellas áridas é inhospitalarias playas.

La estension del desierto de Sahara se halla calculada, á mas de la mitad de Europa.

Bajo esto punto de vista podrá calcularse lo horroroso y desconsolador que será este panteon de seres vivientes allá en sus calcinadas sinuosidades donde ni la frescura del viento, ni el fruto de la palmera, pueden reanimar el abatido espíritu del infortunado mortal que lo huelle con sus plantas.

El cabo blanco es una eminencia plana que se adelanta hácia el mar, es una inmensa mole de arenas, y con esto diremos lo bastante para comprenderla exenta de dones para la creacion. A primera vista es difícil de distinguirse, y todo él se halla cercado de bancos de arena hacinados por el desierto.

Uno de estos bancos llega casi formando un círculo hasta el cabo Mirik, sin abrir mas que dos pequeñas sendas para internarse en el golfo de Arghin lleno tambien de bancos y promontorios de arena.

La costa se estiende en toda su estension desde la embocadura del Senegal y del terreno que la rodea hasta llegar á cabo Verde.

El aspecto de estos desiertos es un estremo monótono pues la vista no abarca en ellos mas que terraplenes horizontales de arena unos mas altos otros mas bajos, y como hemos ya dicho, sin vejetacion alguna.

Rocas uniformes ó capas de sal con la sustancia de este terreno y en donde estas faltan no hay humus ni terreno quebrado sino rocas calcareas enteramente peladas y con bastante semejanza á las de los montes Jurás, y todas ellas están cubiertas de guijarros ó átomos de arena impelidos por los furiosos vendabales.

Por esta causa la superficie no guarda ar monia alguna, y en ella no se advierte agregacion de ninguna especie, esencial requisito para la vida orgánica de los cuerpos.

Las arenas del desierto líbico se hallan compuestas de un cuarzo esclarecido de la tercera parte de una línea y sin aligacion de otra sustancia, y cuando se halla mezclada, la aligacion resalta sobre su base á semejanza de una capa de nieve.

Cualquiera cuerpo estraño que se pose sobre las arenas, una zarza, la osamenta de un camello, es lo suficiente para que el viento arremoline sobre él nuevas pirámides de arena que no parece sino que se hallan deseosas de sepultar en su seno todo lo que á ellas no corresponde.

Los vientos dominantes en el desierto líbico son el Norte y Nordoeste, los cuales cuando imperan nueve meses consecutivos, hacen adelantar unos doce pies todos los promontorios de arena de donde resulta que el verdadero suelo productor de esta cálida sustancia se vé muchas veces cubierto de pedruscos guijarros y piedrezuelas.

La arena es un desierto errante, cubriendo á cada momento los lugares que conquista y esta es la razon porque el agua es difícil encontrarse y aun mas el conservarse en aquellos terrenos, pues espuesto continuamente á nuevas metamórfosis los manantiales, los *oasis* y palmeras que del centro de aquel caos podrian indudablemente prevalecer, y aun prevalecen, desaparen instantaneamente bajo inmensos terraplenes de arena, que no solo las cubren sino que ni aun siquiera dejan una dea de donde existieran. Tales son las variaciones de aquel terreno ambulante casi sin cesar por los hemisferios.

Todas las espantosas peripecias de una borrasca en el mar son incomparables con los tormentos que de si dá el desierto á las infelices caravanas obligadas á cruzarlo por alguno de sus lados.

Una borrasca en el mar se halla contrariada por las buenas cualidades de una embarcacion, por la direccion de un buen piloto, y aun cuando estas, no sean suficientes siempre le queda al pobre naufrago el consuelo de combatir las olas sobre una tabla en esperanza de una nueva embarcacion que pueda darle ausilio.

Pero querer contrarestar los fenómenos del desierto es enteramente inútil y no hay otro recurso que sucumbir á sus pérfidas consecuencias, y traidoras metamórfosis.

Los montes de arena arrastrados por el furioso Eolo sepultan impensadamente millares de almas, y otras veces cuando las caravanas llevaban puesta su salvacion en los manantiales á Oasis que de ciertas á ciertas jornadas estaban seguros de encontrar, habian ya desaparecido bajo inmensas montañas de arena que cubriéndoles al mismo tiempo las sendas de su peregrinacion, no tenian mas recursos que morir con ese desconsuelo y desesperacion que infunden en nuestro espíritu los los sofocantes rayos de un sol abrasador.

Millares de caravanas yacen sepultadas y calcinadas bajo estas ardientes arenas, y si á nuestros lectores fueramos á detallarlas en toda su estensíon no conseguiriamos mas que martirizar su espíritu con escenas espantosas y solo propias de ese símil de los autros del averno llamado Desierto de Sahara.

En 1805 pereció toda una caravana compuesta de dos mil personas y ciento ochenta camellos, y la inmensidad de osamenta que continuamente blanquea sobre aquellas regiones de arena dá una completa idea aunque bien horrorosa de las no interrumpidas catástrofes que en ellas se suceden sin respetar seres ni condiciones, pues tan pronto se vé el esqueleto calcinado de un cuadrúpedo como el de un volátil.

Es tan sofocante la atmósfera del desierto que no es posible llevar líquido alguno en el viaje de las caravanas, pues por dobles que sean las vasijas, el calor todo lo absorve, y esta es la causa porque en estos sitios no hay mas recurso que los escasos manantiales de los Oasis, ó perecer cuando estos por la continuada variacion del terreno, han desaparecido.

Hasta el camello, ese animal tan feo como noble, pero tipo de fortaleza y de sufrimiento cae exhanime de sed y de cansancio.

El reducido límite de aquel panteon de vivientes que goza de la frescura de las aguas sirve de guarida á los elefantes y

javalies y hacia los lados estremos, suelen tambien verse algunos leones y panteras.

Los avestruces y antilopes son los únicos seres que visitan las interioridades de aquel averno, sin mas rumor que el silvido de los vientos y el monótono caminar de una caravana.

En las sinuosidades del desierto se ve á grandes trechos alguna que otra planta puesta al parecer por la Providencia en apoyo del infeliz pasagero que arrebatado por el viento puede, asido á ella, evitar el ser arrastrado como si fuera tambien uno de los millares de atomós de arena que sobre su aterrada materia van cruzando.

Los vegetales que alli suelen germinar son los cardos cuyas hojas guardan unicamente en sus estremidades la corta humedad que les diera vida: La zarza conocida bajo el nombre *El Gul*; una clase de *Thymian* odorífero, el *che* y varias *mimosas gommiferas*, las cuales suelen servir de alimento á los camellos.

En los infinitos sitios en que absolutamente falta el agua suelen criarse varios zarzales achaparrados que sirven de norte á las caravanas, pero encierran tan poco jugo estas plantas que sus agostadas hojas apenas pueden refrescar las resecadas fauces de las acémilas.

En algunos que otros parajes se observa una especie de acacia espinosa que esprime goma; mas fuera de estos casi estériles recursos que la naturaleza ofrece en aquellos inmensurables desiertos, arena y cielo es lo único que se presenta ante la abatida imaginacion del viajero.

Los sitios donde existe alguna vejetacion y principalmente donde hay palmeras son denominados por los árabes bajo el nombre de *Djezair* ó *Djezira*.

Es indudable que el desierto africano seria tan facil de vejetacion como los demas puntos de la tierra, pero la esterilidad no es producida alli, cual se comprende por causas interiores, sino por los repetidos vendabales que arrastrando millares de arenas hacen insuficientes, ó al menos destruyen los buenos efectos que la madre naturaleza pudiera engendrar en

sus entrañas, pues ya hemos dicho que allí todo lo cubre la arena, y que cualquiera cosa, aun lo mas insignificante que sobre ella se pose, sirve al momento de base á un nuevo promontorio arenisco.

Sin embargo bien por espíritu de egoismo ó bien por instinto de conservacion el hombre sabe sacar partido de todo, y hasta de aquellas arenas que tantas catástrofes encierran ha sabido calcular algun provecho.

Cuando los vientos de aquel desierto son demasiados frescos ¡Cosa estraña! los árabes se tienden sobre la arena calcinada por los rayos del ardiente Febo y en ella encuentran un consolador abrigo.

Alli se entretienen en allanar los basamentos de arena que los separan á unos de otros y entonces entablan una especie de mimica, que ellos comprenden facilmente, y si el asunto de ella se concreta á algun contrato, sobre la misma arena resuelven sus calculos, y abarcan las ventajas que el negocio les puede producir, y los musulmanes de estos paises dan á la arena la misma virtud que el islamismo al agua, pues hacen completo uso de ella para sus abluciones.

Sin embargo hay un animal, que el árabe ha aclimatado, si es posible decirlo, á sus costumbres, y sin el cual le seria imposible atravesar aquellas inmensas regiones. El camello es el navio del desierto, su pezuña, su estómago y su dentadura son, tan á propósito para internarse en aquellos dilatados páramos, que sin el auxilio de este doméstico animal el hombre se veria imposibilitado de acometer semejante empresa.

Los guias de aquel terreno, llamados sabios (Kebyr) y su deber con respecto á los viajeros, se concreta á comprender las épocas del año mejores para viajar los puertos, y la direccion de todas las vias.

Falto aquel terreno de todas esas hermosas variaciones de la naturaleza, sin rios, sin selvas, sin montañas, sin caminos; y no habiendo allí, como hemos dicho, mas que estensas pirámides de arena, cuyas formas varian constantemente, los *Kebyrs* tienen que guiarse en sus investigaciones por el vuelo de las

aves en especial, de los cuervos y buitres; ó bien por las señas horrorosas de los cadáveres, semejantes á un piloto, por la direccion de los vientos.

Tambien suelen guiarse en estos casos por la posicion de las estrellas y otras constelaciones, sin que por esto digamos que sus conocimientos sean profundos en astronomía, pues estos no pasan de saber cual es la estrella polar, y la práctica únicamente de caminar casi siempre de noche, les ha hecho sugerir estas observaciones; así es que los árabes ó guias del desierto: directores de las caravanas de Timbektu y de Darfur, y que son los llamados *hybirs* vienen á tener las mismas nociones astronómicas que los pastores de nuestras montañas.

Como las sendas allí son tan uniformes y parecidas es muy difícil el comprenderlas, y los guias acostumbran á ir dejando continuados indicios de su ruta, cual sucede en los grandes ventisqueros del norte para no sepultarse en los profundos barrancos y despeñaderos cubiertos por la nieve.

A pesar de las previsoras medidas hay casos en que hasta los mismos guias suelen verse perdidos y confundidos en aquellos horribles laberintos, y tienen que buscar nuevos guias ó esploradores que vengan en su auxilio, para ponerlos en una via segura.

Cuando despues de tan inmensos y espantosos peligros el viagero ha podido por fin cruzar aquellas horrorosas tumbas de la creacion, aquel indescriptible páramo, llamado desierto de Sahara, que incapaz para la germinacion se halla siempre dispuesto á sepultar en sus calcinados elementos á cuantos seres se ven obligados á hallarlo con sus plantas entonces el viagero se encuentra á la estremidad meridional de Beled-el Nun, regiones cultivadas y cuyos habitantes comercian con goma y cera por telas de Europa.

Estos moradores en relaciones comerciales con las casas francesas del Senegal sirven ó intervienen en los tratos con los marroquíes para la compra de moros

Estos son los detalles que del desierto de Sahara hemos sacado de acreditados y científicos autores, y terminaremos

este párrafo bajo la misma impresion que nos preocupaba al principio de él; es decir que Dios es el solo Omnipotente, que la naturaleza contiene fenómenos cuya estension no puede abarcar el cerebro humano, y que el desierto de Sahara es uuo de aquellos, que la planta del hombre podrá hollar, pero que él jamás podrá dominarlo ni destruir los elementos que á regiones tan dilatadas, las hacen incultas, inhabilitables y mortíferas.

III.

Estamos en Tetuan.

Penetremos en una casa de una de las mas principales calles.

En un aposento de paredes caladas con delicadeza, y rodeado de muelles almohadones de damasco, una jóven ostentando con gallardia el traje de las doncellas musulmanas, vierte un llanto copioso, y solo se turba el silencio que reina en el aposento con los sollozos que se exalan de su seno.

¿Porque llorará aquella niña tan divinamente encantadora?

¡Tan joven y ya el dolor lleva lágrimas á sus ojos...

Pobre Zara!...

Vosotros lectores mios, no la conoceis, y estoy seguro que cuando os la presente, no podreis menos de simpatizar con ella.

Vosotros no comprendeis que haya en el mundo almas predestinadas para sufrir?... no es cierto?

Pues sin embargo, no hay nada mas seguro.

Nosotros no comprendemos el porqué, pero es lo cierto que hemos conocido algunas personas que han merecido tan triste privilegio.

¡Pobres flores que en toda su corta vida no han podido gozar mas que de algun tibio rayo del sol, que ha sido muy pronto sofocado por los violentos hábitos de la tempestad.

Zara era huerfana.

Al ver ella la primera luz, perdió á su madre.

Su pobre padre sin la dulce compañera de su vida, no podia permanecer en el mundo, y subió al cielo á acompañarla.

Zara quedó sola en la tierra con otro hermano que solo tenia dos años mas.

Su padre habia sido rico, y aun lo era á su muerte.

Nombró tutor de sus hijos á Jucef-Ebu-Akbas y este esplotó perfectamente aquella tutoria.

Los dos niños crecieron, y á falta de otras personas á quien amar, se amaron con delirio.

Sin mas personas que los prodigase tiernas palabras, cariñosos consuelos, ó dulces reprensiones, concentraron en si mismos todos sus afectos, todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones.

Cuanto se querian los dos hermanos!

Crecieron ambos, y si Zara era hermosa como un sueño de ángel, Akmet, era gallardo y fuerte, como un guerrero de los antiguos abencerrages.

Pasaron dias, y el cristiano penetrando en las tierras africanas, hizo reunirse á todos los guerreros del *mogreb* para intentar aunque en vano detener su victoriosa carrera.

Akmet abandonó á Tetuan.

Zara cuyas penas no habian tenido mas que una tregua harto corta, volvió á sentir los dolores que siempre que pensaba en sus padres habian lacerado su corazon.

Y sin embargo en medio de aquel dolor se solia deslizar una cosa asi como un ensueño tímido, puro y delicioso de amor.

Sara habia fijado através de sus celosías, sus miradas en un apuesto musulman que á todas horas paseaba su calle.

Curiosa primero, gozosa mas tarde, y enamorada despues, amaba á Alí que era el moro mas gallardo de la ciudad.

Hijo de una de las familias mas distinguidas de Tetuan, era un partido que alhagaba la vanidad de Jucef.

Un temor solo asaltaba á este y era el de que el amante reparase con demasiada escrupolosidad las cuentas que pondria

á su pupila, y que exigiese como era justo la dote que la correspondia .

Pero esta nube se desvaneció.

Mediaron esplicaciones, y el jóven dijo que solo adoraba á Zara, por lo que era, no por lo que metálicamente valia.

Entretanto la desgraciada niña, era presa de un dolor terrible.

Akmet, aquel hermano á quien tanto amaba, habia desaparecido en la accion del dia 14, y nadie sabia su paradero.

En vano ella, con un valor superior á su edad y á sus costumbres habia recorrido el campo del combate buscando á su Akmet, nada habia visto que le revelase si estaba muerto ó herido.

Los moros que habian luchado con el decian haberlo visto entrar en medio de los cristianos, y despues nada mas habian sabido.

Por eso lloraba Zara.

Unicamente tenia un consuelo, y era su amante.

Pero tambien hacia dos dias que no le habia visto, y esto acrecia su pena. . . . .

Mucho tiempo llevaba la desgraciada mora de llorar.

De pronto la puerta de la estancia se abrió con estrépito.

Dos personas aparecieron en ella.

Zara alzó la cabeza y exhaló un grito en que en medio de un dolor infinito, se traslucia una alegria intensa.

Una de las personas era su tutor.

La otra era su amante Alí.

Ni una palabra se cruzó entre ninguno de los tres personages.

De pronto la frente de Zara se oscureció.

Alí llevaba sus preciosas pistolas con engastes de nacar en la ancha faja que rodeaba su talle.

Su corbo yatagan pendia de su costado.

Su blanco *haik* flotaba negligentemente sobre su espalda.

Y el *Chaia* cubria su cabeza.

Alí iba vestido de guerra.

Una opresion dolorosa embargó el seno de Zara.

Jucef fué el primero que rompió el silencio.

—Zara, le dijo, bien sabe Allah, que tu dicha es solo mi ambicion, y por ella sacrificaria todo en el mundo. Alí-Kaldoiu me ha pedido tu mano, y por mas que tal alianza me enorgullece, y me llene de satisfaccion, tu voluntad solo será la mia; le amas tú?

Zara tardó algunos momentos en responder.

Por fin con voz trémula contestó.

—Señor, la pobre hermana que llora su hermano perdido no puede ostentar hoy sobre su frente el blanco velo de las desposadas, si, le amo, pero aun no debo ser su esposa.

—Os comprendo Zara, dijo á su vez Alí y acercándose mas, se arrodilló ante la jóven, y tendiendo su brazo hácia el oriente prosiguió. Os juro no volver á presentarme ante vos, ya que no con vuestro hermano, al menos sin haberlo vengado, hoy parto á reunirme á las huestes de Muley-el-Abbas, y no tardará en presentarse la ocasion de lavar con sangre cristiana, esa tan querida que ha hecho asomar las lágrimas á nuestros ojos.

—Y yo á mi vez os prometo guardaros mi amor.

—Y si muero? Zara?...

—Si moris, dijo la mora haciendo un esfuerzo, si moris os seguiré al cielo donde Dios nos unirá ya que en la tierra no lo hayamos podido hacer.

El musulman besó una mano que se estremeció al contacto de aquellos lábios ardientes, y tras muchas protestas, tras torrentes de amor que de aquellos pechos enamorados se exalara abandonó la estancia donde se quedaba una pobre mujer sola con sus lágrimas y recuerdos.

IV

Hoy que nuestro ejército ha llegado de triunfo en triunfo, hasta las puertas de Tetuan; hoy que nuevamente resaltan en nuestra imaginacion los dias gloriosos que hace cuatro siglos alumbraron á la morisca Granada; hoy que refiriéndonos á la aterrada Tetuan, podemos dedicar al actual Emperador de Marruecos, aquellos magnificos versos con que Zorrilla nos canta la toma de la hermosa Granada, en su poema titulado «Maria» nos parece oportuno dar á nuestros lectores una reseña de la Aduana de Tetuan, en nuestro campamento de Guad-el-Jelú, y que ha caido en poder de nuestros soldados ante cuya bravura huyen despavoridos por do quier los sectarios del Koran.

La Aduana de Tetuan no ofrece verdaderamente mérito alguno arquitectónico y digno de mencion porque cuanto hoy pende del genio marroquí todo infunde un sentimiento lastimoso, de la barbarie é ignorancia en que se halla ese pueblo que en otros tiempos ha resaltado en artes ciencias é industria. Hoy, para nosotros, concebimos bajo una idea de profunda conviccion, que sea quien quiera, ya una ya otra potencia, el imperio marroqui, si sus habitantes han de ser dignos de pertenecer á la raza humana, necesita un conquistador, porque ellos han retrocedido á la crasa ignorancia é incivilizacion de los tiempos primitivos, todo en ellos ha decaido, y asi se revelen sus costumbres, en sus instintos y en la incuria de sus poblaciones y edificios.

Uno de los primeros deberes y cuidados de un gobierno es procurar, que los edificios ocupados en negocios de la nacion, y mas particularmente aquellos que por sus esenciales circunstancias tienen que ser indudablemente pisados y examinados por los diversos habitantes del globo, dén siquiera una idea cuando nó de opulencia, al menos de magnitud y capacidad para el objeto destinado.

Todo el mundo sabe lo que es una Adnana, y desde luego se concibe que un edificio de esta naturaleza debe tener un buque suficiente para dar cubierta á la inmensidad de negocios que el incansable genio mercantil puede aglomerar en un dia dado.

Pues bien la Aduana de Tetuan es una mala y mezquina casa uniendo á estos tristes requisitos un foco de hediondez y suciedad, que solo tiene comparacion, reparando en la blancura de sus paredes esteriores, únicaseñal en él alhagüeña, á esos *sepulcros blanqueados* por fuera de que habla el Evangelio.

La enciclopedia arquitectónica que en él se observa dá á entender qui ni aun recuerdos existe ya en esa raza de aquellas elegantes y suntuosas obras que de ellos copiaron las demas sectas, y que hoy son la admiracion de viajeros ilustres que han tenido el honor de inscribir sus nombres en las paredes de la poética Alhambra granadina.

No parece sino que este edificio nacional marroquí se ha encontrado siempre con derechos á destruirse á su capricho, ó sus recomposiciones al cuido de los mozos ó porteros que procurarian dormir tranquilamente al acompasado golpe de la picota del albañil.

Allí está representado con toda la mas horrible groseria y deformidad, el gusto de todas las naciones. Allí está la construccion arábiga y la europea en confusa mezcolanza; junto á una habitacion embaldosada de pequeños azulejos en órden mosáico, se observa la prosáica cocina catalana, y al frente de ella una ventana con persianas á la inglesa.

A primera vista la aduana de Tetuan se confunde con una casuca de nuestros pueblos de Andalucía, por lo que indudablemente el genio de la arquitectura quedó suspenso en ellos desde el año de 1492.

¡Oh! es en verdad espantoso considerar la incuria, el abandono y la miseria en que yacen postrados los desgraciados marroquíes, siendo todavía mas lastimoso, al contemplar los miles de elementos que aquel suelo feráz podria suministrarles

para sobrepujar á los Europeos; pero ya hemos bosquejado varias veces la dolorosa situacion de estos habitantes, y continuaremos con el objeto que nos hemos propuesto.

Desde el patio de la aduana se llega á unas habitaciones que hay en el segundo y último piso; pero no se crea que á ellas se llega con lo misma facilidad que nosotros lo hacemos á las nuestras porque antes hay que encaramarse por una angosta y pestilente escalera, é ir conquistando peldaños á largas zancadas y asegurándose perfectamente en las paredes.

Hecha ya esta conquista; es decir en lo alto de la escalera, hay una especie de antesala adornada tambien con azulejos pequeñitos y bien combinados, y en la cual hay otra escalera que remata en una ventana sin banderas ni cristales qne da paso al terrado del edificio, cuyo piso, cual las paredes esteriores, es de cal blanca y luciente.

A la izquierda de la antesala se vé otra cocina con fogon á la Europea, y al lado un cuartito, almacen ó despensa del encargado, segun los vestigios que en él se observan.

Varios soldados de marina vieron en el hogar de esta cocina alguna lumbre encendida, y al lado un puchero en cuyo centro se cocia una magnífica gallina.

Los moros no serán valientes, pero al menos podremos hacerles justicia, atribuyéndoles siniestras intenciones. Ya podrán nuestros lectores calcular el esquisito condimento que tendria la gallina, habiéndose encontrado en el edificio tres barriles de *sulfato* de *cobre*.

Pobres marroquíes; ellos son tan ignorantes como malvados. ¿Por dónde podrian figurarse que esta mezquina estrategia podria causarnos alguna catástrofe?

Pues qué, ¿tan estúpidos iban á ser nuestros soldados, y tanta el hambre que les acosára que fueran impremeditadamente á devorar unas viandas dejadas por un pérfido enmigo? ¡Estrategia propia del fanático marroquí!

A la derecha de la antesala hay una habitacion sin adorno alguno, con ventanas al campo, aunque medio cubiertas por podridas y malparadas persianas, y en la misma pieza y en

un tablado indigno de un harapiento español habia unos toscos jergones embutidos de yerbas aromáticas ya secas, pero largos yestr echos, como los callejones de sus ciudádes.

En varias alhacenas que habia, en la cocina y en la antesala se encontraron infinidad de botellas todas llenas...de aire.

El Koran prohibe á sus hijos el uso de la bebida, pero la aparicion de tanta botella desangrada, demuestra que este capítulo del Koran es una mera redundancia de religion, y ante el cual su mahometica majestad tendrá que hacer la vista gorda sino quiere verse ella sola en el paraiso.

En las habitaciones bajas del edificio se encontraron como hemos dicho, tres barriles de sulfato de cobre, una infinidad de esteras viejas, sacos de azulejos, timones, lanchas y cajones de loza inglesa.

Hemos hecho una descripcion de la Aduana de Tetuan, segun la hemos visto acabada de tomar por nuestro valiente ejército.

Hoy si nuestros lectores pasáran á verla, probablemente observarian en ella las metamórfosis propias y correspondientes á un ejército, puesto que segun tenemos entendido, este edificio será completamente amoldado á las circunstancias de un vasto depósito de víveres y municiones de guerra que para las necesidades de nuestra gloriosa campaña de Africa, trasportará diariamente nuestra brillante escuadra.

Nuestras guerrillas de vanguardia avanzan mucho mas de la Aduana distante una media legua de Tetuan, y si el estandarte de San Fernando no tremola ya victorioso sobre las almenas de la ciudad, es porque nuestro digno general en jefe se ha propuesto que la toma de la poblacion sea todo lo equitativo posible, en sangre de nuestro heróico ejército.

CAPITULO XXVII

Ojeada retrospectiva.—Conversacion de Muley-Admet. y el emperador en Mequinez.—Accion del dia 31 de Enero.—Preparativos para la del dia 4 de Febrero.

I.

Pues que lectores nos dispensarán que retrocedamos algunos dias; pero los repetidos triunfos de nuestras armas en el suelo africano nos obligan á ello.

Crear un egército por decirlo asi de la nada, trasladarlo á un terreno desconocido completamente y conseguir laureles sobre laureles, es una cosa que entusiasma y que enorgullece á todos los buenos españoles.

Largos dias llevaba España de quietud y de reposo, reposo y quietud que menoscababan nuestro orgullo nacional y que hasta cierto punto nos hacia el blanco de la mofa y el escarnio de las demas potencias.

A cuatro pasos de nosotros, unas ordas indisciplinadas y

salvajes cometian escesos que casi siempre quedaban impunes.

A cuatro pasos tambien de nosotros la Francia, esa nacion que no tenia que vengar tantos ultrajes como la España, engrandecia los límites de sus pesesiones africanas, y victoria sobre victoria se iba acercando hasta Tlemecen ocupando los estensos territorios de la Argelia.

España entera se avergonzaba de que á las puertas de su casa, por decirlo así, las ordas Riffeñas hollando todos los tratados, insultasen constantemente al pabellon Español.

Sin embargo todas las cosas tienen su término en este mundo, y del ocaso de las naciones suele nacer una aurora, que purificando todas las nubes del pasado, lo revindique por medio del porvenir.

El dia 13 de Setiembre ocupará indudablemente una de las mas brillantes páginas de nuestra historia.

Los soldados españoles, midiendo sus armas con las kavilas del Rif, les demostraron que es harto terrible el despertar el Leon de España.

El ejército de observacion establecido en el campo de San Roque, llamó la atencion y escitó las sospechas del gabinete de S. James.

Estupefactos por el alarde de fuerza de la nacion, en cuyo mismo territorio poseian esa peña que ellos habian convertido en un centro de riqueza y comercio, y cuyo arte la habia hecho tan invulnerable como Aquiles, temieron por ella y pidieron seguridades.

Y esto lo hicieron, porque comprendieron que su gigante de hierro y piedra tenia como el héroe troyano su talon vulnerable.

Este era Tanger y Tetuan.

Estas dos poblaciones la daban su riqueza, eran el alma de su comercio, y el atraso en que se encontraban por la falta de civilizacion de sus gobiernos, la daban la supremacia en el Estrecho.

Por esta razon se pidieron esplicaciones á nuestro gabinete y este las satisfizo de un modo que no dejaba descontentos á

los hijos de la orgullosa Alvion, y nos dejaba á nosotros el derecho de obrar segun las circunstancias lo exigieran.

Hubo en aquella época algunos espíritus recelosos que vieron en estos una debilidad por parte de nuestros gobernantes, pero el conde de Lucena presidente de Ministros, á la sazon era y es demasiado buen político para saber lo que debia hacer.

La nacion entera ha visto el resultado que han dado sus disposiciones, y la nacion entera se felicita por haber depositado en él su confianza.

El dia 19 de Noviembre, el general Echagüe estableció sus posiciones en el Serrallo, y durante 8 dias con un puñado de hombres comparados con el escesivo número de los infieles, sostuvo tres combates, luchó con todas las adversidades del tiempo y construyó esos reductos, cuya posicion estratégica y perfectamente combinada, ha causado la admiracion de cuantos las han visto. Diez y ocho combates han dado por resultado diez y ocho victorias.

En el corto intérvalo que media desde el dia 19 de Noviembre de 1859 hasta el 4 de Febrero de 1860, la España, cual furioso gigante adormecido por un nacórtico funesto, se ha despertado demostrando á las naciones su inimitable é invencible pujanza.

La España de los Felipes 3.° y 4.°; la España de los Cárlos 2.° y 4.° volvió á ser la nacion de Isabel la Católica y Cárlos 5.°

El Leon de España ha despertado, y aunque noble y generoso sabe probar que puede aun sujetar al mundo entre sus garras.

¡Oh! Hermosa y manágnima nacion nuestra! El corazon nos palpita de alegría, de entusiasmo y de orgullo al considerarnos hijos tuyos!

¡Bendita sea la hora en que la Providencia nos concedió la gloria, de aspirar al primer aliento de vida en tu hermoso y heróico suelo!

Tu no puedes, noble España, tener hijos desgraciados.

¿Qué mayor ventura que poder decir «somos Españoles?»

En el solo renombre de «Español», se hallan espresas miles palabras lisongeras. «Español» es el sinónimo de todo lo grande, de todo lo generoso, de todo lo invencible.

Nosotros no tenemos ejército, nosotros lo que tenemos es un conjunto de patricios romanos. Nuestro ejército no tiene ni Generales ni soldados. En él no hay mas que semi-dioses en el dia de la batalla.

II.

Estamos en Mequinez.

Julia se habia comprometido á salvar á Zaard, y era necesario que lo consiguiera.

Para mujeres de su temple, el dar una palabra, llevaba consigo el cumplimiento de ella.

Y la empresa no dejaba de tener sus dificultades.

Sidy-Mohamed cada dia estaba mas prendado de su linda concubina.

Y los asuntos de la guerra, no dejaban de preocuparle por eso.

Habia visto que los españoles eran mas terribles de lo que al principio le habian parecido.

Largas horas horas se habia pasado encerrado en su *cobba* con su favorito Sidi-Mahomed el Ketib.

En su conferencia habia tratado de lo mas conveniente para contrarrestar el poder cada dia mas temible de los cristianos.

Estos habian pasado el Cabo Negro, y tenian sus Reales establecidos al frente de Tetuan.

Es decir á dos pasos del egército de los musulmanes.

Y sin embargo estos no osaban empeñar combate ninguno con sus enemigos.

En tal estado, no teniendo confianza el Xeriffe en su hermano Muley-Abbas, decidió que con nnevos refuerzos partiera hácia Tetuan su otro hermano Muley-Admet.

No estaba este en muy buenas relaciones con el emperador, por cuyo motivo comisionó á el-Ketib para que fuera á participarle la honrosa mision que el soberano le habia conferido.

Muley-Admet dominó la repugnancia que tenia en servir á su hermano, y partió inmediatamente *Al Kassar*.

Un oficial de los infinitos que pululaban por las antecámaras, despues de haberle hecho una *zala* con todo el etiquetero rigor musulman, se dirigió al *cobba*, y alzando el túpido tapiz que ocultaba la puerta, anunció:

—El alto y poderoso Muley-Admet, desea gozar la incomparable dicha de ver al omnipotente padre de los buenos creyentes.

Una inclinacion de cabeza del emperador fué la señal de que podia pasar su hermano.

Reclinado mas bien que sentado en los mullidos almohadones que circundaban la estancia, aspiraba con delicia el voluptuoso aroma que exalaban los perfumeros de oro que sostenian las estátuas de mármol negro que habia en los cuatro ángulos.

Dos esclavas negras de Abisinia, de formas tan lustrosas, y morvidas como una estatua de Fidias, arrodilladas á los pies de su señor, arrancaban de sus guzlas de oro fléviles sonidos que aumentaban el encanto de aquel cuadro,

Otras dos con sendos abanicos de plumas de avestruz templaban la ardiente atmósfera que reinaba en el aposento.

Mientras que una hija de Georgia, de ojos tan azules como el cielo de su patria, llenaba sin cesar la enorme pipa cuya embocadura de ambar tenia el Xeriffe entre sus labios.

Todo era alli quietud y reposo.

Esa molicie, ese abandono de la vida musulmana, estaba allí perfectamente caracterizado.

Era un detalle magnífico arrancado del Koran.

Muley-Admet apareció en la puerta del *cobba*.

Sidi-Mahomed hizo un ademan, y las cinco odaliscas se deslizaron bajo los arcos y desaparecieron como un ensueño

de ángeles por una de las primorosas arqueadas puertas que habia en los estremos de la habitacion.

Los dos hermanos quedaron solos.

—¿Qué tienes que mandar á tu hermano, poderoso señor de los creyentes? preguntó Admet.

—Siéntate y escucha.

Obedeció aquel y el emperador prosiguió.

—Tú sabes perfectamente el profundo *djchad* (odio) que siempre ha reinado entre los cristianos y los buenos hijos del Islam. Tu has visto la audacia de aquellos que no contentos con lo que poseian, se han internado en nuestros dominios, y apesar de los continuos ataques que nuestros invencibles musulmanes les han dado, no han detenido su marcha, y salvando las encrepadas sierras y los desfiladeros del Cabo negro, amenazan á nuestra encantadora *Tetaven* la joya mas rica de la provincia de *Hasbat*. Yo confiaba en que nuestro hermano Muley-Abbas detuviera la marcha de esos perros descreidos, pero no lo ha hecho así, tal vez porque no contara con tropas suficientes, y ahora quiero que seas tú el que al par que lleves esos refuerzos, ciñas el laurel de la victoria derrotando á los cristianos y trayéndome prisioneros atados á las colas de vuestros corceles esos generales de cuyo talento tanto blasonan.

—Talento que yo les reconozco tambien, contestó Muley Admet.

—Di mas bien que la nulidad de mi hermano ha dado márgen á que se crea en ese talento; ¿qué victorias ha ganado Muley Abbas contando con mas elementos que los cristianos?

—No hagas á los hombres responbles de las desgracias que nos suceden; di mas bien que la fatalidad parece que se ha empeñado en cebarse en nosotros, y no otra cosa.

Sin duda el profeta con su dedo de hierro ha escrito sobre las rocas de nuestras sierras, que en cuantas luchas entremos con los cristianos, seamos vencidos. Recuerda la batalla de Ysly en cuyo éxito tanto confiabas, y en la que tú mismo fuiste derrotado por los franceses; acuérdate de la confianza que te-

nias en tus *Kabilas* y sin embargo, estas han huido ante el empuje de los nazarenos; creias que esos aliados que tanto te ofrecian, pondrian obstáculos á la marcha de los españoles, y ha sucedido al contrario; tuviste una fé ciega en que Muley-Abbas derrotaria á nuestros enemigos, y ha sido vencido, ahora crees que con mi ayuda nuestras armas vencerán, y si al contrario sucede, lo mismo que has culpado á las Kabilas, lo mismo que has desconfiado de mi hermano, desconfiarás de mí, y nadie ha tenido la culpa de esto mas que tu mismo.

—¿Qué estás diciendo? Insolente!.... gritó ciego de cólera el Xeriffe.

—Sí, tu mismo, contestó sin alterarse el hermano del emperador, cuando los de la tribu de Augghera insultaron á los españoles, debiste de darles las satisfacciones que te exigian con harta justicia.

—Y por qué? acaso no hay en mi imperio cien moros para cada español?

Es cierto, pero qué instruccion, qué táctica y qué máquinas de guerra tienen tus soldados? En tu afan, lo mismo que nuestros padres de desdeñar todos los adelantos de las demas naciones de Europa, nos encontramos hoy que no servimos mas que para las *gazzias* que hacemos en las tribus rebeldes de nuestro mismo imperio, por esa razon los franceses nos han vencido, y los españoles acabarán la obra que aquellos han empezado. «*Nuestro golpe de muerte ha de venir de España,*» esta máxima sabes que hace años te la dije lo mismo que á el querido señor Muley Abderrhaman, nuestro padre, esto me causó muhos disgustos, y hé aquí que hoy empieza por desgracia á realizarse.

—Y qué hacemos entonces? preguntó Sidy-Mahomed, que no podia menos de comprender la verdad que habia en lo que su hermano estaba diciendo

—Luchar, ya no tenemos otro remedio, los españoles son tan ambiciosos como todos los vencedores, si hoy les ofrecemos, nos exigirán doble, y ya que no tengamos mas remedio que darles mucho, al menos defendámoslo hasta que podamos.

—Luego tu opinas que seremos vencidos? con que una nacion que cuenta tantos soldados como arenas en sus desiertos han de caer ignominiosamente bajo el yugo de un invasor?

—Las arenas del desierto tan numerosas como son, sirven de juguete al *Simoun* y por qué? porque esas arenas esparramadas en una estension inmensa, no han comprendido que para resistir al ímpetu del viento, era necesario que se hubiesen reunido y formado montañas sólidas, eso es lo mismo que le ha pasado á tu pueblo; los españoles son el Simoun, y ay! de nosotros, si acreciendo su furor, llega un dia en que quieran hacernos su juguete.

—Y tu no tienes confianza en vencerlos?

—Ninguna.

—Entonces ajustemos las paces con ellos.

—Tampoco eso es conveniente.

—Pues qué vamos á hacer?

—Lo que antes he dicho, morir como valientes al pie de los hogares, que no podemos defender.

—Bien hermano mio; tal vez el Dios altísimo y único se cansará de prodigar desgracias á su pueblo, y nos conceda la victoria.

—No será por falta de poner los medios; pero si así no sucede, no nos eches la culpa á nosotros sino á nuestros antecesores, y á ti mismo que pudiendo remediar el mal á tiempo, no lo hiciste.

—Y cuándo piensas marchar?

—Cuando me des tus órdenes.

—Pues inmediatamente; contigo irán seis mil hombres con un número respetable de mis ginetes negros; ademas El-Katib irá tambien contigo por si encontrais probabilidades de hacer algun tratado ventajoso.

—Como quieras, aunque preveo que será inútil su viage.

—Obra tu allí como mejor te parezca mientras que yo haré aquí que todos los dias nuestros *marabutos* dirijan al Todo poderoso sus plegarias por el feliz éxito de nuestras armas.

Siguieron hablando algun rato los dos hermanos, y al dia

siguiente salieron de Mequinez con direccion á Tetuan los refuerzos que capitaneaba Muley-Admet.

III.

Vamos hacer una descripcion sumamente pálida de la gloriosa accion del 31 de enero de 1860.

Y decimos sumamente pálida porque hay cosas que jamás nuestra imaginacion puede estamparlas en el papel, bajo la misma impresion que las recibe.

Nuestra mente al querer lanzar ciertas ideas que la exaltan, que la arrebatan, ó que la abaten no encuentra en el órgano oral potencia suficiente para dar á aquellas su exacto colorido.

Nuestra lengua ó nuestra pluma es para ciertos pensamientos, un simple daguerreotipo.

En él queda impresa la sombra de un muerto introducida por la interposicion de una forma viviente. La forma puede imitarla el hombre: la vida solo puede darla Dios.

En fin hay tanta diferencia de ciertas ideas encerradas en la imaginacion del hombre, á la definicion que de ellas intenta hacer el mismo, que solo pueden compararse á los ardientes rayos del sol con los pálidos reflejos que de ellos la luna nos trasmite.

Por eso decimos que vamos á hacer una pálida descripcion de nuestra gloriosa accion del 31 de enero contra los bárbaros sectarios del Koran.

Indudablemente que la ignorancia es muy atrevida; como ignorantes los moros son atrevidos y por lo tanto y cual de costumbre tienen en sus campañas, de ellos partió tambien la iniciativa en este dia.

Las continuadas derrotas que principiando en el Serrallo habian ido destrozando las hordas musulmanas hasta el valle de Tetuan ocupado ya por nuestros dignos soldados, habian

abatido tanto el ánimo de los marroquíes, que de tigres sangrientos se habian convertido en un conjunto de lobos acobardados al pié de Sierra-Bermeja en las inmediaciones de Tetuan.

El ánimo de ellos hubiera sido sin duda presenciar impasible y vergonzosamente, segun manifestó uno de sus caudillos hecho prisionero posteriormente, la entrada de nuestro ejército en Tetuan, para cuya operacion estaba preparando el campamento nuestro inimitable General en Gefe Don Leopoldo O'Donell.

Pero llegadas como era de esperar al interior de Marruecos, es decir á la córte del Emperador, las continuadas é infaustas nuevas, de los repetidos descalabros sufridos por su hermano Muley el-Abbas en las huestas que comandára, haciendo un nuevo esfuerzo el sangriento *caiman*, para resistir las tremendas embestidas del Leon de España, determinó el descendiente del Profeta, reforzar las huestes del impotente Muley-el-Abbas con otras numerosísimas al mundo de su segundo hermano Muley Achmet.

Efectivamente el dia 29 de enero, Tetuan recibió en su seno á millares de sectarios.

La alegría de esta desgraciada poblacion, si bien venturosa por corresponder hoy ya á la Corona de España, podrá comprenderse al considerarla falta de recursos para contrarestar á un enemigo poderoso llamando á las puertas de sus murallas, y enemigo en quien, juzgándolo en el mismo estado de incivilizacion y barbarie, que las hordas de salvajes que todos los habitantes de su imperio, no creia poder confiar en su innata generosidad y conmiseracion.

Mucho sentiriamos, que, ciertos estrangeros particularmente, diesen una mala interpretacion al pensamiento que acabamos de consignar deduciendo de él para nosotros denigrantes consecuencias, y así ya que como escritores imparciales nos es preciso circunscribirnos á los hechos, como españoles amantes de nuestras glorias y sobre todo de nuestra patria y defensores de nuestros verdaderos y nobles instintos es-

tamos en el caso de evitar toda la mala interpretacion que la envidia y el egoismo de ciertos *isleños* pudieran dar á nuestras palabras.

Hemos dicho que los habitantes de Tetuan se hallaban aterrados ante un ejército de españoles en cuya conmiseracion y nobleza no confiaran.

Esto pudiera servir para que algunos dedujeran que los españoles no son ni nobles ni misericordiosos, y para ahorrarles semejantes ilusiones debemos aclarar la cuestion.

Hay un refran castellano que dice:

«Piensa el ladron que todos son de su condicion» y asi pues debemos considerar.

Que Tetuan era una plaza de moros.

Que los moros son inhospitalarios y sangrientos.

Que los moros no viven mas que del robo y del pillaje.

Así pues, los habitantes de Tetuan, á quienes sin embargo no les haremos la mengua de compararlos con los caribes del Riff y otras muchas regiones del dilatado imperio de Marruecos, se hacian las tristes reflexiones de que los españoles, venidos esclusivamente á su territorio para vengar los pillajes y crueldades que sus conciudadanos habian sin interrupcion egecutado desde largos años, tratarian de obrar de la misma manera.

Pero esto no podia ser mas que un modo de raciocinar de la morisma, fundado esclusivamente en la barbarie é incivilizacion que tanto la harta de ser racional.

Por lo demas la entrada posteriormente de nuestro valiente cuanto virtuoso ejército de Tetuan, nos ahorra de tener nosotros que decir á las naciones que se crean mas civilizadas del mundo que somos hermanos de Jesucristo.

Hechas estas reflexiones, debemos continuar.

Asi pues Tetuan que habia visto huir por todas partes desparcidas las primeras ordas de la morisma que quisieran oponerse á la impetuosa y triunfante marcha de nuestro invasor ejército, al acamparse este á sus inmediaciones, creyó ver la cólera de Dios cerniéndose sobre su cenit, y al de impro-

viso encontrarse ausiliada con las numerosas tropas de Muley-Admet, su centro manifestó su recóndita alegría con multitud de salvas de cañon, y en su espíritu se obró la misma metafórmosis, que en el de un infeliz cazador asaltado impensadamente por un tigre, vé caer á este exánime atravesado por el puñal de un valiente compañero que ha acudido velozmente en su socorro.

Pero ¡hay! que Muley-Admet no llevaba sobre Tetuan mas que muy pasageras ilusiones!

Las prescripciones que el emperador de Marruecos habia dado á Muley-Amet consistian en que la pintoresca, la poética ciudad de Tetuan, uno de los mas espléndidos florones de su corona, se sostuviera y defendiese á todo trance.

La ciudad, efectivamente, se coaligó en masa á semejantes condiciones, pero la ciudad creyó hallarse defendida y custodiada por un ejército digno de sus deseos.

No obstante los hermanos del emperador, para darla una prueba de la seguridad y confianza que sus habitantes debian tener en las infinitas huestes de que eran capitanes, concibieron la gigantesca idea de querer encerrar á nuestro ejército dentro de las murallas de Ceuta haciéndole ir descendiendo vergonzosamente los altísimos escalones de gloria ó á donde hasta entonces se habia remontado.

Ellos no podian nunca comprender que el ejército español no puede descender; no podian concebir que el genio español no se humilla jamás y que si no le es dable conseguir la victoria prefiere una muerte honrosa, á la afrenta de cejar, un palmo del terreno que ha conquistado.

Así pues el dia 31 principiaron á descender en numerosos grupos desde las faldas de Sierra Bermeja, y á las diez y media de la mañana la accion se habia hecho estensiva por todas nuestras lineas.

La division del general Rios fué la primera que entró en fuego, y tanto esta como las tropas al mando del bizarro caudillo general Conde de Reus, fueron las que sostuvieron continuadamente todo el rigor del combate, que duró hasta la oracion.

Testigos presenciales en esta accion no podemos menos de repetir á nuestros lectores, lo que miles de veces hemos ya repetido, que nuestro ejército, sin hacer alarde de amor propio, y sin lanzar *españoladas* como dicen los portugueses, es el primer ejército del mundo.

Ni un momento siquiera en medio de las embestidas tan rudas y despiadadas de los marroquies, cejó el valor de nuestros soldados, ni la victoria estubo indecisa de nuestra parte.

El General en Jefe, como siempre estubo acertadísimo en todas las disposiciones que ordenara y si hemos de creer que la infalibilidad existe en lo humano, el General O'Donnell es infalible en las batallas.

Es indudable que el Conde de Lucena hoy ya tambien Duque de Tetuan está dotado por la Providencia por cuantos dones puede conceder á un insigne Caudillo. Todas sus disposiciones parece que se hallan prematuramente concebidas con el sello de la consumacion.

Cuanto mas peligrosa y difícil parezca la realizacion de cualquiera órden suya sobre el campo de batalla, hasta que él la haya prescrito, para que con una sorprendente naturalidad los efectos vengan á realizar victoriosamente sus planes.

Pero una de las cosas que mas verdaderamente chocan á todos los que en el campamento observan este gran genio de nuestra guerra de Africa, es la imperturbabilidad que debe existir en el corazon de ese hombre y que refleja de una manera indescriptible en su semblante.

Para él no hay obstáculos; para él no hay peligros:

En uno de los momentos mas encarnizados de la gloriosa accion de este dia, se hallaba el conde de Lucena observando las espantosas peripecias del combate en una posicion de mucho muchísimo peligro.

No era posible que á él se le pasara por alto la mala posicion que ocupaba puesto que tanto le concernia. Sin embargo, observada por varias personas á él proximas hubieron de advertir lo mal colocado que se hallaba en riesgo de su vida,

puesto que el silvido de las balas parecia querer derribar hasta el caballo sobre que montaba. A lo cual contestó con esa sangre fria esclusivamente suyas «No las oigo»

En cuanto al espíritu de los soldados en este dia, fué como siempre causa de admiracion para sus gefes y oficiales.

Cuanto mayor eran los obstáculos que vencer mayor su animosidad y arrojo.

Los moros que siempre se hallaban acechando con ese espíritu ratero y traidor que tanto les domina, el menor descuido de nuestras tropas, si descuido puede haber en los bravos y entendidos generales que las capitanean, se aprovecharon del aislamiento en que al parecer se hallaba por causa de su demasiado avance, uno de los batallones de cazadores al mando del general Rios.

Como lobos tras de rezagado cordero se echaron encima millares de marroquíes de á pie y de á caballo, y en momento tan crítico aquellos valientes se vieron obligados á hacer esa terrible peripecia de los lances estremos que en el arte de la guerra se llama *formar el cuadro.*

Pero aquello no fué formar el cuadro sino construir un volcan de nutrido fuego defendido por las inaccesibles puntas de las bayonetas.

Mas facil hubiera sido penetrar en los autros de la muerte que romper aquel baluarte destructor defendido por soldados invencibles.

Advertido el General en Jefe de la situacion de aquellos valientes partió cual una exhalacion en su socorro.

Pero cuando llegó ya era tarde.

Es decir cuando llegó sus refuerzos eran ya inútiles.

La morisma rechazada, destrozada y vergonzosamente huia despavorida de aquel cuadro de Marte, y de cuyos lados no salia mas que la desolacion y la muerte de los agarenos.

Este episodio tan glorioso del 31 de enero nos hace comprender que el genio español no degenera ni un solo momento de la bravura que le es peculiar en los combates, y de seguro que el general Rios pudiera en aquellos instantes haber confiado en

sus soldados, como el heróico *Guzman el Bueno* encerrado en las murallas de Tarifa confiaba en el valor de los suyos al dirigirles tan guerreras espresiones.

«No os asusten los fieros escuadrones
«Que en torno al muro su furor ostentan,
«Que al número no atienden los leones
«Cuando en débil rebaño se ensangrientan.
«Siempre los esforzados corazones
«Sus contrarios combaten, no los cuentan:
«¡Seguidme! Y descargando golpes ciertos
«Los contareis despues de muertos.

En suma: el mes de enero concluyó en aquel dia para el ejército español con glorias duplicadas. El se inició cubriéndolo de gloria en los Castillejos y términó con repetidas victorias en *Guad-el- Jelú.*

Los estrangeros siguen acompañando el cuartel general, siendo testigo de lo que somos los españoles, y en particular los franceses que despues de la batalla de Solferino se han creido los únicos hijos de Marte, han llegado á convencerse de que nuestro ejército no tiene comparacion mas que con los mejores soldados de Europa.

Los Zuavos franceses son reputados como los mas intrépidos á la bayoneta; pero todos los franceses no son *zuavos.*

Nuestros soldados son todos españoles y el *haleine* (1) que ellos han demostrado para la bayoneta, solo se ha conocido hasta ahora en los zuavos franceses.

(1) Aliento.

CAPITULO XXVIII.

Gran victoria del dia 4 de Febrero.—Julia y el emperador de Marruecos. —Mogador y Rabat:—Un recuerdo á nuestros antiguos amigos.

I.



A hemos manifestado, que indudablemente la acometida tan terrible como funesta que los moros dieron á nuestro campamento de *Guad-el-Jelú*, tendria por objeto encerrarnos vergonzosamente en el recinto de Ceuta.

Efectivamente; Muley Achmet segundo hermano del Emperador, con numerosas huestes de refresco; poseido de ese valor brutal tan peculiar á los agarenos se creyó que seria tan facil derrotarnos, y arrojarnos á nuestras playas, como matar indefensa y traidoramente desde el campo á los desgraciados centinelas de las murallas de Melilla, que no tomaban las pre-

cauciones que tan repetidos casos habian hecho necesario imaginar y que nuestros gobiernos habian sufrido continuamente en mengua de la nacion, y en descrédito del valor y del corazon español.

Para que una nacion tenga un íntimo convencimiento de las debilidades ó eroismo de otra, es menester que pueda apoyarse en hechos verdaderos.

Nosotros que sabemos leer, que tenemos continuamente á la vista la historia del mundo,. sabremos juzgar y definir por las acciones el carácter de cada nacion, sus proezas, y sus elementos.

Pero los marroquíes no se encuentran en este caso.

Para nosotros los hechos de hace cien siglos son tan palpables como los de hoy.

Para los muslimes un acontecimiento que sobre sí lleve el peso de un siglo está sumergido en la oscuridad de los tiempos.

Ellos carecen de historia.

Y la historia es la vida de las naciones.

Sin la historia escrita no tienen mas que las tradiciones de familia á familia.

Y estas tradiciones no las han tenido muy presentes, cuando han olvidado que en las Navas, en Clavijo en Granada, en Tunez en Oran y en Lepanto, las huestes musulmanas, han huido ante los aguerridos tercios castellanos.

Indudablemente sus tradiciones se han perdido, cuando se imaginaron que el valor español cederia ante la pujanza marroquí.

Pero ay! que el desengaño recibido en 18 combates, no se les olvidará tan pronto.

En otros tiempos efectos de los atrasos de la época, las victorias que sobre ellos obteniamos, tardaban mas, y hasta si se quiere la hacian menos.

Pero hoy, hoy que en tres meses de campaña, se han ganado cuantos combates se han empeñado, que hemos conseguido ponernos á la altura militar de cualquiera de las primeras naciones de Europa, que hemos tomado una plaza de alta

importancia mercantil, y que nos hallamos como en otro tiempo en el caso de imponer leyes, hoy repetimos los hijos del Islam, recordaran aquellos antiguos consejos, que sus madres cuando niños les contestaran, y recordaran la huida de Granada de Boabdil, *el zogoibi*, la guerra de los moriscos, y la muerte de Barbaroja.

Como habia dicho muy bien Muley-Admet, el golpe de gracia para Marruecos, solo de España podia venirles.

El éxito de la jornada del dia 31, corroboró lo que habia dicho á su hermano.

La uueva derrota del 4 de Febrero, seguia correspondiendo á lo que se esperaba.

Y la toma de Tetuan el dia 6, era el complemento de las desgracias que él presentía para su pueblo. . . . . . .

. . . .

Nuestro ejército tenia la mision en Africa de vengar á nuestra patria de bárbaros insultos, de defender sus posiciones, y de avanzar conquistando.

¡Y que magnifica y gloriosamente ha llenado la mision que su patria le encomendara!

Los moros despues de la accion del dia 31 se retiraron á sus campamentos de la torre de *El halili* y alli continuaban aterrados haciendo alarde de una fuerza que no tenian, pues estaban desmoralizados completamente, tratando de dilatar la entrega de la ciudad de Tetuan, cuyas esperanzas de resistencia murieron con la accion del 31 de enero.

Pero el conde de Lucena que no parece sino que en el arte de la guerra juega como vulgarmente se dice *á cartas vistas*, y que para no aminorar el brillo de sus glorias, no quiere anticipar nada, sino marchar con todo el rigor de la ciencia, así que terminó las disposiciones y preparativos para rendir por todos medios la plaza de Tetuan, se preparó á la ofensiva.

Famoso jugador de ajedrez era preciso dar un terrible jaquemate.

Era necesario ganar el juego destrozando antes todas las piezas no dejando al rey mas que la *casilla* en que habia de sucumbir.

Antes de describir pálidamente como no podemos menos de hacrlo el gran dia en que las banderas de su media luna huyeran despavoridas ante el leon de España, dedicaremos algunas palabras á los voluntarios catalanes que á las veinte y cuatro horas de su desembarque, recibieron el glorioso aunque triste bautismo de sangre, salpicándose con la de su valiente gefe, que halló en el combate la muerte de los héroes.

Cuatrocientos leones desembarcaron el dia 3 en las playas de la ria de Tetuan, y el general Prin, digno hermano de aquellos que iban á combatir por la honra patria, los esperaba en el desembarcadero.

Apenas saltó en tierra el conde de Reus en su mismo dialecto, les arengó de ese modo enérgico y sencillo que el hombre mas rudo comprende, porque se va derecho al corazon, y aunqae quisiéramos transcribir todas sus palabras, nos seria imposible porque ese lenguaje no se imita, no se copia, es menester sentirlo, y admirarlo cuando no se puede pronunciar.

«Venis á un egército de héroes, les dijo, y es preciso que os mostreis dignos de vuestros camaradas, y que recordeis que vuestros antepasados pasaron las termopilas, no basta que lucheis, hay que ir derechos á los cañones y cogerlos para presentárselos á nuestro general.»

Los voluntarios le prometieron hacerlo así, y al dia siguiente supieron cumplir su promesa.

Aquella noche fueron tratados á cuerpo de rey, como dijo el mismo Prim, pero al inmediato dia, se mostraron los dignos representantes de los bravos catalanes.

II.

Amaneció por fin el dia 4.

Durante las primeras horas del crepúsculo, la menuda lluvia que caia, molestaba algo á nuestros bravos.

Sin embargo, la diana resonó por el espacio, se tomó el café, se levantaron las tiendas, y momentos despues, batallon

tras batallon formados en masa, tomaron la direccion del campo enemigo.

La artillería avanzaba en el centro, cubiertos sus dos costados por las divisiones de los generales Prim y Ros de Olano.

Sobre el cenagoso terreno por el que adelantaban nuestras tropas, no se oia mas ruido que el de las pisadas de los caballos y de los infantes.

Ni una voz, ni una palabra revelaba la marcha de aquellos millares de hombres.

Toda la vida se habia concentrado, por decirlo así, en el movimiento.

En momentos tan supremos, el labio ahoga todas las espresiones, y el corazon solo en su agitacion inquieta, espresa un mundo de sensaciones.

Cada uno de aquellos hombres tenia una familia, que anhelante, seguia sus pasos por el suelo africano, y cada hombre al ir á jugar ese tremendo albur con la vida, no podia menos de recordarla.

Y cuando esa voz misteriosa de la naturaleza representada por una madre, por una esposa ó por un hijo, grita en el fondo de nuestra alma, todas las palabras son frias, todos los sonidos son impotentes, y solo el corazon puede responder á la voz del alma.

Por eso el cuadro que ofrecia la marcha del egército era tan solemne, tan aterrador, tan sublimemente magnífico.

Admirablemente dispuestos todos los elementos de aquella gran máquina, solo esperaban una voz, una señal del inteligente director, cuya vista dominando todo el espacio, iba á fijarse brillante y escrutadora en las líneas enemigas.

Y el silencio continuaba con mas persistencia.

Y la causa era que el peligro se acercaba mucho mas.

De pronto se vieron á lo lejos algunas nubes blanquecinas seguidas de una detonacion que retumbó entre las montañas, y algunas balas penetraron en nuestras filas.

Volvieron estas á cerrarse, y el egército continuó su pausada marcha.

A su vez nuestra artillería por medio de sus gargantas de bronce, lanzó sus roncos sonidos, envueltos entre sus palabras de hierro.

Todos los ojos se fijaron en el campo marroquí.

Se empezaba á aspirar el olor de la pólvora, y los pensamientos de familias, patria y amigos, se iban olvidando.

El peligro empezaba á manifestar su estraña atraccion.

Y á los disparos de nuestros cañones, contestaban los marroquíes con otros no menos nutridos.

Nuestra artilleria hábilmente dispuesta los envolvia por decirlo así en un círculo de fuego.

De pronto una detonacion tremenda retumbó por todo el espacio.

Nubes de humo se esparcieron cubriendo el campamento marroquí con sus cenicientos encages.

Aquellas nubes impelidas por el viento vinieron hasta donde estaban nuestros artilleros, y cerniéndose sobre sus cabezas, permanecieron algunos instantes en calma.

Era la aureola que *Belona* les concedia por lo certero de sus disparos.

Un alarido salvage, inmenso, aterrador se habia seguido á aquella detonacion.

Y envueltos entre los torbellinos de humo, miembros palpitantes, alquiceles, medio quemados, y trozos de madera, volaron por el aire.

Nuestros proyectiles habian incendiado sus depósitos de municiones, y las nubes de humo que vagaban sobre las cabezas de nuestros soldados, eran la corona concedida por la diosa de la guerra.

Y sin embargo los moros resistian á aquel enemigo que se acercaba silencioso, pero mas temible en medio de su sombrio silencio.

El cañon suspendió sus funciones.

Hubo otro momento de quietud; momento solemne en el cual se comprendia cuanto iba á suceder y que dejaba pensar á nuestros valientes en todo lo mas querido de sus corazones,

y en el que levantaron sus ojos á Dios para enviar por su Divina mediacion sus tal vez ¡ay! últimos recuerdos de amor á cuanto se habian dejado en la madre patria.

Las cornetas ordenan el paso de ataque y los batallones al mágico grito de «Viva la Patria» y «Viva la Reina» calan bayonetas y cual impetuoso y destructor torrente se lanzan sobre el campamento enemigo, escalan sus trincheras, y se diseminan por él ardientes de gloria y de venganza sembrando la muerte la desolacion y el espanto entre los hijos del Profeta.

El bravo entre los bravos, el héroe catalan, el nunca bien ensalzado valiente Conde de Reus, olvidando sus títulos, sus grados, sus condecoraciones y mas que todo la conservacion de su interesante existencia, es el primero que cual simple soldado se lanza espada en mano por una de las troneras, penetra en el campo marroquí, atraviesa de una estocada á un artillero dispuesto á dar fuego á una pieza de artilleria y continua su frenética carrera, haciendo huir á los hijos de Agar, mas despavoridos á la vista de semejante mensagero de la muerte, que ante las iras del Profeta.

Los voluntarios catalanes le seguian y todos héroes, seguian el egemplo que su caudillo les daba.

Alli peleando uno contra diez vieron caer á su comandante y disminuir sus fuerzas casi una tercera parte.

Pero esto no los aterraba.

En una vasta estension de terreno, se veian aparecer, en medio de los blancos alquiceles, y de las *chichias* musulmanas, los gorros encarnados de los hijos de Cataluña.

Se asemejaban á un campo de azucenas, esmaltado á trechos por las rojas amapolas.

Mientras por la derecha el cuerpo del general Prim se cubria de gloria, por la izquierda el de Ros de Olano no la adquiria menor.

Incapaz de contenerse el general en gefe, en medio del entusiasmo infinito que reinaba en todos los corazones, seguido de su cuartel general, se lanzó sobre las trincheras enemigas, y la lucha se generalizó completamente.

Horrible era el cuadro que presentaba el campo de batalla.

Las voces de los generales se dejaban oir en medio de las repetidas detonaciones de las armas de fuego.

Los moros so defendian con un valor superior á todo cuanto podamos decir.

Las cornetas tocaban furiosamente sus aires de ataque.

El olor de la pólvora se aspiraba con cierta especie de embriaguez.

Por aqui se veia un monton de cadáver e

Mas allá dos soldados sostenian á un oficial que habia caido herido al frente de su compañia.

Y los relinchos de los caballos, los estrepitosos toques de las musicas, los atronadores disparos de los cañones, los gemidos de los moribundos las voces de los vivos, y los ayes de los heridos, formaban el mas discordante y aterrador concierto que se puede imaginar la fantasia.

La matanza era horrorosa.

No podemos elogiar á ningun batallon en particular.

Todos eran héroes, y se portaron como tales.

Campamento tras campamento todos fueron cayendo en nuestro poder, apesar de estar defendidos con un valor que honraba al de nuestros soldados.

Aquella embriaguez causada por la polvora, por las músicas y por los gritos, á aquella especie de vertigo que sentian los españoles, era imposible que nadie hubiera resistido.

En esos momentos en que el hombre se olvida de todo, hasta de la muerte misma, el valor se centuplica, y es cuando se llevan á cabo esas grandes hazañas, que la historia escribe en sus páginas con letras de oro.

La victoria tardó muy poco en conseguirse, sin haber estado indecisa un momento.

Y como ya hemos dicho antes no fué por que los marroquíes no se defendieran.

Pero fué tan brusca, tan instantánea, tan atrevida y tan pujante la embestida de nuestro egército sobre el campo enemigo, que en menos de tres cuartos de hora sufrieron los mo-

ros la derrota mas completa que puede leerse en los anales de las guerras, y despues de dejar el suelo cubierto de cadáveres, el resto de un egército de 35,000 hombres tuvo que huir vergonzosamente abandonando á nuestras armas, sus cadáveres, sus heridos, sus tiendas de campaña é infinidad de barriles de pólvora, sus cañones, sus banderas y hasta el equipo de sus gefes y soldados.

Pero ah! estaba escrito que, en cuantas acciones se empeñasen con los españoles, en otras tantas habian de ser vencidos los sectarios del Yslam.

En cuanto á las ventajas que para nosotros debia reportar esta imperecedera victoria son incalculables.

Ella debia de abatir completamente la audacia fanática del egército marroquí destrozado y diseminado por toda la comarca.

Tenia que abrirnos y nos abrió á los dos dias las puertas de Tetuan, cuya desgraciada poblacion sufrió un repugnante saqueo por la misma tropa que la habia de defender horas antes de entrar en ella el egército español, cuya posesion tuvo que acelerar para imponer en ella la moralidad y el órden.

¡Que ejemplo de tanta trascendencia moral para el espíritu de aquel pais! ¡Los enemigos asegurando las vidas, las haciendas, el reposo y la tranquilidad á los avasallados habitantes de Tetuan!

Y por fin esta victoria levantaba á un grado inmenso de honra y consideracion al egército español que en un número casi medio, destrozó haciendo huir aterrado á un egército infinitamente mayor en el espacio de cuarenta y cinco minutos, siendo tan grande el entusiasmo que el valor de nuestros soldados causára en los ánimos, que un corresponsal francés testigo tambien de tanta bravura, no pudomenos de esclamar arrebatado de admiracion. ¡*La Francia y la España juntas, pueden conquistar el mundo entero!*

Aquella misma noche nuestro egército acampó en el mismo sitio donde horas antes habian estado los musulmanes, y ébrios

de gozo los oficiales y soldados, solemnizaron la gran victoria que habian conseguido.

La division del general Rios, no pudo disfrutar de la gloria de sus compañeros.

Pero que la importaba; en los dias 23 y 31 habia tejido los laureles que la habian de inmortalizar.

Guardando las posiciones de la ribera de Guad-el-Jelu, y el formidable reducto de la Estrella, aunque de lejos, saboreó como debia el triunfo de sus camaradas.

III.

Ya es tiempo de que digamos á nuestros lectores algo de lo que hizo Julia para salvar á Zaard.

Como van tan íntimamente ligados los acontecimientos de nuestra novela, con los hechos heróicos, nuestros lectores nos dispensarán si retardamos algun tanto el describirles la toma de Tetnan, retardo que procuraremos compensar, dando los detalles y descripciones de tan memorable accion.

El *muetzin* acaba de agitar la bandera blanca en la torre de la gran mezquita de Mequinez, llamando á los buenos creyentes á la oracion, cuando por una de las estrechas bocas-calles que desembocaban en la plaza donde se alzaba la residencia del Xeriffe, apareció un lucido escuadron compuesto de cien ginetes, cuyo aire marcial llamaba estraordinariamente la atencion.

A la cabeza de ellos, nn jóven de belleza estraordinaria marchaba con gentil desembarazo, dejando flotar al viento su airososo alquicel.

Una multitud inmensa seguia á la brillante cabalgata victoreando al gefe de ella.

Y tenia razon para ello.

De vez en cuando cada uno de aquellos ginetes arrojaba

al pueblo un puñado de monedas que este se apresuraba á recoger.

Así llegó la comitiva á las mismas puertas del palacio.

Allí formaron en masa, y el que hacia cabeza de aquella gente, descalbalgó de su corcel, y penetrando en el régio edificio, atravesó patios y habitaciones, hasta que llegó á una especie de antecámara donde estaban reunidos todos los oficiales del emperador.

Apenas vieron la riqueza del trage del recien llegado, como el servilismo y la bajeza son las cualidades que mas distinguen á los musulmanes, se dirigieron á él preguntándole.

—Allah te guarde. ¿qué deseas?

—Ver á el padre de los buenos creyentes, contestó con altivez el jóven.

—Quién eres?

—Soy Ybrahim-H' as-al-Kaik, hijo de Sidy Jerdah-H' as-al Kaik, príncipe de los Huled-Ben-Jassi, que habitan á el otro lado del gran desierto.

—Y para que deseas ver al grande entre los grandes, al poderoso é infalible Sidy Mahomed, preguntó el *Alcaid* ó gobernador del palacio que á la sazon habia entrado en la estancia, escuchando las últimas palabras del jóven.

—Para hacerles presentes mis respetos, y pedirle su venia antes de partir á la guerra santa.

—Tú vas á la guerra contra los bárbaros cristianos?

—Sí. y mi padre el querido del señor, Sidy-Jerdha-Hás-a Kaik, me ha encargado que presente al Xerife como débi muestra de su aprecio todo lo que llevan tres camellos que guardan mis esclavos á las puertas del *Al-Kasar*, asi como tambien que reparta entre los oficiales de palacio arenas de oro del *Uel-Djured*, tarros de agua de los sagrados manantiales de Zem-Zem, y pieles y plumas y tegidos como no se fabrican ningunos en el imperio.

A semejantes palabras, todos los musulmanes allí presentes, se hicieron un arco, tan profundas fueron las *zalas* que hicieron al opulento príncipe.

El gefe del palacio encubriendo el gozo que sentia con una afectada gravedad le dijo.

=Allah, te conceda sus beneficios en la misma proporcion con que repartes tus dones, voy inmediatamente á participar á nuestro señor tu llegada.

Y tras estas palabras desapareció por una de las puertas de la estancia.

Momentos despues alzando un tapiz volvió á aparecer diciendo.

—El poderoso apoyo del Islam, el magnífico y sublime emperador Sidy-Mohamed, te concede la honra de que le veas; puedes pasar, príncipe de los Huled-ben-Jassí

—Decid á mis esclavos que suban los regalos, dijo el príncipe dirigiéndose á los oficiales.

Estos no se hicieron repetir aquella órden, y momentos despues una multitud de negros, precedidos de su joven amo, penetraban en la estancia del emperador, casi abrumados por el peso de los enormes fardos que llevaban.

Armas europeas de un trabajo esquisito, mosaicos de una delicadeza estraordinaria, rosarios bendecidos en la Meca, plumas de avestruz, alquiceles de un lino tan fino y suave como la seda, perfumes, pieles, babuchas, collares, y brazaletes para las mujeres del emperador, objetos casi desconocidos en la capital del imperio, tales eran los regalos que el jóven príncipe desplegaba ante los asombrados ojos de S. M. Xeriffiana.

—Mi padre, estará muy satisfecho, con que sus ofrendas sean de tu agrado, dijo el príncipe despues de haber desliado todas aquellas maravillas.

—Muy descontentadizo habia de ser, sino me agradasen tus regalos, hazselo asi presente á tu padre cuando puedas verlo, y dile que siempre tendrá en mi un amigo.

—Allah colme de bendiciones los dias de tu imperio sobre la tierra, y te guarde un lugar en su paraiso, ahora ya no me resta mas que partir si tu me das tu permiso.

—Antes de que te vayas á esponer á los azares de una guer-

ra, desearia ofrecerte algo que al par que te agradase, te demostrase mi agradecimiento.

—Si de recompensa hablas poderoso señor, ya lo estoy suficientemente con que hayas aceptado los regalos de mi padre, contestó con escesiva modestia el príncipe.

—Ya que de ese modo no lo admites, al menos dime lo que deseas como recuerdo mio.

—Pero...

—Busca entre mis caballos, elige entre mis armas, la que mejor te parezca, y por costosa por estraña que sea, por gusto que yo tenga en poseerla, mayor lo tendré en que esté en tu poder.

—Puesto que tanto me obligas, no tus armas, no tus caballos, es lo que deseo; tiene fama tu harem de encerrar las mugeres mas hermosas del mundo, yo como buen creyente adoro á esas ohuries que el profeta ha enviado á la tierra para endulzar algunos momentos de la vida del hombre, dejame que elija dos entre todas ellas.

—Concedido, y no dos, sino cuantas desees, verás mugeres de todos los paises, y de todas las razas, todas tan hermosas como los mas deliciosos ensueños del opio ven conmigo, y tuyas serán todas las que quieras.

Alzóse el emperador de sus mullidos almohadones y seguido del principe atravesaron el jardin y penetraron en el harem.

IV.

Dos eunucos guardaban la entrada de aquel santuario del placer.

Por una delicada puerta cubierta de primorosos calados, se entraba á una espaciosa sala de pavimentos de jaspe en cuyo centro se veian dos tazas de mármol con puros y cristalinos surtidores de agua.

Ventanas de forma de herradura, cubiertas de espesas celosias daban á el jardin desde el que subian á enredarse en ellas, los jazmineros, y las madre selvas.

En los lienzos de las paredes, se veian pintados el paraiso, tal cual Mahoma se lo promete á sus elegidos, y mugeres de una belleza sublime, derramaban sobre los dichosos musulmanes la encantada copa de los placeres.

Perfumeros invisibles embalsamaban la estancia.

Pájaros encerrados en jaulas de palo de rosa, lanzaban al espacio sus armoniosos cantares.

Estensos y mullidos divanes de raso y terciopelo, circuian el aposento, y sobre ellos, en las mas voluptuosas posturas, mugeres como habia dicho muy bien el Xeriffe, de lo mas hermoso que en el mundo habia, desplegaban á la vista del príncipe los inmensos tesoros de sus gracias.

La negra de la Abisinia mal encubierta con un velo de encaje blanco, lucia sus arrogantes formas contemplándose ante un espejo que se veia en uno de los estremos del salon.

La griega tan severa en sus acciones como las estatuas de su pais. desdeñando aquellos adelantos de la industria, veia retratarse su belleza sobre los transparentes cristales de la fuente.

Mientras que la georgiana tan voluptuosa como la atmósfera de su tierra, rodeada de perfumes, envuelta entre gasas, velados sus ojos por las negras pestañas, arrancaba melodías estrañas y suaves de su guzla de marfil.

Allí las argelinas, las encantadoras mujeres de Tunéz, las bellas hijas del Asia, todas lucian sus formas admirables, y todas hablaban poderosamente á los sentidos.

A la entrada de su señor, no hicieron movimiento alguno, pero al ver al príncipe todos aquellos ojos femeniles, lanzaron á traves de sus velos de pestañas una mirada larga, ardiente y abrasadora, que fué á estrellarse ante la fria espresion del rostro de aquel.

El emperador no pudo menos de reparar en aquella indiferencia.

—Qué, acaso no te agradan estas mujeres? le dijo.

—No, porque en ellas no encuentro nada de nuevo.

Pasaron á otra estancia.

Pero en ella encontraron las mismas mujeres, las mismas formas y las mismas bellezas.

Ninguna de ellas consiguió llamar mas la atencion del jóven príncipe.

Al final de la tercera sala, habia una puerta que llamaba la atencion por lo primoroso de sus calados.

Aquella puerta iban á pasarla de largo, cuando el príncipe llamando al emperador, le dijo:

—Señor, estamos en el Serrallo, y me has ofrecido enseñarme todas las bellezas que este contenga ¿por qué no penetramos en esa estancia?

—Esa la reservaba para la última, contestó visiblemente contrariado Sidy-Mohamed, pero si quieres pasaremos ahora, aunque de antemano te aseguro que no te ha de gustar la mujer que ahí se encierra.

—Y por qué?

—Porque es una de esas bellezas vulgares, que nada dicen á los sentidos, y tu que has desdeñado á tantas hermosas, no creo que tuvieras el capricho de desear lo peor.

—Tu mismo sabes que los príncipes tenemos á veces caprichos muy estraños, y en fuerza de tener siempre al alcance de nuestra mano lo mejor, deseamos lo peor, y en prueba de ello, mira, prosignió el jóven señalando á las odaliscas que esmaltaban el salon; todas esas mujeres son hermosas todas, son mas bellas que esa pobre judía que yace sola en ese almohadon, á donde tal vez nunca se hayan fijado tus miradas, pues bien, esas mujeres nada me han interesado, y esta ha llamado mi atencion ¿ me la concedes?

—Sí. tuya es; contestó alegremente Sidy-Mohamed que se creia que aquel incidente haria olvidar al príncipe la puerta misteriosa.

Pero no sucedió asi.

—Ahora prosiguió, entremos si te place, te digo, en esta es-

tancia, porque preveo que esa otra belleza tan vulgar como tu dices, me ha de gustar tambien.

—Veo príncipe que tienes muchos caprichos muy raros, dijo el emperador lanzando una mirada de una espresion particular al jóven, que no hubiera podido menos de estremecerse si la hubiese visto.

Tocó el emperador un resorte que habia en la pared, y la puerta giró sobre sus goznes,

Nada mas encantador que aqnella estancia.

Doce columnas de jaspe sostenian una airosa cúpula pintada de azul con estrellas de oro.

En el espacio que habia entre las seis columnas del fondo, unos jarrones de mármol guardaban las raices de nnos jazmineros, que se enredaban entre las columnas, y cerraban aquel templete que respiraba voluptuosidad y amor.

Del centro de la cúpula pendia una jaula de alambre de oro, donde un ruiseñor, lanzaba las mas estrañas, las mas dulces, las mas suaves armonías.

En el centro de aquel templo, un divan de damasco negro, hacia resaltar doblemente la belleza de la mujer que sobre él se asentaba.

En los ángulos de la estancia dos hadas de pórfido, sostenian unos braserillos de oro, de los que brotaban nubes de humo, impregnadas de la mas esquisita fragancia.

Cubierta de gasas, la mujer que estaba reclinada sobre el divan, y rodeada de los blanquecinos vapores del inciensо, tenia un no se que de fantástico, que subyugaba por decirlo así, la imaginacion.

El príncipe no hizo la menor muestra de asombro al penetrar en la estancia.

La dama, se alzó el velo que cubria su semblante, y fijó su inquieta mirada en los recien llegados.

Todo su rostro espresaba una sorpresa mezclada con una especie de inquietud.

Y apesar de eso era una mujer estraordinariamente bella.

Zaard, pues era ella la dama de la habitacion reservada,

al cambiar de aposento, con el dolor que sentia habia cambiado de carácter su hermosura.

La melancolía al esparcirse por su rostro habia añadido un encanto mas á los que poseia.

—Siempre lo mismo, habia dicho el principe al entrar, siempre las mismas flores, los mismos perfumes, la misma hermosura.

—Ves como te habia dicho muy bien que no te gustaria? le dijo el emperador.

—Me la habias pintado como una estrañeza, y no lo es, dime, prosiguió el jóven dirigiéndose á la dama, ¿cómo te llamas porque presumo que tu nombre ha de guardar cierta analogía con tu belleza.

Ya iba la dama á contestarle. cuando una seña que el emperador la hizo, aprovechándose de que el principe no podia verle, ahogó la voz en su garganta.

—Que ¿no me contestas? ¿Acaso no comprendes el idioma en que te hablo?

—No te contesta porque es muda, le dijo el Xeriffe.

—Muda!... pues he ahí precisamente la muger que yo necesitaba, tu me has dado una palabra, cumplemela, dame á esa muger.

Si el jóven hubiera podido leer lo que pasó en aquel momento en el corazon del emperador, de seguro que hubiera temido por su vida.

Este llevó la mano á la empuñadura de su corvo yatagan, pero se contuvo, y como si hubiera encontrado una idea que satisfaciera cumplidamente su deseo, sonrriyendose con afabilidad contestó al príncipe.

—Puesto que tanto deseabas encontrar una muger como esta, yo te la cedo con mucho placer, y quedo muy satisfecho con que en mi palacio hayas encontrado lo que tanto ansiabas.

—Gracias sublime y generoso señor, nunca podré olvidar tus mercedes.

—Y cuando quieres llevarte á tus dos mugeres? preguntó Sidy-Mohamed.

—Cuando tu me las entregues.

—Inmediatamente voy á dar las disposiciones necesarias para que te sigan á donde quiera que vayas.

Abandonaron la estancia, y al cabo de algunas horas salian por una de las puertas de Mequinez, cien ginetes llevando en su centro dos especie de literas y al lado de una de ellas, iba cabalgando airosamente el jóven príncipe que hemos visto hablar con el emperador de Marruecos.

Casi al mismo tiempo por otra puerta salian una multitud de soldados de la caballeria negra de S. M. marroquí, y volviéndose el gefe á los ginetes les dijo.

—Animo, soltad las bridas y á galope; hemos de caer sobre los soldados del príncipe antes de que puedan clavar sus tiendas.

Y cumpliendo los soldados la órden de su *alcaid*, dejaron á sus corceles que galopasen por la llanura en persecucion del jóven príncipe de los Huled-ben-jassi.

V.

Antes de pasar adelante haremos una ligera reseña histórico geográfico-política de las ciudades de Rabatt y Mogador; reseña que consideramos indispensable para la perfecta inteligencia de nuestra narracion.

La primera de dichas ciudades llamada en árabe Er-Rebatt y Rebatt-ul-fatahh es por su situacion hidrográfica la mas importante de cuantas comprende el imperio de Marruecos por mas que en el dia haya decaido del esplendor que en otro tiempo tubiera.

Situada en la parte Septentrional de la provincia de Tremecena sobre el rio Buregreb y bañada por las aguas del Occeano, es Rabatt la poblacion del imperio que condiciones mas ventajosas para el comercio reune.

Por eso desde el siglo XII hasta el XVIII la vemos hacer

en grande escala el comercio con todas las naciones europeas, principalmente con las Occidentales; todas ellas tenian alli sus Consulados y muchos establecimientos mercantiles de grande importancia: pero envuelta á principios del último siglo en una sangrienta guerra civil producida por los Xerifes Muley Mustadi y Muley Abdallah, que se disputaban entre sí el mando de la Provincia hubo de sufrir un sitio de catorce meses con todos los horrores consiguientes.

Poco despues envidioso Sidi-Mohammet de la prosperidad de Rabatt, que ya repuesta, principiaba á adquirir, la volvió á sitiar en 1755 y aunque, despues de defenderse heróicamente se rindió por capitulacion, fue tratada por el vencedor con la mas refinada crueldad, propia de un despota, faltando á los solemnes compromisos á que en el acto de la entrega se obligara.

Abrumada desde esta época por las injustas y caprichosas exacciones de sus emperadores, que han visto en ella un cebo para su codicia, Rabatt ha decaido estraordinariamente como dijimos al principio de su antiguo esplendor.

Apesar de todo cuenta en el dia con 27, ó 28000 habitantes entre los cuales unos 6000 son hebreos que hacen su comercio, no solo con la capital y con el interior del pais, sino tambien con Europa.

La ciudad está atravesada de uno á otro estremo por cuatro anchas y espaciosas calles adornadas de frondosisimos árboles frutales y de algunos edificios muy notables construidos con las piedras de una rica cantera que cerca de alli se encuentra y bajo la direccion segun se cree de arquitectos españoles.

Todas las demas, son angostas callejuelas que á algunas de las cuatro calles antes citadas conducen.

En el centro de la poblacion y en la parte meridional de un estenso cuadrilatero que forma una gran plaza digna de nuestras capitales de Europa, se eleva una mezquita magnífica mandada construir en el siglo XII por el célebre Almanzor.

Todo en ella es grande y sublime.

Su magnífica portada daba una idea de la suntuosidad y belleza que interiormente debian reinar.

Efectivamente, despues de atravesar el vestíbulo que la circuye, el espíritu se conmueve profundamente al contemplar una inmensa nave sostenida por colosales columnas de mármol: que parece imposible que su egecucion sea obra del hombre.

Nosotros que durante la gloriosa lucha que España sostiene con el africano imperio, hemos visitado los sitios porque su victorioso egército ha atravesado y visitado la ciudad de Tetuan recientemente conquistada, habíamos creido que en los árabes que un tiempo nos dominaron, habia muerto aquel genio de que en nuestro pais dejaron tan indelebles recuerdos, en su Alhambra, en su Generalife, en su Mezquita de Córdova y en tantos y tantos monumentos qué son aun en el dia la admiracion de naturales y estrangeros.

Pero nos habiamos equivocado, la mezquita de la ciudad que venimos describiendo, es una prueba de ello.

Y ciertamente quenos alegramos mucho, pues era tal la conviccion que teniamos, que habria sido muy probable que arrastrados por ella, hubiésemos imbuido á nuestros lectores en un error de que no nos hubiéramos perdonado jamás.

Al frente de la puerta de la entrada y al fin de la nave que las anteriores reflexiones nos ha sugerido, se veia pendiente de una caprichosa varita formada de círculos de metal dorados, una jaula de la que colgaban infinidad de hilitos de diferentes clases y aun colores, cada uno de los cuales representa un especial favor otorgado milagrosamente por el Profeta á las personas de quienes procediau.

El pavimento está formado de piedras marmoreas bastante bien pulimentadas.

En la ciudad apenas hay casa que carezca de un jardin: algunos de ellos, especialmente los que pertenecen á las familias acomodadas, son deliciosísimos.

Esta es la razon porque en algunas estaciones del año se respira dentro de ella una atmósfera perfumada que convida á la voluptuosidad.

En la embocadura del rio Buregreb sobre el que como ya sabemos, se halla la ciudad, se construyó por el mismo Almanzor un fuerte castillo con sus almacenes y casamatas, de cuya fortaleza destruida por Sidi-Mohamet, hoy apenas quedan las señales.

Este mismo príncipe, cuyas conquistas abrazaron una parte de España, conociendo que colocada Rabatt en el centro del litoral atlántico, podria llegar á ser el punto mas interesante para el desarrollo mercantil y prosperidad de sus estados, trató de hacerla capital de su imperio.

Al efecto la circundó con fuertes murallas y la guarneció con torres cuadradas en forma escalonada en un espacio de dos millas de diámetro.

Proyectó tambien y aun puso en egecucion la limpia y arreglo de la desembocadura del Buregreb con el objeto de que por él pudieran atravesar las embarcaciones.

Y ciertamente que de haber conseguido Almanzor ver realizado su pensamiento, Rabatt hubiera sido la primera poblacion africana.

Pero distraido con otras mas graves ocupaciones, no logró conseguirlo. ¡Pluguiera al cielo que nosotros, que en mucha parte contribuimos á la irrealizacion de sus proyectos, fuésemos los continuadores de él, y los que le pusiéramos en planta para bien de nuestra patria!

Advertiremos antes de concluir esta descripcion, que al oriente de Rabatt hay un sitio llamado Schella, el cual es considerado por los musulmanes como un lugar sagrado, á causa de los muchos sepulcros que contiene, y que son visitados desde lejanas tierras.

VI.

La ciudad de Mogador, fundada por Sidi-Mohanmet despues de la conquista de Rabatt, con el objeto de quitar á esta

última la importancia comercial, es el penúltimo puerto de Marruecos.

Recibe tambien el nombre de *Subeirak* aunque mas comunmente se la llama Mogodur; nombre de un santon que en la poblacion se venera.

Tiene unos 12, á 14,000 habitantes entre moros y judíos que todos ellos se dedican al comercio.

Apesar de que el terreno es en gran parte pedragoso, han sacado los naturales por su industria gran partido de él, merced al decidido empeño mostrado por los emperadores para embellecerla.

Abunda por dicha razon en árboles frutales de todas clases, está rodeada de hermosas huertas, y su comercio consiste principalmente en gomas, lanas, cera y pieles.

Se divide en dos partes: en la una llamada Ciudadela residen el Bajá y agentes consulares de las naciones Europeas, y en la otra los hebreos.

Ambas están rodeadas de murallas.

El puerto al Mediodia de la ciudad, es de escasa importancia desde que la escuadra francesa lo bombardeó.

Del puerto se va á la ciudad en botes ó canoas.

CAPITULO XXVII.

Efecto que causó en los moros la derrota del dia 4.—Se presentan comisionados de Tetuan al General en Jefe, para tratar de la entrega de la plaza.—Recuerdos de la accion del dia 4.—En Tetuan.

I.

COMPLETAMENTE batido el egército marroquí, no obstante las escelentes posiciones que ocupara por nuestro invencible egército, en la gloriosa jornada del dia 4 de Febrero, introdujóse en él el mayor desórden y confusion.

Los mismos gefes superiores dieron á sus subordinados el vergonzoso egemplo de ponerse en precipitada fuga.

Cada cual anheloso de salvar su vida corria desaforadamente por los sitios que por mas seguros tenia.

Los habitantes de la ciudad impacientes y con la mayor ansiedad esperaban el resultado del sangriento drama, que cerca de allí se estaba representando.

Aun conservaban á pesar de los continuados triunfos, que hasta entonces nuestras huestes habian conseguido de las hordas africanas, que esta vez la suerte nos fuera adversa.

Y hasta cierto punto no sin fundamento abrigaban esta esperanza.

El número de el egército africano cuadruplicaba el de el nuestro.

Notable es á este propósito la contestacion dada por el valiente caudillo que ha conducido las tropas españolas á la victoria, á la persona que le manifestó que tenian siete moros para cada cristiano» «Pues bien yo tengo siete granadas para cada moro, dijo.»

No podemos nosotros describir la sorpresa con que los habitantes de la ciudad, vieron llegar á los suyos.

Pensaban, como parecia natural, que reunidas las fuerzas dispersas seria hasta el último estremo defendida por los hermanos del Emperador, segun este lo tenia anteriormente ordenado.

Pero segunda vez su esperanza quedó burlada.

Breves momentos bastaron á sacarles de su error.

La voz de Muley-Hamet que trató de concentrar en aquel punto las fugitivas kabilas fué desoida.

Sus órdenes completamente desobedecidas.

Y no bastó que les dijera que la guerra que sostenian era santa porque se dirigia contra los cristianos.

Y que para mas bonancibles tiempos, su hermano el emperador, les recompensaria de los servicios que ahora les prestasen.

Y que á nombre del profeta, por quien peleaban les ofreciese un imperecedero mundo lleno de delicias y voluptuosidades.

Porque habian cobrado miedo al egército cristiano y el solo nombre español, les hacia temblar.

No querian volverles á ver la cara, y mucho menos ponerse al alcance de sus tiros, ni por su religion, ni por su felicidad temporal ni eterna.

Desesperado el gefe superior de las hordas marroquíes por el inesperado resultado de su peroracion, no tuvo mas remedio que dejar la ciudad abandonada en poder de aquellos sublevados salvages, que hubieran sido capaces de acabar tambien con él.

Y de seguro que lo habrian llevado á cabo si el corrido caudillo no hubiese empezado á correr, dejando contra su voluntad, muchas de las cosas que le pertenecian en poder de sus soldados.

El paradero del otro gefe superior Muley-Abbas, se ignoraba; solo se sabia que abandonado tambien por sus kabilas, habia pasado fugitivo por medio de la poblacion, sin detenerse un punto en ella.

Las escenas de muerte, pillage, estrago y desolacion de que la ciudad fué teatro, y sus habitantes víctimas por los mismos que estaban encargados de su defensa, son inconcebibles.

Para dar de ello una idea á nuestros lectores vamos á conducirles á la escondida habitacion de una casa, perteneciente á uno de los moros mas ricos y respetados en la ciudad, donde á la sazon se estaban ocupando de estos acontecimientos.

II.

La casa en donde nos vamos á permitir acompañarles, situada al Mediodia de la poblacion y en una de sus mas apartadas calles, nada de notable ofrecia en su aspecto esterior.

Al contrario la puerta de entrada, baja y estrecha, las pequeñas, altas y desordenadas ventanas que se distinguian, y la desigualdad del piso que la circuia, hacian formar una idea

bien poco propicia del buen gusto arquitectónico de sus moradores.

Si á esto se añade el profundo silencio en que estaba sumida, la soledad que dentro, fuera y en sus alrededores reinaba, no interrumpido el primero sino por el ligero crugir de la puerta que de cuando en cuando se abria para dar paso á alguna persona que recatada y ligeramente se aproximaba, acercando sus lábios á la cerradura para pronunciar sin duda algunas misteriosas palabras que hacian que la puerta se abriese y que interrumpia la segunda, hubierase dicho que nadie bajo aquel edificio moraba.

Aunque ignorantes nosotros de las mágicas palabras que producian el efecto de que la puerta girase sobre sus goznes, pasaremos no obstante sus umbrales á fuer de novelistas para acompañar á nuestros lectores segun se lo tenemos prometido, al salon donde las conferencias se verificaban.

Una oscuridad completa reinaba en la estrecha y desigual escalera.

Un pequeño vestíbulo se veia al final de aquella.

Exminándolo atentamente, observaremos que á su final hay otra segunda puerta entreabierta por la que penetraba la poquísima luz que alumbraba la estancia.

Dejemos á nuestra derecha una pendiente y estrecha escalera que sin duda conduce á las habitaciones superiores, y continuemos por un ancho pasillo que se estiende á nuestra vista.

Segun vamos adelantando, va progresivamente aumentándose la claridnd, hasta llegar á un patio bastante estenso, en que se veian muchas plantas de diversas clases.

Atraveámosle por una de las calles que le formaban y penetremos en una habitacion destituida enteramente de mueblaje.

Despues de esto pasamos otras dos tan desalojadas como la primera, y al llegar á la cuarta detengámonos ante una puerta que se encuentra al final de ella.

Alzemos el pestillo y penetremos en la nueva estancia.

Era esta una sala mas estensa que las demas, y en la que pudiera decirse que se habia replegado todo el lujo que faltaba en las anteriores.

Una lámpara de una forma estraña pendia del techo.

Su escasa claridad apenas bastaba para iluminar los semblantes de ocho ó diez ancianos que se hallaban reunidos en el fondo del salon.

En sus trages se notaba cierta diversidad.

Los moros estaban mezclados con los judíos.

Parecia que el peligro comun habia hecho olvidar la diss tancia que entre aquellas dos razas reinaba en circunstancia normales.

Todos hablaban á la vez aunque lo hacian en voz baja por temor de que los oyeran.

Aquella conferencia no tenia mas que un objeto.

El de salvar la ciudad de la anarquía que en ella reinaba.

El rico comercio de Tetuan estaba representado por aquellos diez ó doce personajes, que como eran los que mas tenian que perder, necesariamente eran los primeros en desear que aquello tuviera su término.

Muley-Abbas habia dispuesto el saqueo de la poblacion, y cuando él no habia esceptuado de esta órden el palacio de su hermano, mucho menos esceptuaria los establecimientos de los citados comerciantes.

El resultado de esta conferencia se vió al siguiente dia.

Cuatro de ellos á cuyo frente marchaba Jamet-el-Abehir, llevando una bandera blanca, se presentaron en el campamento español.

El general en gefe no estaba á la sazon en su tienda y tuvieron que esperarle.

Apenas llegó clavaron los parlamentarios la bandera en la puerta de la tienda y penetraron en ella con el conde de Lucena.

Allí le espusieron los males que afligian á la desgraciada ciudad, el trato tan brutal de que eran víctimas sus habitantes por parte de los soldados de Muley-Abbas, y finalmente con

que condicioues queria que se rindiera Tetuan.

La contestacion del general O'Donnel fué digna de sus hechos y de la nacion que representaba.

—Puesto que tan mal os tratan vuestros soldados, les dijo, los mios os pondrán á cubierto de sus insultos, rendios á discrecion, el egército español valiente en el combate, sabrá tambien ser benigno y generoso cou los habitantes de una poblacion que depositan en él su confianza.

Los parlamentarios volvieron á la ciudad prometiendo contestar antes de las veinte y cuatro horas, término que les puso el general en gefe amenazándoles, con que de no hacerlo así, no respondia de lo que pudiera suceder.

Tales noticias esparcidas por el campamento llenaron de alegríaa nuestros soldados, que veian próximos á ser coronados sus afanes con la posesion de una de las mejores poblaciones del imperio Marroqní.

III.

No queremos prescindir de poner en conocimiento de nuestros lectores, siquiera sea mas propio de una historia que de una novela, algunos de los acontecimientos mas notables de esta gloriosa y memorable victoria.

Apuntaremos en primer término el que mas ha llamado nuestra atencion.

Al atacar las líneas enemigas en tan gloriosa jornada, el intrépido general conde de Reus habia arengado á sus tropas diciéndoles que era preciso, indespensable que supiesen como eran los cañones marroquies y que envidiaria la gloria del soldado que dijese ,este cañon es mio.

Dispuestos los nuestros de esta manera avanzan decididamente hácia las líneas enemigas.

Estas, los dejan acercarse hasta tenerlos á medio tiro, y en esta disposicion los envuelven en una nube de fuego, capaz de

contener á los mas temerarios.

Nada arredra á nuestros guerreros impavidos avanzan entre aquella granizada de balas, y si alguno, por desgracia era mortalmente herído, no pedia á sus camaradas socorro, no exhalaba el menor quejido, por temor de contenerlos, sino que esforzándose cuanto sumamente le era permitido, gritaban con su general; «adelante, y viva la Reina.

Avant, *avant*, decian los arrojados catalanes que el dia anterior habian llegado voluntariamente al campamento.

Y efectivamente adelantaban, ninguno retrocedia.

Llegados al campamento mismo de los marroquíes, cargan furiosamente sobre ellos á la bayoneta y siembran por do quiera el espanto y el terror.

Tan valeroso empuge no pudieron resistir los acometidos, y por eso se pusieron en precipitada fuga, dejando en nuestro poder la tienda misma de Muley-Abbas, dos banderas, muchos cañones, camellos, armas y municiones de todas clases.

No describimos á nuestros lectores la tienda ni las banderas cogidas; porque suponemos, que la gran mayoria de ellos, los habran examinado, cuando llegaron á la córte y durante su traslacion del Ministerio de la Guerra al Palacio de nuestros augustos Reyes, á quienes el egército de África los ha ofrecido.

Tambien, en el mismo acto, examinarian algunos de los cañones cogidos, de los cuales algunos, han sido arreglados por el Señor don Cárlos IV al emperador reinante entonces en el imperio de Marruecos.

IV

Alí habia partido para la guerra.

Como prometió á la desconsolada Zara iba decidido á vengar á su hermano.

Pero ay! difícil era que pudiera hacerlo.

El hermano de la encantadora tetuanesa habia caido en poder de los españoles.

Y no fué porque no se defendiera bizarramente.

Dos soldados quedaron en tierra de los furiosos tajos del valiente moro.

Pero su resistencia fué inútil.

Aumentó el número de sus contrarios, y cubierto de heridas, no tubo mas remedio que sucumbir.

En cuanto los cristianos lo tuvieron en su poder, lo llevaron al hospital.

Las heridas eran muy graves pero no peligrosas.

Zara nada de esto sabiacreia que su hermano habia muerto; y solo deseaba vengarlo.

Su amante la habia prometido hacerlo y confiaba en que asi sucederia.

Efectivamente, Allí entró en accion en la memorable del dia 4.

Muley-Admet con la brillante hueste que habia traido de Mequinez reanimó algun tanto los abatidos espíritus de los habitantes de Tetuan, y todos confiaban en que los españoles serian derrotados.

Pero sucedió al contrario de lo que se esperaban.

Atacados con el ímpetu y valor que tanto distingue á nuestros soldados, los sectarios del Islam no tuvieron mas remedio que retroceder.

Sin embargo un peloton de caballeria se defendió con una valentia superior á todo elogio.

Aquel era mandado por Alí.

Durante la accion se le habia visto en los sitios de mayor peligro, y siempre su corbo yatagan hacia morder el suelo á algunos de nuestros bravos.

Su caballo, cayó muerto, y saltando sobre otro, siguió su obra de esterminio y de matanza.

Pero tambien le llegó su turno.

El habia prometido á Zara vengar á su hermano.

Antonio habia ofrecido tambien que ganaria sus charreteras de capitan, y necesitaba cumplirlo.

Mas tarde diremos como estaba otra vez Antonio en el

campamento, y á quien habia hecho tan estraño ofrecimiento

Desde el momento en que las tropas se habian puesto en movimiento, Antonio deseó con impaciencia que se diera la órden de cargar á los infieles.

Esta llegó hasta su compañía, y con ciego arrojo puesto al frente de su mitad, se lanzó sobre los musulmanes.

Alí en uno de los movimientos que verificó se encontró de frente con los soldados de Antonio.

Largo rato se defendió de ellos y tal vez hubiera conseguido escapar si el jóven teniente no hubiese llegado tan á tiempo.

Apartó á sus soldados y avanzó resueltamente hácia el moro.

Alí lo miró con cierto asombro, y alzando su corbo alfange, se dispuso á hendir de un tajo la cabeza del valiente jóven.

—Ríndete, moro, le dijo Antonio.

—Antes he de arrancarte la vida perro, le dijo el musulman.

Y furioso se lanzó sobre el jóven.

Este no rehuyó la acometida.

Los soldados querian acudir á socorrer á su gefe.

Pero este los contuvo con un ademan y prosiguió peleando con el moro.

El combate era muy desigual.

El amante de la bella musulmana, estaba á caballo, mientras que el hermano de Luisa, se encontraba á pie, y cansado de la fatiga de casi todo el dia.

Pero apesar de eso, su valor no se amenguaba.

Era necesario que venciera al moro, ó que perdiera la vida bajo el peso de sus golpes.

Y en cuanto á esto, queria conservar su existencia para adorar á su Angela, y tal vez alcanzar una posicion brillante que poderla ofrecer.

Asi era que los golpes menudeaban, y apesar de la desventaja que tenia el teniente de Córdova, aun no habia podido ser herido por el infiel.

Este si, á una ó dos heridas leves que habia re-

cibido, unió otra que la punta del sable del jóven, le hizo en un costado.

El *revolvers* que el oficial llevaba, despues de haber disparado el último tiro, sin haber conseguido clavar una bala en el seno del marroquí, fué arrojado al suelo como un obgeto inútil.

La lucha se prolongaba demasiado.

Antonio conocia que las fuerzas le faltaban, y no queria ser vencido delante de sus soldados.

En tal situacion se decidió á dar el último golpe.

Dió algunos pasos hácia la espalda, y esperó á pie firme la acometida del moro.

Este resolvió con furia su corcel, queriendo tambien concluir la lucha.

Se arrojó sobre el jóven que inclinándose á un costado, hundió hasta el pomo su sable en el pecho del caballo.

Un ancho raudal de sangre brotó por la herida, y el noble bruto, dando algunos pasos vacilantes, cayó arrastrando á su ginete.

El jóven teniente tuvo la generosidad de no atravesarle con su espada.

Esperó á que se levantára, y entonces volvieron á cruzarse las dos armas.

Ya el combate fué de corta duracion.

Cansado el moro y debilitado por sus heridas, quiso lanzarse sobre Antonio, que aprovechando la oportunidad de haberse descubierto demasiado su contrario, le hundió el sable en su pecho.

En aquel instante un peloton de moros llegaron al sitio de la lucha, y esta se generalizó sin que nuestros soldados pudiesen llevarse al musulman herido por su gefe.

Antonio siguió haciendo proezas, y como se habia propuesto muy bien, el general en gefe sobre el mismo campo de batalla, lo hizo capitan.

En cuanto á Alí fué llevado á Tetuan por sus mismos soldados.

Su última herida por desgracia era mortal.

Zara recibió esta noticia, y su dolor no tuvo límite.

Ya lo hemos dicho antes, hay almas predestinadas para sufrir, y la de la pobre niña era una de estas.

Sin saber nada de su hermano, llorándolo por muerto, tenia que volver á derramar nuevas lágrimas por su amante.

El mismo dia en que salió de Tetuán la comision á implorar la piedad del vencedor, y á suplicarle que entrase en la plaza para impedir los desmanes de las tropas de Muley-Abbas, aquel mismo dia espiró el infortunado amante de Zara

Hay dias sin sol para ciertas vidas, que languidecen como algunas pobres flores que tampoco gozan de los benignos rayos de aquel.

La vida de Zara era una de estas.

¡Pobre criatura! su existencia habia sido siempre un dolor continuado, que conforme iban pasando los dias, mas aumentaba su intensidad.

CAPITULO XXIX.

Breves consideraciones sobre la guerra de Africa.—Ultima decision de los habitantes de Tetuan.—Se decide el conde de Lucena por la ocupacion de la plaza.—Entrada de la division del general Rios en ella.—Emulacion de nuestros soldados para tomar la alcazaba.—Los marroquíes quieren recuperarla y son rechazados con sus mismos cañones.

I.



La guerra de Africa, no puede formar una página aislada en la historia de nuestra nacion.

Ella sola ha de formar un libro aparte, libro de oro, en el que cada hoja será un brillante que pasará de generacion en generacion enseñando á nuestros descendientes la gloriosa senda que deben seguir.

Nosotros no somos partidarios de las guerras.

Hemos creido siempre que esas luchas que una nacion civilizada sostiene con otra, no son mas que medios para privar

á la potencia de unos cuantos miles de hombres sacrificados á el orgullo ó á la ambicion de los respectivos soberanos.

Reyes que solo dominan con el hierro, el mismo hierro causa su ruina.

Reyes que dan á su nacion la fuerza moral suficiente para ser respetada, ven deslizarse tranquilamente sus dias sin que las ambiciones y las intrigas vengan á socabar sus tronos.

Cárlos 5.º despues de haber dominado medio mundo, tuvo que sucumbir tanto por el enorme peso de sus laureles, cuanto por la ambicion de su hijo.

Napoleon 1.º desde el sitio de Tolon subió hasta el sólio imperial.

Reunió cien pueblos bajo su cetro de hierro ¿y qué sucedió despues?

Que aquel coloso para quien el mundo entero era insuficiente para reinar, tuvo que contentarse con el solitario y sombrio islote de Santa Elena, para morir.

En todos los tiempos, en todos los siglos, en todas las edades, han tenido casi la misma suerte todos los conquistadores.

El capricho, la ambicion ó el orgullo de un soberano, borra de los libros civiles de la nacion los nombres de millares de hombres, y los terrenos ó los beneficios que aquella guerra reporte compensan los sacrificios, y la vida de aquellos hombres¿

Ya lo hemos dicho y volvemos á repetirlo, estamos muy conformes, en que cuando á una nacion la insulte otra, trate de lavar su insulto, en lo que están interesados todos los individuos de ella.

Pero que sin mas que la ambicion ó el capricho arroje un monarca, una multitud de hombres, á un azar en el que es mas facil perder la vida que salvarla, eso, no merecerá jamás nuestra aprobacion.

Todo lo contrario ha sucedido en la de que nos estamos ocupando.

Guerra iniciada hace muchos siglos, era hasta una falta indisculpable el que España no la continuase.

Desde Pelayo hasta Isabel la Católica, todos los monarcas

habian pugnado por arrojarlos del suelo á que la traicion del conde don Julian los habia traido.

Su dominacion empezada en las orillas del Guadalete habia de concluir dentro de los muros de Granada.

Desde Taric, hasta Boabdil *el zogoibi*, todos los monarcas, califas, y generales mahometanos habian sufrido una guerra sin tregua por parte de los valientes hijos de la Hesperia.

Arrojados ya de Granada, no estaba aun concluida nuestra obra.

Los moros nos habian dejado, necesario es decirlo todo lo bueno que ellos tenian.

Monumentos notables de arquitectura como lo son la Alhambra, los baños de Alhama, la mezquita de Córdova y otros.

Sus fabricas de armas de Toledo eran tan buenas como las de Damasco.

Y en agricultura, las huertas de Valencia, Murcia, y Granada pueden hablar en su favor.

El transcurso de los siglos, cambia los usos y las costumbres de los pueblos.

Nuestros habitos de hoy, son los que hace cinco siglos tenian los moros.

Y los que estos poseen en el dia son los que nosotros teniamos en aquella época.

El español entonces no tenia necesidades si se nos permite decirlo asi.

Una caverna abierta en el seno de las peñas, una flecha para cazar un venado, ó para matar á un moro, y un arroyo para templar su sed eran todo lo que le hacia falta.

En cambio los sectarios del Islam, necesitaban flores para que esparciesen aromas en sus habitaciones, huertas para que les diesen ricas hortalizas, pastos para sus ganados, y sembrados que les diesen los mejores cereales del mundo.

Necesitaban cómodas viviendas, y la seda, el brocado y el oro, resaltaban en aquellas cámaras, donde la mujer era el mayor encanto de los muchos que encerraban.

Hoy ha sucedido al contrario.

El moro de las montañas, es tan frugal como el castellano de la edad media

Y los que hoy vivimos, necesitamos esos prados, esas huertas, esas semillas, y esas habitaciones que los musulmanes nos enseñaron á gustar y saborear.

Pero en cambio de todos esos bienes que nos legaron, nosotros debíamos darles otro mas grande, mas imperecedero.

La luz del evangelio.

Despues de haberlos arrojado de nuestro suelo, teníamos un deber de religion para penetrar en su territorio.

La toma de Oran por el cardenal Cisneros, fué el primer paso de esta obra altamente religiosa.

Pero siguió alguno mas á este?

Las espediciones de Cárlos 5.° contra Tunez y Argel, llevando en sí el carácter de hierro que el soldado rey, imponia á todas sus empresas, no dió resultado alguno.

Los piratas berberiscos infestaron nuestras costas, y nuestro comercio era víctima casi siempre de sus latrocinios.

Las galeras del Estado no eran suficientes para castigar tanta osadía, y cada vez fué esta creciendo mas.

El combate de Lepanto, tampoco fué la continuacion de la obra empezada por Isabel primera.

Ni el de Mazarquivir donde el rey de Portugal D. Sebastian perdió la corona con la vida, fué lo que con mejores disposiciones pudiera haber sido.

Y así pasaron los años.

Y con ellos la civilizacion iba invadiendo todas las naciones de Europa.

Francia, llevó la civilizadora cruz por la parte de la Argelia, y lo que al principio no fué mas que una colonia, pronto se convirtió en una vasta provincia.

En cambio nosotros que poseíamos varios puertos en las costas africanas, sufriamos con paciencia los crímenes que los piratas musulmanes egercian en los desgraciados naufragos que la mar arrojaba á sus playas, y nos hallábamos reducidos á el terreno que ocupaban nuestros presidios.

Y sin embargo, como la esperiencia lo ha demostrado bien palpable, no se necesitaba en nuestra nacion mas que un hombre que digera como el antiguo almogavar «hierro despiértate» y la España entera se apresuraria á contribuir á la egecucion de tamaña empresa.

Pero faltaba un hombre, y la nacion continuaba en ese copor que tanto se asemejaba á la abyeccion y á la ignominia.

Sin embargo, siempre cuando las naciones llegan á un estremo bien sea en ascension, ó en descension, sale un hombre que las coloca con su poderoso aliento en el lugar que las corresponde.

Para evitar la caida de la nuestra, necesitábamos un hombre.

El conde de Lucena fué este rehabilitador de la honra nacional, por decirlo asi.

II

La guerra de Africa volvemos á repetirlo, es el gran cuadro, en medio del que se destaca la figura colosal del Duque de Tetuan.

Nosotros, lo mismo que la mayoría de los españoles le reconocíamos grandes cualidades como político, pero en la cuestion presente nos han demostrado que sus dotes militares dean muy atras á aquellas.

Tres meses de campaña han dado por resultado una victoria continuada que nos ha abierto las puertas de una ciudad cuya gran importancia no tardarán en advertir nuestro comercio.

Ya que de consideracion en consideracion hemos llegado á este punto, cumpliendo lo que á nuestros lectores ofrecimos, vamos á tratar de describirles como mejor podamos, la ocupacion de Tetuan por nuestras tropas.

Despues de la accion del dia 4 cundió rápidamente entre el egército marroquí la mas completa desmoralizacion.

Parte de las tropas huyeron por una parte, algunas Kabilas se volvieron á sus aduares, y el pánico mas terrible reinaba entre los musulmanes.

Muley-Amet, tan desgraciado en sus combates como habia presentido al salir de Mequinez, tomó con los restos de su destrozada hueste, el camino de la capital para contar á su hermano el éxito que habia tenido su union al egército.

En cuanto á Muley-Abbas, ya pensó de otro modo.

Dijo, siguiendo el refran castellano de «á rio revuelto, ganancia de pescadores,» «ya que esto está perdido, salvemos lo que podamos.»

Y sin perdonar el palacio de su mismo hermano el Xeriffe, aquellas hordas indisciplinadas recibieron la órden de saquear la poblacion.

Las casas de los mas ricos judíos, y de los mismos comerciantes musulmanes fueron atropellados por los moros de rey, que nada respetaban, y que degollaban sin piedad al desgraciado que trataba de defender su hacienda.

En tal situacion no habia mas remedio que apelar á los enemigos, cuando tan mal tratados eran por los mismos amigos.

El general en gefe habia dado á la comision que fue el dia anterior al campamento, veinte y cuatro horas para determinar, y el plazo estaba próximo á cumplirse.

Peor de lo que estaban no podian pasarlo, por lo que se decidieron á que fuera un nuevo comisionado á invitar al conde de Lucena á que penetrase en la plaza con su egército.

Así sucedió, y tal noticia que circuló inmediatamente entre los soldados los llenó de entusiasmo y satisfaccion.

Durante la noche anterior, se habian estado poniendo ya en batería algunos morteros que podian al dia siguiente haber empezado á disparar sus mortíferos proyectiles sobre la ciudad.

Inmediatamente que se recibió la comunicacion en que se pedia que el egército español, fuese á restablecer el órden y á garantir la seguridad de sus mismos enemigos, se dió la órden de que el egército se pusiera sobre las armas.

Ya estaba conseguido el objeto casi.

La rica joya de Guad-el-Jelú, nos habria sus brazos.

Aquella blanca ciudad que se destacaba sobre la verde alfombra de su fértil vega, iba por fin á pertenecer al egército español, que á su vez la ofreceria á su madre patria.

La division del general Rios fué la destinada á entrar en la plaza.

Una comision de artillería, ingenieros y estado mayor habia de acompañarla.

El conde de Reus, al mismo tiempo recibia la órden para tomar la Alcazaba, protegido por la division del general O' Donell (D. Enrique.)

El cuerpo que mandaba el general Ros de Olano, habia de seguir al cuartel general en su entrada en Tetuan.

Dadas estas disposiciones tras un entusiasta «viva» dado á la Reina, las tropas se pusieron en movimiento.

Hasta la misma naturaleza parecia que se alegraba con aquel triunfo de nuestras armas.

Brillaba el sol en el ancho azul del firmamento.

Las datileras, las higueras chumbas, los naranjos y los limoneros, ofrecian con sus ricos frutos, sus deliciosos aromas á los soldados de la cruz.

Y aquella estensa vega ofrecia á los templados rayos del sol, el aspecto mas delicioso que la mente se puede imaginar.

Los alados habitantes de los árboles, tomando tambien su parte en la alegría comun, lanzaban al espacio sus cantares.

Y á su concierto se unian los marciales sonidos de las músicas militares.

Y flores, frutos, pájaros, aromas y músicas, formaban el concierto mas puro y mas hermoso.

A los reflejos del sol, brillaban las bayonetas y los sables de nuestros valientes.

Y sobre la verde estension de la llanura, siguiendo las torcidas sendas, se veian deslizarse paso tras paso las brillantes huestes españolas.



Entrada de la division del General Rios en Tetuan.

Por las alturas se veia tambien bajar la division del general Prim.

Y en todos los semblantes se retrataba de un modo enérgico, la alegria de que todos los corazones se hallaban poseidos.

Todo era contento y placer en el campo.

Todo era silencio y tristeza en el interior de la ciudad.

Cerradas las puertas de ella, ennegrecidas las murallas por el tiempo, tenia un aire lúgubre en demasia, y que contrastaba con la felicidad que fuera reinaba.

Se asemejaba Tetuan, á una viuda que habiendo perdido un esposo no muy bueno, al ir á contraer un nuevo enlace, se hallaba preocupada por la vida que con el nuevo cónyuge la esperaba.

Y entretanto las tropas se acercaban á la poblacion.

La puerta ya hemos dicho que estaba cerrada, y por una de las troneras que habia encima de ella, asomaban algunos moros que en sus ademanes, se notaban que nos decian.

—«Venir pronto.»

Conforme se aproximaban los soldados á la poblacion se oian mas distintamente algunos disparos, seguidos de una gran voceria.

Franqueada la puerta los soldados penetraron en aquel laberinto de calles y callejuelas estrechas y tortuosas, y aun algunas de ellas completamente oscuras por estar cubiertas.

Por donde quieran que iban, advertian las señales de la inicua conducta de los soldados de Muley-Abbas.

Cadáveres tendidos por medio de las calles, muebles, comestibles, dinero y otros efectos, denotaban el saqueo y el degüello que habia reinado hasta momentos antes de su ocupacion por nuestros valientes.

Tetuan vista desde fuera se asemejaba á una blanca gaviota desplegando sus alas, sobre la verdosa superficie del mar.

Tetuan vista por dentro, y especialmente en los momentos en que vamos hablando, se asemejaba á un fétido cementerio que causaba asco y repugnancia.

Y para completar aquel cuadro altamente desolador, un pueblo de judios pálidos, demacrados y hambrientos, abrazaban á nuestros soldados, victoreaban á nuestra Reina, y tendian sus manos temblorosas y desfallecidas hacia las galletas y panes que aquellos le daban, y que devoraban con un ansia infinita.

Pocos egemplos verá la historia como este.

Un egército enemigo tener que entrar en una poblacion para moralizarla, para asegurar la vida de sus contrarios, amenazada por sus mismos compañeros.

La música del regimiento de Iberia, marchaba tocando el himno de O'Donell.

La asombrada Tetuan, iba repitiendo de calle en calle los ecos de aquella música que por primera vez, escuchaba en su recinto.

Atravesando multitud de estrechas y torcidas calles llegaron nuestras tropas á la plaza.

Alli hicieron alto, para esperar la llegada del general en gefe, é ir ocupando los puntos mas importantes de la Ciudad.

Ya en el interior de ella, y seguros por decirlo asi, el pensamiento que naturalmente acometia á todos los que veian, la construccion especial de aquellas casas, y las continuas revueltas de sus calles, era, cuanto no se hubieran podido defender aquellas gentes desde una poblacion que aparte de esto contaba con muchos medios de defensa como lo eran sus murallas, su castillo, y lo bien artillados que estos puntos se encontraban, si no se hubieran acobardado tanto con el resultado de la accion del dia 4.

III.

Al mismo tiempo que esto sucedia la division del Conde de Reus, se dirigió hácia la alcazaba.

Tambien en este punto reinaba un silencio aterrador.

Cerrada la puerta, y aislado por decirlo asi el edificio, no habia mas medio de penetrar en ella, que escalándola.

Asi lo hicieron los españoles.

Por tres ó cuatro puntos treparon á el terrado ó plataforma de ella, y dos insignias españolas, se vieron agitarse á un mismo tiempo en el mismo edificio.

Un oficial de artilleria dejaba flotar la una, gritando con fervida alegria.

—«Esta es gloria del cuerpo»

Y en el otro estremo, dos voluntarios catalanes, agitando su banderin, echando un tremendo voto, victoreaban á su Reina y á su caudillo.

La alcazaba se habia tomado.

La enseña de Castilla, siempre victoriosa ondeaba con magestad, sobre la fortaleza marroquí.

Los atronadores vivas de las tropas, las descargas de fusileria, y los alegres sonidos de las músicas, la saludaron con un entusiasmo indecible.

Gloria á ti bandera de mi patria!...

Gloria á ti, que tras largos dias de abandono, te miraba tremolar orgullosa, demostrando á las naciones, que la vencedora de Pavia y de las Navas, de Lepanto, y de Bailen, añadia un nuevo timbre á sus laureles, al despertar de su letargico sueño.

Si mi bandera, desde hoy, el mundo entero al preguntarse que nueva enseña es aquella que ondea sobre los muros de la perla del Guad-el-Jelú, dirán, es la enseña de un pueblo, grande porque ha llevado á efecto en tres meses, lo que cualquiera otra nacion hubiera hecho en un año.

Humano y noble, porque no se ha cebado en sus enemigos indefensos, antes al contrario, ha ido á protejerlos contra los latrocinios y el pillage de sus mismos compañeros.

Y valeroso, porque en diez y ocho combates, ha lidiado siempre contra fuerzas muy superiores, y siempre ha salido vencedor.

Y como si esto no fuera bastante, ha luchado contra un

clima rebelde, contra las epidemias, contra la misma naturaleza, y riyéndose de las penalidades, sufriendo todos los trabajos, ha conseguido poner su bandera victoriosa sobre una de las mejores ciudades del imperio.

IV.

La division Prim, como hemos dicho, ocupaba la fortaleza que podia haber protegido á la ciudad, en caso de haber habido resistencia.

Nuestro pabellon ondeaba triunfante en todos los puntos principales de Tetuan.

Nada habia sido capaz de contener el esforzado valor y la indomable audacia de nuestras tropas.

Los marroquíes siguieron á sus generales en su vergonzosa huida, y no se encontraban seguros en parte alguna.

Sin embargo, á alguna distancia de aquella poblacion que tan baja y cobardemente habia abandonado, hubo algun gefe que avergozado del pánico de los infieles, trató de infundirles valor, reanimar su abatido espíritu, y ver si por aquel medio podia conseguir alguna cosa.

Así sucedió.

Volvieron pasos atras con ánimo resuelto de reconquistar la alcazaba, ó perecer en la demanda.

Pero todos sus propósitos se desvanecieron al aproximarse á nuestros soldados.

En el momento en que estos vieron que los musulmanes se acercaban, volvieron hácia ellos los mismos cañones que tenian en la fortaleza, y esto bastó para que los sectarios del Islam prefiriesen la huida á la muerte.

Nada pues se oponia á la ocupacion y estancia de nuestras tropas, en la ciudad que se eleva en las floridas márgenes del Guad-el-Jelú.

Inmediatamente el general Rios, nombrado Gobernador militar de la plaza, procedió á darla una forma si se quiere eu-

ropea, creando un ayuntamiento, compuesto de los dos elementos mas opuestos que hay en el Mogreb.

La mitad de los que lo habian de componer, se eligió de entre los moros mas ricos que no habian abandonado la ciudad, y la otra de los judíos.

Formado ya este cuerpo, se le dió á cada uno de sus miembros, un cargo especial para mejorar el estado de la poblacion.

Rotular las calles, limpiarlas, recoger y enterrar los cadáveres, y en fin todas cuantas medidas fueran á propósito para purificar aquella atmósfera insalubre, todas se dictaron al momento, y á la mayor brevedad se egecutaron.

La division del general Rios fué la única que penetró en la plaza, quedando todas las demas acampadas en los mismos sitios que ocupaban antes.

Tambien se procedió á otra multitud de mejoras de las cuales ya nos ocuparemos mas adelante, y especialmente de la primera misa que se celebró, donde nuestros lectores volverán á encontrarse con algunos de sus antiguos amigos.

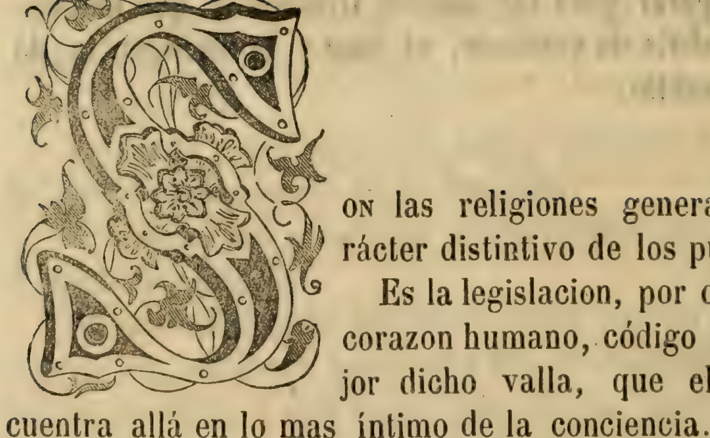
Entretanto el soldado reposaba un poco de sus fatigas, y se volvia á preparar para los nuevos triunfos á que indudablemente los habria de conducir, el tino y la inteligencia de su esforzado caudillo.

CAPITULO XXX.

Ligeros detalles sobre la religion de los musulmanes.—Salida que hizo el dia 3 de Febrero la division del general Echagüe hácia el valle de Angghera.—Descripcion de este sitio.



I.



SON las religiones generalmente el carácter distintivo de los pueblos.

Es la legislacion, por decirlo así, del corazon humano, código especial ó mejor dicho valla, que el hombre encuentra allá en lo mas íntimo de la conciencia.

El mahometismo da á conocer perfectamente la índole de pueblo, que adora en él.

Siguiendo nuestra marcha de dar á conocer á nuestros lectores los usos, las costumbres y las ciudades de esa nacion, con la cual hoy estamos á punto de entrar en estensas rela-

ciones, creemos que verán con gusto estos ligeros apuntes sobre la religion de Mahoma y algunos detalles de la biografía de este gran hombre,

Imaginaciones puramente fantásticas las de los árabes, necesitaban una religion tan fantástica como ellas.

Sin religion los pueblos no podrian subsistir, y de aquí el que Confucio, Buda y otros dotados de talentos superiores á la generalidad, formasen todas esas sectas que la India, la China y el Africa han seguido y siguen con estraordinaria fé y fanatismo.

Las bebidas espirituosas son generalmente muy apreciadas por casi todos los que viven en paises meridionales.

El abuso de estas bebidas trae consigo el embrutecimiento y la destruccion del individuo.

Mahoma con estraordinaria sabiduría prohibe el uso de estas en uno de los capítulos de su Coran.

La voluptuosidad tambien es hija de los dimas y los moros son tan voluptuosos como la misma atmósfera que respiran.

Esto no podia impedirlo Mahoma porque estaba en la misma naturaleza.

Pero sacó de ello un gran partido.

Esas delicias infinitas que promete á los buenos creyentes en el paraiso es una prueba de ello.

Nada mas fantástico, ninguna fábula, se ha visto revestida con colores tan magníficos, ni con galas tan alhagadoras, como el Koran.

Para herir la imaginacion de los árabes necesitaba crearse un orígen sobrenatural, y hé aquí como lo hizo.

Del casamiento de Abrahan con Sara nació Isaac.

Abrahan conoció á Agar su esclava y nació Ismael.

Ismael tuvo por descendiente á Zeder.

Ismael fué el orígen de un pueblo numerosisimo.

La Arabia se pobló con la descendencia de Ismael.

«Y de nuevo multiplicando, multiplicaré su posteridad y no se podrá contar por la muchedumbre.» (Génesis. 9.)

Con el transcurso de los siglos Abdallah, conocido con el nombre de hermoso entre los hermosos, descendiente de Ismael, se casó con Amina, ilustre doncella de la familia de los Zaritas.

Los árabes cuentan que en la noche de las bodas murieron de envidia y celos doscientas doncellas.

Pocos años despues Amina parió un robusto y tiernísimo niño, que la superstición árabe tuvo por un varon estraordinario.

Diéronle el nombre de Mahoma, es decir, elegido, ensalzado y glorificado

Nada notable cuentan de él las historias hasta la edad de doce años.

A esta edad, noticioso de las versiones que en su nacimiento habian corrido, ambicionó el dictado de profeta.

Tenia imaginacion viva y penetrante.

Comprendió desde luego que podria sacar gran partido de la supersticion de sus conciudadanos.

Formó sus proyectos religiosos.

Pero conocia que necesitaba adquirir algunos bienes para mejor y mas presto poder realizar sus designios.

Casóse con la viuda Kadigia, mujer estraordinariamente rica, que era lo que á él le importaba.

Kadigia le amaba.

Por eso á Kadigia fué la primera á quien él declaró que estaba enviado por Dios para dar una nueva ley al mundo.

Kadigia de ánimo candoroso creyólo fácilmente todo.

Estando un dia en el banquete con varios amigos, se levantó, y con tono profético y fingida inspiracion dijo: «Soy profeta de Dios.»

Todos los asistentes se indignaron y profirieron terribles anatemas contra su innovacion.

Mahoma sin alterarse, y con voz de trueno, díjó: ¿quién quiere ser mi visir?

Un jóven de doce años se levantó y dijo:

—Yo.

—Está bien, tu serás al propio tiempo mi califa.

Indignáronse mas y mas los concurrentes y quisieron matar al blasfemo.

Este tuvo necesidad de huir, seguido de Aly-Abou-Ver.

Para evitar la persecucion, metíeronse en una cueva.

Una araña tejió su tela delante de ella.

Cuando pasaron los perseguidores no quisieron registrarla.

Mahoma y sus secuaces se habian salvado.

La nueva religion triunfó.

Desde la cueva pasó el nuevo apóstol á la ciudad de Yetreb que le recibió con el mayor entusiasmo.

En testimonio de gratitud puso á Yetreb el nombre de Medinat-Al-Navver, esto es, patria del profeta.

Mahoma no tuvo hijos de Kadigia y solo de Ayesca, tuvo una hija legítima llamada Fatima.

A los veinte y cinco años, empezó á escribir el Koran que cuidadosamente guardaba, manifestando á sus sectarios que el mismo Dios se lo enviaba por conducto del Angel S. Gabriel.

Despues de su muerte ocurrida á los sesenta y cuatro años y poco antes de la cual pronunció aquellas notables palabras «afirman que siempre lo nuevo agrada; nueva es para mi la muerte y sin embargo nada en ella encuentra de agradable» su suegro Abou publicó el Koran.

Segun él existen siete cielos y un infierno.

Los cielos del paraiso son: de hierro, de plata, de piedras preciosas, de esmeraldas, de oro y de luz.

En el último hay dos mares uno de tinieblas y otro de luz.

Para pasar al de luz hay un estrecho puente llamado Sirac, como el filo de una cortante espada, pero de estraordinaria longitud.

Los elegidos pasarán por él; los que hayan muerto en la inobservancia de los mandamientos del profeta, caerán al fondo donde les espera el mar de tinieblas, del cual nunca saldrán.

Los justos que consigan llegar al paraiso, encontrarán en él un gran árbol cargado de apiñadas granadas, y en cada pepino una hurí.

Esta es la recompensa que Mahoma tiene reservada á los buenos creyentes.

En el Koran se encuentran preceptos que se refieren al individuo, á la familia, á la sociedad y á la milicia.

Respecto de la última dice, que el alfange es la llave del paraiso, y que los pecados del que muere en la lid, reciben el perdon de Dios y sus heridas despiden un olor de ambar y de admicle.

Juzguen nuestros lectores, la clase de enemigos con quienes nuestros soldados tienen que luchar.

II.

Ya es tiempo tambien de que echemos una ojeada hácia el campamento del Serrallo.

La multitud de acontecimientos, y los muchísimos personajes, que llevamos en juego, nos han impedido hablar antes de las operaciones practicadas por aquellos bravos soldados, que de una manera tan brillante, inauguraron la campaña de Africa.

Nuestros lectores creemos que nos dispensarán esta pequeña falta, hija no de nuestro descuido, sino de las causas que dejamos espuestas mas arriba.

Ya hemos dicho anteriormente, que se habia empezado un camino. que con mayores comodidades, condujera á nuestro egército ante los muros de Tanger.

Este camino seguia adelantando de dia en dia.

En lo alto de aquellas sierras se veian aparecer de cuando en cuando, algunos moros, sombríos y silenciosos como la estatua de la fatalidad, que dirigian sus miradas á nuestro campo, despues á Tetuam, luego á Tanger, y finalmente hácia Oriente, como pidiendo á Dios que impidiera á los cristianos que siguiendo su marcha triunfadora, se apoderasen de la ciu-

dad santa de aquella Meca, donde estaba el alma de su religion por decirlo asi.

Tras aquellas miradas se envolvian en los flotantes pliegues de sus blancos alquiceles, y desaparecian entre los tenues vapores de la tarde, ó entre las brumas de la mañana.

Nuestros soldados los miraban y nada les decian.

Respetaban aquella desgracia, sin atreverse jamás á insultar á aquellos enemigos, que podrian ser vencidos, pero nunca humillados.

Tres largos dias de inaccion, los soldados se consumian en el ocio, y ansiaban tambien, añadir otro nuevo triunfo á los que ya habian adquirido.

En tal estado el general Echagüe dispuso un reconocimiento que al par que asustase á los enemigos, hiciese adelantar algo las esploraciones sobre aquel terreno desconocido.

Efectivamente el dia 3 de Febrero, víspera de la gran victoria obtenida por las demas divisiones en la vega de Tetuan, salieron algunos batallones con direccion á Augghera y Benzus.

El resultado de esta salida, correspondió á lo que se habia prometido.

Los moros huyeron en todas direcciones al aproximarse los enemigos, y estos hallaron casi desiertas algunas aldeas que encontraron en su camino.

Infinitas chozas de aquellos desgraciados fueron víctimas de las llamas, y ellos desde muy lejos, veian la destruccion de sus casas, sin atreverse á presentarse ante nuestros soldados.

Y sin embargo no debieron de haber abrigado temor de ninguna especie.

Alguno que se pudo coger, fué tratado con la benevolencia de que tan repetidas muestras se han dado, y ni nadie le hizo daño alguno, ni pensó en ofenderle.

En aquel reconocimiento, se vieron otros horizontes si así podemos esplicarnos.

Atravesado el célebre boquete, se estiende un valle pintoresco, que forma una provincia, á la que casi sirven de límites las montañas y el mar.

Como no hubo resistencia, no tuvimos pérdida ninguna que lamentar, y los soldados que verificaron aquella espedicion, contaron aquella noche á sus compañeros las nuevas cosas que habian visto, y los nuevos deseos que les habian escitado.

A continuacion damos á nuestros lectores una ligera descripcion de ese valle tan pintoresco, que ha sido teatro casi de nuestras primeras victorias.

III.

El valle de Anghera situado en la provincia del mismo nombre, está formado por el lado del Norte por una gran cordillera de rocas volcánicas, que en su descenso tocan y penetran en el mar: el camino por esta parte es impracticable, está sembrado de precipicios y barrancos de increible profundidad.

A la derecha de esta cordillera y en direccion hácia el mediodia se encuentran las radas de Alcassar Srer y Calagrande y cabo de Malamat. Las radas que hemos citado están completamente escarpadas, y su ascension para llegar al monte que las rodea, es en estremo díficil.

El valle de que nos ocupamos, formado en el centro de un conjunto de montes que forman un cuadrilátero, cuyos estremos son Ceuta, Tetuan y Ain-Ghedida, es un sitio sembrado por infinidad de arroyos que salen de los vecinos montes y que en su curso forman mil caprichosas figuras.

Durante el invierno cúbrese completamente de agua por la abundancia de lluvias y es imposible habitar en él.

En las otras tres estaciones es un sitio sumamente agradable, y seria hasta encantador si ciertos sitios pantanosos por la humedad no hubiese.

Allí nacen y se crian espontáneamente multitud de flores á cual mas raras y caprichosas, cuyo olor embalsama la atmósfera que se respira y que pudiera confundirse con la que en

sus habitaciones derraman artificialmente las sultanas del Oriente.

El terreno es feracísimo, y aunque poco cultivado por la indolencia de sus pobladores, produce en abundancia naranjas, limas y aun semillas que siembran á la entrada de la primavera.

Terrenos hemos allí visto, que segun nos han informado, han producido dos ó tres cosechas.

Con que se abriese paso á las aguas que allí en la estacion de las lluvias se estancan, y con muy poco cultivo de la tierra, pudiera hacerse del valle de Angghera una estensísima y hermosa huerta.

Allí, en las montañas que lo forman se encuentra el monte Abylas, llamado por otro nombre montaña de los monos por la abundancia de los animales que de esta clase se crian.

La vegetacion de toda la provincia tanto en la llanura como en la montaña es feraz: bien dirigidos los arbustos que en los últimos se crian, podria sacarse de ellos al cabo de un corto número de años, escelente madera de construccion.

Los habitantes tienen completamente abandonada la agricultura, y se dedican solo á la caza, pesca y al pillage.

Las Kabilas de esta provincia han sido las que mas han molestado nuestras posesiones de Africa, y las que mas escesos han cometido con sus piraterías prevalidos de que ellos solos pueden subir por la parte montañosa que con el mar linda y que nadie puede seguirles hasta sus guaridas.

Una poblacion del mismo nombre se levanta al estremo del valle hácia la parte del Serrallo, que no es mas que un grupo de casucas pesimamente construidas y habitadas por 800 á 1000 moros.

CAPITULO XXXI.

Costumbres de los judíos.—Casamientos.—Entierros.—Sinagogas.—Uso de los moros.—Mezquitas.—Matrimonios.

I.



ARA completar la tarea que nos hemos impuesto, cumple ahora á nuestro propósito manifestar la manera como los judíos llevan á cabo sus enterramientos, sus matrimonios, y por último terminaremos dando algunas noticias acerca de su religion.

En todos los pueblos y paises ha habido siempre la costumbre de poner debajo de tierra los cadáveres de los individuos que de ellos formaron parte.

Esta costumbre general tenia diversos fundamentos, que puede reducirse á uno solo: evitar que los restos de personas

que habian formado parte de la comunion política fuesen parte de las fieras y aves de rapiña.

Los romanos tuvieron un tiempo la costumbre de quemar los cadáveres y depositar sus cenizas en urnas mas ó menos elegantes según la posicion y estado de fortuna del difunto

Posteriormente abandonaron esta costumbre y siguieron la de los enterramientos.

Hacian estos, no dentro de los muros de la ciudad por la especie de ofensa que querian inferir á sus Dioses domésiicos, sino cerca de los caminos y sitios frecuentados, á la idea de que los que por allí pasáran, orasen por ellos y se acordáran de que ellos mismos eran mortales.

Llegada la época del cristianismo, la Iglesia aceptó tambien esta costumbre llevada mas que de las razones dichas de la conformidad que guardaba con una resurreccion general.

Los sitios en que estos enterramientos se verifican, han sido considerados siempre como lugares sagrados.

Los judíos no podrian desconocer esta costumbre: tambien la tienen de enterrar sus cadáveres.

Y lo hacen de la manera siguiente.

Luego que el triste suceso ha tenido lugar, reunen en la casa del finado todos sus amigos y parientes á invitacion hecha por los individuos de la familia, con el objeto de acompañar al difunto á su última morada.

Antes de que esto tenga lugar, una de las personas mas autorizadas de la familia ó en su defecto el amigo en quienes los asistentes reconocen superioridad, hacen la biografía del muerto.

Inútil es decir que en ella sucede lo que en nuestras presentaciones modernas, que el encargado de hacerla, elogia desmedida é inmerecidamente al presentado: es verdad que entre nosotros ofrece mas inconvenientes este método, pues que al formar una idea del nuevo conocido por los antecedentes que nos han dado, snponemos en él equivocadamente circunstancias de que carece y que pueden conducirnos á la-

mentables errores; inconveniente que no presenta el método de los judíos.

Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que colocado el cadáver en una especie de camilla de madera, despues de amortajado en un largo lienzo blanco sujeto al cuerpo y con un capuchon blanco ó negro, segun su estado, es conducido al cementerio, seguido de la comitiva con que cada uno cuente y que durante el camino van clamando, que les pesa la muerte, que lo sienten mucho, etc., bien así como á los funerales de los romanos, asistian gentes pagadas para que en presencia del público no cesáran de llorar al difunto.

Llegados al cementerio, y depositado el cuerpo del difunto á la fosa, que aquí como en todas partes es mas ó menos ostentosa con arreglo á la fortuna de cada uno y que están dispuestos en el mayor desórden, el acompañamiento regresó al punto de partida, donde regularmente les espera una espléndida comida.

La religion no la hacen intervenir para nada.

II.

El matrimonio, base de la familia y de la sociedad, egerce gran influencia en los Estados.

Por eso, aun los pueblos mas rudos han tenido con respecto á él sus leyes, encaminadas, la perpetuidad de la union, la felicidad y el bienestar de los cónyuges, mientras esta dure y en todos la procreacion, alimento y educacion de los hijos.

Casi todas las religiones santifican con su intervencion los matrimonios.

Los judíos tienen en esto como en todo lo demas que á su vida se refiere, sus ideas propias muy distintas de las nuestras.

Entre ellos el matrimonio no es mas que un contrato que se contrae por el consentimiento y que por el consentimiento se disuelve.

Antes de otorgar la escritura formal de compromiso en lo que interviene al Rabí, el novio pide á la novia, quien mediando el consentimiento paterno, acuden al sábio para poner en su conocimiento el deseo que los anima de casarse, este les dá seis meses de término para que se conozcan.

Puede decirse que equivale la presentacion de los pretendientes al sabio para empeñarse ante él mutuamente su palabra á nuestros esponsales.

Conviénense durante este tiempo en todo lo relativo á las arras, cuya institucion tambien conocen sin la limitacion que nuestro derecho civil impone al marido en su ofrecimiento arreglan todos los demas asuntos para la nueva vida que van á emprender, y transcurrido el plazo prefijado, se presentan al Rabí, y este, otorgada la escritura de compromiso, les manifiesta sus nuevas obligaciones.

Esta escritura se mantiene en toda su fuerza y vigor hasta que la muerte ó el repudio voluntario que admiten, disuelve el contrato.

En el caso de disolucion por consentimiento de los contrayentes, quedan estos en libertad de celebrar un segundo contrato con quien y como lo tengan por conveniente, pero el marido conserva siempre la obligacion de cuidar y educar á la prole.

Esta obligacion que sigue el marido en el caso de repudio, hace que estos sean poco frecuentes, principalmente entre las familias pobres y regularmente acomodadas, por la dificultad de sostener los hijos y por los inconvenientes que ofrece.

Aun entre las personas ricas son tambien los repudios muy raros, y á no dudarlo es porque la union de un solo hombre con una sola mujer es la mas conforme á la naturaleza, aun cuando la religion de que formen parte, les permite la poligamia ó la poliviria.

III.

No se concibe, hemos dicho en otra parte, la existencia de un pueblo ateo.

La idea de la divinidad es innata en el corazon humano.

De aquí que todos los pueblos aun los mas ignorantes y salvages tengan sus creencias religiosas; creencias tanto mas exactas cuanto mas civilizados se encuentren.

La luz del cristianismo no ha brillado todavía en el pueblo judío.

Los libros del antiguo testamento, cuyos preceptos en lo que se refieren á la venida del Mesías, no son ya obligatorios, constituyen su creencia religiosa.

Con arreglo á ellos tienen sus sacerdotes y su gerarquía religiosa.

Constituyen esta el gran sabio, los sabios mayores y los menores. El número de los primeros es limitado, el de los segundos ilimitado.

El gran sabio ocupa el primer lugar en la gerarquía sacerdotal. Como tal es juez supremo de apelacion, y tiene el derecho de castigar á los sabios mayores y menores, y de nombrar tanto á unos como á otros.

A la categoría de sabios mayores se asciende por riguroso escalafon entre los menores, mediante un despacho ó título que el gran Rabino les espide y lo hace cuando despues de haber observado una conducta irreprensible se hallan bien enterados de la doctrina que el antiguo testamento contiene.

Para que en los ascensos no pueda haber injusticias, se dividen los sabios menores en varias clases segun sus merecimientos y virtud.

Con el gran sabio comunican solo los sabios mayores que están encargados de transmitir sus órdenes á los menores, asi

como tambien las reclamaciones, solicitudes, gracias y consultas que los últimos dirijan al primero.

Para que sean perfectamente entendidos, diremos que el gran sabio es á los sabios mayores, lo que el metropolitano ó Primado es á los Obispos, y los menores son á los mayores lo que los presbíteros á los Obispos, con la diferencia de que aun cuando es determinado el número de los fieles en quienes cada sabio egerce su jurisdiccion, no lo es el número de sábios menores que depende de uno mayor.

Los sacerdotes ó sabios menores administran justicia en los negocios de corto interés, sin atenerse para pronunciar sus sentencias, mas que á su prudente arbitrio.

Los de grande importancia son fallados por los sacerdotes mayores, y tanto las sentencias de los unos como las de los otros son apelables para ante el gran Rabino, cuyo fallo es definitivo.

Los sabios mayores se distinguen de los menores por su traje.

Los primeros cubren su cabeza con un velo á manera de capucha, una clámide negra con capuchon caido á sus espaldas, especie de sotana les cubre su vestido interior, que consiste en un jaiqué blanco corto y ceñido con un cinturon, calzoncillos blancos, medias del mismo color y babuchas. Los sabios menores llevan la cabeza descubierta.

El resto de los judíos viste el mismo traje interior; el esterior consiste en un saco sin capucha, blanco ó rayado, medias y zapatos ó babuchas.

Casi todos llevan pendientes zarcillos de sus orejas y la barba crecida.

Las mujeres llevan enaguas á la europea con dos volantes; las solteras y casadas dos bucles de seda torzal, luego una cinta negra que partiendo de la parte superior de la frente termina en el cuello con un lazo. Encima un capuchon encarnado que cae sobre los hombros. Despues un jubon á manera de chaleco con muchos botones por adorno, y por último choclos ó bien botitas de raso ó charol.

IV.

En la mayor parte de las religiones, se conoce ademas del culto privado, el culto público con que sus sectarios se dirigen á la Divinidad, ya implorando su asistencia en algun apurado trance, ya dándole las gracias por los beneficios recibidos, ó ya por último y esto es lo mas frecuente para dirigirle sus oraciones, sin otra intencion que el cumplimiento de un precepto religioso.

Casi todas las religiones tienen sus lugares destinados á este obgeto, y á los cuales es permitido asistir á todos los fieles.

Asi como el cristianismo tiene sus iglesias, asi tambien el mahometismo tiene sus mezquitas y el judaismo sus sinagogas.

De las segundas nos vamos actualmente á ocupar, y de estas de las situadas en la ciudad sagrada de los árabes, es decir de Tetuan.

Y no por las particularidades que ofrezcan vamos á presentarlas á nuestros lectores, pues son tan oscuras como su religion, sino porque creemos de nuestro deber hacerlo asi, para que conozcan la ciudad que ya está en poder de las tropas españolas.

Las mezquitas de Tetuan son como acabamos de indicar, sumamente oscuras y lóbregas, tanto que es preciso dejar pasar un buen espacio de tiempo, cuando desde fuera se entra para empezar á percibir los obgetos interiores.

Hubiéramos mejor dicho la estancia, pues los obgetos de que se hallan adornadas, á mas de ser mezquinos y pobres (hablamos por las que nosotros hemos visitado) son ademas escasísimos.

El pavimento no pudimos saber de que estaba formado, pues se hallaba cubierto con una estera, y en todo el rededor de el templo habia colocado en unos bancos de madera y otros asientos de mampostería como los que suele haber en las mas de

nuestras posadas; estos últimos se hallaban cubiertos por una cinta de estera de la misma clase que la que el pavimento cubria.

En el centro contando desde la mitad del salon se eleva un pequeño altar, sobre el que hay colocada una urna vacía y cerca de ella y á la derecha un facistol con libros escritos con carácteres hebreos.

Estos libros son para ellos lo que para nosotros los evangelios.

Algunas lámparas pendientes de negruzcas cadenillas, esparcen su dorada claridad por el recinto del templo.

Algunos huevos de avestruz suspendidos en las paredes, y que figuran otros tantos milagros, completan el adorno de las mezquitas Tetuan.

No sabemos por que los árabes de aquella misma ciudad, que en el interior de sus casas despliegan en sus habitaciones interiores el lujo mas refinado y los mas suntuosos adornos, tienen tan pobremente puestos sus templos: la razon que en nuestro juicio les asiste, no nos parece satisfactoria.

Entre los sectarios de Mahoma existen como entre nosotros sus claustros, adonde se retiran los que desean entregarse á la contemplacion y práctica de egercicios espirituales frecuentes.

Habríamos deseado indagar los institutos del establecimiento y egercicios que sus frailes, pues con este nombre tambien se les conoce, practican, mas nos fué imposible; por lo mismo nos contentaremos con describirles lo material de la localidad.

Existe uno de estos monasterios en la parte meridional de la ciudad y casi fuera de sus muros.

El edificio es muy basto, pero de pobre apariencia.

Y el que crea que dentro encontrará el lujo y suntuosidad que en el interior de las casas árabes tanto resalta con el esterior, se equivocaria.

Muchas y grandes galerías tan oscuras como sus templos, en alguna de las cuales se percibe un olor fétido y que por lo

general afluyen á un patio en cuyo centro se levante el templo de aquellos monges, es lo que el observador contemple en el momento de su entrada.

Si atentamente mira despues las particularidades interiores, verá infinidad de pequeñas habitaciones casi desnudas de mueblaje separadas unas de otras por endebles tabiques, y en cada una de ellas un fraile, que en el momento que de la llegada de un personage estraño á la comunidad se aperciba; saldrále al encuentro con su luenga barba, raido jaique, y desnudo de pie y pierna le suplicará con magestad y gravedad cómicas, que no atropelle su santuario.

Y entonces el lector no podrá menos de hacer lo que nosotros hicimos; pedir á aquel ciego fanático dispense su indiscrecion y retirarse.

V.

Casamientos.

—

Hemos manifestado en otro lugar de nuestra obra, el modo como los judíos contraen sus casamientos con los principales efectos que producen entre ellos, y justo es que hagamos lo mismo respecto de los árabes.

El casamiento de los árabes no tiene tantas solemnidades como el de los judíos, aunque tienen bastante de comun.

Ofrecen la singularidad de que casi siempre el novio no conoce á la novia, por la costumbre existente entre ellos de que las mujeres salen muy poco á la calle, y cuando lo hacen van con la cara tapatada con un túpido velo, que la oculta á las miradas de todos.

En algunas partes el novio antes de casarse compra á la novia bien con dinero ó con especies. Las mujeres árabes á juzgar por el precio porque se venden, valen muy poco. Su valor

por término medio puede calcularse en unos dos mil reales de nuestra moneda.

Entregado el precio á los padres de la novia, si es que ha intervenido ajuste, se señala por el interesado el dia en que ha de verificarse la ceremonia, la entrega de la mujer al marido.

Llegado el dia, los padres de la desposada la conducen tapada y acompañada de todos los parientes y convidados al domicilio del marido, el cuál espera á la comitiva con los suyos.

Al entregar al marido la nueva desposada, sus padres reciben estos de aquel un documento firmado por él y por los testigos en que conste su voluntad de llevar á cabo el enlace y á su vez recibe otro adornado de iguales requisitos, con lo que ya la novia queda en su poder.

Acto seguido se entregan todos juntos á las demostraciones de la mas loca alegría, que por lo comun demuestran con salvas, gritos, algazara y comida compuesta de un manjar muy apreciado por ellos á que llaman alcuzcuz compuesto de carne cocida, huevos duros y gallinas, cuya superficie siembran con pequeños pedazos de masa cocida compuesta de harina y agua.

Despues de la comida síguese la algazara y la broma que no se interrumpe sino por la llegada de la noche: entonces pasan á recogerse.

No es permitido á los espososos consumar el matrimonio la primera noche de sus bodas; por eso la pasan en habitaciones separadas.

El dia siguiente se repi e lo mismo que el anterior, y por la noche ya es permitido á los héroes de la fiesta pasarla juntos.

Los parientes de la novia esperan con impaciencia con la venida del dia, el anuncio de la consumacion del matrimonio, que al mismo tiempo es prueba de la castidad y pureza de la desposada.

Hecha la señal por el marido, se entregan á demostraciones mil de regocijo, durante todo el dia, y por la noche se retiran todos.

El marido que puede tener hasta tres esposas, es obligado

á vivir semanal ó diariamente con cada una de ellas, que al mismo tiempo es la encargada del cuidado y arreglo interior de la casa.

Las demas permanecen en sus aposentos hasta que les llegue el turno.

La union se disuelve de el mismo que se contrajo. Cuando el marido se cansa de su mujer la lleva á sus padres, y estos, al recibirla, entregan á aquel el documento que les dió para su salvaguardia.

Uno y otro quedan en completa libertad de volverse á unir con quien quieran, pero el marido conserva la obligacion de mantener y educar á los hijos que hubiese tenido de su mujer repudiada.

VI.

Entierros.

—

Siguiendo el mismo órden que al hablar de los judíos, réstanos que decir alguna cosa de los enterramientos de los árabes.

Como aquellos y como nosotros tienen la costumbre de poner sus cadáveres debajo de tierra.

Primeramente los lavan bien y despues los envuelven en un gran lienzo blanco.

Es de advertir que los que han muerto peleando contra infieles, es decir contra nosotros los cristianos, los dejan con sus manchas y sus vestidos, y aun llevan á la sepultura la tierra que han bañado con su sangre.

Abrigan la creencia y por eso juzgan dichosos á los que de tal modo mueren, de que van derechos al cielo por haber muerto en la tierra en defensa de Mahoma.

Para trasladar el cadáver desde la casa mortuoria al cementerio, lo colocan atravesado en una mula boca abajo, y sujeto al cuerpo de la mula con una cuerda.

Acompañándoles los mas lejanos parientes y los mas íntimos amigos y deudos

Una vez en el cementerio le colocan en el fondo del hoyo abierto al efecto, de costado y mirando al Oriente.

La comitiva enfilada y descalza va paseando por la sepultura, se arrodilla, besa el suelo mirando tambien al Oriente y reza las oraciones.

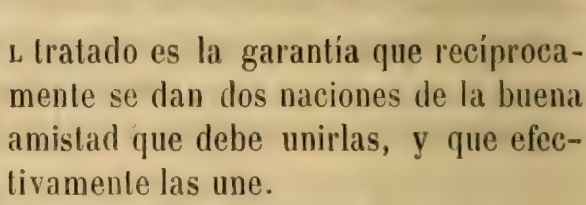
Concluida esta ceremonia, vuelve á la casa del difunto la comitiva, repitiendo sus oraciones, adonde son esperados por las viudas y parientes mas próximos que los reciben con grandes gritos de dolor, acompañados de fuertes mordiscos y arañazos.

Despues penetran todos en la casa, y olvidando completamente su afliccion, pónense á comer del alcuzcuz que en casi todas partes se les tiene preparado.

CAPITULO XXXI.

Convenios ajustados entre España y Marruecos.—Consideraciones que sobre esto se nos ocurren.

I.



El tratado es la garantía que recíprocamente se dan dos naciones de la buena amistad que debe unirlas, y que efectivamente las une.

Cuando cualquiera de ellas falta al cumplimiento de aquellos, la otra tiene derecho para exigirla el cumplimiento, y apelar á la fuerza para conseguirlo.

Esto es lo que con Marruecos ha pasado en la cuestion presente.

España celebró un convenio en 1780, convenio que se amplió en 1799, y que se ratificó nuevamente en 1844.

Estos convenios no han tenido por parte de los marroquíes cumplimiento mas que los seis primeros meses, si asi podemos decir.

Como consecuencia legítima de este ultrage hecho á una nacion que los honraba con sus relaciones, nuestras armas han sabido vengarlos.

Deseosos nosotros siempre de dar á conocer á nuestros lectores cuantos documentos curiosos y cuantas noticias respecto al asunto que nos ocupa, podemos adquirir, insertamos á continuacion los tratados de que hemos hecho mencion, tratados que hasta ahora creemos que hayan sido completamente desconocidos del público.

II.

Convenio

formado entre el Excmo. Sr. D. José Monino, conde de Floridablanca, caballero pensionado de la Real Orden de Cárlos III, Consejero de Estado de S. M., primer secretario de Estado y del Despacho y Superintendente general de Correos terrestres y marítimos de las Postas y Rentas de estafetas en España y las Indias y de los caminos del Reino; y el Excmo. Sr. Mohamet Ben-Otoman, embajador y ministro plenipotenciario del Rey de Marruecos, en virtud de las órdenes de sus respectivos soberanos.

Habiendo pasado á Madrid el Excmo. Sr. Mohamet Ben-Otoman con el carácter de embajador y ministro plenipotenciario del Rey de Marruecos cerca de S. M., presentó una instruccion firmada de su soberano que contenia los puntos que debia tratar con este ministerio. En su consecuencia mandó el Rey al conde de Floridablanca contestase en su Real nombre á las proposiciones del embajador, y que acordados con él todos los puntos, estendiese una respuesta, la cual con la instruccion de este formaria un convenio entre las cortes de Madrid y Marruecos, que estrechase mayormente y afianzase la amistad de los monarcas, con beneficio recíproco de sus vasallos y ventajas de su comercio. Ha llegado el caso de estenderse dicha

respuesta, la que, ademas de satisfacer á los puntos de la instruccion, incluye otros, á algunos de los cuales se han hecho varias adiciones; y habiéndose conformado en un todo el referido embajador, se ha efectuado el convenio entre las dos Cortes; y es como sigue.

En nombre de Dios (Todo poderoso). -Firmada de S. M. el Rey de Marruecos.—Instruccion para su embajador.

1.º Que cuando los ingleses supieron que V. M. les declaraba la guerra, enviaron á decirnos que querian enviar seis ú ocho navíos para navegar con nuestra bandera y llevar provisiones de nuestros puertos á la plaza de Gibraltar; y conociendo su mala intencion y engaño, y que con esto querian que sitiada dicha plaza pudiesen entrar los citados navíos en el puerto de Gibraltar, sin que V. M. les hiciese obstáculos por nuestro respeto con las provisiones que necesitan; les hemos respondido que no necesitamos de sus navíos, ni consentimos en lo que piden. Al presente deseamos que V. M. nos envie tres ó cuatro navíos bien fuertes que carguen mil y quinientos quintales y que estos pasen á nuestros dominios para cargar trigos y otros efectos de provisiones y que los conduzcan de los puertos donde los hay en abundancia á donde no los hay, y que dichos navíos tengan su capitan, su segundo, su piloto y contramaestre; y nosotros pondremos los marineros y les pagaremos su flete secretamente para que se conozca el favor que nos hace S. M. sin interes alguno y solo por la recíproca amistad que nos profesamos.

1.º «Que S. M. enviará al rey de Marruecos los navíos que pide; pero los marineros serán españoles, para que no haya discordia entre ellos.»

2.º Que los comerciantes de Tetuan nuestros vasallos que antes acostumbraban comerciar en la plaza de Gibraltar con pieles y otros efectos, observaron que las embarcaciones inglesas llevaban de Gibraltar estas pieles y efectos á Barcelona y con ellos hacian muchas ganancias; y como ahora ha cesado dicho comercio de Gibraltar, nos pidieron de comerciar en Barcelona, y buscar compañeros con los cuales hagan com-

pañía en dicho comercio para tener una misma correspondencia en estas mercaderías: y los mismos navíos arriba dichos, en descargando en Tetuan las provisiones, los cargarán los mercaderes de efectos del pais, y los remitirán á Barcelona, de donde cargarán seda y otros efectos. Estos negociantes vasallos de V. M. podrán estar seguros en sus intereses bajo nuestra real palabra.

2.º «Que los citados navíos puedan pasar á Barcelona para el comercio con toda libertad; pagando allí los derechos que se habrán fijado y establecido.»

3.º Que los comerciantes de Fez que por lo regular comercian en Oriente, llevan consigo moneda de plata para consumo, cambiándola por oro, porque en aquellas partes pierden con la plata; con este motivo nos han suplicado les permitamos, que envien dos comerciantes al año á Cádiz para cambiar la plata por oro y que puedan comprar la grana cochinilla segun el precio corriente; porque este género se desea y tiene en Fez mucha salida, de suerte que el que vende dicha grana, si quiere recibir por ella la moneda de España, se le dará, y si quisiese en cambio pieles ó cera, tambien se le dará.

3.º «Que puedan comerciantes venir á Cádiz para comprar la grana y demas géneros españoles al precio corriente: y en cuanto al cambio de la plata por oro siempre que abunde este metal, porque ahora es muy escaso, se permitirá pagando por su estraccion y por la de los demas géneros los derechos que pague en España la nacion mas favorecida; y se admitirán la moneda española y efectos que trajesen.»

4.º Hemos recibido la carta de V. M. y enterado de su contenido con grande complacencia: y viendo la traduccion elegante de su intérprete, hemos quedado en duda si este es mahometano ó cristiano. Si es mahometano debia empezar la carta de este modo: Alabanza á Dios solo, y á nuestro Señor Mahomet Apóstol de Dios, último Profeta: y si es cristiano, debia haber empezado así: Alabanza á Dios y la paz á nuestro Señor Jesucristo, hijo de María, Apóstol y palabra de

Dios. Y no habiéndolo hecho dicho intérprete, hemos dudado de su religion.

4.º «El traductor es cristiano y se arregló al estilo que aquí se observa, dando á Dios la alabanza en nuestras oraciones, con que nos preparamos para todas las obras que emprendamos.»

Otros puntos que comprende la respuesta de S. M.

1.º Que los mercaderes españoles que llegaren á los puertos del rey de Marruecos, como Tetuan, Tanger, Larache, Salí, Mogador y otros sean bien tratados y recibidos y esten seguros de sus vidas y bienes.

2.º Que los comerciantes españoles, de lo que traigan de los dominios del rey de Marruecos, deben pagar los derechos correspondientes segun las órdenes de aquel Soberano, y que estos mismos españoles se deban distinguir de las demas naciones.

Adicion.

—

Lo mismo y no mas hará el rey de España con los comerciantes marroquíes.

3.º Que los vasallos del rey de Marruecos podrán venir á comerciar á los puertos de Alicante, Málaga, Barcelona y Cádiz; y así en ellos como en los demas de estos reinos serán bien tratados y bien recibidos y se les franquerá lo que necesiten de víveres y para reparar sus navíos, pagando los gastos que hicieren y efectos que compraren.

4.º Que los navíos de S. M. y los del rey de Marruecos tengan alguna señal entre sí para que se conozcan, no se equivoquen con los argelinos ú otra potencia enemiga.

5.º Que en caso que Gibraltar pertenezca en algun tiempo á S. M.; el rey de Marruecos tratará esta plaza como los demas dominios de España, llevándose á ella de los de S. M. mar-

roquí todo lo que se necesitare, del mismo modo que el Rey hará con Tanger y otros puertos del mismo Soberano, protegiéndola y ayudándola en sus urgencias en caso de algun insulto ó guerra con los enemigos.

Adicion.

—

Lo mismo hará recíprocamente el rey de España con el de Marruecos; y asi debe estenderse este artículo 5.º

6.º Que si S. M. destinare algunas personas que tomen en arrendamiento los derechos de estraccion de comestibles por los puertos de Larache, Tetuan y Tanger, se les concederán por los precios justos que hubiera de pagar cualquier otro arrendador.

7.º Que no se pueda obligar á los súbditos de S. M. que residan en los dominios de Marruecos á que hospeden ni mantengan á nadie en sus casas.

8.º Que cuando los súbditos de S. M. residentes en los dominios de Marruecos alquilasen casas por precio y tiempo determinado, no se les pueda aumentar el alquiler ni desalojarlos hasta cumplido el término con tal que paguen el alquiler convenido.

9.º Que si alguno de los Cónsules, Vice-Cónsules, ó comerciantes españoles quisiesen fabricar por sí alguna casa en los dominios del rey de Marruecos, puedan hacerlo; y en caso de querer venderla ó alquilarla, no se les ponga embarazo alguno.

10. Que si el rey de las Dos Sicilias quisiese participar de las ventajas de este convenio, se prometen S. M, y el rey de Marruecos, se tendrá á aquel Soberano y sus vasallos por comprendidos en todo lo que mira á la libertad y seguridad del trato y comercio de ambas naciones, que aquí se estipulan entre España y Marruecos: y desde luego se suspenderá entre napolitanos y marroquíes toda hostilidad.

Aranjuez á 30 de Mayo de 1780.—El conde de Floridablanca.—Es copia.

Por lo anterior habrán visto nuestros lectores el respeto con que hace ochenta años nos trataban los marroquíes, y lo poco que de las mismas palabras y firmas de sus emperadores podemos prometernos.

El tratado que á continuacion insertamos, es mas estenso, y con mayores seguridades, si caben todavía, pero ni uno ni otro han sido suficientes para que los salvages súbditos de S. M. Xeriffiana, dejasen de insultar y maltratar á los valientes y leales hijos de la España.

V.

En el nombre de Dios Todo Poderoso.

Tratado de paz, amistad, navegacion, comercio y pesca establecido entre los muy altos y poderosos príncipes D. Cárlos IV, rey de España y de las Indias, etc. etc., y Muley Soliman, rey de Marruecos, Fez Mequinez Sus, etc. etc.; siendo la parte contratante por S. M. católica su Plenipotenciario el Intendente de los reales egércitos D. Juan Manuel Gonzalez Salmon, que por su órden y al mismo efecto pasó á la corte de Mequinez de los Olivares; y por la de S. M. Marroquí el Excelentísimo Sr. Sidy Mahomet Ben-Otoman, su primer ministro, quienes despues de haber dado sus plenos y respectivos poderes, han estipulado, conforme á las instrucciones que cada uno tenia los artículos siguientes:

Artículo 1.° Se renuevan y confirman el tratado del año de 1766, el convenio de 1780, y el arreglo de 1785 en todo lo que no sea contrario al presente tratado.

Art: 2.° Ninguna de las dos Altas partes contratantes facilitará bajo pretesto alguno víveres, escepto los que exige la humanidad, pertrechos, municiones de boca ó guerra, ni armas de ninguna clase á los enemigos que son y fueren de

cualesquiera de las dos potencias; como tampoco dará paso á sus tropas por los territorios de ella, ni franqueará su pabellon ó pasaportes ni permitirán se armen en corso en sus puertos.

Art. 3.° A fin de que subsista con la mayor armonia la paz y buena amistad que de nuevo se consolida por este tratado, ni se introduzcan en ambos dominios sugetos, que por sus acciones, conductas ú opiniones puedan perturbarla, no se permitirá á ningun español pasar á los de Marruecos, ni establecerse en ellos, si no lleva licencia ó pasaporte del comandante ó gobernador del puerto de donde se embarcase, que esplique el objeto ú objetos á que vá; cuyos documentos se han de examinar á su arribo por el Cónsul general de España, sus vice-cónsules ó comisionados. Lo mismo se practicará en España con los marroquíes; los que deberán ir provistos de pasaportes del referido Cónsul general, vice-cónsules ó comisionados. Los que no presentaren dichos documentos no serán admitidos por pretesto alguno; pero si fueren con ellos en regla, se les acordará toda proteccion y seguridad, y de consiguiente el gobierno vigilará para que no esperimenten mal trato, ni ninguna otra vejacion, castigando con todo rigor al que los incomodare; y al efecto se espedirán por S. M. católica las órdenes mas estrechas á los gobernadores de sus puertos. Lo propio se practicará por parte del gobierno marroquí, con espresion de que caerá en su indignacion cualquier gefe que no preste buena acogida á todo vasallo de S. M. católica que transite ó resida en sus dominios.

Art. 4.° El Cónsul general de España, sus vice-cónsules ó comisionados dirigirán con absoluta jurisdiccion los negocios de los españoles en los dominios marroquíes, franqueándoles el gobierno los ausilios de tropas, lanchas, armadas, ú otros que pidan para arrestar y asegurar los malhechores, con cuyo medio se conservará el buen régimen y quietud pública.

Art. 5.° En toda demanda sobre pago de deudas, cumplimiento de contratos ó diferencias de cualquiera calidad que tengan los marroquíes contra los españoles, las harán presentes al Cónsul general de España, vice-cónsules ó comisionados

en sus respectivos distritos, para que llamándolos ante sí, traten de concluir y ajustar sus diferencias, compeliéndolos en casos necesarios á que cumplan sus respectivas obligaciones. Y si sucediese por el contrario, los referidos empleados pasarán oficios al gobierno marroquí para que sus súbditos paguen á los españoles lo que les deban, procurando que lo egecuten sin dar lugar á dilaciones, pues ha de ser recíproca y de buena fé la administracion de justicia, como sólido fundamento de la amistad y buena armonía entre las dos naciones, no menos que de la existencia y felicidad de todas.

Art. 6.° Cualquier español que cometa en los dominios marroquíes algun escándalo, insulto, ó crímen que merezcan correccion ó castigo, se entregará á su Cónsul general ó vice-cónsules, para que con arreglo á las leyes de España se le imponga, ó remita á su pais con la seguridad correspondiente, siempre que el caso lo requiera. Igual reciprocidad se observará con los delincuentes marroquíes en España, enviándolos al primer puerto de la dominacion de S. M. marroquí, sin que preceda diligencia judicial, ni otra formalidad mas que la de un oficio que el comandante, gobernador ó justicia del territorio donde cometan el delito, dirigirá al Cónsul general de España, relacionándole su crímen ó falta para que su gobierno les imponga la pena segun sus leyes é institutos.

Art. 7.° Dichos Cónsul general, vice-cónsules ó comisionados continuarán gozando de la execcion de todo derecho en la provision de frutos y efectos que necesiten y hagan venir de España ú otras naciones para su respectivo consumo. El referido Cónsul general tendrá facultad no solo para enarbolar en la casa de su morada en Tanger el pabellon real español, sino que podrá tambien sin obstáculo alguno pasar á bordo de los buques de su nacion, cuando lo juzgue preciso, con bandera larga en la popa del bote ó lancha que le conduzca, y la casa consular disfrutará de inmunidad y de las prerogativas y consideraciones que ha gozado hasta aquí, y la concedió el gran rey difunto Sid Mohamet Ben-Abdala.

Art. 8.° Cuando fallezca algun español ó criado suyo en

Marruecos, con tal de que este sea individuo de cualquiera nacion cristiana, dispondrán el Cónsul general, vice-cónsules ó comisionados de sus entierros en la forma que estimen mas conveniente haciéndose cargo de todos sus bienes para entregarlos á sus herederos. Si muriese algun marroquí en España, el comandante, gobernador ó justicia del territorio en que se verifique, pondrá en custodia lo que haya dejado, y avisará al espresado Cónsul general, enviándole nota de lo que sea, para que él lo haga saber á sus herederos, y proporcione su recaudacion sin estravío.

Art. 9.° Cuando los españoles compren legítimamente algun terreno en Marruecos con permiso del gobierno, podrán fabricar en él casas para su habitacion, almacenes, etc., arrendarlos y venderlos segun les acomode. Y siempre que alquilen casas y almacenes por tiempo y precio determinado, no se les subirán los arrendamientos durante aquel, ni desalojará de ellos, con tal que paguen lo estipulado, suponiéndose que los traten como es debido. Lo mismo se observará en España con respecto á los marroquíes.

Art. 10. Los españoles podrán ausentarse de Marruecos con toda libertad y cuando bien les parezca, sin necesidad del permiso del gobierno; pero si, necesitarán del consentimiento del Cónsul general, vice-cónsules ó comisionados; para que estos sepan si se hallan libres de deudas ó cualesquiera otra clase de obligaciones que deberán dejar solventes antes de su salida; lo que ademas de ser justo conservará la buena y debida reputacion del nombre español; y de ningun modo serán responsables el Cónsul general ni sus vice-cónsules ó comisionados al pago de las deudas que contraigan dichos españoles en Marruecos, si espresamente no se hubiesen obligado bajo sus firmas á satisfacerlas: y lo propio se observará en España respecto al gobierno marroquí.

Art. 11. No se podrá obligar á los súbditos de S. M. Católica que residan en los dominios de marruecos, ni á los de S. M. Marroquí en los de España, á que no hospeden ni mantengan á nadie en sus casas.

Art. 12. Se permitirá libremente el uso de la religion católica á todos los súbditos del rey de España en los dominios de S. M. Marroquí, y se podrán celebrar los oficios propios de ella en las casas-oficios de los padres misioneros establecidos en dicho reino y protegidos de mucho tiempo á esta parte por los monarcas de Marruecos. Estos misioneros disfrutarán en sus respectivos hospicios de la seguridad, distinciones y privilegios concedidos por los anteriores soberanos de Marruecos y por el actual reinante. Y en atencion á que su ministerio y operaciones, lejos de causar disgusto á los marroquíes, les han sido siempre agradables y beneficiosas por sus conocimientos prácticos de la medicina, y por la humanidad con que han contribuido á sus alivios, ofrece S. M. marroquí permitirles que permanezcan en sus dominios sus establecimientos, aun cuando se interrumpa la buena armonía entre ambas naciones (lo que no es de esperar) á la manera que subsistian en los reinados anteriores, no obstante de hallarse en guerra las dos monarquías. Asimismo podrán los marroquíes existentes en España, ejercer privadamente como lo han practicado hasta aquí los actos propios de su religion.

Art. 13. Como se ha de procurar precaver en cuanto sea posible la desgracia de los acontecimientos humanos, si se verificase un nuevo rompimiento entre ambos soberanos, estipulan conceder recíprocamente el tiempo de seis meses ó lo mas desde el dia de publicacion en sus estados, para que los respectivos vasallos puedan retirarse libremente á ellos con todos sus bienes y efectos.

Deseando ademas S. M. marroquí que se borre de la memoria de los hombres el odioso nombre de la esclavitud, ofrece que en el caso inesperado de un rompimiento, reputará á los oficiales, soldados y marineros españoles cogidos durante la guerra como prisioneros de ella, cangeándolos sin distincion de personas, clases ni graduaciones lo mas pronto que sea posible, sin pasar por ningun caso el tiempo de un año en el que fueren capturados, recogiendo un recibo de estos al tiempo de su entrega para el arreglo del cange sucesivo; no conside-

rando como tales prisioneros de guerra á los jóvenes que no tengan doce años cumplidos, las mujeres de cualquiera edad que fueren, ni los ancianos de sesenta años arriba, respecto á que no pudiéndose esperar ofensa alguna de estas tres clases de personas, no deben sufrir el menor quebranto ni vejacion, y asi desde luego que sean apresados, se pondrán en libertad, y por medio de embarcaciones parlamentarias ó neutrales, se trasportarán á su pais, siendo los gastos de estas conducciones de cuenta de la nacion á quien correspondan dichos prisioneros; lo que ofrece asi mismo observar S. M. católica, empeñando mutuamente las dos Altas partes el sagrado de su Real palabra para el cumplimiento exacto de lo contenido en este artículo. Y caso de que fenecida la guerra haya algun esceso de prisioneros, se dará por concluido este asunto, sin que se entable solicitud alguna á este respecto, devolviendo los recibos la parte que los tuviere.

Art. 14. Los vasallos de S. M. católica que deserten de los presidios de Centa, Melilla, Peñon y Alhucemas, serán conducidos desde luego que lleguen á territorio de Marruecos, á la presencia del Cónsul general, quedando á disposicion de este para hacer de ellos lo que le ordene el gobierno español, y pagará los gastos de su conduccion y manutencion. Pero si puestos ante dicho Cónsul dijesen é insistiesen en abrazar el mahometismo, entonces los recogerá el gobierno marroquí. Mas si por accidente se presentase alguuo al soberano, ante quien libremente dijese que quiere hacerse moro, no se deberá en este caso conducir á presencia del espresado Cónsul general.

Art. 15. Los límites del campo de Ceuta y estension de terreno para el pasto del ganado de aquella plaza, quedarán en los mismos términos que se demarcaron y fijaron en el año de 1782.

Al paso que ha habido la mejor armonia entre dicha plaza y los moros fronterizos, es bien notorio cuan inquietos y molestos son los de Melilla, Alhucemas y el Peñon, que apesar de las reiteradas órdenes de S. M. marroquí para que con-

serven la misma buena correspondencia con las espresadas plazas, no han dejado de incomodarles continuamente, y esto parece una contravencion á la Paz general contratada por mar y tierra, no deberá entenderse así, por cuanto es contrario á las buenas y amistosas intenciones de las dos Altas partes contratantes, y sí efecto de la mala índole de aquellos naturales: por tanto ofrece S. M. marroquí valerse de cuantos medios le dicte su prudencia y autoridad para obligar á dichos fronterizos á que guarden la mejor correspondencia y se eviten las desgracias que acaecen, tanto en las guarniciones de dichas plazas, como en los campos moros por los escesos de estos. Pero si los continuasen sin embargo lo que no es de esperar, como ademas de ser injusto, ofenderian el decoro de S. M. católica, que no debe disimular ni tolerar tales insultos, cuando sus mismas plazas pueden por sí contenerlos, queda acordada por este nuevo tratado que las fortalezas españolas usen del cañon y mortero en los casos en que se vean ofendidas, pues la esperiencia ha demostrado que no basta el fuego de fusil para escarmentar dicha clase de gentes.

VI.

Art. 16.—Navegacion. Las embarcaciones mercantes de ambas naciones, podrán arribar á los puertos de cualesquiera de ellas, viniendo habilitadas de papeles por las oficinas que corresponde. Los pasaportes que lleven en su navegacion se dispondrán de modo que para su inteligencia no se necesite saber leer. A los que no los lleven se conducirán por el buque que los encuentre al puerto mas inmediato de su nacion, sin molestarlos y con la obligacion de presentarlos intactos al gobernador de aquel. Los pequeños barcos pescadores de una y otra potencia no estarán obligados á la presentacion de pasaportes. Estos podrán variarse en su forma, teniéndose cuidado mútuamente de avisar cualquiera innovacion que se egecute para noticia de sus individuos.

Art. 17. Los buques de guerra de ambas potencias no obligarán á los mercantes de ellas que encontrasen en alta mar y quisiesen reconocer sus pasaportes, á que echen sus botes ó lanchas al agua, pues lo deberán hacer los de guerra; los que no destinarán mas que una persona de toda su confianza que suba á bordo para dicho reconocimiento y esta por ningun pretesto podrá hondearlos ni registrarlos, ciñéndose únicamente á inspeccionar los pasaportes que lleven, los marroquíes del Cónsul general de España, bajo el método mas sencillo, y los españoles los acostumbrados en su gobieruo; en la inteligencia de que si unos y olros causasen voluntariamente daño ó incomodidad á cualquiera buque ó tripulacion, el agresor será castigado á proporcion de sus escesos, y responsable á la reparacion de los perjuicios que hubiese causado.

Art. 18. Las embarcaciones de ambas naciones que se encontrasen en alta mar y necesitasen de víveres, aguada ú otra cosa esencial para continuar la navegacion, se suministrarán mütuamente cuanto tengan en la parte posible, abonándosc el valor de lo que dieren al precio corriente.

Art. 19. En prueba de la armonía que ha de reinar entre las dos naciones, siempre qne los corsarios marroquíes apresasen alguna embarcacion enemiga, y hubiese en ella marineros ó pasageros, mercancías y cualquiera otra propiedad que pueda corresponder á vasallos de S. M. católica, los entregarán libremente á su Cónsul general, con todos sus bienes y efectos, en el caso de que regresen á los puertos de S. M. marroquí; pero si antes tocan en alguno de los de España, los presentarán en iguales términos á su comandante ó gobernador; y de no poder verificarlo de una ó de otra manera, lo dejarán con toda seguridad en el primer puerto amigo donde arriben. Lo mismo practicarán los buques españoles con los vasallos ó haberes de S. M. marroquí que encuentren en los buques enemigos apresados; estendiéndose esta buena armonía y el respeto que se deben tener por la bandera de ambos soberanos, á conceder la libertad de personas y bienes de vasallos de potencias enemigas de una y otra nacion que naveguen en em-

barcaciones españolas ó marroquíes con pasaportes legítimos en que se espresen los equipajes y efectos que les pertenecen; con tal que estos no sean de los que prohibe el derecho de la guerra.

Art. 20. Si los buques de cualquiera potencia berberisca que se hallare en guerra con la España apresasen alguna embarcacion perteneciente á esta ó sus súbditos y la llevasen á los puertos de Marruecos, no se les permitirá en ellos vender ningun individuo de los apresados, ni el todo ó parte de sus géneros, lo mismo se observará respectivamente en España si fuese conducido á ella algun buque marroquí apresado por otro de potencia enemiga de Marruecos.

Art. 21. Las embarcaciones de ambas naciones, asi de guerra como mercantes, que por otras de cualquiera potencia que estuviesen en guerra con una de ellas fuesen atacadas en puertos, ó adonde hubiere fortalezas, serán defendidas por los fuegos de estas ó de aquellos, deteniendo á los buques enemigos sin permitirles que cometan hostilidad ninguna ni que salgan de los puertos hasta veinte y cuatro horas despues de haberse hecho á la vela las embarcaciones amigas. Las dos altas partes contratantes se obligan tambien á reclamar recíprocamente de la potencia enemiga de cualquiera de ellas la restitucion de las presas que se hagan á la distancia de dos millas de sus costas, ó á su vista si por no serle posible aproximarse á la tierra se hallase anclado el buque espresado. Finalmente prohibirán que se vendan en sus puertos los buques de guerra ó mercantes que fueren apresados en alta mar por cualquiera otra potencia enemiga de España y de Marruecos; y caso que entren en ellos con alguna presa de las dos naciones, tomada á la mediacion de sus costas en la forma que arriba queda esplicado, obligando al captor á que la abandone, con cuanto la hubiese tomado de efectos de tripulacion y demas, etc.

Art. 22. Si algun buque español naufragase en el rio Nunx y su costa donde no egerce dominio S. M. marroquí, ofrece sin embargo en prueba de cuanto aprecia la amistad de S. M. católica, valerse de los medios mas oportunos y eficaces para sa-

car y libertar las tripulaciones y demas individuos que tengan la desgracia de caer en manos de aquellos naturales.

Art. 23. En todos los puertos habilitados de España se admitirán los buques marroquíes precediendo las precauciones y formalidades establecidas por la sanidad, para la seguridad de la salud pública. En caso de naufragio ó de arribada forzosa á cualquiera rada, en hora buena no esté generalmente habilitada, se les asistirá haciendo lo posible para libertar personas, buques y efectos; cuyo trabajo se satisfará á los precios corrientes, asi como el valor de las provisiones que compren, sin exigir derecho de ninguna clase, ni tampoco de las mercaderías que se salven y se quieran conducir á otra parte; pues solo cuando se hubiesen de vender en el pais, se cobrarán los establecidos. La misma reciprocidad se observará sin la menor diferencia en las costas, radas y puertos de S. M. marroquí con los buques españoles.

Art. 24. Las embarcaciones de guerra de ambas naciones no pagarán ningunos de sus puertos mutúamente derecho de ancoraje, ni de otra clase por los víveres, aguada, leña, carbon y refrescos que necesiten para su consumo.

Art. 25. No se reclamarán por S. M. marroquí los esclavos cristianos de cualquiera potencia europea, que se refugien á Ceuta, Melilla, Peñon y Alhucemas, ú á bordo de los navíos de guerra españoles; asi como en la propia forma no exigirá S. M. católica la restitucion de los mahometanos de cualquiera pais que en los puertos de España se introduzcan en bageles de guerra marroquíes.

VII.

Art. 26.—Comercio. Los marroquíes pagarán en España los mismos derechos de introduccion y estraccion sobre los géneros de su propiedad, cuya salida y entrada esté permitida, que han satisfecho hasta el presente.

Art. 27. Siempre que los españoles introduzcan efectos mercantiles en los puertos marroquíes, no satisfarán mas derechos que el establecido de un diez por ciento en dinero ú especie, conforme se practique en sus respectivas aduanas, sin alteracion alguna.

Art. 28. No se exigirá á los españoles desde el puerto de Mogador hasta el de Tetuan inclusive por los géneros, ganado y frutos aquí mencionados, sino los siguientes derechos:

	Pfs.	*Onzas.*
Por cada fanega colmada de toda especie de legumbres.	0	4
Por cada cabeza de ganado vacuno. . . .	3	0
Por id. id. lanar. . . .	0	5
Por id. id. mular . . .	8	
Por cada docena de gallinas y toda otra especie de aves.		3
Por cada millar de huevos.	0	5
Por quintal de dátiles..	0	5
Por arroba de cera, segun pagan los propios súbditos de S. M. marroquí.	1	
Por cada millar de naranjas y limones. . .	1	
Por la docena de tafiletes.	1	
Por quintal de lana.	2	
Por id. de almendras.	1	
Por cada diez tablones de madera.	12	
Por cada quintal de arroz.		8
Por cada id. de cueros vacunos ó cabríos al pelo ó curtidos..	2	
Por el quintal de aceite.	2	
Por el quintal de marfil.	Segun se exige el puerto de Mogador.	
Por id. de cobre.		
Por id. de goma.		
Por cada libra de plumas blancas y negras de avestruz.		

NOTA. Las onzas se regulan á 10 por peso fuerte, de consiguiente equivalen á un real de plata efectivo.

Art. 29. Hallándose cerrado en el dia el puerto de Santa Cruz de Berbería, no puede tener efecto la oferta que Su Magestad marroquí tiene hecha anteriormente á la España, de que sus vasallos disfruten una baja de un 30 por 100 sobre los derechos que satisfacen las demas naciones; pero si tendrá lugar esta gracia, siempre que dicho puerto se llegue á abrir.

Art. 30. La compañia de los cinco gremios mayores de Madrid disfrutarán como hasta aquí del privilegio esclusivo de estraer granos por el puerto de Darbeyda, pagando 16 rs. vn. por cada fanega de trigo y 8 por la de cebada; quedando igualmente en su fuerza y valor los convenios que relativamente al propio fin se han celebrado de antemano con S. M. marroquí. Pero S. M. católica podrá estender á beneficio de algunos ó todos de sus vasallos dicho privilegio cuando lo juzgue conveniente; pues declara S. M. marroquí que concede aquel puerto esclusivo, no por respeto á la citada compañía, y si en obsequio del rey de España.

Por la misma regla y circunstancia se conducirá el privilegio que la casa de D. Benito Patron del comercio de Cádiz, tiene en el puerto de Mazagan, sin que se exijan mas derechos que los 16 rs. por fanega de trigo y 8 por la de cebada.

Art. 31. Aunque á S. M. marroquí ocurra un justo motivo para prohibir la estraccion de granos de sus dominios, ó cualesquiera otros géneros ó efectos comerciales, no impidirá el que los españoles embarquen los que tuvieren ya en almacenes, ó comprados y pagados antes de la prohibicion (enhorabuena estén en poder de los súbditos de S. M. marroquí) lo mismo que lo egecutarian sino se hubiese promulgado la prohibicion, sin ocasionarles el menor vejámen ni perjuicio en sus intereses Igualmente se practicará esto en el propio caso en España con los moros marroquíes.

Art. 32. La exaccion en los puertos de Marruecos del derecho de ancorage para las embarcaciones mercantes será desde veinte á ochenta reales vellon cada una, segun su clase, toneladas, etc., esceptuando las que vengan de arribada, como las pescadoras que serán enteramente libres.

Art. 33. Se renueva la estraccion de cáñamo y madera para los reales arsenales de S. M. católica, pagando por el quintal de la primera especie, quince onzas del pais ó sean 30 reales vellon de derecho, y por cada 100 tablones de la segunda 240 rs.; bien entendido que de dicho privilegio, ningun español en particular podrá usar sin que obtenga una especial licencia de S. M. católica.

Art. 34. Habiendo acreditado la esperiencia cuan continuos son los fraudes que hacen los barcos españoles, especialmente en la estraccion de moneda, desde los puertos de Su Magestad católica á los de Marruecos, el Cónsul general, sus vice-cónsules ó comisionados no solo tendrán facultad de inspeccionar y vigilar sobre esto, sino que el gobierno marroquí dará todos los ausilios que le pidan, en caso de necesitarlo, para que aquellos puedan arrestar ó enviar á España á los capitanes ó patrones de embarcaciones donde se encuentre el fraude y á cualquiera otro individuo vasallo de S. M. católica que incurra en esta clase de delito; cuidando asimismo el gobierno marroquí de indagar si aun en los buques de cualquiera otra nacion procedentes de los dominios de España, vienen efectos embarcados clandestinamente por españoles; en cuyo caso dará parte el Cónsul general ó vice-cónsules, á fin de que usando estos de sus derechos, lo puedan comunicar á su gobierno. Cualquiera marroquí que fuese aprehendido con género de contrabando en el acto de estracciou ó introduciendo en los puertos de España, se enviará preso con sus efectos al gobierno de Marruecos, dando parte de lo ocurrido al Cónsul general para que á proporcion de su culpa se le castigue. Pero si el género perteneciese á cristianos, se reservará y decomisará este en España, remitiendo tan solo al defraudador; cuando algun súbdito marroquí arribase á dichos puertos con géneros de la clase referida, ó de esprofeso entrase con los mismos, ignorando que eran prohibidos, deberá desde luego manifestarlos, de lo contrario se comprenderá la pena que arriba se espresa.

VIII.

Art. 35.—Pesca. A los habitantes de las islas Canarias y á toda clase de españoles concede S. M. marroquí el derecho de la pesca desde el puerto de Santa Cruz de Berbería al Norte.

Art. 36. Los españoles presentarán la licencia con que deben salir habilitados de los puertos de España á Canarias al alcaide ó gobernador moro mas inmediato al sitio en que intenten hacer la pesca, y este les asignará sin retardo ni dificultad los límites en que hayan de egecutarla.

Art. 37. Cualquiera embarcacion española que se aprehenda por los marroquíes en su costa sin licencia para pescar ó se haya acercado á ella por necesidad, ignorancia ó malicia, será entregada desde luego al cónsnl ó comisionado de España mas inmediato, á fin de que examinando su causa, sea absuelto ó castigado el capitan ó patron por sus respectivos superiores, segun las leyes y ordenanzas que rigen en España.

Art. 38. Asi los españoles como los moros que hagan el comercio de Marruecos á España, deberán hacer constar en las aduanas de S. M. católica, por medio de un certificado del Cónsul general, vice-cónsules ó comisionados existentes en los puertos de Marruecos, los géneros y efectos que sacan de estos para aquellos donde precisamente los han de introducir, sin cuya circunstancia no les comprende la rebaja de derechos que espresa el artículo 28, y pagarán á correspondencia de las demas naciones que gozan de privilegio.

Se ractificará el presente tratado en la brevedad posible: se firmarán y sellarán tres originales de él en los idiomas español y árabe, uno para S. M. Católica, otra para S. M. Marroquí; y otro que ha de quedar en poder del Cónsul general de España en Marruecos; cuidando cada una de las dos Altas partes se observe con la mayor puntualidad cuanto contienen los

artículos que se compone este tratado de paz, amistad, navegacion, comercio y pesca. En fé de lo cual. Nosotros los infrascritos plenipotenciarios, por parte de S. M. Católica don Juan Manuel Gonzalez Salmon, y por la de S. M. Marroquí Sidi-Mahomet-Ben-Otoman, los hemos autorizado con nuestros sellos, y firmado de nuestras manos en Mequinez de los Olivares á primero de marzo de mil setecientos noventa y nueve, que corresponde á veinte y dos de la luna de Kausadan de mil doscientos trece de la Egira—L. S.—Juan Manuel Gonzalez Salmon.—L S.—Mahomet-Ben-Otoman.

IX.

Ratificacion del Rey Nuestro Señor.

D. Cárlos por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Sicilias, de Jerusalen, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba; de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra firme del Mar Occéano; archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Brabante y de Milan: conde Abspurg de Flandes, del Ferrol y de Barcelona; Señor de Vizcaya y de Molina etc. Por cuanto entre Nos y el príncipe Muley Soliman, rey de Marruecos Fez, Mequinez, Sus etc. Se concluyó y firmó á primero de marzo de mil setecientos noventa y nueve por medio de plenipotenciarios, que autorizamos suficientemente por ambas partes el presente tratado de paz, amistad, navegacion, comercio y pesca que comprende los treinta y ocho artículos que van espresados. Por tanto habiendo visto y examinado los referidos treinta y ocho artículos he venido en aprobar y ratificar cuanto contienen, como en virtud de la presente lo apruebo, y ratificar todo en lo mejor y en la mas ámplia forma prometiendo en fé y palabra de rey cumplirlo y observarlo, y hacer que

se cumpla y observe como si Yo mismo los hubiere firmado. En fé de lo cual mandé despachar la presente firmada de mi mano, sellada con mi sello, y refrendada por el infrascrito mi consejero honorario de Estado, embajador estraordinario, y plenipotenciario nombrado cerca de la república Batava, y primer secretario interino del despacho universal del Estado. Dada en Aranjuez á 3 de abril de 1799.—L. S.—Yo el rey.—Mariano Luis Urquijo.

X.

Traducion del Arabe.

Gracias á Dios solo Habiendo sido presentadas á S. M. la reyna de España y á S. M. el sultan de Marruecos las contestaciones dadas en 25 de Agosto de 1844 (9 de Schaban 1260) por el gobernador de esta provincia el Taleb-Busilham-Ben-Alí como su plenipotenciario, al mediador el agente y cónsul general de la gran Bretaña el caballero Eduardo Guillermo Aurios Drummon Hay, respecto á los artículos espresados en el ultimatun dirijido al gobierno marroquí, y habiéndose juzgado la misma admisibles por convenir asi á los recíprocos intereses y derechos de ambos gobiernos, como tambien por que por tal medio quedaban restablecidas las relaciones de amistad y buena armonía entre los mismos, para poder dar el mas puntual cumplimiento, S. M. la reyna de España ha nombrado su plenipotenciario á su Consul general y encargado de negocios el caballero D. Antonio Beramendi y Freire, quien despues de haber manifestado poderes, ha convenido y arreglado los articulos siguientes:

1.º Las fronteras de Ceuta serán restituidas al estado en que se hallaban antiguamente y conforme al artículo 15 del tratado de paz vigente. Esto ha sido egecutado y cumplido en todas sus partes el 7 de Octubre último (23 de Ramadan 1260) como se halla mencionado en el espresado tratado que ecsiste entre S. M. la reina de España y el Sultan marroquí.

2.° El Sultan de Marruecos dará sus órdenes y prevendrá eficazmente á los moros fronterizos de Melilla, Alucemas y Peñon de la Gomera, á conducirse en lo sucesivo como corresponde con los habitantes de dichas plazas y con los buques que se aprocsimen á sus costas.

3.° Quede convenido que se cumplirá en lo sucesivo el tenor del artículo 32, respecto á los anclages, como igualmente el 28 que trata de los derechos de esportacion, que serán segun las antiguas estipulaciones acordadas por los soberanos marroquíes.

4.° En vista de las consideraciones espuestas por el gobierno marroquí sobre la muerte del agente consular de España en Mazagan, queda arreglada la satisfaccion de este artículo con la reprension dada al gobernador de dicho punto, y por el saludo al pabellon español verificado en Tánger el dia 13 de Septiembre último, ofreciendo S. M. marroquí que en adelante no se repetirán por parte de sus empleados semejantes sucesos.

Se ratificará este presente convenio por SS. MM. la reina de España y el Sultan de Marruecos, y se permutarán recíprocamente despues de ratificados en el término de 30 dias.

En fé de lo cual los infrascritos plenipotenciarios y el actual mediador el caballero Juan Hay Drumond Hay, autorizado á tal efecto por su gobierno, lo hemos firmado por duplicado en Larache á 6 de Mayo, año del nacimiento del Mesias el 1845, que corresponde á 28 de Rabeath Etsain, año 1261 de la Egira mahometana.—Antonio de Beramendi y Freire.—En el sello del bajá «El servidor del trono elevado por Dios, Busilham Ven-Ali, Dios lo asista»—J. H. Drumomd Hay.

XI.

Doña Isabel segunda por la Gracia de Dios y la Constitucion de la monarquía española, reina de las Españas etc. Por cuanto entre Nos y el Sultan de Marruecos se ha concluido y firmado

en 6 del presente mes de Mayo, por medio de plenipotenciarios autorizados por ambas partes, el precedente convenio que comprende los cuatro artículos espresados. Por tanto, habiendo visto y ecsaminado los referidos cuatro artículos. He venido en aprrobar y ratificar cuanto contienen, como en virtud de la presente lo apruebo y ratifico todo en la mejor y mas ámplia forma, prometiendo en fé y palabra de reina cumplirlo y observarlo y hacer que se cumpla y observe, como si yo misma los hubiere firmado. En fé de lo cual mando espedir la presente, firmada de mi mano, sellada con mi sello secreto y refrendada por mi primer secretario del despacho de estado. Dado en el palacio de Madrid á 12 de mayo de 1845.—S. L. —Yo la Reina.—Francisco Martinez de la Rosa.

CAPÍTULO XII.

TRADUCCION DEL ARABE.

Alabanzas á Dios.—Habiendo llegado la órden imperial que se debe obedecer, elevada y glorificada por Dios, al empleado actual en el puerto de Tanger (defendido por Dios) para devolver los límites de Ceuta como estaban reconocidos en el tiempo de los antecesores de nuestro amo, que Dios le ayude, á la reina de España mandó el citado empleado en virtud de la órden imperial, devolver los límites á su primitivo estado, con arreglo al artículo 1.º y su contestacion del convenio de 9 de Shaaban del año de la fecha (25 de Agosto de 1844) como estaban en el tiempo de nuestro amo el protegido por Dios, y en el de nuestros antecesores los generosos y purificados, y que construyan pilares y demarcaciones, á fin de que no quede duda ni motivo de disputa en presencia del mediador de ambos gobiernos el agente y Cónsul general de la reina de la gran Bretaña Drummon Hay, del Cónsul general plenipo-

tenciario de los asuntos de España por parte de su reina, D. Antonio de Beramendi, del general gobernador de Ceuta D. Antonio Ordoñez, del empleado de la Kabila de Anggera el Cheg Mohammed Ben-Tayeb Cancháa, y Caid de la guardia de Ceuta que está actualmente residente en ella Cid Ajamed El-Assary. Se presentaron todos sin número y sin oposicion, como igualmente estableció y colocó el dicho mediador en el terreno llano entre los dichos dos barrancos un pilar de piedra, y este es con objeto de marcar mejor los mencionados límites como estaban antiguamente, y una fuente que está en el fondo de la barranca de Larais el espresado, dentro de la parte de Ceuta, aprovecharán su agua ambas partes, y cada una de ellas puede poner en sus límites las guardias que quiera. Se hizo una copia de este documento y se anotó el 23 Ramadan el Muadem 1260, correspondiente á 7 de Octubre del año del Mesías 1844.—E. VV. A. Drummond Hay.—Antonio de Beramendi.—En el sello. «El servidor de la corte elevada por Dios, Busilham Ben Alí á quien Dios en su generosidad le perdone» para averiguar los límites, y encontrar visibles los restos de los antiguos.

El primero de los límites es desde el mar de la Barranca «Hosats Accadar» en la parte del «Tinidac» hasta el mar de «Jaudac Bab-al arais» (Barranca de la puerta de las Novias), que es la corriente de las aguas en el tiempo de las lluvias, y el primero en los del lado del derecho pasando á la Barranca de Larais está dentro de los límites de Ceuta, y al lado izquierdo pertenece á los moros; y el agente mediador estableció las señales mencionadas en dichos límites para que fabricasen los pilares de material ú otra cosa, sin número y sin oposicion; como igualmente colocó y estableció el dicho mediador en el terreno llano entre las dichas dos barrancas un pilar de piedra y este es con objeto de marcar mejor los mencionados límites como estaban antiguamente, y una fuente que está en el fondo de la Barranca de Larais el espresado dentro de la parte de Ceuta, aprovecharán sus aguas ambas partes, y cada una de ellas puede poner en sus límites las guardias que quiera.

Se hizo una copia de este documento y se anotó el 23 Ramadan el Muadem 1260 correspondiente á 7 de Octubre del Mesías 1844.—E. VV. A. Drummond Hay.—Antonio de Beramendi.—En el sello «El servidor de la corte elevada por Dios, Busilham Ben-Alí, á quien Dios en su generosidad le perdone.»

CAPITULO XXXII.

Ideas emitidas por la prensa francesa acerca de la guerra con los marroquies.—Nuestras ideas acerca de esto.

I.



s nuestra obra mas que una novela y una historia circunstanciada en la que narramos hechos revestidos bajo la forma novelesca.

En lo que llevamos escrito, hemos tratado sin entrometernos en minuciosos detalles, de que nuestros lectores sepan cuanto al otro lado del Estrecho ha sucedido.

Hemos buscabo la causa de esta guerra, y como ya hemos indicado, no ha sido de ayer.

Iniciada hacia muchos siglos, continuada en diversas oca-

siones, la espedicion de hoy era una consecuencia de la espulsion de ayer.

Para dar á conocer la mala fé de loe marroquíes, hemos copiado fielmente los tratados celebrados con España en diversas épocas, y para que se vea hasta donde llega la influencia del gabinete de San James con los musulmanes, transcribiremos despues el tratado celebrado entre este y aquellos.

Nada diremos sobre esto, se agolpan tantas ideas á nuestra imaginacion al considerar estos trabajos, que nuestra pluma no sabe, no se atreve á estamparlas.

Nuestros suscritores compararán estos documentos, y ellos los juzgarán.

Por nuestra parte creemós haber hecho lo suficiente con mostrárselos y hacérselos conocer.

Tambien en muchas ocasiones nos hemos ocupado de las simpatías que hemos merecido de algunas naciones, y especialmente de la Francia en la cuestion que venimos tratando.

Casi toda la prensa, que es el eco de un pueblo, ha elogiado nuestro proceder, ha admirado nuestros esfuerzos, y ha hecho la justicia que debia al valor de nuestros soldados.

El artículo que á continuacion verán nuestros lectores, no es de este género, sin embargo algunas de las ideas vertidas en él, nos han parecido sumamente conformes con las nuestras, y aunqne la esplicacion de ellas, las hace el articulista francés para su patria, nosotros por nuestra parte, no vacilaríamos en desear que se realizasen para la nnestra.

Se ven en el citado artículo tan perfectamente descritas las aspiraciones de la gran Bretaña, que esta ha sido una razon mas que nos ha impulsado á copiarlo.

En la época en que aquel se escribió, no habíamos hecho aun nosotros ese esfuerzo gigantesco, que tanto ha admirado á la Europa entera, y por lo tanto nada de particular tiene que el clérigo frances, diga hablando de los medios con que la Francia cuenta para emprender una guerra con los marroquíes que la España tampoco se encuentra en situacion de adelantárseles:

Despues que nuestros lectores hayan leido las líneas que

siguen, verán algunas consideraciones que sobre el artículo en cuestion se nos ocurren.

Dice así:

IX.

Si nos viéramos impelidos á llevar la guerra al imperio de Marruecos, la haríamos, ya sea por una simple cuestion de honor para castigar una ofensa, volver mal por mal y quitar al agresor las ganas de repetirla, ya para arrancar por la fuerza al emperador, amenazando y lastimando sus intereses, concesiones ó medidas que de otro modo rechazaría, ya en fin, con el objeto de conquistar su reino entero ó el antiguo de Fez solamente. Vamos hacer algunas indicaciones sobre cada una de estas tres hipótesis.

Trataríase en la primera de un simple bombardeo que debería verificarse sobre los puntos mas sensibles de la costa, por razon de su riqueza ó de su importancia moral. Tanger, Larache, Salé, Dar Beida y Mogador reclamarian naturalmente nuestra escuadra. Tetuan exigiria un desembarque, lo cual es mas difícil, y podria arrastrarnos demasiado lejos en caso de un revés que, aunque improbable, no merecia menos ser previsto. El príncipe Adalverto de Babiera, gran almirante de la flota prusiana, pudo muy bien recibir de los riffeños en el mes de Agosto de 1856 un descalabro, de que quizá no fuese dado á la Prusia tomar venganza. Esto es escusable tal vez en una potencia marítima de segundo ó tercer órden: pero en igual caso necesita la Francia una satisfaccion completa. Hoy seria muy fácil el bombardeo de la plaza que he nombrado, gracias á los progresos de la marina de vapor, á nuestras baterías y á las lanchas cañoneras.

Si se quisiera influir en la voluntad del emperador por medio de una ocupacion momentánea de algunos puntos de su territorio, y alarmar su avaricia amenazando á su bolsa á la

vez su cabeza y su corazon, centro hácia el cual convergen todos sus nervios. Si se quisiere en fin, amenazar su soberanía, convendria instalarse en Mogador, Salé y Tanger, Mogador es el puerto que mas le produce. En 1853 las importancias ascendieron á la suma de 4.984,000 francos y las esportaciones á la de 5.608,000. Inglaterra figuraba en la importancia por la cantidad de 3.988,000 francos, y Francia por la de 869,000. en la esportacion contaba Inglaterra 4.593,000 francos, y Francia 900,000. Mogador, pues, un punto muy sensible, aunque independientemente de su proximidad á Marruecos. Por otra parte, la ocupacion de la isla ofrece una ventaja que no proporciona el establecimiento en el Continente, pues bastaria allí una guarnicion de quinientos ó seiscientos hombres. Hase notado en 1844 que uno de los lados del triángulo formado por la ciudad un poco al norte del islote, puede batir el fondeadero de tal manera, que los buques se verian precisados á evacuarlo y á situarse en el mar por fuera del canal. Pero nuestra artillería y las lanchas cañoneras no permitirian á los marroquíes prolongar la lucha. La preponderancia de los buques de vapor en el actual sistema de nuestra marina aseguraria por otra parte el ausilio contra el mal tiempo que de Octubre á Abril hace á la costa del Occéano peligrosa para los buques de gran porte. Una porcion, pues, de obstáculos en otro tiempo de importancia, desaparecen ó disminuyen en presencia de los progresos que felizmente trasforman la flota francesa.

Salé, accesible á los buques de poco calado veria entrar en el Bon Regreb un cuerpo de desembarque. Fez y Mequinez por la ocupacion de Salé, se encontrarian aisladas del mar y amenazadas por el enemigo. El efecto moral seria inmenso.

Tanger, parécenos ser el tercer punto mas adecuado para completar estas operaciones por mar. Es la estacion intermedia con referencia á la provincia de Oran, que los vapores pondrian en comunicacion con los puntos ocupados en el Occéano. Un cuerpo de observacion situado en esta provincia de *Ouchda* vigilaria por este lado á la armada marroquí y com-

binaria segun conviniese sus movimientos con las operaciones maritimas.

Tomar á Tanger seria, á la verdad molestar á los cónsules europeos y turbar el mercado de Gibraltar; pero este golpe retumbaria mas en el interior del imperio: por otra parte ¿no conviene que Marruecos sepa nuevamente á que atenerse respecto á las seguridades que recibe de Inglaterra y en cambio de las cuales los Sherifes le conceden la preponderancia? Los marroquíes están generalmente persuadidos que para obrar contra ellos necesita Francia el permiso de Inglaterra. No aguardó el príncipe de Joinville en 1844 la señal de M. Drummond-Hay para romper el fuego sobre Tanger, sino que le dió tan solo el tiempo necesario para ponerse á salvo. Se ha dicho que el príncipe estaba satisfecho por el bombardeo de Beyrouth cuya memoria no habia borrado el trascurso de cuatro años: lo estaríamos de Perim, y lo estamos tambien, en otro sentido, de la guerra de Oriente. Esperamos que no se nos acostumbrará ya á no resolver jamas sin plantear previamente la cuestion: ¿qué diria Inglaterra? . . . .

III

¿ . . . .

¿Es de desear la conquista de Marruecos? Considerándola en sí misma y haciendo abstraccion de la oportunidad, es la conquista de Marruecos por la Francia provechosa al interés de ambos paises y al de la humanidad en general. Bueno seria que la Francia tuviera una accion directa en el Estrecho como la España por Cádiz y Ceuta y la Inglaterra por medio de Gibraltar. ¿Qué hace allí la Inglaterra? No es por cierto aquel su sitio natural. Habiendo entrado en Gibraltar en 1704, sorprendiendo una guarnicion de cien hombres, se la adjudicó en 1713 en el tratado de Utrech, donde abusó de su papel de árbitra de la Europa. Allí permanece como un cáncer vene-

noso en el costado de España amenazando nuestras posesiones de Africa. Bien convendria fortificarnos en frente de ella.

Marruecos ganaria con pasar bajo el cetro de la Francia, pues vale mas la civilizacion que la barbarie, el Evangelio que el Alcorán y la libertad que el despotismo. Esta parte del globo podria en fin gozar de los límites que el cielo le ha prodigado y distribuir entre los pueblos los tesoros que permanecen sepultados en su seno.

En fin, abririase á la Europa y al cristianismo uno de los mejores caminos del Africa central.

Es menester ser francos; si la Francia no quiere desdender del rango de potencia de primer órden, debe procurar engrandecerse poco mas ó menos fuera del círculo del equilibrio europeo. ¿No veis á las naciones rivales colocar en regiones lejanas, linderos de su influeucia presente y de su futura dominacion? La Rusia, ese monstruo pólipo, alarga continuamente sus terribles palpos y relumbran en veinte mares, en la embocadura de los grandes rios del mar Rojo al Bósforo, del Adour hasta el Danubio y el mar Negro. La pérfida Albion no aparta un instante su vista del mapamundi; conoce mejor que nosotros su geografía, y lo mismo aprecia un continente en la Occeanía que una roca en el canal de Otranto, en el estrecho de Gadeo ó de Bab-el-Mandel, hermano Jonatan, digno hijo de tal madre no se cansa de adquirir; así fija ávidamente su mirada en la rica Habana, y sienta en principio que los españoles son intrusos en la América. Si el Asia es principalmente codiciada por los esclavos, la Occeanía y la América por la raza anglo-sajona ¿no habrá de ser el Africa por la Francia?

VI.

. . . .

. . . .

Los ingleses no conocen á los vereveros ni á los árabes, y

aunque tengan toda la facilidad apetecible para un desembarque, por mucho tiempo no podrán poner en pié un ejército suficiente para la conquista y ocupacion de Marruecos. Con dificultad se acostumbrarian sus soldados al género de fatigas y privaciones inseparables de las campañas de Africa. Finalmente, Inglaterra necesita el sentimiento de España, durante las hostilidades; de otro modo, Gibraltar á pesar de sus 30000 habitantes se veria reducido á no alimentarse mas que de salazones. Se proveen en Marruecos, San Roque, y Algeciras de carne fresca, legumbres y frutos. Adios el «Comfort» Tenemos, pues, sobre Inglaterra inmensas ventajas y antes que ella estaremos prontos para una empresa cuya hora sonará tarde ó temprano.

España misma no se encuentra en disposicion de adelantársenos. La obligacion en que está de abastecer completamente á Gibraltar de víveres frescos bajo pena de irritar á John Bult, cuyo estómago es vasto y el apetito imperioso: la dificultad de encontrar dinero los medios de trasporte y refrescos necesarios la creerian de grande utilidad, y no es el Riff el punto por el cual es vulnerable el imperio de Marruecos. Pero es menester reconocer que con todo el soldado español seria á propósito para la guerra de Africa; está acostumbrado á un clima cálido, es sobrio, resiste á las fatigas de las guerrillas y se contenta con poco. En Argelia se sabe cuanto se asemeja el español, hombre del pueblo, al árabe, bajo estos diferentes conceptos.

En suma muchas consideraciones deben por el presente apartar toda idea del engrandecimiento de la Argelia á espensas de Marruecos, no obstante si las circunstancias ó las vicisitudes políticas nos arrastraran á ello; si tuviésemos que temer que se nos ganara la delantera, solo conque los ingleses volviesen á concebir el proyecto madurado hace algunos años de establecerse en frente de Gibraltar entre Tetuan y Ceuta. Si el sucesor de Abder-Rhaman perseverara en la senda que sigue este último y á su ejemplo se hiciera en contra nuestra el feudatario de Inglaterra, entonces seria menester pensar y

obrar segun el sentimiento nacional, que no retrocederia ante ningun sacrificio.

Empezariase de nuevo la campaña de 1844; hariase la gerra por distintos puntos, de modo que el Scherif no sabria á cual acudir para la defensa y nos apresurariamos á suscitarle, para completar la obra, algun pretendiente á la soberanía. El trono de Marruecos y de Tafilete recompensaria los buenos oficios de este rival á menos que el Scherif reinante se contentase con retenerlos para si como condicion de paz. Política y topográficamente se concibe la separacion del reino de Fez: politicamente, puesto que esta separacion se reproduce en la historia y topográficamente porque el Bon-Regreg y la gran muralla del Atlas, que se prolonga sobre su ribera izquierda desde su orígen hasta la embocadura, forman una barrera natural entre el Norte y el Sur del Imperio, ó entre los reinos de Marruecos y de Fez. De modo que cuando el Scherif vá de una á otra de estas cas pitales, dá un rodeo á esa barrera pasando por Salé.

Siguiendo pues la suposicion de la conquista, aparte del reino de Fez se podria conquistar á Mogador hasta la conclusion de la guerra y avanzar por diferentos puntos á la vez por campañas sucesivas sobre Fez y Mequinez.

Salé es siempre el punto mas importante, abre una puerta para penetrar en el corazon del Reino por una hondonada de la costa que á la vez nos aproxima á Mequinez y á la gran cordillera que acabamos de señalar como un límite y una defensa contra los pueblos meridionales.

Desde Tanger se avanzaria hacia Alcasar con direccion á Fez. El camino no es difícil y por él se han conducido en 1852 piezas de sitio sobre cureñas. Tetuan que ocupa la línea de los presidios españoles, y elevándose en el fondo de una bahía dá paso para el corazon del mismo territorio seria ultimamente ocupado desde el principio. De este modo, se suspenderia una fábrica de armas muy activa. Si no me engaño la comunicacion entre Tetuan y Tánger, estaria asegurada por un destacamento situado á mitad del camino, cerca de Aim Djedida, donde se encuentra sobre la montaña un parador. En

fin iria por Ouchda y Teza, otra columna que indudablemente tendria á sus flancos miles de riffeños; seria fuerte de 15 á 20 mil hombres divididos en cuerpos independientes pero aproximados unos á otros. Ocuparia el territorio á proporcion que fuese conquistando, de tal modo que se mantuviese en comunicacion con la provincia de Oran. Este es el medio de asegurar sus espaldas y de proveer á su mantenimiento.

En la Argelia estaban columnas de cinco á seis mil hombres. En Marruecos seria necesario doblar este número para no arriesgarse imprudentemente, y que por otra parte los aprovisionamientos por Argelia ó por mar, juntamente con los que proporcionaria el pais conquistado garantizarian al ejército contra la escasez de víveres y municiones.

Tal vez algunas plazas exigirian un sitio: creese sin embargo que solo Mequinez ofreceria graves dificultades. Fez no ha opuesto nunca una seria resistencia.

La division del pais á la manera de un tablero de damas, segun el modelo de la Argelia actual, pondria el sello á la conquista. Cada ángulo de los cuadrados se encuentra guardado por un destacamento bastante aproximado para recibir auxilio de sus vecinos ó darles el suyo y el territorio entero ve pesar continuamente sobre él al menor movimiento, la mano de hierro de los vencedores. Estos destacamentos, por otra parte, crean otros tantos centros donde el interés mercantil disminuye á cada mercado, el ódio contra el estranjero.

V.

En cuanto á la resistencia que puede esperarse de los pueblos debemos atenernos solamente á conjeturas. Al comenzar la guerra es probable que el invasor tenga contra sí al imperio todo: árabes y vereveres, negros y moros, Kouan de todas las cofradias, harán por algun tiempo causa comun en nombre de la religion. ¿Qué musulman no se alegra de ir un poco al Dpha y arrojar un poco de polvo á los ojos de los infieles? Pero este

fuego fatuo se calmará bajo la influencia de los reveses y de las divisiones intestinas que no tardaran en debilitar la turba de defensores del islamismo. Se procurará hacerles entender que no se va con el objeto de destruir las mezquitas ni los santuarios, á estinguir la libertad de la religion, ni á perjudicar las fortunas de los particulares, antes por el contrario se vá á aligerar el yugo bajo que gimen, á aumentar el número de sus duros, y á garantizar á los pueblos la paz y la justícia mejor que han sabido hacerlo los Sherifs.

Allí esta la Argelia como prueba en apoyo de lo que decimos; pero al mismo tiempo como ejemplo de la inutilidad de la resistencia, aunque se lleve hasta un grado estremo.

Se puede calcular que la lucha duraría menos en Marruecos que en Argelia. «Mek-toub!» estaba escrito. Ha costado pronunciarlo una vez; pero será mas fácil que se repita puesto que los vecinos lo han dicho ya.

Los desastres causados por la guerra con los franceses encerraran una elocuencia que despertará las inteligencias mas obtusas, y les harán comprender que no se trata; como entre marroquies de quemar pólvora un dia entero para no matar á nadie y retirarse cada uno luego á su casa.

La conquista del Riff presentará dificultades especiales. El pais está erizado de montañas escarpadas cubiertas de bosques; no tiene caminos ni recursos para la conservacion de un ejército, no se presta al auxilio por mar; los hombres están todos provistos de armas, son valientes, buenos tiradores, segun se díce, acostumbrados á la vida de guerrilleros, ejercitados ya en los combates contra los españoles; pero se sabrá combatirlos y tratar al Riff como á la gran Kabila. Nada impide que se le aisle y se tome posesion cuando se juzgue el momento oportuno. Durante la primavera el litoral seria minuciosamente reconocido por buques de vapor de poco calado que destruirian los cárabos y todos aceites, frutas secas, miel y manteca y que esportan hierro, azufre, y una pequeña cantidad de lienzos y drogas coloniales. El mercado de Nemours se cerraria á los montañeses vecinos. Este conjunto de medidas, este prolongado

bloqueo despues de la ocupacion de Tetuan, Ouchda y Teza apuraria mucho á los riffeños y los amilanaria; en seguida restaria probarles que los Zuavos hacen mejor que ellos la guerra de montaña y que nuestras piezas de campaña aventajan al cañon cuya pérdida en Melilla deploran. Estos argumentos no dejarian nada que desear y darian al traste con el valor de los riffeños. Por otra parte este valor seria problemático si tuviese que apreciarse la conducta de quince ó veinte mil arkars que miraron desde lejos la batalla de Isli y huyeron á toda prisa sin tomar parte en la lucha.

Una razon puede sacarse de la historia de la ocupacion portuguesa y de la influencia que ejerció en las comarcas vecinas, á sus establecimientos, la cual hace esperar que los pueblos del litoral Occéano no se mostrarian intratables por largo tiempo. Las relaciones de interés se trabaron sin grande dificultad; los portugueses administraban las tribus por la mediacion de jefes indigenas, como lo hacemos nosotros en Argelia, y su paso, bastante rápido ha dejado no obstante vestigios, que se encuentran todavia en la lengua del pais. Las hostilidades que les fatigaron no fueron en manera alguna suscitadas por las tribus, sino por los Sherifs ó el poder central que nosotros abatiriamos. Y es mas; si los portugueses perdieron sus establecimientos, fué generalmente por una evacuacion voluntaria, que motivó su preferencia al comercio de las Indias.

Al terminar estas consideraciones en su mayor parte estrategicas, ruego al lector que no se escandalice. Como eclesiásticos, no son de nuestra directa compe'encia, pero bien podemos dedicar nnestras reflexiones á todo lo que atañe á los intereses de la patria. No puedo emitir mas que simples opiniones; y estas las he formado prestando oidos á las discusiosiodes de hombres de cuya competencia son. Por otra parte giran sobre cuestiones generales que pueden tratarse sin haber aprendido la carga en doce tiempos. Hé aqui porque no he tenido ningun inconveniente en publicarlas.»

VI.

Aunqne con algo de parcialidad el articulista francés, ha opinado respecto á Marruecos del mismo modo que nosotros.

Abrir un imperio desconocido, salvage casi á la civilizacion y á los adelantos, es la obligacion hasta cierto punto en que se encuentran casi todas las naciones de Europa.

Sin embargo, contra las ideas de la Francia, la España ha sabido, y ha hecho lo que debia hacer.

Abatir el poder omnímodo de los Sheriffs, concediendo á sus casi esclavos la libertad individual, y la facultad del pensamiento, es una idea muy en armonia con las nuestras.

Sin principios libres, ningun pueblo puede adelantar un paso.

El autor del antedicho artículo, no puede mirar sin envidia los puertos que nosotros poseemos frente á las costas africanas y que de tanto sirven para una espedicion á semejante punto.

Sin embargo dice, que no contamos con recursos suficientes para emprender una guerra de esta especie, que tememos irritar á la Inglaterra, y que tampoco tendriamos los medios suficientes para transportar á nuestros soldados.

A esto los hechos han contestado mejor que nosotros.

Sin temor á la Inglaterra, ni á ninguna otra nacion, la España, contando solo con sus recursos propios, ha sostenido la guerra, para la cual ha sido necesario crearlo todo.

El sacerdote francés nos concede la ventaja de que el soldado nuestro es el mas á propósito para soportar las fatigas y las inclemencias de aquel clima, y demasiado hemos visto que las acciones han corroborado la buena idea que tenia formada de ellos.

En cuanto á la marcha militar, y al sistema que un gene-

ral en gefe debia seguir para avanzar hácia el interior, nos parece muy acertado el que propone el espresado autor.

Comprende como nosotros la importancia de Tetuan, que en la costa casi, puede ser el centro de todas las operaciones.

Y finalmente, el articulista francés ataca de un modo tan enérgico, á los ingleses, demuestra de un modo tan claro la ambicion y el deseo de la orgullosa Albion, que nosotros, como todo buen español, que en las presentes circunstancias hemos visto su conducta y la hemos censurado severamente, no hemos podido menos de alegrarnos al ver que los hombres inteligentes de otras naciones, la juzgan casi lo mismo que nosotros.

CAPITULO XXXIII.

Los marroquíes se deciden por la paz.—Enviados de Muley-Abbas con este obgeto.—El general Ustariz pasa á Madrid.—Recuerdos á algunos de nuestros amigos.—Por que deseaba Antonio ser capitan.

I.

Las repetidas derrotas sufridas por el egército marroquí que habian coronado los esfuerzos del nuestro con la toma de la importante plaza de Tetuan, hicieron que el emperador de Marruecos pensase seriamente en este asunto.

Por una parte conocia por esperiencia que no era un enemigo cualquiera como habia pensado con quien tenia que habérselas, sino con un egército bien disciplinado é instruido compuesto en su totalidad de valientes, tanto mas temibles cuanto que ahora ya no son nuevos en la pelea, sino que ya estan aleccionados en ella.

Ademas sus tropas que abrigaban las mismas ideas res-

pecto de nosotros que el emperador, habian visto en el campo de batalla todo lo contrario.

Si á lo dicho se agrega la indisciplina de todas ellas y la insubordinacion de la mayor parte, se vendrá á formar una idea exacta del estado del enemigo de nuestra patria.

Aun pudiéramos añadir á las anteriores observaciones la division interior que alimentaba el imperio á consecuencia de haber competidores al trono de Sidy-Mohamet y las contiendas civiles que en su consecuencia fermentaban y agitaban el estado.

Todo esto hizo como hemos indicado al principio, que el emperador africano pensase seriamente en la lucha que con nosos sostenia.

Conocia que no podia llevarla á cabo con ventaja, pues multitud de obstáculos de gran consideracion todos existentes en el interior de su imperio, se lo prohibian.

Llevado de tan poderosas consideraciones y á la idea de ajustar la paz para ocuparse por completo de su desorganizado imperio, hizo llamar á algunos magnates de su corte, y les comisionó para que en clase de parlamentarios, se acercasen al campamento cristiano y preguntáran á su gefe, con que condiciones accederia á la paz.

Los encargados de esta alta mision fueron el Caid de Tanger y los Bajáes del Riff y de Rabat, los que montados en tres magníficos caballos con paramentos de seda y plata, y acompañados de varios criados armados de todas armas, se pusieron en camino para cumplir su cometido.

Los criados de que se sirvieron eran Riffeños, y se les conocia por el mechon de pelo trenzado, que como los chinos se dejan crecer. Uno de ellos llevaba la bandera blanca.

Tal urgencia les habia mostrado el emperador para la egecucion de sus órdenes que no se detuvieron en el camino mas tiempo que el preciso para tomar algun alimento, durante el cual les renovaban las cabalgaduras.

Les precedian dos moros naturales del pais para enseñarles el camino mas corto y mostrarles los peligros de él.

En tal disposicion llegaron á las avanzadas de nuestro campamento.

Estas, luego que vieron era gente de paz, los condujeron á la tienda de su gefe el conde de Reus.

Este capitan tan bravo en el combate como fino y delicado en su trato particular, recibió á la comitiva con su acostumbrada nobleza y amabilidad.

Hablóles en un lenguage lleno de dulzura y que respiraba generosidad. Fué comedido en sus espresiones, y escogidas estas con tal habilidad y tacto, que no pudieron en lo mas mínimo resentir la susceptibilidad de los vencidos, los cuales con su fisonomía triste y severa, mostraban bien á las claras que aun cuando se juzgaban asi, no estaban por eso humillados.

Entre las cosas que les dijo son notables las siguientes palabras: «Dios es el que da ó quita las victorias, los hombres y los egércitos mas valerosos nada son si su mano les abandona.»

Entonces el moro mas anciano de los de la comision que apenas contaria unos cincuenta años, le contestó con resignado acento, y levantando sus manos al cielo ¡Dios lo ha querido!

Pasados algunos momentos despidieronse del conde de Reus, y acompañados de un coronel de Estado mayor, varios ayudantes y una escolta de carabineros, se pusieron nuevamente en marcha hácia el cuartel general en donde ya el conde de Lucena, noticioso de su venida, les esperaba.

Recibiólos como hubiera podido recibir al mismo emperador en persona á quien representaban, y como si este emperador no fuera nuestro enemigo.

Apesar de todo se conocia que los emisarios de Muley-Abbás no se tenian por muy seguros por las inquietas y recelosas miradas que con frecuencia en torno de sí dirigian.

Observado esto por el general en gefe, aumentó aun las muestras de consideracion y agasajo, por si conseguia, como al parecer consiguió alejar de ellos toda especie de temor.

Manifestáronle como venian comisionados por el empe-

rador y en nombre de su hermano el general Muley-Abbás en solicitud de la paz, y para saber con que condiciones se les otorgaria.

Contéstoles que estaba autorizado para hacer la guerra, pero no para estipular la paz, que pondria en conocimiento de S. M. la Reina lo que ocurria, y que á los cinco dias sabria si le otorgaba plenos poderes para entrar en negociaciones y arreglos.

Los embajadores, con esta respuesta, se retiraron ofreciendo volver transcurrido que fuera el plazo que se les habia señalado, complacidos de la acogida que habian tenido en el campo de los españoles.

Recordando sin duda la que les habia hecho el conde de Reus, no quisieron continuar su camino sin despedirse de él, por lo que aprovecharon la ocasion de pasar por su tienda.

Desmontáronse de sus cabalgaduras y penetraron en ella, donde en el breve tiempo que permanecieron, fueron obsequiados por el general Prim, quien les acompañó hasta mas allá de los límites á su campamento señalados.

No queremos pasar en silencio un episodio que esta última entrevista ofreció.

Notando el general Prim que uno de los plenipotenciarios miraba con curiosidad su revolvers, sacóle de la funda, antes de separarse de la comitiva, y mostrándole al moro, le dijo: «Vais á ver los efectos de esta arma para vosotros desconocida» y disparó todos sus tiros.

Quedaron admirados los moros, y entonces el general alargándosela al que primero se habia fijado en ella y manifestaba deseos de poseerla. «Toma, añadió, si la paz se hace, consérvala como prenda de un cristiano; y si la guerra sigue, aprovéchate de ella en defensa de tu patria y de tu vida.»

El moro dió muestras de recibir el regalo con aprecio, y en prueba de su agradecimiento entregó al general una pistola de arzon con magníficas y primorosas cinceladuras de plata.

Acto seguido se despidieron y se separaron viniendo el uno

á su tienda de campaña, y galopando los otros en busca de Muley-Abbas para manifestarle el resultado de la conferencia para que este lo trasmitiese á su hermano el emperador.

II.

En el párrafo anterior hemos dejado á los emisarios de Muley-Abbas montados en sus briosos corceles, dirigiéndose hácia el campamento de su general para darle cuenta del resultado de su comision.

Pero midiendo el tiempo que el sol habia de tardar en desaparecer para llevar su luz á otros horizontes y el trecho de camino que aun tenian que recorrer, consultaron entre sí, el partido que deberian adoptar, resolviendo por unanimidad quedarse en Tetuan esperando la venida de el nuevo dia para continuar su marcha.

Este prudente acuerdo, estrañará á nuestros lectores, que acaso le juzgarán de el modo contrario, si tienen en cuenta sola la importancia y urgencia de el negocio que se les habia confiado.

Para hacer desaparecer su estrañeza les manifestaremos, que era muy probable, si se arriesgaban á caminar de noche, que despues de haber pasado de Tetuan y por la parte del camino existente entre esta poblacion y el Fondak en donde eran esperados por Muley-Abbas, encontraran algunos moros pertenecientes á las kabilas dispersas é insubordinadas, que no reconociéndoles ó no respetándoles, les hicieran pagar caro su imprudente anhelo, por dar cima á su comision.

Llegados á Tetuan fueron alojados en casa de un rico moro llamado Ersini el mayor, para diferenciarle de el menor otro moro rico tambien y dueño de la casa en que actualmente habita el digno general Rios.

Natural es que el alcalde moro noticioso de la llegada de sus compatriotas saliese en su busca acompañado de otros va-

rios, algunos de los cuales eran individuos del Ayuntamiento que en su lugar oportuno, hemos dado á conocer á nuestros lectores.

Luego que en la ciudad estuvieron, quiso el Alcalde presentarlos al general Rios, quien los recibió con el mayor agasajo y queriendo obsequiarles aprovechando los momentos que aun quedaban al dia, les acompañó para enseñarles las innovaciones introducidas por nosotros para mejorar la poblacion y que al mismo tiempo se convencieran de nuestros medios de defensa y ataque.

Condujóles al efecto é la estacion telegráfica que une la Aduana con el alojamiento del general.

Tan portentoso aparato, maravilla de los adelantos de el siglo, no pareció ni aun llamarles la atencion; no obstante habiéndoseles esplicado su mecanismo y la rapidez con que las comunicaciones trasmitia.

Una sonrisa de incredulidad en cierto modo comprimida, asomó al semblante de uno de ellos, acaso el mas franco de todos.

Su ignorancia se resistia á creer lo que estaba oyendo, es parecia de todo punto imposible.

Invitados á que preguntasen para convencerse lo que tubieran por conveniente, desdeñaban y temian hacerlo, tan limitada con su inteligencia.

Por último y merced á reiteradas instancias por perte del señor Alcalde, hizo uno de ellos la siguiente pregunta *sale algun buque para Gibraltar*? se preguntará contestó el telégrafo y al poco tiempo su necesidad fué satisfecha.

Despues de haber visto el telégrafo, el general Rios los condujo á los hornos de campaña. Mas impresion les produjo la vista de estos aparatos que el mecanismo del telégrafo. Comprender mejor las cosas materiales que las abstraciones. Por lo que alli pasó nos hemos convencido de la necesidad de hablarles á los sentidos para que puedan comprender el significado de nuestras palabras.

Es necesario herir su imaginacion con cosas materiales.

En el estado en que se encuentran no entenderán el lenguaje de un sabio.

Examinaron con complacencia suma los aparatos que tenian delante de su vista, observado lo cual por el general se los presentó en sus tres diferentes aspectos, frios, calientes y funcionando: asegurándoles que dentro de media hora tendrían pan de aquel para el viaje que á la mañana signiente habian de emprender.

La llegada de la noche, hizo que no pudiesen continuar en su escursion con sentimiento de ambas partes; de los moros por que escitada ya por los hornos su curiosidad hubieran deseado ver todo lo demas de que se prometerian sin duda sacar allá en sus ciudades gran partido, y nuestra, por que no pudo hacérseles ver segun se habia pensado los grandes medios de defensa y ataque con que contábamos.

No quiso el general Rios separarse de ellos sin antes invitarles á que por la noche acudiesen á la especie de tertulia de que en su alojamiento se disfrutaba.

Los parlamentarios, atentos y agradecidos á las señaladas muestras de atencion recibidas, así lo prometieron, despues que hubiesen rezado sus oraciones.

Dirigieronse al efecto á la Mezquita principal y alli hechas sus abluciones religiosas y demostraciones de culto, se dirigieron á casa de su huesped, el moro Ersini el mayor, quien despues de la comida, los acompañó á la reunion á que habian prometido asistir y á donde el general Rios ya les esperaba, acompañado de varios gefes, oficiales y periodistas de los que acompañan al egército espedicionario.

Alli con la mayor franqueza y sin etiqueta de ninguna clase sentáronse los concurrentes unos en sillas y banquetas y otros en almohadones ó colchoncillos, segun la costumbre de los respectivos paises, al rededor de un brasero de colosales dimensiones.

II.

Entonces se sirvió á los convidados café, bizcochos, dulces y ponche en abundancia, que todos admitieron, si bien los Mahometanos abandonaron el ponche que ya se preparaban á beber, luego que supieron por el general Rios que tenia ron.

El general tuvo muy buen cuidado de advertirselo pues como sabia que la religion de Mahoma prohibe á sus sectarios el uso de licores, no queria que por culpa suya faltasen á sus creencias, dando asi una prueba de la tolerancia y aun respeto de los vencedores, hacia la religion de los vencidos, segun lo habian ofrecido á los emisarios de la ciudad de Tetuan cuando se presentaron en el campamento de nuestro General en Jefe el conde de Lucena, en demanda de respeto hacia sus personas propiedad y religion y bajo cuyas condiciones entregaron la Ciudad.

Hablóse de mil cosas si bien la mayor y aun mejor parte de la conversacion la sostuvo el alcalde moro de Tetuan, con una gracia, talento y sagacidad, como hubiera podido hacerlo el mejor alcalde.

—«Mirad, les decia en su lenguage medio árabe y medio castellano, los españoles tan valientes en el combate son generosos despues de la victoria, solo desean una paz duradera y sólida, como que son hermanos nuestros, de quienes solo estamos separados por un *charco de agua*, con que asi debeis ajustar la paz.»

«Mirad que de lo contrario vais á pasarlo *muy mal*, porque ellos tienen muchas cosas muy malas para haceros la guerra, muchos cañones, muchas tropas, muchos caballos, y muy buenos generales y tambien muy amables, ya lo estais viendo. Si la guerra continua, que Dios no quiera, vendrán los *terceros vascongados* que segun he oido decir son unos hombres muy valientes como los catalanes. Hablad al emperador y de-

cirle que haga la paz porque eso *tener mucha cuenta á él.*»

Incrédulos se mostraron los parlamentarios al oir estas y otras muchas cosas, que relativas á nuestro egército y armada, el alcalde les manifestó y por eso el general Rios cuando se retiraron les entregó algunos periódicos de los mas apasionados por la toma de Tetuan y se los entregó, *nada mas que para que se convencieran* de que el señor alcalde no les habia engañado sino por el contrario les habia pálidamente retratado el entusiasmo de todos los españoles y lo dispuestos que para lavar su honra mancillada, estaban á sacrificar sus vidas y haciendas.

Al despedirse, cuando el general Rios les significó su deseo de que se ajustase una paz honrosa, uno de los parlamentarios, el lugar teniente de Muley-Abbás le contestó con apasionado acento ¡Así sea! pero asi como vosotros obedeceis á la Reina, nosotros obedecemos al Sultan ¡Dios ilumin á los que en sus manos tienen la paz ó la guerra!

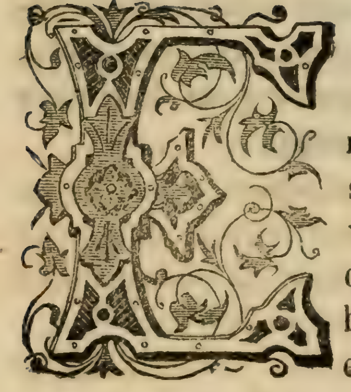
Al darles la mano nuestro general, les dijo: ¡Quiera el cielo que nuestras manos se encuentren solo en la paz, y no se tiñan con sangre en la guerra!

Todo el tiempo que duró el comité, una música estuvo tocando escogidas piezas, y sus armoniosos ecos no cesaron hasta que los parlamentarios del emperador de Marruecos abandonaron la estancia del general español.

CAPITULO XXXIV.

Los marroquies no aceptan las proposiciones hechas por España.—Entrevista del general en gefe y Muley-Abbás.—Encuentro en Ceuta.

I.



El general en gefe luego de haberse separado de los parlamentarios enviados para saber las condiciones con que aceptaria la paz á los que como saben ya nuestros lectores contestó no estar autorizado para celebrar la paz sino para hacer la guerra, puso en conocimiento del Gobierno de S. M. esta noticia por conducto de uno de sus generales, á quien para el efecto comisionó cerca del trono de nuestra augusta soberana.

Luego que S. M. y su gobierno dictaron las bases sobre las que podria entablarse entre ambas naciones una paz estable y duradera, fueron transmitidas al general en gefe de nuestro

egército, quien dentro del plazo designado, las hizo saber á los parlamentarios marroquíes.

Estos contra lo que debia esperarse despues de haber partido la iniciativa por su parte, se negaron á aceptarlas, fundándose en que las consideraban gravosas y perjudiciales para su señor.

Ignoramos cuales serian las condiciones que el general O'donell puso á los comisionados del generalismo de las huestes africanas Muley-Abbás, y aun cuando nos constasen, la prudente reserva que el Gobierno de S. M. ha tenido á bien en su ilustracion de guardar respecto de ellas, nos obligaria á pasarlas en silencio.

Pero sean las que quieran, juzgamos que siempre serian dignas y que cumplirian perfectamente con los fines que en nuestro concepto debian cumplir, es á saber; reparacion de ultrajes pasados, indemnizacion de los sacrificios presentes y el terreno, sin el cual quedarian ilusorios los dos anteriores, seguridades para el porvenir.

Por otra parte, fundándonos en el resultado que inmediatamente produjeron, pensamos que no serian para nuestros enemigos tan perjudiciales como algunos, poco conformes con los triunfos que nuestras armas han obtenido, y envidiosos por los que indudablemente han de continuar obteniendo, han querido hacer desaparecer.

El inmediato resultado á que nos referimos, es el deseo manifestado por Muley-Abbás, hermano del emperador Sidí Mahomet, despues que á su noticia llegaron las proposiciones de avistarse con el general en gefe conde de Lucena.

No las veria este príncipe tan descabelladas, tan fuera de justicia ni tan gravosas para su reinante hermano como las personas á que antes nos hemos referido.

Y cuenta con que segun las noticias que de este personage marroquí tenemos, son sumamente favorables para él.

Se halla adornado de una disposicion nada comun, y es bastante instruido.

No prueba por lo tanto ocultarse á su penetracion, las

ventajas, inconvenientes y tendencias de las proposiciones de nuestro gobierno.

Y apesar de todo insistió en la paz y al objeto de conducirla, manifestó deseos de conferenciar, segun ya hemos indicado con el conde de Lucena.

II.

Muley-Abbás, constante en su propósito de concluir la paz, sabidas ya las condiciones con que nuestro gobierno se convenia en ajustarla, pidió por medio de algunos oficiales una entrevista al general en gefe de nuestro egército.

El conde de Lucena no tuvo inconveniente en acceder á los deseos manifestados por Muley-Abbás, y asi lo hizo saber á sus emisarios.

Convenidos en el sitio de la entrevista el conde de Lucena, llegado el momento, se dirigió á él acompañado de los generales García, Prim, Bustillos, Quesada y Ustariz, portador á Madrid de los pliegos del primero en que anunciaba la pretension de los parlamentarios marroquíes.

Nuestros generales iban convenientemente escoltados por fuerzas de caballería.

Próximo ya el término de la espedicion encontraron una pequeña avanzada de moros de rey; los cuales se unieron á la comitiva algunos y otros marcharon á vanguardia.

Divisábase una hermosa tienda de campaña, de ricas telas compuesta y colores perfectamente casados, al pie de una muy poco elevada pero deliciosa colina.

La tienda estaba desocupada.

Muley Abbas cerca de ella esperaba con una escolta tambien de caballeria y algunos infantes.

Adelantóse por nuestra parte el general Ustariz con el intérprete para hacer saber á aquel la llegada del General en Jefe de nuestro egército.



Entrevista del Excmo. Sr. D Leopoldo O'Donnell, y Muley Abbas.

Salió á recibirle acompañado de Mohamet-el-Khetif ministro de estado del Emperador de Marruecos.

Los tres penetraron en la tienda de que hemos hablado, situada al pie de la colina y allí empezaron y concluyeron su conferencia.

III

No produjo está el efecto que Muley-Abbas se habia prometido, y si hemos de ser justos no por falta de buenos deseos por su parte, sino por las continuas interrupcciones y muestras de impaciencia de el ministro de estado que le acompañaba.

Probablemente el último obedecia al obrar de esta manera, estrañas influencias á quienes mas que al mismo emperador de Marruecos importaba no aceptar las condiciones de paz que se le habian impuesto.

Sentimiento profundo debió causar en Muley-Abbas no haber logrado ajustar la paz, pues al levantarse dos gruesas lágri mas se deslizaron de sus ojos y corrieron por sus megillas sin que él parase en ello la atencion.

Porque lloraba este valiente? Lo ignoramos, seria porque presentia nuevas derrotas ó porque una nacion estranjera fuese causa de la ruina de su patria.

Todo puede ser.

El general O'Donell le fué presentando despues á los generales que le habian acompañado, y él los acogió con la mayor benevolencia, tendiendo á todos la mano.

España estaba dispuesta á hacer todo género de sacrificios de sangre y de dinero.

Que por lo mismo todos los españoles en caso necesario serian soldados, dispuestos á derramar su sangre para labar la mancha del pabellon nacional.

Y que la paz que de cierto, habian de volver á pedir, des-

ria con mucho, mas gravosa para el Sultan, puesto que habia de guardar proporcion con los sacrificios que nos habia de costar.

El conde de Lucena, interpretando maravillosameute el espíritu de que todos los españoles se hallan poseidos, les manifestó que puesto que no habia términos hábiles de ajustar la paz la guerra continuaria.

IV.

Ya es tiempo de que hablemos de Antonio y de que digamos á nuestros lectores de qué nacia el deseo que tenia por conseguir la otra charretera de capitan.

Antonio como ya digimos á consecuencia de las heridas recibidas en una de las últimas acciones del mes de diciembre, se encontraba en Ceuta á donde fueron á reunirsele su madre y su hermana.

Con los cuidados de estas, y con toda la fuerza ds su juventud, consiguió mejorarse muy pronto.

El banquero Céspedes, padre de Angeles, la muger á quien tanto amaba Antonio, tenia un hermano comerciante tambien en Gibraltar.

Viudo este, hacia muchos años, y sin herederos forzosos, el banquero madrileño presumia con bastante fundamento que él recogeria la pingüe herencia de su hermano, cuando falleciese.

Esto no tardó mucho en suceder.

En los primeros dias del mes de diciembre recibió Céspedes la noticia de la muerte de su hermano, diciéndole al mismo tiempo que pasase á Gibraltar á hacerse cargo de la herencia, y á arreglar los negocios que la defuncion de su pariente habia impedido concluir.

El banquero no podia dejar en el acto su casa.

Arregló tambien algunos asuntos de gran interés, y despues

de dadas las instrucciones necesarias á su cajero y demas dependientes, se dispuso á marchar.

Angeles, no queria dejar á su padre que marchase solo.

Y el banquero por otra parte tampoco queria dejar á su hija en poder de los criados.

Angeles, tambien tenia deseos de acercarse al teatro de la guerra para saber algo de su amado, y tanto suplicó á su padre, que este no pudo menos de consentir en que le acompañase.

El dia 5 de Enero salieron de Madrid en el ferro-carril, y el dia 6 se embarcaban en Alicante con direccion á Gibraltar.

Uno de los vapores pertenecientes á su difunto pariente, era el que les habia de conducir.

En la noche de aquel dia, el temporal que durante los anteriores habia reinado sin inspirar graves temores, aumentó su furia, y el agua y el viento tuvieron en continua agitacion á nuestros viageros.

El banquero fué de opinion que arribaran á Málaga, y allí esperasen á que mejorára el tiempo.

Pero el capitan del vapor se empeñó en que aquel temporal no era mas que un chubasco pasagero, y el buque continuó su rumbo hácia la plaza inglesa.

Pero desgraciadamente el capitan se equivocaba en sus predicciones.

A la mañana siguiente la mar estaba mas brava, mas imponente.

Las olas se asemejaban á vastas montañas coronadas de nieve, y sucediéndose las unas á las otras, subian hasta los bordes de la embarcacion, dejando toda la cubierta llena de espuma.

Completamente cerrado el horizonte, el capitan comprendió, aunque demasiado tarde, la imprudencia que habia cometido.

El banquero veia el peligro, y en aquel momento supremo, sentia la muerte porque le arrebataba los cuantiosos bienes con que iba á aumentar su fortuna.

Alma material, en el instante en que creia perder la vida, sus sentimientos eran puramente materiales.

Angeles por el contrario, veia acercarse la muerte, y no la tenia miedo.

Casi casi pudiéramos decir que la deseaba, porque de ese modo, en otro mundo donde no se conocen gerarquías, podian amar sin obstáculo á su querido Antonio.

Y entre esta diversidad de pensamientos y de sensaciones, transcurrian las horas.

Y los vientos se desencadenaban cada vez con mas furor.

Virar y retroceder era imposible completamente.

Y los furiosos embates del huracan hacian crugir los palos del buque.

Y el recio empuge de las olas hacia rechinar sus costados.

No se veia en la vasta estension del Mediterráneo mas que montañas de agua que se acercaban con un ruido aterrador, alguna que otra gaviota, pescados que huian de los furores del líquido elemento, y alguna que otra embarcacion que procuraba sostenerse lo mejor posible en medio de aquel temporal. Las aguas habian cambiado su color por su verde oscuro, y el aplomado color del cielo aumentaba lo sombrío de aquel cuadro.

De cuando en cuando se veian aparecer impelidos por las ondas algunos tablones y cordeles, restos tal vez de alguna embarcacion que no habia podido resistir la furia de la tempestad.

Y tambien impelido por el viento, llegaba á los oidos de nuestros viageros el lúgubre sonido de una campana, indicio seguro de algun buque que pedia ausilio algunas millas mas adelante.

Y la inmensa mole del vapor en medio de aquella inmensidad de agua era el juguete de ella como una cáscara de nuez arrojada en medio de un estanque.

Pronto el buque empezó á hacer agua, y las bombas empezaron á maniobrar.

El vapor se acercaba al estrecho de Gibraltar.

Si peligro habia habido antes, ahora se aumentaba doblemente.

Las olas de los dos mares se acercaban, rugian, se chocaban, y en su diabólica alegría, se entrelazaban, y entre sus besos ardientes, frenéticos y terribles, arrojaban la blanca espuma que brotaban sus verdinegros labios.

Allá á lo lejos á entrambos costados se divisaban envueltos entre negros celages las dos costas de Africa y España.

Y á los lúgubres acentos de la tempestad, se unian las imprecaciones de los marineros, las voces del capitan que mandaba las maniobras, el áspero chirrido de las bombas, las campanas de los buques que naufragaban en el estrecho, y algun cañonazo que otro que disparaba alguno de los de guerra que se veia tambien en peligro.

Aquel era un momento de prueba.

Algunas millas faltaban para acercarse á Gibraltar, y sin embargo en ellas, habia una casi certeza de encontrar la muerte.

¡Perder la vida casi á la vista misma del puerto!

Próximo ya á recibir aquella herencia tanto tiempo esperada, tener que renunciar á ella.

Este pensamiento hacía á Céspedes sufrir tormentos horribles.

El capitan no le habia ocultado lo desesperado de la situacion en que se encontraban y el opulento banquero temblaba ante aquella muerte que con tan aterrador aspecto se le presentaba.

Sin embargo, aun no estaban sus dias cumplidos, y un rayo de salvacion se les presentó.

En el derrotero que traian les era mas fácil acogerse al abrigo de Ceuta que no penetrar en Gibraltar.

Esto fué lo que el capitan bajó á comunicar á Céspedes, y este con una alegría sin limites asintió á semejante proposicion.

Inmediatamente se puso el rumbo hácia esta plaza, y tras infinitos afanes, tras un dia y una noche de agonia, pudieron echar las anclas en el puerto.

Eran las últimas horas de la tarde.

En el muelle de la ciudad habia una multitud de curiosos que habia seguido todos los movimientos de la embarcacion, y que habian sufrido estraordinariamente en los momentos de peligro que habian podido presenciar.

Muchos oficiales de los que estaban ya convalecientes, habia tambien, confundidos con la multitud.

Entre ellos estaba Antonio.

V.

Inmediatamente que el vapor lanzó sus anclas, se soltó de los pescantes una lancha, y con la tripulacion suficiente, recibió en su seno al banquero y su hija que estaban ansiosos por sentar su planta sobre la tierra firme.

Angeles, si se quiere, daba gracias á Dios por aquel percance que la ponia en estado de adquirir mejores noticias sobre la suerte de su amante.

El paso desde el vapor al muelle tambien era muy arriesgado, y todo el mundo seguia con visible ansiedad los movimientos de la frágil embarcacion.

Esta, aunque con trabajo se iba acercando cada vez mas, y por fin se pudieron ver los personages que iban en ella.

Antonio, como todos, fijó sus ojos en ellos, y cuando la distancia le permitió reconocer á su amada, no fué dueño de contener una esclamacion de alegría y de sorpresa al mismo tiempo.

Uno de sus compañeros se volvió hácia el y le dijo:

—Chico, qué tienes? te pones malo?....

—No; no es nada, un ligero dolor que ya ha pasado, le contestó, pero si te parece nos acercaremos al desembarcadero á ver mas de cerca á los que de tan gran peligro se han escapado.

—Vamos alla, le dijo su amigo.

Y ambos abriéndose paso por entre la multitud que queria

contemplar tambien á los viageros, se acercaron á el desembarcadero á tiempo que la lancha atracaba junto á las gradas del muelle.

Los ojos del jóven subteniente se fijaban con una ansia indecible y con una espresion estraña sobre el rostro de Angeles.

Atraidas las miradas de esta por las de su amante, se encontraron las dos, y al reconocerlo aquella, se ruborizó de placer y ahogó un grito de felicidad próximo á escaparse de sus labios.

El banquero y su hija guiados por un marinero, se dirigieron á una fonda.

Antonio se separó de su amigo, y tomó tambien la direccion que su amada llevaba.

Penetró esta en la fonda, y antes de separarse Antonio de aquel sitio, pudo ver el rostro encantador de Angeles, que le miraba á través de los cristales de uno de los balcones.

Inmediatamente formó su resolucion.

Sacó una hoja de su cartera, escribió sobre ella cuatro palabras, diciéndola que aquella noche saliese á las once al balcon, y llamando á un camarero, le encargó, que con las precauciones necesarias la entregase á la jóven que habia llegado momentos antes.

El criado desempeñó su comision á las mil maravillas, y los ojos de Angeles dijeron al feliz amante que no faltaria.

VI.

A la hora convenida estaba Antonio bajo el balcon de la estancia donde habitaba su idolo, y momentos despues un animado diálogo se habia empeñado entre ambos amantes.

Pasaremos por alto toda su conversacion, pues suponemos que nuestros lectores comprenderán todo cuanto pudieran decirse.

Despues de dadas por una y otra parte las respectivas esplicaciones, vinieron las protestas y los juramentos.

Antonio sufrió al relatarle su amada sus sobresaltos y penalidades durante la travesía, y la pobre niña sintió su corazon dolorosamente oprimido al contarla su amante sus peligros en las batallas, y las heridas que de estas habia tenido.

Tambien hablaron largamente sobre su porvenir.

Antonio la dijo si le podria responder de su cariño.

Si tendria la suficiente constancia para esperar el tiempo necesario para que el alcánzara una posicion que poderla ofrecer.

Si su fuerza de voluntad seria tal que se atreviera á contrarestar la voluntad de su padre si este tratase de obligarla á contraer otro enlace.

La encantadora hija del banquero, le dió todas las seguridades que podia apetecer.

Ella le amaba con toda la fuerza de su corazon, y nada en el mundo podia contrarestar aquella pasion.

No tenia orgullo, no tenia ambicion, toda su felicidad estaba cifrada en el amor de Antonio.

Esto solo era lo que ambicionaba, y con esto solo estaba orgullosa.

Estas fueron las palabras que el jóven teniente escuchó de sus lábios, y ellas le llenaron de una alegria inmensa.

Y palabra tras palabra, transcurrieron las horas, y solo volvieron en sí, de su delicioso ensueño de amor, cuando los déviles rayos de la aurora empezaron á iluminar la tierra.

Entonces volvieron á renovarse los juramentos, y entonces Antonio hizo la solemne promesa, de ó dejarse matar en la primera accion en que se encontrase, ó conseguir la otra charretera.

Angeles, si bien estaba por lo segundo, no se conformaba con lo primero.

Por fin tras muchas lágrimas y muchas promesas se separaron los dos amantes.

Antonio con nuevos brios para entrar en campaña.

Angeles, con nuevos recuerdos que poder evocar en sus horas de soledad y de dolor.

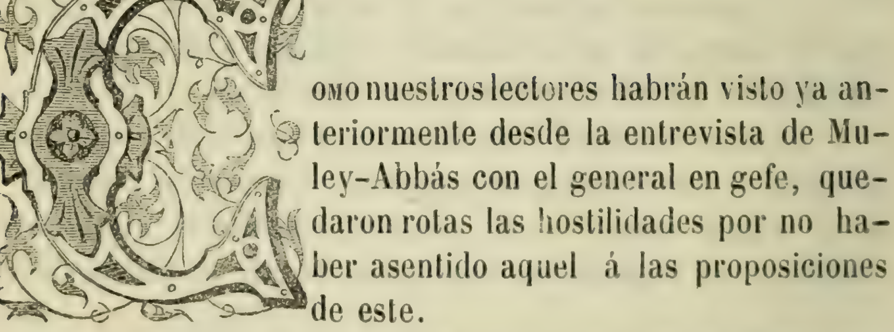
Aquel dia tampoco pudieron ponerse otra vez en marcha por el temporal hasta que al cabo de tres mas, se pudieron dirigir á Gibraltar.

Tambien á los pocos dias Antonio se incorporó á su regimiento, y ya hemos visto su comportamiento, en la accion del dia 4 de Febrero.

CAPÍTULO XXXV.

Nuestro egército permanece acampado en Tetuan.—Bombardeo de los puertos de Arcilla y Larache.—Descripcion de estas dos poblaciones.

I.



omo nuestros lectores habrán visto ya anteriormente desde la entrevista de Muley-Abbás con el general en gefe, quedaron rotas las hostilidades por no haber asentido aquel á las proposiciones de este.

Indudablemente desde aquel momento nuestro egército debia de haberse puesto en marcha sobre Tanger, punto indicado para continuar las operaciones.

Pero esta marcha requeria ya otras condiciones que era imposible que en tan corto espacio pudieran reunirse.

El camino que de Tetuan á Tanger conduce es sumamente quebrado ó mejor dicho tal camino no existe.



Bombardeo del puerto de Larache, por la escuadra española al mando del general Bustillos.

El egército para continuar su marcha triunfante sobre este punto, tenia que llevar ya consigo provisiones y municiones para todo el tiempo que durase su marcha.

Se iban á internar bastante y naturalmente la escuadra ya no podia protegerles.

Tanto para las conducciones de los obgetos que hemos indicado arriba, como para conducir á los heridos que pudieran ocurrir, si en el camino se empeñaba alguna accion, eran necesarias una multitud de acémilas.

Entonces se pensó en los camellos que es el verdadero animal del Africa, y salieron comisionados para Orán para efectuar la compra de un número bastante crecido de estos.

Entre tanto el egército seguia provisionándose, y el general O'Donnell, cuya prevision y acierto hemos admirado en toda la campaña, se ocupaba minuciosamente de todos los detalles y activaba en lo que era posible todos los preparativos para la marcha.

Y apesar de todo no se habia perdido el tiempo.

El general en gefe queria aumentar el terror de los moros tanto con los adelantos por tierra como con las operaciones por mar.

II.

La escuadra recibió la órden de bombardear los puertos de Arcilla, Larache y demas de la costa del Occéano, y esta órden produjo un entusiasmo indecible en nuestros marinos.

Hasta entonces no habian desempeñado en la espedicion una parte activa.

Verdad que su estancia en el mar habia producido al egército beneficios incalculables, ya manteniéndose á la espectativa para en un caso dado, proteger de hecho las operaciones, ya tambien conduciendo á aquel, las municiones de boca y guerra que necesitaban.

Los heridos eran tambien ausiliados por nuestra marina, que cuidándolos esmeradamente y transportándolos con el mayor cuidado á las costas de la península y puertos donde se habian establecido los hospitales de sangre, manifestaba de este modo su patriotismo, sin dejar por eso de desear con impaciencia llegára el momento de tomar una parte activa en la espedicion, para vengar los ultrajes hechos á la Madre Patria ó para derramar su sangre gloriosamente, en defensa de un objeto tan sagrado.

La órden de ataque recibida, no pudo menos de producir en nuestros marinos, segun el espíritu de que se encontraban poseidos, un entusiasmo indecible.

Habilmente mandados, harian como sus hermanos prodigios de valor y de heroismo.

El entendido general Bustillos, gefe de la escuadra, tan valiente militar como entendido marino, tan digno gefe de los soldados de mar, como el conde de Lucena, bajo cuyas órdenes estaba, del egército de tierra, no podia menos de aprovecharse del buen espíritu que en las tropas de su mando reinaba, para conducirlos á la pelea.

Los puertos de Arcilla y Larache fueron los primeros designados para ser atacados.

La escuadra que desde el dia veinte y tres se hallaba reunida en las aguas de Algeciras, recibió la órden de emprender la marcha en el veinte y cuatro.

Habia sido dispuesta de modo que formase dos divisiones.

Componíase la primera de las fragatas de Hélice «Princesa de Asturias,» en la que iba el general Bustillos, y «Blanca,» el vapor «Vulcano» y la fragata cañonera «Ceres.»

Formaban la segunda el navío «Reina Isabel II» remolcado por el vapor del mismo nombre, la fragata «Cortés» por el barco «Nuñez de Balboa,» la corbeta «Villa de Bilbao» por el «Colon» y las goletas cañoneras «Edetana» y «Buena Ventura.»

Sin precipitacion pues, el estado del mar no lo permitia, tomaron el rumbo designado anteriormente, y á la mañana del

veinte y cinco, se encontraba frente al puerto de Larache.

Hállase defendido por tres baterías, dos bajas y una alta que encerraban unas cincuenta piezas de artillería de grueso calibre al parecer en su mayor parte.

Todas á la aproximacion de nuestros buques se movieron, presentando sus bocas de bronce frente á ellos.

La distancia que entre nuestros buques y el puerto mediaba, era de bastante consideracion: nuestra escuadra se habia aproximado tanto cuanto le fué posible, y una gran barra que hay delante del puerto, se lo permitió.

La distancia no era sin embargo tal, que no pudiesen salvarla nuestras granadas.

Situada convenientemente la escuadra y á la cabeza la Princesa de Asturias seguida de todas las demas embarcaciones de que hemos hecho mencion, escepto del vapor Vulcano y las tres goletas cañoneras que se habian colocado á los dos flancos, rompióse el fuego por una y otra parte á las once de su mañana.

No fué largo, á las dos de la tarde habia ya concluido, sin embargo Larache conservará siempre memoria de este dia.

Mas de dos mil proyectiles, con el mayor acierto lanzados sobre la poblacion produjeron en ella un efecto espantoso

Los edificios muy poco salidos en su mayor parte fueron completamente destruidos y muchos de ellos incendiados á juzgar por las grandes llamaradas de que los disparos de nuestra artillería eran seguidos.

Veíanse salir de las casas á las mujeres y niños, huyendo despavoridos á la parte opuesta del mar; los muy pocos que no siguieron este egemplo, quedarian completamente envueltos entre las ruinas de sus hogares.

Nuestros bravos marinos en esta ocasion se mostraron dignos descendientes de los que en otro tiempo derramaron su sangre en San Vicente, Finisterre y Trafalgar, pues como los de este último combate tuvieron no solo que defenderse de las balas enemigas sino tambien de los mismos elementos que

en esta ocasion los combatieron tambien, aunque no con tanta rudeza como en aquel.

Las pérdidas, no obstante, sufridas en este dia, fueron de bien poca consideracion.

Algunos heridos, muy pocos mas contusos y descalabros insignificantes sufridos por el navío «Isabel segunda» y por las fragatas «Blanca» y «Princesa de Asturias» fueron el precio de la jornada de este dia.

Mas brillante aun les esperaba otra en el siguiente veinte y seis.

Colocados en la misma disposicion que frente á Larache, frente al puerto de Arcilla, poblacion de casi igual importancia, pero susceptible de mayor defensa, dióse la órden de romper el fuego á poco mas de medio dia.

Corto fué tambien el tiempo de su duracion, pero los estragos causados de mas importancia, en razon á que el estado de bonanza del Occéano, permitia llevar á efecto las operaciones en el mayor órden.

De dos á tres horas mediaron desde que se principió hasta que se concluyó el combate.

Cuál seria la certeza de los disparos que por nuestra parte se dirigieron á la plaza, se comprenderá con decir que habia casi por completo desaparecido, apesar de sus murallas de defensa.

Un monton de escombros por entre los cuales se veian algunas sofocadas llamas, ocupaba el sitio que la ciudad habia ocupado breves momentos antes.

Escenas de esta clase no pueden describirse, se sienten pero no se esplican.

Nuestras pérdidas fueron tambien como en el dia anterior de escasa importancia, algunos contusos, y muy pocas averias en las embarcaciones.

No podia suceder de otro modo, atendiendo á la serenidad, presteza y precision de las maniobras y á las buenas dotes de mando, que como antes hemos dicho adornan al general Bustillos.

Y ya que del bombardeo de los puntos de Arcilla y Larache hemos hablado, justo nos parece dar á nuestros lectores algunas noticias respecto de ellos y de algunos otros puertos de el Occéano.

III.

Ya hemos visto el comportamiento brillante aunque esperado de nuestro egército en el imperio de Sidi Mahomet, pero hasta ahora nada hemos dicho como no sea incidentalmente de nuestra marina.

Justo, justísimo nos parece poner tambien en conocimiento de nuestros lectores los hechos mas importantes de nuestra armada en la cuestion de honra nacional que nos está ocupando y en cuyo desagravio toma una no menor parte que el egército de tierra.

Y ya que hemos manifestado sus evoluciones y maniobras vamos á dar una idea de los puertos del litoral africano, que han sido bombardeados.

Rabatt, capital de la provincia de Sumecena llamada por los árabes *El-rebat y Rabat-ulfatabh* se halla situada parte sobre el rio Buregreb y parte sobre el Occéano.

Es el puerto céntrico que el imperio posee en el Atlántico.

Por eso antiguamente era el mas concurrido de todos: por él hacian su comercio las naciones europeas principalmente las meridionales, y de estas en mayor escala las repúblicas de Génova y Venecia.

Mas con motivo de desavenencias habidas entre los Kerifes de Rabat y Salé, el gobernador de la última ciudad puso sitio á la primera que se resistió tenazmente, hasta que cansados los sitiadores se retiraron.

Como el sitio fué bastante duradero, pues segun algunos escritores se prolongó hasta quince meses, la ciudad se resintió profundamente y su comercio no menos que ella.

Pasado algun tiempo y ya casi repuesta de los descalabros sufridos, su comercio volvió á florecer, hasta el punto de escitar la envidia de los emperadores y su insaciable codicia.

De ahí que á mediados de el siglo último, el emperador por causas injustificables, la volvió á sitiar, y aun cuando despues de siete meses se entregó, no fué sin haberse defendido heroica-mente y mediante capitulacion.

Las condiciones no fueron atendidas como debieran por el vencedor, que olvidado de ellas cuando se vió dueño de la ciudad, la abrumó con enormes impuestos y exacciones á cual mas onerosas.

Por uno de estos caprichos tan frecuentes allí donde gobiernan los déspotas, se empeñó en trasladar el centro del comercio Europeo primero á Santa Cruz y despues á Mogador, á donde hizo trasladar los cónsules europeos, pero esto no importa pues por sus condiciones hidrográficas Rabatt es el puerto mejor y de todos los de el imperio como ya hemos dicho, aun cuando sea el mas desentendido y gravado por el Gobierno.

Prueba de la verdad de nuestro dicho, que cuando en cierto modo Rabat era independiente de el imperio y se hallaba únida con Salé, otro puerto tambien importante que tiene cerca era el emporio de el comercio marroquí.

Las producciones de su suelo encontraban facil salida por él, y por él hasta el interior, podian ser conducidas las estrangeras.

La ciudad se halla bastante bien defendida con almenas y castillos que la rodean, algunos de ellos debidos al célebre Almanzor tan conocido en nuestra patria el cual trató de limpiar la desembocadura del rio y de ensancharla lo bastante, para que pudieran penetrar por él, navíos de gran porte.

Esta magnífica obra empezó á egecutarse y aunque no se llevó á cabo en su totalidad; sin embargo fué muy ventajosa.

A unos 20,000 asciende el número de sus habitantes, segun los datos mas importantes y fidedignos, de los que una tercera parte son hebreos; y los restantes árabes.

Muchos de estos últimos naturales de España arrojados de ella por Felipe 3.°

La ciudad es bastante buena, sus calles y edificios muy regulares, y tiene una mezquita magnífica. Es acaso la ciudad mejor de el imperio ó por lo menos la que mejores condiciones reune para serlo su industria.

Su campo es muy fertil: los moradores mas industriosos que lo son en general los árabes y se refleja en la ciudad y en su término; en el cual se recogen muchas y abundantes frutas y granos.

Cerca de la poblacion hácia su parte oriental se encuentra el castillo que encierra la tumba de la familia real de los Meni-Marines, y tanto él como el terreno que le rodea, es mirado por los musulmanes con el mayor respeto y como un santuario.

IV.

La ciudad de Salé situada en la costa Occidental de Africa y dividida por el rio en dos partes, es tambien muy notable, por su historia.

Ya hemos indicado en el párrafo anteríor que formó con Rabat una especie de confederacion cuyo objeto era fomentar los intereses de ambas poblaciones y que lo consigieron tambien hasta un grado digno de admiracion, que nos demuestra cuanto puede la unidad de pensamientos y de fuerzas.

Verdad que los medios porque sus habitantes se enriquecieron, no son los mas honrosos, toda vez que la mayor parte, estaban dedicados á la piratería, cuyo continuado egercicio los habia hecho temibles no solo á los naturales, sino tambien á los estrangeros.

Los sultanes habian varias veces intentado reducirla á su dominacion y subyugarla, como tenian subyugado todo el territorio de su imperio, pero no habian podido conseguirlo, merced á las murallas de que la ciudad se encuentra rodeada y á la indomable fiereza de sus moradores.

Y de seguro que los emperadores no habrian conseguido su

propósito á no haberse introducido la discordia entre sus moradores cuando sitiaron á su aliada y hermana la ciudad de Rabat y por los grandes gastos que con este motivo se vieron en la necesidad de hacer.

Separada ya de Rabat y subyugada por los sultanes perdió como aquella su importancia y como aquella fué objeto de advitrarias esacciones por parte de los gobernadores.

Frondosos árboles la circundan y se halla envuelta por su parte meridional de elebadísimas montañas en las que sus moradores se entregan á la caza su egercicio habitual, con lo que satisfacen su diversion favorita y se robustecen para el egercicio de la piratería que todavía egercen si bien clandestinamente y en menor escala por consiguiente que cuando su independencia.

Unas 8000 almas pueblan á Salé, casi todas pertenecientes á la religion mahometana.

Sus edificios nada de notable ofrecen particularmente considerados, en conjunto, el aspecto de la poblacion es bastante agradable.

Su puerto está completamente inutilizado por los grandes bancos de arena que en él se encuentran, y que durante el reflujo quedan en la superficie.

V.

Mas importante por la facilidad de habilitar su puerto, que el que acabamos de describir, y por su historia, es la poblacion de Arcilla llamada por los romanos Zilia primitivamente, y despues Julia Constancia Zilis, y que se halla situada en la provincia de Hasbat.

Los portugueses la han poseido por espacio de mucho tiempo, hasta que la abandonaron á consecuencia de no permitirles las circunstancias críticas porque atravesaron durante el reinado de D. Juan III, emplear en ella los recursos que su posesion exigia.

Es célebre tambien esta poblacion por haber desembarcado en su puerto y permanecido en ella, el rey de Portugal don Sebastian en su funesta espedicion.

Agregado al imperio formó parte de él y en ella residen unos 600 habitantes holgazanes en estremo, y por lo mismo muy pobres. Se sostienen con el producto de la caza y pesca que venden en los pueblos vecinos y aun á los estrangeros, pues algunos, aunque bien pocos vecinos, poseen pequeños botes, con cuyo ausilio penetran en el mar, y esto les ayuda para la pesca.

El puerto es muy pequeño, solo embarcaciones de pequeño porte pueden llegar hasta él, no obstante, el fondeadero es bastante bueno, pues se conserva todavía segun lo arreglaron los portugueses cuando Arcilla les pertenecía.

Los edificios son bastante pobres y muchos de ellos hasta míseros, efecto de la pobreza y miseria en que sus moradores se encuentran: de estos la mayor parte son árabes, y solo existen unas veinte familias judías.

VI.

Larache es la capital de la provincia de Azgar, es llamada por los árabes Al-A-raisce-Beni-A 'ros, por los viñedos de la grande y poderosa tribu de Beni-A 'ros.

Unos 6000 habitantes la pueblan, dos mil de los cuales son hebreos.

Las casas y calles son por lo regular de buen aspecto, si bien en las últimas suele haber grandes cuestas á consecuencia de estar la poblacion situada en el declive de un cerro de grande estension que llega á penetrar en el mar.

Algunos edificios son notables, entre ellos merece mencionarse el habitado por el gobernador.

La vegetacion es vigorosa y sus campos muy fértiles á

consecuencia de estar continuamente regados por multitud de arroyuelos que del cerro se desprenden.

Abunda la campiña en frutas de todas clases.

Está fortificado, siendo de notar que sus fortificaciones son debidas á los españoles que la poseyeron en otro tiempo, y que segun el estado de la cuestion pendiente, serán tambien los encargados de destruirlas.

En el último tercio del siglo pasado fué bombardeada por los franceses, á consecuencia de lo cual, la ciudad sufrió bastante.

Su puerto, como casi todos los del litoral, africano está casi inservible á causa de una gran barra que lo atraviesa y que impide la llegada hasta él de embarcaciones mayores.

Ya conocen nuestros lectores por lo que hasta aquí llevamos dicho, al árabe que habita en la ciudad, pero no tienen noticias de la otra clase de árabes, habitantes del campo, y que constituyen la mayoría de los moros pobladores de la provincia de Harbat, cuya capital es Tetuan.

Para apreciar debidamente las cosas, no basta conocerlas en conjunto, es necesario que los detalles no nos sean completamente desconocidos.

Por eso y para llenar el vacio indicado, apuntaremos ligeramente algunas de las principales cosas que tienen relacion con los habitantes del campo de la provincia de Harbat.

Entre ellos y los de la ciudad hay la misma diferencia que entre un cortesano y un campesino de una nacion europea.

Sus ocupaciones, como las de todos los pueblos que están sumidos en la ignorancia, están reducidas al pastoreo y á la caza.

Son las dos clases que puede decirse existen en la sociedad campesina árabe.

A la primera se dedican todos, unos por oficio, otros por gusto; el continuo egercicio que tanto en uno como en otro caso hacen, contribuyen á darles una ferocidad estraordinaria.

Generalmente son robustos y ágiles.

Las personas algo acomodadas, y que entre ellos podría-

mos llamar la clase media, se dedican á guardar sus rebaños.

Las acomodadas tienen criados que desempeñen este cargo.

Su poder, mas que de su riqueza, está en razon de su fuerza y de su astucia.

El mas fuerte es el mas respetado.

Viven en cavernas situadas en lugares inaccesibles para todo el que como ellos, no esté acostumbrado desde su infancia á trepar por aquellos riscos.

En sus moradas, no admiten nunca á los habitantes de la ciudad, apesar de la proverbial hospitalidad árabe, porque los consideran como degenerados.

Visten muy toscamente, aun cuando por su posicion pueden llevar trages mas cómodos y costosos.

En este punto lleva su preocupacion hasta el estremo de apalear al que osa dar al vestido una nueva forma ó hacerlo de una materia mas delicada que la de ordinario.

Carecen de leyes y no dependen del Sultan, á quien no reconocen, y el cual apesar de sus esfuerzos, que para reducirlos á su dominacion ha hecho, no ha conseguido subyugarlos.

Las contiendas que entre ellos se originan, la deciden por la fuerza; algunas veces las someten á juicio de un anciano ó de otro mas fuerte que ellos: ceden por temor, no por conviccion; nunca hacen justicia al débil.

No tienen mas aspiracion que el oro ni mas deseo que los placeres sensuales.

Por adquirir el primero y satisfacer los segundos, cometen las mayores atrocidades. Empresa basta y difícil en estremo seria la de tratar de someter á gentes tan bravías y salvages, por otro medio que por la fuerza, que es la única ley que ellos respetan.

Y sobre este punto llevamos ya adelantado bastante, pues sus continuas derrotas, les han demostrado bien claro que de nada sirve su poder al lado del de la nacion que en mal hora pretendieron insultar.

CAPITULO XXXVI.

Se vuelven á presentar algunos antiguos amigos de nuestros lectores.—Tratado entre Inglaterra y Marruecos.—Temporales que impidieron á nuestro egército ponerse en marcha tan pronto como deseaba.—Kabilas de las inmediaciones de Tetuan.—El general Echagüe recibe la órden de incorporarse con parte de su division al grueso del egército.

I.



RANDES habian sido las victorias conseguidas por los españoles durante su permanencia en el Serrallo; y grande tambien la consternacion que habian espercido en los aduares y pueblos de sus inmediaciones.

Los habitantes de Raast-el-Seric, eran de los que mas temian.

El gefe de la Kabila, padre de Zobeibá, habia muerto en uno de los combates, y toda la tribu estaba desordenada por no decir casi destruida.

Todos los vecinos emigraban abandonando sus miserables chozas, á otros puntos mas lejanos, y en los que se creian mas seguros de poder escapar á la furia de los cristianos.

Isaac el judío, que tambien habia ocultado á Cárlos, á Alberto y á Zeim, en vista del abandono en que quedaba el pueblo, determinó trasladarse á Tetuan.

Efectivamente comunicó su proyecto á Ester y á Zaida, y ayudado por dos criados, ocultó cuidadosamente debajo de tierra los obgetos de mas valor, y cerrando su casa emprendieron la marcha por senderos conocidos solamente de los naturales, el camino hácia la ciudad que se lleva al otro lado del Guad-el Gelú.

Dias antes de que nuestro egército estableciese sus reales ante la plaza, llegaron á ella y fueron á habitar en el barrio señalado á los de su raza.

El anciano Isaac tenia bastantes relaciones en la ciudad y resguardado por los muros de esta y entre sus amigos, ya se creia casi en seguridad.

Pero estaba escrito que habia de sucederle todo al revés de lo que pensaba.

Nuestro egército siguió venciendo á los marroquíes, y finalmente la accion del 4 de Febrero acabó de desmoralizarlos completamente.

Furiosas las tropas de Muley-Abbás por el descalabro sufrido, penetraron en la poblacion y en ella se entregaron á los mayores escesos.

El barrio de los judíos fué el que mas sufrió y en el que mas se representaron esas escenas de pillage y saqueo, y solo á costa de grandes esfuerzos y al ausilio de sus compañeros, pudo librarse Isaac de la muerte con que los amotinados querian hacerle pagar el haber intentado defender su hacienda.

Así fué que á la entrada de nuestras tropas, él era uno de los que mas furiosamente aclamaban á los vencedores.

Con la division del general Rios entraron en Tetuan los tres hermanos conocidos ya del buen hebreo.

Cabalgando airosamente entre el estado mayor del general, iban Alberto y Zelin contemplando, especialmente el primero con los ojos del observador todas las casas y las calles de la ciudad recien conquistada.

De pronto una esclamacion de sorpresa llegó á herir los oidos del poeta, que alzó la cabeza instántaneamente y reparó en dos mugeres, que desde una de las azoteas de las casas inmediatas, le contemplaban con alegría y le saludaban con efusion.

Eran Ester y Zaida.

Alberto las conoció en seguida, y saludándolas respetuosamente, prosiguió su marcha.

Del mismo modo fué reconocido Cárlos, con la diferencia de que entonces salió Isaac á la calle, y como en otro tiempo, le ofreció su casa para él y para sus hermanos.

Creemos inútil decir á nuestros lectores que estos aceptaron semejante oferta, y cuando ya todo quedó arreglado y las tropas fueron alojándose.

Cárlos, Zelin y Alberto se dirigieron á la casa del judío.

Fuera de Cárlos, Zelim fué el que indudablemente mas se alegró con semejante encuentro, pues para él representaba noticias de su adorada Zaard.

Pero por desgracia nada se sabia de ella, nada de Julia, ni nada de Abdel-sabás.

Cárlos y Ester volvieron á reanudar sus interrumpidos amores, y á tantas horas de angustia y de sufrimiento, sucedieron infinitas de placer y de felicidad.

Todos los dias se veian y todos los dias encontraban algo de nuevo que decirse.

Es verdad que como el amor es materia tan inagotable, nada de particular tiene que nuestros amantes se pasasen horas hablando de su cariño.

Una de estas conversaciones tuvo lugar en uno de los primeros dias del mes de Marzo.

Ya empezaba á correr la voz entre el egército de que iban á ponerse en marcha sobre Tanger, y la pobre niña andaba

triste y apenada por la suerte que podria caber á su amado.

—Con qué es cierto que os marchais? decia Ester al capitan.

—Eso se dice pero todavía no se sabe los cuerpos que marcharán.

—¡Ojalá y no sea al que tú perteneces!

—Y por qué? la preguntó Cárlos.

—Como se conoce que tú no me amas cuando esa pregunta me haces, crees tú que yo he podido vivir en todo el tiempo que hace que nos hemos separado? Siempre en continua zozobra, siempre inquieta mi alma, no ha respirado mi corazon con tranquilidad hasta el momento mismo en que te ha visto; y puede que tú sabiendo todo esto desees aun marcharte.

—No lo deseo por separarme de tí, pero los militares en la guerra hacemos nuestra carrera, y tanto por esto cuanto por que lucho por la honra de mi patria, no me disgustará seguir adelante.

—¡Hé aquí lo que sois¡ le dijo con acento de reproche la hebrea. Donde encontrais la paz, la dicha la tranquilidad, os cansais y solo apeteceis los peligros, y los objetos que mas os cuesten.

—No es eso Ester, pero comprende que el militar tiene deberes que cumplír y derechos tan sagrados que ante ellos tienen que sacrificarse todas las cosas.

—Y tambien mi amor lo sacrificas?

—Tambien. Y no es porque deje de amarte Ester, si supiera que en el mundo habia un hombre que amase mas que yó, creo que me arrancaria el corazon por no haber sabido superar en cariño á los demas.

—¡Oh! bendita sea tu boca que tales palabras me ha dicho, no sabes con cuanta delicia las saborea mi alma.

—Bendita seas tú! la decia el capitan con un acento en que se traslucia una ternura infinita, bendita seas tú que tal pasion me has inspirado.

En aquel momento resonó una carcajada histérica, prolongada é infernal que llenó de terror á nuestros dos aman-

tes, haciéndoles volver la cabeza hácia el punto donde habia sonado.

Sobre el dintel de la puerta, se veia una muger que fijaba una mirada en que se leian cien afectos distintos sobre ellos.

Al reconocerla, una esclamacion salió de los labios de Cárlos.

—¡Zobeiba! dijo:

—La hija del Kabo de Raas-el-Seric! añadió Ester.

II.

TRATADO general entre la Gran Bretaña y Marruecos, celebrado en el mes de Enero de 1857.

PREAMBULO.

S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda y S. M. el Sultan de Marruecos y Fez, deseando mantener y fortalecer las relaciones de amistad, que por tanto tiempo han subsistido entre sus respectivos dominios y súbditos, han resuelto proceder á revisar y mejorar los tratados existentes entre sus respectivos paises, para cuyo obgeto han nombrado sus plenipotenciarios. es decir:

S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda á D. Juan Hay Drummond Hay, su encargado de nego-

cios y cónsul general en la Córte de S. M. el sultan de Marruecos.

Y S. M. el sultan de Marruecos á Sidi-Mohamet-Ketib su comisionado de negocios estrangeros.

Los que despues de haberse comunicado uno al otro sus respectivos plenos poderes, han convenido y concluido los artículos siguientes:

Artículo 1.º Habrá perpetua paz y amistad entre S. M. la Reina de la Gran Bretaña, sus herederos y sucesores y Su Magestad Jerifiana el sultan de Marruecos y entre sus respectivos dominios y súbditos.

Art. 2.º S. M. la Reina de la Gran Bretaña podrá nombrar uno ó mas cónsules en los dominios del sultan de Marruecos y Fez y el tal cónsul ó cónsules estarán en libertad de residir en cualquier puerto de mar ó ciudad del sultan de Marruecos que ellos ó el gobierno británico elijan y hallen mas conveniente para los asuntos y servicios de S. M. británica á para la asistencia de los comerciantes británicos.

Art. 3.º El encargado de negocios británicos ú otro agente político acreditado por la Reina de la Gran Bretaña cerca del sultan de Marruecos como asimismo los cónsules británicos que residan en los dominios del sultan de Marruecos, serán siempre respetados y se les tributará el honor compatible con su rango, y sus casas y familias estarán seguras y protegidas. Nadie podrá entremeterse con ellos, ni cometerán ningun acto de opresion ó desacato hácia ellos, bien sea de palabras ó en obras, y si alguien lo hiciere, recibirá un severo castigo que le servirá de correccion y de freno para otros.

El dicho encargado de Negocios podrá libremente escoger sus sirvientes ó intérpretes bien sean musulmanes ú otros, y á estos no se les obligará á que paguen el tributo de encabezamiento, contribucion forzada ú otro igual ó correspondiente gasto. Con respecto á los cónsules ó vice-cónsules que residan en los puertos bajo las órdenes del dicho encargado de Negocios, podrán libremente elegir un intérprete, una guardia y dos sirvientes, bien sean musulmanes ú otros, y ni

el intérprete, ni la guardía ni sus criados serán obligados á pagar el tributo de encabezamiento, contribucion forzada ú otro igual ó correspondiente gasto. Si el dicho encargado de Negocios nombrase un súbdito del sultan de Marruecos como vice-cónsul en un puerto marroquí, el dicho vice-cónsul y los miembros de su familia que habiten dentro de su casa, serán respetados y estarán exentos de pagar el tributo de encabezamiento ú otro igual ó correspondiente gasto, pero el dicho vice-cónsul no tomará bajo su proteccion ningun súbdito del sultan de Marruecos, escepto los miembros de su familia que habiten bajo su techo.

Al dicho encargado de negocios y á los dichos cónsules, se les permitirá tener una casa de oracion y enarbolar en todos tiempos en lo alto de las casas que ocupen la bandera nacional, bien sea en la ciudad ó fuera de ella, é igualmente en los botes cuando salgan al mar. Ninguna prohibicion ni derechos les serán impuestos en sus efectos, muebles de casa ú otros renglones que vengan para uso propio y para el de sus familias en los dominios del sultan de Marruecos; pero el dicho encargado de negocios, cónsules ó vice-cónsules deberán entregar á los oficiales de las aduanas una nota especificando el número de renglones que deseen introducir. Este privilegio será concedido solamente á los oficiales consulares que no estén ocupados en negocios. Si para el servicio de su soberana fuese preciso que comparecieran en su pais ó sin disputa sea otra persona que actuase por ellos en su ausencia, no se les impedirá de manera alguna el hacerlo, y ningun impedimento se les pondrá á ellos, á sus criados ó á su hacienda, antes al contrario estarán en libertad de ir y venir siempre respetados y honrados; y ambos, ellos mismos y sus diputados ó vice cónsules en el mas amplio sentido, serán acreedores á todos los privilegios que al presente gocen, ó que en adelante se concedan al cónsul de cualquiera otra nacion,

Art. 4.° Con respecto á los privilegios personales que deberán gozar los súbditos de S. M. británica en los dominios del sultan de Marruecos, S. M. Jerifiana promete que tendrán un

libre é indisputable de viajar y residir en los territorios y dominios del dicho sultan, sujetos á las mismas precauciones de policía que se practican con los súbditos ó ciudadanos de las naciones mas favorecidas.

Serán acreedores á poder alquilar por tiempo ó como sea, habitaciones ó almacenes; y si un súbdito británico no pudiese encontrar una casa ó almacen adecuada para habitar ó almacenar, las autoridades moras, le ayudarán á encontrar un sitio dentro de las localidades generalmente señaladas para las habitaciones de los europeos; y si hubiese en la ciudad un terreno conveniente para fabricar casa ó almacenes, podrá entrar en un arreglo por escrito con las autoridades del pueblo, relativo al número de años que el súddito británico retendrá la posesion del terreno y fábricas, á fin que así pueda reembolsarse de los desembolsos en que haya incurrido; y ninguna persona podrá obligar al súbdito británico á que entregue las casas ó almacenes hasta que no haya espresado el tiempo mencionado en dicho documento. No se les obligará á que paguen ningun tributo ni contribucion bajo pretesto alguno. Estarán exentos de todo servicio militar bien sea por tierra ó por mar de empréstitos forzosos y de toda contribucion estraordinaria. Sus casas, almacenes y todas las propiedades destinadas para residencia ó negocios, serán respetadas.

Ninguna visita ó registro arbitrario se hará en las casas de los súbditos británicos, y ninguno de sus libros, papeles ó cuentas serán examinados arbitrariamente ó inspeccionados; estas medidas podrán ser solamente egecutadas en conformidad con las órdenes y consentimiento del Cónsul general ó cónsul. Y generalmente S. M. el sultan promete que los súbditos de S. M. británica residentes en sus estados y dominios, gozarán de la misma seguridad personal y de propiedad tan plena y amplias como son acreedores á gozar los súbditos del emperador de Marruecos en los territorios de S. M. británica.

S. M. británica por su parte promete asegurar á los súbditos de S. M. el sultan residentes en los dominios británicos, el goce de la misma proteccion ó privilegios que gozan ó pue-

dan gozar los súbditos de las naciones mas favorecidas.

Art. 5.º Todos los súbditos y comerciantes británicos que quieran residir en alguna parte de los dominios del sultan de Marruecos, tendrán una perfecta seguridad para sus propias personas y para sus haciendas: estarán en libertad de practicar los ritos de su propia religion sin intervencion ni impedimento alguno: podrán tener un cementerio para sus difuntos, les será permitido salir fuera á enterrarlos yendo y volviendo con toda seguridad y proteccion. Podrán libremente nombrar á cualquiera que gusten de sus amigos ó sirvientes para la transaccion de sus negocios, bien sea en tierra ó en el mar, sin prohibiciones ni interrupcion alguna, y si un comerciante británico hubiese en un buque dentro ó fuera de uno de los puertos del sultan de Marruecos, le será permitido ir á su bordo solo ó con los amigos ó criados que quiera, sin que él, sus amigos ó criados estén sujetos á ninguna contribucion forzosa por haberlo hecho.

Art. 6.º Cualquiera persona que sea súbdito de la Gran Bretaña ó que esté bajo su proteccion, no será obligado á vender ó comprar cosa alguna sin su libre voluntad, ni podrá súbdito alguno del sultan de Marruecos tener derecho á reclamacion sobre alguno de los efectos de algun comerciante británico á escepcion de lo que el tal comerciante le dé voluntariamente y nada se llevará de ningun comerciante británico, mas que lo que esté convenido entre las partes respectivas.

Estas mismas reglas se observarán en los dominios de Su Magestad británica con respecto á los súbditos marroquíes.

Art. 7.º Ningun súbdito de S. M. británica ni persona alguna que esté bajo su proteccion, podrá ser obligado en los dominios del sultan de Marruecos á pagar una deuda que deba otra persona de su nacion, á menos que no se haya hecho responsable ó fiador por el deudor por un documento firmado de su propio puño y de la misma manera los súditos del sultan de Marruecos, y no podrán ser obligados á pagar una deuda que deba otra persona de su nacion, á menos que

no se haya hecho responsable ó fiador por un documento firmado de su propio puño.

Art. 8.º En todos los casos criminales ó querellas y en todas las diferencias civiles, disputas ó causas de litigio que puedan ocurrir entre los súbditos británicos el único juez y arbitrio será el Cónsul general, el cónsul ó vice-cónsul ó agente consular británico. Ningun gobernador, cadí, ú otra autoridad mora podrá intervenir en ello, y los súbditos de S. M. británica, en todos los asuntos civiles y criminales que existan ó resulten entre súbditos británicos esclusivamente, estarán sometidos solamente al tribunal del Cónsul general, cónsul ú otra autoridad británica.

Art. 9.º Todos los criminales ó querellas y todas las diferencias civiles, disputas ó causas de litigio que resulten entre los súbditos británicos y los súbditos del gobierno marroquí, serán arreglados del modo siguiente:

Si el demandante es súbdito británico y el demandado súbdito moro, el gobernador ó el cadí, segun las respectivas cortes á que el caso pertenezca, será el solo juez de la causa, haciendo su aplicacion el súbdito británico al gobernador ó su diputado, quien tendrá derecho de estar presente en la corte durante se examine toda la causa.

De la misma manera si el demandante es súbdito moro y el demandado súbdito británico, el caso se referirá al solo juicio y decision del Cónsul general, cónsul, vice-cónsul ó agente consular británico; el demandante hará su aplicacion por conducto de las autoridades moras y el gobernador moro, el cadí ú otro oficial que sea nombrado por ellos, estará presente, si así lo desean durante se examine y se sentencie la cansa, en caso que el litigante moro ó británico no estuviese satisfecho con la decision del Cónsul general, cónsul, gobernador ó cadí (segun la respectiva corte á que pertenezca) tendrá el derecho de apelar al encargado de negocios de S. M británica ó al comisionado moro de asuntos estrangeros, segun sea el caso.

Art. 10. Un subdito cristiano que cite en una corte mora ó un subdito del sultan de marruecos por una deuda contraida

en los dominios de la reina de la Gran Bretaña, será necesario que presente un reconocimiento de la deuda escrito en caracteres europeos ó árabes y firmado por el deudor moro en presencia de ó testificada por el cónsul ó agente consular moro, ó por un notario británico, si es un lugar donde no hay consul, vice-consul ó agente consular moro. Todo documento que esté atestiguado ó certificado por el consul ó agente consular moro ó por un notario británico, tendrá toda fuerza y valor en un tribunal moro. Si en algun tiempo un deudor moro se fugase á alguna ciudad ó lugar de Marruecos, donde la autoridad del sultan esté reconocida y donde no haya ningun consul ó agente consular británico, el gobernador moro obligará al deudor moro á venir á Tanger ó á algun otro punto ó plaza de Marruecos, en donde el acreedor británico deseare para proseguir la reclamacion ante el tribunal moro.

Art. 11. Si en algun tiempo el consul general británico ó alguno de los consules, vice-consules ó agentes consulares británicos tuviesen ocasion de solicitar del gobierno moro la asistencia de soldados, guardias, botes armados ó otra ayuda con el objeto de arrestar ó transportar algun subdito británico, esta peticion será inmediatamente concedida, pagando los estipendios mensuales que dan los subditos moros en tales ocasiones.

Art. 12. Si algun subdito del sultan se encontrase ante el cadi, reo de producir evidencia falsa, causando daño ó perjuicio á un subdito británico, será severamente castigado por el gobierno moro segun la ley mahometana. Del mismo modo el consul general, el consul, el vice-consul ó agente consular británico, cuidará que todo subdito británico que fuese convicto de la misma ofensa contra un subdito moro, será severamente castigado segun las leyes de la Gran Bretaña.

Art. 13. Todos los subditos británicos bien sean mahometanos, judios ó cristianos, gozarán del mismo modo todos los derechos y privilegios concedidos por el presente tratado y por el convenio de comercio y navegacion que tambien ha sido

concluido hoy, ó los que en cualquier tiempo sean concedidos á la nacion mas favorecida.

Art. 14. En todos los casos criminales, diferencias, disputas, ú otras causas de litigio entre subditos ó ciudadanos de otras naciones estrangeras, ningun gobernador, cadí ú otra autoridad mora tendrá derecho de intervenir ni entrometerse, á menos que algun subdito moro haya recibido algun daño á su persona ó hacienda, en cuyo caso la autoridod mora ó uno de sus oficiales tendrá el derecho de estar presente en el tribunal del consul.

Estos casos serán solamente decididos en el tribunal de los consules estrangeros, sin la intervencion del gobierno moro, segun los usos establecidos que hasta la presente han actuado ó que en adelante puedan convenir entre los tales consules.

Art. 15. Queda arreglado y convenido que, ninguna de las altas partes contratantes deberá á sabiendas recibir ó retener en su servicio naval ó militar desertores de aquella otra parte: pero que al contrario cada una de las partes contratantes, deberá respectivamente despedir de su servicio tales desertores, siendo solicitado que lo haga por la otra parte

Ademas, queda convenido que si alguno de la tripulacion de algun buque mercante de cualquiera de las partes contratantes (no siendo esclavos, ni subditos de la parte á quien se haga la demanda) desertase de tal buque en algun puerto en el territorio de la otra parte, las autoridades de tal puerto ó territorio, estarán obligadas cuando haya hecho la aplicacion el consul general ó consul de la parte concerniente, á dar toda la asistencia que esté en sus facultades, para la aprehension de tales desertores, y ninguna persona cualquiera que sea deberá proteger ni albergar tales desertores.

Art. 16. Los subditos británicos que profesen la fé de Mahoma ó que hayan profesado la religion mahometana, no serán considerados como haber perdido en manera alguna ó de ser por esta razon menos acreedores en ningun grado á los derechos y privilegios y á toda la proteccion que gozaren los

subditos británicos que son cristianos: pues todos los subditos británicos de cualquier religion que fueren, gozarán todos los derechos y privilegios que les están asegurados por el presente tratado á todos los subditos británicos sin distincion ni diferencia alguna.

Art. 17. Todos los subditos de la reina de la Gran Bretaña que se hallen en los dominios del sultan de Marruecos, bien sea en tiempo de paz ó de guerra, gozarán de perfecta libertad para marcharse á su pais ó á otro cualquiera en sus propios buques ó en los de otra nacion cualquiera; igualmente estarán libres de disponer como gusten, de todos sus bienes y propiedad de cualquier clase y de llevarse el importe de tales bienes y propiedad; como tambien de llevar consigo sus familias y domésticos aun cuando hayan nacido y se hayan criado en Africa, ó en cualquiera otra parte fuera de los dominios británicos, sin que nadie pueda intervenir ni evitarlo bajo pretesto alguno.

Todos estos mismos derechos serán igualmente concedidos á los súbditos del sultan de Marruecos que se hallen en los dominios de la Gran Bretaña.

Art. 18. Si algun súbdito de S. M. británica ó algun nativo de un estado ó lugar que esté bajo la proteccion británica, muriese en los dominios del sultan de Marruecos, ningun gobernador ú oficial del sultan podrá bajo pretesto alguno disponer de los bienes pertenecientes al difunto y todo lo que estuviese bajo sus manos y en su poder tomarán posesion de ello las personas elegidas por él para ese objeto, y nombradas en su testamento como herederos, esto es, si estuviesen presentes; pero en caso que el tal heredero ó herederos se hallasen ausentes, entonces el Cónsul general, el cónsul ó su diputado, despues de haber hecho una lista ó inventario de todo, especificando cada artículo correspondiente, tomará posesion de todos sus efectos y propiedades hasta que lo entregue al heredero del finado. Pero si el finado hubiese fallecido sin haber hecho testamento, el Cónsul general, el cónsul ó su diputado, tendrán derecho á tomar posesion de toda la

hacienda que haya dejado y conservarla para las personas que por la ley sean acreedores á la propiedad del difunto; si el finado dejase créditos contraidos por algunos individuos, entonces el gobernador de la plaza, ó bien aquellos que tengan poder para ello, obligarán á los deudores á que paguen sus deudores, al Cónsul general, el cónsul ó á su diputado para beneficio del estado del difunto; como igualmente si el finado dejase débitos contraidos por él con algun súbdito del sultan de Marruecos, el Cónsul general, el cónsul ó su diputado ayudará al acreedor á cobrar su reclamacion del estado del difunto.

Art. 19. El presente tratado será generalmente aplicable á todos los dominios de S. M. Británica, á todos los subditos que estén bajo su proteccion y obediencia y á todos aquellos que habiten en alguna ciudad ó lugar, que se considere como parte de su reino, como tambien á todos sus subditos en Gibraltar y sus habitantes, igualmente á los habitantes de los Estados-Unidos de las islas Jónicas que están bajo su proteccion; y todos aquellos que son llamados ó representados como ingleses, serán considerados como subditos británicos, sin hacer distincion alguna, entre los nacidos dentro ó los nacidos fuera de la Gran Bretaña; y si la reina de la Gran Bretaña, mas adelante poseyera un pais ó una ciudad, la que bien sea por conquista ó por tratado, entrase bajo su autoridad, toda su gente y habitantes, serán considerados como subditos británicos aunque sea por la primera vez que están sujetos á la Gran Bretaña.

Art. 20. Los subditos de la reina de la Gran Bretaña y aquellos que estén bajo su gobierno y proteccion tendrán todo el pleno beneficio de los privilegios y de los favores particulares concedidos por este tratado y los que puedan concederse á los súbditos de otras naciones que estén en guerra con la Gran Bretaña; y si despues de esta fecha, algunos otros privilegios fuesen concedidos á alguna otra pótencia, los mismos serán estendidos y aplicados en todos sentidos, en favor de los subditos británicos, como á los subditos de la tal otra potencia.

Art. 21. Si un subdito del sultan de marruecos se embarcara con sus bienes á bordo de un buque perteneciente á una nacion que estuviese en guerra con la reina de la Gran Bretaña y ese buque fuese apresado por un buque de guerra británico, el dicho súbdito marroquí como tambien todos sus efectos (con tal que no sean de contrabando de guerra) no será molestado, ni encontrará oposicion alguna, al contrario tanto él, cuanto sus bienes que tenga á bordo del buque apresado, estarán libres y él estará en libertad de ir donde guste.

Del mismo modo si un súbdito británico tomase pasage á borde de un buque perteneciente á una nacion en guerra con el sultan de Marruecos, y ese buque fuese apresado por un corsario, el tal súbdito británico no será molestado ni sus bienes que tenga á bordo (con tal que no sea contrabando de guerra) ni se le opondrá en nada y tendrá libertad para marchar donde guste con sus bienes, sin impedimento ni demora.

Art. 22. Si cualquier buque británico que esté debidamente comisionado apresase un barco y lo llevase á un puerto en los dominios del sultan de Marruecos; los apresadores podrán vender la tal presa ó los frutos que tenga á bordo, sin que nadie se lo impida, ó bien estarán en libertad de marcharse con su presa y llevarla á cualquier otro lugar que gusten.

Art. 23. Si á algun buque británico le diese caza algun enemigo estando á tiro de cañon de los puertos ó playas de los dominios del sultan de Marruecos, las autoridades locales deberán respetarlo y defenderlo en todo lo que puedan, y del mismo modo los buques de Marruecos serán protegidos en todos los puertos ó costas de los dominios de la Reina de la Gran Bretaña.

Art. 24. Si un corsario que no pertenezca á la Reina de la Gran Bretaña, ni al sultan de Marruecos, tuviese patente de corso, de una nacion en guerra con la Gran Bretaña ó con Marruecos, á su corsario no se le permitirá quedar en ningun puerto de mar de ninguna de las dos partes, ni vender sus presas en ellos, ni cambiar sus presas ó cargamentos por otras mercancías, y á ningun corsario de esa clase se le permitirá comprar

provisiones, escepto las que sean absolutamente necesarias para un viage, al punto mas cercano de su pais.

Art. 25. Si un buque armado perteneciente á una nacion que está en guerra con la Gran Bretaña, se encontrase en algun puerto del sultan de Marruecos, y al mismo tiempo sucediese encontrarse tambien allí un buque británico, á ese tal buque enemigo de la Gran Bretaña, no se le permitirá que embargue el buque británico, ni que se le haga daño alguno; y tampoco se le permitirá al dicho enemigo, salir en persecucion del buque británico, hasta que no hayan pasado veinte y ocho horas, despues de la salida de dicho buque, esto es, si las autoridades del puerto tuviesen suficiente poder para detener el buque enemigo.

La misma regla se observará con los buques del sultan de Marruecos ó sus súbditos en todos los puertos de la Reina de la Gran Bretaña.

Art. 26. Si algun buque de guerra británico ó barcos mercantes entrasen en uno de los puertos del sultan de Marruecos y estuviesen necesitados de provisiones ó refrescos, los tales buques estarán en libertad de comprar lo que necesiten al precio corriente del dia, libre de derecho, pero la cantidad no deberá esceder á lo que sea suficiente para el sustento del capitan y tripulacion durante el viage al puerto donde estuviese el buque destinado, y asimismo las provisiones que se necesiten diariamente para la manutencion de la tripulacion durante el tiempo que el buque permanezca anclado en el puerto marroquí.

Art. 27. Los buques ó botes fletados por órden del gobierno británico para conducir las malas ó estén ocupados por el gobierno británico bajo contrata para el mismo servicio, serán respetados y tendrán los mismos privilegios como buques de guerra, sino traen ó llevan artículos de mercancía de uno á otro puerto del sultan de Marruecos, pero si llevan alguna mercancía de un puerto de estos dominios, pagarán los mismos gastos que cualquier otro buque mercante.

Art. 28. Si algun buque perteneciente á los súbditos ó á los habitantes de los dominios de cualquiera de las partes con-

tratantes, entrase en uno de los puertos del otro, y no desease ir al fondeadero, ni manifestar su cargo, ni venderlo en ese punto, no se le podrá obligar á que lo haga ni nadie podrá averiguar ni registrar de modo alguno para saber su contenido; pero los oficiales de la aduana podrán poner una guardia á bordo del buque por todo el tiempo que esté anclado para evitar todo tráfico ilícito.

Art. 29. Si un buque británico con un cargamento, entrase en uno de los puertos del sultan ds Marruecos, y desease descargar la parte del cargo que estuviese destinada para ese punto, no se le podrá obligar á que pague los derechos, mas que á la parte del cargo desembarcado, y no se le exigirá ningun derecho sobre el resto del cargo que queda á bordo, y estará en libertad de marcharse con el restante de su cargamento al lugar que guste. El manifiesto del cargamento de todo buque, se entregará á su llegada á los administradores de las aduanas moras, á quienes se les permitirá registrar el buque á su llegada ó salida, ó poner una guardia á bordo para evitar cualquier tráfico ilegal.

La misma regla se observará en los puertos británicos respecto á los buques moros.

El capitan del buque á la salida de un puerto moro, deberá presentar un manifiesto del cargamento de los renglones esportados, certificado por el cónsul ó vice-cónsul, y deberá enseñar el manifiesto á los administradores cuando se exijan, para que puedan justificar que no se han embarcado artículos de contrabando.

Art. 30. A ningun capitan de un buque británico, en un puerto de Marruecos, ni á ningun capitan de buque moro en un puerto británico, se le podrá obligar á llevar pasageros ni efectos de ninguna clase contra su propia voluntad, ni será forzado á salir á la vela para un punto adonde no quiera ir, su buque no será molestado ó injuriado en manera alguna.

Art. 31. Si algun súbdito del sultan de Marruecos fletase un buque británico para conducir mercancías ó pasageros de un punto á otro en los dominios de Marruecos y en el

curso del viage, el tal buque fuese obligado por causa del mal tiempo ú otro accidente en los mismos dominios, no estará obligado el capitan á pagar anclaje ó algun otro derecho por motivo de haber entrado en tal puerto; pero si el tal buque descargase ó cargára en ese puerto alguna carga, el dicho buque será tratado como cualquier otro.

Art. 32. Cualquier buque británico que sufra averia en el mar y entre en uno de los puertos del Sultan de Marruecos para componerse será admitivo y asistido en todas sus necesidades mientras permanezca en el puerto y durante su compostura ó á su salida para el punto de destino, y si los artículos que requiere para su reparacion se encontrasen de venta en el tal puerto, se comprarán á los precios normales que otros paguen y no será de manera alguna molestado ó impedido de proseguir su viage.

Art. 33. Si un buque perteneciente á la Reina de la Gran Bretaña ó á algunos de sus súbditos, fuese á tierra ó naufragase en alguna parte del Sultan de Marruecos, deberá ser respetado y asistido en todas sus necesidades, en conformidad con las reglas de amistad, y el tal buque y todo su contenido, cargamento ó los efectos que puedan salvarse al tiempo ó despues del naufragio, serán conservados y entregados á sus dueños ó al Cónsul general Británico, al cónsul ó á su diputado, sin pérdida ni encubrimiento de cosa alguna. Si el buque naufragado tubiese á bordo algunos efectos que los propietarios deseasen vender en los dominios de Marruecos, los dueños deberán pagar en esos efectos los derechos requeridos; pero si los efectos que están á bordo del buque, han sido embarcados en algun puertos de los dominios, no se les exigirán otros derechos en adicion á los que ya han pagado, bien sea por importacion ó esportacion, y los dueños tendrán el derecho de vender esos efectos en Marruecos, ó bien embarcarlos, segun gusten.

El Capitan y la tripulacion estarán en libertad de proceder al punto que gusten y cuando quieran, sin ningun impedimento, del mismo modo seran tratados los buques del Sultan de Marruecos ó de sus súbditos en los dominios de la Reina do

la Gran Bretaña; siendo entendido que los tales buques estarán sometidos á los mismos derechos legales de salvamento á que están sugetos los buques británicos. Si un buque británico naufragase en Vagum ó en alguna parte de su costa, el Sultan de Marruecos pondrá en fuerza todo su poder para salvar y proteger al capitan y tripulacion hasta que vuelvan á su pais; y el cónsul general británico, ó el cónsul ó su diputado, serán permitidos informarse y averiguar, todo cuanto puedan, sobre el capitan y tripulacion del buque, á fin de que pueda encontrarlos y librarlos de aquella parte del pais; y los gobernadores de esos puntos, nombrados por el Sultan de Marruecos, deberán igualmente ayudar al cónsul ó á su diputado, en sus averiguaciones en conformidad á las leyes de amistad.

Art. 34. S. M. la Reina de la Gran Bretaña y S. M. el Sultan de Marruecos se comprometen á hacer todo lo que esté en su poder para la estincion de la piratería, y especialmente el Sultan se compromete hacer sus mayores esfuerzos para descubrir y castigar todas las personas de sus costas ó en sus dominios, que sean reos de tal crímen y que ayudará á S. M. Británica al mismo efecto.

Art. 35. Si algun súbdito ó uque de cualquiera de las dos partes hiciese alguna cosa contraria á alguna de las condiciones de este tratado, bien sea con intencion ó sin ella, no por eso, se perturbará la paz y ámistad que está estipulada, pero si quedará conservada, fija y siempre durable, sobre las bases de sinceridad, hasta que se le mande una comunicacion al soberano del agresor, quien en el entretanto no será molestado y si algun súbdito de cualquiera de las dos partes, desease ó intentase violar este tratado, ó alguna de sus condiciones, su soberano estará obligado á corregirlo, y castigarlo con severidad por su conducta.

Art. 36. Si este tratado de paz y amistad entre las dos partes contratantes fuese infringido que Dios no permita, y si en consecuencia de tal infringimiento se declarase la guerra, todos los súbditos de la Reina de la Gran Bretaña y todos los que están bajo su proteccion de cualquier grado ó clase que sean, que se encontrasen en los dominios del Sultan de Marrue-

cos, se les permitirá marchar á cualquier parte del mundo que gusten y podrán llevarse sus bienes, propiedades y establecimientos, sus familias y criados, sean o no británicos de nacimiento y se les permitirá embarcarse á bordo de cualquier buque que ellos elijan de otra nacion. Ademas, si ellos lo pidiesen se les concederá un periodo de seis meses para arreglar sus asuntos, para vender sus efectos, ó para hacer lo que gusten con su propiedad, durante tal periodo de seis meses, tendrán plena libertad y perfecta seguridad para sus personas y hacienda, sin intervencion daño ó impedimento alguno por causa de tal guerra y los gobernadores ó autoridades los asistirán y ayudarán en el arreglo de sus asuntos y en el cobro de las sumas que les deban sin tardanza, disputa ó delacion alguna. Todo esto será del mismo modo concedido á los súbditos del Sultan de Marruecos en todos los dominios de la Reina de la Gran Bretaña.

Art. 37. Este tratado será anunciado y publicado á los súbditos de ambas partes, para que ninguno de ellos quede ignorante, de sus condiciones, y se prepararán y mandarán copias á los gobernadores y personas de autoridad á quienes está confiada la renta y gastos y tambien á todos los puertos de mar, y á los capitanes de los corsarios pertenecientes al sultan de Marruecos.

Art. 38. El presente tratado será ratificado por S. M. la Reina de la Gran Bretaña y por S. M. el sultan de Marruecos y las ratificaciones serán cangeadas en Tanger lo mas pronto posible dentro de cuatro meses, á contar desde esta fecha.

Cuando las ratificaciones del presente tratado y del convenio de comercio y navegacion, que tambien ha sido concluido hoy entre las dos altas partes contratantes, hayan sido cangeadas, las estipulaciones de dicho tratado y convenio estarán inmediatamente en operacion y serán sustituidas por las estipulaciones de todos los anteriores tratados entre la Gran Bretaña y Marruecos.

En testimonio de lo cual los respectivos plenipotenciarios han firmado el presente tratado y fijado á él sus respectivos sellos.

Hecho en Tánger el noveno dia de diciembre en el año de mil ochocientos cincuenta y seis, correspondiendo á la fecha mora del décimo dia del mes de Rabbea 2do en el año 1273 — Firmado (L S) Mohanmet k'hatib.—Firmado (L S) J. H. Drummon Hay.

III.

CONVENIO de comercio y navegacion entre la Gran Bretaña y Marruecos.

ENERO.—1857.

PREAMBULO.

—

S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda y S. M. el sultan de Marruecos y Fez, deseando estender y aumentar las relaciones de comercio y navegacion que existen entre los respectivos dominios y súbditos, han resuelto concluir un convenio español para ese obgeto y han nombrado como sus plenipotenciarios es á decir:

S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda á D. Juan Hay Drummond Hay, su encargado de negocios y cónsul general en la corte de S. M. el sultan de Marruecos.

Y S. M. el sultan de Marruecos á Sidi-Mohamet-Ketib su comisionado de negocios estrangeros, los que despues de haberse comunicado uno al otro sus respectivos plenos poderes, han convenido y concluido los artículos siguientes:

Art. 1.° Habrá una recíproca libertad de comercio entre los dominios británicos y los dominios del sultan de Marruecos. Los súbditos de S. M. británica pueden residir y nego-

ciar en cualquier puerto de los territorios del sultan de Marruecos, en donde cualesquiera otros forasteros están ó sean admitidos.

Le será permitido alquilar casas y fabricar casas y almacenes segun está estipulado en el art. 4.° del tratado general de esta fecha.

Gozarán plena proteccion para sus personas y haciendas segun está esplicado en el art. 4.° del tratado general. Les será permitido comprar ó vender de quien ó á quienes ellos gusten, todos los efectos que no estén prohibidos en el artículo segundo de este convenio, bien sea por mayor ó menor y en todos los puntos de los dominios marroquís, sin ser restringido ó perjudicado por ningun monopolio contrata ó privilegio esclusivo de comprar ó vender cualquier cosa, escepto los efectos de esportacion é importacion enumerados en el artículo segundo, y aun mas deberán gozar todos los derechos y privilegios que mas adelante puedan concederse á otros estrangeros súbditos ó ciudadanos de la nacion mas favorecida.

En retorno, los súbditos del sultan de Marruecos deberán gozar en los dominios de S. M. británica la proteccion y privilegios que gocen ó puedan gozar los súbditos ciudadanos de la nacion mas favorecida.

Art. 2.° El sultan de Marruecos se compromete á abolir todos los monopolios ó prohibiciones en los efectos de importacion esceptuando tabacos, toda clase de pipas para fumar, opio, azufre, pólvora, salitre, plomo, armas de todas clases y municiones de guerra, y ademas de abolir todos los monopolios de productos agrícolas ó de otro renglon cualquiera que sea en los dominios del sultan, escepto sanguijuelas, curtido, tabaco y otras yerbas que se usan para fumar en pipas.

Art. 3.° Ningun tributo, portazgo, derecho ú otro cualquier gasto, ademas del derecho de esportacion mas adelante mencionado, será bajo pretesto ni cuenta alguna impuesto por ninguna persona en ninguna parte de los dominios del emperador de Marruecos sobre ó respecto los efectos ó productos que hayan sido comprados por un súbdito británico para esporta-

cion ó por cuenta suya, pero estos dichos efectos y productos cuando estén comprados, podrán conducirse de cualquier punto y embarcarse en cualquier puerto de Marruecos, absolutamente libres y exentos de todos los tributos, portazgos, derechos ó gastos cualquiera que sean.

Ningun perínico, documento ó simil será necesario para poder ser embarcados ó conducidos y ningun empleado ó súbdito del sultan pondrá restriccion ó impedimento alguno en la conduccion ó embarque de tales efectos (escepto los efectos ó productos que el sultan de Marruecos prohiba esportar como está convenido en el art. 5.°) ni bajo pretesto alguno pedirá ó recibirá dinero alguno por cuenta ó respecto á tales efectos, y si algun oficial ó súbdito obrase en contrario á esta condicion, el sultan inmediatamente castigará con severidad al gobernador, oficial ú otro súbdito que hayan sido reos de esta mala conducta y haré plena justicia á los súbditos británicos por todos los daños ó pérdidas que hayan sufrido siendo debidamente probados.

Art. 4.° Los súbditos de S. M. británica, en los dominios de S. M. el sultan, podrán libremente manejar sus propios negocios por sí mismos, ó confiarlos al manejo de las personas que nombren como corredor, factor ó agente, á estos tales súbditos británicos, no se les podrá poner restriccion en el nombramiento de las personas para que actuen en esa capacidad; ni se les exigirá salario ó remuneracion alguna para una persona que no quieran emplear; pero estas personas que estén así empleadas y que son súbditos del sultan de Marruecos, serán tratados y considerados como los otros súbditos de los dominios marroquíes.

Una absoluta libertad se le concederá en todos casos al comprador y al vendedor, para tratar y ajustar entre ellos; y ninguna intervencion por parte de los oficiales del sultan será permitida. Si algun gobernador ú otro oficial interviniese en los ajustes entre los súbditos británicos y súbditos moros, ó pusiesen algun impedimento en la venta ó compra lícita y legal de efectos ó mercancias importados, ó para ser esportados de los

dominios del sultan, S. M. Jerefiana, severamente castigará al dicho oficial por su mal comportamiento.

Art. 5.° Si en algun tiempo el sultan de Marruecos creyese propio prohibir la esportacion de sus dominios de alguna clase de grano ú otro renglon de comercio á los súbditos británicos, de ningun modo se les evitará embarcar todos los granos ú otros efectos que tengan en sus almacenes, ó que hayan sido comprados antes de la tal prohibicion; pero si se les permitirá continuar esportando todo lo que tengan en su poder, durante el término de seis meses, desde que públicamente se sepa la tal prohibicion, y en el dia que la órden del sultan de Marruecos, tocante á la prohibicion, llegára y fuese publicada á los comerciantes los súbditos británicos, en el término de dos dias, deberán manifestar y dar pruebas de las cantidades de productos que tengan en los almacenes, sobre los cuales se les impone la prohibicion y tambien presentarán certificados legales, respecto á la cantidad de dicho producto que hayan comprado en el interior, ó en otra cualquiera parte, antes de haber sido promulgada la órden para la prohibicion; y ninguna prohibicion bien sea de importacion ó esportacion de cualquier renglon, será aplicable á los súbditos británicos, á menos que la misma sea tambien aplicable á los súbditos de todas las otras naciones.

Art. 6. Despues de la fecha de este convenio, con escepcion de los renglones enumerados en el artículo segundo, todas las mercancías, ó efectos importados por súbditos en cualquier pais, no serán prohibidos en los dominios del Sultan de Marruecos ni sujetos á mayores derechos que los impuestos en la misma clase de mercancías ó efectos importados por súbditos de otra potencia estrangera ó por súbditos nativos, con escepcion de los efectos enumerados en el artículo segundo, todos los que sean productos de Marruecos podrán ser esportados de allí por los súbditos británicos en cualquier buque, en los mismos términos favorables, como los súbditos de otro pais estrangero ó como súbditos nativos.

Art. 7.° En consideracion de los términos favorables con

que se admiten los productos de Marruecos en los dominios de S. M. británica y con la mira de estender el giro mercantil entre la Gran Bretaña y Marruecos para su mutuo beneficio S. M. el sultan de Marruecos por la presente conviene; en que los derechos que se deberán exigir en los dominios de Marruecos en todos los efectos importados por súbditos británicos no escederán de diez por ciento sobre el valor pagadero en metálico, en el puerto donde desembarquen y que los derechos que se exigirán en todos los efectos esportados de los dominios del Sultan por súbditos británicos no escederá en cantidad á los derechos señalados en la tarifa siguiente.

IV.

TARIFA DE ESPORTACION.

Renglones.	*Duros.*	*Onzas.*
Trigo por fanega rasada.	1	
Maiz y Zahina (alora) por fanega colmada. .	1|2	
Cebada. . id rasada.	1|2	
Todo otro grano. . . id colmado. . . .	1|2	
Harina. . . . . Cantar.		30
Alpiste.		12
Datiles.		40
Almendras.		35
Naranjas, limones y limas. . . . . 1000.		12
Orégano. . . . . Cantar.		10
Comino.		20
Aceite. . . . . «		50
Gomas. . . . . «		20
Alheña. . . . . «		15
Cera. . . . . «		120
Arroz. . . . . «		16
Lana lavada. . . . . «		80
Id. sucia. . . . . «		35
Cueros, pieles de cabra y carnero. . . «		36
Cueros, curtidos llamados Felaly, Zanany Co-		

chinea	«		100
Astas	1000.		20
Sebo	Cantar.		50
Mulos	uno	25	
Asnos	«	5	
Carneros	«	1	
Cabras	«		15
Gallinas	docena		22
Huevos	1000.		51
Babuchas	100.		70
Puas de puerco espin	1000.		5
Alganil	Cantar.		15
Plumas de avestruz	libra		36
Espuertas	100.		30
Alcaravea	Cantar.		20
Peines de madera	100.		5
Pelo	Cantar.		30
Pasas	«		20
Fajas de lana karazy	100.		100
Facaot (un tinte	Cantar,		20
Vellones	«		36
Cáñamo y lino	«		40

El Sultan de Marruecos tiene el derecho de prohibir cualquier renglon de esportacion; pero cuando se imponga la prohibicion en alguna será en conformidad con lo arreglado en el artículo 5.º y cuando se quite la prohibicion para la esportacion de esos efectos, los derechos anotados en la tarifa, serán los que únicamente se pagarán. Con respecto al trigo y cebada, si el sultan creyere propio prohibir la esportacion de estos renglones y desease vender á los comerciantes el grano que pertenece al gobierno lo hará al precio que el sultan crea propio imponer. Si el sultan aumentase ó bajase el precio del grano, se le concederá al comprador, para esportar el que haya comprado, el periodo marcado en el art. 3.º pero si el grano estuviese libre para esportarse, los derechos impuestos en él serán en conformidad con lo marcado en la tarifa.

Si el sultan de Marruecos creyese propio reducir los dere-

chos en los renglones de esportacion, S. M. tendrá el derecho de hacerlo, bajo la condicion que los súbditos británicos pagarán el mas bajo derecho que sea pagado por otros súbditos, bien estrangeros ó nativos.

Art. 8.° Si un súbdito británico ó su agente, desease conducir por mar, de un punto á otro en los dominios del sultan de Marruecos, efectos en los cuales, el derecho de diez por ciento, haya sido pagado, estos efectos no estarán sujetos á otro derecho en su embarque, con tal que vayan acompañados de un certificado del administrador de aduanas marroquí.

Art. 9.° Si algun renglon de produccion ó manufactura mora (escepto de los efectos enumerados en el art. 2.°) son comprados para esportacion, estos serán conducidos por el comerciante británico al sitio de embarque, libre de todo gasto ó derecho cualquiera; subsiguientemente cuando lo esporte, pagará solamente el derecho de esportacion segun la tarifa en el art. 7.°

. . . .

V.

Art. 10. Ningun derecho de anclage, tonelage, importacion ú otro gasto cualquiera, será exigido en los dominios del sultan de Marruecos á los buques británicos, que esceda á los que son ó puedan ser exigidos á los buques nacionales, ó á la misma clase de efectos importados ó esportados en buques nacionales; y ademas no deberán esceder en importe lo tasado á continuacion, á saber:

Seis muzunas ó blanquillos por tonelada será impuesto en todo buque británico (escepto vapores) que no esceda de doscientas toneladas de medida, sobre todo buque no siendo vapor, midiendo mas de doscientas toneladas, el siguiente pago se exigirá á saber: las doscientas toneladas á razon de seis muzunas, y las restantes á razon de dos muzunas cada una. Si el administrador de la aduana tuviese alguna duda respecto al

número de toneladas manifestadas por el capitan de un buque británico, el cónsul ó vice-cónsul británico, si se lo piden, deberá hacer que enseñe los papeles del buque en donde las toneladas estén oficialmente representadas. Los mismos gastos tendrán en todos los puertos de Marruecos, escepto en Rabat y Larache, en los cuales, cuatro muzunas por tonelada se pagará por pilotage del rio si el buque entra en él, y cuatro muzunas por la salida; tres muzunas por tonelada pagará tambien por anclage todo buque que entre en el rio, sin embargo si un buque no entrase en el rio, pagará los mismos derechos que se pagan en otros puertos. En Mogador pagarán los buques británicos cuatro muzunas por tonelada de pilotage, solamente por la entrada en el puerto, y seis muzunas por tonelada de anclage.

Si el capitan de un buque británico en cualquiera otro puerto, necesitára un piloto, pagará por él á razon de dos muzunas por tonelada; pero este gasto no se le exigirá mas que cuando el capitan del buque necesite de piloto.

La suma de diez y seis duros se le impondrá por anclage á un buque-vapor que entre en un puerto de los dominios marroquíes, con el obgeto de descargar algun cargamento. Si despues el dicho buqne prosiguiese de ese puerto á algun otro ú otros en los dominios de Marruecos, y á la llegada á estos, embarca ó desembarca algun cargamento, la mencionada suma de diez y seis duros le será otra vez impuesta; pero si el dicho vapor en su viage de retorno entrase en un puerto moro, donde los derechos de puerto hayan sido ya pagados, ningun otro gasto de anclage se le impondrá á menos que el dicho vapor parta para un segundo viage á un puerto moro, ó que durante su viage de retorno haya tocado en algun puerto, que no sea uno en los dominios marroquíes, en cuyo caso el mencionado derecho de diez y seis duros le será otra vez impuesto. El gasto de anclage de un vapor del porte de ciento y cincuenta toneladas ó menos, no será mas que lo que pague un buque de vela del mismo tamaño.

Los capitanes de buques pagarán en adicion á los dichos

gastos las siguientes sumas, á los oficiales del puerto y ningun otro pago le exigirá, á saber:

Un buque que mida veinte y cinco ó menos toneladas, veinte onzas: uno que esceda de veinte y cinco y no pase de cincuenta toneladas, cuarenta onzas, uno que no esceda de cincuenta y no pase de cien toneladas, sesenta onzas, uno que esceda de cien y no pase de doscientas, ochenta onzas; uno que esceda de doscientas toneladas, cien onzas.

En adicion á estos gastos, el capitan de todo buque británico que visite el puerto de Tetuan, pagará diez onzas por el mensagero que conducirá los papeles del buque desde el puerto de Martin á Tetuan; cinco onzas al trompetero que anuncie la llegada del buque y tres onzas al pregonero público y ningun otro pago se exigirá en el puerto de Tetuan. Ningun gasto de anclage se le impondrá á los buques británicos que entren en los puertos de Marruecos, con el propósito de buscar abrigo del mal tiempo y que no embarquen ni descarguen cargamento alguno, ni tampoco se le exigirá derecho de anclage á los barcos pescadores.

Y de la misma manera ningun derecho de anclage, tonelage, importacion ú otros gastos ó derechos, les será impuesto en los dominios británicos á los buques moros, ó á los efectos importados ó esportados en buques moros, que esceda á lo que se impone ó pueda ser impuesto á buques nacionales, ó la misma clase de efectos importados ó esportados en buques nacionales.

Art. 11. Si los súbditos británicos tuviesen que cargar ó descargar los buques llegados á los puertos de Marruecos, emplearán para este obgeto los botes del gobierno moro; pero si en el término de dos dias despues de la llegada del buque, los botes del gobierno moro no estén puestos á su disposicion para dicho obgeto, los súbditos británicos tendrán el derecho de emplear botes particulares, y en ese caso no pagarán á las autoridades del puerto mas que la mitad de lo que hubieran pagado si hubiesen empleado los botes del gobierno. Este reglamento no será aplicable á los puertos de Tanger y Tetuan

por la razon que en estos puertos hay un suficiente número de barcazas del gobierno. Los gastos de barcaza que al presente se pagan en los diferentes puertos de Marruecos, no serán aumentados, y el administrador de aduanas de cada puerto de Marruecos, entregará al vice-cónsul británico una tarifa de los precios que ahora exigen por las barcazas.

Art. 12. Los artículos de este convenio serán apl cables á todos los puertos del imperio de Marruecos y si S. M. el Sultan de Marruecos abriese los puertos de Mehedea, Agadir ó Vadum, ó algunos otros dentro de los límites de los dominios de S. M. ninguna diferencia se hará en el impuesto de derecho ó anclage entre dichos puertos y los otros puertos de los dos minios del Sultan.

Art. 13. Si un súbdito británico fuese descubierto introduciendo en contrabando efectos de cualquier clase en los territorios marroquíes, estos efectos serán confiscados parael sultan, y el tal súbdito británico, siendo convicto ante el cónsul general, cónsul, vice-cónsul ó agente consular británico, estará sujeto á ser multado en una suma que no esceda del triple de los derechos impuestos en tales efectos, ó en caso que nó sean admitidos á importacion, se multará en triple el valor de los renglones al precio corriente del dia y faltando al pago de estas multas, el dicho súbdito británico, siendo convicto como va dicho, sin ser multado puede ser encarcelado, pero en ambos casos, el tiempo de prision no pasará de un año, y el sitio será donde determine el cónsul general, cónsul, vice-cónsul, ó agente consular británico.

Art. 14. Con el fin de que las dos altas partes contratantes pueden tener mas adelante la oportunidad de tratar y convenir algunos otros arreglos, que puedan conducir aun mas el aumento de su mutuo comercio, y al progreso de los intereses de sus respectivos súbditos queda convenido que en cualquier tiempo, despues de haberse cumplido cinco años de la fecha de haberse cangeado las ratificaciones de este presente convenio de comercio y navegacion, cualquiera de las altas partes contratantes, tendrán el derecho de pedir á la otra, de entrar

en una revision de la misma, pero hasta tanto que se haya efectuado la tal revision por consentimiento nuestro y un nuevo convenio haya sido concluido y ratificado, el presente convenio quedará en plena fuerza y efecto.

Art. 15. El presente convenio será ratificado por S. M. la Reina de la Gran Bretaña y por S. M. el sultan de Marruecos, y las ratificaciones serán cangeadas en Tánger al mismo tiempo que las ratificaciones del tratado general, firmado hoy entre las altas partes contratantes.

Cuando las ratificaciones del presente convenio y del dicho tratado general hayan sido cangeadas las, estipulaciones del dicho tratado y convenio, entrarán en operacion dentro de tres meses, y serán sustituidas por las estipulaciones de todos los anteriores tratados entre la Gran Bretaña y Marruecos.

En testimonio de lo cual, los respectivos plenipotenciarios han firmado el presente tratado y fijado á él sus respectivos sellos.

Hecho en Tanger el noveno dia de diciembre de mil ochocientos cincuenta y seis, correspondiendo á la fecha mora del décimo dia del mes de Rabbea 2do en el año 1273.

VI.

El general en gefe visto el mal resultado que habian tenido las negociaciones de la paz, se decidio por continuar hacia adelante su marcha triunfadora.

Era menester herir á los marroquies en los dos elementos mas poderosos de su imperio.

Es decir, en los dos puntos que para ellos reasumian su poder comercial y militar.

Estos dos puntos eran Tetuan y Tanger.

El primero ya se habia conseguido, ya formaba por decirlo así, uno de los mas preciados y ricos brillantes de la corona de España.

El segundo era el que faltaba conseguir.

Esto fué lo que se trató de hacer, y para esto se dieron las órdenes oportunas.

El general O'Donell cuya prevision y tino especial hemos tenido ocasion de admirar mas de una vez, no la desmintió en este caso.

Como que para efectuar este movimiento, necesariamente habian de separarse de la costa, la escuadra no podia protegerles como hasta entonces lo habia hecho, llevando provisiones y conduciendo heridos.

El egército debia llevar ya consigo todo lo necesario, y todo lo que era consiguiente para todos los percances que pudieran ocurrir si en el camiuo se empeñaba alguna accion.

Para este efecto habian salido comisionados para Oran como digimos anteriormente, con el objeto de comprar camellos.

Al mismo tiempo se hacian grandes acopios de víveres y municiones en Tetuan, para abastecer al egército durante algunos dias.

Y al par, se comunicaba la órden al general Echagüe de que dejando solo en el Serrallo algunos batallones, viniera á incorporarse con el grueso de las fuerzas espedicionarias.

Con general entusiasmo, se recibió en el campamento del serrallo semejante noticia.

La division alli acampada llevaba ya largos dias de inaccion, y para aquellos valientes, la calma, no era lo mas apetecible.

Sin embargo, en medio de esta alegria, habia un sentimiento.

No podia marchar toda la division.

Seis batallones tenian que quedarse para guardar los reductos, y los que marchaban sentian separarse de sus compañeros, asi como estos sentian no poder tener la suerte de los otros.

El general Gaset, fué el destinado para permanecer al frente de aquellos seis batallones.

Nuestros amigos Andres y Miguel, y el conde de Campo Florido, fueron de los que mas se alegraron.

Luis pensaba reunirse con su amigo Alberto.

Miguel preveia que quizá en cualquiera de las acciones que se diesen podia encontrar una bala que le llevase al otro mundo.

Y Andres, no pensaba mas, sino que se le presentaba una nueva ocasion en que demostrar su valor, y castigar á los marroquíes.

Y todos tres como el resto de la division se encontraban animados de los mejores deseos, y dispuestos ha hacer huir despavoridos á los fanáticos sectarios del Islam.

El dia cuatro de Marzo era el destinado para la partida.

Toda la noche anterior se habian estado despidiendo los unos de los otros.

Despedidas tiernas y conmovedoras casi todas ellas, pues en el tiempo que habian llevado de campaña, se cimentaron amistades muy profundas, como son generalmente aquellas en las que entra por mucho la gratitud.

Muchos de los que marchaban habian salvado la vida á sus compañeros en algunos combates, y vice-versa, algunos de los que se quedaban habian salvado á los que se iban.

Pero todo aquello quedó sepultado en el silencio y la oscuridad de la noche, y cuando las tropas formaban para ponerse en marcha, ya no se advertia en aquellos rostros marciales el menor síntoma de debilidad.

Tambien el general Echagüe sintió el separarse de aquellos bravos que tantas veces habia conducido á la victoria. La alocucion que dirigió á estos al separarse para penetrar otra vez en su senda de gloria, es una prueba de ello.

Nuestros lectores no creemos que verán con disgusto la citada alocucion, que á continuacion insertamos, y que dice así:

SOLDADOS:

»Cumpliendo con las órdenes del Excmo. Sr. General en gefe de este egército, salgo mañana para Tetuan con ocho batallones, la caballería y la artillería de montaña del cuerpo de mi mando.

»Al separarme de las tropas que lo componen, llevo con-

migo el sentimiento de que no me acompañen en las nuevas operaciones que van á emprenderse; pero abrigo la conviccion de que en este punto donde quedan, sabrán mantenerse en la altura en que se encuentra el crédito y la reputacion tan justamente adquirida en doce gloriosos combates.

»Voy en esta íntima conviccion, tanto por el valor y disciplina con que os habeis conducido, como por las seguridades de acierto é inteligencia en el mando que ofrece el digno general Gasset, que queda mandando esta línea.

»Continuad, soldados, mostrándoos como hasta aquí dignos de defender los derechos y la honra de la nacion española, que os admira y os tiene por sus hijos mas predilectos, y dejareis así satisfechas sus esperanzas, las de S. M. la Reina y los deseos de vuestro general.—Echagüe.»

Momentos despues de formadas las tropas y dadas las órdenes necesarias, se dió la órden de partida, y los ocho batallones con la artillería y la caballería, se pusieron en marcha hácia Tetuan. Algunos vivas hubo por unos y otros, y todos ahogando los sentimientos, hijos de sus afecciones particulares, hicieron nuevos votos, los que marchaban por conseguir nuevos laureles, y los que se qüedaron porque sus compañeros volvieran sanos y llenos de gloria.

CAPITULO XXXVII.

En que procuramos sacar á nuestros lectores de una ansiedad.—Ataque de las tribus riffeñas á la plaza de Melilla.—Consideraciones sobre el estado actual de los marroquíes.—Accion del dia 11 de Marzo.—Vuelven á pedir nuevas treguas los enemigos.

I.

Desearan nuestros lectores saber indudablemente el como Zobeita se habia presentado tan inopinadamente y el resultado de aquella entrevista tan bruscamente interrumpida.

Creemos que no se habrá olvidado que el padre de Zobeiba, Kabo de la tribu de Raahc-el-Seric, habia muerto en uno de los combates habidos con nuestras tropas.

Toda la tribu se habia desordenado y su hija participó tambien de la emigracion general.

El judio Isaac, como vecino y vecino rico del pueblo, conocia al kabo y á su familia.

Zobeiba y Ester habian sido amigas en otro tiempo y contra el desprecio de que generalmente eran objeto los judios, Mahomet habia siempre buscado el trato y la amistad de Isaac.

Y aun hubiérase dicho que á veces el anciano hebreo egercia un ascendiente especial sobre el iracundo kabo de la tribu de Raahc-el-Seric.

Hay entre casi todos los personajes que juegan en nuestra novela un misterio tal, que nosotros no acertamos á comprender y sobre el que únicamente podrán darnos alguna luz aquellas memorias que Alberto dejó en poder de Clara la hija de los marqueses de Belmonte.

En el transcurso de nuestra obra á fuer de novelistas procuraremos descubrir el contenido de aquellas memorias para participárselo á nuestros lectores, hasta entonces, no podemos hacer mas que dejar seguir los acontecimientos, y quizá estos nos den alguna luz sobre los misterios que á cada paso se presentan á nuestra vista.

Zobeiba como hemos dicho ya conocia á Isaac y á Ester.

Obligada á abandonar su pueblo marchó á Tetuan acompañada de Jafar aquel antiguo esclavo confidente en otro tiempo de sus amores con Cárlos.

Y pasaron los dias y Zobeiba siguiendo las costumbres de su pueblo salia muy raras veces de la casa de un pariente donde se habia refugiado.

Sin embargo llegó el 6 de Febrero y las huestes españolas penetraron en la poblacion.

Un vago presentimiento anunciaba á la hija de Mohamet que Cárlos existia.

Aquel presentimiento tomó tal fuerza en su imaginacion que olvidando las preocupaciones de su raza, se lanzó á buscarlo y durante muchos dias, disfrazada, recorrió casi todos los puestos militares de la poblacion.

Franqueó las puertas y reconoció los campamentos y no podia encontrar á Cárlos.

Y aquel pensamiento de que existia y de que existia amando á otra muger cada vez era mas grande mas violento.

Y tras un dia de desengaños volvia á emprender al siguiente con nueva fé sus pesquisas.

Por fin una mañana se encontró á Isaac.

Al verle un rayo de luz iluminó su mente.

Cárlos habia sido herido por ella en otro tiempo á la puerta misma de la casa del hebreo.

Este pues debia saber su paradero si existia.

Dirigióse á él y se dió á conocer.

Deseó volver ayer á Ester y el hebreo tambien fué complaciente en este punto.

Por otra parte él habia ignorado siempre que el vulto encubierto que hirió á Cárlos en la puerta de su casa habia sido Zobeiba.

Esta pues acompañada de Jafar y precedida de Isaac llegó á su morada.

El judio la indicó la habitacion de Ester y la jóven se dirigió hácia ella.

Nuestros lectores saben ya en que situacion abrió la puerta de la estancia.

A las dos esclamaciones de sorpresa que exhalaron ambos amantes al reconocerla, la mora arrojó una carcajada insensata.

La vista de Cárlos, de aquel Cárlos á quien ella habia creido muerto la hubiera colmado de una alegria infinita.

Pero verlo vivo y haciendo protestas de amor á otra mujer, la habia trastornado completamente.

Crispadas las manos, contraidos los lábios y dilatados sus ojos estraordinariamente fijaba una mirada vidriosa, intensa y asombrada, sobre aquel grupo que habia turbado completamente su espíritu.

A su carcajada primera se siguió otra y otra y otra y aquella risa convulsiva estridente aterradora tenia mudos y llenos de espanto á nuestros dos amantes.

Y sobre la cabeza de Zobeiba se destacaba otra cabeza, informe, monstruosa que fijaba unos ojos de fuego sobre Cárlos y Ester.

Y las carcajadas de Zobeiba continuaban acompañadas de estremecimientos nerviosos.

La huerfana de Mohamet se habia vuelto loca.

Y poco á poco sus risas fueron disminuyendo su fuerza y su duracion.

Y aquella cabeza diforme que sobre la suya se alzaba sonreia tambien.

Del fondo negro de su rostro se destacaban dos ojos brillantes y una boca cuyos blancos dientes se descubrian al entreabrirse sus labios por medio de una sonrisa, sonrisa muda, pero satánica, estremecedora.

Por fin Zobeiba empezó á sucumbir, sus fuerzas se habian aniquilado y tras una carcajada que fué progresivamente disminuyendo su vibracion inclinó la cabeza hacia atrás y hubiera caido al suelo, si los robustos brazos del esclavo no la hubieran sostenido tan á tiempo.

Jafar estaba á su espalda y de Jafar era aquella cabeza monstruosa cuya boca sonreia cruelmente y cuyos ojos lanzaban miradas que espresaban una satisfaccion mas cruel todavía.

La cogió con sus nervudos brazos y antes de que nadie pudiera oponerse, sin que ninguno de los dos sospechara lo que iba á hacer, tras una carcajada de triunfo, desapareció por la escalera.

Aun resonaban los gritos de triunfo por la brillante accion del dia cuatro, cuyo resultado fué la ocupacion de la plaza de Tetuan por nuestro egército, cuando una noticia triste, vino á empañar en cierto modo el brillo de aquella accion.

La noticia á que nos referimos fué el ataque de las kabilas de Benicedel á la importante plaza de Melilla.

Las tropas encargadas de la defensa de esta ciudad, estaban al mando del brigadier Buceta, gobernador de la plaza, y cuyo nombre á decir verdad inspiraba temor en todas las cercanías marroquís, por las duras lecciones que en épocas anteriores habia dado á los enemigos de las armas españolas.

Sus disposiciones en esta ocasion ó no fueron tan acertadas ó no produjeron el resultado apetecido.

No seremos nosotros los que nos atrevamos á calificar la conducta de Buceta.

Pendiente, si no estamos equivocados, se halla una sumaria sobre este asunto, y cuando, los ilustrados jueces que de ella entienden pronuncien su fallo, entonces sabremos si hubo ó no culpabilidad en el Gobernador.

Hasta tanto dejando á un lado esta cuestion seguiremos en nuestro propósito de referir á nuestros lectores brevemente el ataque á dicha plaza.

El dia 6 de Febrero, el mismo dia en que nuestras tropas entraban triunfantes en Tetuan tuvo noticia el brigadier Buceta de que las kabilas de Benicedel que desde el dia anterior guardaban las posiciones enemigas, acababan de colocar un cañon en la tronera de la bateria de la Horca.

A tal noticia, y pensando si el enemigo se prepararia á hostilizarnos, reunió á todos los gefes y oficiales de la guarnicion y convinó una salida al campo enemigo.

Esta salida tuvo lugar al dia siguiente.

Una fuerza de unos 600 hombres se posesionó sin resistencia del fuerte conocido con el nombre de «Ataque seco» y de otros dos mas.

Dejáronse en ellos algunos refuerzos y la columna siguió su desembarazada marcha hasta las alturas de la Horca, desde cuyo punto, y no juzgando conveniente, internarse mas dentro, se retiraron sin que en toda la jornada hubiese esperimentado la menor pérdida.

La posesion permanente por nuestra parte del fuerte Ataque seco habia sido muy importante para la plaza.

De ello persuadido su gobernador dispuso que en el siguiente dia se fortificase, mejor para lo cual se procedió á la construccion de nuevos parapetos.

Procedióse á llevar á cabo esta órden, pero el enemigo no permaneció en la misma actitud tranquila que el dia anterior.

Lejos de eso, su número habia aumentado considerablemente, pues sus filas habian sido engrosadas con las fuerzas de los pueblos inmediatos.

Componian ya un número respetable, y con el que se debia andar con algun cuidado.

No obstante se contentaron con hostilizar de lejos á las tropas destinadas á proteger los trabajos de fortificacion, los cuales continuaron los dias ocho y nueve, sin que produjeran en ellas grandes pérdidas.

Pero ya bien entrada la noche del último dia que hemos citado y cuando nuestras tropas descansaban de sus tareas, cayeron en número muy considerable sobre ellas y se apoderaron de las posiciones y fortificaciones construidas.

Cuatro oficiales y cuarenta soldados muertos y unos ciento treinta de ambas clases heridos, atestiguan que las posiciones fueron heroicamente defendidas.

Cuantos esfuerzos en la misma noche se hicieron para reconquístar lo perdido, fueron completamente inútiles, las posiciones eran fuertes y el número de soldados con que para conseguir el objeto se contaba, escasísimo.

Con todo, portáronse con bizarría y denuedo toda vez que en tan corto número lograron impedir que los moros se apoderasen de la ciudad, que estuvo á punto de caer en su poder.

¿Quién prestaria á los riffeños la audacia con que atacaron en esta ocasion tanto mas de notarse, cuanto que estaban como en un capítulo anterior hemos indicado, vencidos moralmente, ademas de haberlo sido veinte veces consecutivas en el campo de batalla?

El buen órden con que se batieron, la prudencia que demostraron, y el sigilo en que se mantuvieron tan contrario á su arraiga la costumbre de manifestar su contento con gritos y algarabia salvages, prueban en esta ocasion, ó algo estraordinario les sucedía, ó que eran dirigidos y obedecian á una inteligencia superior á la mas previlegiada de entre los suyos.

En el discurso de nuestra narracion procuraremos descubrir á nuestros lectores este misterio, contentandonos ahora solo con apuntar los hechos sin comentarios.

II.

La campaña de Africa debia necesariamente entrar en el segundo periodo, despues de la negacion de los moros á las condiciones de paz impuestas por la España.

Hay razas, hay dinastías, hay hombres mejor dicho, que llevan sobre si un sello de fatalidad que imprimen á todas las acciones que empeñan en su vida.

Sidi-Mohamet el sucesor de Muley-Adderraman era uno de estos hombres.

Los reinos son como las flores, tienen sus dias de ascencension y sus dias de decadencia.

Brillan las flores dos ó tres dias, reinan en la pradera cual señoras, y al cabo de ellos se marchitan apesar de los impotentes esfuerzos que hacen para conservar su dominio y su señorío.

Si repasamos la historia de todas las naciones del mundo, encontraremos la verdad de esta comparacion.

Las naciones tienen su aurora, su cenit y su ocaso, y generalmente el ocaso de estas suele ser terrible.

El último y de una nacion es generalmente triste y desgarrador.

Como las rosas hacen impotentes esfuerzos para conservar su nacionalidad é independencia, su soberania y su poder.

Pero ¡ay! la vida de las flores tiene marcado su término por la naturaleza, y los destinos de las naciones lo tienen en la mente de Dios.

Marruecos, el reino de aquellos califas opulentos, el pais dominado por la raza de los Merinidas, aquella nacio subyugada y engrandecida por los Muleys, debia caer caduca y envegecida bajo el dominio débil é indolente de Sidi-Moa hamet.

Su advenimiento al trono fué el principio de la ruina del mp erio.

Muley-Ysmail, Muza y otros habian elevado á Marruecos á una altnra inmensa.

Muley-Adderraman y su hijo habian de conducirlo hácia su ocaso.

Cuando era simple príncipe y general de las tropas de su padre, perdió la batalla de Ysly y vió á las águilas francesas estampar por do quiera su potente garra, cerniéndose en el espacio, reinas de toda la Argelia.

Emperador ya, las luchas civiles y las ambiciones han gastado sus tesoros y han desmembrado sus reinos, haciendo que muchas kabilas se declaren independientes.

Mas tarde instigado por otra nacion que á su vez le ha engañado, se ha metido en una guerra en que ha perdido terrenos, hombres, y en que ha visto el leon de España, alzar como al águila francesa su cabeza erguida y coger entre sus garras uno de los fllorones mas preciados de su imperio, Tetuan.

La perla de Guad-el-Jelú se ha desmembrado de sn imperio como Argel lo fué en años anteriores.

Cuantos combates han presentado, otros tantos han perdido.

Y en ese ocaso, en ese estertor agonizante por decirlo así, han hecho y hacen esfuerzos impotentes por recobrar esa ciudad que no han sabido y que no han podido defender.

El ataque de Melilla es una prueba de esto.

La accion del dia once es la continua accion.

Y la defensa del Fondahc para la cual se aprestan con tanto ardor, será el último suspiro de un pueblo que muere, al cual se seguirá inmediatamente el grito de alegría de un pueblo que nace.

Dios pesa en la balanza de la justicia los destinos de las naciones.

El fiel de esta balanza se ha inclinado por fin en nuestro favor.

La España del siglo diez y nueve, no será la España de hierro del siglo quince, será la España civilizadora, que al im-

poner sus leyes, impondrá sus adelantos, que son la prosperidad y la vida de todas las naciones.

III.

Un interregno de mas de un mes habia reinado entre el cuatro de febrero y el once de marzo.

Y á consecuencia del primer dia, los moros habian caido en un desaliento profundo.

La consecuencia de aquel fueron sus deseos hacia la paz.

Pero á los *buenos amigos* de los marroquíes les parecieron demasiadas nuestras exigencias é incitaron á aquellos á que no nos concedieran lo que pediamos.

Las bravas kabilas del Riff quisieron trocar Tetuan por Melilla y sin entrometernos nosotros en detalles, sin analizar la conducta del brigadier Buceta, diremos que si bien estubieron á punto de conseguirlo, el resultado no correspondió á sus deseos, ni á las probabilidades que tuvieron.

Sin embargo sus *desinteresados protectores* sus *fieles amigos* les aconsejaron que hicieran una tentativa sobre Tetuan y aquellas tribus indomables, aquellas kabilas feroces é insubordinadas se presentaron con suma arrogancia en la mañana del once de marzo.

El cristianiímo, esa antorcha purísima de la civilizacion, estaba en aquel momento, celebrando uno de sus ritos, en la «Vírgen de las victorias!» en esa iglesia nacida por decirlo asi del Islamismo, en aquel templo consagrado á Dios y donde momentos antes resonaban los ecos de los musulmanes recitando los *rikates* del Coran, se estaba diciendo Misa, era Domingo.

Las tropas habian acudido y ofrecian aquel homenaje al Dios que las habia concedido la victoria en tantas batallas y por el que habian regado aquella tierra con su sangre.

El General en Jefe, con su estado mayor oia tambien la Misa.

Accion del 11 de Marzo.

De pronto como para hacer aquel homenage mas ferviente, vino á unirse á las plegarias que se exhalaban de todos aquellos labios, el ruido sordo y prolongado del cañon.

El segundo acto del sangriento drama que habia empezado á representarse ante los muros de Ceuta, acababa de inaugurarse en la llanura del camino de Tanger.

El cuerpo del general Echagüe fué el que empezó la campaña del Serrallo; al cuerpo del general Echagüe cabia la gloria de empezar la segunda parte.

Un grupo considerable de ginetes, se habia presentado en el camino que conduce á Tanger.

El cañon tronó y el grupo detuvo su marcha.

El duque de Tetuan recibió la noticia y concluida la Misa se personó en el punto del ataque.

Su mirada de aguila abarcó el espacio y con su perspicacia, graduó las fuerzas del enemigo, comprendió los sitios por donde debia atacar, é inmediatamente formó su plan de defensa é inmediatamente el de ataque á su vez.

Sin embargo dudando todavía de si las huestes musulmanas se decidirian por empeñar un ataque formal, ó solamente por hacer un alarde de su fuerza, dispuso muy oportunamente reforzar los puestos avanzados y observar los movimientos del enemigo.

Estos estaban aun á larga distancia de nuestras tropas.

Seria cosa de la una cuando sus movimientos se hicieron mas perceptibles.

Destacándose de la masa comun que formaban, tres cuerpos, se dirigieron el uno hacia el frente de nuestro egército, hacia el Guad-el-Jelú el otro y el último á tomar las alturas que dominan el pueblo de Samsa.

Visto este movimiento por el General en Jefe dispuso que estubieran preparados para la defensiva los batallones restantes del primer cuerpo y que avanzase el segundo apoyado por la caballeria y algunas baterias.

Al mismo tiempo recibian la órden todo lo restante del egército de estar prevenido para lo que pudiera suceder.

El enemigo entretanto abanzaba cautelosamente.

Muchas de las tropas que en este dia entraron en accion por parte de los marroquíes pertenecian á las kabilas riffeñas que guarnecidas en sus rocas tienen por compañeros inseparables á los leones, á los tigres y á los chacales.

De aquellos tienen la indómita arrogancia, de estos la astucia.

Como consecuencia de esta se lanzaron protegidos por el terreno, atravesando el rio y cayendo con furioso empuge sobre la izquierda de nuestro egército.

Los vencedores de Anghera, aquellos mismos soldados que se habian cubierto de gloria en ocasiones tan repetidas, fueron tambien los que en esta resistieron la pujanza marroquí.

Los cazadores de Abuera cargándoles denodadamente, los obligaron á repasar el rio.

Es verdad que esta brillante carga cortó la pérdida del comandante que desapareció.

Pero ¡ay! la patria necesita para sus sacrificios espiatorios víctimas, y estos mártires trazan la huella sangrienta porque deben de seguirles sus compañeros, incitándoles con su egemplo y pidiendo junto al trono de Dios la victoria por la cual ellos se han sacrificado.

Hasta este momento la lucha empeñada entre vencedores y vencidos, entre los antiguos dueños de Tetuan y los nuevos poseedores, habia sido parcial.

Los soldados del frente y los que se hab.an colocado en las alturas del gamsa, no habian hasta ahora tomado parte en el ataque.

Habian permanecido espectadores silenciosos de la derrota que sus hermanos sufrian á su izquierda.

Por ganar acaso el terreno perdido ó por dar nuevo aspecto á la accion, se precipitaron los del centro con inusitado vigor sobre los nuestros.

El general O'donnell, con esa prevision que en toda la campaña no la ha abandonado un momento, habia previsto el golpe y habia dado las órdenes mas oportunas para rechazarlo.

Dos baterías de artillería rompieron el fuego luego que estubieron á tiro.

Nuestros artilleros con esa certeza y seguridad que los colocan entre los primeros artilleros del mundo, hicieron bien pronto que el movimiento de avance de los marroquíes, se convirtiese en el mas espantoso desórden y precipitada fuga.

Ya no faltaba para que nuestra victoria fuese cempleta, mas que desalojar de las alturas del Samsa á los que la ocupaban.

Este era indudablemente el paso mas arriesgado y penoso que faltaba á nuestro egercito para completar la victoria.

La subida á las cimas de Sibel-el-Dersa era en estremo difícil.

A ellas se fueron agrupando y en ellas fueron tomando posiciones las fuerzas marroquíes que tan mal habian defendido el centro y la izquierda que ocupaban.

Al general Prim, conde de Reus, cupo la honra de ser encargado por el general en gefe, de desalojar al enemigo de aquella parte.

La egecucion correspondió con los deseos del general.

El conde de Reus, con aquella intrepidez que le caracteriza y aquel arrojo que tantas veces ha demostrado, tomó las posiciones que se le habian indicado, arrojando de ellas la numerosa fuerza enemiga que los sostenia.

En tan atrevida empresa fué ayudado por una batería de artillería que puso en completa dispersion á la caballería mora.

El general Rios por otra parte trepó con cuatro batallones de su mando, y limpió el terreno de enemigos.

Perdidas por este todas las posiciones que ocupára, se retiró á los altos montes de Gualdrás.

No fueron hasta ellos seguidos por que la noche se habia echado encima y su oscuridad impedia á los nuestros seguirles por tan inaccesibles alturas.

Inaugurada tan felizmente la segunda época de la gloriosa campaña de Africa, de esperar es que como la primera sea coronada con la toma de la plaza de Tanger, sobre la cual nuestro egército se prepara á marchar.

Por poco pensadores que supongamos á los marroquíes, y por muy olvidadizos que sean, han debido de la derrota del dia once deducir dos importantes consecuencias.

Primera. Que contando con los mismos elementos de defensa y ataque que en el primer periodo, el resultado del segundo, ha de serles tan funesto como les fué el del anterior.

Segunda. Que por lo mismo, las condiciones de la nueva paz que necesariamente habian de volver á solicitar, tendrian que serles mas gravosas, puesto que habrian de guardar relacion con los mayores sacrificios hechos por parte de España.

Estas consideraciones que á la vista saltan, debieron ocurrirse tambien á Muley-Abbás en el momento mismo en que vió la derrota de las famosas kabilas en quienes tenia toda su confianza.

Y efectivamente Muley-Abbás pensó como dejamos dicho.

Verdad es que tenia como la primera vez que luchar con las contrarias ideas de que abundaban algunos de sus principales gefes instigados y dirigidos por influencias estrañas.

No obstante, firme en su propósito porque para él era indudable el éxito de los futuros combates, escribió al conde de Lucena una carta, que le remitió con su segundo y con el general de la caballería.

Ignoramos el contenido de este documento que fué entregado al conde de Lucena por los emisarios del príncipe.

Aquellos, que ya en esa ocasion se presentaron en nuestro campamento por las condiciones de la paz, vinieron ahora súbitamente, sin que de su comision se trasluciese mas que lo que llevamos indicado.

Cumplida ya, visitaron al general Prim, quien los recibió con las mismas consideraciones y deferencias que en la primera vez, quedando admirados de su valor y caballerosidad.

Tambien manifestaron deseos de conocer al general Echagüe, á quien no conocian por hallarse ausente, cuando dias antes se presentaron en nuestro campamento, y fueron conducidos á su tienda en la que permanecieron breves momentos.

Inútil es manifestar que fueron dignamente recibidos.

Tanto nuestros generales como los soldados que mandan, son modelos de aquella antigua hidalguía castellana que les hace ser valientes y esforzados en el combate, y corteses y generosos con el enemigo vencido.

CAPITULO XXXVIII.

Zobeiba trata de vengarse.—El Riff.—Costumbres de los riffeños.—Reunion al aire libre.—Estraña aparicion y sus resultados.

I.

Hace veinte y cuatro horas que Zobeiba ha visto á Cárlos al lado de Ester.

Jafar arrebató entre sus robustos brazos á la hija del difunto Kabo de Raass el-Seric, y ambos desaparecieron.

El negro cabalgó en un corcel, hijo del desierto, y momentos despues, el ligero bruto salvaba los estribos de sierra Bermeja, y se perdió entre las escabrosidades de la montaña.

Negro como la noche el caballo, y negro el ginete, solo se destacaba de aquella masa oscura, el blanquecino bornuz de Zobeiba.

Tenia aquel grupo algo de fantástico.

La jóven arrojaba de tiempo en tiempo una carcajada histérica, estridente y aterradora.

Y los ecos se repetian de montaña en montaña, de caverna en caverna, y á este rumor se unia el galopar sostenido del caballo que conducia tan estraña pareja.

La noche habia cerrado completamente.

Los apiñados nubarrones anunciaban que pronto, muy pronto, arrojarian de su seno torrentes de agua.

Y el caballo siguió corriendo.

Jafar, inclinaba de vez en cuando su boca hasta la oreja de su cabalgadura, y pronunciaba algunas palabras en un idioma desconocido, á cuyo eco redoblaba el corcel su desesperada carrera.

Y loma, tras loma, y bosque tras bosque, y tras este llanuras, atravesaban con la rapidez del torbellino.

Y Zobeiba, desprendida la toca de su cabeza, dejaba flotar al viento las finas hebras de su negra cabellera.

Sus ojos brillaban con un fuego sombrío.

Vagaban sin obgeto sus miradas, y ora al cielo, ora á las montañas, ora al esclavo, contemplaban sus encendidas pupilas.

Y no decia una palabra.

Habia concentrado por decirlo así, toda su voz, todas sus palabras en sus ojos.

Jafar tambien la contemplaba de una manera particular.

Tan ardientes sus pupilas como las de la mora, se fijaban en su rostro de una manera ávida e intensa.

Y en aquella mirada se leian cien afectos diferentes.

Habia cariño, deseo, orgullo, cólera, celos y satisfaccion.

Pero era la satisfaccion cruel de la venganza.

Y cada vez corria mas el caballo.

Y cada vez estrechaba con mas furia á la jóven entre sus brazos.

Y la agitacion de la carrera, y el estado de escitacion en que se encontraba, hacian palpitar con fuerza el corazon de Zobeiba.

Aquellos latidos eran demasiado perceptibles, é iba demasiado unida al negro, para que éste no los advirtiera.

Y la agitacion de él, solo era comparable á la de ella.

Gruesas gotas de agua azotaban el rostro de los viageros.

De pronto el paisage se hizo mas agreste, mas bravio.

De un lado se hundia un precipicio horrible.

De otro se alzaban los elevados picos de altísimas montañas.

Al otro lado del precipicio se veian otras sierras.

Y por el frente, rocas sobre rocas presentaban moles inmensas de granito.

Y entre las vertientes de los montes, besando sus faldas, bosques de encina y espesas cañadas.

Una senda estrecha y tortuosa abierta entre los ásperos breñales, conducia tal vez á la cima de la montaña.

Ginetes y caballos estaban fatigados estraordinariamente.

Y allí no podia Jafar, animar á su corcel, pues un paso mal dado podia costarle la muerte.

De pronto una carcajada de Zobeiba retumbó por el espacio.

Una manga de aire agitó los bosques y los cañaverales, y aquel rumor sordo de las hojas, se unió á la bibracion de la carcajada de la jóven.

El caballo tropezó contra una peña, y durante un segundo, la vida de los cabalgadores estubo en un peligro inminente.

Un juramento horrible se escapó de los labios del esclavo.

Y como para servir de complemento á aquellos mil ruidos estraños, una cinta de fuego se estendió por encima de las negras nubes, y un trueno prolongado y fuerte, retumbó por las sierras, y se repitió á lo lejos por las llanuras.

Aquel panorama sombrío tenia mucho de magnífico, y mucho de aterrador.

Habian penetrado en la parte montañosa del Riff.

A la rápida claridad del relámpago, se habia podido distinguir sobre la cima de la sierra una casa.

Zobeiba de nada de esto se habia apercibido.

De pronto los cascos del corcel se asentaron sobre la meseta del monte, y á los pocos pasos se veia la casa, que era sin duda una especie de posada donde hacian alto los viage-

ros, fatigados de la empinada cuesta, que hasta la cúspide de la sierra conducia.

Eran las últimas horas de la noche.

Por una especie de saetera que servia de ventana á la casa, se percibia alguna claridad.

Bajo un cobertizo que al lado de la puerta se hallaba, habia dos caballos ensillados.

Jafar se dirigió á la puerta, y llamó.

Una voz masculina contestó con un acento un tanto acre á aquel llamamiento.

Entonces Jafar sacó de debajo de su alquicel un cuerno, lo llevó á sus labios, y un sonido débil y prolongado se exaló de él.

Inmediatamente se notó un movimiento estraordinario en toda la casa.

Se percibieron distintamente las pisadas de algunas personas, y las luces que se divisaban por entre las rendijas de la puerta, demostraban que alguien se acercaba á ella.

Efectivamente, aquella se abrió y tres hombres aparecieron bajo el arco que la formaba.

Jafar habia bajado del caballo á Zobeiba y seguia sosteniéndola en sus brazos.

Uno de los tres que habian aparecido en la puerta, llevaba una tea con la que alumbraba tanto á sus acompañantes como á los recien llegados.

Al ver Jafar á los otros dos personages, se daguerreotipó la sorpresa y el espanto en su rostro, y cogiendo otra vez á la mora, esclamó:

—Ebu-Kaleb!....

Y dirigiéndose al cobertizo, cortó con su gumia, la cuerda que sujetaba uno de sus caballos, cabalgó sobre él sin soltar á Zobeiba, y espoleándole furiosamente, se dirigió en direccion opuesta á la que habia traido.

El personage que tan estraña impresion habia hecho en el negro, lo reconoció tambien, y al ver lo que hacia, se dirigió á su compañero, y le dijo:

—Pronto, Mijab-Alí, que se nos escapa otra vez ese perro esclavo.

Y sin cuidarse de si su compañero le seguia ó no, subió al otro caballo, y tomó la misma direccion que Jafar llevaba.

II

Estamos en el Riff en la parte que se estiende al frente de Melilla.

Dos montañas dejan un claro suficiente para que á su pie corra un arroyo que en determinadas estaciones al recibir las aguas de las sierras, se trasforma en rio.

Las dos márgenes que son las faldas de las dos montañas, dejan crecer espesos cañaverales que siguen á gran distancia el curso del arroyo.

A la derecha de las montañas casi á la entrada de la llanura, hay un espeso bosque de encinas datileras y palmeras enanas en cuyo centro hay una especie de plazoleta circuida por asientos de madera toscamente trabajados.

A lo lejos se ven llanos donde el maiz, el alcuzcuz y el trigo crecen en abundancia.

Y cortando á trechos estos llanos, y cerrándolos finalmente, se ven altas moles de granito pico agudo de elevadas sierras, y sobre la cúspide de estas ó en la falda de aquellas aldeas cuyos nombres se ignoran, aduares cuya denominacion se desconoce, y arroyos, y rios y campos y breñales cuya nomenclatura nadie ha podido averiguar.

En esas chozas, en esas casas, en esas tiendas elevadas en las riberas de los rios ó en los senos de los montes habita un pueblo feroz como las fieras que abundan en su terreno salvage, como su naturaleza, é ignorante hasta el embrutecimiento.

Son los Riffeños:

Kabilas completamente independientes como ya hemos di-

cho en otro lugar, no reconocen mas autoridad que la de sus Kabos, y solo á ellos respetan.

La autoridad del sultan es completamente desconocida y rara vez los *vokaris* del emperador vienen á cobrar la *garrama* ó contribucion, sin que tengan que andar á tiros con aquellas ordas feroces é incivilizadas.

Este es el pueblo en que vamos á penetrar.

Antes de seguir adelante, vamos á dar á nuestros lectores algunas noticias respecto á la Kabilas del Riff, noticias que copiamos de las memorias del Sr. Alvarez, quien por desgracia tuvo ocasion de conocerlas muy de cerca.

III.

De las cinco Kabilas que forman el campo de Kalaya, que estiende sus confines hasta los muros de Melilla, una de las mas fuertes por su estension y número de moradores, es la que lleva el nombre de Benisidel. Su estension vendra á ser como de unas dos leguas cuadradas: está cruzada de Este á Oeste por un pequeño riachuelo, y casi toda ella cubierta de olivos, granados y algarrobos; siendo su cosecha principal de trigo y cebada. Las hortalizas y legumbres mas comunes son habas, nabos y zanahorias. Tambien tienen sus naturales, aunque no con abundancia, ganados lanares y vacunos.

Su territorio es llano y dominado al Sur por una alta y áspera montaña, y al Este por otra llamada Gurugú, á cuya falda por la parte del Sur se ven las ruinas de una fortaleza.

Un pequeño grupo de casitas forman el punto céntrico y morada del Kabo ó Moscadem de la Kabila. Todo el resto del territorio se vé salpicado de estas casucas, en lo general aisladas unas de otras, y construidas todas de piedra, madera y argamasa; pero toscamente y sin idea alguna del arte.

Se compondrá este territorio de unos 5,000 habitantes Esta kabila se divide en diez cuarteles á las órdenes de sus ka-

bos respectivos, y todos dependientes del Moscadem principal, que es el que manda á los demas.

El carga de Moscadem principal se hace por eleccion de la kabila á perpetuidad, y muy raras veces por herencia.

Cada uno de los diez cuarteles dá á la kabila cuatro soldados, que son los que tienen la obligacion de dar la guardia al cuartel de Santiago. Voluntariamente, y sin compromiso de tiempo, se alistan los demas hasta de 1,000 á 3,000 que tiene cada kabila. Unos y otros usan las armas que puede cada uno adquirirse: espingarda, pistola, gumia, sable, trabuco, etc. En su trage no llevan ningun distintivo que les diferencie de los demás moros. Cada cuartel mantiene á sus soldados, dándoles al recolectar las cosechas, trigo, cebada y habas. Todos los soldados que reune la kabila dependen exclusivamente de un solo hombre, el Kabo ó Moscadem principal, careciendo de organizacion y disciplina y no pasando de ser una horda de foragidos.

La Instruccion pública en todas las kabilas del Riff está, como no puede menos de suceder, en el mayor atraso, aunque los kabos le miran con alguna predileccion. Tienen diferentes escuelas en las que se enseña únicamente á leer y escribir, y solo los que aprenden, saben el árabe, pues las demas hablan su dialecto particular.

Siguen la religion mahometana, y cada kabila tiene de 8 á 12 iglesias para el culto: estas iglesias sirven al propio tiempo para escuela y para hospedar á los pobres transeuntes: cada una tiene para su conservacion y culto un sacerdote á quien llaman el fraile. Los moros son en estremo hospitalarios; en las iglesias dan hospedaje á los pobres transeuntes, para quienes el Fraile, reconocida la necesidad de cada uno, sale á pedir los auxilios que necesita hasta la otra jornada.

Cada kabila celebra feria un dia á la semana, siendo en general los artículos que en ella se venden, granos, ganados de todas especies, fruta, babuchas, jaiques y otras prendas de vestido. Estas ferias por lo general son teatro de los mayores crímenes, porque concurriendo á ellas gentes de distintas

kabilas se encuentran las que se conservan sus resentimientos particulares, y se envisten á puñaladas y á tiros. Los mayores crímenes quedan allí impunes por parte de la sociedad; su venganza está encomendada al pariente ó al amigo de la víctima, que espera otro dia de feria para satisfacerla.

Sucede á veces que por resentimiento de una Kabila con otra, el sitio de la feria se convierte en un campo de batalla, y haciendo parapetos de los obgetos que llevan á vender, se baten detras de ellos dias enteros.

En estas ferias, cuando son de paz, se reunen los moros principales, y dan cuenta de lo que entre ellos puede llamarse política, de las noticias que adquieran del campo cristiano, etc. La mas importante se comunica al pueblo á la voz de pregon.

Todas las diversiones de los moros se hacen á fuerza de pólvora, haciendo salvas y descargas cerradas. Las mugeres tocan panderetas, á cuyo son cantan y bailan.

En la Kabila de Benisidel hay varios algibes de agua potable que se cogen de la llovida; á falta de este se vende la de los rios: no tienen fuentes.

Son supersticiosos hasta lo infinito.

Si salen á caza no pueden comer la pieza si queda rematada de un tiro, y sí solo, cuando acaba de morir degollándola. No se miran al espejo porque creen que el que lo hace no tiene nunca hijos varones.

Los Riffeños no emplean á sus mugeres en faenas rudas del campo, apesar de que no las creen iguales á ellos, y casi privadas de entrar en el paraiso.

El moro que lleva rosario, pone ante su nombre la palabra Escar, y si por egemplo se llama Maimon, no llevando rosario, desde que lo lleva se nombra *Escar-Naimon*.

Por la misma razon el que va á la Meca, antepone al nombre la palabra Herjach.

En el Riff hay una plaga de perros, dando ocasion á mil reyertas y muertes entre sus amos por mordeduras y riñas.

IV.

No conciben los riffeños que los cristianos se avengan á tener una sola muger, ignorando que hay muchos que aun con una sola les sobra.

Su secta les permite tener tantas mugeres como puedan sostener.

Las mugeres del Riff no ejercen ninguna influencia sobre los hombres, que no les guardan ningun género de consideracion por su sexo.

El trage de los moros del Riff se compone de un pedazo de tela blanca de lana, como de una vara de ancho y siete de largo, á que dan el nombre de jaique, y con el que se envuelven todo el cuerpo, y algunos hasta se tapan la cabeza. En algunas kabilas se usan los turbantes; en otras llevan la cabeza al aire, y unos y otros se la afeitan. Usan toda la barba. Los mas acomodados gastan camisa ó túnica de lana, y babuchas. En lo general van descalzos y llevan el cuerpo al aire, cubierto solo con las vueltas que le dan al jaique. En invierno llevan muchos una *chilaba*, de lana muy fuerte y tupida y con capuchas.

Las mugeres gastan el mismo trage que los hombres, con alguna variacion en el modo de taparse, dejándose siempre la cara descubierta: van descalzas hasta las mas acomodadas, y para diferenciarse de las pobres gastan algunas alhajas de plata, que llaman de *fantasía*. Consisten estas alhajas en unas argollas hasta del peso de libra y media, que suelen llevar en la pierna junto al tobillo, en pulseras del mismo metal, aunque de menos fuerza, y en un collar de coral en que llevan engastadas pesetas españolas, generalmente de las que tienen buen busto. Para sujetar el jaique tienen una especie de clavos romanos tambien de plata: en las orejas usan aretes extremadamente grandes, de diferentes metales, de los que cuelgan

excesivo número de monedas españolas, piezas de coral y otros objetos, molestándoles tanto el peso en las orejas, que se ven obligadas á aliviarle con cintas que se enganchan en la cabeza.

El pelo lo llevan generalmente largo y hecho trenzas con añadidos de lana; las solteras caido sobre la espalda y las casadas en dos trenzas por delante sobre los hombros.

Muchas tienen en la cara y en los brazos alguna pintura indeleble que figura una estrella ó una flor de lis. Esta bárbara costumbre desfigura á las mas hermosas, que son precisamente las que mas se señalan.

Tanto los hombres como las mugeres se cortan ó afeitan el vello de todo el cuerpo, pasándose despues una yerba que impide que vuelva á salir.

El color con que se pintan las mugeres es siempre azul, y algunas se dan de negro alrededor de los párpados.

V.

Respecto al casamiento entre los Riffeños lo consideran segun la descripcion que del mismo Alvarez tomamos como una simple compra de un objeto, del cual siempre tiene el comprador derecho á deshacerse cuando quiera.

Oigamos la citada descripcion.

«Probado que un riffeño puede mantener mas mugeres de las que tiene, se le autoriza para contraer nuevo enlace, comprando á la novia á sus padres ó parientes, ó cambiandola por granos, ganados, etc.

Por lo general una jóven hermosa y doncella vale de 80 á 100 duros: las viudas, aunque sean jóvenes y hermosas, es género mas bárato.

Así el hombre como la muger contraen matrimonio al salir de la infancia, y algunos antes de cumplir diez años de edad.

Los casamientos entre los riffeños se verifican sin que intervenga en ellos la religion, sin mas que una carta en que

cada familia se obliga al contrato. Esta carta la firman los contrayentes, los testigos y las familias, cambiandolas entre sí.

En un solo caso puede anularse el matrimonio, y es cuando á voluntad de los contrayentes se devuelven las cartas las familias, en cuyo caso la muger queda libre para contraer nuevo enlace.

Los novios no pueden pasar juntos la noche de sus bodas, pero al rayar el alba entregan la novia á su marido.

Cuando los demas moros comprenden que ya se ha consumado el matrimonio rodean la casa del novio y este presenta por una de las ventanas un lienzo en el cual comprenden la castidad y pureza de la esposa y entonces se entregan á las mayores demostraciones de júbilo y alegria.

La cama de los novios la cubren con jaiques ó pedazos de tela que cuelgan en sogas formando á manera de pabellon. A los siete dias se descubre delante de los testigos y convidados que asistieron á la boda, y delante de ella vuelven á bailar, á comer alcuzcuz y á entregarse á sus regocijos.

Un marido de distintas mujeres tiene la obligacion de dormir cada noche con una; y solo al contraer nuevo enlace, se le conceden siete noches, pasadas las cuales comienza el turno con las demas. Las provisiones de la casa las guarda el marido y las reparte mensualmente á cada mujer, que forma una familia á parte. El marido come al dia siguiente en el departamento de la mujer con quien ha dormido, la cual no se sienta á comer sino cuando aquel ha terminado, teniendo solo derecho á lo que sobre.

VI.

Nuestros lectores recordarán lo que hemos manifestado al principiar la descripcion de la parte del Riff próxima á Melilla.

El bosque de que entonces hablamos, era por decirlo asi,

un terreno neutral para las cinco Kabilas que dominan en todo aquel terreno.

A lo lejos en las estensas llanuras de que nos ocupamos, se hallaba la Kabila de Benisidel y al Este, desde la falda misma del *Gurugú* empezaban los límites de la de Benisicar.

Las otras tres se hallaban entre las breñas, y aunque algunas tienen tambien llanos para sus cultivos, no son tan estensos como los de la de Benisidel.

. . . .

Eran las primeras horas de la mañana.

Con la alborada habian desaparecido las negras nubes, que durante la noche, habian arrojado de su seno torrentes de agua.

Es menester haber presenciado algunas auroras en el suelo africano, en medio de esa rica vegetacion, y bajo ese cielo que tanto se parece al de nuestras provincias meridionales para poderse formar una idea de lo que es una salida de sol en aquel pais.

En todas partes, la aurora presta un encanto especial á la naturaleza.

Y en todas partes tambien la naturaleza, se regocija y ostenta orgullosa esos dones que la alborada la concede.

Pero en Africa tiene nuevos encantos, nuevas bellezas que la son esclusivas.

Sobre un campo de una estension regular, se destacan cuadros de un verdor especial y cuadros cuyos matices sin salir de su color, ora se oscurecen, ora se aclaran, y se desvanecen hasta quedar casi blancos ó casi amarillos.

Cruzad esa estension con anchas revueltas, y brillantes cintas de plata.

Poned á lo lejos bosques impenetrables, y que se pierden en lontananza.

Haced brotar del centro de aquellos lagos de verdor, casitas blancas como la nieve.

Cerrad ese cuadro con elevadísimas montañas, caprichosas sierras, y picos inaccesibles, y tendreis una idea de aquella naturaleza.

Encantadora os parecerá siempre; sublime y superior á toda descripcion, os parecerá en la hora de los dos crepúsculos.

Las sombras de la noche ocultan aquel cuadro.

La tempestad lo hace mas sombrio.

Pero de pronto se esclarece el firmamento.

Dios desde su trono de nubes, dirige una sonrisa de bondad á los mismos enemigos de sus leyes, y de sus doctrinas, y la aurora aparece.

Los ángeles sienten correr por sus megillas lágrimas de felicidad al contemplar la faz del Creador, y aquellas lágrimas caen sobre las flores que ostentan orgullosas en sus petalos aquellas perlas desprendidas del cielo.

Se entreabren las puertas del firmamento para dar salida á el sol, y la esencia divina que de él se exala, atravesando la region del éter, baja hasta los cálices de las mismas flores, que doblemente orgullosas, ofrecen sus bellezas, y su fragancia á aquel mismo ser de quien la reciben.

Cantan los querubines las glorias del Señor.

Y aquellos acentos llevados en las alas de genios invisibles, vienen á mover las lenguas de los pajarillos ocultos entre el ramaje de los árboles.

Los arcángeles arrojan nubes de blanco incienso de sus incensarios indescriptibles, y aquellas nubes bajan á coronar la cima de las montañas.

Y el sol se refleja en los cristales de los arroyos.

Y las flores esparcen al viento sus tesoros.

Los pájaros entonan sus melodiosos trinos.

Y brumas, y cantares y perfumes, se confunden en una armonía sublime.

El Creador y la creacion se confunden en un beso sublime, intenso y prolongado.

La brisa que vaga por los espacios, es la intermediaria entre Dios y su obra.

La aurora ha aparecido, y la alegría renace sobre la tierra.

En ninguna parte es mas maravilloso el efecto del «*fiat lux*» que en los sitios puramente meridionales.

Y en ninguna parte el hombre adivina mas á ese ser invisible é infinito, que en medio de una naturaleza rica y lozana como la de que nos ocupamos.

VII.

Acababa de amanecer.

Por una de las estrechas sendas que desde las montañas conducian al bosque, bajaban una porcion de moros, cuyo número no escederia de cuarenta.

A la cabeza de esta gente marchaba un jóven de espresivo semblante y que caracterizaba perfectamente á los naturales de aquella tierra.

Habia un no se que de salvage y bravio en su rostro, que si bien no desagradaba, infundia cierto respeto, no muy exento de temor.

Cabalgaba airosamente sobre un corcel de pura raza árabe, y dejaba flotar al viento su airoso alquicel de blanco lino.

Por entre la faja que rodeaba su cintura, asomaban dos pistolas con primorosas cinceladuras, á las que servia de compañera una gumia cuya empuñadura de madera groseramente trabajada, en nada se diferenciaba de las que llevaban sus acompañantes.

De su costado izquierdo pendia un corvo yatagan encerrado en una vaina de acero con abrazaderas de metal, y en la diestra llevaba una lanza corta.

A alguna distancia caminaban otros dos ginetes y tras estos otro peloton de infantes, cerrando la marcha ocho á diez riffeños á caballo.

Ni una palabra se cruzó entre el que parecia gefe de aquella gente, y los otros dos que iban á su espalda.

En cambio los otros llevaban una algazara infernal.

Todos hablaban á un tiempo, gesticulaban á la par, y formaba la mas grande algarabia que puede imaginarse.

Atravesó la comitiva la sierra, penetró en el bosque, y fué á hacer alto en la plazoleta de que hemos hablado antes á nuestros lectores.

Los moros que iban á pie clavaron en el suelo gruesas estacas, que llevaban á prevencion estendieron sobre ellas una finisima estera y bajo aquella tienda improvisada se sentó el jefe sobre otra esterilla, y fumando tranquilamente en su pipa pasaron algunos momentos sin que pronunciára palabra alguna.

En cuanto á los ginetes se apearon de sus cabalgaduras y las dejaron apacentar libremente por la llanura y colocados dos, uno en la parte de la sierra y otro en la parte del llano con la vista fija en ambos puntos, dejaron trascurrir algunos instantes.

Nada turbó el silencio que reinaba entre toda aquella gente.

De pronto se turbó este.

Dos gritos partieron simultáneamente de los dos centinelas.

Aquellos dos gritos anunciaban que otras dos cabalgatas se acercaban.

Compuestas casi de la misma gente que la anterior, abanzaban la una por la sierra y la otra por la campiña.

Ambas penetraron casi al mismo tiempo en el bosque, y ambos gefes casi á la par hicieron las *zalas* ó reverencias al que primero habia llegado.

Ambos se sentaron bajo aquella misma tienda y el silencio volvió reinar entre ellos.

Todo lo contrario sucedia entre los demas moros.

Alejados á una respetuosa distancia de la plaza en que se alzaba la tienda, corrian y gritaban confundidos los unos con los otros, y ora en serias conversaciones, ora en animados diálogos, dejaron trascurrir el tiempo.

Haria próximamente media hora que estaban allí reunidos, cuando otro grito de la parte de la sierra, anunció la llegada de nuevos personages.

Volvieron á repetirse las mismas ceremonias, se sentó tambien el recien llegado y volvieron á confundirse los moros y á continuar sus empezadas conversaciones.

Sin embargo esta vez no fueron de mucha duracion.

La llegada de otro musulman, seguido de mayor comitiva y mas anciano que los anteriores, vino á interrumpirles.

A su llegada, los cuatro que estaban en la tienda, se levantaron, cruzaron las manos sobre el pecho, é hicieron tres reverencias con todo el rigorismo de la etiqueta mahometana.

—Alá, sea contigo poderoso Moscamdem, le dijeron.

—El sea con vosotros, hermanos mios.

Dichas estas palabras, penetraron todos bajo la tienda, dejando al recien llegado en medio, y formando los cuatro restantes á su lado una especie de semicírculo.

Instántaneamente aparecieron en la tienda ocho ó diez riffeños, que por el mayor valor de sus trages, denotaban tener mayor categoría que la de los otros que habian acompañado á los cinco personages de que hemos hablado anteriormente.

El anciano últimamente llegado, se dirigió á ellos y les dijo:

—A vosotros os encargo la custodia del bosque que nadie penetre en él, pues asuntos de grande importancia tenemos que tratar, marcha y que nadie nos interrumpa.

Tras estas palabras se siguieron algunas reverencias y momentos despues se hallaba rodeado el bosque de centinelas, que sentados tranquilamente en el suelo con la espingarda preparada, trataban de impedir que ningun curioso se acercase al lugar de la conferencia.

VIII.

Los cinco personajes que habia en la tienda, eran los kabos de las cinco kabilas del kalaya; el que primero llegó era el gefe de la de Benisidel el último, el de la de Mazuza y los otros restantes los de las de Benisicar, Benibuyfuror y Benibuyllafar.

El Moscamdem de la kabila de Mazuza fué el que rompió el silencio.

—Poderosos Moscandemes: las noticias que tengo que co-

municaros son en estremo tristes. Alá es testigo de la profunda pena que mi corazon á sentido al conocerlas: los *perros Ensaras*, (cristianos) no contentos con lo que han hecho en Ceuta, han dirigido su marcha triunfadora sobre *Telawen*. El infalible profeta ha querido negar su auxilio á los buenos sectarios del Islam y las posiciones de Cabo Negro no han sido suficientes para impedir que el *gran cristiano* abance con su egército á situarse en las riberas del Guad-el-Jelú. Muley-Hamet y Muley-Abbas han visto huir sus destrozadas huestes ante el fuego y el acero de los enemigos, y la ciudad santa, ha caido en poder de los cristianos.

Un murmullo de sorpresa se alzó de el seno de aquella estraña reunion.

El Kabo de Mazuza alzó sus ojos al cielo y con una uncion religiosa extraordinaria dijo.

—El señor lo ha querido, cumplase su voluntad!

Alzóse entonces el Moscamdem de la tribu Benisidel, y exclamó con impetuosidad.

—Lo habeis oido hermanos? habeis escuchado que Tetawen ha caido en poder de esos infieles, y aun teneis los alfanges encerrados en sus fundas de cuero?... ¿Y sois vosotros los Moscamdems de esas Kabilas que mas de una vez han llenado de terror á esa gente cobarde y ruin que se oculta tras los muros de Melilla *la melífera*? mentira, la sangre africana se ha enfriado en vuestras venas; si asi no fuera, ya os hubiérais levantado conmigo y reuniérais vuestras gentes, para vengar las derrotas de nuestros hermanos.

Y concluido de decir estas palabras, dió algunos pasos para salir de la tienda.

Llevó á sus labios una especie de silvato hecho con bastante primor, y cuando ya iba á lanzar el sonido que habia de reunir á su escolta, levantándose con precipitacion el anciano, le detuvo el brazo, diciéndole;

—Detente! ¿Quieres que tus arrebatos nos hagan arrepentirnos de haberte convocado á esta reunion? ¿olvidas que lo que acabas de oir es aun un secreto para toda la gente de las

Kabilas, y secreto que no han de reconocer hasta que nos parezca á nosotros? por el santo profeta, que nunca habia creido que fueras tan impetuoso, y tan poco pensador ?qué ibas á decir á tus gentes? ¿qué tratabas de hacer? ¿Acaso querias armar á tus soldados, y hacer una *gazzia* entre nuestros enemigos?

—Tú lo has dicho, contestó el Kabo de Benisidel, oprovechándome de la oscuridad de la noche, yo hubiera caido como el águila sobre su presa, sobre nuestros tiranos, y su sangre hubiera espiado todos sus crímenes.

—Insensato! antes de dos horas el Caid de Melilla tendria noticias de todo eso, y cuando llegáreis al campamento, ya os esperarian prevenidos.

—Qué estás diciendo?

—¿No has comprendido que entre nuestros soldados los hay traidores?

Un murmullo de indignacion se exaló de los labios de aquellos cuatro hombres.

Todas las manos se dirigieron á las empuñaduras de sus gumias.

Todos los ojos se fijaron amenazantes en el severo rostro del Moscamdem de Mazuza.

Y todos los labios preguntaron á la par.

¿Quienes son los traidores?

—¿Creeis vosotros que si yo lo supiera existirian ya? dijo el anciano.

—Entonces...

—Cualquier paso que nosotros demos lo saben en la plaza, conocen todos nuestros medios de ataque, los cañones que tenemos, las municiones, y cuantas salidas hacen esos perros ya son á cosa segura. Y estas noticias? quién se las comunica? los traidores que duermen en nuestros aduares, que fuman en nuestras tiendas y cuyo lábio siempre abierto para la traicion revela lo que escucha su oido en el seno de la amistad.

—Oh! juro por Alá que si yo doy con alguno de esos perros musulmanes, mi gumía ha de ser la primera que se clave en su corazon, dijo con cólera el Kabo de Benisidel.

—Por eso te dije antes, que cuanto pensemos hacer nadie mas que nosotros lo hemos de saber, y nuestros soldados en el momento de egecutarlo.

—El Señor ha iluminado tu espíritu, y cuanto tu hagas daremos yo y mis hermanos por bien hecho, contestó el Moscamdem de Benisicar.

—Habla pues, y tus palabras se grabarán en nuestra mente, sin que rebosen hasta nuestros lábios mas que en el momento de la egecucion.

—Escuchad, el plan que he concebido y el Dios altísimo y único nos conceda su auxilio.

Acercaronse mucho mas los otros cuatro gefes al anciano.

En este momento oyóse á lo léjos un grito de una espresion estraña.

Volvióse á repetir mas cerca, y los cinco personajes volvieron la cabeza hácia el sitio donde habia sonado.

Entonces se dejó oir el galopar furioso de un caballo.

Tras él, una voz que en un lenguaje particular animaba al corcel.

Y unido á esta voz, un acento casi salvage, pero de una dulzura infinita, que cantaba un aire guerrero peculiar de las kabilas del Riff.

De tiempo en tiempo se interrumpia aquel canto, y una carcajada que nada tenia de humano retumbaba por el espacio.

Y canto, y galopar del caballo, y voces que lo animaban, todo se hacia mas perceptible.

Se conocia que se iban acercando cada vez mas á la tienda.

Todos los que en ella se hallaban, fijaban sus inquietas miradas hacia la parte donde sonaba el ruido.

El rumor de las ojas arrancadas, y del ramage que se apartaba para dejar paso á alguien, se percibió mas claro.

De pronto una exclámacion de sorpresa se escapó de aquellas cinco gargantas.

Un caballo sobre el que se veian un negro y una mora se presentaron en el claro del bosque en que se alzaba la tienda.

Parecia que el inteligente animal solo habia esperado el

momento de dejar á sus dueños entre otras gentes, para espirar.

Le doblaron sus manos, su pupila se enturbió, y hubiera arrastrado en su caida á Jafar y á Zobeiba, si estos no se hubieran dado tanta prisa á arrojarse al suelo.

Casi al mismo tiempo toda la plazoleta se vió rodeada de riffeños, que con las armas preparadas, solo esperaban la señal de sus gefes, para aniquilar á aquellos dos intrusos.

Reinó un momento de silencio solemne.

Durante él Zobeiba paseó su mirada indolente sobre cuanto la rodeaba.

Se detuvo un instante en el rostro del Kabo de Mazuza, y como si aquella fisonomía despertase un ella algun recuerdo, pasóse ambas manos por su frente, y con la pupila brillante se dirigió á él diciéndole.

—¿Eres tú el poderoso Moscamdem de la Kabila de Mazuza, y aun no has conocido á la hija de tu hermano?...

—Zobeiba!... dijo entonces el Moscamdem, tú aquí? tú en este estado!... ¿Qué significa esto?

—Esto significa gritó con acento sobrenatural la jóven, que los cristianos nos han arrojado de nuestras aldeas, que han incendiado nuestras casas, que los que no han muerto de nuestros hermanos al plomo, ó al acero, han muerto abrasados, que mi padre ha dejado de existir defendiendo la tierra que le vió nacer, que las mugeres de nuestras tribus han tenido que retirarse á lo mas fragoso de las sierras para librarse de la brutalidad de esos soldados á quien Alá confunda, que Tetawen, ha visto ondear sobre el *miral* de su Alcazaba la bandera de la cruz, que el rojo estandarte del profeta ha caido destrozado entre los pies de sus corceles, y que yo frenética desconsolada, sintiendo hervir en mi corazon una sed profunda de venganza, he atravesado montes y llanos, lagunas y bosques, como la gacela perseguida, para gritaros ¡al arma, guerreros del Riff, hijos de las kabilas que plantan sus tiendas en las cimas del Gurugú, ó en las márgenes del Oro, empuñad vuestra gumía, acariciad vuestra espingarda, caed con la astucia del tigre, y la pujanza del Leon sobre Melilla *la melifera*, no dejeis piedra so-

bre piedra, haced que corran arroyos de sangre cristiana, y cuando vuestro brazo se canse de herir, y vuestros pies no puedan andar, sin tropezar con cadáveres infieles, salvad las sierras, cruzad los llanos, y Tetawen la florida ciudad del Guad-el-Jelú, sea la segunda que caiga en vuestro poder! Si guerreros mios, vengad á vuestros hermanos, vengad á mi padre, y... vengad á mi corazon.

—Sí, sí, venganza gritaron todas aquellas ordas semi salvages.

Zobeiba no pudo decir mas.

Al pronunciar sus últimas palabras se llevó ambas manos al corazon como si sintiera que se le desgarraba, y tras una carcajada histérica y vibrante, al par que se debilitaba esta, cerraba sus ojos, hasta caer inanimada en los brazos de Jafar.

Por un momento reinó en el bosque una confusion espantosa.

Todos gritaban, todos blandian sus armas, y ninguno se entendia.

Un nuevo incidente vino á llamar la atencion general.

Un rumor semejante al vuelo de un pájaro, cruzó por el espacio, y una flecha disparada por una mano certera, fué á clavarse en el pecho de Jafar.

Este arrojó un gritó y cayó al suelo arrastrando en su caida á Zobeiba.

Apenas los que estaban cercanos á él, repararon en el asta de la flecha, se alejaron con un terror espantoso, y esclamaron:

—El invisible!...

Y aquella palabra, al circular de boca en boca, llenó de pavor á todos los presentes.

Los mismos Kabos no fueron capaces de ocultar un movimiento de asombro muy parecido al miedo.

En esto se sintieron crugir las ramas de los árboles, y un ginete apareció en la entrada de la plazoleta.

Su caballo era negro como la noche.

El ginete era de una altura mas que regular, y una piel de tigre colgaba sobre sus hombros.

Nada llevaba en la cabeza: su negra cabellera flotaba al viento.

Pendiente la silla de su corcel, llevaba una pesada maza de hierro, y en su mano izquierda se veia un arco, mientras que en la derecha llevaba una flecha con el hierro hácia arriba.

Verlo los riffeños, y sin distincion de clases, echar á correr en el mayor desórden, todo fué cosa de un momento.

La plazoleta quedó completamente sola.

El terror que habia causado tanto á los gefes como á los súbditos, no les dejó tiempo para pensar en la suerte que les estaba reservada á Jafar y á Zobeiba.

Así que el desconocido se vió solo, se acercó á la jóven, se bajó de su cabalgadura, y arrojándola una mirada de indefinible espresion, la agarró en brazos, volvió á cabalgar, y desapareció del bosque.

CAPÍTULO XXXIX.

Costumbres de los Riffeños.—Sara y Sidy-Mohamet.—Benjamin. — Tres hermanos y dos hermanas. —Abdel-Abbás vuelve de Mequinez.—Los tercios vascongados.

I.

Siguiendo nuestra marcha, de dar á conocer á nuestros lectores todos los detalles, todos los datos y todos los conocimientos posibles del pueblo con que estamos luchando y de las diversas razas que habitan en sus montañas y que plantan sus tiendas junto á los oasis de los desiertos, seguiremos tomando de las memorias del ayudante Alvarez algunas descripciones de las costumbres y de los usos de los riffeños.

Hay pueblos asi como hay hombres que permanecen para la generalidad, mitad en luz y mitad en sombra.

Aquellos por estar cerrados completamente al trato de las demas naciones.

Estos por haber vivido en épocas diferentes, por haber sido mal comprendidos entre sus contemporaneos, y mal juzgados por sus sucesores.

De los primeros, Marruecos ha sido indudablemente el mas atrasado y el menos conocido.

De los segundos, el Dante, Quevedo, D. Pedro el Cruel, D. Alvaro de Luna y otros no comprendidos en su época, tampoco lo han sido en la nuestra.

Todo cuanto de Marruecos se dice, todos cuantos viages se han escrito, cuantas costumbres se han indicado y cuanto respecto á la situacion topográfica se ha dicho, nos has parecido siempre demasiado aventurado, pues indudablemente es la nacion que menos se ha prestado á las observaciones del viagero ni á las noticias del historiador.

Unicamente del Riff tenemos datos seguros.

Estos los debemos á la desgracia del ayudante Alvarez.

De su autenticidad podemos responder á nuestros lectores, pues las continuas luchas que en esa parte han sostenido nuestros soldados, y las mismas noticias suministradas por los confidentes que entre aquellas Kabilas teníamos, nos aseguran al par la veracidad de las referidas memorias.

Hé aquí lo que respecto á los casamientos entre los riffeños nos dice el citado Sr. Alvarez, describiéndonos la boda del gefe de la Kabila de Benisidel

II.

«A eso de las diez de la mañana se hallaban reunidas unas 60 personas de ambos sexos alrededor de la casa de Sidi-Mohamet, eran los convidados á la boda y se iba á comenzar la fiesta.

Dió principio por un baile al son de varias panderetas, haciendo mudanzas al comenzar el canto, los que no bailaban recorrian el campo con grandes alaridos y haciendo evoluciones

á manera de simulacro, disparando sus trabucos y espingardas al hacer ciertas vueltas y revueltas.

De un olivo pendia una vaca desollada, de la cual cortaban grandes trozos algunas mugeres, echándolos á cocer en una enorme caldera. Sidi-Mohamet, el héroe de la fiesta, acudia á todas partes con solícito afan. Sus dos mugeres con risueño semblante, por mas que les fuera desagradable la venida de su rival, asistian á la funcion, bailaban y reian, al parecer con la mayor indiferencia.

Al propio tiempo, en casa de la novia, á una media legua de distancia, se repetian las mismas escenas.

Sobre las cuatro de la tarde avanzó una comitiva, trayendo á la novia montada en un caballo, cuya brida llevaba una negra, jóven y no mal parecida. Avanzó por su parte la comitiva del novio, haciendo descargas cerradas unos y otros. Al encontrarse en un repecho del camino hicieron alto, se saludaron y volvieron todos juntos en direccion de la casa de Sidi-Mohamet.

Este llevando á su derecha á Alvarez, se adelantó á su vez hasta encontrarse con su prometida que entró á caballo hasta dentro del zaguan. Sidi-Mohamet le cogió en brazos y la subió al torreoncillo donde la esperaban varias mugeres encargadas de obsequiarla; descendió en seguida y continuó entre los convidados.

Una hora despues se sirvió la comida de los moros, apartándoles una racion á Alvarez y los demas prisioneros. Un solo plato componia la comida, y este era el alcuzcuz tan famoso entre los moros. Consiste este en harina, á la que echándole cierta cantidad de agua hacen una especie de masa suelta á la manera de cañamones; colocan despues esta masa en una olla cuyo fondo está lleno de agujeritos pequeños, y al vapor que dá otra olla llena de agua le van dando vueltas hasta que se tuesta: le hechan despues en un barreño y sobre el colocan pedazos de carne cocida, huevos duros, gallinas cocidas y pellas sueltas de manteca.

Colocaron despues varios barreños en el suelo, y á su alrededor los moros sentados tambien sobre la verde alfombra,

dieron principio á la comida, sacando con las mismas manos, ya un tasajo, ya un puñado de alcuzcuz. Cuando se les queda algo entre los dedos ó la barba lo sacuden dentro del barreño y siguen comiendo tan impávidos. Aquí y allá habia calderetas con agua de la que bebian de cuando en cuando.

Sin mas postres ni adherentes á esto se redujo la comida de boda del gefe principal de una de las mas famosas kabilas del Riff.

Las mugeres en corros aparte con la novia, comieron á su vez del alcuzcuz sin juntarse nunca con los hombres ni ántes ni despues de la comida. Ni pan hubo en ella, porque se suprime cuando, solo en las grandes festividades, comen alcuzcuz.

El pan de los riffeños puede presentarse á un minero como un trozo de mineral, seguro de que hasta un severo análisis le juzgará salida de las entrañas de la tierra, y aun despues de analizado no creerá que es pan por mas que se lo digan. Si en una porcion de tabaco rapé negro se echa un puñado de broza; tierra y pajillas imperceptibles, lo que resultaria de esta masa despues de endurecida al fuego se confundiria con un trozo de pan de los riffeños. Consta este de malísima cebada guardada diez ó doce años en excavaciones que hacen en la tierra, dejándoles una boca estrecha que tapan con una piedra y esconden despues echándole maleza encima y otros objetos. Esta cebada la muelen á mano entre dos piedras y sin sacarla el salvado y tal como sale, la amasan y cuecen.

Las comidas ordinarias de los riffeños consisten en hortalizas, unas veces crudas, otras cocidas, sin que para ellas tengan jamás horas determinadas.

Terminada la comida de los novios continuaron los bailes y las descargas, hasta que venida la noche se retiraron los convidados á sus casas; la novia se encerró en la torre con algunas mugeres, y Sidi-Mohamet se echó sobre una estera en el cuarto de Alvarez, entre este y los demas prisioneros, y algunos moros que los guardaban.»

III.

Respecto á los entierros, funerales ó ceremonias que hacen los riffeños vamos á dar á nuestros amables lectores la descripcion que el señor Alvarez, hace de uno que presenció.

«Estaba la mañana tranquila, la temperatura suave, y el aire embalsamado por el tomillo y las flores silvestres que crecen por aquellos campos convidaron á tan agradable esparcimiento. Alvarez apoyado en el brazo de Olivares y sosteniéndose con trabajo dejó la casa de Sidi-Mohamet, y se dirigió por una cañada adelante. Habian andado como unos cien pasos, cuando vió con sorpresa atravesar por su inmediacion una mula con una estraña carga: miró atentamente sorprendido, y pudo cerciorarse de que no le engañaban sus ojos. Era un hombre muerto atravesado sobre la mula, boca á bajo y sujeto por una cuerda desde los pies á la cabeza.

—¡Que es esto! preguntó á Olivares.

—Es un muerto que llevan á enterrar. Esos hombres que caminan al lado del cadáver son sus parientes y amigos. Sigamos y verá V. la ceremonia.

Siguieron efectivamente tan lúgubre y estraña comitiva hasta un sitio que se veia salpicado aquí y allá de enormes piedras colocadas sobre montones de tierra.

—Este es el cementerio, dijo Olivares.

Dos de aquellos hombres se ocuparon en desatar y descargar el cadáver; algunos otros practicaron un hoyo como de una vara de profundidad, y los restantes contemplaban la ceremonia derramando lágrimas.

Traian el cadáver desnudo y envuelto en un lienzo blanco; colocándole en el fondo del hoyo de medio lado y mirando á Oriente, y lo cubrieron de tierra.

Colocados despues en fila sobre la sepultura, se descalzaron, y con el rostro hácia Oriente, levantaron dos ó tres veces

las manos al cielo, se arrodillaron, besaron el suelo, volvieron á levantarse y á alzar las manos, diciendo por lo bajo sus oraciones; hecho lo cual, caminaron en silencio la vuelta del camino que habian tenido.

—No es grande la diferencia, dijo Alvarez, entre este modo de enterrar y el de nuestro pais.

—No, ciertamente, pero todos los entierros no son iguales. Á los que mueren naturalmente, despues de lavarles bien el cuerpo, se les entierra como V. ha visto; pero si mueren á manos de los cristianos, se les coloca sin lavar y con la misma ropa que traen encima, llevando á la sepultura hasta la tierra bañada en sangre si la encuentran al lado del cadáver. De este modo creen que vá al cielo tal y como murió en la tierra en defensa de Mahoma. Si ahora quiere V. ver el duelo, sigamos los pasos de esos moros.

Media hora despues llegaron detras de la comitiva á la puerta de la casa del difunto.

Al sentirles venir varias personas que se hallaban dentro, fueron saliendo á la puerta, y abrazando uno despues de otro á los de la comitiva, dando grandes gritos y derramando abundantes lágrimas. Las mujeres, parientas del difunto, se arañaban atrozmente las caras hasta cubrírselas de sangre. Hiciéronles entrar despues, y colocando en el suelo un gran barreño de alcuzcuz para los hombres y otra parte para las mujeres, comieron unos y otras, olvidando su dolor por aquel rato.

A esto se reducen los duelos y funerales de los riffeños.»

IV.

Lindando con las kabilas del Kalaya, se encuentra la gran kabila de Benicinisem que como tambien estraña, como tambien bravía y como tambien independiente del sultan, creemos no disgustar á nuestros lectores con dársela á conocer.

Al mismo tiempo, como prueba del salvage absolutismo que

reina entre todos aquellos tiranuelos del suelo africano, transcribiremos lo que al Sr. Alvarez contestó el gefe de la kabila de Benisidel respecto al Moskamdem de la de Benicinisem.

«Una estension de 20 leguas ocupa esta kabila.

Su poblacion y territorio equivalen á 15 de las demas kabilas ordinarias de Marruecos. Está mandada en gefe por Herjach-Maimon, y es independiente del emperador, si bien le paga sus contribuciones con mas regularidad que las demas kabilas independientes. Herjach-Maimon, hombre valiente y de algun genio militar, tiene en cierto modo organizada la gente de guerra, y reune hasta 15,000 caballos siempre que las circunstancias lo requieren. Esta fuerza, superior en número y organizacion á la que pueden presentar las demas kabilas independientes reunidas, dá á Herjach-Maimon una superioridad ostensible, y le hace árbitro y señor de todo aquel territorio.

No se mezcla en ninguna de las cuestiones de las cinco kabilas de Kalaya; pero cuando las vé destrozarse en guerras intestinas, las hace saber su desagrado, dirime la contienda, y termina en un punto las guerras mas encarnizadas. A este poder debe las delicadas atenciones con que la trata el emperador, que no son bastante, sin embargo, á inspirarle la confianza de ir á su corte, temeroso de que echándole mano, le hiciera pagar con la cabeza su amor á la independencia.

En los casos estremos, cuando el emperador no puede salir con algun intento, recurre á Herjach-Maimon, á quien siempre encuentra propicio y dispuesto á dejarle airoso en la demanda.

El modo singular con que pelea esta tribu, es digno de tenerse en cuenta. Levanta en masa todo su pueblo, las familias enteras con sus efectos y ganados de todas especies, y los traslada al campo de batalla, que procura sea siempre en territorio enemigo. Cada familia planta allí la tienda que le servia de morada en su tierra; echan á pacer sus ganados, y unos y otros viven del merodeo y á costa del enemigo. Al propio tiempo divide en trozos su numerosa caballería; coloca convenientemente la infantería y ataca y destroza cuanto se

pone por delante. En época no muy remota venció á las tropas del emperador en el territorio de Benisidel.

Apremiado el emperador por el gobierno español, y desairado por las kabilas del Riff, envió segunda vez á sus soldados con un alcaide de su guardia negra, hombre duro de condicion de mucho prestigio en las kabilas. Desairado segunda vez, recurrió á Herjach-Maimon, que envió un emisario con unacarta de ocho líneas á las cinco kabilas para que se presentasen sus gefes en su territorio con el fin de conferenciar sobre asuntos de suma importancia. La desconfianza preside en todas las deliberaciones de los moros, y como la primera demostracion de un enemigo es cortar la cabeza á su contrario, temieron acudir al llamamiento, y respondieron con efugios y pretestos. Herjach-Maimon, entonces haciendo alarde de su superioridad, entró en el territorio de Mazuza acompañado solo de 10 hombres: entregareis, les dijo, los cristianos al emperador antes de ocho dias, ó de lo contrario, preparaos á la guerra. Ninguno de los gefes se atrevió á suplicar, y Herjach-Maimon, picando los hijares de su caballo, desapareció entre una nube espesa de polvo.

Para venir en conocimiento de la brutal tiranía que ejerce el poderoso sobre el débil, vemos á Sidi-Mohamet engalanarse, coger sus mejores armas y el caballo, siempre que cualquier negocio le llamaba á alguna kabila, que creia inferior, ó por lo menos igual á la suya, y ahora al recibir el aviso de Herjach-Maimon, á quien deberia ver en el territorio de Mazuza, atribulado y confuso se pone su peor vestimenta, y con una espingarda vieja se dispone á marchar á pie.

—¡Como! Le dijo Alvarez admirado; ¿pues no vas á ver al poderoso Herjach-Maimon?

—Sí, respondió Sidi-Mohamet, avergonzado.

—¿Pues cómo no te pones la mejor ropa y montas á caballo?

—Porque si Herjach-Maimon ver que yo tener mucho, cortar cabeza; y salia paso á paso á caminar dos leguas hasta el punto de la cita.

V.

Nuestros lectores recordarán que al mismo tiempo que Sara salia de Mequinez escoltando en una litera á la amante de Zelin por otra puerta de la misma ciudad salia un grupo de 200 ginetes de la guardia negra.

Sara con su comitiva corrió sin descanso durante todo el dia.

Ni una sola vez dirigió la palabra á la desventurada Zaard.

Esta entre tanto sentia oprimirsele dolorosamente el corazon.

Habia amado á Zelin con un cariño inmenso.

Su desventura ó mejor dicho su belleza la habia conducido al harem de xerife marroquí.

Mil veces habia maldecido aquella hermosura que la habia hecho desgraciada.

Al principio creyó que presto seria sacrificada al deseo de su Señor.

Pero pasaron los dias y ni el Señor iba á ver á su esclava, ni el gefe de los Eunucos entraba á avisarla que el Emperador deseaba verla.

La pobre no sabia al precio que habia comprado su amante la conducta que Sidi-Mohamed observaba con ella.

Aquella generosidad la habia sorprendido y rogaba al Señor porque continuase siempre.

Por que Zaard amaba á Zelim con toda la fuerza de su alma.

Y ya que su desdicha la habia conducido al serrallo no deseaba mas si no que su sacrificio se dilatase todo el mas tiempo posible.

Y aunque sacrificára su cuerpo conservaria siempre para su amante la virginidad de su alma.

Y pasaron los dias, y Zaard se acostumbró ya con la indiferencia de su dueño y habia abrigado la esperanza de que este se habia olvidado de su existencia.

La visita de Sara vino á despertarle de aquel sueño de melancólica felicidad que disfrutaba.

Y cuando despues de su visita recibió la órden de prepararse para marchar, comprendió su desgracia en todo lo horrible que era.

Habia oido decir que el sultan acostumbraba á pagar todos los servicios de sus generales, dándoles por esposas algunas de las mujeres de su harem.

En Sara vió uno de estos y su dolor no tuvo límites.

Comprendió la suerte que le esperaba, y á traves del velo que la cubria, se podian ver las lágrimas que derramaba.

Sara nada habia hecho para calmar aquella pena.

Cabalgando airosamente en su corcel negro como el ébano; sus ojos, solo se fijaban anhelantes sobre el camino que se estendia ante su vista.

Tambien algunas veces las dirigia hácia la espalda con inquietas y recelosas miradas.

Sin embargo se pasó el dia sin ningun incidente notable.

A la entrada de la noche se habian alejado de Mequinez lo suficiente para poder descansar sin graves recelos.

A la entrada de un bosque hizo alto la carabana.

El *kebír* ó guia que llevaban, les indicó aquel sitio como el mas á propósito para pasar la noche.

Una tienda que iba liada sobre unos camellos que conducian las provisiones, se alzó en un momento, y formando semicírculo alrededor de esta, se pusieron todas las demas.

En la primera penetró Zaard y la otra esclava que habia salido del harem del sultan marroquí.

Allí permanecieron algun tiempo solas.

Zaard llorando la suerte que la esperaba.

La otra esclava acostumbrada ya y resignada con su suerte, esperaba tranquila el resultado de aquel cambio de señor.

Entretanto Sara inspeccionaba cuidadosamente su pequeño campamento, vigilaba todo, y daba las disposiciones necesarias para pasar la noche con toda seguridad posible.

Hecho esto, se dirigió á donde estaba la amada de Zelin.

Comprendió cuanto habia sufrido y tenia necesidad de consolarla.

Alzó el tapiz que cubria la puerta, y dirigiéndose á las dos mujeres, las dijo:

VI.

—Ya es tiempo de que sepais la suerte que os espera, y si durante el dia, no os lo he dicho, ha sido porque entonces no me convenia que lo supiérais. Tú, prosiguió dirigiéndose á la esclava, has encontrado conmigo tu libertad. En cuanto lleguemos á mi casa, serás mi hermana si quieres, ó te conducirán donde mejor te parezca.

—¡Oh señor! contestó la esclava. Lo que tú quieras será mi voluntad.

—Y en cuanto á tí; dijo Zelin á Zaard, no me es posible decirte lo mismo, hay una voluntad superior á la mia que. . . .

—¡Señor, ten piedad de mí! Se apresuró á interrumpirle la amada del hermano de Alberto, cayendo de rodillas á sus pies.

—Alza del suelo y déjame concluir, la dijo la hebrea. Tú amas y eres amada de un hombre, á cuyo hermano amo yo con delirio.

—¡Tú! dijeron á la par las dos mujeres con un acento marcado de sorpresa.

—Sí, aunque me veis vistiendo este traje, soy mujer y mujer que ama como no sabeis amar vosotras ¡hubieras tú hecho nunca por tu Zelin lo que yo he hecho por mi Alberto! Ah! vosotros no sabeis mas que consumiros encerradas entre las paredes de un harem, sin que jamás se os ocurra el medio de partir el corazon á vuestro tirano para huir en los brazos de vuestro amante.

—Pero. . . .

—Escuchadme y me comprendereis mucho mejor.

Mas ni Zaard ni la esclava pudieron escuchar lo que Sara

iba á decirles, porque un incidente, que segun el modo con que se anunciaba, habia de ser bastante serio, vino á interrumpir su conversacion.

Algunos gritos seguidos de algunos tiros, y tras estos una algazara infernal, se dejaron oir á muy corta distancia, haciendo que Sara empuñase con la mano izquierda una pistola y con la derecha desnudase su corbo yatagan.

Dirigióse hácia la puerta, pero retrocedió instántaneamente.

En ella aparecieron diez ó doce *vookaris* ó soldados de la guardia negra, y al frente de ellos el Caid que vimos salir de Mequinez.

—Ríndete, príncipe, dijo este, dirigiéndose á Sara.

—¿Y quién eres tú, preguntó para imponerme condiciones?

—Soy un enviado del infalible, del poderoso sultan de Marruecos y al que he jurado conducirte á su presencia en compañía de esas dos mujeres.

—¿Y no sabes tú que yo soy el príncipe de los Huled-Ben-Jassí, y por lo tanto independiente de tu emperador?

—Vamos, príncipe, menos palabras, y déjate conducir sin resistencia.

La contestacion de Sara iba á ser disparar su pistola sobre el Caid; pero éste que no perdia de vista ninguno de sus movimientos, se lanzó sobre ella y le arrancó el arma antes de que pudiera dispararla.

La hebrea se resistió tenazmente hasta que abrumada por el número, no tuvo mas que resignarse á caer en poder de sus perseguidores.

Presa Sara, la resistencia de sus soldados se debilitó, y escapando los que pudieron, acabó la refriega.

A los pocos instantes Sara, Zaard y la esclava, eran conducidos hácia Mequinez, escoltadas por los 200 ginetes de la guardia negra.

VII.

Sabido es que nuestros presidios de Africa han sido los que mas han surtido de renegados al imperio marroquí.

Soldados de Melilla y Ceuta, reos de faltas que merecian castigo, ó bien confinados en los presidios, trataban de buscar los unos la libertad y los otros el evitar el castigo que les aguardaba pasándose al campo de los moros.

Pobres insensatos! que creian hallar tal vez la felicidad, en la tierra donde solo encontraban el desprecio, el aislamiento y á veces la muerte.

Oigamos lo que sobre este particular dice un escritor contemporaneo, refiriéndose á una carta escrita por un viagero conocedor del pais.

«Los renegados no gozan en Marruecos de bastante consideracion, para poder, como suponen algunos, jugar el menor papel ni tomar parte importante en la guerra que sostienen hoy los moros contra España.

Apesar de su adjudicacion, y por muchos que sean sus talentos y su educacion, no obtiene nunca ningun renegado el mas pequeño mando militar, tanto por el desprecio en que viven, como por la desconfianza que inspiran en un pueblo sumamente suspicaz, que adivina muy bien los motivos que han impulsado á estos malos cristianos á abrazar una nueva religion que están dispuestos á observar tan mal como la primera.

Los renegados forman una corporacion en la cual todas las naciones se hallan representadas; pero en donde figuran principalmente los franceses y los españoles, desertores los unos de los cuerpos disciplinarios de la Argelia, y escapados los otros de los presidios de Melilla y Ceuta.

Pertenecen nominalmente al cuerpo de Tobidji ó sean artilleros del sultan; pero en muy raras ocasiones se les confian cañones, ni aun fusiles, y mucho menos para enviarlos contra

tropas europeas, por temor de que aprovechasen tan buena ocasion para comprar su perdon y buscar en la desercion los medios de volver al mundo civilizado.

Generalmente no se permite á los renegados el permanecer en las ciudades del litoral; suelen residir en Fez, en Mequinez y tambien en otros puntos del interior, en donde el emperador tiene guarniciones destinadas á rechazar las continuas escursiones de los bilves y de otras indómitas tribus del Atlante.

El sueldo que reciben es tan exiguo, que se moririan de hambre, si esto fuera posible, en un suelo tan feraz como el de Marruecos; pero viven sumidos en la mayor miseria y en un estado de cautiverio continuo, puesto que un castigo de cien palos á lo menos, espera á los que se encuentran fuera del punto designado para su residencia.

De todo esto se deduce que si hay algunos renegados entre los moros que estan al frente de nuestras tropas, serán en muy corto número y sometidos á una vigilancia, que desde luego tratarán de burlar en la primera ocasion para salir de la miserable condicion á la cual están sentenciados.

VIII.

Al hablar de los moros del Riff, dijimos que cuando estos usan rosario, anteponen á su nombre la palabra *Escar*.

Del mismo señor Rotondo tomamos tambien algunas noticias respecto á esto y á las oraciones que rezan en sus mezquitas.

«Hase dicho repetidas veces que nuestros soldados habian encontrado en el campo de batalla varios rosarios: bueno será instruir á nuestros lectores sobre el particular. Los moros usan rosarios, cuyas cuentas en número de ciento son, segun los recursos del dueño, de diferentes materias, pero mas comunmente de raiz de boj ó de ébano. El moro creyente apenas

suelta su rosario, y no deja en todo el dia de repetir entre dientes en voz monótona, y queda la frase que constituye su principal oracion.

Ademas de estos rezos, el moro tiene obligacion de ir á la mezquita cinco veces al dia: la primera, á las dos de la madrugada; la segunda, al amanecer; la tercera, al mediodia; la cuarta, á las cuatro de la tarde y la última á las siete; pero apesar del entusiasmo que profesan por su religion, y esto no debe admirarnos en atencion á lo exigente del precepto, son pocos los que cumplen exactamente con estos deberes, y por eso no suelen estar muy concurridas las mezquitas.

En estas no se encuentran imágenes ni adornos de ninguna especie; pero hay gran número de lámparas, en medio de las cuales se coloca el santon para pronunciar en alta voz los versículos del Koran, que los circunstantes repiten imitando la entonacion y los gestos del que está oficiando. Como no se conocen en Marruecos las campanas, hay *mezzuines* ó sacerdotes encargados de señalar la hora de las oraciones, subiendo á la torre de la mezquita y agitando un banderin colocado en la punta de un palo. Hecha esta señal, se vuelve el *mezzuin* hácia el Sur, donde se halla la Meca, y poniéndose los dedos en los oidos, grita con toda la fuerza de sus pulmones: *Dios es Dios* y *Mahoma es su profeta*, repitiendo despues estas palabras en las demas direcciones.

De esta manera sabe el público la division del tiempo, puesto que los pocos relojes que existen en el pais, se hallan solamente en las principales mezquitas de las grandes poblaciones.

Las mezquitas subalternas repiten la señal dada por la primera, y entonces acude cada cual á la que le merece la preferencia. Al entrar todos se descalzan, besan la tierra, y lavan la boca, la nariz, las orejas y la planta de los pies, con cuya operacion creen purificarse y redimir sus pecados.

Durante el tiempo que permanecen en sus templos, sentados en unas esteras, no se atreven á toser ni á escupir, y no hablan con nadie, á no ser en un caso de estrema necesidad.»

IX.

¿Qué habia producido la estraña resolucion de que el emperador de Marruecos quisiera tener en su poder no solamente á Zaard, sino tambien á Sara?

Reservando para mas tarde dar á conocer á nuestros lectores la causa que habia producido aquella resolucion, vamos á seguir á los prisioneros hasta el palacio de S. M. Xeriffiana.

Conducidos por el gefe de la guardia negra, llegaron á Mequinez.

Sidi-Mohamet se paseaba apresuradamente por su *cobba*.

En su rostro, contra la costumbre general, se advertia una mezcla de cólera y deseo imposible de espresar.

Por dos ó tres veces llamó á sus oficiales, y por dos ó tres veces volvió á despedirles sin haberles dicho para qué los queria.

Por fin, no pudiendo dominar su impaciencia por mas tiempo, volvió á llamar, y un moro se presentó en la puerta de la estancia.

—Qué desea el infalible y poderoso emperador de Marruecos?

—Que vayas inmediatamente al *mirab* de la Alcazaba, y tan luego como distingas los bokaris que salieron ayer tarde, vengas á avisarme.

—¿Y no mandas nada mas á tu siervo?

—Sí: trata de ver si vienen con ellos el príncipe de los Huled-Ben-Jassi y la litera donde iban las mujeres que le regalé. Cuenta con no engañarme porque pudiera costarme la vida el no haber fijado bien tu vista. Vete.

Tras esta brusca despedida, se alejó el musulman de la estancia, y el sublime emperador volvió á su impaciencia y á sus paseos.

Y transcurrieron algunas horas.

Y algunos altos funcionarios del imperio que venian á tratar

con su Señor de los asuntos de la guerra, tuvieron que esperarse en las habitaciones esteriores, porque S. M. marroquí no se hallaba en estado de tener consulta alguna ni de tratar otros asuntos que no fuera el referente á su pasion ó mejor dicho á sus deseos.

Solamente cuando sintió que Zaard se alejaba de su lado, fué cuando comprendió que sino amaba al menos entre sus goces, habia un vacío que no llenaba mas que la posesion de aquella mujer.

Añadido á esto otros incidentes que ocurrieron todos referentes al mismo obgeto, aunque con el variante de haber otra mujer mezclada en la cuestion, hicieron que el sultan diese la órden que ya conocen nuestros lectores.

Las horas que transcurrieron le parecian cada vez mas lentas.

Hubiera deseado que la órden que dió para prenderlo, hubiera podido efectuarse en el acto.

Pero como el príncipe ó mejor dicho Sara y su comitiva llevaban buenos caballos, y les convenia cuanto antes alejarse, retardó mucho mas su captura.

Por fin se presentó otra vez en el *cobba* el comisionado para avisar su llegada.

—¿Vienen ya? le dijo el emperador en el momento de verlo.

—Ahora mismo acaban de entrar en la ciudad, Poderoso Señor.

—Está bien. En cuanto lleguen, que entren.

Salió el musulman y no se hizo esperar mucho la llegada de los que habia anunciado.

Alzóse el tapiz que cubria la puerta de la estancia, y se presentó en ella el oficial de los *bokaris* acompañado de Sara.

Una esclamacion de alegría se exáló de los labios de Sidi Mahomet.

—Señor, aquí tienes al príncipe que me encargaste tragera á tu presencia. Y en cuanto á las mujeres que le acompañaban, esperan tus órdenes en la puerta del *Al-cassar*.

—Has cumplido fielmente con tu encargo, y estoy satisfecho

de tu celo. Las mujeres manda que las lleven á mi harem, y tú vete á esperar mis órdenes.

El oficial se contentó con hacer una profunda reverencia, y tras ella se marchó á cumplir la voluntad de su dueño.

X.

Sara y Sidi-Mahomet quedaron solos en el *cobba*.

Durante algunos momentos no se digeron ambos ni una palabra.

El Xerife miraba con una figeza espantosa á la hebrea.

Esta en cambio fijaba su mirada de águila con una espresion tan intensa, que le hacia bajar los ojos.

—Ya estás en mi poder, príncipe, le dijo Sidi-Mahomet con un acento de ironía punzante.

—Y ya he tenido ocasion de conocer una de tus traiciones, sultan, le contestó Sara con infinito desden.

—No sabia yo que las mujeres de tu raza supieran cambiar tan perfectamente de sexo.

—Ni yo que los emperadores de la tuya fuesen tan perjuros y tan miserables.

—¡Por Alá!... gritó exagerado el Xeriffe, llevando la mano á la empuñadura de su gumia.

—Hiere, le dijo la hebrea, con un desprecio indescriptible, no seria el primero ni el último de tus crimenes.

El sultan estaba petrificado.

Aquel proceder, aquel modo de ser tratado, le asombraba y no podia darse cuenta de lo que sentia.

Una mujer, el ser mas débil de todas las sociedades civilizadas y el mas despreciable entre los musulmanes, era el que tenia la audacia de despreciarle é insultarle en su propio palacio.

Por dos veces quiso hablarla, quiso castigar su insolencia; pero sus miradas se encontraron con unas pupilas ardientes

que irradiaban de una manera tal, que era imposible resistir el fulgor sombrío que despedian.

Pasaron algunos momentos en silencio.

Al cabo de ellos, con voz no muy segura, dijo el sultan:

—Mira, mujer, has hecho conmigo lo que nadie hasta ahora se ha atrevido hacer, me has hablado con un lenguage que hubiese costado la vida al mas alto de sus súbditos. A tí te lo he tolerado porque hay en tí un no sé qué especial que me fascina, que me subyuga, y que ni aun me hace dueño de mi misma voluntad. Por esta razon es necesario que seamos amigos.

—¡Nunca!

—Por qué?

—Porque no podemos serlo, por que de tí á mí hay una distancia inmensa.

—Es que esa distancia puedo acortarla yo.

—Para eso falta mi voluntad.

—Pero yo te amo.

—Y yo nunca podré amarte.

—Es que yo tengo medios para hacerte que cedas.

—Y yo la fuerza necesaria para arrancarme el corazon antes que llegue ese caso.

—Es que yo en mis dominios soy el amo, soy el Señor absoluto, lo entiendes?

—Y yo de mis amores soy la señora.

—Yo te colmaré de riquezas, serás la reina de mi harem.

—Y yo desprecio tu reino lo mismo que tus riquezas y lo mismo que tu corazon.

—Mujer! dijo colérico Sidi-Mohamet. Piensa que estás hablando con el poderoso sultan de Marruecos, con el poderoso Xeriffe.

—Y tú no olvides que estás hablando con la hija del joyero de Mequinez.

El efecto de estas palabras fué maravillloso.

Una transformacion estraña se operó en el semblante del emperador.

Su morena tez empalideció de un modo que causaba horror.

Sus labios se agitaban convulsivamente.

Fijó sus asombrados ojos en la hebrea y murmuró algunas palabras ininteligibles.

Entre tanto Sara dejaba caer sobre él aplomo su triunfadora pupila.

Por entre sus labios vagaba una sonrisa de cruel satisfaccion.

Representaba la imágen fiel del ángel caido gozándose en los tormentos de la humanidad que sufre.

—Te acuerdas de Rebeca acaso? Le preguntó acentuando fuertemente cada una de sus palabras.

—Calla, no repitas ese nombre, dijo Sidi-Mahomet con una agitacion estraordinaria.

—¿Tienes miedo, ó es que sientes en tu corazon el remordimiento de tu proceder infame? ¿Y eres tú el emperador á quien llaman justo, el hombre á quien adoran millones de súbditos y estás temblando delante de una mujer?

—Oh! la fatalidad se conjura contra mí, dijo con acento angustiado el sultan.

—No es la fatalidad, son las acciones del pasado que vienen á reprocharte tu presente; son los crímenes que llevan tras sí el castigo. ¿Te acuerdas de la batalla de Ysly?

—Calla mujer: dijo el Xeriffe cubriéndose los ojos como si quisiera no ver un fantasma sangriento.

—Me has de escuchar, tengo necesidad de que oigas mis palabras y de que caigan en tu corazon como gotas de hirviente plomo que te causen el remordimiento en tu presente y la amargura en tu porvenir. La víspera de aquella batalla te se presentó uua mujer á quien habias robado la honra, á quien tú habias hecho criminal y á cuyo esposo tú habias asesinado porque era un obstáculo para tus deseos.

—En el nombre del santo Profeta te ruego que calles. No comprendes lo que estoy sufriendo?

—Ya te he dicho que necesito que me escuches y me has de escuchar. Tu sufrimiento de hoy no tiene comparacion con el

que tendrás mañana. Tu abusaste indignamente de aquella mujer y la despreciaste despues de haberla envilecido. Aquella mujer te amaba, te amaba con un cariño delirante, con un amor frenético, desesperado. Por donde quiera que tú fuiste, te siguió aquella mujer. La víspera de la batalla de Ysly celebraste una reunion con todos los oficiales, en la cual tú les presentaste todo el plan de la accion que habias de dar el dia siguiente. Ella lo escuchó todo, y cuando tú quedaste solo, penetró en tu tienda; como siempre te pidió tu amor y como siempre lo despreciaste, te suplicó de rodillas y en tu furor insensato la repeliste tan bruscamente que su cabeza chocó contra unos palos de la tienda, y la sangre corrió por su rostro. Entonces juró vengarse y se vengó. Burlando la vigilancia de tus tropas, salió aquella noche de tu campo, se fué al de tus enemigos y al dia siguiente tuviste la derrota mas completa que cuentan los anales marroquíes.

—No me recuerdes aquel dia, dijo interrumpiéndola Sidi Mahomet.

—A aquel dia se siguieron muchos, aquella mujer tan ardiente para amar como para aborrecer, te fué preparando enemigos para el dia en que subieras al trono. Ella no ha podido ver el resultado de su obra: murió, pero su venganza quedó en muy buenas manos, y los resultados son y prometen ser aun mucho mejores.

—Calla, volvió á repetir el sultan con un acento en que se hallaban mezclados la cólera y el miedo.

—Ni tu cólera me asusta, ni tu amor me enorgullece, ni tus terrores conseguirán inspirarme compasion. Estas en una guerra con una nacion que te ha demostrado lo que puede, los franceses tratan de introducirse poco á poco en el corazon de tus reinos, la Inglaterra te tiende una mano de amigo y te saquea con la otra de mercader; tus pueblos te temen pero te detestan.

—Silencio! repitió el Xeriffe acreciendo su furor.

—Multitud de tribus te se están declarando independientes, tu tesoro se vá quedando exausto con los inmensos gastos que

estás haciendo, y para completar este cuadro, para hacer mas horrible tu situacion, tus hermanos te disputan el trono, tienes la guerra civil dentro de tus estados, y en la frontera de ellos una nacion estraña ha castigado una y otra vez tu orgullo y tu necedad.

—¿Pero tú te has propuesto que yo te entregue á mis verdugos?

—Aunque hicieras eso, la venganza de Rebeca se cumpliria y ay! de tí cuando llegue ese dia que está muy cercano.

—Pues bien, yo desafio esa venganza; que llegue ese dia que me anuncias, y me encontrará sereno, yo venceré á todos mis enemigos, pero no sin que antes hayas sido tú mi concubina.

—Jamás! gritó con arranque la hebrea.

—En tu necio orgullo has ido á meterte en la boca del leon.

—Es que la serpiente es mas astuta que el, y saldrá vencedora en la lucha.

—Lo veremos, dijo el Sultan.

Tras estas palabras tocó un timbre que habia en la estancia, y á su vibracion se presentó en ella un musulman que con respetuoso acento, preguntó:

—Qué mandas señor?

—Lleva esa mujer á mi harem y dí al gefe de mis eunucos que la provean inmediatamente de las tropas que convienen á su sexo.

Y arrojando una mirada de triunfo sobre la judía, desapareció por una de las puertas del *cobba*.

Sara, á su vez fijó sus ojos de una manera indefinible en el sultan, y daguerrotipando en sus labios una sonrisa de desprecio, siguió al encargado de conducirla al harem.

XI.

Entre tanto era general la impaciencia entre el egército por continuar hácia adelante.

Y esta impaciencia se hacia estensiva á toda la península.

Es verdad que es imposible que haya habido guerra alguna cuyos pasos se hayan seguido con mayor interés que la de que nos ocupamos.

Todas las provincias, todos los pueblos, todos los individuos han formado por decirlo así, una masa comun en la cual solo ha habido un pensamiento; el engrandecimiento de la España, solo un deseo; el de vencer en la lucha entablada, solo una idea; la de sacrificarse, porque el resultado de esa lucha sea satisfactorio.

Y esta impaciencia, este deseo, este pensamiento, y esta idea, estaban perfectamente acordes con los de todo el egército.

Vencedor en tantos combate, habia aspirado á la posesion de una ciudad musulmana.

La fortuna les habia sonreido, y el Dios de las victorias habia realizado sus deseos, concediéndoles á Tetuan.

Aquella senda perpetuamente esmaltada de laureles, habia hecho agitarse nuevos deseos en su corazon, y brotar ideas nuevas en su mente.

Tetuan era poco para su ambicion.

Habian conseguido á la perla del Guad-el-Jelú y no estaban contentos.

Les habia parecido que Tetuan era una virgen pudorosa y timida que no habia tenido fuerzas para resistir el empuje indomable de los invasores.

Los soldados querian posesionarse de Tánger.

Aquel guerrero cubierto de hierro, y arrojando por las bocas de sus cañones la muerte y la destruccion, escitaba poderosamente sus deseos.

Cuanta mas resistencia haya en un punto, mas gloria hay en tomarlo.

Este pensamiento se habia tan fuertemente arraigado en la imaginacion de todo el egército, que se esperaba con una ansiedad indecible el momento en que se recibiera la órden de alzar las tiendas.

Demasiado sabian que el camino que iban á atravesar era

en estremo peligroso, pero peligroso tambien habia sido el paso del Cabo-Negro, y sin embargo se encontraban en Tetuan.

Y sobre todo una victoria sin peligros, no es victoria, y el soldado español, no es de los que quieren ceñir un laurel, sin haberlo antes regado con su sangre.

Pero para una marcha así, como ya hemos indicado anteriormente, era preciso tomar otras medidas, otras precauciones, que antes no habian sido necesarias.

Los camellos habian llegado ya al campamento, pero era necesario proveer de altolas á los destinados para la conduccion de heridos, y de sillas especiales á los que hubieran de conducir víveres, etc.

Todo esto como es natural habia de llevarse tiempo, y tiempo que aumentaba la impaciencia general.

Pero la responsabilidad sobre quien pesaba era sobre el General en Jefe, y este, lo comprendia demasiado bien para no dar un paso sin contar con los elementos necesarios para su mejor resultado.

En cuantos movimientos habia egecutado hasta entonces habia salido bien, y no era justo que por una ligereza incalificable, fuera á arriesgar el fruto de tantos afanes.

Y no era él, quien menos deseos tenia de castigar de una vez á los marroquíes.

Cada dia, tenia que lamentar la pérdida de algun soldado á quien los moros que se acercaban por la noche al campamento, quitaban traidoramente la vida.

Se trató de escarmentarlos, y para el efecto, salieron algunas fuerzas, á las aldeas en que moraban aquellas hordas de rateros y asesinos.

Pero se alejaron llenos de pavor, contemplaron desde lejos el incendio de sus chozas, y á la noche siguiente volvieron á sus robos y asesinatos.

Así es que unido al deseo de castigar todos estos latrocinios, tenia tambien el Conde-Duque, el de satisfacer con la ansiedad pública la del mismo egercito.

Mas los elementos que tan contrarios nos han sido desde

que se empezó la guerra, volvieron á desencadenarse, y los temporales volvieron á reinar en aquellas costas impidiendo el desembarco de los obgetos precisos para la marcha.

Sin embargo la calma volvió á restablecerse, y los preparativos siguieron activándose.

La segunda parte de la campaña se habia inaugurado brillantemente con la accion del dia 11, y aquella habia sido el preludio de nuevas victorias.

Los tercios vascongados, esa ofrenda hecha por las tres provincias hermanas á la guerra de Africa, hacia dos dias que estaban en Tetuan completando su instruccion, y ansiaban tambien medir sus armas con las de los marroquíes.

Se habia hablado mucho de ellos, y querian dejar bien puesto el honor de las provincias que representaban.

Hasta entonces ninguno de los batallones que habian ido al otro lado del estrecho, habia sido indigno de los soldados que tan heroicamente inauguraron la campaña y los voluntarios catalanes, en su bautismo de fuego en la batalla del dia 4 de Febrero habian escitado la admiracion de sus compañeros.

Los tercios vascongados, pues, necesariamente tenian que ponerse á la altura de su fama, é igualar, ya que superar no, á los que habian regado con su sangre el suelo africano.

El general Latorre, los habia organizado, y él mismo los habia de conducir á la victoria.

Por fin tras largos dias de espera, tras tantas horas de ansiedad infinita, se dió el dia 22 de marzo la órden de batir tiendas, y el egército ébrio de entusiasmo, y ansioso de gloria, se puso en marcha con direccion á Tánger.

XII.

Puestos ya en marcha nuestros soldados, nos parece muy oportuno dar algunos antecedentes sobre el camino que tenian que atravesar para llegar á Tánger, y los accidentes de aquel terreno en los cuales habian de encontrar cien peligros.

Sin embargo nada arredraba á nuestros valientes, y eso que como nuestros lectores verán, habia en aquellas sendas abiertas entre las rocas, motivos para amenguar el valor de los mas esforzados.

«En la estacion buena, ó de primavera los viajeros recorren ordinariamente á caballo en diez ó doce horas el trayecto de Tánger á Tetuan. En la época del mal tiempo, se ven forzados á detenerse en el Fondack, á 24 kilómetros de Tetuan próximamente, donde pasan la noche.

Antes de llegar á este punto y á tres kilómetros saliendo de Tetuan, se encuentra el Djebel Ghuby, y como á la distancia de un tercio del puente de Bronfoth, un arroyo llamado Uned-Samsa.

Dicho puente, distante unos diez kilómetros de Tetuan, es de piedra, casi nuevo, y se halla en buen estado. Se llega á él de Tetuan por un camino de una pendiente continuada y rápida.

De Tetuan al Fondack se recorre un pais muy accidentado, donde se encuentran pasos muy difíciles para los viajeros y casi impracticable para un ejército con su artillería y bagajes. Los obstáculos mas grandes están á la aproximacion del Fondack.

El Fondack es un arenal en medio del cual se encuentra un patio rodeado de arcos, bajo los cuales están situadas las habitaciones de los viajeros. Este establecimiento pertenece al Emperador.

Allí reside un guardian ó portero que percibe una ligera retribucion de los viajeros, estos deben ir provistos de todo lo necesario para su cama, su subsistencia y la de sus caballos.

De nada puede proveérseles en el acto mas que de agua escelente.

El Fondack está construido en el fondo de una garganta en medio de páramos desiertos y de montañas cubiertas de maleza. Viniendo de Tanger se descubre delante de sí el Fondack, á una distancia de mas de doce kilómetros.

Al salir del Fondack, y pasada la garganta en que está situado, el camino que sigue hasta Tanger es casi siempre directo.

A casi igual distancia del Fondack y Tetuan, es decir á 24 ó 30 kilómetros sobre el camino que conduce á Tanger, se encuentra en un sitio muy pintoresco y cubierto de sombra, una bonita fuente nombrada *Amodjeda*, cuyos alrededores son en el invierno pantanosos. Cerca de ella están los restos de un campo atrincherado de los romanos.

La ruta ordinaria de Tetuan á Tanger pasa por el lado.

Se llega de Tetuan á Tanger por la parte del mar ó de la aduana, despues de haber franqueado un pequeño arroyo y atravesado un pántano cubierto casi siempre de agua en invierno. En la actualidad este pántano está seco.»

XIII.

Creemos que si nuestros lectores nos han seguido favoreciendo hasta algunos de los capítulos anteriores, recordarán á Benjamin el hijo del *cheg* de los judíos de Mequinez.

Todo era innoble en aquella figura.

Su deformidad física causaba á primera vista compasion.

Pero reparando en las líneas de aquel rostro, en aquellos ojos que arrojaban una mirada sesgada y recelosa, en aquella frente deprimida, y en la sonrisa dura y cruel que casi siempre vagaba por sus labios, no podia menos de sentirse un miedo instintivo y una repulsion invencible hácia él.

Tal vez en la formacion de aquel carácter, y en la maldad de sus ideas, habia influido mucho la deformidad de sus espaldas, y la mala configuracion de sus piernas.

Benjamin habia nacido dotado de una inteligencia despejada y brillante.

Cuando niño, mientras que todos sus hermanos eran acariciados por sus padres, y los amigos y parientes de estos, á él solo le concedian cuando mas una mirada y una palabra de compasion.

De esto nació la envidia en el fondo de su pecho.

En los juegos de sus compañeros, no podia alternar, porque las burlas mas picantes, los motes mas crueles llovian sobre él, y si se encolerizaba, nadie le daba la razon, y todos pegaban con el pobre jorobado.

La consecuencia de esto fué el aborrecimiento á sus semejantes.

Sin fuerzas físicas para luchar con ninguno, recurrió á la astucia, y esta le sirvió maravillosamente en todos los actos de su vida en que tuvo necesidad de hacer uso de ella.

Conforme fué creciendo, su odio se fué desarrollando.

Con la edad sintió nuevas pasiones, y tuvo que renunciar á la satisfaccion de todas ellas.

No podia acercarse á una mujer, porque en seguida, si era demasiado prudente para echarle en cara su deformidad, se negaba á concederle su amor.

Sus padres no se cuidaban de él, y todos los alagos, todos los placeres eran para sus hermanos.

De ahí, el que se reconcentrase en sí mismo, y un ódio implacable hácia toda la humanidad, fué lo único que sintió en su pecho.

Sus labios solo se entreabrian para pronunciar una palabra amarga y punzante como la envidia, y el odio que le devoraba.

Hacia cuanto daño podia, y la idea del bien fué desterrada de su imaginacion.

Al aprender á odiar, aprendió tambien á ser hipócrita, y todos sus crímenes los ocultaba bajo una capa impenetrable.

Y así pasaron muchos años.

Parecia que todas las demas pasiones yacian adormecidas en el fondo de su alma.

Y solo su aborrecimiento profundo é indestructible vivia perenne y amenazador siempre en su pecho.

Por entonces, llegó Sara á la casa de su padre.

Como siempre Benjamin escuchó la conversacion que habia mediado entre el *cheg* y la hebrea.

Miró á Sara con avidez, y sintió palpitar una cosa en su seno.

Se le encendieron las megillas, un fuego abrasador devoraba

su pecho, y sus ojos le parecian insuficientes para contemplarla.

Aquello que él sintió en su seno, era la pasion que se habia despertado en un momento, y habia crecido de una manera inmensa.

Hervía la sangre en sus venas, y no podia darse él mismo cuenta de aquellas estrañas sensaciones.

Se habia separado ya la hebrea de su vista, y él la estaba mirando todavía.

Tras las palabras que nuestros lectores recordarán, le dijo su padre, se retiró á su cuarto, y á solas consigo mismo se dedicó á estudiar su situacion.

Al comprender el estado de su alma, se estremeció.

Comprendió que aquello era amor, y demasiado sabia que para él era un fruto vedado.

Pensó que Sara podria amar á otro hombre, y unos celos horribles, punzantes y amargos destrozaron las fibras de su alma.

Quiso ahogar por el esfuerzo potente de su voluntad aquella pasion, y todo fué en vano.

Lágrimas de una amargura infinita brotaron de sus ojos.

Acusó á la naturaleza de aquella figura repulsiva que le habia dado, y ni su desesperacion, ni sus llantos, pudieron aliviar el fuego que le consumia.

Muchas horas pasaron así.

Al cabo de ellas, en su semblante se retrataba una alegría siniestra.

Habia encontrado un medio para vencer.

Se decidió por hablar aquella noche con la judía, y lo consiguió.

Estaba esta sola en su estancia.

La presencia del jorobado, la sorprendió, y mucho mas su manera de espresarse.

Benjamin la dijo que la amaba con una vehemencia estraordinaria.

Virgen de amores su corazon, arrojaba á torrentes hasta sus lábios palabras de una elocuencia infinita.

Sara le escuchaba, y no comprendia que bajo aquella capa grosera y repugnante, se ocultara un alma que dictase seme-mejantes palabras.

Sin embargo, ella amaba, y su amor era de aquellos que nada, ni nadie podian borrar.

Con una franqueza encantadora, reveló al judio su pasion, y por causa de esta la negativa á la correspondencia de la suya.

Benjamin la escuchó impasible.

Ni un músculo de su fisonomía se alteró.

Pero al levantarse la arrojó una mirada indefinible, y tambaleandose como una persona embriagada salió de la estancia sin decirla una palabra.

Sara no volvió á acordarse de aquel incidente.

Mas al salir al dia siguiente para ir al palacio del Emperador distinguió en el fondo del sombrio corredor de la casa del Cheg, dos ojos que al fijarse en ella despedian un fulgor que tenia algo de fatídico y terrible.

Benjamin habia encontrado el medio de vencer á aquella muger, y enseguida iba á ponerlo por obra.

Cuando Sara salia del palacio llevándose á Zaard, Benjamin, estaba hablando con el Xeriffe marroquí.

Alli le dijo quien era la hebrea, á lo que habia venido, y la consecuencia de esto, ya la han visto nuestros lectores.

CAPITULO XXXX.

Alberto y Zelin se ponen en camino para Mequinez.—El invisible y Zobeiba.—El desierto de Gart.—Kabilas del Riff en el campamento de Muley-Abbas.



Esperaba impaciente Abdel-Abbas la noticia de que la marcha de Zaard se habia verificado con el éxito mas satisfactorio.

Habia estado en las cercanías del alcázar espiando los movimientos de los soldados que acompañaban á Sara, y cuando vió á ésta que salia escoltando la litera donde iba la amada de Zelim sintió palpitar su corazon con una alegría inmensa.

Entonces se retiró á su casa para esperar el mensaje que segun Sara le habia dicho le enviaria diciendo en el lugar en que le esperaba.

Y en ese anhelar inquieto se pasaron muchas horas al cabo de las cuales se presentó en la casa del *Cheg* un moro que solicitó hablar con Abdel-Abbas.

—Qué traes, Daniel, le dijo este en el momento en que la vió. ¿Dónde me espera Sara?

—Ah! Señor le contestó Daniel no podeis imaginaros lo que ha sucedido.

—Que ha pasado, vamos esplicate.

—Que anoche fuimos sorprendidos por la guardia negra del Emperador y mi señora con las otras dos mugeres ha sido conducida al palacio de Sidi-Mohamed.

—¿Qué estás diciendo, Daniel? dijo Abdel-Abbas con un acento que revelaba su profundo dolor.

—La verdad, nosotros nos defendimos pero eran muy superiores en número nuestros enemigos y no tuvimos mas remedio que ceder. De los moros los que no quedaron tendidos en el campo huyeron y solo yo he podido á través de mil peligros seguir a mi señora y separarme de ella cerca de la ciudad para venir á decirte lo que ha pasado.

—¡Dios de Israel! Exclamó el hijo de Isaac alzando entrambos brazos al cielo. ¿Y qué vamos á hacer ahora? Mira Daniel, prosiguió dirigiéndose al jóven, vete á preparar nuestros caballos que vamos á partir en seguida.

—Está bien, voy al momento.

Salió Daniel de la estancia y Abdel-Abbas se dirigió á la del *Cheg* á quien contó todo lo que habia ocurrido.

Este no sabia esplicarse la causa de aquella estraña mutacion en el ánimo del Sultan.

Es verdad que nada de particular tenia si se atiende á la índole peculiar de los déspotas musulmanes.

Abdel Abbas encargó al *Cheg*, que estuviese muy al cuidado de todo cuanto pudiese averiguar respecto á Sara y que no escasease medio alguno para facilitar su evasion si por casualidad permanecia en el palacio puesto que él se iba inmediatamente á Tetuan á participar lo que habia pasado á sus parientes.

El *Cheg* prometió hacer cuanto estuviera de su parte y aquella misma tarde salieron por la puerta de Raab-Ebeu-Ismail el hijo de Isaac seguido de Daniel y de otros dos esclavos.

II.

Sin detenerse apenas á tomar aliento atravesaron la distancia que separa á la capital del imperio, de Tetuan y llegaron á esta ciudad á los dos ó tres dias de haberse empeñado la accion del dia once.

Inmediatamente se dirigió Abdel á la casa de su padre donde se encontró á Alberto.

El poeta esperaba con impaciencia noticias de Sara.

No pasaba dia en que no se acordase de ella, no precisamente por el cariño que él sentia si no por el que la hebrea abrigaba respecto á él.

Alberto comprendió que jamás podria amar á Sara.

Pero sin embargo conocia el cariño que ella le profesaba, habia visto el sacrificio tan inmenso que por él habia hecho y su conciencia le decia que amase á aquella mujer aunque su corazon la rechazara.

Así fué, que al saber por boca de Abdel la prision de la hebrea, sintió un dolor profundo en el fondo de su alma.

Y tan luego como vió á su hermano, le dijo:

—¿Sabes lo que ha pasado, Zelim?

—No, si tú no te esplicas, le dijo este:

—Pues bien, Sara habia conseguido sacar de las garras del emperador á tu amada. . . .

—Oh! bendito sea el señor, dijo Zelim con un acento en que se advirtió el goce que embargaba su pecho.

—No te alegres todavía.

—Pues que hay? habla.

—Que Zaard y Sara han sido cogidas por el Xeriffe.

—Oh!

—Ya estaba en libertad, ya se hallaban bastante lejos de Mequinez cuando un tropel de ginetes de la guardia negra las ha sorprendido y llevado al palacio de Sidi-Mahomet.

—Y qué vamos á hacer ahora? preguntó el amante de Zaard.

—Tratar de salvarlas á toda costa, contestó Alberto.

—¿Y de qué modo?

—Marchando á Mequinez.

—Pero yo solo, será imposible.

—Yo iré contigo y ademas nos acompañará Abdel.

—Gracias, hermano mio, centestó con efusion el amante de Zaard, estrechando la mano del poeta.

—¿Y cuándo partimos?

—Mañana al romper el alba.

Y tras estas palabras fueron los dos hermanos á comunicar su proyecto al anciano Isaac que se hallaba sumamente afligido con la noticia de la prision de Sara.

Desde allí se fué el poeta á despedir de Zaida y de Ester.

En cuanto á esta última, fué su despedida mucho menos tierna y menos aflictiva que la de Zaida.

Ester estaba demasiado preocupada con la marcha, que segun se decia, pronto emprenderia Cárlos para que pudiese pensar en otra cosa.

La pobre niña amaba á Alberto con su primera, con su mas santa, con su mas ferviente pasion, y aunque éste siempre la habia desengañado, ella no por eso dejaba de amarle.

Así fué que en su despedida hubo lágrimas y protestas de amor, y las mismas palabras contenidas y severas del amante de Sara.

Y no era porque Alberto dejára de amar á Zaida.

Al contrario, habia una fuerza misteriosa en su corazon que le impelía hácia la pobre niña.

Pero estaba de por medio su deber y á él y solo por él se sacrificaba.

Por fin, tras las despedidas y tras los llantos, en la madrugada del siguiente dia, el poeta, el amante de Zaard y Abdel-Abbás, emprendieron el camino para Mequinez.

Y montes, y valles, y llanuras, y quebradas sierras atravesaron nuestros viageros.

Alberto y Zelim habian vuelto á dejar sus trages castellanos para vestir á la usanza mora.

Y de este modo pudieron pasar por cerca del Fondack sin escitar las sospechas de los soldados de Muley-Abbás.

De esta manera, corriendo siempre y descansando apenas, llegaron nuestros viageros á la entrada del desierto de Gart.

III.

Antes de seguir á Alberto y á Zelim en su escursion, y próximos á entrar ya en el pequeño desierto de Gart, nos parece oportuno transcribir lo que sobre este punto hemos visto en las memorias del señor Alvarez.

«Un espectáculo tan nuevo como aterrador se iba á presentar sin embargo á su vista. Insensiblemente fué, espirando la animacion de los viageros. El silencio habia sustituido á las continuas preguntas y respuestas de unos y otros. Miró Alvarez á su alrededor. y vió las fisonomías macilentas, los ojos de Sidi-Mahomet, animados y alegres siempre, estaban velados por una espresion sombría; no habia necesidad de preguntar la causa de aquella trasformacion desagradable. Habian desaparecido las hermosas florestas, las alegres y embalsamadas campiñas, las frondosas enramadas y las colinas pintadas de esmeralda. No serpenteaba á sus pies ningun arroyo cristalino: no alegraba su oido el armonioso trino de las aves, ni el sordo y blando murmullo que el Euro arranca de los bosques, meciendo suavemente las copas de los árboles: no se veia aquel cielo azulado y trasparente, bordado de nubecillas de oro y púrpura. Todo lo que se presentaba á la vista era sombrío, melancólico y siniestro.

Permaneció mudo por un rato bajo aquella impresion misteriosa é indefinible. Por último, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, preguntó á Sidi-Mohamet.

—¡En donde estamos!

—¡En el desierto! murmuró el árabe, y ambos quedaron otra vez en silencio.

—¡El desierto! horrorosa soledad, desnuda de vegetacion y falta de agua; de donde huyen aterrados los hombres y los animales; donde los vientos abrasadores y violentos arrastran en su impetuosidad montañas de arena que sepultan carabanas enteras; donde la planta del viagero no encuentra mas que ásperos y tortuosos senderos, herizados de rocas calcáreas, abiertas por la fuerza del sol y de los vendabales.

Aquí y allá se veian montañas escarpadas de un color sombrío. No fijaban la vista los viajeros en ningun objeto que no trajese á su imaginacion la idea de la muerte. El espíritu mas levantado se siente allí sobrecogido de un temor supersticioso que le embarga y le amilana á su albedrío, quitando á la sazon la predominacion. El contorno estraño y caprichoso de aquellas inmensas moles casi negras, se les figuraban fantasmas animados que avanzaban paulatinamente, hacian ellos: hasta el ruido de sus mismos pasos, les hacian volver la cabeza espantados.

Nada tiene de estraño esos temores pueriles de niño, aun en los hombres de mas valor, porque este solo se tiene sobre los objetos y cosas que nos son familiares ó están al alcance de la razon; pero el desierto con todos sus incidentes peculiares, coloca al hombre en una situacion escéntrica y sobre natural, fuera de ese mundo que vive como él, que le comunica todas sus emociones; la continuidad en el desierto bastaria por sí sola para estinguir lentamente su existencia.

No es sin embargo el desierto de *Gart*, que atravesaban los viageros, el mas espantable de los que se encuentran en aquel pais clásico de los desiertos. Todo el dia caminaron por él, y eso que no hicieron mas que cruzarle por uno de sus estremos.

Hacian alto de trecho en trecho, porque la arena movediza sobre que pisaban rendia á los hombres y á las caballerías; pero la idea de que les sorprendiese la noche en tan horribles soledades, les daba fuerzas y alientos para salvar las ásperas

y los profundos barrancos. Iba el sol terminando la carrera; se habia presentado á la vista de los viajeros un montecillo que era preciso salvar antes que la oscuridad de la noche les espusiese á caer en los derrumbaderos que ofrecia por ambos lados. Aguijonearon á las mulas, treparon casi los hombres cuesta arriba, y en una media hora se hallaron sobre la cuesta del montecillo.

¡Qué espectáculo se presentaba desde allí á la vista!

¡El ocaso! ¡La puesta del sol en el desierto!

Hé aquí una fruicion que no atreve á darse el mas temerario de los viageros. Hay quien escale las elevadas cimas de san Bernardo, quien descienda impávido hasta una profundidad fabulosa por entre las grietas que se forman en el cráter de los volcanes; pero, quién aguarda en el desierto á que espiren los últimos fulgores del sol? ¿Quién espera las tinieblas de la noche, allí donde á la luz del dia se siente el alma mas fuerte sobrecogida y helada de espanto?

Era tan sorprendente y estraña aquella perspectiva, que Alvarez no pudo menos de pararse un momento á contemplarla. Detuvo por el brazo á Sidi-Mohamed, y ambos quedaron absortos, la vista fija en el incidente. Presentaba al cielo un color amarillento y casi verdoso, sobre el que se destacaban con dureza en líneas paralelas y horizontales unas nubes negruscas como de pizarra; por su parte inferior, y casi besando el horizonte, enseñaba todo su disco el astro luminoso, pero sin ese foco de luz irresistible á la pupila. Semejaba mas bien la luna cuando aparece rojiza y como ensangrentada despues de la tempestad. Sus débiles rayos proyectaban su amortiguada luz sobre los objetos, dándoles un tono parecido al azufre. Los valles, los montes y los peñascales ofrecian un aspecto sombrío imposible de describir. Al hundirse completamente detras de la tierra, no dejó en pos de sí el crepúsculo sino una debilísima claridad que se estinguió en pocos minutos. Los dos espectadores caminaron silenciosos y con paso acelerado á unirse á sus compañeros de viaje.

IV.

Dejemos por ahora á los dos amantes proseguir su marcha y vamos entre tanto á ver lo que habia sido de Zobeiba cuando la arrebató el invisible del medio de la reunion de los gefes de las kabilas del Riff.

Quien era aquel hombre que causaba un terror tan profundo á los bravíos habitantes de aquellas montañas?

Nadie lo sabia.

Nadie supo jamás de donde habia venido ni cuando se iria.

En lo mas inaccesible de las montañas sobre el pico mas elevado de ellas habia establecido su morada.

El seno de una roca era su habitacion.

Nadie habia penetrado jamás en ella.

Un negro tan atlético como su amo era el único compañero y la única persona que habitaba con él.

Algunos Riffeños intrépidos y esforzados habian querido escalar aquella sierra á fin de conocer de cerca á aquel ser misterioso.

Pero casi todos habian pagado cara su temeridad.

De la cúspide de aquellas breñas se habian desprendido trozos de granito que habian arrastrado tras sí á los ansiosos.

Estaban dos kabilas en guerra, peleaba la una con razon mientras que la otra queria una injusticia. Llegaban á las manos y del lado donde estaba la razon se presentaba el invisible cubierto el rostro con una toca blanca y blandiendo su poderosa maza de hierro sembraba la muerte y la destruccion entre el bando que queria la injusticia.

Donde habia miserias allí estaba la mano del invisible para socorrerlas.

Donde habia crímenes que castigar allí estaba tambien el potente brazo del invisible para llevar á efecto la justicia.

Era por decirlo así el Señor Omnipotente de las tribus del Kalaya.

Y nadie pudo verle jamás el rostro.

Se le distinguia siempre por su caballo negro como el ébano, la piel de tigre que llevaba sobre sus hombros y la toca con que cubria su cabeza.

Cuando alguna familia, cuando alguna persona le ofendia hablando mal de él ó tratando de prepararle alguna celada; cuando mas descuidados estaban, penetraba por una de las ventanas ó se clavaba en las paredes de la casa una flecha á la que iba atado un papelito en el que se leia con carácteres rojos la palabra «invisible.»

Aquello era una especie de aviso para que se enmendasen.

Pero si sucedia al contrario, si persistian en su idea aparecia uno de los individuos tendidos en el campo con el corazon atravesado por una flecha exactamente igual á la que habia entrado en la casa.

Mil veces ocurrió que le esperasen ocultos tras de las peñas algunos moros con las espingardas preparadas, para quitarle la vida al salir de su caberna.

Pero habian disparado sobre él y ¡cosa estraña! habia seguido su marcha tranquilo é indiferente como si las balas no le hubieran tocado.

Entonces se retiraban mustios y cabizbajos los acechadores y á los pocos dias no habia algunos de ellos que no tuviese alguna desgracia que lamentar: bien fuese en su persona, ó bien en sus intereses.

Así es que con todas estas cosas el nombre solo del invisible bastaba para causar un miedo estraordinario.

Añadase á esto que segun contaban los habitantes de las inmediaciones se oian en medio de la noche gritos de una agonía inmensa, ruido de armas que se chocaban, carcajadas y llantos é imprecaciones todo revuelto en una confusion espantosa. . . . .

. . . .

Tal era el personaje que habia atravesado á Zobeiba delante de él sobre el caballo y que habia desaparecido del bosque.

El invisible fijaba sus ojos en los que brillaban un placer infinito sobre Zobeiba que aun permanecia desmayada.

De cuando en cuando sus labios se entreabrian y de su garganta se escapaban estas palabras pronunciadas con un cariño inmenso.

—¡Qué hermosa es!

Y volvia á su muda contemplacion otra vez.

Y de este modo atravesaron una gran distancia huyendo siempre de los sitios habitados.

Por fin llegaron á la falda de una sierra, cuya subida era áspera y dificilísima.

Parecia imposible que nadie pudiera subir por ella.

Pero el caballo asentó sus cascos sobre los primeros pedruscos y empezó á subir hacia la cumbre.

Casi á la mitad de la subida sacó el caballero un silbato de oro que pendia de su cuello y arrojó tres prolongados silbidos guardando siempre la misma distancia uno de otro.

En aquel instante pareció que en el seno de la montaña se advertia un gran movimiento.

De pronto se oyó sobre la cima un ruido como si se hubieran desplomado una multitud de peñas y despues todo quedó en silencio.

El caballero parecia ageno á todo aquello.

Fijo en la contemplacion de Zobeiba habia hecho una abstraccion completa de cuanto le rodeaba.

Sin embargo cuando llegaron á la meseta que formaba la sierra volvió en sí de aquella especie de sueño que le perturbaba.

Aquella superficie podia tener unos cincuenta pies en cuadro.

Casi en la mitad de ella se veia un promontorio de piedra que abriéndose en su centro permitia ver una bajada bastante suave y lo suficientemente alta para que pudiese penetrar por ella un caballo con su ginete.

A la puerta de aquella estraña caverna habia dos negros con las espingardas preparadas.

Ni el recien llegado ni los negros se dijeron una palabra

y el invisible empezó á bajar por la pendiente que se abria en el seno de las rocas.

V.

Zobeiba y el invisible penetraron en el subterráneo.

Conforme iban bajando la pendiente se hacia mas suave.

Por fin al cabo de dar una porcion de vueltas se detuvo el caballo, á la entrada de una especie de pórtico hecho con maderas primorosamente trabajadas.

Un tropel de negros se agrupó inmediatamente á la puerta.

El caballero se apeó sin soltar á Zobeiba, y abandonando el caballo á sus criados atravesó el pórtico.

Una estancia abovedada pero estensa se encontraba tras él.

Lámparas pendientes del techo, iluminaban tanto aquella habitacion como las demas porque iban pasando.

Servidores invisibles tambien, alzaban los tapices que cubrian las puertas al acercarse el caballero.

Conforme iban cruzando aposentos, iban cambiando estos de formas por decirlo así.

Paredes cubiertas, unas de esquisitos mosáicos, otras de tapices, y otras blancas y lucientes como si estuvieran charoladas; alfombras en los suelos, cuadros de esquisito mérito, muebles europeos y divanes, y esterillas y perfumes del gusto oriental, todo se encontraba en aquellos sitios.

Parecia un palacio encantado de las «*Mil y una noches.*»

El invisible no se detuvo en ninguna de aquellas habitaciones, y solamente en una de ellas, en vez de dirigirse al fondo donde se abria una puerta, se dirigió á la izquierda.

En este sitio habia un espejo colosal, verdadera maravilla de los adelantos de la moderna civilizacion.

El marco tenia en los cuatro ángulos cuatro rosetones dorados.

El invisible apretó uno de estos, y la gigantesca luna giró

sin ruido dejando ver una especie de corredor, corto y oscuro.

Al fondo de él habia una puerta.

Buscó en la pared otro resorte, y la puerta les franqueó el paso.

Nada mas fantástico, nada mas encantador que aquel lucido retrete, verdadero cielo del amor.

Figuraos una estancia octogonal, en cada una de cuyas ocho caras, se veia una Venus, sonriendo de placer y de voluptuosidad.

Festonad todas estas paredes con madreselvas y jazmines.

Mirad á la bóveda de este aposento, y vereis una especie de enrejado de finísimo alambre, por donde penetra un sol tibio, cuyo brillo amortiguan unas cortinas de seda celeste.

En uno de los lienzos de las paredes, á entrambos lados de una de las Venus, se abren tambien otras dos ventanas cubiertas asimismo de alambre, y atenuada la luz por otras cortinas de seda.

Poned sobre el pavimento una alfombra en cuyo tegido se hunden los pies.

Fijad estátuas de mármol en todos los ángulos del aposento.

Aspirad el aroma de aquellas flores.

Escuchad los melodiosos cantares de los pintados pajarillos encerrados en jaulas de nácar y palo santo.

Contemplad aquellos almohadones de raso celeste, que circuyen la habitacion, y tendreis una idea de lo que era aquel gabinete encantador construido en el seno de la montaña.

El invisible depositó, su preciosa carga en uno de aquellos almohadones.

Zobeiba no sabia donde, ni como se encontraba.

El caballero de pie ante ella, la contemplaba inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Nuestros lectores desearán indudablemente conocer mas detalladamente al personage, que de tan estraño modo se ha presentado, y que tan principal papel ha de jugar en nuestra obra.

Aprovechándonos de su distraccion, vamos á tratar de hacer su retrato físico.

Sobre un rostro de un moreno-claro, se fijaban dos ojos negros como la noche, y cuyas pupilas lanzaban unos destellos tan brillantes, que eran irresistibles si brillaban de amor, aterradores si los encendia el fuego de la cólera, y altamente interesantes cuando el dolor amortiguaba algo su brillantez.

Cubrid estos ojos con largas y pobladas pestañas, y sobre estas fijad los arcos de unas espesas cejas.

Separad estas por la línea de una nariz puramente griega.

Colocad bajo esta un espeso bigote, que á su vez sombrea una boca de proporciones regulares, y por entre cuyos sonrosados labios se ven unos dientes pequeños iguales y blancos como la nieve con el esmalte del marfil.

Rodead este rostro de una barba espesa y negra como el bigote, y sobre una frente ancha y despejada poned una cabellera cuyos rizos naturales embellecen mucho mas aquella fisonomía.

Asentad esta cabeza sobre unos hombros admirablemente modelados, y conformad todas las demas formas á las ya indicadas, y tendreis una idea de la figura del invisible.

Alto sin ser desproporcionado, todos sus miembros denotaban la fuerza y el poder.

Las líneas pronunciadas de su rostro marcaban claramente un orgullo indomable, una bondad y una grandeza de sentimientos superiores á todo cuanto se pueda decir.

Y finalmente habia un no sé que de estraño, de sobrenatural en aquella figura elegante y hermosa que subyugaba, que fascinaba por decirlo así.

Respecto, á quien era, como habia venido, y de donde, nos encontramos en la misma ignorancia que los Riffeños de las inmediaciones.

VI.

Mucho tiempo transcurrió sin que se hablára una palabra entre la hija del difunto Kabo de Raast-el-Seric y el habitante del palacio de la montaña.

Al cabo de él se pasó Zobeiba la mano por la frente como para evocar sus recuerdos, y dirigiéndose al invisible, le dijo:

—En dónde estoy?

—En tus dominios, señora mia, la contestó el invisible con un acento de ternura infinita.

—¡En mis dominios! esclamó con estrañeza la mora.

—En los tuyos, porque hace mucho tiempo que eres la reina de mi alma; porque hace mucho tiempo que al darte el señorío de mi corazon, te dí el de todo cuanto yo poseia.

—Y tú quién eres? preguntó Zobeiba sin comprender de todo cuanto le estaba pasando.

—Si les preguntas á los habitantes de estas montañas: unos te dirán que soy un ángel, y otros que soy un demonio; pero si me preguntas á mí te contestaré que soy un hombre que te adora, que hace mucho tiempo que ha estado espiando todas tus acciones, todos tus pensamientos, por decirlo así, que te ha tenido muchas veces al alcance de su mano, y que otras tantas, te has escapado, no tú, sino el negro que se habia erigido en tu guardador hasta que ayer por fin pude estrecharte contra mi corazon.

—¿Qué estás diciendo? preguntó la mora con el acento del pudor ofendido.

—No te asustes Sultana mia; te amo demasiado para no respetarte.

—¿Pero á tí quién te ha dado derecho para disponer de mi voluntad?

—Mi amor.

—Pero tu amor no escusa tu violencia.

—Perdóname, Sultana mia; pero si fuera posible que leyeras en el fondo de mi alma, disculparias lo que he hecho contigo. Ademas ¿qué ibas tú á hacer sola en el mundo y sin la casa que te vió nacer?

—Esas no eran cuentas tuyas.

—Tienes razon, pero si mi accion ha sido fea disculpela al menos la intencion con que la he hecho. ¿Me perdonas Zobeiba?

—No, interín no me lleves á la casa de mi tío el gefe de la Kabila de Mazuza.

—Pideme cuanto tu quieras pero no me exijas nunca el que yo deje de verte. No sabes cuanto he sufrido cuando estabas lejos de mí.

—Pues sino de esa manera nunca conseguirás mi perdon ni verás la sonrisa en mis lábios porque no veré en tí al hombré que me ama sino al tirano que me oprime.

—Mira, Zobeiba, yo te he amado con un amor como es imposible que tu te imagines nunca. Hace tiempo ya que te conocia; yo desesperado he encontrado por tí únicamente apego á la vida.

—Desesperado tú! ¿y porqué?

—Tal vez mas tarde lo sepas. Por ahora bastate saber únicamente que te adoro.

—Y yo jamás podré amarte si de tal modo me oprimes. Dame mi libertad y puede que algun dia te ame.

—Imposible. Dejarte libre seria lo mismo que renunciar á tí, y eso jamás podré hacerlo.

—Pero es que de este modo jamás conseguirás mi amor.

—Tal vez el tiempo te haga ceder.

—Nunca. Ademas amo á otro hombre, contestó Zobeiba como si aquellas palabras abrasaran sus labios.

—Ya lo sé que amas y mucho mas por la razon de que no eres amada.

—Oh! exclamó la mora sintiendo renovarse todas sus heridas.

—Cuando un corazon sufre necesita otro en quien desahogar su pena, si tú me amaras yo seria ese corazon que se asociaria de buen grado á tus dolores.

—No hablemos mas de eso.

—Para mí será siempre lo único de que te podré hablar.

—Ya que no me concedes la libertad al menos hazme el favor que voy á pedirte.

—Habla, qué deseas?

—Hace tres dias que he sufrido mucho, que he tenido emociones estraordinarias,

—Demasiado lo sé.

—Pues bien, puesto que has visto mis padecimientos comprenderás que tengo necesidad de reposo. Tal vez mas tranquila podré escuchar tus razones.

—Tienes razon; perdoname, y no me supliques, mandame cuanto quieras, que mi deber es únicamente complacerte.

—Toda vez que es así déjame sola.

—Como quieras, Sultana, que el cielo te guarde.

Dió algunos pasos hácia la puerta el invisible y al llegar á la puerta se volvió hácia Zobeiba y haciéndola una profunda reverencia desapareció por el oscuro corredor.

VII.

Como tras de la accion del dia once volvieron á establecerse nuevamente las negociaciones de paz, táctica que parece han observado siempre los marroquíes para reponerse de sus derrotas, volvieron á suspenderse las hostilidades.

Fueron y vinieron emisarios y como siempre la paz no se ajustó.

Hemos dicho que se suspendieron las hostilidades y hemos dicho mal.

En vano los moros de rey pertenecientes á las tropas regulares de Muley-Abbas hacian todos los esfuerzos imaginables para contener á los marroquíes de las Kabilas que siempre estaban disparando sus espingardas sobre nuestros soldados.

No pasaba un dia sin que tuviéramos que lamentar la pérdida de alguno de estos.

Favorecidos por las paleras, ocultos entre las breñas, ó protegidos por las huertas, aprovechaban todas las ocasiones para despachar un infiel al otro mundo, como ellos llaman á nuestros valientes.

Esta turba de feroces asesinos, pues no podemos calificar de otro modo á los que tales acciones ejecutan, pertenecian en su mayor parte á las Kabilas del Riff.

Aquellos bravios y salvajes montañeses que habian venido para batir completamente á los cristianos, y que en vez de esto habian sido destrozados, querian vengarse, no lealmente y luchando cara á cara, sino favorecidos por las sombras y ocultos por los accidentes del terreno.

Hubo dias en que las Kabilas por sí y entre sí, se presentaron á pelear haciéndose necesario que las tropas regulares salieran á contenerlos empeñándose entre ellos una semi accion de la cnal resultaron como es consiguiente heridos y muertos de una y otra parte.

Como esto se les negaba, como se les prohibia el que atacasen á nuestro campo se aprovechaban de la noche para hacer sus fechorías.

Pero pronto les habia de llegar su castigo.

El egército iba á marchar de un momento á otro y como en todas las acciones que hasta entonces habia dado, no podia menos de conseguir la victoria.

CAPÍTULO XXXXI.

Consideraciones históricas sobre el Imoerio de Marruecos.—En Mequinez.—Temores del Emperador.—Benjamin y Sara.—Estraña aparicion.

I.



EMOS dicho antes de ahora que las naciones tienen sus periodos de ascension y sus periodos de decadencia.

La civilizacion es una antorcha que ora derrama sus resplandores sobre un pueblo, ora los derrama sobre otro.

Desde Oriente á Occidente ha ido corriendo durante muchos siglos deteniéndose un cierto número de años en un punto diferente.

Marruecos fué en su tiempo una de las naciones mas civilizadas.

Todas las naciones han tenido tambien su época de oro y

Almanzor en el siglo VII fué el que inauguró aquella época en el Mogreb.

Es verdad tambien que nosotros hemos dicho siempre que una religion sea lo que sea al poner una valla al hombre en sus ideas y en sus deseos, le esclarece otros, y le excita otros nuevos.

Antes de formar Mahoma con su nacimiento la base del Islamismo, los árabes adoraban al fuego.

Embrutecidos por decirlo así en aquella religion en que se desconocia la idea mas pequeña de la existencia de un Dios, aquellos pensamientos no podian tener ensanche, aquellas imaginaciones giraban en un círculo demasiado mezquino y la barbarie y el atraso mas completo reinaban entre aquellas ordas feroces y salvajes.

El Koran hizo dar al pueblo árabe un paso hácia la civilizacion.

Sin embargo los califatos hicieron fructificar aquella planta religiosa, encarnada en la cabeza y en el corazon de todos los buenos creyentes.

Almanzor, Haarum-el-Raschid realizaron en sus épocas los adelantos mas grandes que hasta entonces se hicieron en el saber humano.

Las artes y las ciencias florecieron bajo estos reinados, y dejaron inoculada su semilla en nuestro suelo durante los siete siglos de su dominacion.

Esos grandes monumentos verdaderas maravillas del arte que ni aun el tiempo ha podido destruir, son el libro imperecedero donde los árabes dejaron escrita la historia de su civilizacion.

Oigamos al erúdito Sr. Rotondo lo que sobre el mismo particular dice en su historia del imperio de Marruecos.

II.

«Los frailes nestorianos egercieron siempre grande influjo en los orígenes de la civilizacion árabe: así los vemos desde los primeros siglos de la era cristiana, no menos piadosos letrados que pacíficos precursores de Mahoma, penetran en la Persia, en la India y hasta en el corazon de la China, propagando la fé á la vez que la ciencia. mientras que en otro hemisferio el monge Nicolás traducia para los árabes andaluces las obras de Diocórides. Los judíos del Oriente, célebres á la sazon por su saber, pueden tambien reclamar para sí el honor de haber iniciado á aquellos pueblos, aun antes que lo hicieron los cristianos en el conocimiento de las ciencias de la antigüedad. Los hebreos sobre todo cultivaron la medicina, y enseñándola á los árabes, estos á su vez la perfeccionaron, merced á la sagacidad penetrante, y tranquila observacion que los caracterizaba. Pero al declinar la civilizacion musulmana, el estudio y la observacion fueron reemplazados por las prácticas supersticiosas, y lo que hasta entonces habia sido una ciencia, vino á convertirse desde aquel momento en la mas despreciable truhanería.

Lejos de palidecer la brillantez del reinado de Harun-el Raschid, estendióse y fué aun mas refulgente en el de su hijo El-Mamun (811 á 833). Lo mismo en Bagdad, que despues en Córdova los primeros cargos del Estado fueron desempeñados por los hombres mas ilustrados y científicos: familias enteras sin escluir las mujeres, se dedicaron á traducir obras estrangeras, lo cual revela una educacion nada vulgar, si bien por un estraño capricho, despues de terminada la version, se quemaban los originales de órden de El-Mamun, que vencedor de los griegos, queria cobrarles la contribucion en manuscritos. Pero al lado de estas escentricidades, el mismo califa educaba á sus espensas seis mil alumnos solo en un colegio de

Bagdad, de modo que pasando los árabes sin transicion notable, de la barbarie y el embrutecimiento á la mas refinada civilizacion, lo mismo y con igual ardor se consagraron al estudio, que antes lo habian hecho á las conquistas; tardios en la oportunidad de crear, se apoderaron de las ciencias ya formadas que vieron en los pueblos vencidos, y ya que no pudieron llamarse descubridores, fueron por lo menos grandes y fieles imitadores. De aquí el rápido crecimiento y la no menos veloz declinacion de una civilizacion que mal madurada por falta del calor gradual y progresivo, carecia del cultivo bienhechor é indispensable, y brotó harto pronto para marchitarse. Todos sus conocimientos fueron copiados: la alquimia que cultivaron con tanta credulidad como entusiasmo, les vino de Egipto; la geometría y astronomía de los griegos, que fueron sus primeros maestros; la filosofía y la historia natural de Aristóteles, que reinó sobre ellos como sobre la edad media de Europa; la medicina de los hebreos, y el algebra de la Judéa; la brújula, aunque aun imperfecta, de los chinos, que la conocieron desde el primer siglo de la era cristiana; y por último, el papel del Asia, y la pólvora de los mongoles. Ganosos de conocimientos y á falta de inventiva, los árabes parecian dotados de la facultad de apropiarse los descubrimientos para perfeccionarlos, y propagándolos en su vasto imperio, constituirlos en un verdadero patrimonio de la humanidad. Lo único que en medio de tanto plágio pueden disputarnos como suyo es su literatura: producto indígeno de su suelo y de su genio, y que les pertenece de derecho por sus buenas cualidades y sobre todo por sus defectos. Y sin embargo debemos estarles muy agradecidos, no por haber creado las ciencias, sino por no haber dejado que perezcan.

Sus principales historiadores son: 1.° Teman-bem-Amrí, que murió en 896 que escribió los anales de los Emires de España: 2.° Mesandi, que á mediados del siglo X escribió su libro titulado *Los prados de oro*, en que describia las guerras Abd-el-Raman III contra los cristianos: 3.° Abu-abdalla-ben-abud-nars-el-Homaidi, autor de una ligera crónica sobre la

conquista de la Península y sobre el reinado de los Omniadas: 4.º Ben-el-abar-el-Kodaj, valenciano, que escribió sobre el mismo asunto; 5.º Ahmed-el-Rací, que vivió en el siglo IV de la Hegira, autor de una historia de España bastante estensa, y vidas de hombres ilustres: 6.º Abú-Meruan, mas conocido por Ebú-Hayan, que murió en 1088, escribió los anales de España en diez tomos, y otra obra histórica en sesenta: 7.º Abul-Hassem-Kalaf-ben-Paskual, natural de Córdova, muerto en 1197 que se ocupó de la caida de los califas: 8.º Abd-el-Halim, granadino, escritor del siglo XIV, historiador de los imperios de Fez, de los almoravides y de los almohades: 9.º Ebú-Kaldum, natural de Túnez, en el mismo siglo: 10. en los últimos tiempos de la dominacion árabe Lizan-Eddin-Assalemani, secretario de los príncipes de Granada, que narró sus reinados bajo el estraño título de *luna llena*: 11. Abdalla-alí-ben-Huzel, de Granada, que escribió sobre la historia y el arte militar, y finalmente, 12. Ahmed-el-Mokri, natural de Tlemcem, que compuso hácia el siglo XVII, una compilacion abreviada ó índice de los trabajos de cuantos escritores le habian antecedido.

Los muchos y continuos viages de los árabes, instruidos, recorriendo toda la inmensa estension de terreno sometido á la ley del Yslam, produjeron escelentes trabajos geográficos y estadísticos. Casi todos los trabajos que aun poseemos, se formaron por disposicion de los califas de Bagdad y de Córdova, y el Yben-Ysa-el-Gazani, nos ha legado una descripcion científica del Egipto. El Xerife Edris en el siglo XII, despues de haber hecho para Rogerio, II rey de Sicilia, la famosa esfera celeste de plata, que tanto dió que hablar en la edad media, compendió en su voluminosa geografía, de lo que por cierto solo nos queda un fragmento, una minuciosa descripcion de la España.

Desde los primeros tiempos de la conquista del emir Elsama, habia formado de su puño y letra una estadística de la Península sometida, destinada para el califa Omar, con una tabla de los impuestos que debia satisfacer.

Respecto de la filosofía, sabido es que las doctrinas de

Aristóteles, fueron la base de los estudios árabes. Solo Averroés, de Córdova, escribió mas de veinte tomos de comentarios sobre los escritos de aquel ilustrado griego; pero la ortodoxia musulmana se sublevó inmediatamente contra unos trabajos, cuyas consecuencias, al propagar el espíritu de la libre discusion, amenazaban llevar su envidia hasta el libro sagrado del Profeta, tan abstracto estudio no carecia, sin embargo, de adeptos distinguidos; entre los cuales pueden contarse al célebre filósofo y médico Ebn-Sena (avicena) que murió en 1037. El-Farabí que falleció en 950, poseia, segun se dice, 70 idiomas y dejó una estensa enciclopedia sobre todas las ciencias de la época. El Gazali que dejó de existir en 1343, que aplicó la filosofía á la teología. Ebn-Toufal, primer autor de la manoseada fábula del niño arrojado en un desierto, y á quien la naturaleza revela por gradaciones insensibles nada menos que todo un sistema de metafísica; y finalmente, al espirar el siglo undécimo. El Kindi, que fué el mas grande filósofo, médico y astrólogo de aquella brillante época y que dejó mas de doscientas obras.

Pero la ciencia hubiera sido completamente estéril para los árabes, si ella misma no hubiera dotado de un poder sobrenatural á cuantos buscaban sus misterios en las entrañas de la tierra. De aquel poder sobrenatural, de aquella heróica constancia nutrida de desengaños, nació la alquimia, y si el arte de convertir los mas viles metales en oro, si la invencion de la *bebida de inmortalidad*, no llegaron á coronar sus pacienzudos esfuerzos, preciso es por lo menos reconocer que ensancharon de una manera prodigiosa los hasta entonces bien reducidos límites de la química.

El-Geber, que en Sevilla dió su nombre á la álgebra, inventada en la Judéa muchos años antes que él viviere, escribió varios tratados sobre la *alquimia* y la *química* que lastimosamente confunde en mas de una ocasion, Ebn-Mesua y El-Razi, dividieron con aquel sabio la honra de haber trasmitido y desarrollado conocimientos cuyo orígen data de las mas remotas épocas de los griegos y de los indios.

III.

Los demas ramos de la historia natural, prosigue el mismo Sr. Rotondo, «deben tambien un glorioso y grato recuerdo á los árabes: Ebn-Kadi-Schiaba y Abu-Ohtman escribieron la historia de los animales. Abel-el-Kihan-el-Biouni se ocupó del reino mineral; Ebn-el-Beytar, natural de Malaga, y que murió en 1248, esploró todas las partes del mundo conocidas por los musulmanes, desde las orillas del Gánges hasta las riberas del Atlántico, en que recogió grandes tesoros de observaciones.

Pero el arte en que se sublimaron mas los árabes fué la medicina. La famosa escuela de Salerno tenia entre sus profesores muchos célebres musulmanes. En los escritos de El-Zaharavi, eminente cirujano que murió en 550 de la hegira, se hallan los pormenores de muchos instrumentos ya perfeccionados, la aplicacion de la *moxa* contra la gota; y no es menos de admirar la osadía con que se practicaban algunas operaciones de arte quirúrgico, que aun no habia pasado los años de su niñez.

La farmacia no permaneció estacionaria, puesto que el sabio Aben-Zoard, Sevillano, dió su nombre al *bezaar*, ó sea concrecion calculosa que se forma en el estómago y vías urinarias de los cuadrúpedos; la primera *farmacopea* que se ha publicado se debe á los árabes á fines del noveno siglo, y gran parte de los nombres farmacéuticos que hoy se usan son originarios de su lengua.

Ese mismo pueblo sustituyó con la sencillez de sus números el complicado sistema aritmético de los romanos.

Tehbit-ben-Kola y Mohammed-ben-Muza adelantaron las matemáticas hasta llegar á las ecuaciones de segundo grado; y aun existe en la ciudad de Leyde un tratado manuscrito de Ben-Omar sobre las *ecuaciones cúbicas*. Thebit tradujo las

obras de Arquimedes y las *secciones cúbicas* de Apolonio, corrigiéndolas y aumentándolas: todas las obras de los geometras griegos fueron vertidas al árabe y la incontestable aptitud en este género de estudios esplica de un modo tangible sus talentos en arquitectura y en mecánica.

El califa El-Mamun dió grande impulso á las investigaciones astronómicas. Bajo su reinado, dice Abu-el-Feda, se fijó la circunferencia de la tierra en 9,000 leguas, y si bien el descubrimiento del sistema solar fué muy posterior, los movimientos de los astros, el disco del sol y los eclipses se estudiaron con afan, de donde la ciencia moderna ha sacado no poco fruto. La famosa torre de la *Giralda* de Sevilla fué levantada en 1196 por el El-Geber, y es tal vez el mas antiguo y mejor observatorio que se conozca en el mundo.

Las escuelas públicas, colocadas como ya hemos dicho al lado mismo de las mezquitas, solo enseñaban en un principio la gramática y el Koran; pero habiéndose creado despues muchos y grandes colegios científicos, celebrábanse en ellos solemnes exámenes, cual hoy se practica en nuestras universidades, y merced á la tolerancia de aquellas grandes épocas de la edad media, hasta se vieron judíos regentando importantes cátedras.

Tal es el grande y científico edificio que la religion musulmana, sencilla como la que mas, supo levantar tras dos siglos de conquistadora existencia; y al desterrarse el brutal impulso del puñal, se abrió ancho y fecundo para las conquistas del talento. El Cairo, Kairnan y Fez sobrepujaron en este punto al Oriente y á la España mora, así por el número como por el esplendor de sus establecimientos. El Norte africano, especie de apéndice donde Roma llevó la civilizacion despues de la conquista, renacía á nueva vida, y sometido á dueños mas ilustrados, olvidaba los desastres de los vándalos y las de los incultos discípulos de Mahoma. Pero la invasion cristiana arrojando de España los restos del emirato de Granada, rompió la cadena de aquella civilizacion encerrada en estrecho círculo por la aridez del Koran, y el islamismo entonces arran-

cado por un fuerte sacudimiento del suelo en que habia florecido, tornó lánguido y medio muerto hácia los desiertos africanos. Fez abrió un pasajero asilo á los últimos letrados andaluces, y luego tan solo quedaron de tan grandiosa tradiccion algunos recuerdos errantes y como acobijados entre los fragmentos de sus hacinadas ruinas.»

IV.

Las épocas pasan como los hombres, y estas épocas se llevan entre los pliegues de su manto, las civilizaciones, la dicha y los adelantos de los pueblos.

Sin embargo siempre queda entre esas cenizas un germen que el menor soplo puede hacerlos fructificar.

Marruecos ha sido una de estas.

Mejor dicho, todo el Africa ha conservado siempre estos gérmenes civilizadores.

Razas salvajes y feroces las primitivas que poblaban el Mogreb necesitaban que Cartago al brotar en medio de su suelo la civilizase un tanto.

Dido fundadora de esta ciudad contaba con elementos para crear un pueblo por decirlo así, que con el trascurso del tiempo pudiera hacer frente al poder inmenso que de dia en dia iba tomando Roma.

Pero el amor de Jarbas, que quiso cobrarse con usura el favor que habia hecho á la amante del jefe de los troyanos, la hicieron quitarle la vida dejando su obra iniciada nada mas.

El senado cartagines con la prepotente autoridad que ejercia fué dando impulso á la pequeña república y el comercio base de la prosperidad y la civilizacion de un pueblo era la propiedad exclusiva por decirlo asi de los cartagineses.

Pero aun no era mas que una potencia comercial, era menester que tuviese un poder que cubriese con su éjida las ri-

cas flotas que cruzaban entrambas mares y que la hiciese respetar de todas las naciones conocidas en aquel tiempo.

Las costas de España pagaron las consecuencias de aquella determinacion del Senado.

Cartago-nova, (hoy Cartagena,) fué la metrópoli que á imitacion de la Cartago africana crearon los africanos en las costas Ibéricas.

Y transcurrieron los años y el poder de los cartagineses acrecía de dia en dia.

Estaba próximo á llegar al Cenit y los resplandores del sol de sus adelantos habian de excitar poderosamente los celos la envidia y la rivalidad de aquella otra gran república que habia entonces en el mundo conocido.

Aqui empieza esa magnífica Epopeya que la historia señala con el nombre de guerras púnicas.

Las disensiones de Sicilia fueron la manzana arrojada entre estas dos repúblicas.

Rotas las hostilidades comenzó esa lucha gigantesca esa guerra que duró años y años y que no concluyó mas que con la destruccion de una de las dos.

El Africa fué romana.

Los adelantos la civilizacion y el comercio siguieron su marcha mucho mas lenta que hasta entonces.

Y para destruirla, para dejarla dormir en el embrutecimiento durante algunos años vinieron los vándalos.

A los califas solos estaba reservada la gloria de hacer crecer el átomo civilizador que por tantos tiempos habia estado adormecido si de este modo nos podemos esplicar, en aquellas abrasadas regiones.

Ya hemos hablado en otro lugar de las diversas razas que desde el siglo VIII dominaron en el Mogreb.

Tambien hemos transcrito algunos párrafos de la obra que el erudito señor Rotondo está escribiendo bajo el título de la Argelia y el imperio de Marruecos

En estos párrafos habrán visto nuestros lectores el gran

cuadro de glorias de esos poderosos califatos tan fecundos para su pais.

Las relaciones políticas ó comerciales de unas potencias cos otras son el desarrollo de la inteligencia, y con este los adelantos, la civilizacion, y los progresos de un pueblo.

Los siglos XVI y XVII fueron los en que los marroquíes tuvieron mas relaciones con las potencias de Europa.

Estas naciones fueron la Francia y la Inglaterra.

Ambas á dos se disputaron durante mucho tiempo la supremacía de la influencia con los sultanes mogrebinos.

Ambas á dos comprendian el gran partido que podian sacar de aquel pueblo vírgen por decirlo así de conocimientos políticos, y de estrategias diplomáticas, para su comercio y para la prosperidad de sus intereses.

Durante muchos años, Inglaterra y Francia, trataban de amenguarse el poder que tenian en Marruecos.

Podemos decir que desde el siglo XVI, Tánger ha sido una propiedad casi exclusiva de los Ingleses.

Sin embargo Francia trató de eclipsar la estrella de Albion, y por medio de negociaciones secretas lo consiguió.

Desde aqui empezó ya la lucha diplomática de estas dos naciones, para monopolizar, si se nos permite esta frase, la esplotacion de aquel imperio.

Y entre tanto España, la que por su vecindad, por las posesiones que tenia en el suelo africano y hasta, por una consecuencia natural de sus pasados tiempos, debiera haber ejercido esa influencia tan benéfica para su engrandecimiento comercial, veia esas dos potencias casi á las puertas de su casa, disputándose la presa del Mogreb.

A continuacion copiamos lo que el Sr. Rotondo, dice respecto á ese periodo del imperio, y en que con tan vivos colores, pinta las relaciones políticas de los Xeriffes con entrambas naciones.

V.

«Los Ingleses, que en 1666 hacia ya cinco años que ocupaban á Tánger, sacaban tal influencia marítima de su posesion, que llegó á poner en cuidado á la política de Luis XIV, por las muchas y buenas simpatías que habian ya conseguido en Fez.

Un negociante de Marsella llamado Rolando Frejús tuvo encargo de S. M. para fundar en Fez una agencia comercial, y como enviado de Luis XIV fué recibido por el Xerife Muley-Arschid, príncipe ambicioso que soñaba nada menos que con la sumision de todo el Mogreb. Compró este príncipe al comercio francés gran cantidad de municiones de guerra y hallándose sus armas protegidas por la suerte, llegó á ser para el rey de Francia un aliado importante, lo cual sea dicho de paso no agradaba á los ingleses.

Tiempo hacia ya que el gobierno de Cromwell conocia las grandes ventajas que proporciona la posicion de Tánger. Cárlos II á fuer de diestro político le habia separado de la corona de Portugal casándose con la infanta doña Catalina, con la cual nivelaba el poder comercial de los holandeses en el Mediterráneo; pero tan luego como Fez abrió sus puertas á Muley-Arschid, tan luego como este tremendo conquistador llevó sus armas hasta el Estrecho, desde aquel momento se hallaron los ingleses encerrados en Tánger. En 1675 enviaron á su sucesor Muley Ismael su embajador con ricos presentes solicitando paces; pero cuando iban á concertarse se presentó un santon cubierto de andrajos, que gozaba en el pais una gran reputacion religiosa, y aproximándose al Xerife le dijo que la noche ántes se le habia aparecido el Profeta mandándole anunciar que Muley-Ismael venceria á sus enemigos siempre que no cerrase ningun tratado con los ingleses. Demostrando pues el Xerife un profundo respecto á aquel morabito, le besó su sucia cabeza y contestó al embajador, que temiendo caer en desgracia con

Mahoma no le era posible arreglar las paces. El enviado británico se retiró mohino, y Muley-Ismael recogió todos los objetos que constituian el regalo.

En 1678 y á pesar de la horrorosa peste introducida en Marruecos por las comunicaciones de Argel y Tetuan que causaba una gran mortandad, sobre todo en la parte Norte, los alcaides ó gobernadores de las fortalezas contiguas á Tánger atacaron mas de una vez á la plaza, resultando de estas maniobras que el alcaide de El-Kassar tomó en el mes de marzo dos fortines avanzados, matando unos 30 hombres y llevándose prisioneros á los demás.

Habiendo corrido muy válido al siguiente año á pesar de no ser cierto que Luis XIV trataba de enviar una gran flota para establecer la fortaleza de Alcazar Segair cerca de Tánger, salieron dos egércitos de Fez y de Mequinez para atacar otra vez á las posesiones inglesas, Amar-Hadu probó un golpe de mano sobre Tánger, pero tuvo una pérdida de 4000 hombres y hubo de retirarse. Volvió á la carga en 1680 y cortando entonces las comunicaciones del fuerte Cárlos con la ciudad, sometió por hambre á la guarnicion, y la destrozó por completo en la primera salida que hizo. Trató la Inglaterra de fortificar á Tánger; pero el parlamento no quiso votar las cantidades necesarias para tan costosos trabajos.

Decidióse pues á abandonar á Tanger. Portugal ofreció, en el interés general de la cristiandad, apoderarse de aquella plaza que podia tener en jaque las audaces rapiñas de los corsarios berberiscos; pero el egoismo de Alvion no podia en manera alguna consentir que otra nacion inferior á ella, poseyera lo que ella no podia sostener, y antes que permitirlo, hizo que sus cañones destruyesen á Tanger en 1684. Visto esto por los moros, se apoderaron de las ruinas, y hasta celebraron como una victoria la debilidad de un gran pueblo que solo enmendó su falta, 20 años después ocupando á Gibraltar.

Consecuente Ismail al carácter musulman, y enemigo mortal del nombre cristiano, terminó su reinado, guerreando contra algunos puestos españoles de la Mámora y de Larache;

pero todos sus esfuerzos fracasaron contra Ceuta tras 26 años de sitio, que le costaron mas de cien mil hombres. En 1682 el mismo Muley-Ismail solicitó la amistad de Luis XVIII, y habiendo ido sus diputados á presenciar las magnificencias de Versalles, fué tal la maña que se dió el rey de Francia, que sobre la marcha se firmó un escelente tratado. Los piratas de Salé se vieron á raya, y si de vez en cuando se notaba alguna infraccion á la fé jurada, inmediatamente llovian negociaciones diplomáticas en las que el honor de la Francia quedaba en su puesto.

Inútiles fueron las intrigas estrangeras, que aprovechándose de las guerras de Luis XIV, trataron de romper las relaciones de la Francia con el Africa: escitado en 1696 Muley-Ismail por los agentes secretos del príncipe de Orange en contra de la Francia, incomodóse con el cónsul francés de Salé y las relaciones se hubieran acaso roto á no mediar la paz de Risvvick, y admirado entonces el Xerife de la suerte de Luis el Grande, propuso el mismo las bases de una alianza sin reserva, y desde el 1699 la potencia del Mogreb parecia revolotear tras el brillo de la corona francesa.

El general de la marina de Muley-Ismail llamado Ben-Aisa-Bais, se embarcó en una fragata de la escuadra de Chateau-Renaud, que cruzaba delante de Salé y fué conducido al puerto de Brest en diciembre de 1698. Presentáronse allí algunos comisionados de Luis XIV y comenzaron las negociaciones, discutiéndose los artículos de 1682; pero como el embajador marroquí no queria cerrar ningun trato sino con el mismo rey de Francia, dispuso el gobierno que se trasládara á París; donde se hicieron todos los preparativos, y nada se omitió para que el enviado de Marruecos pudiese formar una alta idea del poder de aquella nacion. Durante todo el camino hallaba escoltas que se relevaban con frecuencia y constituian una verdadera guardia de honor; y el 16 de febrero de 1699 fué admitido en real audiencia en el palacio de Versalles y en presencia de toda la corte. Luis XIV contestó á las ofertas del tratado xeriffeño sometiéndose al exámen de sus comisionados; pero no por eso

dejó de emplear cuantos esfuerzos estuvieron de su parte por aumentar la esplendidez de la brillante acogida al almirante moro, cuyo carácter y digna apostura contenian cualquier indiscrecion por parte de los cortesanos.

VI.

El escritor Tomassi continua el señor Rotondo «dice, que por una estraña coincidencia ocurrió que el antiguo bienhechor de Ben-Aisa, Jacobo II, se hallaba entonces bajo la proteccion del rey de Francia, lo cual debió producir una revolucion en el alma generosa del embajador marroquí. Y efectivamente, este fué varias veces á visitar al monarca caido, quien en tiempos prósperos le habia hecho prisionero de guerra, devolviéndole la libertad sin rescate: repitióle la seguridad de su eterno agradecimiento, y le hizo comprender que se gloriaba de ser siempre su esclavo libertado aun mas que pudiera gloriarse con cuantos honores pudiera tener. El sincero afecto de Ben-Aisa podria compararse tan solo con la bondad de su alma, y cuando vió por la última vez al infortunado Jacobo II, se arrojó á sus plantas suplicándole que aceptase un obsequio, y en medio de sollozos que enternecieron á toda la real familia de los Stuards. Estraño y tierno capricho de la suerte fué aquel, puesto que hasta en el riñon de la mauritania, iba á buscar el homenaje de los mas nobles y elevados sentimientos que pueda esperar un príncipe desgraciado.

Bajo el punto de vista religioso el carácter de Ben-Aisa no menos merece ser conocido: siempre demostró la mas aústera piedad, y apesar de haber pasado ya el Rabadan, continuó ayunando por devocion dos meses mas; y habiendo caido malo, llevó al heroismo su mortificacion, rehusando; tomar los remedios que se le propinaron para su curacion, declaró que si se em eoraba, era su voluntad que se le quitase de la cama y se le acostase sobre el suelo con el objeto de que la muerte le

cogiese mas cerca del mismo polvo en que habia de convertirse.

Hé aquí otro rasgo característico de sus creencias. Durante su viage de Brest á París, al atravesar el llano de San Martin Le-Beau, al ir á Austoire, le dijeron que los sarracenos habian sido deshechos en aquel punto por Cárlo-Magno, y apenas lo hubo oido, se puso en oracion, y mandó recoger unos cuantos puñados de aquella tierra, porque la creia santificada por los mártires del Yslam.

Ben-Aisa era de alta y fornida estatura, y tambien cultivado estaba su talento como su corazon. Hablaba, ademas de la suya, las lenguas española é inglesa, y de todos los personajes marroquíes era el que mas corriente se hallaba en los asuntos de la cristiandad.

Durante su permanencia en Francia Ben-Aisa, demostró tanta observacion respecto de todo, como claro talento y grande ingenio, dando lugar sus oportunas creencias á que algunas de ellas se insertaron en el *Mercurio Galante* que se publicaba en 1699. Una vez que cierta dama le preguntó por qué en su pais tenian tantas mujeres, dijo que para reunir entre todas ellas el talento y la gracia de una sola europea. Otro dia al ir á Saint Clou le contaron la historia del arquitecto encargado de construir el puente; sabido es, ó por lo menos se dice, que viendo el arquitecto que no podia terminar el puente, ofreció al diablo, si queria terminárle, el alma del primer ser viviente que pasára por él, y habiéndose conformado el diablo, acabó la obra, y el primer ser que pasó fué un gato, lo cual no debió satisfacer mucho al diablo. Oyolo el marroquí y espuso en seguida. Por lo visto no hay nada que se resista á los franceses, puesto que supieron vencer al diablo.

Como hombre instruido, todo lo visitó y de todo sacó apuntes y diseños. La fábrica de cristales sobre todo llamó su atencion y reunió todos los detalles necesarios para establecer una igual en su imperio. Cuando vió los surtidores de Versalles, unas veces decia que subian como los franceses á los cielos, y otras que aun cuando toda aquella agua se convirtiera en

tinta no tendria la suficiente para escribir todas las maravillas que habia visto en Francia. Y respecto de su apreciacion general acerca de aquella nacion, la manifestó un dia al regresar de san German despues de haberse despedido de Jacobo II. El magnífico punto de vista que se descubre desde lo alto del acueducto de Marly, y las muchas ciudades, pueblos y arrabales que se ven, le dieron ocasion de esclamar: la Francia no es mas que una ciudad, pero tan poblada, que ella sola bastaria para llenar el resto del mundo en caso de que se despoblase. Desde luego se conoce que el buen marroquí, ó se asombraba con facilidad, ó queria pagar con adulacion la buena acogida que habia recibido.»

VII.

«Sin embargo, en medio de las magnificencias de Versalles y Paris, las negociaciones caminaban á paso lento: los comisionados de Luis XIV se mostraban exigentes, y el diplomático africano permanecía en espera. Necesario fué pues separarse sin haber conseguido nada.

De regreso Ben-Aisa á Marruecos, le encargó Muley-Ismail que pidiese para él la mano de la princesa de Contí, hija natural de Luis XIV y madama de la Valliére, en atencion al retrato que aquel le habia hecho de la jóven á quien habia visto en un baile. Pero el orgullo de Luis XIV se exaltó por lo que sus cortesanos llamaban una fantasinone necia por parte del Xerife; todos los ingenios de la corte se afanaron á porfía, y madrigales y epígramas cubrieron con cintas de color de rosa la arrogante figura del enamorado africano; pero ni estos cantos ni los esfuerzos de los hombres de Estado impidieron que el rey de Francia desdeñase la peticion del marroquí. Harto lo sintieron despues.

Sin embargo, en el siglo XVII tenia la Francia mas de seis millones empleados en sus relaciones con Marruecos. Los pa-

ños de Languedoc, las telas de Nimes y Montpellier, las sederías de Lion y los géneros de Levante, todo hallaba salida en Africa: los tejidos de Rouan y de san Malo producian al año mas de 800,000 reales: y de allí se traia cera, cueros, lanas, plumas de avestruz, cobre y dátiles. Cristianos y judíos, todos se repartian con abundancia los beneficios del tráfico. Salé y Tetuan eran puertos fáciles y verdaderos centros de esportacion en continua actividad. Las carabanas del interior acudian en tropel á Santa Cruz y á Saffí, y la ciudad de Fez llegó á ser la escala del comercio de toda la Berbería. España llevaba á Marruecos cochinilla y bermellon; la Inglaterra paños; la Holanda telas, especias, armas y pólvora: habia alumbre, azufre y vidriado de Venecia, y finalmente Levante llevaba algodones, azogue y opio.

No la negativa de la mano de la princesa, sino otras complicadas y distintas razones comprometieron los asuntos de Francia con Marruecos. La posesion de Ceuta que Muley-Ismail queria quitar á los españoles, aliados entonces de la Francia, fué uno de los motivos; otro fué la influencia inglesa, que trabajaba tambien por conseguirla, valiéndose de un renegado que llegó á ser favorito del Xerife; y finalmente, fué otro un tal Pillet, protestante francés del Languedoc y refugiado cerca del príncipe de Orange, despues de revocado el edicto del Nantes; protestante, que habiendo abrazado el islamismo en Féz y héchose comerciante, llegó á ser gobernador de Salé, y trabajaba no poco por romper las buenas amistades entre Francia y Marruecos. Bien hubiera querido la Francia conjurar toda aquella tormenta, enviando á las aguas marroquíes una escuadra permanente; pero la grande actividad que acababa de demostrar en las guerras continentales, acabaron de debilitar su marina, y dueña mientras tanto la Inglaterra de Gibraltar, que conservaba á nombre del Archiduque de Austria, pero sin pensar soltarle, hubo de consolarse con la evacuacion de Tanger, acaparando de esta suerte toda la influencia marítima que la Francia dejó escapar.

La órden de PP. de la Merced hizo dos peregrinaciones á

Marruecos, una en 1708 y otra en 1712, con el obgeto de redimir cautivos; pero Muley-Ismail se mostró en esta ocasion sobradamente codicioso, y eso que le daba no poco que pensar la alianza francesa con la Puerta Otomana. ¿Temeria acaso que ambas potencias reunidas atacasen su independencia? Rival del sultan de Constantinopla en lo espiritual, pretendiendo que los Xerifes de Marruecos eran los verdaderos conservadores ortodoxos de la ley del Profeta y sus lugartenientes inmediatos. ¿Queria acaso ligar á Francia por sus servicios á sus intereses de supremacia política y religiosa? Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que escribió á Luis XIV en 1879. «Mucho nos importa, decia, y por muchos motivos el saber con toda certeza de qué modo os conservais en paz y en buena amistad con la Puerta Otomana» y terminaba ofreciéndole tropas si queria atacar al Austria.

No se vió menos herida la altivez de Luis XIV con estos ofrecimientos, que cuando el capricho matrimonial de Muley-Ismael; pero los reveses que esperimentó la Francia en 1709 y al año siguiente con la derrota de Malplaguet, le hicieron comprender aunque tarde, todo el partido que en otro tiempo hubiera podido sacar de la alianza marroquí. Sus fuerzas estaban enervadas, y gastados todos sus bríos, y los dias de la adversidad habian doblegado su anciana frente.

La debilidad del duque de Orleans, despues de Luis XIV, fué causa de que confirmándose en el tratado de Uthrech la posesion de Gibraltar por los ingleses, el comercio francés en Africa desapareciera por completo.»

VIII.

Creemos que nuestros lectores no se disgustarán porque nos detengamos tanto en este asunto.

En las actuales circunstancias en que nuestras relaciones con

Marruecos han tomado nuevo fomento, merced á los triunfos de nuestras armas:

En estas circunstancias, en que se ha conocido un pueblo que á cuatro pasos del nuestro casi lo desconocíamos, nos parece muy oportuno, consignar y detallar todo cuanto tenga relacion con esa potencia, tanto en su pasado como en su presente.

Respecto á su porvenir, nuestros gobiernos son los que lo han de hacer todo.

El conde de Lucena ha empezado y ha dejado marcada una senda, por la que si se continúa, podremos adelantar muchísimo; adelantos, que como sucede siempre, cuando se entabla una guerra de esta índole, tardarán algunos años en dar el resultado, pero que no por eso dejará de ser mas seguro. . .

. . . .

Digamos aun cuatro palabras para concluir.

Tras del reinado de Luis XIV, el poder de la Francia en Marruecos empezó á decaer estraordinariamente.

Entonces se alzaron otros dos monopolizadores de su comercio.

Italia y Holanda dirigieron sus buques á aquellos puertos.

Pero Inglaterra dominaba á todos.

La nacion-mercader adelantaba de dia en dia, y los puertos del litoral africano estaban siempre llenos de embarcaciones en las que ondeaba el pabellon británico.

Sin embargo aun hizo la Francia un esfuerzo para recobrar algo de aquel perdido ascendiente.

Luis XVI, ese monarca tan bueno como desgraciado, fué en esta empresa harto feliz.

Estipuló tratados con el Xerife, tratados que se observaron lealmente, y España misma debe á estas buenas relaciones, el que se firmó en 1780 entre Cárlos 3.° y el Sultan marroquí, que ya hemos dado en otro lugar.

El paso mas altamente cristiano y civilizador se dió en esta época.

Los prisioneros musulmanes y cristianos que por cada parte se hacian, eran tratados como esclavos.

Y en 1777 quedó abolida completamente esta costumbre vergonzosa.

Sin embargo, Inglaterra no podia dejar que se acreciese el poder de la Francia.

Aprovechándose de la revolucion del año 1993, volvió á recuperar su perdido ascendiente en el Mogreb.

Con la muerte de Sidy-Mohamet, los pocos resplandores de civilizacion que habia dejado, perecieron.

Muley-Soliman y su hijo Abb-el-Rahman, tornaron el imperio á los primitivos tiempos.

Sin energía para reprimir las Kabilas feroces é indomables, sin instruccion para comprender las mejoras que los adelantos europeos podian introducir en sus reinos, y sin aquella política de sus antecesores, Marruecos volvió á ser presa de las contiendas civiles.

Tal es á grandes rasgos la historia política del Mogreb-el Akssa, historia desconocida para nosotros, tanto por las pocas relaciones que han mediado entre una y otra nacion, cuanto porque la misma política de las potencias que han egercido la supremacía siempre en el imperio africano, ha procurado apartarnos de él.

IX.

Estamos en Mequinez.

Sara continúa en el harem, negándose siempre á las exigencias de Sidi-Mohamet, y esperando en vano que Alberto venga á sacarle de aquella situacion.

Sin embargo Sara no era mujer de tan pocos recursos, que no tuviera mas remedio que resignarse.

Abarcó de una ojeada toda su situacion, comprendió que para salir de allí, necesitaba valerse de la astucia, y la empleó maravillosamente.

Despues de haber pensado lo suficiente, los motivos que ha-

bian impulsado al emperador para detenerla en medio de su marcha, comprendió que el Xerife no habia sido mas que el brazo de otra cabeza que habia querido sostenerla en su poder para sus fines particulares.

Sara no conocia en Moquinez mas que dos personas.

Estas eran el *cheg* y su hijo Benjamin

En cuanto al primero, era una locura sospechar que hubiera hecho semejante accion.

En cuanto al segundo, ya era diferente.

Recordó Sara el desprecio que de sus amores habia hecho.

Volvió á mirar ante sí en el fondo del corredor aquellos ojos que en su fosforecente irradiacion, la dirigian una muda amenaza, y en esto encontró la clave de aquel enigma.

Recordó entonces las líneas fuertemente acentuadas de aquel rostro donde se leia la perversidad y la hipocresía, y comprendió que sobre el poder de la fuerza del Sultan, estaba el poder de la maldad de Benjamin

Para librarse de aquel, tenia necesariamente que valerse de este.

La hebrea era astuta, y Sidi-Mohamet no era muy sagaz.

Ademas, la sobrina de Isaac poseia una hermosura deslumbradora, que era un arma poderosísima para fascinar á la magestad Xerifiana.

Y sobre esto poseia el secreto de aquellos amores del monarca marroquí con Rebeca, secreto que podia esplotar como mejor le pareciera. Estas tres cosas reunidas, la sirvieron para contener los deseos de su dueño, y para que este se enamorase cada dia mas de la rebelde esclava.

En cuanto á Zaard, que no tenia la sagacidad de Sara, y que no sabia los motivos de semejante prision, se desesperaba contra su desgraciada suerte, y no encontraba consuelo para su dolor.

Habia entrevisto la libertad, habia adivinado la felicidad que le esperaba en los brazos de Zelin, y tras este paraiso que en su imaginacion se forjaba, se habia encontrado de repente en el infierno.

Durante su estancia en el harem, la pobre niña habia derramado todas sus lágrimas.

Se habian secado todos sus sentimientos por decirlo así.

Pero libre otra vez, fuera de aquel estado de cautividad, y próxima á ser mecida por la ventura, volvió á sentir.

Mas todo aquello fué un sueño, fué un edificio de humo que un soplo de viento hizo desvanecerse; volvió á ser llevada al harem, y el llanto volvió á correr por sus mejillas.

Comprendio que en aquella segunda vez no tenia salvacion, y sino tranquila al menos, resignada esperó su sacrificio.

Sara nada habia podido decirla.

Hubiera querido comunicarla la tranquilidad que ella esperimentaba y haber derramado en su corazon algunas palabras de consuelo.

Pero la hebrea conocia la grandísima cautela con que era menester andar en aquella situacion, y no teniendo una gran confianza en las mujeres que la servian, no se atrevió á dar paso alguno.

Y de este modo se pasaron dos dias.

Y durante ellos, Sara habia esperado y esperaba, aunque Benjamin fuera á verla para pedirla su amor en cambio de su libertad.

X.

¿Y entre tanto era feliz el emperador de Marruecos?

No: era imposible que lo fuera. Prescindiendo de las causas que en sus sentimientos y en su pasado tenia, su presente estaba muy nebuloso, y su porvenir mas todavía.

En el centro de sus reinos tenia gérmenes altamente desorganizadores.

Aquellas tribus que no reconocian poder ni autoridad en el Xerife; aquellas tribus que siempre feroces y nunca sometidas, se destrozaban en sus continuas luchas parciales, y que no po-

cas veces habian vencido á las tropas del emperador, le causaban serias inquietudes.

Sus hermanos llenos de ambicion, aspirando á aquel sólio, al que se creian con derecho por la ley del mas fuerte, habian hecho estallar otra vez la guerra civil.

Y dominando este cuadro la guerra con España que le quitaba sus tesoros, que disminuia estraordinariamente el número de sus tropas, y que apesar de esto, no tenia ningun resultado favorable para él.

Si de los disgustos de política pasamos á los disgustos domésticos, encontraremos que era imposible tambien que Sidi-Mohamet encontrase aquí la paz y la felicidad que le arrebataban los negocios del Estado.

La religion musulmana, al conceder al hombre que tenga todas las mujeres que desee ó pueda mantener, le ha negado ese dulce compañerismo del hogar doméstico; esa mujer sola que enlazada con un hombre con ciertas restricciones y con ciertas libertades sociales, es para él una amiga tierna y una compañera constante que le ayuda á sobrellevar los disgustos de la existencia.

El islamismo niega á la mujer toda representacion en la sociedad.

La considera como un obgeto de placer y nunca como un medio para endulzar la vida del hombre.

Asi era que Sidi-Mohamet no podia depositar en nadie sus penas.

No veia á su lado mas que el servilismo personificado, y si se retiraba al harem, solo veia instrumentos de goce, nunca el obgeto que interesase su corazon.

Añadamos á esto las manchas que habia en su pasado, los recuerdos que Sara le evocó en su primera entrevista, y tendremos una idea de cual era el presente del emperador.

Ademas la unidad de un pueblo constituye su fuerza.

Si todos los elementos divergentes que hay en una nacion no estan centralizados bajo una mano poderosa, que sin apretarlos demasiado, los contenga en sus justos límites, esta na-

cion arrastrará una vida lánguida y perezosa, y tras algunos impotentes esfuerzos, caerá para no levantarse nunca.

Muley-Soliman, Abd-el-Bahman su sobrino, y el actual emperador, han ido marcando progresivamente la decadencia del imperio de Marruecos.

Las naciones son como ciertos edificios ruinosos, que si una piedra se desmorona, siguen todas las demas hasta convertirse en un monton de escombros.

Marruecos, ya lo hemos dicho antes, tiene en sí gérmenes de disolucion que cada dia le aceleran mas su ruina.

Destrozado en el interior por las guerras civiles; carcomido en uno de sus costados por la Francia; monopolizado por el espiritu mercader de la Inglaterra, vencido posteriormente por la nacion en quien menos fuerza creia, destrozado en cuantos combates ha empeñado con los cristianos, el sultan mogrebino vé la decadencia de su imperio, y no se encuentra con fuerzas para contrarestarla.

Vé que las dos potencias mas poderosas de la Europa, vienen durante muchos siglos, disputándose la influencia y el poder de Marruecos.

Las vé que hoy, la una por su comercio y la otra por el territorio, hablan, disponen y egecutan como si ya les perteneciese de derecho.

Comprende el partido que uno y otra sacan de lo que poseen, y no puede menos de ocurrírsele, que cuando tan buenos resultados les dá, seria dificilisimo hacerlos retroceder, puesto que eso seria acelerar mucho mas la caida de su soberanía.

Harto débil para sepultarse con gloria entre los escombros de su imperio, deja que los acontecimientos sigan su curso natural, y siempre con la duda en el corazon, atraviesa harto tristemente el camino de la vida.

Tal es el emperador de Marruecos, visto por dentro á lo que es lo mismo en esas horas de soledad en que encerrado en su cobba, se entrega á esos ensueños que los hombres han bautizado con los nombres de recuerdos del pasado, desengaños del presente, y miserias del porvenir.

XI.

Sara esperaba con impaciencia la llegada de Benjamin.

Y parece que por lo mismo, el jorobado tardaba mas en presentarse.

La hebrea habia recibido dos veces la visita del emperador, y en las dos veces habia conseguido un nuevo triunfo sobre él.

Sidi-Mohamet se habia dicho al entrar siempre en la estancia de la hebrea, que no habia de salir sino vencedor.

Y apesar de esto, siempre habia salido vencido.

La hebrea: ora alagándole con la esperanza de sus amores, ora desdeñándole, ora reprochándole su pasado ó anunciándole su porvenir, siempre salia triunfante del emperador.

. . . .

Era la cuarta noche que la hebrea pasaba en el harem de Mequinez.

Ya hacia bastante tiempo que el *muetzin* desde el minarete mas alto de la gran mezquita, habia anunciado á los fieles la oracion de la tarde.

La bomba de cristal que encerraba la luz que habia en el aposento de Sara, derramaba sobre él un resplandor tímido y suave.

La sobrina de Isaac se hallaba reclinada sobre los mullidos almohadones, y su vista vagaba distraida por el avobedado techo de su habitacion.

Quizá en aquel momento recordaria las dulces pláticas que en tiempos mas felices habia tenido con Alberto.

Quizá tambien los dolores que la inconstancia de éste le habia hecho sufrir.

Tal vez creeria verle en brazos de otra mujer anegándose en las delicias de otro amor que no era el suyo.

Tal vez se lo figuraba desesperado por no tener noticias de ella.

Puede muy bien que su pensamiento estuviera fijo en aquel Benjamin, causa de su desdicha, y que un sentimiento de venganza hiciese asomar á sus labios la sonrisa que por ellos vagaba.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la judía estaba asaz, preocupada y pensativa.

De pronto un pequeño ruido se dejó percibir en uno de los ángulos de la estancia.

Los ojos de Sara se dirigieron á aquel punto, y como si hubieran querido atravesar las paredes, brillaron sus pupilas con un fuego deslumbrador.

Continuó el rumor por algun tiempo, y la jóven despues de haber dirigido una sonrisa de triunfo hácia el lugar donde este sonaba, volvió á fijar sus miradas en el techo.

En el momento, una de las piedras que formaban la pared, giró casi sin ruido, y dejó ver una entrada lo suficientemente capaz para que pasára por ella un hombre.

Fijó la dama sus espantados ojos en la persona que acababa de entrar, y con un miedo perfectamente fingido, dijo:

—¿Quién eres?

—Tranquilízate, señora mia, la dijo Benjamin, adelantándose hácia ella. ¿No me conoces?

—Recuerdo muy confusamente tus facciones, te he visto en otra parte, pero no sé donde.

—Que desgraciado soy cuando tan vaga es la memoria que tines de mí, dijo el jorobado con amargura.

—Desgraciado, porque yo no me acuerdo de tí? ¡No te comprendo!

—¿No te acuerdas que la noche antes de salir de la casa del Cheg, un hombre penetró en tu cuarto?

—Ah!.... Sí, ya sé quien eres.

—Loado sea el Dios de Israel! Si tú comprendieras el bien que me hacen tus palabras, si fuera posible que tú pudieras leer en el fondo de mi alma, comprenderias lo doloroso de mi situacion.

—No sé lo que quieres decirme, murmuró Sara, haciéndose la sorprendida. Sepamos qué es lo que te ha traido por aquí á éstas horas y de semejante modo.

—El verte á tí únicamente, contestó Benjamin.

—A mí! preguntó con estrañeza la hebrea.

—Sí, tú no sabes Sara lo desgraciado que yo soy.

—Y por qué?

—Porque amo con delirío.

—Y no te corresponden?

—No.

—¿Tiene acaso otro amante la mujer á quien tú amas?

—Creo que sí.

—¿Pero no tienes la conviccion?

—Ella me ha confesado que amaba á otro.

—¿Y tú no te has dado por satisfecho con su franqueza?

—Quien puede darse por satisfecho cuando ama tanto como yo.

Sara no pudo contestar á esto.

Nadie como ella habia amado á Alberto; y nadie como ella sabia dominar sus impresiones.

Y sin embargo, cuando el poeta en una situacion semejante, la habia dicho con una franqueza digna de elogio, que no podia amarla, ella no se habia conformado.

Y del fondo de su alma habia partido un grito doloroso que habia hecho despertar la fibra de la venganza.

Ahora, puesta frente á Benjamin, comprendia que habia andado muy inconveniente con revelarle que amaba á otro.

Sin embargo Sara, no era mujer que renunciase tan pronto á una idea, y que contase con tan pocos recursos, que se dejase vencer al primer obstáculo.

Tenia que trabajar mucho mas.

Y se encontraba con fuerzas para ello.

Dirigió una mirada larga, intensa y tenaz al hebreo, y envolviéndolo por decirlo así en el flúido que despedian sus pupilas, le dijo:

—¿Y tú no adivinaste si esa mujer al decirte que amaba á

otro, lo hacia porque no creyese lo que tú la decias, ó porque en realidad tuviera otros amores?

Benjamin, á su vez, miró á la hebrea.

Sus ojos trataron de penetrar á través de aquella alma.

Pero el rostro de Sara era una careta de mármol, cuya dureza no podia quebrantarse.

En él no se leia mas que una coquetería altamente encantadora.

Sus labios se sonreian de un modo arrebatador.

Toda su figura revelaba una voluptuosidad esquisita.

Y entornadas levemente sus pestañas, lanzaban á través de ellas miradas tan hechiceras, que el pobre judío se sentia cada vez mas enamorado, y cada vez mas confuso.

Por fin hizo un esfuerzo, y la dijo:

XII.

—Mira Sara, hablemos con franqueza, la mujer á quien yo amo, eres tú.

—Ya recuerdo que me lo dijiste hace algunas noches, contestó la judía con una inflexion de voz, dulce y armoniosa.

—¿Recuerdas lo que entonces me contestaste?

—Sí; te dije que amaba á otro.

—Y ahora, puesta la mano sobre tu corazon, me dás la misma respuesta?

—No.

Benjamin miró á la hebrea con un asombro inesplicable.

—Si tu fueras mujer, dijo la hebrea, reparando en la sorpresa del hijo del *cheg*, y un hombre á las dos horas de haberte conocido, te digera que te amaba con delirio ¿qué le contestarias?

—A qué viene ahora esa pregunta?

—A esclarecer tu situacion y la mia.

—Habla:

—Si un hombre te hubiera dicho lo que yo acabo de decir, por no contestarle que se estaba burlando de ti, hubieras buscado una evasiva.

—Y por qué?

—Porque es imposible que un cariño se desarrolle tan pronto.

—Luego tu no crees en los amores que se revelan en un momento dado?

—Si que creo en ellos, pero encuentro muy difícil que ese mismo amor sea estensivo á dos seres.

—Y tu crees que yo haya sentido esa pasion tan repentina?

—Sí.

—Entonces no comprendo tu repulsion.

—¿Acaso crees, que porque tú lo hayas sentido, yo debiera sentirlo tambien?

—Luego no me amas?

—No he dicho eso.

—Entonces?... preguntó anhelante el hebreo.

—Tampoco te digo que te quiero

Benjamin no sabia lo que pensar.

Mejor dicho, en la mezcla de sentimientos que Sara hacia germinar en su pecho, no sabia definir, no podia comprender lo que verdaderamente sentia.

La fijeza de la mirada límpida y serena de la judía, le fascinaba.

Habia en aquellos ojos algo que hablaba de amor, habia una cierta promesa misteriosa, pero mas dulce, mas encantadora todavía por el mismo misterio en que iba envuelta.

Las inflexiones de su acento, tambien respiraban amor.

Pero aquella contrariedad en las palabras, trastornaba la cabeza del pobre jorobado.

Sara no negaba ni concedia la correspondencia á su pasion, de modo que Benjamin no sabia si adormecerse en brazos de la esperanza, ó abismarse en las negras profundidades del dolor.

Y entregados á sus pensamientos, permanecieron ambos algunos momentos sin pronunciar una palabra.

—Mira Sara, dijo el judio, hay en lo que me has dicho una

contrariedad inmensa, y es necesario que esta situacion se esclarezca.

—Esplícate mas, para que te pueda comprender; le contestó la jóven mirándole con mas intensidad todavía.

—Yo te amo con una pasion que puede hacer de mí un ángel ó un demonio. Ignoro, si ha sido por mi bien ó por mi mal el haberte conocido, pero lo que si se, es que por la posesion completa de tu amor, seré capaz de cometer, los mayores crímenes.

—Piensas acaso con amenazas conseguir mi cariño? le interrumpió Sara con un acento glacial.

—No; solo he pensado que fueras mia, y en mí, pensar, equivale á egecutar.

Los ojos de la jóven brillaron de un modo siniestro.

Las manos se crisparon convulsivamente.

Pero se dominó en seguida y con un acento encantador dijo:

—Muy exigente eres para ser amante rendido.

Benjamin comprendia que aquella muger lo iba envolviendo poco á poco en un círculo de voluptuosidad del que no sabia como salir.

Al principio estaba aturdido, dudaba por efecto de las palabras de la judía.

Pero algunos momentos de reflexion le hicieron conocer que Sara era muy astuta, y trataba de fascinarle para esplotar aquel cariño.

Benjamin era muy malo, y juzgaba á los demas por sí mismo.

Y en esta ocasion es menester convenir, en que no habia andado muy descaminado en su juicio.

Habia comprendido que con la amada de Alberto no podia entrar en lucha de palabras, ni coqueterías, y se decidió á abordar la cuestion con toda su rudeza brutal.

Por esta razon prosiguió en estos términos.

—¿Y quién te ha dicho que yo sea un amante rendido?

—Tu mismo.

—Yo mentí entonces, como tu has mentido al darme á entender que podrias amarme.

—¿Y por qué no podria suceder eso? preguntó Sara haciendo violentos esfuerzos para contener la cólera que sentia rugir en su pecho.

—Porque yo te comprendo á tí perfectamente, y me conozco á mí mucho mejor.

—No sé lo que quieres decir.

—Yo soy feo, soy incapaz de inspirar amor á ninguna muger, y mucho menos á tí que eres hermosa como una mañana de primavera. Tu has comprendido que yo he tenido la culpa de que se descubrieran tus intenciones, y te has dicho doblegándome á los caprichos de Benjamin podré conseguir mi libertad, y arreglado tu plan de esta forma has tratado de fascinarme desde el momento en que me viste entrar. ¿No es verdad que he adivinado perfectamente tus proyectos? preguntó el judío con una ironía punzante.

—Conque segun eso, contestó Sara con un acento contenido, yo he fingido aceptar tu amor por...

—Por miedo; interrumpió con cinismo Benjamin.

—Miserable!... gritó la hebrea incapaz de poderse contener mas.

—Ola! ola!... parece que tras los halagos vienen los improperios; pues sabete señora mia, que lo mismo que desprecié aquellos, despreciaré estos.

—Entonces que es lo que quieres de mí?

—Tu posesion; al principio creí que te amaba, y te amé; pero comprendí que aquello era una locura, sofoqué mi pasion, y solo ha quedado mi deseo, pero deseo devorante, que me consume, y que satisfaré á pesar de todo.

Era tan decidido el acento del judio, que la hebrea no pudo menos de estremecerse.

Sin embargo, trató de ocultar el efecto que aquella amenaza la habia hecho, y con la mirada centelleante, le contestó.

—Yo ser tuya?... yo pertenecerte?... Nunca.

Una carcajada que nada de humano tenia fué la única contestacion del judío.

La amada de Alberto sentia circular por sus venas un frio horrible.

La mirada satánica del hijo del Cheg, la causaba pavor.

La asustaba á ella!... á ella, que no habia temido nunca mas que la pérdida del amor del poeta.

Pero aquella no era ocasion de vacilar, ni demostrar temor, era ocasion de luchar, y de vencer si era posible.

Así que levantándose y derramando á plomo su mirada glacial sobre el jorobado, le contestó con un acento incisivo y punzante.

—Siempre habia creido que fueras ruin, y miserable, pero no te hacia tan bajo que pudiera llegar un momento en que no me inspirases mas que desprecio.

—Nada me importa que me desprecies; me he propuesto que seas mia, y lo serás.

—Antes me daria la muerte.

—Ya evitaré yo el que llegue ese caso.

—Pero tu no has pensado que siendo la esclava de Sidy-Mohamed, y estando tan sediento de mi hermosura, no tenga en él un instrumento para deshacerme de tí?

—No lo harás, porque no puedes; tú querrás ver mañana al emperador, y éste, mañana tendrá mucho que hacer para ocuparse de tí; y mañana por la noche puedes tener la seguridad de que me pertenecerás aunque tú no quieras.

—Jamás! gritó con arranque la hebrea.

—No encuentro una razon para que eso no suceda, tu no podrás oponerte, y no hay aquí nadie que te pueda defender.

—Creo que no has contado conmigo, miserable confidente de los enemigos del emperador, dijo una voz á espaldas del hebreo.

Volvió este vivamente la cabeza, y en el mismo boquete por donde él habia entrado vió un musulman que le contemplaba con una fisonomía estraordinariamente burlona.

Al reconocerle, retrocedió algunos pasos murmurando con voz apenas inteligible:

—Jacob, aquí!...

Sara tambien, con la sorpresa pintada en su rostro habia dicho.

—El baron del Bosque!...

Y si alguno de nuestros lectores se hubiese encontrado en aquel lugar, al verle no hubiera podido menos de exclamar.

—El invisible!...

CAPITULO XXXXII.

Un recuerdo á Africa.—Por qué fué el invisible á Gibraltar y á Mequinez.
—Batalla de Gualdrás.

I.

Ya es tiempo de que hablemos de Angeles.

Hacía cinco ó seis dias que estaba en Gibraltar.

Su padre habia encontrado todos los negocios del difunto en bastante mal estado, y á consecuencia de esto, su estancia en la plaza, debia de prolongarse indefinidamente.

La amada de Antonio habia pasado dias muy crueles despues de su salida de Ceuta.

A los muy pocos dias de su salida de este punto, se habia dado la gran batalla del 4 de febrero, y era lo mas posible que en ella hubiera tomado parte su amante.

En cuanto á la madre de este y su hermana, el mismo dia

en que este salia para el campamento, marchaban ellas á Cádiz para desde este punto marchar á Madrid.

De manera que la hija del banquero no podia recibir mas noticias que las que el jóven subteniente la pudiera remitir.

Por esta razon Angeles habia sufrido los primeros dias de su estancia en la colonia inglesa.

Sin embargo, tres dias despues de la batalla de Tetuan, recibió una carta que le hizo derramar lágrimas de felicidad.

Antonio la participaba, que alentado por su amor, y escudado por él, habia hecho tales prodigios en esta accion, que el general en gefe le habia concedido la otra charretera sobre el campo de Tetuan.

Esta noticia esclarecia el porvenir de ambos amantes.

Esta noticia representaba que si Antonio salia bien del resto de la campaña, era ya mucho menos corta la distancia que le separaba de la híja del banquero.

Y asi trascurrieron los dias.

Y se cruzaban las cartas entre ambos amantes, cartas en que se repetia cien veces y bajo cien formas distintas ese «te amo» que con pequeños variantes constituye toda la fraseológia del amor.

Digamos ahora cuatro palabras sobre el estado de la herencia del padre de Angeles.

Entre las cosas que habian quedado al fallecimiento del hermano de Céspedes, y que á este pertenecian, habia una cajita de ébano sobre la que se leia en caracteres arábigos »*Legalib ile Allach*» (No hay mas Dios que Dios) antiguo lema de los reyes de Granada, y que es la base por decirlo así, de la religion musulmana.

Sobre este letrero habia una media luna, y á entrambos lados dos iniciales que no eran las del nombre del hermano de Céspedes.

Esta caja escitaba poderosamente la curiosidad del banquero.

Pero habia una claúsula en el testamento del difunto que decia que aquella caja no se entregase mas que á la persona

que presentase un pergamino en el que hubiera las mismas palabras árabes, la misma media luna con las iniciales, y debajo de estas la firma entera del difunto.

Esta claúsula era por sí sola suficiente para escitar los deseos de la persona mas apática.

Ya hemos dicho antes que Céspedes pertenecia á esa raza de hombres puramente materiales que no tienen mas Dios que el dinero, y que forman por decirlo así la aristocracia mercantil de todo el mundo.

El creia que la caja aquella contenia dinero ó valores equivalentes.

Y no podia menos de sublevarse contra aquella substraccion que hacia el difunto de la herencia que segun él le pertenecia de derecho.

Viendo que habian transcurrido cinco ó seis dias, que nadie se presentaba á reclamar la caja, y que él tenia menos deseos que antes de entregarla, se decidió por hacerla desaparecer.

Antes de esto ya habia habido algunas cuestiones con los testamentarios sobre la citada caja.

Pero estos siempre habian estado conformes y unánimes en que se cumpliera la palabra del testador.

Céspedes, escuchando solo la voz de su interés, quiso que aquel objeto le perteneciera.

Llamó á un criado de confianza, y entregándoselo le dijo, que sin que nadie lo supiera, se embarcase y fuese á esperarle á Madrid.

Así lo hizo, y cuando al dia siguiente se notó la desaparicion del criado, se advirtió tambien la de la cajita.

Los testamentarios pusieron el grito en el cielo, como suele decirse, y acriminaron al banquero por aquel descuido.

Pero este se defendió como pudo, y aquel asunto quedó en tal estado.

II.

Vamos á ver por estos dias qué era lo que hacia el invisible.

Nosotros le hemos presentado á nuestros lectores algun tiempo despues de estos sucesos, y para el mejor conocimiento de nuestra obra, es menester que nos ocupemos tambien de él en el asunto que estamos tratando.

Tres dias despues de la muerte del hermano del banquero, un cárabo riffeño, se dirigia hácia una especie de ensenada pequeña que se formaba al abrigo de la sierra donde tenia su palacio subterráneo el invisible.

Hablemos algo sobre esta ensenada.

Sobre un lecho de finísima arena se estendian las aguas en una estension de unas cien varas.

Los dos lados de esta pequeña bahía estaban resguardados por la montaña del invisible, y por otra no menos inaccesible y escarpada.

De las vertientes de estas montañas se formaba un arroyo, que tomando en algunos puntos las proporciones de rio, iba á derramar sus aguas en la especie de playa de que hemos hablado anteriormente.

El cauce de este rio podria tener en su punto mas ancho que era el en que desembocaba en el mar, unas 20 varas de ancho, por 8 ó 10 de profundidad.

En ambas riberas del rio nacian unos cañaberales que formaban por decirlo así una bóveda de verdura por entre la que apenas se filtraban los rayos del sol para ir á reflejarse sobre las aguas.

Bajo aquella bóveda habia constantemente anclado en las aguas del rio un *brik* cuya finísima proa y cuya delicadeza de recortes demostraban bien claro que habia salido de los astilleros de Inglaterra.

Era una embarcacion en miniatura.

Encajonado por decirlo así entre las riberas del rio no presentaba fuera del agua mas que unos costados negros como el azabache en medio de los cuales se destacaba una cinta blanca que lo rodeaba.

Sobre su proa se veia un ángel sosteniendo con una mano una flecha que podria ser muy bien una alegoría sobre la ligereza del buque.

En la popa entre dos ventanas cuyos marcos estaban primorosamente trabajados se leia en grandes letras de bronce un nombre solo.

«Azraphael.»

Es decir el nombre de uno de los cuatro arcángeles que reconoce el Koran.

Sobre la cubierta del buque se veian seis portas que perfectamente cerradas podian servir para seis cañones de á ocho que iban cuidadosamente ocultos en la sentina del buque.

En cuanto á su arboladura era de una delicadeza estremada.

Bastante alta estaba á la sazon rebajada muchísimo para que pudiera penetrar bajo la bóveda que formaban los cañaberales.

Ninguno de los habitantes de aquellos alrededores conocia la existencia de aquel buque.

Era tal el temor que inspiraba la morada del invisible que ninguno se atrevió á hacercarse por aquellos contornos.

III.

Entre tanto el cárabo de que hemos hablado se iba acercando hácia la playa.

Dentro de él iban dos musulmanes.

Dirigieron su pequeña embarcacion hácia la derecha del sitio donde desembocaba el rio, y saltando el uno de ellos sobre las rocas, la afianzó con una cuerda á una de ellas.

El que habia quedado en el cárabo, salió á su vez, y am-

bos trepando por aquellos riscos se dirigieron hácia la cima de la montaña.

Casi á la mitad de ella, el que habia desembarcado el primero, arrojó un grito particular que todas las sierras vecinas fueron repitiendo.

Cuando llegaron á la meseta, ya estaba abierta la puerta de la caverna.

Dos negros habia junto á ella.

—¿Qué quieres Haschem? preguntó uno de ellos al que habia dado el grito.

—Este hijo del Islam, que me acompaña, quiere ver á nuestro Señor.

—No puede ser; contestó lacónicamente uno de los abisinios.

—Dile que vengo de Gibraltar, dijo en esto el otro moro que habia llegado en el cárabo.

El negro fijó una mirada profunda en el que habia hablado, y sin contestar una palabra, se dirigió hacia el interior del palacio subterraneo.

Al cabo de algunos momentos volvió, y dirigiéndose al desconocido le dijo.

—Sigueme.

Penetró este en el edificio, y atravesando salas llegaron hasta una habitacion donde estaba el invisible.

Este hizo un movimiento que comprendiéndole el negro, se retiró inmediatamente.

—Qué hay? Pedro? dijo el invisible asi que quedaron solos.

—Que el comerciante D. José Maria Cespedes, ha dejado de existir, contestó Pedro en un castellano tan claro y tan castizo como pudiera hablarlo cualquiera de los hijos de nuestro suelo.

El rostro del invisible se puso extraordinariamente pálido.

—¿Y á quienes ha dejado por herederos? preguntó en el mismo idioma.

—A su hermano.

—¿Y lo sabe ya este?

—Si señor.

—Está bien, cuando el banquero madrileño llegue á Gibral-

tar, ven á avisarme, y entre tanto, tu y Jhon, no perdais de vista la casa, y observad cuanto en ello se haga.

—Quedareis satisfecho; mandais alguna otra cosa.

—No, puedes marcharte. Ah! se me olvidaba ¿quien te ha conducido aquí?

—Haschem.

—Puedes retirarte.

Y Pedro salió de la estancia, y momentos despues, el cárabo volvia á lanzarse al mar conduciendo á los dos hombres que habia traido.

En cuanto al invisible, así que se quedó solo, se operó una estraña transformacion en su semblante.

Su palidez se hizo mas lívida.

De sus labios se escapaban gemidos sordos y doloridos.

Y dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus megillas.

En esle estado se pasó el resto del dia.

Cuando llegó la noche, cabalgó sobre su negro corcél, y casi toda ella la pasó vagando por aquellas montañas.

. . . .

A la mañana siguiente todo era alegría y felicidad en la cabaña del pescador Haschem.

Pendiente de una flecha clavada en la puerta, habia un bolsillo lleno de oro.

En el asta de la flecha habia un papel en el que con caracteres rojos, decia:

«El invisible.»

IV.

A los quince ó veinte dias de haber pasado los sucesos anteriores, volvió á presentarse en la montaña el mismo que vino á anunciar al invisible la muerte del comerciante de Gibraltar.

Hacía cuatro dias que Céspedes, el banquero madrileño estaba en la casa de su difunto hermano.

Inmediatamente el invisible llamó á uno de sus criados.

—Dí á Beu-Kaik que prepare en seguida el brik, y en cuanto esté, que me avise.

Salió el criado, y aun no habian transcurrido cinco horas, cuando se presentó en la estancia un jóven vestido á la usanza española con el trage de los pilotos mercantes.

—Está ya Ben-Kaik? le preguntó el invisible.

—Cuando gusteis, señor.

—Pues vamos allá, y pon el rumbo para Gibraltar.

El invisible tambien se habia transformado.

Un elegante trage de camino cubria sus perfectas formas.

Tras él salieron del palacio de la montaña, dos criados vestidos tambien á la española, y junto con estos iba Pedro.

Bajaron todos por la sierra, y llegaron á la playa.

El buque no estaba ya en el sitio en que lo hemos presentado á nuestros lectores.

Se mecia gallardamente en medio la bahía.

Su arboladura se presentaba esbelta y graciosa, y sobre los mastiles se veian diez ó doce marineros tambien á la española, esperando sin duda á su señor para largar las velas.

Junto á la orilla estaba esperando una canoa fina y ligera como el brick.

El invisible Beu-Kaik y los tres criados, se lanzaron á la frágil embarcacion, y algunos momentos despues, trepaban por las escalas del buque.

Inmediatamente se colgó la canoa de los pescantes.

Ben-Kaik, dió la señal de partida, y tendiéndose las velas, «El Azrrafaél» salió de la bahía.

Poco á poco fué inchándose la lona, y mas que un buque parecia un pájaro que volaba sobre la superficie del agua, tendidas completamente sus blancas alas.

Al dia siguiente echaba el ancla en Gibraltar.

La misma canoa que los habia conducido al brik, los llevó desde este al muelle.

Entre las diversas personas que en él se veian, habia algunos oficiales de la guarnicion británica que habian seguido

con curiosidad marcada al brik desde que penetró en el puerto.

—Mira, Arturo, decia uno de ellos, no te parece que aquel es el brik de lord Archivvald?

—Eso mismo estaba mirando, y creo que tienes razon, pero tan pronto parece imposible que haya vuelto de su viage, contestó Arturo.

—Ya sabes lo escéntrico que es, y nada me sorprenderia que en medio del camino ó desde cualquiera de los puertos de España se hubiese vuelto.

—Mira, James, dijo interrumpiendo á Arturo otro de los oficiales, ahora botan la lancha, y un caballero baja por la escala; no tiene duda es él.

—Efectivamente, es su aire, su estatura; si es Archivvald.

—Vamos al desembarcadero, añadió otro.

Y todos se dirigieron hácia allá.

Entre tanto la canoa se acercaba á tierra.

Atracó junto al muelle, y el invisible fué el primero que salió de ella.

—Adios, milord, digeron los oficiales acercándose á él.

—Adios, señores, les contestó en el inglés mas puro, y estrechándoles la mano afectuosamente.

—Cómo tan pronto por aquí?

—He querido ver de cerca la guerra.

—Baa! dijo uno de los ingleses con cierto aire de desden, eso no tendrá mucho que ver, los españoles se han metido ahí sin saber lo que hacen, y así les saldrá ello.

—No es eso lo que yo he oido en Cádiz y en Alicante, contestó el invisible.

—Y ellos qué han de decir? añadió otro.

—En fin, señores, degemos esa cuestion, pues les participo á ustedes que vengo muy españolizado, y no puedo escuchar impasible que se trate de rebajar á una nacion que ha hecho lo que ella.

—¿Y qué es lo que ha hecho? preguntó Arturo con despreció.

—Lo que nunca haria la nuestra.

—Milord!...

—Lo dicho señores; y hoy por hoy aseguro á ustedes. que me avergüenzo de decir que soy inglés.

—Pero....

—¿Les parece á ustedes digno que nuestro gobierno haya ido á reclamar del español, esos millones que en esas circunstancias menos que en ningunas debia de haber reclamado?

—Ya se vé, eso era para estorvar....

—Eso ha sido bajo é innoble, una nacion lucha de frente y con lealtad con otra, pero valerse de medios tan rastreros, eso es indigno de cualquier nacion que tenga decoro.

—Milord!...

—Lo dicho señores; antes dige que no tocáramos esa cuestion, y ahora vuelvo á repetirlo; si ustedes gustan acompañarme, voy al «Hotel de las cuatro naciones» comeremos juntos, y despues iremos donde ustedes les parezca.

—Iremos al teatro.

—Bien: veremos el destrozo de alguna buena obra. Peters, prosiguió dirigiéndose á uno de los criados, vamos al «Hotel de las cuatro naciones», con que así, en marcha.

Y dando el egemplo, empezó á andar con direccion á la fonda.

Los oficiales le siguieron, y tras estos los criados, y todos juntos penetraron por la puerta del muelle y se dirigieron hácia el Hotel.

V.

Al dia siguiente de haber llegado el invisible á Gibraltar, el banquero Céspedes se paseaba con muestras de satisfaccion por una de las habitaciones de la casa de su difunto hermano.

Razon tenia para estar satisfecho.

Habia recibido un parte telegráfico desde Cádiz, en que le participaba el criado que habia llevado la caja, que estaba en dicha poblacion, y que se disponia para marchar á Alicante.

Ya habia conseguido su objeto.

Aquella caja tan codiciada ya le pertenecia.

Dentro de muy poco tiempo podria abrir la caja y enterarse de lo que contenia.

Ya tenia resuelto marchar otra vez á Madrid.

Casi arreglados ya los asuntos de la testamentaria, solo le faltaba ir á Jerez unos cuantos dias para ver unas viñas que en aquel sitio le habia dejado su hermano.

Angeles pasaria á Algeciras y desde alli se iria á Málaga, donde tenia una parienta á quien no habia visto mucho tiempo hacia, y en este punto esperaria á su padre.

El mayordomo de este, y una camarera que habia tomado en Gibraltar, acompañarian á Angeles en su viage.

Concluidos todos los arreglos, y dadas las disposiciones necesarias, el buen banquero como persona que ha cumplido perfectamente con todos sus deberes, se paseaba como antes hemos dicho, lleno de la mas viva satisfaccion.

En esto, Pedro, el criado que vimos en la montaña del invisible penetró en la estancia.

—¿Qué quieres Pedro? preguntó Cespedes.

—Señor, ahí fuera hay un caballero que desea veros.

—¿No ha dicho su nombre?

—Es Lord Archiwal de Groswernor.

—No se quien pueda ser, pero en fin dile que pase.

Pedro salió y al cabo de algunos momentos el invisible penetraba en la habitacion.

Despues de los saludos de costumbre, el recien llegado dijo al banquero, en un castellano que no podia disimular el acento inglés de quien lo hablaba.

—V. estrañará sin duda mi visita, toda vez que sin conocerle me he tomado la libertad de presentarme en su casa.

—Oh? nada de eso, V. es muy dueño, y yo tengo mucho gusto en verme honrado con su presencia, contestó Céspedes con una finura esquisita.

—Mil gracias; vamos ahora al objeto principal de mi visita.

—V. dirá?...

—Creo que al leer el testamento de su difunto hermano, habrá notado una clausula bastante estraña por cierto.

El banquero se estremeció.

Sin embargo, se repuso y preguntó

—Ignoro de cual me hablará V.; habia tantos legados, y tantas clausulas estrañas, que no se ..

—Es una clausula referente á una cagita...

Cespedes palideció extraordinariamente

El momento que mas temia habia llegado.

Al ver que pasaban dias y dias y que nadie venia á reclamar aquel legado misterioso, habia sentido un desahogo grande en su conciencia.

Pero ahora, en el momento casi, en que se iba á alejar de aquella tierra donde era mas fácil la reclamacion de aquel depósito, se presentaba nada menos que un Lord á exigirla.

Aquello habia trastornado al hombre que no habia tenido miedo para cometer un robo.

En fin, dominándose como pudo, contestó:

—Sí; ya se de lo que V. me habla, y por cierto que con ella ha sucedido un lance bastante pesado.

—Creo que la claúsula dice, prosiguió el invisible, sin hacer caso de la salvedad hecha por Céspedes, que esa caja, no se entregaria mas que á la persona que presentára un papel con ciertas señas especiales.

—Así es en efecto.

—Pues bien, aquí tiene V. ese documento.

Y el invisible sacó de una preciosa cartera de piel de Rusia, un papel hecho cuatro dobleces, que presentó al aturdido banquero.

Este no sabia que decir.

—Vea V. volvió á insistir el invisible, vea V. si este documento está como exige la claúsula testamentaria.

—Ya he indicado á V. antes, dijo por fin el banquero, que con esa caja habia sucedido una cosa bastante estraña.

—Y que es? preguntó con una calma propiamente inglesa el invisible.

—Que esa caja ha desaparecido de mi habitacion.

—Eso es lo mismo que decir que la han robado?

—Justamente.

—Pero yo supongo, que habrá V. averiguado quienes sean los autores de semejante robo?

—Ya se han hecho averiguaciones.

—Y qué ha resultado?

—Nada absolutamente.

—Pero estando la caja en esta casa, y habiendo faltado de aquí, los criados son los responsables, despues de V. á cuya guarda se habia confiado.

—Yo respondo de mis criados, caballero.

—Entonces serán los que tenia su difunto hermano de V.

—Tampoco.

—Sí tanto los defiende V. y tanto asegura que no han sido, ¿quíen ha robado entonces la caja? preguntó con su calma glacial el invisible.

—Yo... no lo se.

La mirada del habitante de la montaña, se fijó lucida y brillante sobre el banquero.

Este no pudo resistir el brillo que aquellos ojos despedian y bajó los suyos.

El invisible sonrió imperceptiblemente.

—¿Con que es decir que me quedo sin lo que de derecho me correspondia?

—Y no puede V. figurarse cuanto es mi sentimiento; yo he hecho cuanto he podido por encontrar al autor de la sustraccion; inmediatamente di parte á los Sres. testamentarios, y á la autoridad, pero todo ha sido en valde.

—Como ha de ser! dijo el invisible volviendo á plegar el papel, y guardandóselo; yo tambien siento infinito semejante accidente pues para mí era de sumo interés esa caja, pero puesto que no tiene remedio...

—Ya he dicho á V. todo cuanto he hecho para encontrarla.

—Quizá sea yo mas feliz que V. y tal vez dando vueltas por el mundo, la encuentre.

Fué tan incisivo el acento del invisible al pronunciar estas palabras que Cespedes, sintió correr por sus venas un frio glacial.

—No comprendo lo que quieré V. decir.

—Ni es tampoco necesario.

—Caballero!...

—No sé á que viene esa alteracion; yo he perdido una cosa que para mí valia mas que un tesoro, y sin embargo estoy tranquilo, y V. por una palabra....

—Pero es que....

—Señor mio, dijo el invisible interrumpiéndole y disponiéndose para marchar, hemos concluido; pero esto no obsta para que si en algo me juzga V. útil, me mande con la confianza de que tendré un gusto especial en complacerle.

El banquero por su parte tambien le hizo los mismos ofrecimientos, y el invisible salió de la casa de Céspedes.

En la puerta estaba Pedro, y cuando aquel pasó por su lado, le dijo de una manera casi imperceptible.

—Vete á mi casa.

VI.

Aquella misma tarde, el criado se presentó en la fonda de las cuatro naciones.

No hemos podido averiguar lo que medió entre el invisible y él, pero lo cierto es que al salir, le dijo aquel.

—No te olvides de venir á avisarme el mismo dia en que se marchen.

VII.

Han pasado cuatro dias de los últimos sucesos.

Por el camino que desde Gibraltar conduce á Algeciras,

va una cabalgata compuesta de dos señoras y tres criados.

Las señoras son Angeles y la camarera inglesa; y los criados son Pedro, Jhon y otro, inglés tambien.

Ya hacia algun tiempo que iban caminando, y ni una palabra se habia cruzado entre los viajeros.

Angeles iba pensando en Antonio.

La camarera que nunca habia salido de Gibraltar, en las nuevas tierras que iba á ver.

Y Pedro y Jhon no sabemos en lo que pensarian; pero lo cierto es que de cuando en cuando se dirigian miradas harto significativas.

En cuanto al tercer criado solo revelaba su fisonomía una estupidez estraordinaria, y por lo tanto se contentaba con dirigir á todas partes atónitas miradas tal vez sin comprender lo mismo que estaba viendo.

Habian salido tarde de Gibraltar, y cada uno entregado á sus pensamientos, se habia olvidado de espolear á sus cabalgaduras.

Por manera que la noche se les iba echando encima.

Angeles fué la primera que lo advirtió, y volviéndose á Pedro, le dijo:

—¿Falta mucho para que lleguemos á Algeciras?

—Aun nos queda una hora larga, señorita, le contestó aquel.

—Entonces vamos á llegar muy de noche.

Y tras estas palabras clavó la espuela en el hijár de su caballo que salió al galope.

Todos los demas siguieron su egemplo.

Pero aun no habian andado cien varas, cuando salieron por uno de los lados del camino unos diez hombres, que rodeando á Angeles y á la camarera, dijeron con ademan amenazador:

—Alto!

Las dos mujeres no pudieron decir una palabra.

El terror habia embargado su voz.

Entre tanto, Pedro y Jhon se habian echado sobre el otro criado, amenazándole con dejarle en el sitio si decia una palabra.

Todo esto pasó en menos tiempo del que nosotros hemos tardado en escribirlo.

Los bandidos, pues tales trazas tenian los que habian sorprendido á las viageras, agarraron los caballos de estas de la brida, y atravesando algunas veredas, se dirigieron hácia una venta que se alzaba solitaria en medio del campo.

Allí descansaron breves momentos, y únicamente uno de los salteadores, que era el que parecia gefe de los demas, se dirigió á Angeles, y le dijo:

—Tranquilícese V., señorita, no tenga ¡V. miedo que nadie se propasará á decirla á V., ni hacerla nada.

Habia un no se qué de franco y leal en la fisonomía de aquel hombre que Angeles sintió calmarse algun tanto su agitacion.

Momentos despues salieron de la venta.

Los hombres que las habian sorprendido iban montados en magníficos potros andaluces, y en los arreos de estos, en el trage que vestian aquellos, y en el trabuco que llevaban colgado de la silla, demostraban bien claro ser una partida de contrabandistas.

Pedro se habia acercado al que habia hablado en la venta con Angeles, y le dijo:

—Dí, Juanillo, sabes si el amo está en el barco?

—Sí, allí está esperando.

—¿Y qué tal andan los negocios?

—Así, así. De todo tiene la viña del señor, contestó el que ya conocemos con el nombre de Juanillo. Dias pasados nos cogieron diez y ocho fardos de pañolería y lienzos; pero á los seis ú ocho despues, conseguimos pasar treinta de batista y tabaco.

—Vamos, no estuvo del todo mal.

Y entre tanto seguia la cabalgata corriendo á mas y mejor, cruzando sendas y matorrales, todo por supuesto, fuera del camino real.

La noche habia cerrado completamente.

De pronto allá á lo lejos se oyó un rumor sordo y prolongado.

Angeles, conforme ya con su suerte, se resignaba á todo cuanto la pudiera suceder.

No sabia en qué pararía aquella aventura, pero tuviera el resultado que quisiera, estaba decidida á una cosa sola.

A perder la vida antes que el honor.

Y entre tanto el rumor de que hemos hablado anteriormente, se iba haciendo cada vez mas perceptible.

Angeles se volvió hácia Juanillo y le dijo:

—¿Qué es eso?

—Es el mar, señorita.

—El mar! dijo la hija del banquero sorprendida.

—Sí, señora; estamos cerca de una de las bahías que solamente nosotros los contrabandistas conocemos.

—Y qué, ¿vamos nosotros acaso á ella?

—Sí, señora.

—Y para qué? preguntó Angeles que sintió renovarse su terror.

—Eso es lo que yo no puedo decir á V.

Entre tanto habian llegado nuestros viageros á una especie de muelle de arena y piedras contra las cuales venian mujiendo á estrellarse las olas.

Angeles dirigió su vista asombrada hácia el mar.

Allá á lo lejos se percibia una masa negra de la cual se destacaban dos luces de colores diferentes.

Amarrada á las rocas habia una lancha.

Dentro de ella habia cinco hombres.

Cuando se escuchó el rumor de las pisadas de los caballos, uno de ellos le dijo á otro:

—Vamos Hamet, prepárate que ya están ahi.

Y dichas estas palabras, se tiró fuera de la lancha á esperar á los que llegaban.

Asi que los contrabandistas hubieron llegado á la playa, se les unió el que habia saltado de la barca, y Juanillo, dirigiéndose á Angeles, la dijo:

—Señorita, yo ya he concluido mi tarea; este compañero es el que se encarga de acompañar á V.

—Pero adonde me llevan ustedes., preguntó la hija del banquero con un terror inmenso.

—A aquel barco que se ve allá á lo lejos: contestó el que habia saltado de la barca, señalándola las luces de que hemos hablado anteriormente.

—Pero es que yo no quiero ir, dijo la jóven con voz ahogada por los sollozos.

Pedro se acercó entonces á la jóven.

—Vaya V. señorita, la dijo con acento afectuoso, no tenga V. miedo, que en el barco lo sabrá todo.

Pedro habia sido siempre uno de los criados á quien mas habia distinguido desde que estaban en Gibraltar.

—¿V. me responde de que nada me sucederá? preguntó la hija del banquero al criado.

—Sí, señorita.

—Entonces, vamos.

Y con paso bastante seguro, se dirigió hasta donde se hallaba la lancha.

VIII.

Aquella misma tarde, el brik que vimos anclado en la ensenada de la montaña del invisible, habia llegado á aquella especie de bahía.

Habia arrojado una lancha tripulada con cuatro hombres, y el timonero y el buque habia permanecido dando bordadas, sin separarse de aquel sitio.

Por la cubierta se paseaba con aire de impaciencia, el invisible.

Por dos veces habia sacado un silbato de plata y habia arrojado dos silbidos.

De la lancha habian contestado con otros dos de cierta manera.

Aquello fué dos preguntas y dos contestaciones.

El invisible continuó paseando por el puente. De pronto un silbido cruzó el espacio.

—Ya vienen! dijo el caballero, volviéndose á otro que tambien andaba por allí.

Momentos despues, una lancha se acercaba á uno de los costados del buque; era la que vimos atracada en las peñas.

Tendió aquel una escala, y algunos instantes mas tarde, estaban en una magnífica cámara Angeles, y en otra, la camarera.

La hija del banquero no podia menos de asombrarse de lo que estaba viendo.

El lujo que reinaba en aquella habitacion acuática era superior á toda descripcion.

Inmediatamente que los viageros hubieron subido á la embarcacion, tendió esta todas las velas, é hizo el rumbo hácia la playa de donde habia salido dias antes.

Aun no habian pasado dos horas desde que Angeles estaba embarcada, cuando Pedro se presentó en la puerta de la cámara.

—Mi señor, dijo á la jóven, desea que V. le permita venir á ponerse á sus órdenes.

—Su señor de V. Pedro?.... pues no era mi padre?

—Ahora lo sabrá V. todo, segun la indiqué antes.

—Pues bien, que pase.

—El invisible penetró en la cámara.

Saludó con una finura esquisita á la jóven, y cuando este salió de aquel sitio, Angeles estaba completamente tranquila.

IX.

Al dia siguiente, el invisible, Angeles, la camarera y los criados, entraban en el palacio subterráneo.

Dos dias despues, Zobeiba era á su vez conducida por el mismo á su mansion de la montaña.

Cuando el caballero salió de tener con ella la conversacion que nuestros lectores habrán visto en las anteriores entregas,

un criado vestido á la usanza mora, entró en la habitacion donde estaba el invisible.

—Qué hay, Alí? le preguntó.

—Que la insurreccion cunde rápidamente.

—Qué te ha dicho el judío?

—Que podemos contar con su apoyo.

—Está bien.

—Pero no podeis figuraros á quien he tenido ocasion de ver, aunque muy de ligero en la casa del *cheg*.

—A quién?

—¿Os acordais de aquella señora, que mandasteis espiar en Madrid, y á quien no he perdido de vista desde que desembarcó en estas playas?

—Sí, Saruyemal!....

—O Sara, ó como querais llamarla, no sé cuantos nombres tiene.

—Y dónde dices que estaba? preguntó con un gran interés el invisible.

—En la casa del *cheg*, y lo mas estraño es que iba vestída de hombre, y segun yo ví al dia siguiente, entraba en el Al-Cassar, á la cabeza de cien ginetes.

—Estás seguro de lo que dices?

—Como lo estoy de estar hablando con vos.

Quedó el invisible pensativo por algunos instantes.

Al cabo de ellos dijo á Alí.

—Dí que preparen mi caballo de carrera, y tú y Hamet vendreis conmigo.

—Mandais algo mas?

—Nada, vete.

Inmediatamente que el criado salió, el caballero entró en otra habitacion, y cuando salió de ella, estaba completamente transformado.

Su airosa y gallarda figura resaltaba doblemente bajo el trage musulman.

Llamó á otro criado mas anciano que todos cuantos hemos

visto hasta ahora, y le dió algunas disposiciones sobre lo que habia de hacer durante su ausencia.

Concluido esto, salió, y en la puerta de la caberna ya le esperaba un caballo y los dos criados.

Cabalgó en él, y todos tres empezaron á descender por la montaña.

. . . .

A los pocos dias, en las últimas horas de la tarde, el invisible y sus acompañantes penetraban en Mequinez.

Momentos despues, aquel, embozado en su blanco alquicel se dirigia por la espalda del Al-Cassar, buscando una puerta, que solo él creia conocer.

Empujó el resorte y entró por ella.

De este modo sorprendió la entrevista de Benjamin y Sara.

X.

Entretanto el padre de Angeles estaba en Jerez muy ageno de lo que habia acontecido á su hija.

Ya la creia en Málaga, cuando recibió un dia una carta concebida en estos términos.

«Tengo á tu hija en mi poder; ínterin no me dés la caja que tienes, y que has mandado á Madrid con un criado de tu confianza, no te la devolveré.

Dentro de diez dias te espero en Melilla, allí me darás la caja y te devolveré á tu hija.

Te encargo mucho sigilo en todo, no por mí, sino por tí y por tu hija que tal vez se viera muy comprometida.»

Céspedes se quedó como herido de un rayo.

Por un momento pensó en poner en conocimiento de la autoridad aquella carta.

Pero la amenaza que en ella se hacia, le arredraba estraordinariamente, y le hizo desechar semejante idea.

Largo rato se llevó pensando lo que debia de hacer, y en

los capítulos sucesivos veremos el resultado de semejantes reflexiones.

XI.

Abastecido ya el egército de todo lo necesario para emprender su marcha, se dió la órden de levantar las tiendas el dia 23 de Marzo.

Cada soldado llevaba seis raciones, y ademas una remesa suficiente de galleta y cebada en las acémilas que acompañaban al egército.

La marcha se habia arreglado del modo siguiente:

Por los montes de Sauesa habia de marchar el general Rios con cinco batallones, y los tercios vascongados en otras alturas que dominan el valle de *Vad-Ras.*

El general Echagüe con la fuerza que habia traido de su division, habia de marchar por el frente.

Tras este, el segundo cuerpo á las órdenes del conde de Reus.

A esta division acompañaban una batería de montaña, un regimiento de artillería montada, y la brigada de coheteros.

Tras este iba la caballería mandada por el general Galiano.

Tras la caballería marchaban los bagages de los cuerpos anteriores.

Tras esta la division del general Ros de Olano, cerrando la marcha la brigada de reserva á las órdenes del general Makenna.

El cañon de la alcazaba, dió al romper el alba, la señal de batir tiendas.

Momentos despues, aquella gran masa de hombres se puso en movimiento.

El egército se ponia segunda vez en marcha.

Como el camino del Serrallo á Tetuan tuvo su Cabo-negro, el de Tetuan á Tanger tenia su Fondak.

Difícil habia sido aquel paso, pero este infinitamente pre-



Gran batalla del dia 23 de Marzo.

sentaba mayores obstáculos.

Los moros se habian aprovechado bien de las defensas que el terreno ofrecia, y las habian aumentado estraordinariamente.

Todo el egército sabia esto, y sin embargo, todo él estaba impaciente por medir sus armas con las de los marroquíes.

Nuestras tropas se pusieron en marcha, siguiendo el curso del Guad-el-Gelú, con direccion al puente de Buceja.

Un silencio sepulcral reinaba entre aquella gran masa de hombres.

Un pensamiento fijo reinaba en aquellas cabezas.

Habian vencido á los infieles en multitud de combates, y era necesario vencerle en esas posiciones tan formidables que tenian.

Todos pensaban tambien en aquel momento supremo, si seria aquel combate el último en que entrarian.

¿Y quién será capaz de graduar este pensamiento de cobardía?

Nadie; quien así lo hiciera, nos daria la idea mas pobre de sus conocimientos en el corazon humano.

El valor no impide el sentimiento.

Así como tampoco el sentimiento quita el valor.

El pensamiento que se ocurre á toda persona que va á arrostrar un gran peligro, es no si morirá en el, sino la familia, las personas de quienes se vá á separar para siempre.

Y este mismo sentimiento, le presta nuevas fuerzas para salir victorioso.

Esta era la idea de todos los soldados.

Todos tenian una madre, una hermana, una familia en fin que seguia con los ojos del alma, los pasos de sus hijos ó de sus parientes por el suelo africano.

Hasta entonces habian salido bien en todos los combates.

Hasta entonces habian tenido la esperanza de poder ver algun dia á las personas queridas que se habian dejado en Europa.

¿Pero podrian seguir teniéndola al dia siguiente?

Este era su pensamiento.

Comprendian que dentro de algunas horas se habria em-

prendido la pelea, y en aquellos momentos de recogimiento y de silencio, daban un adios mudo á todos los objetos queridos de su corazon.

Adios sublime, que atravesando los mares en las alas de génios invisibles, llegaba á las almas de las madres, de las esposas, y de las hijas de aquellos valientes.

XII.

Desde los primeros pasos que dió el ejército por el camino del Fondak, empezaron á percibirse los enemigos.

Pero sin embargo, nadie pensó que estos emprenderian un ataque formal.

Al cabo de algunos momentos los moros hicieron algunos disparos, y se los vió correr en todas direcciones para irse reuniendo.

Montes, collados y valles se vieron al poco tiempo, cubiertos de enemigos.

La algazara se escuchaba á larga distancia, y los blancos alquiceles ó los cenicientos haiks flotaban al viento en todas direcciones.

Ya entonces se comprendió que los marroquíes trataban de disputar el paso.

Por donde quiera que se tendia la vista no se veian mas que masas confusas de infieles que se iban acercando ó alejando sobre una estension de cuatro leguas.

De pronto de uno de aquellos grupos se destacaron algunos que rompieron el fuego contra las guerrillas del primer cuerpo.

Inmediatamente el general Echagüe dió la órden de formarse los batallones en masa, y avanzar.

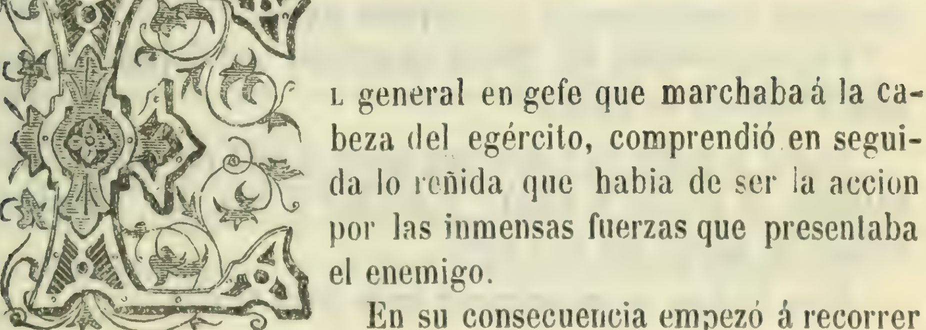
Pero este movimiento se veia interrumpido á cada paso por las dificultades del camino que tenian que ir arreglando los ingenieros.

Este fué el prólogo de esa grande accion en que se ha luchado contra fuerzas mas numerosas, y en que la victoria se ha pagado cara, por la sangre de los mártires que en ella perecieron.

CAPÍTULO XLIII.

Continúa la descripcion de la batalla del dia 23 de Marzo.

I.



El general en gefe que marchaba á la cabeza del egército, comprendió en seguida lo reñida que habia de ser la accion por las inmensas fuerzas que presentaba el enemigo.

En su consecuencia empezó á recorrer todas las líneas, y á dar sus disposiciones con esa inalterable sangre fria, que nunca podremos elogiar lo suficiente.

Aun no habia transcurrido mucho tiempo cuando ya estaba empeñado el combate, tanto en el frente como en la izquierda.

Los sectarios del Islam, esos feroces descendientes de los soldados de Muza y de Taric atacaban con el mismo furor que

siglos hace sus ascendientes luchaban con los aguerridos soldados de Alfonso y de Isabel la Católica.

Ginetes en sus ligeros corceles corrian por el llano, trepaban á los cerros ó se tendian á lo largo de las orillas del rio, disparando en su inquieto galopar las espingardas.

Y se oia el monotono son de sus dulzainas y tambores.

Se percibian claras y distintas las voces de los gefes de cada Kabila.

Y tras cada disparo, tras cada corrida que daban para caer sobre nuestras tropas, se escuchaban los gritos salvages y alborozados de los africanos.

Desde la ribera del rio era desde donde mas molestaban el flanco izquierdo de nuestras tropas.

Un batallon de Granada y un escuadron de la Abuera, fueron los destinados á hacerles abandonar aquel sitio.

Atravesaron el Buceja por un vado, y ginetes y peones, despreciando el fuego de los infieles, se lanzaron con indecible empuje sobre ellos, y los hicieron retroceder.

El enemigo se repuso y atacó con nuevo furor á los que le arrojaban de aquellas riberas.

Pero fué en balde.

Los valientes de la Albuera dieron una brillante carga, y limpiaron completamente toda aquella parte.

Entretanto todos los demas batallones del primer cuerpo habian entrado en accion.

Se dió la órden de tomar una altura á cuyo pié estaba combatiendo el general Echagüe, y al subir á ella, los enemigos hacian lo mismo por otra parte.

Unos y otros se encontraron en la cima de ella.

Por un instante estuvo indecisa la victoria.

Unos y otros peleaban con furor, y confundidos frenéticos, ninguno adelantaba, pero tampoco cedia ninguno.

Afortunadamente estaban allí los generales Echagüe y García, y viendo que aquello se prolongaba demasiado, ordenaron una carga á la bayoneta.

Los cazadores de Madrid tuvieron su gran parte de gloria en este momento.

Sin pensar en la muerte que diezmaba sus filas, se lanzaron á la altura, y unidos sus esfuerzos á los de los demas, consiguieron que la bandera española ondease triunfante sobre la cumbre de aquella eminencia.

El segundo cuerpo entretanto se iba acercando al teatro del combate, y destacándose de él, los voluntarios catalanes y dos batallones mas, pasaron el rio para proteger al de Granada y la Albuera que estaban luchando en aquella parte.

¿Qué podremos decir de los catalanes? Nada: su comportamiento en esta accion no podia desmerecer del renombre y los laureles adquiridos en las acciones del 4 de Febrero y del 11 de Marzo.

Donde habia peligro, allí estaban ellos, y sin pensar en pararse á contar los enemigos, se lanzaban con una bizarría y un arrojo superiores á todo elogio.

Cuatro batallones formados en masa, y apoyados por la artillería y la brigada de coraceros, recibieron la órden de dirigirse hácia la llanura.

El general Paredes con su brigada, debia apoyar al primer cuerpo, y las demas tropas pertenecientes al segundo, debian avanzar inmediatamente.

El general Ros, pasaba por delante del bagage, y se adelantaba rápidamente con el objeto de acudir con sus fuerzas adonde fuera necesario.

El conde de Reus con ese valor á toda prueba que le caracteriza, se lanzó á romper el frente del enemigo, para unirse, con el primer cuerpo y verificar sus movimientos combinados.

II.

Ya hemos dicho en otra parte que el general O'Donnel era la cabeza del egército, mientras que el conde de Reus era la espada

Donde quiera que este general se ha lanzado, ha ido la victoria con él.

Hay un momento de vacilacion en algunos batallones, hijo del escesivo número de moros que los acosan; allí se lanza el conde de Reus, y reanima á las tropas hasta el punto de hacer huir á los enemigos.

Si hay una posicion difícil que tomar, la espada del general Prim desembaraza el paso de musulmanes, y la posicion se gana.

En este caso como en todos, llenó cumplidamente la mision que se le habia confiado.

Arrollando todos los obstáculos que se le presentaron, al cabo de pocos instantes formaba sus batallones en el llano, desplegaba la caballería, y con la artillería y la brigada de coheteros, limpiaba completamente de enemigos aquellos alrededores.

Los moros se replegaron á los aduares de Arsenal, hácia las faldas del Benider.

Entretanto el general Rios que habia subido por los montes de Samsa, habia marchado durante algun tiempo sin obstáculo alguno.

Pero de pronto, gruesos pelotones musulmanes que sin duda trataban de tomar aquellas alturas, se presentaron ante nuestros valientes.

En el aduar de Saddina se quisieron hacer fuertes; pero atacados con un valor que rayaba en frenesi por los cazadores de Tarifa, y los tercios vascongados se vieron obligados á retroceder.

Sin embargo no se dieron por vencidos los marroquíes.

Volvieron á reunirse otra vez, y si recio habia sido el empuje de los castellanos, furioso tambien fué el de los mahometanos.

De tal modo cargaron estos, que los nuestros no pudieron menos de retroceder.

Otra vez volvieron aquellos heróicos hijos de la España á la carga, y otra vez reconquistaron aquellas posiciones.

El general Latorre con sus brillantes tercios, siguió atacando á los enemigos, y el combate se hizo general.

En una estension inmensa no se oia mas que el estridente rumor de la batalla.

La artillería jugaba con un acierto admirable.

Sus roncos sonidos dominaban los mil ruidos que se oian en todo el campo del combate.

A los ayes de los moribundos, se unian á los lamentos de los heridos.

A los disparos de los fusiles, el chocar de las armas.

Y con los toques de corneta, se armonizaban las voces de los gefes.

Y el relinchar de los caballos, la algazara de los moros, los vivas de los cristianos, los gritos, los juramentos, los gemidos y las detonaciones, formaban el mas discordante y aterrador concierto que la mente puede imaginarse.

A pié, á caballo, cuerpo á cuerpo, en pelotones, y en pequeños cuadros, se luchaba.

En las sierras, en los aduares, en los valles y en los llanos, se combatia con un encarnizamiento igual por ambas partes.

Finalmente la division del general Rios hizo un esfuerzo supremo, y atacando denodadamente á los enemigos, los hizo huir en todas direcciones.

El tercer cuerpo del egército tambien habia entrado en fuego.

Los moros habian ido á hostilizarle por la izquierda, y habia sido necesario darles una leccion como á los demas.

Entretanto el convoy estuvo algunos momentos en peligro.

Como el general Ros de Olano, se habia adelantado en virtud de las órdenes recibidas, quedó aquel únicamente al cuidado de la escolta.

Esta era bien insignificante.

Los moros creyeron aquella presa muy posible, y se lanzaron sobre ella.

Pero los que la componian eran españoles, y por lo tanto no retrocedieron.

Le defendieron con un valor heróico, dando lugar á que llegasen algunos batallones de la division del general Makenna, que pusieron en precipitada fuga á los infieles.

III.

Eran las tres de la tarde.

Se estaba combatiendo desde las nueve de la mañana, y aun no habia esperanza de que cesara la pelea.

El suelo estaba cubierto de cadáveres, y anchos regueros de humeante sangre, esmaltaban el campo.

El enemigo empezaba á retirarse á otras alturas donde sin duda pensaba hacer una resistencia mas desesperada.

Conociendo Prim la gran ventaja de las posiciones que los moros trataban de tomar, con el ímpetu y arrojo característico en él, se lanzó seguido de algunos batallones, é instantáneamente se hizo dueño de ellas.

Allí resolvió sostenerse todo el tiempo posible.

Pero el enemigo no le dejó gozar en paz su posesion.

Tambien esta vez fueron rechazados, y en la persecucion que emprendió sobre ellos, el primer batallon de Navarra se apoderó de uno de los aduares en que se apoyaban los marroquíes.

Pero no era del gusto de estos dejar á nuestros valientes en posesion de aquel punto.

Se rehicieron en el segundo aduar y se lanzaron con un furor inesplicable á los soldados que se habian posesionado del primero.

Ante la furiosa acometida del enemigo tuvieron que retroceder los cristianos.

Entonces el conde de Reus se puso al frente de un batallon y de un escuadron de coraceros y se conquistó el terreno perdido.

Pero otra embestida del enemigo mas furiosa que las anteriores nos volvió á desalojar de aquel punto.

Mas si interés tenian los moros en que abandonásemos el aduar, mayor lo teniamos nosotros en poseerlo.

El general Prim con un batallon de Navarra y protegido por otro de Toledo volvió á tomar definitivamente aquella posesion.

Entonces el enemigo se retiró algun tanto y el fuego continuó cada vez mas nutrido.

A todo esto la caballería habia tomado una parte muy activa en el combate.

Apesar de ser el terreno muy desfavorable para sus evoluciones, mas de una vez mezclada con la infantería habia compartido con ella sus peligros y habia regado tambien con su sangre aquel terreno donde tanta se habia vertido.

Entre tanto el conde de Reus se encontraba en una situacion muy crítica.

Atacado cada vez con mas furor por los marroquíes y contando con pocas fuerzas hacía esfuerzos desesperados para sostenerse.

El general en gefe conociendo la necesidad que tenia de refuerzos ordenó al general Ros que fuesen á protegerle algunas de las fuerzas de su division.

Efectivamente, el brigadier Cervino con su brigada corrió inmediatamente hácia aquel punto.

En mejor ocasion no podia haber llegado este.

Acosado el valiente general Prim por fuerzas muy superiores, se defendia con una bravura que rayaba en lo fabuloso.

Pero el brigadier Cervino fué á ponerlo en disposicion de obrar mas libremente.

Tantas horas de lucha, hacian necesario el momento de tomar una resolucion pronta para acabar de una vez.

El duque de Tetuan lo comprendió de este modo, é inmediatamente formó su plan para dar el golpe de gracia al enemigo.

El general O'Donnell, D. Enrique recibió la órden de bajar al llano donde estaban los apiñados pelotones de la caballería muslímica, mientras el general Echagüe, salvando bre-

ñas y peñascos, se dirigia á atravesar el Buceja por el puente.

Al mismo tiempo el general en gefe, queriendo tambien tomar su parte en aquella gran funcion militar, poniéndose al frente de su escolta y alguna infantería, y seguido de tres baterías y dos escuadrones de lanceros, atravesó el rio por un vado, y fué á caer con irresistible ímpetu sobre el centro del enemigo.

Este movimiento estaba combinado con el del conde de Reus por la izquierda, y con el de D. Enrique O'Donnell por la derecha.

Todos estos esfuerzos reunidos, todo este valor superior á cuanto se pueda decir, y esta constancia á toda prueba, tuvieron el resultado mas favorable.

A las cinco de la tarde el enemigo huia en todas direcciones.

Rota y desecha su estensa línea, recogió sus tiendas con estraordinaria precipitacion, y aquellos formidables moros que con tanto valor habian luchado durante ocho horas, confiaban á la fuga la salvacion de sus vidas.

El general Rios, venciendo cuantos obstáculos se oponian á su marcha, bajó á situarse sobre el puente, formando la segunda línea mientras que la division del general Makenna aseguraba la comunicacion con Tetuan, comunicacion altamente necesaria para la retirada de la multitud de heridos que habian ocurrido durante la batalla.

IV.

Tal fué en resúmen la batalla del 23 de Marzo en el valle de Vad-ras.

Quisiéramos tener palabras, quisiéramos que nuestra pluma fuera una de las mas brillantes de nuestra literatura para describir como se debe aquel canto heróico empezado á las nueve

de la mañana en los montes de Samsa, y concluido al anochecer en el valle de Vad-ras.

20,000 hombres luchando contra 45,000 es una cosa que materialmente parece una quimera.

Y 20,000 hombres cansados, sosteniendo el enorme peso de la tienda, la mochila, la manta, la cartuchera y el morral con las raciones para seis dias, luchando por espacio de tantas horas, era una cosa que tenia mucho de sublime.

Nunca como hasta entonces habian peleado con mas encarnizamiento los musulmanes.

No era aquel el valor del fanatismo, era el desesperado esfuerzo de un pueblo que defiende sus hogares y su independencia.

Sobre una estension de cuatro leguas se estuvo dibujando todo el dia el cuadro mas fantástico que la mente puede imaginarse.

En medio de las blanquecinas nubes de humo se veian aparecer las vigorosas figuras de aquellos marroquíes que dejando flotar al viento sus airosos alquiceles mas bien que figuras reales, parecian sombras evocadas por la barilla mágica de un encantador.

Aquellos caballos ligeros como el simoun del desierto; aquellos ginetes, cuyo confuso contorno, ora se distinguia perfectamente, ora se perdia á lo lejos; aquellos rostros denegrídos, salvages, aquellos gemidos de agonia: todo aquel inarmónico concierto tenia un no sé que de magnificamente aterrador que oprimia dolorosamente el alma y fascinaba la mente.

Y á los tristes *ayes* de los moribundos se unian los gritos de triunfo de los vivos.

A el estraño sonido de las dulzainas moras, se unian los belicosos ecos de los clarines cristianos.

Y sobre aquellos estandartes rojos abatidos, se alzaban las invictas banderas castellanas, que las brisas de la tarde mecian gallardamente sobre las cimas de las montañas.

De aquel inmenso campo de batalla se alzaba un clamor estridente, horrible y amenazador.

Eran los heridos; eran los moros moribundos.

Era la imprecacion que arrojaba un pueblo que se sentia vencido pero que no por eso renunciaba á sustraerse de aquel dominio.

Y de los montes, de los llanos, de los valles y de las riberas del rio, se alzaba un grito unísono, alegre y prolongado.

Eran los cristianos.

Eras aquellas 20,000 bocas que tras doce horas de lucha aclamaban con un *hurra* frenético á su Dios, á su patria y á su Rey.

Y á lo lejos se iban perdiendo gradualmente confundiéndose con el horizonte, los grandes grupos de musulmanes que en medio de su carrera desordenada murmuraban con toda la fuerza de su fanatismo:

«Estaba escrito, Dios lo ha querido, cúmplase su voluntad.»

Una multitud inmensa se perdia en lontananza.

Otra multitud ocupaba todos los valles de Vad-ras.

Aquella llevaba sobre su frente el signo triste y desconsolador del vencido.

Sobre la cabeza de esta se veia resplandecer la aureola inmarcesible de la victoria.

Y de entre estas dos multitudes que se representaban cosas tan diversas, se destacaban dos grandes figuras.

La una digna, grave, apenada y triste; pero noble en medio de su dolor.

Sobre su frente se veia una arruga profunda que no era la espresion del desaliento, no era la señal de la cobardia, no era el signo de la debilidad.

Era la espresion fiel del sufrimiento, era la caracterizacion del valor vencido, pero no humillado.

Esta figura era la de Muley-Abbas.

La otra grave tambien, severa, pero resplandeciendo sobre su frente no el orgulloso despotismo del vencedor, sino la es-

presion exacta del hombre que valiente y esforzado en la pelea respeta y compadece á los vencidos.

Esta figura era la del general O'Donnell.

Y entre estas dos, cerniéndose en medio del espacio sobre su trono de nubes, se distinguia la figura magestuosa y divinamente sublime de la creacion.

El rey de reyes el inmutable fijador de los destinos de la humanidad entera, tenia en su mano la balanza que pesaba la suerte de las naciones.

El fiel de ella se habia inclinado en favor de la bandera de la cruz.

España habia triunfado.

Marruecos tras su impotente esfuerzo habia visto otra vez sus huestes destrozadas.

«Estaba escrito» decian los musulmanes y efectivamente, en la mente de Dios con caracteres indelebles, estaba marcada la decadencia de la raza islámica.

CAPITULO XLIV.

Alberto y Zelim en Mequinez.—El invisible y Sara.—Episodios de la batalla del 23.

I.



Despues de la descripcion no pintada con colores tan vivos como nosotros hubiéramos querido que hubieren salido de nuestra paleta, nos parece muy conveniente dar alguna tregua á nuestros lectores para seguirles, refiriendo los diversos episodios de esa gran batalla. hablando un poco de nuestros amigos Alberto y Zelim á quienes dejamos caminando hácia Mequinez.

El poeta y su hermano llegaron á la capital del imperio y fueron á alojarse á la misma casa del Cheg.

Inmediatamente le pidieron noticias de Sara, y el buen hebreo no pudo decirles nada porque nada sabia.

Sin embargo, estando hablando todos, entró en la estancia

Benjamin, y aunque estuvo en ella muy poco tiempo, fué el suficiente para despertar la curiosidad del poeta.

Así fué que en cuanto aquel salió, preguntó quien era, y el padre no salamente lo dijo, sino que habló de la admiracion que causára al jorobado la espléndida belleza de la judía.

Este fué un rayo de luz para Alberto.

Despues de esto ambos hermanos se dedicaron á pasearse aunque infructuosamente por delante del palacio.

Un dia y otro dia se pasó y nada pudieron adelantar.

Por dos ó tres veces Alberto, de un modo indirecto, sacó la conversacion de Sara delante de Benjamin.

Pero este no se dió por aludido en nada.

Se encerró en una prudente reserva, y no se le escapó una palabra que pudiera revelar que conocia la existencia de la hebrea.

Sin embargo no por esto se desvanecieron las sospechas del poeta.

Y la vida que llevaban los dos hermanos era sumamente triste.

Zelim amaba cada vez mas á Zaard, y padecia mas cuanto mas imposible se le hacia.

Alberto sino queria á Sara del mismo modo, tenia un deber de gratitud que cumplir respecto á ella.

Por él se encontraba en aquella situacion.

A él, y solo á él le tocaba sacarla de ella.

Puesta en prensa su imaginacion, cuantos proyectos se le ocurrieron, tuvo que desecharlos porque no habia realizacion posible.

Por fin pensó vigilar la conducta de Benjamin.

Por aquello debia haber empezado desde el momento en que llegó.

Si así lo hubiera hecho, mas pronto hubiera averiguado el paradero de su amada.

Si Benjamin salia, bien de dia ó bien de noche, cualquiera de los dos hermanos se ponian inmediatamente en persecucion suya, y no le perdian de vista hasta que volvia á entrar en su casa.

Pero el astuto judío sin saber realmente á lo que ellos habian ido á Mequinez, decidió vivir con mucha cautela, para lo cual durante muchos dias no fué á ver á la hebrea.

Pero Alberto, que era tan astuto como él, y que veia bastante claro en todas las situaciones; comprendió que si Benjamin se habia figurado que ellos habian llevado alguna idea respecto á Sara, no haria nada absolutamente que pudiera delatarle á los ojos de los que le espiaban.

Para evitar esto y para dejar en plena libertad al jorobado, decidió el poeta fingir que se ausentaba.

Comunicó su proyecto áAbdel-Abbás, y no pudo menos de merecer la aprobacion de este.

Aquella misma noche los dos hermanos y el hijo de Isaac se despidieron del judío y se pusieron en marcha.

Frente á la casa del Cheg vivia otro amigo de Abdel con el cual este ya habia hablado, y desde cuya casa pensaban observar todos los movimientos de Benjamin.

Esta casa tenia la entrada por otra calle.

Los dos hermanos acompañados de Abdel, se dirigieron inmediatamente á esta casa, penetraron en ella, y asomados á una de las saeteras á que pomposamente dan el nombre de ventanas, fijaron sus ansiosas miradas en la casa del Cheg.

No les duró mucho tiempo esta espectativa.

A los pocos instantes un hombre envuelto cuidadosamente en una especie de saco ceniciento, salió á la calle, miró á todos lados, y cerciorándose de que nadie le veia, echó á andar precipitadamente hácia una de las calles que conducian al alcazar.

Este era Benjamin.

II.

Zelim y Alberto salieron inmediatamente, y dando la vuelta á la calle, se pusieron en persecucion del hebreo.

Cada uno por un lado, y á favor de la obscuridad, pudieron acercarse sin ser notados.

Largo rato anduvieron atravesando calles y callejuelas, hasta que salieron á una especie de plazuela inmensa en la que se alzaba mas inmenso todavía el Al-Kassar.

A traves de la obscuridad se dirigieron una mirada los dos hermanos.

Sus manos se buscaron, y aquel apreton mudo tenia mucho de significativo.

Queria decir que estaban ya en camino de descubrir lo que buscaban.

Benjamín entretanto muy ageno de ser espiado, iba adelantando hácia el palacio.

Pasó de largo la puerta principal, atravesó todo el edificio, y entró por fin por bajo de las tapias que encerraban los jardines.

Los dos hermanos apretaron el paso.

De pronto se detuvo el hebreo.

Alberto y Zelim hicieron lo mismo.

Pero sin saber como ni de que manera, Benjamin desapareció.

Corrieron inmediatamente los que le habian ido siguiendo, y por mas que registraron en toda la piedra que formaba la pared, no pudieron encontrar el sitio por donde habia entrado el judío.

En tal estado se decidieron por esperarle á la salida; pero todo fué inútil.

Se llevaron toda la noche en espectativa, y solo cuando el dia empezaba á aclarar, fué cuando cansados ya de aquella espera, se dirigieron á su casa.

Dieron parte á Abdel de lo que habian visto, y resolvieron volver á la morada del *cheg*, pretestando cualquier cosa, y contarle lo que habian visto.

Efectivamente, tomaron sus caballos, y atravesando algunas calles, penetraron en la que vivia el gefe de los judíos.

Llamaron á la puerta, y la primera persona que les salió á abrir fué Benjamin.

III.

Tenemos que retrocer algunos dias, para venir á la noche en que el invisible interrumpió la conversacion que el judio sostenia con Sara.

Ya digimos la estupefaccion que ambos habian sentido al verle, y las diversas esclamaciones que salieron de sus lábios.

Durante algunos momentos no se cruzó una palabra entre aquellos tres personages.

El invisible cruzado de brazos, dejaba vagar su burlona mirada desde Sara á Benjamin.

El hebreo parecía confundido.

La hebrea al contrario, si la sorprendió la imprevista llegada del caballero, se repuso en seguida, y lanzaba sobre él una mirada en que se leia el orgullo, no el temor.

El invisible fué el primero que rompió el silencio.

—Quién te ha dado á tí derecho, dijo con una espresion de punzante desden al hijo del *cheg*, para que fijes tu mirada insolente en esa muger...?

—Nadie, contestó tímidamente aquel, mi corazon...

—Mentira, tu corazon es incapaz de abrigar los sentimientos honrados y puros del amor, tu eres el reptil miserable que no tiene mas que los instintos groseros del cuerpo.

—Jacob!... gritó Benjamin poniéndose lívido.

—Calla, y no pronuncies una palabra cuando yo hablo, dijo el invisible con un acento de magestad infinita.

—Es que...

—Marchate inmediatamente á esperar mis órdenes.

—Pero...

—Quién soy yo, y quien eres tú? dijo el invisible con una

cólera creciente, yo mando y necesito que se me obedezca; vete á tu casa y esperame en ella.

Benjamin no contestó una palabra.

Pero habia tanta amenaza, tanto ódio en la mirada que dirigió al caballero, que Sara que la sorprendió no pudo menos de estremecerse.

El invisible, como si nada hubiera visto, y como si nada hubiera pasado lo estuvo contemplando hasta que desapareció por el mismo boquete por donde habia entrado momentos antes.

Así que quedaron solos se dirigió á Sara y le dijo:

—Con que sois vos la condesa de Valleoscuro en Madrid, la Saruyemal entre los moros y la Sara entre los judios?

—Exactamente lo mismo que vos sois loord Archiwsal en España, Jacob entre los hebreos y no sé que otra multitud de nombres, contestó Sara con una espresion estraordinariamente irónica.

—Me parece que nos conocemos, señora condesa.

—Creo que sí, milord.

—Y hace bastantes años.

—Doce si no me engaña mi cuenta. Me parece que nos vimos en Constantinopla el 12 de Enero de 1848. ¿Os acordais de las circunstancias que se reunieron para que tuviera lugar nuestra entrevista?

—Me parece que sí. Creo que hubo dos muertes y un incendio.

—Una de ellas la hicisteis vos.

—Y del incendio vos fuisteis la causa.

—Veo milord, que teneis tan buena memoria como yo.

—Y me felicito, señora, de tener alguna dote que se parezca á otra vuestra, contestó el invisible con suma galanteria.

—Y... ¿conseguisteis perder á los descendientes de aquella familia á quien perseguiais? preguntó Sara con el mismo acento burlon con que habia empezado á hablar.

—Y vos conseguisteis salvarlos? preguntó á su vez el invisible del mismo modo.

—Me parece que sí.

—No canteis victoria tan pronto, señora.

—Sino tuviera la seguridad de que estaban salvados ¿creeis que yo estuviera aquí.

—Y si yo no tuviera la seguridad de que estaban perdidos ¿creis que estaria en este sitio?

—Qué quereis decir: esplicaos.

—Voy á decíroslo, señora, contestó el invisible sin dejar la espresion sarcástica de su fisonomía y con el mismo acento de ironía.

—Hablad, casualmente tengo unos deseos vivísimos de que me espliqueis como están perdidas esas personas que yo creo salvadas.

—La perdicion de ellas estribaba en encontraros á vos, os he encontrado y podeis tener la seguridad de que esta vez no triunfareis.

IV.

Sara perdió algo su serenidad.

El aplomo con que hablaba el invisible, la hizo alguna impresion.

Pero sin embargo; se dominó en seguida, y antes de que él se apercibiera de lo que la habia pasado, le dijo:

—Esplicaos mas porque no os comprendo. Decis que con mi encuentro habeis hallado el medio de su perdicion y....

—Os lo repito, señora. Todo mi afan era buscaros, porque hallándoos vos, me diriais donde estaban.

—Yo! preguntó con estupefaccion la hebrea.

—Vos, contestó con su calma glacial el invisible.

—¿Pero estais seguro de lo que decis?

—Si señora. Vos me lo direis.

—Vamos, estais loco.

—Os repito, señora, que me direis el paradero de esos hombres.

Habia tal seguridad en el acento del invisible, que Sara no pudo menos de estremecerse segunda vez.

Sin embargo, ahogando los latidos de su corazon, hizo que no rebosase hasta su semblante la emocion que sentia, y contestó:

—¿Y en qué os apoyais para decir que yo, la que hasta ahora los he salvado, vaya á descubriros su asilo?

—En esa misma razon.

—Vamos, Ybraim, dijo Sara: no os hagais ilusiones, no creais aterrorizarme, porque ya sabeis que ese es mal medio para conseguir nada de mí.

—No es que piense aterrorizaros, Sara, es la verdad.

—No os comprendo.

—Teniéndoos á vos en mi poder, vos misma me confesareis donde están.

—O nó; no encuentro la razon.

—Figuraos, ya que estais aquí, que dentro de cinco dias ó seis, vuestro tio y vuestros hermanos caen en mi poder, ¿qué vidas prefeirreis entonces, las suyas ó las de vuestra familia?

—Qué quereis decir? gritó Sara palideciendo.

—La verdad; vos no saldreis de aquí hasta que quiera yo.

—Vos!... pero señor, cuántos sois los que mandais y los que disponeis de mí? dijo la hebrea que sentia perder á cada instante su serenidad.

—Ignoro si hay alguien que mande en vos, pero lo que si os aseguro es, que yo averiguaré donde están esos hombres, y será por conducto vuestro.

—Jamás.

—Ya os lo he dicho; antes de venir aquí habia dado las órdenes necesarias para que vuestra familia cayese en mi poder, vos elegireis entonces, contestó el invisible con su eterna calma.

—No sereis capaz de semejante infamia.

—Demasiado convencida estais de ello. Nadie como vos, comprende los motivos de aborrecimiento y de odio que yo

tengo contra los descendientes de aquella gente maldecida, y nadie como vos sabe lo implacable que soy en mi venganza.

El caballero habia cambiado completamente.

La espresion glacial de su fisonomía habia desaparecido.

Sus ojos brillaban de una manera siniestra.

Y sobre su frente se leia una amenaza terrible.

Sara sentia oprimírsele dolorosamente el corazon.

No le faltaba el valor; pero frente al invisible, comprendia que no le servia su voluntad de hierro.

Sobre la suya, estaba el incontrastable dominio de aquel hombre.

Y por eso temblaba.

Porque veia que aunque ella trataba de oponerse, aunque ella luchase para salvarlos, saldria tarde ó temprano vencida en aquella lucha.

¿Qué daño habian causado aquellos hombres al invisible, qué tanto los aborrecia este?

Nosotros mismos quisiéramos saberlo, porque tendríamos un placer inmenso en participárselo á nuestros lectores.

Pero á nuestro pesar tenemos que dominar nuestra curiosidad, esperando que los acontecimientos sucesivos nos den alguna luz sobre el asunto que nos ocupa.

Tras esta pequeña digresion, seguiremos escuchando lo que la hebrea contestó á Ybraim, pues ya hemos visto que este nombre le dió aquella.

—Pero decidme, Ybraim, dijo la jóven despues de algunos momentos de silencio, ¿hay una razon para que los hijos paguen las culpas de los padres?

—Sí; la sagrada escritura lo dice.

—Pero ¿y si sucumbis vos en esa lucha?

—Habré cumplido con mi deber.

—Es que vos no los conoceis, y por lo tanto será difícil encontrarlos.

—Tengo muy grabadas en mi pensamiento las facciones de su aborrecido padre, y recuerdo aunque confusamente las de los hijos.

—Todo eso es muy vago y....

—Ademas que ya os he dicho, que vos me direis donde están,

—Nunca.

—Entonces vuestra familia...

—Conforme vos teneis el deber segun decis de perseguirlos, yo tengo el deber de salvarlos.

—Aun á costa de vuestros parientes?

—Sí; no sacrificariais vos á los vuestros en tal de conseguir vuestro objeto?

—Sí, contestó sin vacilar Ibrain.

—Pues en ese mismo caso estoy yo. Vos los perseguis porque su familia causó la desgracia horrible de la vuestra; yo quiero salvarlos, porque la mia tuvo la culpa de los crímenes de la suya.

—Pero para eso necesitabais salir de aquí, y si lo conseguis será para caer bajo el dominio de Benjamin.

—Ya encontraré algun otro medio, respondió Sara, aunque en su interior no tenia la conviccion completa de lo que decia.

—Ninguno, os lo aseguro.

—Entonces recurriré á Dios, y como mi obra es altamente religiosa y buena, él me dará su apoyo.

—Ya os he dicho que Dios aprueba mi venganza.

—Entonces gritó Sara desesperada de aquella calma irritante, entonces llamaré al demonio y vendrá en mi ausilio.

En aquel mismo momento, la puerta de la estancia de Sara, se abrió de golpe.

Sobre el umbral, aparecieron una docena de soldados, con un alcaid.

Tras de toda aquella gente, se distinguia á Benjamin que sonreia como pudiera hacerlo un condenado.

Sara lo vió.

El invisible, de un salto se dirigió á la piedra por donde habia entrado.

Buscó el resorte, pero la piedra no cedió.

Entonces se mordió los lábios de una manera furiosa, aho-

gando una imprecacion que iba á salir por ellos.

Su fisonomía recobró su impasibilidad habitual.

El alcaid se dirigió á él y le dijo:

—En el nombre del alto y poderoso emperador de Marruecos, sigueme.

—A donde? preguntó Ibrain con una voz perfectamente serena.

—No es tu situacion para preguntar, ni mi deber me permite contestarte, repuso el oficial.

Ibrain, dió un paso hácia la puerta.

En aquel momento, Benjamin le miró de una manera cruel, y una carcajada infernal se exaló de su garganta.

El invisible, le miró á su vez, y su semblante permaneció inalterable.

En cuanto á Sara, se acercó á él, y señalándole al hebreo, le dijo en voz casi imperceptible.

—He llamado al demonio en mi ausilió, y me ha escuchado.

—Guardate de los intereses que te pida por su servicio, la contestó Ibrain del mismo modo.

Y tras estas palabras se dirigió á los soldados diciendo.

—Vamos donde querais.

V.

Descrita ya aunque á grandes rasgos la gran batalla del dia 23, no creeriamos terminada nuestra mision, sino comunicaramos á nuestros lectores algunos de esos hechos parciales que pasan desapercibidos en medio de la pelea, y que solo al cabo de algunos dias se saben, no por quien los ha llevado á afecto, sino por algun otro que casualmente fué testigo de ellos.

Si fueramos á individualizar á casi todo el ejército, en esa guerra de Africa, encontrariamos en cada soldado el héroe de algun hecho noble y valiente.

Ciscunscribiéndonos, pues, á la accion última, toda fué una heroicidad que rayaba en lo fabuloso.

¿A dónde van aquellos seis soldados que se separan un instante de sus filas?

Su batallon vuelve de dar una brillante carga á la bayoneta.

En la segunda compañia de él, habia un voluntario que en el poco tiempo que hacía estaba en ella, se habia grangeado el cariño de sus compañeros.

Valiente hasta la temeridad, habia jugado multitud de veces su vida, y habia tenido hasta entonces la suerte de ganar siempre.

Algunos de sus compañeros le debian la vida, que en otros combates les habia salvado.

El primero en acometer y el último en retirarse, en la accion del dia de que nos ocupamos, habia hecho prodigios de valor.

De pronto sus amigos le hechan de menos.

Vuelven la vista hácia la espalda, y allá á lo lejos divisan un ros, un poncho y unos pantalones encarnados.

Inmediatamente retroceden los soldados y los seis se dirigen hácia lo moros.

Entre tanto el camarada á quien iban á salvar á pesar de ser arrastrado por los infieles se defendia con una valentia estraordinaria.

Pero se le ocurrió de repente una idea, y sonriendo de satisfaccion se dejó conducir.

Los marroquíes admirados de aquel cambio, se contentaron con decir:

—Oh!... ser cristiano bueno.

Y aflojando su vigilancia se fueron adelantando para reunirse con otro peloton que desde una altura estaba haciendo fuego sobre nuestras tropas.

Entonces el soldado pretestó el cansancio y la fatiga para acortar su marcha.

Dos moros se quedaron con él.

El cristiano entonces, se inclinó un poco y se detuvo para arreglarse las polainas.

Uno de los moros continuó su marcha, y el otro retrocedió hasta ponerse á su lado.

Asi que consiguió separarlos, aprovechándose de un momento en que su guarda estaba distraido, observando los movimientos de los soldados españoler, lo agarró por las piernas, y fué tan brusca, tan inesperada la sacudida, que el buen musulman dió consigo en tierra.

En su caida tuvo la imprudencia de soltar su espindarga.

Mas veloz que el pensamiento, el soldado se lanzó á cogerla.

Y antes de que el enemigo pudiera levantarse atontado como estaba con la caida, se la echó á la cara, y la disparó sobre el otro musulman, que habiendo oido el grito que arrojó su compañero, volvia para favorecerlo.

Pero fué en balde.

La bala lanzada por el cristiano, le cogió en mitad de su camino, y abriendo los brazos cayó sin vida.

Entonces nuestro valiente jóven volvió su arma, y dando dos pasos atras, esperó impávido la furiosa acometida de su primer enemigo, que alzándose del suelo, se iba hácia él con la gumia en la mano.

Formó una especie de molinete con la espingarda, y tras algunos momentos de lucha, dió tan fuerte culatazo en la cabeza á su adversario, que lo volvió á tender en tierra arrojando torrentes de sangre.

En este momento se acercaban sus compañeros.

Y casi al mismo tiempo, algunos moros que habian presenciado lo ocurrido, dando alaridos feroces, se lanzaron á la carrera sobre el soldado.

Este no se amedrantó.

Graduó la distancia que le separaba de sus contrarios, y se dirigió tranquilamente hácia el musulman que habia muerto primero.

Ya junto á él, le quitó la espingarda, la gumia, y su fusil

que tambien le habian arrebatado, volvió al otro, hizo lo mismo, y entonces se reunió á sus amigos.

Un grito de alegría infinita se exaló de los pechos de aquellos valientes, que aclamaron con frenesí á su antiguo camarada.

Cercanos ya los moros, nuestro jóven se volvió á sus amigos, y les dijo:

—¿Quereis que escarmentemos tambien á esos?

—Sí, contestaron todos.

Y los siete soldados cargaron á la bayoneta á duplicado número de enemigos.

Los marroquíes dispararon sus armas, y uno de los cristianos cayó.

Los demas no se arredraron, y al cabo de algunos momentos, unos y otros estaban mezclados.

Gumias y bayonetas se cruzaron, y durante algunos segundos, solo se distinguió una masa confusa de hombres que se animaban con sus vivas los unos, y con sus gritos los otros.

Despues se deshizó el grupo, y unos cuantos muslimes salieron corriendo precipitadamente á reunirse con los suyos.

Nuestros valientes contaban dos de menos.

Los demas, casi todos estaban heridos aunque levemente.

Cogieron las armas de los muertos, y llevándolas en triunfo, fueron á unirse á su batallon.

VI.

Llevado el segundo batallon de Tarifa de su ciego arrojo, se lanzó á tomar el pueblo de Saddina.

Los moros hicieron una resistencia desesperada, pero de nada les sirvió.

La bandera española tremoló, hollando el estandarte del Islam.

Solo entonces se apercibieron los soldados cristianos de

que se habian separado completamente de los demas batallones.

Los marroquíes tambien repararon en aquella circunstancia y resolvieron aprovecharse de ella.

Grupo tras grupo, cercaron casi por completo á nuestros bravos.

Peró ni un soldado hubo que vacilase en aquel instante supremo.

Eran españoles y debian morir con honra.

Cuantas veces los atacaron otras tantas fueron rechazados.

Las casas empezaban á arder, y el batallon se defendia cada vez con mas valor.

Aquella era una escena horrible.

El incendio se propagaba con rapidez.

Los cristianos caian heridos ó muertos, y sus ayes y sus gemidos llenaban el espacio.

Los gefes animaban á sus soldados.

Entre estos, uno mas que todos resolvió morir antes que declararse vencido.

D. Luis Fernandez y Martinez seguido de un puñado de valientes, se metió en una de las casas desde la que hizo una resistencia heróica.

Uno á otro los fué viendo caer, y sin embargo no se desanimó por eso.

Al contrario, á cada soldado que caia, sentia crecer mas su indomable valor.

Por fin todos pagaron su tributo á la madre patria, y todos muertos ó heridos fueron á tierra.

El oficial entretanto, acosado por los marroquíes, sostenia una lucha harto desigual.

Para colmo de desgracias, la casa en que se albergaba empezó á arder.

Los musulmanes recurrieron á aquella medida cuando vieron que nada podian conseguir de otro modo.

El oficial y su asistente, únicos que quedaron en pié, se vieron en breve envueltos entre las llamas, y ahogados por el humo.

Y aun sus enemigos trataban de insultar aquella agonía lenta y horrorosa.

Con gritos, con voces, con imprecaciones, insultaban á aquellos héroes que preferian una muerte honrosa á una rendicion cobarde.

¿Cómo espresar lo que pasó en aquel instante supremo por las cabezas y los corazones de aquellos dos hombres?

Veian la muerte bajo su mas terrible aspecto, y no podian evadirse de ella.

Tal cúmulo de ideas, tanta multitud de sensaciones tuvieron en aquellos cortos instantes, que la razon estaba á punto de abandonarles.

Pero Dios no quiso dejar que muriesen aquellos dos valientes.

Sus compañeros los echaron de menos, é inmediatamente corrieron en su busca.

A un milagro se debió su salvacion.

Lanzáronse á las llamas con inaudito arrojo, y la patria pudo contar con un héroe mas.

D. Luis Fernandez y su asistente se habian salvado.

VII.

Pero sobre todo el hecho siguiente que nos han referido, nos ha probado, lo mismo que sucederá á nuestros lectores, hasta que punto llega el heroismo, la nobleza de sentimientos y la abnegacion de nuestros soldados.

Estaban batiéndose encarnizadamente dos compañías de uno de nuestros batallones de cazadores con un número harto considerable de infieles.

Cuanto mayor era el número de enemigos, mas se aumentaba el frenético valor de los soldados.

Casi todos los gefes habian caido heridos los unos, y muertos los otros.

Solo quedaban un capitan y un subteniente.

De pronto, en una de las cargas que dieron las citadas compañías, el capitan se vió casi separado de sus soldados.

Cinco ó seis marroquíes, lanzando alaridos de júbilo, se arrojaron sobre él.

El oficial hizo uso de su revolvers, y dos de los musulmanes fueron á gozar de las delicias ofrecidas por Mahoma á los buenos creyentes.

Algunas gumias alcanzaron al español, aunque todas sus heridas eran casi insignificantes.

Los moros viendo muertos á dos de los suyos, redoblaron mas sus ataques.

La espada del oficial se partió no sin haber hecho medir el suelo á otro de sus contrarios.

Estos creyeron entonces segura su presa.

El capitan tambien creyó llegada su última hora.

Uno de los marroquíes le cogió la mano donde tenia el pedazo inútil de su arma, y le imposibilitó completamente para defenderse.

Entonces tres gumias se alzaron sobre el pecho inerme del español.

Este no hizo la mas pequeña demostracion de cobardía.

Miró con un desprecio infinito á sus verdugos, y esperó tranquilo la muerte.

Pero de pronto, una mano vigorosa arrancó al oficial de entre los dedos de hierro del marroquí; y un soldado se puso delante de él.

Al mismo tiempo tres gumias se clavaron en su pecho antes que él se pudiera defender.

El soldado estendió sus brazos, y tras de una ligera vacilacion cayó al suelo.

El oficial que no habia temblado ante la muerte, que no habia sentido nada momentos antes, no pudo menos de estremecerse y dejar correr por sus megillas una lágrima.

El soldado moribundo, volviéndose pesadamente hácia su gefe, le dijo:

—Mi capitan. . . . si V. hubiera muerto. . . . la compañía hubiera perecido tal vez. . . . porque ya han. . . . empezado á vacilar. . . . yo no me encuentro en ese caso. . . . no tengo mas que una madre. . . . que confio á V. . . . mas vale que sea. . . . yo quien . . . muera . . . corra. . . . V. . . . mi capitan. . . . que los. . . . soldados. . . . se desaniman.

Y tras estas palabras, arrojando raudales de sangre por la boca, espiró.

Ya en esto los demas soldados habian llegado, y casi habian presenciado la agonía de su compañero.

Entonces el capitan volviéndose hácia ellos, les dijo con voz conmovida:

—Compañeros, ya habeis visto la muerte que ha tenido vuestro hermano, muerte que ha recibido por salvarme la vida, ahora oid el juramento que hago; juro si Dios me conserva la existencia, atender y cuidar á su buena madre, y vengar su muerte en todos los moros que se crucen en mi camino; adelante, hijos mios, adelante y viva la Reina.

Y la compañía precedida de su capitan, dió otra carga mas brillante que las anteriores.

LVII.

Tambien los moros recien llegados de Melilla, tomaron su parte en esta accion.

Digamos algo á nuestros lectores sobre estos moros.

En el cabo de tres Forcas, situado en las costas del Mediterráneo, á corta distancia de Melilla, está la tribu de Kaldeja.

Esta tribu está en buena armonía con la plaza, razon por la cual sufre bastantes exacciones de parte de las otras Kabilas.

Desde el principio de la guerra manifestaron algunos moros de esta tribu, deseos de pelear contra sus compatriotas, bajo la bandera española.

Largo tiempo duró este deseo, sin que se dicidiesen.

Por fin, despues de la toma de Tetuan, solicitaron y obtuvieron el permiso del general en gefe, para penetrar en nuestro campamento.

Veinte y tres hombres ágiles y robustos mandados por un Kabo, se veían junto á los soldados de la cruz.

Inmediatamente se los uniformó.

Todos vistieron con el trage del pais, llevando únicamente en el brazo izquierdo una cinta ancha con los colores nacionales.

Alegres y contentos fraternizaban admirablemente con nuestros soldados.

El dia 23 de Marzo se dió la órden de batir tiendas, y los riffeños se fueron á unir con la artillería segun la órden que habian recibido.

Al poco tiempo de ponerse en marcha, ya habia entrado en fuego la vanguardia.

La artillería recibió órden de avanzar, y con ella los riffeños.

Se portaron perfectamente.

El corto papel que se les habia confiado en aquel magnífico drama militar, lo desempeñaron con admirable valor.

Veian el heróico esfuerzo de los españoles, y no querian ser ellos menos.

Unicamente despues de concluida la batalla, el Kabo de los riffeños pidió al general una gracia.

Que les canviara el trage.

Y efectivamente llevaba razon. Los musulmanes no perdonan nunca al que de su raza ayuda á los cristianos, y los protege.

Por esta razon los riffeños habian de ser constantemente el blanco de todos sus ataques, y un número tan insignificante como eran, por precision habian de sucumbir.

No hemos querido dejar pasar desapercibido esto, porque fué uno de los incidentes de esa batalla.

Hablemos ahora algo de los tercios vascongados.

IX.

Ya era tiempo que entráran en accion.

Y no habia sido porque tuvieron falta de deseos.

Por un lado las detenciones que esperimentaron antes de llegar al campamento.

Despues la instruccion que les era necesaria para entrar en campaña.

Y finalmente que como llegaron ya tarde, pues ya nos habíamos posesionado de Tetuan, desde el seis de Febrero hasta el veinte y tres de Marzo, no hubo mas que la accion del dia once, y la batalla de que nos estamos ocupando.

En aquella no pudieron tomar parte.

En esta, sí, y con el éxito que era de esparar.

Como representacion de las provincias hermanas, de esas provincias, donde radica por decirlo así, la fuerza, la virtud y la constancia, tenian que ser buenos, valientes y sufridos.

Dirigidos por gefes inteligentes, se pusieron en muy poco tiempo en estado de entrar en accion.

Y cada dia que pasaba, tenian mas deseos de entrar en lucha con los sectarios del Islam.

Describir el entusiasmo con que acogieron la órden de partida, seria imposible.

Para ellos el lidiar con los moros, era ya una necesidad imperiosa.

El coronel D. Rafael Sarabia, segundo gefe de la division vascongada, habia dicho ante la diputacion de las provincias que él recibiria las primeras balas de los enemigos al frente de sus tercios.

Comprometido á esto, nadie con mas impaciencia que él, esperaba el momento en que pudiera cumplir lo ofrecido.

Efectivamente con la division del general Rios, subieron los vascongados por las alturas de Samsa.

Suenan los primeros disparos, y aquellos valientes sienten palpitar con violencia sus corazones.

Aspiran entusiasmados el olor de la pólvora, y momentos despues tras un sonoro viva, apretando convulsivamente sus armas, caen con terrible furor sobre los moros.

Harto compensó aquel dia los muchos que habian tenido de espera.

Por donde quiera que fueron, arrollaron cuanto á su carrera se espuso.

Un tal Manuel Ortiz, natural de Sopuerta, fué el primero que con una sangre fria admirable, espero á un musulman, y echándose el fusil á la cara, lo dejó tendido á sus pies.

Tanta serenidad admiró á su coronel Sarabia, que echándose mano al bolsillo, le dió cuanto dinero llevaba.

En resúmen, los vascongados no han entrado mas que en una accion, pero en ella han dejado bien puesto el honor de las provincias que representaban.

Gefes y soldados pelearon con una bizarría puramente española, y gefes y soldados han merecido que la patria les esté justamente agradecida.

X.

Antes de concluir este capítulo, nos parece muy oportuno consagrar algunas líneas á esos bravos leones de Cataluña.

Todo su elogio está hecho en dos palabras.

Salieron cuatrocientos y vuelven la mitad.

Tres combates han sostenido, y la honra de Cataluña ha quedado muy alta.

Dignos paisanos del conde de Reus, como él han despreciado el peligro, y como él han sido unos héroes.

Al dia siguiente de llegar al campamento de la Aduana, entran en fuego en la batalla de Tetuan.

Todo el mundo elogia el valor de aquellos voluntarios,

Tras aquel bautismo de fuego, reciben la confirmacion en el combate del dia 11.

Pero donde mas brillan, donde su audacia raya en lo fabuloso es en la batalla del dia 23.

Es verdad que en esta, no cabian términos medios.

Era necesario que todos los soldados fueran héroes, y todos lo fueron.

Sobre la izquierda de nuestra línea, se habian parapetado los enemigos, y de detras de unas cabañas nos hacian un fuego terrible.

¿Quié vá á arrojarlos de allí?

Los voluntarios catalanes.

Con su bizarro coronel don Francisco Fort al frente, se arrojan sobre aquellas casucas, de las que salia la muerte y diezmaba sus filas.

Pero ¿quién contiene el valeroso empuje de aquellos bravos?

Las balas no les hacen mella.

Sus compañeros muertos ó heridos no son suficientes á entiviar su valor.

Han recibido la órden de tomar aquel punto, y la honra catalana está interesada en tomarlo.

Al gefe le matan el caballo.

Le creen herido, y sus oficiales le preguntan si es cierto.

¿Y qué respuesta les dió?...

—Solo siento, les dijo, «las bajas que han esperimentado los mios.»

Y tenia razon.

Cien valientes menos habia en aquellas filas mermadas ya en otras dos acciones.

No tenemos palabras, no podemos espresar como quisieramos nuestra admiracion, y trasmitirla á nuestros lectores.

Pero hay hechos, que en el simple relato de ellos llevan todo su elogio.

Los voluntarios catalanes han merecido bien de la patria, y nosotros unimos, no nuestra voz sino nuestro sentimiento, al sentimiento de la admiracion general.

CAPITULO XLV.

Andres y Miguel en la batalla del 23 de Marzo.—Pago de una deuda antigua.—Antonio y Cárlos.—Se presenta al lector un nuevo personage, que aunque sale tan tarde, no es el menos interesante de la novela.

I.



RAN las últimas horas de la tarde del dia 22 de Marzo.

Sobre el camino que conducia al Fondak, se hallaba acampado el primer cuerpo del egército.

Por entre las tiendas en que se albergaba el regimiento de Borbon, se paseaban dos soldados.

Eran Miguel y Andres.

Los dos estaban preocupados, y los dos silenciosos.

Por la frente de Andres cruzaba una arruga profunda, señal cierta de que un pensamiento sombrío y doloroso embargaba su mente.

Miguel tambien estaba pensativo.

Tal vez aquellas dos imaginaciones estuvieran preocupadas por la proximidad de la batalla.

Pero no, porque en cuantos combates habian entrado, el uno y el otro habian estado casi satisfechos.

Miguel porque creia encontrar la muerte en él.

Y Andres porque su mismo carácter le hacía estar alegre en aquellas circunstancias en que todos los hombres estaban sino tristes al menos graves y silenciosos.

Pero su estado de aquella tarde tenia algo de estraño.

Cruzaba por las calles de las tiendas, y miraba sin ver, los aprestos que casi todos los soldados hacian para el dia siguiente.

Casi todos estaban tambien preocupados, pero difería mucho su preocupacion de la de los dos primos.

Unos limpiaban los fusiles, se recosian las polainas ó se remendaban los pantalones.

Otros preparaban bien las bayonetas, repasaban sus municiones, y todos en fin se ocupaban tan solo del dia inmediato.

Andres y Miguel seguian paseando.

II.

Miguel fué el primero que rompió el silencio.

Se habian alejado un poco de las tiendas, y podian hablar mas libremente.

—Qué tienes, Andres? dijo á su primo.

—No lo sé; contestó este; nunca he sentido una opresion tan estraña en mi pecho.

—Una opresion!...

—Sí, una especie de voz misteriosa que me dice que en la primera accion que entremos he de morir.

—Eh! quita de ahí, no digas tonterías.

—No Miguel, no son tonterías; tu mismo me has visto siem-

pre alegre y confiado burlarme de las balas de esos bárbaros, pero hoy me sucede al contrario.

—Tendrias miedo acaso?.. .

—Miedo yo!.... si no fueras tu quien me dijera eso, le contestaria de otro modo; pero no, no es miedo, entraré en accion, no retrocederé como no he retrocedido en mi vida ante ningun peligro, pero tengo la conviccion íntima de que me quedaré en el campo de batalla.

Habia un no se qué de seguro, y confiado en el acento del jóven, que Miguel no pudo menos de estremecerse.

El jóven cabo, creia en esas voces misteriosas que desde el fondo del alma anuncian peligros desconocidos, desgracias próximas tanto mas difíciles de contrarrestar, cuanto que son completamente desconocidas

—Mira, Miguel, prosiguió Andres, vamos hablar acaso por última vez, y únicamente en estos solemnes instantes es cuando debo tocar una cuestion que tanto tu como yo hemos evitado cuidadosamente hasta ahora.

Miguel se estremeció.

En estas palabras habia una alusion á María, y aquella herida estaba adormecida solamente, no curada del todo.

Asi que se limitó á responder.

—Habla mas claro, porque no te comprendo.

—Eso es lo que voy á hacer.

Quedóse Andres algunos momentos en silencio y al cabo de ellos dijo.

—Miguel, hace tiempo que gracias á tí, lavé ante el mundo la mancha que habia estampado sobre la pura frente de María.

Su primo nada le dijo.

Lo estaba mirando, y estaba haciendo esfuerzos inmensos para contener los latidos de su corazon.

Andres continuó.

—Tu la amabas, tu te sacrificaste por mí, porque tu creias que ella á quien queria, era el hombre que la habia deshonrado.

—¿Y acaso no nra cierto? pregunto Miguel incapaz de contener su impaciencia.

—Nó, contestó con amargura Andres.

Se siguieron algunos instantes en que no se dijo ni una palabra por ninguna de las dos partes.

Miguel dijo al cabo de ellos.

—No te comprendo.

—Al dia siguiente de casarme, mi muger me dijo que jamás veria en mi á su esposo, que nada la exigiera porque nada me concederia, que no faltaria nunca á sus deberes, pero que el amor que en un tiempo me tuvo se le habia estinguido por entero.

—Oh!... murmuró Miguel sintiendo que su corazon respiraba mas libremente.

Andres le contempló con un dolor infinito.

—Y sin embargo, yo la amé entonces, prosiguió, desde el mismo momento en que tu abriste mis ojos á la verdad, desde el momento en que tu te sacrificaste por mi, sentí en mi corazon una cosa estraña, la amaba Miguel, la amaba y ella, me aborrecia.

—Quizá fueran aprensiones tuyas.

—Aprensiones!... crees tú que yo pudiera engañarme?... Te digo la verdad, Maria no me amaba; teniendo que renunciar á los derechos de marido, no pude resignarme á poseer solo e cariño del hermano, y vine á Africa á borrar con mi sangre las manchas de mi vida. Hasta ahora la suerte no ha querido admitir mi oferta, pero mañana no será lo mismo.

—Otra vez volvemos á lo anterior? dijo Miguel, á quien estaba haciendo daño cuanto decia su primo.

—Si: te repito que en la primera accion que entremos moriré; hasta ahora no me habia gritado esa voz interior, pero hoy tengo el presentimiento cierto y real de que dejaré de existir.

—No comprendo como te se aferren tanto esas manías.

—Escuchame y jurame cumplir mi voluntad. Maria ya te he dicho que no me ama, tu la adoras cada dia mas; pues bien, jurame casarte con ella cuando yo muera.

—Andres!... gritó Miguel estupefacto, estas en ti?

—Si, Maria á quien quiere es á tí, á tí á quien habia desco-

nocido lo mismo que yo, y á quien hemos amado los dos en el momento en que hemos comprendido la nobleza de tu alma.

—Entonces hice lo que debia, asi como ahora hago tambien lo que debo, no queriendo escuchar tus majaderías.

—Puedes llamarlas como quieras; en el bolsillo de mi poncho, tengo una carta escrita que recogeras de mi cadáver, y remitirás á mi madre, en ella digo tanto á esta como á mi muger lo mismo que acabo de decirte, y no dudo que cumplirás lo último que te ha pedido tu pobre primo.

Miguel fijó los ojos en Andres.

Al mismo tiempo este clavó sus pupilas en aquel.

Por un momento aquellas dos miradas se confundieron.

Fueron una y otra al fondo de sus almas, y leyeron cuanto en ellas pasaba.

Dos lágrimas subieron hasta sus ojos.

Estendieron los brazos, y aquellos dos hombres que tantas veces habian visto la muerte ante sí, sin estremecerse y sin palidecer, quedaron confundidos en un estrechísimo abrazo.

Ambos lloraban como dos niños.

Ambos amaban con delirio á una mujer, y el uno lloraba de de dolor, mientras que el otro.... Digámoslo con franqueza, lloraba de placer.

María le amaba.

Aquella mujer á quien él habia querido con tan ciego cariño, no habia pertenecido al hombre que habia abusado de su candor.

Santificada por la Iglesia su union, revindicada por decirlo así, por el Sacramanto del Matrimonio, habia quedado su corazon para el hombre que habia sacrificado su cariño por ella.

Lejos de Miguel la idea de alegrarse ó de desear que muriese Andres.

Nada de eso, aunque el acento de conviccion con que habia hablado su primo, le hiciese creer que efectivamente le amenazase una desgracia, no se alegraba de ella.

Para él, que María le amase, era una felicidad inmensa.

Y aquella revelacion inesperada, hacía vibrar la fibra de su sentimiento, y como consecuencia de esto, las lágrimas corrian por sus megillas.

Largo tiempo llevaban, abrazados sin poder pronunciar una palabra, cuando el toque agudo de una corneta, atravesando el espacio, vino á advertirles que ya era tiempo de volver al campamento, pues se iba á tocar la oracion.

Entonces se separaron, y Andres dijo á su primo.

—Quedamos en eso Miguel, confio en que cumplas lo que he exigido de ti.

Miguel no le contestó.

Se hallaba demasiado preocupado para poder escuchar otra cosa mas que la voz de su corazon que le decia «María te ama.»

Andres lo miró con tristeza, y sin cruzarse otra palabra entre ambos, tomaron la direccion de las tiendas de su regimiento.

III.

Eran las cuatro de la mañana del dia 23 de Marzo de 1860.

La aurora empezaba á difundir su suave claridad por los montes y los valles.

Todas las bandas y todas las músicas de los regimientos lanzaron al aire sus belicosos sonidos.

La diana resonaba por todo el campamento, y á su llamamiento armonioso, los soldados salian de las tiendas, preparaban sus armas y se disponian á marchar.

En un momento aquellas frágiles habitaciones que habian mal albergado á tanto valiente, se vieron desechas, y cada uno de ellos llevaba en sus espaldas, el palo y el trozo de lona que le correspondia.

Las tropas estaban formadas y dispuestas para la partida.

Casi no se escuchaba una voz en aquellas masas de hombres.

Mas de dos horas tuvieron que estar esperando antes de ponerse en marcha.

La espesa niebla que habia, impedia á nuestros valientes el avanzar.

Por fin empezó á despejarse, y el egército, desenroscándose como una inmensa serpiente, se tendió á lo largo del camino que conduce al Fondak.

El regimiento de Borbon formaba parte de la vanguardia.

Poco tiempo despues toda la division del general Echagüe, se formaba en masa para atacar á los moros que ya habian empezado á cruzar sus fuegos con los de nuestras guerrillas.

Andres y Miguel no se habian dicho una palabra.

Desde la noche anterior no se cruzó la mas mínima espresion entre los dos primos.

Ambos estaban muy preocupados.

Miguel recordaba cuanto Andres le habia dicho, y al sentir zumbar junto á sus oidos las primeras balas africanas, no pudo menos de estremecerse.

Andres estaba tambien mas pálido que de costumbre.

Los dos jóvenes estaban en la misma compañía, y muy pocos pasos los separaban.

Miguel se habia hecho el firme propósito de no perder de vista á su primo, para salvarle si acaso necesitaba socorro.

Pocos momentos despues, el regimiento estaba luchando con los marroquíes.

Durante una porcion de horas, Andres y Miguel lo mismo que sus compañeros, hicieron prodigios de valor, teniendo la suerte inmensa los dos jóvenes de que no les alcanzase ni una bala ni una cuchillada de gumia.

Miguel empezaba á respirar.

Ya creia que todo habia sido una alucinacion de su primo, cuando se dá la órden para un ataque general que debia dar por resultado la completa dispersion de los infieles.

Todos los batallones combinando sus movimientos, se lanzan con irresistible ímpetu sobre aquellas hordas, que resistie-

ron algunos instantes, pero que no por eso pudieron evitar su derrota.

Los soldados se confundieron con los musulmanes, y luchaban cuerpo á cuerpo.

Miguel estaba casi junto á Andres.

Algun moro habia ya despachado el primero, queriendo librar y defender al segundo.

De pronto se siente Miguel asido con violencia por las dos manos.

Dos marroquíes le apretaban con furor las muñecas.

El jóven hace un esfuerzo para desasirse, y tropezando al mismo tiempo con el cadáver de uno de sus compañeros, cae al suelo.

Inmediatamente se lanzan los enemigos sobre el amante de María.

No tenia este salvacion posible cuando Andrés reparó en la falta de su primo.

En el calor del combate no le habia echado de menos, y al reparar en su situacion, cayó como una bomba entre los dos moros.

Tiró un bayonetazo al uno que cayó para no levantarse mas, pero el otro á su vez, dió tan fuerte culatazo con la espingarda al jóven, que lo derribó atontado.

En seguida sacó la gumia, y la clavó dos veces con una crueldad infinita en el pecho de Andres.

No sabemos el tiempo que hubiera permanecido en aquella tarea, si Miguel que pudo levantarse ciego de cólera y de dolor, no hubiese clavado su ayoneta hasta el cubo en el pecho del sanguinario muslime.

En seguida trató de hacer volver en si al pobre Andres.

Abrió este los ojos con mucha pesadez, y su mirada que empezaba á oscurecerse con las sombras de la muerte, se fijó en su primo.

Dirigió con mucho trabajo una mano al bolsillo de su poncho, pero no pudo conseguir su obgeto.

Quiso hacer un esfuerzo, quiso hablar, pero ni la garganta

pudo dejar pasar los sonidos, ni los labios pronunciar las palabras.

Entonces su mirada se hizo mas elocuente.

Brilló un momento, y cogiendo con fuerza la mano de su primo, espiró. . . . .

Miguel sintió correr por sus tostadas megillas una lágrima que fué á perderse entre su espeso vigote.

Despues recogió cuidadosamente la carta de que Andres le habia hablado, y embrazando con furor sus armas, se lanzó sobre los moros que empezaban á huir á la desbandada.

Andres habia pagado la deuda contraida con su primo.

Miguel habia sacrificado su corazon porque Andres fuera feliz.

Andres á su vez, sacrificó su vida porque Miguel fuera dichoso.

La familia de la calle de Lavapies contaba con un miembro de menos.

La patria contaba con un mártir mas.

XV.

Cárlos se habia portado como un héroe.

Por dos veces habia traspasado los limites de su deber, y en una de las acciones que habia hecho, el general en gefe que lo habia presenciado, se acercó á él y le dijo:

—Muy bien señor comandante.

—Mi general, contestó Cárlos, aun no tengo la honra de serlo.

—S. M. lo hace á V. desde este momento, que quien de tal modo la sirve, tal recompensa merece.

Y tras estas palabras, el conde de Lucena se perdió entre la confusion de la lucha seguido de su estado mayor.

Pero estaba de Dios, que el jóven no cambiára tan pronto sus charreteras.

En los últimos momentos de la accion, se separó algunos pasos de su compañía, y antes que pudiera defenderse, se vió desarmado, y en poder de unos seis ú ocho moros, que lanzaron ahullidos de júbilo feroz.

Quiso empeñar con ellos una lucha desigual, pero solo consiguió sacar alguna herida, y que le atáran las manos.

Los que le habian cogido, igualmente que todos los demás, emprendieron la fuga.

Cárlos tenia tambien que correr con ellos.

En el Foudak, hicieron alto casi todos los musulmanes.

Cárlos tambien lo hizo.

Los que á él le habian hecho prisionero, no eran moros de rey.

Pertenecian á una de las kabilas del Riff, y durante la noche se reunieron todos los individuos que la componian y recogiendo sus heridos se pusieron en marcha antes del amanecer hácia sus montañas.

Cárlos reparó entonces que tenia otro compañero de infortunio.

Era Antonio, el amante de la hija del banquero Cespedes.

Cogido tambien por otros riffeños de la misma kabila, no pudo ni salvarse, ni darse la muerte que fué lo que pensó al ver que no tenia medio de librarse de sus enemigos.

Antonio y Cárlos, se habian conocido en el campamento.

Aunque hubiesen sido desconocidos, en aquel instante solo se hubieran hecho amigos.

Nada une tanto á las personas como el infortunio.

Uno y otro se apretaron la mano, y uno y otro trataron de consolarse mutuamente.

Ambos tenian seres en el mundo á quienes amaban con delirio.

Cárlos tenia á sus hermanos y á Ester.

Antonio tenia su madre, su hermana y Angeles.

En aquellos instantes de espansion se abrieron por entero sus corazones, y sus confianzas fueron iguales

Uno y otro amaban y uno y otro tenian que renunciar á aquellos objetos queridos.

Dejémosles seguir su marcha hácia el Riff y vamos atravesando algunas leguas, á dirigirnos á las cercanías de Mequinez.

V.

No lejos de Mequinez, casi en la misma falda del Atlas, se ven las ruinas de El-Kassar-Faranan, ó palacio de Faraon.

A corta distancia corre el Djebel-Tedla, y en las cavidades de las montañas, multitud de tribus á cual mas feroces, tienen establecidos sus hogares.

El palacio de Faraon, nadie lo habia conocido habitado, á causa de cierto rumor que se habia esparcido por aquellos contornos de que se oian todas las noches unos gemidos, y se veian cruzar sombras por los arcos y las ruinosas galerías del edificio nadie se atrevia á penetrar en él.

Sin embargo, seis años antes del en que ha empezado nuestra historia, un anciano peregrino que venia de la Meca, solicitó y obtuvo el permiso de habitar entre las ruinas de aquel edificio misterioso.

Los montañeses y los habitantes de todas las llanuras esperaban encontrarse muerto al anciano, pero nada de esto sucedió.

De este modo la fama del peregrino cundió rápidamente,

Añadamos á esto que hizo curas maravillosas entre las Kabilas del Atlas, y se comprenderá que el peregrino de El-Kassar-Faranan, habia venido á ser una providencia para los pobladores de aquellos sitios.

La vida de este peregrino estaba rodeada de misterios.

Decíase que todos los primeros dias de mes cabalgaba so-

bre una mula del pais, y se marchaba á Mequinez ó cualquiera de los puntos en que se hallára el emperador, penetraba en su palacio, y despues de tener con él una entrevista de dos horas, volvia á tomar el camino de sus ruinas.

Añadian tambien que le habian visto otras veces formando parte del cortejo del Xeriffe, oprimiendo con bastante gallardía apesar de su edad los lomos de un corcel de pura raza, y vistiendo un trage que tenia tanto de rico, como de pobre y sucio tenia el que de peregrino usaba en su habitacion.

Todo esto era suficiente para escitar la curiosidad ¦de otras personas que no hubiesen sido tan ignorantes como los moros de aquellos contornos, asi es que durante multitud de dias, el peregrino de El-Kassar estuvo espiado constantemente.

Pero murió Muley-Abderrhaman, y desde entonces las salidas del habitante de las ruinas fueron menos frecuentes.

Alguna que otra vez se veian algunas cabalgatas que se detenian una noche en el palacio, continuando su marcha al dia siguiente.

Estas cabalgatas se repitieron mas frecuentemente desde que se empezó la guerra en España.

Los Zeunur-Schellenghsque perten ecian á una de las tribus mas próximas á la morada del peregrino, se asombraron de aquellas visitas, y mucho mas, cuando vieron que los gefes de muchas de aquellas Kabilas visitaron tambien el palacio de Faraon, y tenian largas entrevistas con su dueño.

De repente se apareció en la montaña otro nuevo peregrino, que se fué á habitar con el primero.

El grito de rebelion contra el nuevo Xeriffe se dió entre una multitud de tribus, y los dos solitarios del palacio predicaron con un fervor especial en favor de aquella insurrecion.

VI.

Dados estos antecedentes, vamos á penetrar en El-Kassar-Faranan.

Atravesando un pórtico en el que apesar del tiempo se veian restos de la arquitectura egipcia, se penetraba en un patio espacioso, adornado de estatuas mutiladas en su mayor parte, y cuyo pavimento era de un mosáico verdadera maravilla del arte.

Una estensa galería de gracioso arcos se veia á los dos lados del patio.

A la derecha de él una alta puerta daba paso á otro patio embaldosado de anchas piezas de mármol, y conteniendo en su centro una fuente, que aunque muy deteriorada, aun conservaba los vestigios de su antigua belleza.

Una ancha escalera derruida á trozos, conducia á otra galería en la que se abrian varias puertas que comunicaban con el interior.

Penetremos por una de ellas.

Atravesemos varias habitaciones donde no hallaremos mas que escombros, y lleguemos á una que tiene algo mas de particular.

Techo, paredes y suelo, todo es de mármol negro.

En uno de los lienzos de la pared, se vé una especie de dosel, y tanto este como una cortina que lo cubre, es de terciopelo negro.

A entrambos lados del dosel, hay dos cuadros con dos escudos de armas.

Sobre el dosel se mira una corona de Conde.

En aquella estancia hay un lecho, diez ó doce almohadones, y pendiente del techo una lámpara.

No hay ventana ninguna.

Colgados de la pared, se ven trages de todas las naciones y de todas las sectas.

El gaban, la levita y la capa española, fraternizan con la chilaba, y el haik marroquí.

El peregrino está sentado delante de una mesita de caoba.

Mirémosle con detencion.

Tendria unos cincuenta y cinco á sesenta años.

Sus facciones tenian una regularidad perfecta.

Su mirada era recelosa y dura.

Por entre sus labios vagaba constantemente una sonrisa sarcástica y desdeñosa.

Rara vez se veia su frente serena.

Profundas arrugas la acompañaban, arrugas, en que se leian muchos y grandes dolores.

Y no era solo en la frente.

Toda la fisonomía tenia un no se que particular que revelaba á los ojos del observador que aquel hombre habia sufrido mucho.

El peregrino se levantó y se dirigió hácia el dosel.

Vaciló algunos momentos, y por fin descorrió la cortina.

Del negro de la pared se destacaba un lienzo primorosamente pintado.

Era una mujer.

Representaba unos veinte y seis años.

Hermosa hasta la sublimidad, su blancura mate brillaba doblemente bajo el trage de terciopelo negro que vestía.

Ricos encages flamencos cubrian su alto y abultado seno, y sus marfilados brazos.

Sobre su frente, altiva como la de una reina, y transparente como la de un niño, ostentaba una diadema de brillantes.

Sus ojos tenian mucho de la fuerza de irradiacion de Sara, y de la dulzura de los de Angeles.

No sabemos porque al contemplar aquel retrato, se recordaba involuntariamente á muchos de los personages que llevamos presentados á nuestros lectores.

Algo de la nobleza de Alberto de la magestad del invisible y de la pureza de Zaida, se veia en aquella mujer.

Por la posicion en que se encontraba aquel retrato, las miradas de la dama caian á plomo sobre el peregrino.

Este, asi que recorrió la cortina, cayó de rodillas, y sus ojos se fijaron con una espresion de inmenso cariño sobre aquel rostro de marfil.

Al cabo de algunos instantes dos lágrimas corrieron por sus megillas, y con una voz comprimida se le oyó murmurar.

—Ana, perdoname; siempre he de ver tu rostro altivo y severo, y esa espresion implacable reprochandome mi crimen.

Su voz se hizo mas opaca.

—Mi crimen! Oh! Ana mía, si desde el cielo donde debes estar, has visto mi sufrimiento, no creo que hayas dejado de compadecerte de mí!... Dios mio!... y si yo procedí contra ella de aquel modo, ¿no vieron mis ojos la prueba patente de mi deshonra? no ví á esa mugor á quien adoraba con toda la fuerza de mi corazon conceder á otro hombre favores á los que yo solo tenia derecho?... y sin embargo bien sabes tu Ana mia, cuanto he sentido despues lo que hice; no verte mas, no escuchar tu acento, ha sido para mi el tormento mas horrible!...

Calló el anciano algunos instantes.

Sus lábios se agitaban convulsivamente.

Sus ojos se fijaban con mas intensidad sobre aquel rostro inanimado.

De pronto se verificó una transformacion completa en la fisonomía del peregrino.

Se aumentaron las arrugas de su frente.

Sus pupilas destellaron un fuego sombrio.

Sus manos se contrageron.

Una sonrisa cruel vagó por entre sus delgados labios, y con una voz en cuyo timbre se advertia un no se que de vengativo y terrible que causaba pavor, dijo.

—Oh!... pero yo te prometo que bien caro ha pagado aquel miserable su crímen, mi venganza ha sido horrible, y aun no ha concluido; los hijos de aquel hombre morirán como su padre; acosados por todos los dolores que pueden afligir el corazon de un hombre; yo los he seguido paso á paso en su vida; ya los tengo casi al alcance de mi mano, y tú á quien yo maté por causa de su padre, serás vengada con la sangre de sus hijos. Yo tambien tuve tres, tres hijos que eran mi delicia, y todos murieron, pues bien, si los mios que no habian cometido delito alguno dejaron de existir ¿porque los del joyero Abraham, ramas malditas de un tronco mas maldito todavía, no han perder tambien la vida? Y no serán ellos solos; no, el hijo

estúpido y cobarde, de aquel Xeriffe á quien yo pedí en vano venganza contra el hombre que despues de haberme deshonrado, se habia ido á refugiar junto á él, tambien caerá desde su trono, para perder su vida miserable. Oh!... yo te juro Ana mia, que si ellos tuvieron la culpa de mi accion, ellos la pagarán con creces.

La voz del anciano se debilitó completamente.

Su rostro estaba casi livido.

Unicamente sus ojos brillaban, y parecia que en ellos se habia reconcentrado toda la exencia de su vida.

Largo rato permaneció en esta situacion hasta que un ligero rumor que escuchó á su espalda le hizo volver la cabeza.

En el umbral de la puerta, habia otro anciano como él, y que representaba con corta diferencia su misma edad.

Era el otro peregrino que desde algun tiempo antes, compartía con él, el señorío de las ruinas de El-Kassar-Faranan.

El recien llegado contemplaba á el que estaba arrodillado con una espresion de profunda tristeza.

VII.

—Es posible, señor, le dijo al cabo de unos instantes, que apesar de cuanto me habeis ofrecido, os aprovechais de mis horas de ausencia para descubrir ese retrato.

—Dejadme Roque, contestó débilmente el primer peregrino.

—No, señor conde, no puedo dejaros ¿Qué adelantais con estar siempre evocando esos recuerdos, que no os dan mas que disgustos?

—Fortalecerme mas, para llevar á cabo mi venganza.

—Vuestra venganza!... y acaso es justa?...

—Qué!... te atreves?...

—Dispensadme, señor, pero demasiado sabeis que siempre os he hablado con entera franqueza. Desde niño os he conocido, vos habeis sido para mi mas que un amo, un hermano,

asi me lo habeis dicho muchas veces, y en este sentido os he hablado.

—Y acaso crees tu?...

—Que no teneis razon ahora, conforme tampoco la tubisteis entonces.

—Roque! gritó el peregrino con voz colérica.

—Os fiásteis solo de las apariencias y...

—Eran apariencias al ver á mi esposa abrazada á otro hombre que no era yo, y llorando?

—Quien sabe las razones....

—Eran apariencias solo aquellas palabras que le dijo al despedirse?

—Para que no la pedísteis esplicaciones de su conducta?

—Qué esplicaciones necesitaba cuando la ví yo mismo, lo entiendes? yo mismo la escuché decir al joyero. vete, vete antes de que venga mi esposo, porque te comprometerias.»

—Y eran esas pruebas para castigarla como la castigásteis?

—No me digas una palabra mas Roque, no me hables mas de ese asunto, porque ya sabes que mi resolucion es irrevocable, la maté á ella, á ella que era mi vida, maté al joyero, mataré á sus hijos, y á ese imbécil emperador, y solo en ese mar de sangre, solo al contemplar con mis ardientes ojos, esos cadáveres aborrecidos, sentiré calmarse el profundo dolor que la pérdida de mi esposa me ha causado.

—Pero tendreis entonces los remordimientos.

—Remordimientos!... palabras que los hombres han inventado para encubrir el miedo de las acciones que han hecho!.... Nadie mejor que tu sabe si mi corazon era bueno y honrado.

—Demasiado lo sé; por eso abusaron de vuestra confianza el año 48 en Madrid.

—Sí; aquellos amigos tan fieles me vendieron, y sino hubiera podido escaparme tan pronto, Narvaez hubiera dado buena cuenta de mí, y á fé que hoy siento que no hubiese sucedido aquello; muchos disgustos me habia ahorrado.

—No fué porque yo entonces no os dige que no os fiáseis

de nadie, vos no quisisteis creerme, y os pasó lo mismo que en este otro caso, y que os sucederá siempre.

—Bien, Roque, sucédame lo que quiera, déjame que siga adelante con mi plan, y hablemos de otra cosa, ¿has visto á Ibraim?

—No señor.

—Por qué motivo?

—Porque no está en casa del judio.

—Ni lo han visto?

—Tampoco.

—Pues es estraño; murmuró el conde, él debia de haber venido ayer!....

—En aquel momento, el sonido de una campana se percibió claro y distinto en la habitacion.

—Roque, parece que han llamado?

—Sí, señor, y debe ser algunos de los nuestros porque ha sonado la campana de la segunda escalera.

—Vé á ver quien es?

El criado salió de la estancia.

En cuanto al conde, corrió otra vez la cortina que ocultaba el retrato, y dando á su semblante la espresion severa y reservada, que siempre habian visto en él sus vecinos, franqueó la puerta, y salió á otro salon que no estaba tan deteriorado como los demas.

Casi al mismo tiempo Roque penetraba en él.

—¿Qué hay? le preguntó su amo.

—Es Benjamin, le contestó aquel; dice que necesita veros con urgencia.

—Qué habrá ocurrido? dile que pase.

Roque volvió á salir, y momentos despues el jorobado entraba en el salon.

VIII.

—Que el Dios de Moises, sea contigo, santo peregrino de estas ruinas, dijo el conde haciéndole una profunda reverencia.

—Que él vaya siempre contigo, Benjamin, le contestó el anciano.

—Perdona si he venido é interrumpir tus piadosas meditaciones, pero acontecimientos muy graves me han obligado á hacerlo.

—Habla, ¿qué hay?

—Una gran desgracia para nuestro proyecto.

—Para nuestro proyecto? dijo con estrañeza el peregrino.

—No he hablado precisamente de tí; repuso Benjamin fijando su recelosa mirada en la inalterable fisonomía del anciano; demasiado sé que tu no tienes nada que ver con las reuniones que celebramos en estas ruinas, pero tu amistad con Ibraim me ha obligado á venir á participarte lo que ha hecho.

El peregrino sintió que su corazon apresuraba sus latidos.

Pero ahogó aquella ligera emocion y con su misma voz serena y dulce, preguntó.

—Y qué es lo que ha hecho?

—Ibraim amaba á una mujer.

—Y tal vez ha cometido alguna locura por ella?

—Mas que locura, un crímen.

—Un crímen!... dijo el conde que sentia crecer su agitacion.

—Sí, un crímen; la mujer que amaba Ibraim, fué codiciada tambien por el Xeriffe, y por lo tanto llevada al Harem. Ibraim que sabe esto se presenta á Sidy-Mahomed y le dice que si le entrega aquella mujer, él le descubrirá una conspiracion tramada para hacerle perder la vida.

—Mentira! gritó con arranque el anciano.

—Eres viejo, y tus palabras no pueden ofender, dijo con

calma Ibraim. El emperador aceptó, y la conspiracion está descubierta, y casi todos nuestros hermanos están presos, y entre tanto el traidor ha desaparecido de Mequinez, llevándose á la mujer por quien tal infamia habia cometido.

—¿Y dónde ha ido?

—Nadie lo sabe.

—Y tu, una de las cabezas de la conjuracion como no has sido preso tambien?

—Porque entre los bokaris del emperador, tengo algunos amigos fieles que me avisaron.

—Por donde has sabido eso que acabas de contarme?

—Por esos mismos hombres.

La mirada escrutadora del peregrino se fijó en el hebreo.

Parecia que deseaba leer en el fondo de aquella alma tenebrosa.

Pero estaba encubierto aquel rostro de una careta impenetrable.

—Quien era esa muger? preguntó el conde al cabo de algunos segundos.

—Lo ignoro.

—Sabes que es muy grave lo que acabas de decirme?

—Lo sé.

—Sabes tambien la suerte que te espera si te has engañado? preguntó el anciano acentuando estraordinariamente sus palabras.

—Se que si me he engañado, por haber confiado á un estraño los secretos de nuestra asociacion, merezco la muerte, y si es verdad, yo que soy el inmediato á Ibraim, ocuparé su puesto.

—Si antes no se presenta el gran gefe que hasta ahora ha estado invisible para vosotros.

A su vez la mirada de Benjamin se fijó en el anciano.

Pero tambien la fisonomía de este era impenetrable.

El hebreo prosiguió.

—Ademas que para el caso de que se me acusára de haber descubierto los secretos de la sociedad, ya encontraria respuestas.

—Qué quieres decir?

—Bueno es vivir en el mundo prevenido siempre, contestó el judio, con una sonrisa estraña.

El conde le miró breves momentos, y le dijo.

—Está bien, puedes retirarte.

—Pero tú que piensas hacer?

—Yo solo lo sé, y me basta; ademas que bueno es vivir prevenido en el mundo, añadió el peregrino con una sonrisa irónica.

Benjamin se mordió los lábios, y no dijo una palabra.

Se levantó de su asiento, y despues de hacer una profunda reverencia, abandonó la estancia.

El conde le siguió con la vista y cuando ya no pudo verle, dijo á Roque que habia entrado inmediatamente que aquel salió.

—Milagro será que ese no nos haya vendido.

—Tambien os lo avisé hace mucho tiempo.

—En fin bueno será estar prevenidos.

IX.

Benjamin salió de las ruinas, y su rostro se transformó completamente.

La cólera se dibujaba en él con carácteres muy marcados.

Despues una satisfaccion cruel, se esparció por su fisonomía.

Si alguien hubiese podido seguir á su lado, hubiera podido escuchar lo que dijo.

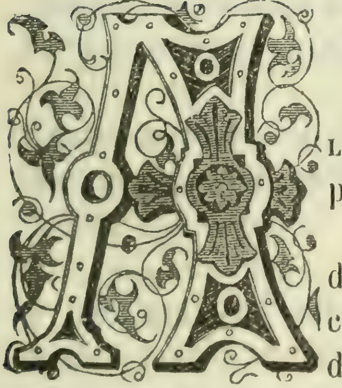
—Ya he conseguido desahacerme de uno, en cuanto á este otro, irá á Mequinez, y caerá tambien en mi poder, entonces, yo solo seré el gefe de la asociacion, y veremos quien vence á quien.

Y tras estas palabras, siguió tranquilamente su camino hácia la capital del imperio.

CAPÍTULO XLVI.

Lo que hicieron Alberto y Zelim para salvar á Sara.—El invisible consigue su libertad.—Ester, Zaida y su tio en el alcazar subterráneo de la montaña.

I.



lberto y Zelim resolvieron jugar el todo por el todo.

Nada habian podido averiguar por medio de Benjamin, y sin embargo, especialmente el poeta sospechaba del hijo del *cheg*.

En tal estado los dos hermanos se decidieron á penetrar en los jardines del harem.

Sabian que la empresa era arriesgada, pero á todo iban dispuestos.

Zelim por salvar á Záard hubiera perdido la vida.

Alberto, por sacar á Sara del estado á que se veia redu-

cida por haber querido complacerle, sacrificaria gustoso su existencia.

Y decididos á esto, aprovechándose de la oscuridad de la noche y provistos de escalas para subir á las tapias del jardin, se dirigieron hácia el palacio.

Ni una persona se veia por aquellos contornos.

La escala lanzada por la mano segura del poeta, enganchó sus garfios de hierro en el pretil de la pared.

Inmediatamente se lanzó por ella el jóven, y momentos despues los dos hermanos estaban en el jardin.

Ninguno de ellos sabia hácia que parte estaban las habitaciones de las mujeres, asi es que vacilaban hácia el lado á que se habian de dirigir.

Un momento de indecision hubo en aquellos dos hombres.

Y efectivamente habia motivos para que cualquier persona hubiese vacilado.

Meterse á ciegas en un sitio en que la menor cosa podia comprometerlos, era capaz de infundir pavor al mas osado.

Y no temian ellos perder la vida, lo que sentian era, ser descubiertos sin haberlas podido salvar.

—Pues señor, dijo Alberto al cabo de un momento, ya estamos metidos aquí, y no hay mas remedio que seguir adelante.

—Sí, pero no es eso solo, contestó Zelim, lo peor es no saber hácia que sitio está el harem.

—Por aquí debe ser; las habitaciones de las mujeres dan al jardin, nosotros estamos en él, con que no deben estar muy lejos.

—En fin qué hacemos?

—Mira, allí hácia la izquierda se vé una cosa que aqui en esta tierra llaman ventana, nos asomamos á ella, y decimos que dos hombres jóvenes y no feos, han penetrado en el harem, si por casualidad es una estancia de mujeres perteneciente á ese sitio, estas se callarán porque las pobres tienen deseos de ver otras caras que no sean las de los eunucos, ó la del emperador.

—Pero y si es otra habitacion?

—Entonces habrá alboroto, saldrán con luces, mirarán al jardin, se dirigirán hácia el harem, y nosotros aprovechándonos de esa confusion, despues que sepamos donde está la parte del edificio que buscamos, nos subiremos á un árbol, y esperaremos á que se calme la tempestad.

—Y si nos cogen?....

—Entonces.... entonces concluiremos de una vez.

—Muy arriesgado me parece ese medio.

—Dime tú otro mejor, y desde luego lo acepto.

Zelim no tuvo nada que contestar á esto.

Efectivamente no habia otro medio posible, y los dos hermanos se dirigieron hácia el sitio por donde se veia la luz.

Llegados á él, advirtieron que la ventana estaba bastante alta.

Sin embargo no lejos de ella habia un árbol desde cuya altura se podia ver lo que pasaba en aquella estancia.

La ventana, al reves de lo que habia dicho Alberto, era mas grande que las ordinarias, y permitia el paso de un hombre.

El poeta trepó por el árbol, y cuando estuvo á una altura conveniente, dirigió sus miradas hácia la habitacion.

Una esclamacion de alegría se escapó de sus labios.

Cerca de la ventana sentada sobre mullidos almohadones, Sara, estaba asaz pensativa.

Hacía dos dias que Ibrahim habia sido preso en su cuarto. En este tiempo no tuvo noticias de él, y ni Benjamin, ni el Xeriffe habian ido á verla.

Ademas pensaba en las amenazas de Ibrahim

Adivinaba un gran peligro para su amante peligro que se habia amortiguado algun tanto con la prision del invisible, pero que sin embargo, conociendo el carácter de hierro de este, sabia que hallaria medio para escaparse, y para cumplir la amenaza que habia hecho.

Alberto se inclinó hacia Zelim, y le dijo con una voz contenida.

—Sube

Subió el amante de Zaard, y vió con una alegría inmensa á la jóven.

—Y ahora que h cemos?

—Esperate aquí.

Y el poeta agarrándose fuertemente á una de las ramas que se aproximaban á la ventana se deslizó por ella.

La rama crugia bajo el peso del jóven, pero este no hacia caso.

La rama no llegaba hasta la ventana.

Faltaba aun cerca de dos varas.

El poeta se decidió por llamar á la hebrea.

Cortó un trozó de la rama, y lo arrojó á la ventana.

Al sentir el ruido alzó la judía la cabeza.

—Sara!... dijo entonces Alberto.

Aunque el acento con que su amante la llamó fuera casi imperceptible, el corazon de Sara palpitó con una violencia estremada.

Se levantó de su asiento y trémula sin dar casi crédito á aquella voz querida, se acercó á la ventana.

—Soy yo, Sara, repitió el poeta.

—Alberto mio!...

Y tras de la alegría que la causaba la presencia de su amante, vino la zozobra, el miedo de que lo descubrieran, y añadió.

—Si te descubren que va á ser de tí?

—Que me importa lo que me suceda, si consigo salvarte.

—Salvarme!... ¿y de que modo?

—Ahora lo veremos; agarra y asegura una escala que voy á echarte.

Y dicho esto volvió Alberto á el sitio donde habia quedado Zelim.

Tomó la escala que este habia llevado, y subió hasta la copa del árbol, que estaba algunas varas mas alta que la ventana.

Allí, aseguró fuertemente la escala, y la arrojó á Sara.



Excmo. Sr. D. Juan Zabala.

Fué tambien dirigida, que la jóven pudo cogerla y momentos despues, dijo.

—Ya está.

—Quédate aquí Zelim, dijo Alberto á su hermano.

Y ligero se dejó correr por la escala, y penetró en el cuarto de la sobrina de Isaac.

II.

Aun no habia puesto casi los pies en ál, cuando ya la hebrea habia caido delirante, en sus brazos.

Del fondo de su alma se exhaló un grito débil, inarticulado, y dulcísimo en el que espresaba su infinito amor.

El poeta tampoco podia hablar.

Ante la pasion fuerte, é inmensa de la hebrea sentia que su corazon se agitaba con una rapidez estraña.

Alberto lejos de ella, comprendia que no la amaba.

A su lado, el cariño de ella, parecia que le prestaba algo de su vigor, y de su savia fecundizante.

Sara sí, Sara le adoraba con toda la vehemencia de su alma.

Para ella no habia otra cosa mas que Alberto y no soñaba con otra felicidad que con la de verle.

Asi es que al contemplarle, su alma entera se habia estremecido de placer.

No se cansaba de mirarle, y hubiera querido tener cien ojos para fijarlos todos en él.

—Bendito seas, Alberto mio; exclamaba con una voz que a misma felicidad entorpecia, quien me hubiera dicho que tanta ventura me estaba reservada? Oh! dejame que te mire otra vez, he estado tanto tiempo sin vertel...

—Y yo, crees tú que no he sufrido lejos de tí? miraba deslizarse mis dias con la misma tristeza con que el mendigo que tirita de frio, ve alejarse el último rayo de sol que le prestaba calor, no estabas tú, no estaba la flor que embalsamaba los

dias de mi existencia, y languidecia lejos de la dulcísima irradiacion de tus pupilas

—Sigue hablando Alberto, sigue, porque ahora encuentro una magia, una armonía nueva en tu acento

—Mira, Sara, no es prudente que nos detengamos mucho en este sitio.

—Tienes razon, despues de haberte visto, seria horrible para mí volverte á perder.

—Dime, sabes hácia que parte está Záard encerrada?

—Ignoro el sitio en que me encuentro, cuando salga de aquí, desde los jardines podré indicarte su mansion; cuando yo penetré en el harem, tuve mucho cuidado de reparar todos los detalles.

—Entonces, vamos en seguida, que mi pobre Zelim estará impaciente.

—Ha venido tambien?

—Como habia de faltar él, tratándose de ti y de su amada?

Asomóse el poeta á la ventana y llamó á Zelim.

—Suelta la escala, déjala caer, y bájate en seguida.

El amante de la mora hizo cuanto su hermano le dijo.

Momentos despues la escala pendia del alfeizar de la ventana, y el poeta dijo á su amada

—Te atreves á bajar por ahí?

—Ahora lo verás.

Y con una ligereza inesperada en una mujer, se lanzó sobre la ventana, y agarrándose fuertemente á la escala, empezó á descender.

Así que llegó al suelo, apretó con efusion la mano que Zelim la tendió, y dijo á Alberto que habia seguido con inquietud su descension.

—Baja, Alberto, que ya estoy en tierra.

El poeta aflojó la escala, y la puso de modo que una sacudida la hiciese saltar.

En seguida, á su vez se dejó deslizar por ella.

Todos tres ya en el suelo, miraron hácia las paredes del edificio.

XXI.

La habitacion donde habia estado Sara, formaba un pabellon aislado.

A entrambos lados de él se estendian dos manzanas inmensas de habitaciones que no tenian mas que un piso.

Sara miró á las dos, y dijo á sus salvadores.

—Recorramos estas dos lineas de aposentos, y yo encontraré las señas del cuarto que ocupa Záard.

Efectivamente en la de la izquierda al final ya, se veia una especie de torreon que comunicaba con los otros aposentos, por medio de una galería cubierta de celosías bastante espesas.

Desde el jardin, formando ondas, subian los perfumados jazmineros á festonar las ogivas del torreon.

A traves de los calados de la ventana se veia una luz.

Una puerta formando un arco estremadamente gracioso, comunicaba con el jardin por medio de una gradería de mármol.

Allí fué donde se detuvo Sara.

—Es aquí dónde está Záard? preguntó Zelim palpitante de emocion.

—Sí este es el encantador encierro que el Xeriffe la ha dado.

—Y por dónde vamos á penetrar en él?

—¿Que un amante pregunte eso? dijo Alberto mirando á su hermano, vamos, está visto, que los enamorados pierden casi siempre la razon.

Y con ademan resuelto se dirigió hácia la puerta.

Sus robustos hombros se apoyaron con fuerza contra ella. pero no cedió ante semejante empuje.

La reconoció con mas detencion y vió que tenia una cerradura, cuyo pasador sin duda estaba echado.

Entonces sacó su puñal, é introduciendolo con maña, vió si podia hacerla saltar.

Pero tampoco adelantó nada.

El poeta no sabia que hacer.

Llamó á su hermano, y le hizo que uniera sus esfuerzos á los de él, para ver si podian hacer que la puerta cediera.

La primera vez crugió muy ligeramente.

Era necesario emplear la fuerza al mismo tiempo que la prudencia.

El ruido mas pequeño podia descubrirlos.

Asi fué que tardaron mucho tiempo en conseguir que la puerta cediera por completo.

Por fin giraron las dos ojas, y un grito contenido, de triunfo se exhaló de aquellas tres bocas.

Inmediatamente penetraron en una especie de zaguan en cuyo fondo se encontraron con otra escalera que tendria unos seis ú ocho peldaños.

Los dos hermanos la subieron, y Sara se quedó observando si alguien podia sorprenderlos.

Al final de la escalera habia un corredor.

El fondo de este, lo llenaba una puerta, por bajo de la cual se divisaban los resplandores de una luz.

Hácia aquella puerta se dirigieron.

Buscaron en ella algun pestillo, y efectivamente un cerrojo la cerraba por fuera.

El corazon de Zelim palpitaba con violencia al descorrerlo.

La puerta se abrió, y el amante de Zaard, penetró en la estancia que ya conocen nuestros lectores.

Zaard dormia, y tal vez soñaria con su amante, porque una sonrisa dulcísima, vagaba por sus labios frescos y sonrosados.

Al ruido casi imperceptible de la puerta despertó sobresaltada.

Creyó que su señor, iba á usar de los derechos que sobre ella tenia.

Pero en vez de este, se encontró con la fisonomia querida de su amante.

Tendió hácia él los brazos, y quedó sin movimiento por decirlo así.

Su garganta quiso articular algunos sonidos, pero fué imposible.

Sus megillas empalidecieron estraordinariamente.

Sus labios se agitaban, y ninguna palabra podian pronunciar.

Lo mismo le sucedia á Zelim.

Su corazon palpitaba con rapidez.

Queria hablar, y no podia.

Sus pies no acertaban á moverse del sitio en que se habian fijado.

Unicamente los ojos de los dos amantes, hablaban en un lenguaje harto elocuente.

En esas grandes situaciones de la vida, todas las palabras son pálidas y frias.

Ninguna de ellas basta á espresar el torrente de sensaciones que brota de las fibras del alma.

Para esos momentos supremos, es para los que Dios ha dado los ojos.

Esas miradas que se buscan, que se funden una en otra, que se hablan, que se acarician y que se unen en un beso dulce infinito y prolongado, son las únicas que bastan á espresar lo que en tales instantes se siente.

IV.

Pero aquella situacion no podia prolongarse mucho.

Ya se habian detenido algunas horas en el jardin, y no era prudente abusar mas de la fortuna.

Alberto vino á interrumpir el éstasis de los dos amantes.

—Vamos, Zelim, le dijo, vamos, dejaos ahora de miradas, y tratemos de salir de aquí.

—Tienes razon, le dijo Zelim, y acercándose á Zaard, continuó, vida de mi vida, marchemos cuanto antes de aquí, á

otro sitio donde mi alma pueda desbordarse mas líbremente.
Zaard, no podia contestarle.

El esceso de su misma felicidad, la habia dejado sin voz.

Se contentó pues, con dirigirle otra mirada mas dulde si cabe, que las anteriores, y con paso vacilante tomó la direccion de la puerta.

Ya en el jardin se encontró con otra nueva sorpresa.

Sara se arrojó en sus brazos.

Ambas se confundieron en aquel nudo de alegría y ventura.

La hebrea fué la primera que lo deshizo.

—Vamos, ya que estamos reunidos todos, salgamos de este recinto que nos ahoga.

Y dichas estas palabras, los cuatro amantes felices se dirigieron hácia las tapias por donde habian subido los dos hermanos.

Pero en aquel mismo instante un rumor que los llenó de espanto, se escuchó á sus espaldas.

Volvieron la cabeza, y vieron una multitud de luces que á traves de los árboles, se iban acercando hácia ellos.

Al mismo tiempo voces confusas, gritos y juramentos, se escuchaban cada vez mas distintamente.

No tenia duda, se habia advertido la evasion de las dos mujeres, y se las andaba buscando.

Nuestros fugitivos no supieron que hacer, y como clavados sobre la arena del suelo, esperaban aquel peligro que se acercaba rápidamente sin hacer nada para evadirse de él.

V.

Digamos ahora cuatro palabras sobre el invisible á quien dejamos tambien en una situacion bastante crítica.

Conducido por el alcaid, fuera de la habitacion de Sara, atravesó los jardines, y fué encerrado en una de las mazmor-

ras que habia en la otra parte del palacio.

Nada mas triste que aquel sombrío aposento.

Figuraos un cuadrilátero avobedado, húmedo y oscuro.

Añadidle un monton de paja medio podrida, y una ventana al nivel del suelo, cuyos barrotes cruzados cien veces, ni dejaban casi penetrar la luz, ni el aire, en aquella mefítica mansion.

Un cántaro con agua habia tambien en un estremo del calabozo.

Tal era la estancia que tenia en el palacio imperial de Mequinez, el rey de la montaña, el dueño del palacio subterráneo del Riff.

Las primeras horas las empleó Ibraim en averiguar los medios con que podria contar para evadirse.

Pero no habia fuga pesible.

Como no estuviera ayudado por alguien de la parte de afuera, no podia escaparse.

Sin embargo, este medio se le presentó bastante pronto.

Al dia siguiente de haber sido preso, entró el carcelero, y despues de darle el alimento escaso y malo con que Su Magestad Xeriffiana obsequiaba á sus prisioneros, le dijo en voz baja:

—No tengas cuidado, señor, que yo velo por tí.

—Tú! dijo el invisible sorprendido.

—Si, yo, tengo una obligacion de salvarte la vida, y lo haré.

—No te comprendo.

—Pertenezco á los hermanos del El-Kassar-Faranan.

—Entonces ya es otra cosa, contestó el invisible con satisfaccion, y de qué medios vas á valerte para sacarme de aquí?

—Todavía no los sé, pero si te aseguro que mañana estarás libre.

Y dicho esto, se marchó el carcelero, dejando al invisible sumamente satisfecho de la casualidad que le habia dado por guarda uno de sus compañeros de conspiracion.

Entre las cosas á que se obligaban todos los conspiradores

de El-Kassar-Faranan, era á salvar con peligro de su vida á cualquiera de sus compañeros que necesitase de su ausilio.

Por esta razon el carcelero iba no solamente á salvar á su compañero, sino á su gefe, al presidente, á la cabeza de la asociacion.

Sabida es la clase de procedimientos judiciales que emplean los marroquíes.

Hecha la delacion, y cogido el reo, sin pararse á saber si es cierto ó no que sea criminal, se llama al verdugo, y corta la cabeza, ó empala al desgraciado que las mas de las veces es inocente.

Con el invisible no se llevó esto con tanta rapidez.

El emperador se contentó con encerrarlo, y hecho esto no se ocupó mas del asunto.

Otros negocios de mas interés le preocupaban.

Tenia noticia de que los españoles se iban á poner en marcha para Tánger, y temia con harto fundamento que conforme se habian apoderado de Tetuan, lo hicieran de aquel otro punto.

El invisible esperó con impaciencia que pasase aquel dia, y al siguiente el mismo carcelero, le dijo.

—Esta noche saldrás de aquí.

Es menester haber pasado por la situacion de Ibrahim para comprender el estado de su corazon en las horas que transcurrieron hasta que llegó la noche.

Por fin llegó esta, y el carcelero cumplió su palabra.

Presentóse en la prision, y le dijo:

—Ya puedes salir, señor, todo el camino está franco.

El invisible no se hizo repetir semejantes palabras.

Siguió á su libertador, y momentos despues estaba en el jardin.

—Y cómo voy á saltar esas tapias? preguntó Ibraim al carcelero, al ver que se dirigian hácia una de las paredes.

—Ya he dejado puesta una escala, que nos servirá para subir, y que tenderemos por el lado opuesto para poder bajar.

—Pues qué tambien vienes tú?

—Y qué quieres que haga yo aquí? si me quedo corre peligro mi vida, y prefiero salvarla huyendo contigo.

—Está bien, yo recompensaré sobradamente lo que has hecho.

En este tiempo ya habian llegado junto á la tapia.

El carcelero se adelantó, y reconoció la pared.

De pronto una esclamacion de sorpresa se escapó de sus labios.

La escala habia desaparecido.

—Qué es eso? preguntó el invisible al notar la consternacion de su salvador.

—Que no encuentro la escala que dejé puesta.

—Y qué vamos á hacer ahora?

—Espera señor, dijo el carcelero dándose una palmada en la frente, los jardineros tienen escaleras para subir á los árboles, y la casa en que dejan sus útiles está cerca de aquí, quiera Alláh, que encuentre lo que busco; espérate aquí que vuelvo en seguida.

En aquel instante las luces y los gritos que habian sorprendido á Sara y sus compañeros se percibieron distintamente.

—Nos han descubierto! dijo el carcelero aterrado.

—Razon de mas para que despachemos en seguida, contestó el invisible, que á la aproximacion de un peligro cierto y real, habia recobrado su sangre fria, y su valor habitual.

—Pero....

—Anda á buscar esa escalera.

Dominado el musulman por aquel acento imperioso, se alejó algunos pasos.

La especie de casilla ó cobertizo donde guardaban los jardineros sus herramientas, no estaba muy distante.

El moro encontró en ella lo que buscaba.

Agarró el medio de salvacion que le quedaba, y volvió corriendo al lado de Ibraim.

—Loado sea el Señor altísimo y único, dijo al arrimarla contra la pared.

El invisible se lanzó á ella en seguida.

Tras él subia el carcelero.

En aquel instante los soldados y los guardas del harem que recorrian los jardines, estaban ya tan cerca, que vieron perfectamente á los dos hombres que estaban escalando la tapia.

Cinco ó seis detonaciones retumbaron por el espacio.

El carcelero exhaló un grito y cayó al suelo con el corazon atravesado de una bala.

El invisible comprendió que aquella no era ocasion de prestar ausilios á su compañero.

Asi que cabalgando sobre el pretil de la tapia, alzó con sus robustas manos la escalera y la puso en el otro lado.

Pero los soldados habian visto otro bulto sobre la tapia.

Nuevas balas partieron, y al volver Ibraim la pierna para bajar, se sintió un dolor agudo en ella.

Estaba herido.

Sin embargo, hizo un esfuerzo supremo, y empezó á descender trabajosamente.

A cada peldaño que bajaba parecia que le faltaban las fuerzas.

A muy pocos pasos de él, protegidas por la oscuridad, estaban contemplando su descension algunas personas.

Acababan de separarse de la tapia cuando Ibraim apareció sobre el borde, y le veian sin que él pudiera verlos.

Este, entretanto se detenia en cada escalon porque la sangre corria en abundaucia de su herida.

Los dolores que sufria eran atroces, y únicamente su voluntad de hierro le sostenia.

Pero la parte física pudo mas que la moral, y despues de vacilar algunos momentos, cayó desde la tercera parte de la escalera.

El golpe acabó de trastornar todo su ser, y quedó tendido sin movimiento.

Entonces uno de los del grupo que habia observado su caida, dijo:

—Indudablemente, alguno de los tiros que se han escuchado, habrá herido á ese infeliz.

—Bien, pues dejémosle y huyamos cuanto antes.

—Eso seria un crímen, repuso el que habia hablado primero, ven y lo recogeremos, si aun se le puede prestar ausilio.

Destacáronsè de la pared dos musulmanes, y se acercaron al invisible.

El uno de ellos, le puso la mano en el pecho, y notó que aunque débilmente palpitaba su corazon.

—Aun vive; dijo, y empezó á buscar la herida.

La encontró, y arrancándose un pedazo de su alquicel, rodeó como pudo la pierna del herido, y dirigiéndose á su compañero, le dijo·

—Ea, agárrale tú por los hombros, y yo de las piernas, y vamos con él á la casa del amigo de Abdel.

Efectivamente, asi lo hicieron, y momentos despues la pequeña comitiva se perdia por las revueltas y tortuosas calles de Mequinez.

VI.

El invisible amenazó á Sara con la prision de su familia.

Veamos si habia cumplido su amenaza.

Ester y Zaida veian deslizarse sus dias con una tristeza infinita.

La primera sabia que Cárlos tenia que partir hácia el interior del imperio.

Y tenia ademas el presentimiento vago de una desgracia desconocida.

Zaida habia visto marcharse á Alberto.

Es decir, al hombre que la habia arrebatado su calma.

El poeta se marchaba en busca de otra mujer, y estos celos destrozaban el corazon de la pobre niña.

No verle mas, no saber de él, no poder compartir sus pe-

ligros y sus penalidades, era otra de las causas de su dolor.

Y las dos mujeres que sufrian, aumentaban la tristeza del buen Isaac.

Llegó el dia 23 y con él la partida de Cárlos.

Este momento previsto ya por Ester, fué sin embargo terriblemente desgarrador.

Zaida no pudo hacer nada para mitigar el dolor de su prima.

Ester quiso acompañar á su amante, aunque de lejos.

Preveia que en el Fondak habria alguna accion, y deseaba estar cerca de su Cárlos.

Este nada sabia.

Ni aun quiso despedirse de ella.

Zaida y el anciano judío trataron de disuadirla de semejante idea, pero fué imposible.

Se habian empeñado en ir, y antes que dejarla sola, resolvieron en acompañarla.

Así sucedió.

Al ponerse en marcha el egército, Isaac y los dos jóvenes se dirigieron hácia el Fondak.

Pero no iban solos.

Ya hacia algunos dias que un moro de sospechosa catadura, rondaba la habitaciou del judío.

Aquel espía era revelado por otros, y entre ellos se cruzaban ciertas palabras, referentes sin duda al hebreo, toda vez que al hablar, sus miradas se dirigian frecuentemente hácia la casa.

Llegó el dia en que se marcharon, y su vigilante corrió tambien tras ellos.

Salieron de la plaza, y entonces este, al pasar por una huerta de las que esmaltan la campiña de Tetuan, arrojó un silvido, á cuya vibracion se asomó á la puerta otro musulman.

Tambien se cruzaron algunas palabras, y montando el primero en un caballo, que sacó el segundo, siguió tras la huella de los hebreos.

Al poco tiempo salieron de la casa ocho ó diez moros mas,

y se dirigieron atravesando llanos y matorrales hácia los montes de Samsa.

El egército se iba perdiendo por el camino tortuoso de Tanger.

Ester y su familia, cabalgando las dos mugeres sobre un camello, y el judío sobre una mula, le seguian á bastante distancia, y aunque iban en la misma direccion, habian tomado otros senderos tal vez conocidos solo de los naturales del pais.

De pronto empezaron á oirse algunos disparos de fusilería.

Las tropas hicieron alto.

Las tres personas que seguian á Cárlos se detuvieron tambien.

Lo mismo hizo su espía.

El terreno era en estremo escabroso

Peña sobre peña, y entre ellas una senda sumamente estrecha y difícil, era lo que se divisaba del sitio en que se hallaban nuestros viageros.

De pronto se oyeron á lo lejos los sonidos marciales de los clarines, y los disparos fueron mas frecuentes.

Ester empalideció estraordinariamente.

La direccion en que se escuchaba el fuego, era hácia la vanguardia, y la pobre niña sabia que su amante iba en ella.

—Ay tio!... esclamó ¿qué será de Cárlos?

—No te aflijas Ester, que conforme ha salido bien en otras acciones, saldrá en esta.

Zaida no dijo una palabra.

Su pensamiento estaba muy lejos de allí.

Pensaba en Alberto.

En Alberto que se habia ido en pos de otra mujer.

Y Zaida no podia aborrecerla.

Era su parienta, era la persona á quien siempre la habian obligado á respetar, y á quien siempre habia amado.

Y de ahi la razon por la cual la prima de Ester padecia sola, y su padecimiento jamas podia tener remedio mas que á costa de la felicidad de Sara.

. . . .

Ya hemos dicho que el lugar en que se encontraba la familia de Isaac, era estremadamente solitario y sombrío.

Todos tres cada uno preocupado con sus pensamientos, no se habian apercibido de unos cuantos moros, que escondiéndose tras las peñas, se iban acercando hácia ellos.

El rumor de la batalla se escuchaba cada vez mas fuerte.

Habian transcurrido algunas horas, y casi todo el egército habia ya entrado en accion.

Sara se volvió hácia su tio, y le dijo:

—Tio, no seria conveniente que nos acercásemos hácia el campo de batalla? De ese modo estaríamos mas al cuidado de Cárlos.

Isaac la contestó.

—Como quieras, hija mia, vamos allá, si eso te complace.

Y efectivamente sus cabalgaduras tomaron la direccion en que se oia el fuego.

Pero no pudieron dar muchos pasos.

De entre las breñas salieron los moros que vimos dirigirse desde la casa de la vega de Tetuan, á la montaña, y uno de ellos dijo al judío:

—No temas anciano, no tratamos de hacerte mal, ni á tí ni á tus hijas, únicamente queremos que nos sigas.

—A dónde? preguntó el hebreo,. disimulando mal su turbacion.

—Eso es lo que nosotros no podemos decirte.

—Entonces, no quiero seguiros.

—Nos obligarás á que empleemos la fuerza, y eso nos seria muy sensible.

—Bien, haced lo que querais.

Y el anciano sacó las pistolas, y las apuntó al pecho del que le habia hablado.

En cuanto á las dos jóvenes se habian quedado mudas de terror.

Y no porque en las caras de los musulmanes hubiera signos característicos que lo pudieran inspirar.

No eran aquellos semblantes los de los bandidos, ni los de los feroces habitantes de las montañas del Riff.

Habia mucho de honrado y bueno en ellos, aunque si se leia la decision y el valor á toda prueba.

Especialmente el que habia hablado con Isaac, tenia uno de esos rostros que inspiran confianza.

Al ver la actitud resuelta del hebreo, le dijo:

—Mira, anciano, tu resistencia será inútil; podrás matar uno ó dos de nosotros, y puedes tener la seguridad de que nadie te tocará á tí ni á tu familia, es decir que nos asesinarás sin defensa; tus principios de honradez y bondad creo que no te permitan obrar de semejante manera. Nosotros obramos en virtud de órdenes superiores, y desde luego puedo asegurarte que no os acontecerá ningun mal por seguirnos.

—Y qué va á ser de Cárlos? gritó Ester que en aquel instante no habia pensado mas que en su amado.

—No te aflijas por él, niña, respondió el musulman, ya tiene á su lado quien podrá velar por él mucho mejor que tú.

—Qué quieres decir? preguntó el judío estupefacto.

—Ahora lo verás.

Y acercando el musulman á sus labios un silbato de plata, lanzó un sonido tan agudo que debió de oirse á una distancia inmensa.

Al poco tiempo se oyó otro silbato, y algunos instantes despues, se vió allá á lo lejos un hombre que se dirigia saltando breñas hácia donde estaban nuestros personages.

Conforme se iba acercando se distinguian mas perfectamente su formas y su trage.

Era un hombre jóven ann, y vestia de cantinero como otros muchos de los que acompañaban al egército.

Asi que llegó le preguntó el moro.

—Cómo va la accion?

—Bien y mal; los españoles ganan, pero les cuesta mucho.

—Y el oficial?

—Batiéndose como un leon. Ahora acaba de hacerlo comandante el general en gefe.

—Ya lo oyes, niña, dijo el interrogante á Ester, tu amante sigue bien, y ha ascendido en el campo de batalla.

—Pero?... murmuró la judía, como queriendo preguntar algo que no se atrevia á decir.

—Ya me figuro lo que vas á preguntarme, la dijo el musulman, y quiero tranquilitarte por completo; yo sabia que amabas á Cárlos, y como el obgeto del que nos ha mandado no es el de causaros disgusto alguno, sin faltar á mi deber, creí que podia poner dos personas de mi confianza junto á tu amante, para que arriesgando su vida, tratáran de salvar esa otra que tan preciosa te és.

Ya hemos dicho antes que el musulman tenia una de esas fisonomías simpáticas en alto grado.

Si alguno de nuestros lectores le hubiese visto, habria conocido en seguida á Pedro, el antiguo criado del banquero Céspedes.

Asi se comprenderá perfectamente el porque el judío le tendió la mano, y le dijo con efusion:

—Gracias, amigo mio; hay un no se qué en tu acento que me obliga á creerte, y que me hace entregarme completamente á tí.

—Es lo mejor que puedes hacer, le contestó el moro.

—Y yo á mi vez, prosiguió Ester, no se como pagarte lo que por mí has hecho.

—De una manera muy sencilla, depositando en mí tu confianza.

—Ya la tienes.

—Entonces podemos marchar cuando querais.

—Estamos á tu disposicion; le contestó Isaac, ¿y vamos á ir muy lejos?

—Bastante, pero sin embargo, despues de mañana llegaremos á nuestro destino, contestó el moro, y volviéndose al cantinero, le dijo: tu ya sabes donde vamos esta noche, allí te espero para que nos digas el resultado de la batalla.

—Está bien.

—Con que ya te puedes marchar, y no le perdais de vista.

El cantinero partió.

Atravesó las peñas, cruzó aquellos senderos casi impracticables, y pronto desapareció.

En cuanto á nuestros viageros, se acomodaron otra vez las dos mugeres y el anciano, y escoltados por los muslimes, tomaron el camino que ante ellos se estendia.

Al cabo de dos horas de marcha bastante penosa, salieron de aquellas escarpadas y pedregosas sendas, y atravesando el Buceja por un puente groseramente fabricado, se perdieron en un bosque que habia á poca distancia del rio.

El ruido de la accion se iba cada vez haciéndose menos perceptible.

Señal evidente de que nuestra carabana se alejaba del teatro del combate.

Pedro se acercó á Isaac, y le dijo:

—Si te parece, haremos alto para que descansen las mugeres, que irán muy fatigadas, el dia está caluroso, y desearán refrescar y tomar algo..

—Como tú quieras, le contestó el anciano.

Se nos habia olvidado decir, que á la entrada del bosque habia dos tiendas, y en ellas cinco moros guardando diez caballos y dos camellos con provisiones.

Montaron sobre los corceles los que iban custodiando á los judíos, subieron los otros sobre los camellos, y alzando las tiendas continuaron su marcha.

Como habia dicho Pedro, en medio del bosque, junto á un arroyo que serpenteaba por aquel suelo sembrado de malezas, volvieran á plantar las tiendas.

Al abrigo de ellas, el judio, sus sobrinas y Pedro, tomaron algun refrigerio, y al cabo de una hora, continuaron su marcha.

VII.

Bastante entrada la noche, nuestros viageros penetraron en la especie de posada en que vimos llamar en otra ocasion a Jafar cuando llevaba á Zobeiba.

La mayor parte de los kannes ó paradores musulmanes, no pueden ofrecer á los caminantes que se alvergan en ellos, mas que las mal preparadas habitaciones, y agua fresca de las cisternas que en ellos tienen.

Por esta razon, los moros, cuando van de viage, llevan todo lo necesario para su manutencion.

Pedro conociendo perfectamente aquello, habia hecho una completa provision.

Ya habian nuestros viageros restaurado sus fuerzas, y descansado algun tiempo cuando un golpe sonó en la puerta de la posada.

Pedro se presentó inmediatamente en ella.

El cantinero que por la mañana habia hablado con él, estaba allí, y su trage habia sufrido una transformacion completa.

El blanco alquicel de los musulmanes flotaba sobre sus espaldas.

—¿Qué hay? le preguntó Pedro.

—Que ha caido prisionero.

—Y vosotros que habeis hecho entonces?

—Nada.

—Fuego y trueno! gritó Pedro pálido de cólera, como no habeis muerto antes que consentir semejante cosa.

—Porque nuestra muerte hubiera sido completamente inútil.

—Esplícate.

—La tribu de Mazuza lo ha cogido con otro oficial, dentro de dos horas, pasarán por aquí con direccion á sus montañas.

—Y bien, que tenemos con eso?

—Que mañana antes que entren en sus aduares, ciento de

nosotros caeremos sobre ellos y rescataremos á los presos.

—Mañana será tarde.

—No; no piensan matarlos ahora, quieren dilatar mas su agonía.

—Y de qué medio piensas valerte para reunir á los nuestros? preguntó Pedro con impaciencia.

—Ya ha ido Ben-Aisa-Alí hácia nuestro alcazar, á prevenir á la gente.

—Bien, quedo complacido, y el señor lo estará igualmente.

Y tras estas palabras, el antiguo criado de Céspedes, penetró en el Kán, seguido del recien llegado.

Ester preguntó como era natural por su amante.

Pedro la aseguró que habia salido perfectamente, y que habia acampado con el egército en el valle de Vad-Rás.

Al poco tiempo, la comitiva se ponia otra vez en marcha.

Al mismo tiempo que ellos salian del parador, se escuchó á lo lejos el rumor que produce la marcha de un número crecido de personas.

Eran los moros de la Kabila de Mazuza que llevaban prisioneros á Antonio y á Cárlos.

CAPITULO XLVII.

Consternacion en Mequinez.—Preliminares de paz.

I.



L resultado de la batalla de Gualdras, al estenderse por toda la Europa, aumentó la reputacion inmensa que nuestro egército habia adquirido en los meses que llevaba de campaña.

Las cien lenguas de la fama, estendieron por doquiera aquella victoria, y la España estremecida de placer, alzó con orgullo su frente.

Sus hijos, eran los primeros soldados del mundo.

¿Y qué madre no se enorgullece con semejantes hijos?

Siempre vencedores, sufridos siempre, y dispuestos á ha-

cer todo género de sacrificios, eran dignos, muy dignos de aquel cariño que la madre patria les profesaba.

Ya hemos dicho que la nueva de este triunfo se habia esparcido por toda la Europa.

Y al llegar á todas las naciones, necesariamente la que debia saberlo primero, era aquella á la que mas directamente afectaba semejante herida.

Marruecos estaba consternado.

Mequinez, capital y residencia del emperador de los buenos creyentes, estaba sumido en una tristeza inmensa.

Habia concentrado todas sus esperanzas en aquel terreno inaccesible, todas las provincias habian llevado su contingente á la guerra, y 50,000 hombres defendian aquel paso formidable.

Kabilas de un valor salvage y feroz habian plantado sus tiendas en las elevadas cimas de aquellas montañas.

Y todos resueltos, todos valientes y mandados por los mas afamados generales del imperio, se hallaban decididos á derrotar completamente á los cristianos.

Todo el imperio al hacer aquel esfuerzo habia confiado en sus resultas.

Pero habia sucedido al reves de todos los cálculos.

En vez de derrotar, habian sido derrotados.

En vez de hacer huir á los cristianos hasta Tetuan, ellos habian tenido que hacerlo hasta el Fondak.

Y aquellos cincuenta mil hombres, que representaban lo mas aguerrido, y lo mejor de las tropas regulares del Mogreb, aquellas tribus de un valor probado en cien ocasiones, habian tenido que huir en completo desórden ante el irresistible empuje de veinte y dos mil soldados que no entraron todos en fuego, y que ademas tenian el inconveniente del peso tan enorme que llevaban.

Por esta razon, semejante derrota, habia causado una sensacion tan profunda en Marruecos.

Por esta razon, Mequinez que de suyo no era muy alegre y bullicioso, se encontraba mas triste, mas apenado, mas sombrío.

Y este desaliento, esta melancolía, nacia del Al-Kassar.

Sidy-Mohamed estaba profundamente afectado.

Todas las ilusiones de su vida, todos sus ensueños, todas sus quimeras, se habian desvanecido como el humo.

Habia amado, y su amor no habia tenido correspondencia.

Dos mujeres habian hecho palpitar su corazon, y aquellas dos mujeres, cuando mas seguras creia tenerlas, se le habian escapado.

Ambicionó el mando supremo, y solo desengaños, reveses y disgustos sufrió desde su ascension al trono.

Emperador proclamado en circunstancias bastante críticas, necesitaba un tino especial, un talento á prueba para salvar la nacion del precipicio á que la imprevision de su padre la habia traido.

Y ninguna de estas dotes tenia el Xeriffe marroquí.

Cometió desacierto sobre desacierto, y lo comprendió cuando ya era tarde.

Al participarle su hermano la derrota de Gualdrás, le notificaba igualmente que al dia inmediato tendria una entrevista con el general O'Donnell para tratar sobre la paz.

Esta noticia representaba para Sidy-Mohamed algunos millones de menos, y algunas otras cosas, y aunque le era sensible, no podia menos de aceptar aquellas condiciones.

Estas eran las causas de la consternacion del imperio en general, y de Mequinez en particular.

El emperador estaba triste y apenado, y sus servidores debian estarlo tambien.

II.

Todo lo contrario sucedia á los españoles.

Dignos descendientes de Pelayo, habian luchado contra fuerzas muy superiores y habian vencido.

Los valerosos astures de Covadonga, tenian en su ayuda lo fragoso e inaccesible de sus montañas.

Desde ellas podian atacar sin temor de ser ofendidos.

Los heróicos hijos de la España del siglo XIX, tenian que luchar á pecho descubierto.

Tenian que atacar unas posiciones formidables, y desde las que el enemigo ofendia mas certeramente que era ofendido.

Y sin embargo, no quedó monte, valle ni loma que no fuera conquistado.

Es verdad que costó sangre, mucha sangre, y muy rica porque representaba unos cuantos cientos de hombres robados á sus familias, á su patria y á sus hermanos, pero ya hemos dicho en otro lugar que las guerras necesitan víctimas, y la suerte ó el destino se encarga de proporcionárselas.

Nuestros soldados habian vencido una vez mas, y su placer no reconocia límites.

La España, al reves de Marruecos, estaba gozosa y satisfecha.

Los soldados comprendian que por donde quiera que marchasen, su huella habia de marcar el triunfo, y ansiaban seguir adelante.

Los generales no podian espresar la satisfaccion que esperimentaban de mandar á tan bizarras tropas.

Y estas adoraban con un cariño estremado á aquellos gefes que siempre las habian conducido á la victoria, jamas á la derrota.

El general en gefe habia con la batalla de Gualdrás, dado otra muestra de su gran genio militar.

Abrazando la inmensa estension de la línea de combate, su mirada de águila todo lo veia, lo admiraba todo, y á todas partes acudia.

III.

La derrota del dia 23, hizo que los moros pensasen nuevamente en la paz.

Muley-el-Abbás que hubiera deseado el ajuste de aquella

sin la batalla anterior, tuvo algunas conferencias con sus oficiales, y el resultado de ellas fué que al dia siguiente, sus emisarios se presentaron en el campamento español.

Eran portadores de una carta del hermano del emperador, en la que manifestaba sus deseos de que se ajustase una paz sólida y duradera, cuyas condiciones fueran ventajosas para ambos paises.

Para tratar de esto, pedia Muley-el-Abbás una nueva conferencia, como y cuando mejor le pareciese al duque de Tetuan.

El general en gefe español estaba ya harto desengañado de lo que los moros habian hecho siempre tomando el pretesto de la paz.

Habia visto que con semejantes treguas lo que hacian era ganar tiempo y prepararse para una nueva accion.

Por manera que contestó que no tenia inconveniente en acceder á la entrevista siempre que esta tuviera lugar al dia siguiente poco despues del toque de diana.

Esto lo hizo con obgeto de que aquella cita no estorbase el movimiento que pensaba egecutar.

Queria dirigirse inmediatamente hácia el Fondak, y aprovechándose del pánico de los marroquíes, forzar aquellas posiciones, y entrar ya desembarazadamente en el camino de Tanger.

El egército que no tenia mas voluntad que la de su digno general, participaba tambien de este deseo.

Y no era porque ya no desease descansar de las fatigas de aquella campaña tan ruda como corta.

Pero veia que tenia un deber de continuar hácia adelante, y ante los deberes, siempre nuestros valientes han ahogado sus afecciones.

Mas adelante cuando mas detenidamente nos ocupemos de la paz, trataremos de apreciar, segun nuestro juicio, las razones de todas clases que ha habido para ajustarla.

El dia 25 por la mañana batió sus tiendas el egército, y se dispuso á marchar.

En aquel instante los comisionados del hermano del Xerife volvieron á presentarse entre nuestros soldados.

Conducidos á la presencia del Conde-Duque, le digeron que dentro de dos horas llegaria Muley-el-Abbás.

Entonces se alzó una tienda á alguna distancia de las avanzadas, y todas las tropas preparadas, esperaron la llegada del Kalifa.

Este no se hizo esperar mucho.

Antes del tiempo fijado, Muley-el-Abbás, seguido de una brillante escolta, se acercó á nuestro campo.

El general O'Donnell dejó á su cuartel general á alguna distancia, y acompañado solo de dos generales, penetró en la tienda.

Algun tiempo duró la conferencia, y cuando aquella concluyó, al despedirse los dos gefes, se advertia una satisfaccion inmensa en los rostros de ambos.

No se supo de cierto lo que en aquella tienda habia pasado, pero sí se comprendió que se habia verificado un cambio notable en las relaciones de ambos paises.

Los moros de rey, y los oficiales que habian llegado con el Kalifa, fraternizaron con nuestros oficiales.

Cuando aquellos se marcharon, el general en gefe dió la órden de volver á clavar las tiendas, y esperar en el mismo sitio en que se encontraban.

IV.

Aquel mismo dia el general D. Enrique O'Donnell se embarcó para Alicante, siendo portador del armisticio celebrado entre ambos generales, y de los preliminares de paz convenidos entre ambos.

Sin perjuicio de ocuparnos del tratado de paz mas detenidamente, insertamos á continuacion estos documentos, que no dudamos serán leidos con interés por nuestros lectores.

V.

El Excmo. Sr. General en jefe del ejército de Africa, dice al Excmo. Sr. Presidente interino del Consejo de ministros y ministro de Estado, con fecha 25 del mes actual desde el campamento de Gualdras lo siguiente:

«Excmo. Sr.: Los comisionados de Muley-el-Abbas se presentaron ayer de nuevo en mi campamento con una carta del Califa, en que me encarecia vivamente sus deseos de paz, y al efecto solicitaba que celebrásemos una conferencia en que pudiéramos ponernos de acuerdo y firmar los preliminares de la paz. Tenia yo dispuesto emprender un movimiento, cuyo resultado debia ser el forzar el paso del Fondak, y deseoso de no retardarlo le contesté que si admitia el supuesto de que mis condiciones eran las mismas que ya conocia, y me avisaba la hora de nuestra entrevista antes de las seis y media de la mañana siguiente, la tendria gustoso; pero que de no avisarme á dicha hora, emprenderia mi operacion.

Ya habia el egército batido tiendas y dispuesto á emprender la marcha, cuando á toda brida llegaron los comisionados á avisarme que Muley-el-Abbas asistiria á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. Hice disponer una tienda á 600 pasos de mis avanzadas para recibirlo, y cuando se aproximó salí á su encuentro, dejando mi cuartel general y escolta á 300 pasos y acompañado solo de los generales.

En la conferencia fueron succsivamente aceptadas todas las condiciones, con la sola modificacion de ser de 400 millones la indemnizacion en vez de ser de 500.

La insistencia con que pedia la paz, su elevada condicion de Califa, y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar á 400 millones la indemnizacion; no me pareció generoso para mi patria humillar mas á un enemigo, que si se reconoce vencido, dista mucho de ser despre-

ciable. Convenimos en celebrar una suspension de armas, á contar de este dia, y nos separamos despues de firmar ambos los preliminares y el armisticio, que remito á V. E. originales los primeros y en copia el segundo. Hoy emprenderé y llevaré á cabo el movimiento de entrar en mi línea divisoria.

Lo que pongo en noticia de V. E. para que llegue á la de S. M. Dios guarde á V. E. muchos años. Campamento de Gualdras 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell. »

VI.

BASES PRELIMINARES

para la celebracion de un tratado de paz que ha de poner término á la guerra hoy existente entre España y Marruecos, convenidas entre D. Leopoldo O'Donnel, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitan general en gefe del egército español en Africa, y *Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe.*

Don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitan general en gefe del egército español de Africa, y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la reina de las Españas y por S. M. el rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebracion del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos.

Artículo 1.º S. M. el rey de Marruecos cede á S. M, la reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y sobe-

ranía el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra-Bullones hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.º Del mismo modo, S. M. el rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la Pequeña el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.º S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan en 24 de Agosto próximo pasado de 1859.

Art. 4.º Como justa indemnizacion por los gastos de guerra, S. M. el rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la reina de las Españas, la suma de 20.000,000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.º La ciudad de Tetuan con todo el territorio que formaba el antiguo bajalato del mismo nombre quedará en poder de S. M. la reina de las Españas como garantía del cumplimiento de la obligacion consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.º Se celebrará un tratado de comercio en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion mas favorecida.

Art. 7.º Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que mas convenga para la proteccion de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8.º S. M. el rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles como la que existe en Tánger.

Art. 9.º S. M. la reina de las Españas nombrará desde

luego dos plenipotenciarios para que con otros dos que designe S. M. el rey de Marruecos estiendan las capitulaciones definitivas de paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuan, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo mas breve posible, que en ningun caso escederá de 30 dias, á contar desde el de la fecha.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbás.

VII.

Habiéndose convenido y firmado las bases preliminares para el tratado de paz entre España y Marruecos por D. Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, capitan general en gefe del egército español en Africa y Muley-el-Abbás, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, desde este dia cesará toda hostilidad entre los dos egércitos, siendo la línea divisoria de ambos el puente de Buceja.

Los infrascritos darán las órdenes mas terminantes á sus respectivos egércitos, castigando severamente á los contraventores. Muley-el-Abbás se compromete á impedir las hostilidades de las kabilas, y si en algun caso las verificasen á pesar suyo, autoriza al egército español á castigarlas, sin que por esto se entienda que se altera la paz.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbás

VIII.

Presentadas las anteriores condiciones de paz á S. M. la reina, no tuvo inconveniente en darlas su aprobacion.

Habia depositado perfectamente su confianza.

El duque de Tetuan habia dejado bien puesto el honor de la nacion que representaba.

Ya hemos dicho que nos ocuparemos mas detenidamente de este asunto, de tan alta trascendencia y de tanto interés para toda la nacion.

CAPÍTULO XLVIII.

Angeles y Zobeiba.—El invisible y Alberto.—Acontecimientos políticos en la península

I.



A hacia algunos dias que Angeles habitaba en el palacio subterráneo.

Cuando se embarcó en el *Azrrafael*, el invisible penetró en su cámara.

Comedido y obsequioso, la indicó los motivos que le habia impulsado para hacer aquello.

Al mismo tiempo la tranquilizó, respecto á su suerte, asegurándola que mientras estuviese en su poder seria una hermana á quien trataria con las debidas consideraciones.

Angeles lo creyó.

Lo único que la apenaba era el no saber nada de su amante.

Pero no habia mas remedio que sufrir.

No tenia con el invisible la suficiente confianza para decirle el estado de su corazon.

Llegó al alcázar de la montaña, y las maravillas que á su vista se ofrecieron la encantaban.

La dieron unas habitaciones magníficas, y criados y camareras para que la sirviesen.

El invisible habia desaparecido.

Pedro entró en su cuarto y se lo anunció.

Al mismo tiempo el buen criado trató de disipar la tristeza de la hija del banquero, pero todo fué en balde.

Por fin al cabo de dos dias de instancias, consiguió que se lo confesase todo.

Inmediatamente Pedro envió un criado al campamento para que adquiriese noticias de Antonio.

Cuando volvió, se tranquilizó la pobre niña algun tanto.

Antonio seguia perfectamente.

En esto Pedro tuvo que marchar á cumplir las órdenes que antes de partir le dió su amo.

Angeles quedó sola otra vez.

Sus camareras si bien la demostraban cariño, no la inspiraban la confianza que Pedro.

Por manera que su soledad cada vez la era mas insoportable.

II.

Como tenia la amplia libertad de andar por donde queria, sin salir por supuesto de la cueva, corria por todo el palacio.

Una tarde se encontró por casualidad con Zobeiba.

Ambas mujeres se sorprendieron

Quedaron paradas ambas, y no encontraron una palabra que decirse.

Como no se conocian, ni sabia ninguna de las dos la exis-

tencia de la otra en el subterráneo, de ahí el que tambien esta razon las hiciera quedar mas cortadas.

Y así pasaron algun tiempo.

Por fin Zobeiba fué la que rompió el silencio.

—¿Quién eres? preguntó á Angeles.

—Una pobre mujer á quien sus desgracias han traido á este sitio; contestó la hija del banquero.

—Eres desgraciada? dijo la mora con interés.

—Demasiado.

—No te ama tu amante acaso?

—Oh! sí, me ama, tengo la seguridad.

—Entonces, no te llames desgraciada.

—Y no puede haber otro motivo de disgusto mas que ese? preguntó Angeles.

—Ninguno; para una mujer su amante lo reasume todo

—Y vos que de esa manera hablais, quién sois?

—Una mujer que sufre porque ama á quien no la ama, y y es querida por el que ella no podrá amar nunca, contestó Zobeiba con un acento de profundo dolor.

—No os comprendo, dijo Angeles, que positivamente no entendia nada de lo que estaba oyendo.

—Ven aquí niña, la dijo la mora con afectuoso acento, hallo en tí un no sé qué, que me inspira confianza, y tenia necesidad de un corazon amigo en quien depositar mis penas.

Y ambos penetraron en las habitaciones de Zobeiba.

Sentadas las dos sobre los muelles cogines, la desdeñada amante de Cárlos contó á la hija del banquero la historia de sus amores.

La habló de sus celos, de sus exigencias y de sus amenazas.

Nada la ocultó, porque todo cuanto habia hecho lo creia muy natural y muy justo.

No comprendia las costumbres de la Europa, las restricciones que las sociedades civilizadas han impuesto á las mujeres, y por lo tanto no encontraba nada de reprensible en su conducta.

Angeles la escuchaba con asombro.

Para ella aquel lenguage era completamente nuevo, completamente desconocido.

Se le revelaban misterios que ella habia ignorado siempre.

Pero sin embargo, sin razon la decia que aquello que estaba escuchando no era bueno.

Y con arreglo á esta idea la contestó:

—Eso que me estais diciendo, me prueba que si vuestro amante os ha olvidado, vos sola teneis la culpa.

—Yo!... qué quieres decir?

—Que esos celos injustos, esas exigencias que incomodan, y esas amenazas que irritan, no son los medios mas apropósito para merecer el amor de un hombre.

—Pues qué hubieras hecho tú?

—Yo hubiera tratado de conseguir con mi paciencia y con mi dulzura su cariño, contestó Angeles con su voz angelical.

—Y si ese medio te hubiese sido infructuoso?

—Entonces... no sabeis amar, dijo Zobeiba con desden.

—No sabemos amar?... y si yo os digera que á dar pasos como los que vos habeis dado, hubiera preferido cien veces la muerte ¿qué me contestaríais?

—Qué no hierve por tus venas la sangre africana, y por lo tanto no puedes hablar, si tú sintieras circular por todo tu ser un fuego estraño que te consume, que te devora, si tú sintieras tu corazon revolverse en mil nudos á cual mas dolorosos, y de aquí brotar el amor, el odio y los celos, si vieras al hombre á quien adorabas reclinarse en los brazos de otra mujer ¿qué dirias?

—Morirme de dolor.

—Hé ahí lo que sois las mujeres de Europa, con los mismos deseos, con las mismas sensaciones que nosotras, las encubreis bajo el manto de hipocresía.

—Mal nos juzgas.

—Os juzgo como debo.

—Para que admires mi paciencia, aunque en un caso diferente, voy tambien á contarte mi historia.

Y Angeles refirió á Zobeiba todo lo que ya conocen nuestros lectores.

La mora la escuchaba sin comprenderla.

Para ella muger completamente libre, que no reconocia trabas para su poderosa voluntad, no era aquella calma que á todo se callaba y todo lo sufria.

Si amaba porque ocultarlo?

Y si él la correspondia, porque no sacrificar honra, posícion y cariño paternal?

En este sentido fué en el que contestó á la jóven.

Largo tiempo estuvieron hablando de esto, y aunque con diferentes ideas, cuando concluyeron eran mas íntimas amigas.

Ofreciéronse verse todos los dias, y tanto á una como á otra les pareció que ya estaban menos solas.

III.

Angeles se levantó para salir del aposento de la mora.

Esta quiso acompañarla hasta su habitacion, y hablando entrambas de sus amores, atravesaron aquellas antecámaras que ya hemos visto en mas de una ocasion.

Cerca ya de la última sintieron un rumor sordo que no supieron á que atribuir.

Se detuvieron sorprendidas, y mil voces confusas llegaron á sus oidos.

El rumor se fué acercando.

Despues se oyó la voz de Pedro.

Y tras esto una mezcla de voces estrañas se dejó percibir á poca distancia de nuestras dos mugeres.

Fijaron estas sus ojos en la puerta, y dos gritos de sorpresa se escaparon de sus lábios.

En el dintel de ella, estaban Zaida, Ester y su padre.

Y tras estos personages, formando el fondo de aquel cuadro, Antonio y Cárlos, miraban con curiosidad todo aquello.

IV.

Nuestros lectores recordarán que el invisible quedó tendido sin movimiento en la falda del tapial que encerraba los jardines del palacio imperial de Mequinez.

Tampoco creemos que habrán olvidado que dos hombres lo recogieron y se dirigieron con él hácia el interior de la poblacion.

Estos dos hombres eran Alberto y Zelim.

Los dos hermanos acompañados de las dos mugeres, encontraron la escala que habia tendido el carcelero del invisible

Comprendieron que era mucho mejor valerse de aquella que ya estaba echada que no entretenerse en arrojar la suya.

Todos se lanzaron á ella, y todos felizmente pasaron á el otro lado.

En este tiempo fué cuando el invisible cayó á tierra.

Nuestros dos hermanos soportando gustosamente aquella carga, fueron á depositar al herido á la casa del amigo de Abdel.

Allí los esperaba ya el hijo de Isaac, y una alegría delirante se apoderó de él al abrazar á Sara.

Todos la querian porque todos habian admirado en aquella muger todo lo de grande y noble que habia en ella.

Entonces y solo entonces fué cuando la hebrea conoció al herido.

Alberto estaba reconociéndole la herida, y poniéndole una especie de aposito interin llegaba el médico que se habia ido á buscar.

Una angustia horrible se retrató en el rostro de la jóven.

Corrió hácia Alberto y con un movimiento brusco y arrebatado le dijo.

—¡Ay! Alberto mio, apartate.

Sorprendido el poeta de aquel ademan no pudo menos de preguntarle.

—Porque razon?

—Porque ese hombre es tu fatalidad.

—No te comprendo.

—Ni es necesario tampoco; hay en tu familia misterios estraños, y vosotros tres estais amenazados de un peligro terrible, por el cual mas que por nada sentia yo estar cautiva. ay! Alberto huyamos antes que ese hombre te reconozca.

—Nunca.

—Por Dios Alberto, por nuestro amor, te ruego que te alejes de aquí.

—Tengo un deber que cumplir, y hasta que no esté fuera de peligro, no lo abandonaré.

—Pero eso te perderá.

—Habré cumplido como debo.

—Es que en tu ruina envuelves tambien la de tus hermanos.

—Mis hermanos darán por bien hecho lo que yo haga, ¿no es verdad Zelim?

—Sí; contestó éste desviando sus ojos de Záard por no ver el apenado rostro de la jóven.

Entretanto Abdel examinaba atentamente las facciones del invisible.

Poco á poco su semblante se fué anublando, y su agitacion se aumentó estraordinariamente.

Agarró á Sara de una mano y la preguntó con voz insegura.

—Lo conoces?

—Sí.

—Y sabes á lo que están espuestos si los llega á conocer?

—Ya se lo he dicho á Alberto.

—Y qué ha resuelto?

—Quedarse; dice que tiene el deber de no separarse de aquí.

—Dios de Israel!... qué va á suceder?

—Suceda lo que quiera, si él se queda, yo me quedo tambien.

En esto, penetró en la estancia el médico hebreo que habian ido á buscar.

Reconoció la herida, y declaró desde luego que no era de peligro.

El desmayo que tenia no era mas que una consecuencia de la pérdida de sangre que habia tenido.

Lavó la herida, limpió con escrupulosidad sus bordes, la sondeó perfectamente, y la puso el vendage.

Acto continuo el invisible empezó á volver en sí.

Abrió sus ojos, y no pudiendo sus débiles pupilas soportar el resplandor de la luz, volvió á plegar sus párpados.

Al cabo de un instante hizo otro esfuerzo.

El resultado de este fué mucho mas satisfactorio,

Miró con asombrados ojos cuanto le rodeaba, y su mirada fué á fijarse en Alberto que estaba á la derecha de su cama.

El poeta le miraba con una atencion estraordinaria.

Zelim estaba á la izquierda, frente á su hermano.

El invisible miró á uno y miró á otro.

Pero su pupila volvió á clavarse en Alberto, sus labios se movieron perezosamente, y con voz débil murmuró.

—Rúben!

Despues tras aquel esfuerzo, volvió á cerrar los ojos, y quedó sumido en una especie de letargo, hijo del aniquilamiento de sus fuerzas.

El médico dejó dispuesto lo que se habia de hacer, y se despidió.

Zelim y Záard tenian necesidad de que sus corazones se desahogasen por completo, y lo que deseaban era de estar solos.

Alberto y Sara aunque por causas diferentes querian lo mismo.

Y por estas razones, solo quedaron junto al lecho del herido, Abdel y el dueño de la casa en que estaban.

V.

Alberto y Sara estaban solos.

Las palabras que la hebrea habia dicho al poeta respecto del invisible lo tenian confuso.

Entreveia ciertos misterios que tenia deseo, que tenia necesidad de descubrir.

Sara tambien estaba preocupada.

Habia coincidencias que parecian providenciales.

Alberto á quien] el invisible habia jurado odio eterno, habia sido el salvador de su enemigo.

Y no contento con eso, lo habia traido á su misma casa.

La judía conocia á fondo el carácter del perseguidor de los tres hermanos.

Sabia muy bien que la gratitud no seria obstáculo para que se realizasen sus proyectos sanguinarios.

Por otra parte conocia tambien demasiado el carácter de Alberto, y sabia que aunque supiese de cierto que el invisible era un enemigo capital, no por eso le abandonaria.

Todas estas razones influian poderosamente para que la jóven estuviera asaz, preocupada y pensativa.

—Vamos, Sara, dijo el poeta, hablemos con franqueza ¿quien es ese hombre?

—El único enemigo que tienes.

—Por qué razon? ¿Qué daño le he hecho yo?

—Tú no, pero sí tu familia á la suya.

—Y los hijos heredan las faltas y los odios de sus padres?

—No hay una razon para ello, pero aquí existe.

—Mira, tu conoces ese pasado de mi familia que jamas me has querido revelar, ahora qne un peligro tan grande me amenaza segun tu me has dicho, necesito saber todo.

—No me pidas imposibles, Alberto.

—Entonces comprenderé que no me amas, toda vez que me dejas en medio de ese riesgo inminente sin saber como me puedo librar de él.

—Qué no te amo yo? Alberto mio, pues por quien padece mi alma, por quien sufre sino por tí?...

—Muy poco se conoce, cuando esa historia que de derecho me pertenece el conocerla, no me la quieres revelar.

—Pero dime, ¿no estoy yo aquí para salvarte?

—No basta eso.

—Pues bien yo te prometo contártela, pero no aquí; dentro de dos dias estará Ibrahim fuera de peligro, y tal vez curado; entonces iremos tu y yo á buscar una persona qre te la podrá referir mucho mejor que yo.

—No, Sara, no, te comprendo, y no quiero esperar ni un dia, ni una hora, ni un momento.

—Pero no conoces ya tu nacimiento? ¿no te dije ya en otra ocasion quienes habian sido tus padres, y el porque tenia ese interés por tí?

—Sí, me lo digiste; pero hace algun tiempo que he comprendido que aquello no era verdad; he visto cosas estrañas en tu familia. Tu tio y tu primo parece que tienen que espiar una falta grave respecto á nosotros, tu misma si bien tienes un cariño inmenso, un amor tan vehemente, que por grande que sea, el mio nunca podrá pagar, tienes tambien un deber sagrado que cumplir, y todo eso nace de algo, nace de una causa, que por mas que pongo en prensa mi imaginacion, no puedo descubrir.

—Tienes razon, Alberto; contestó Sara con una gravedad triste, mi familia cometió un crímen y tal vez las consecuencias de él sean el odio que te profesa Ibrahim. Mi tio fué instrumento ciego de Abraham; yo le conocí tarde, créelo Alberto mio, muy tarde y solo cuando en mi desgracia ví envuelta la tuya, entonces me hice el juramento de sacrificarme por tí, y por tus hermanos, mi tio tambien comprendió su hierro, y quiso repararlo, y si bien mi padre fué culpable para contigo, la hija ha tratado de reparar su falta.

—Pero ese crimen, esa falta, ¿cuál ha sido? preguntó impaciente el poeta.

—Ya te he dicho que la sabrás mas tarde; en la catástrofe de tu familia fueron envueltas otras dos tambien, y aunque uno solo fué el verdadero culpable, esas dos familias han creido siempre que la tuya tuvo la culpa de su desgracia.

—No te comprendo Sara; ó dime de una vez toda la verdad, ó no me digas nada, porque te aseguro que mi cabeza va á estallar si este estado dura mucho.

—Tranquilízate, Alberto, tranquilízate, cuando ahora no te digo nada, es porque temeria engañarte; la persona que te contára tu historia, he temido siempre que á mi no me dijo la verdad, he notado algunas contradicciones en él, y muchas veces he creido que tu padre fué culpable, y otras que no.

—Con que es decir, que no hay mas remedio que esperar, dijo Alberto con un acento que espresaba su profundo dolor.

—Sí; quiero que seas tu quien la escuche de su boca, y tal vez á tí no trate de engañarte.

—Está bien; dominaré mi impaciencia, y esperaré.

—Pero no entrarás, ni tratarás de ver mas á ese hombre?

—Sí; lo veré, tengo el deber de cuidarle; ya que he empezado la obra quiero concluirla, despues que esté bueno seguiremos siendo enemigos, entretanto solo es para mí un hombre que sufre, y á quien se debe prestar consuelo y atencion.

—Oh! esclamó Sara mirando á su amante con orgullo, siempre tan noble y tan generoso.

—Tu me has enseñado á serlo, Sara, tu me inculcaste esas ideas, porque en medio de tus defectos tienes un alma, como no hay nadie que la tenga.

—Y tu amor fué el que á mí me hizo ser buena, y fué el que purificó mi corazon.

Desde aquí ya la conversacion de nuestros amantes varió de obgeto.

Cruzada la primera frase de amor, se siguieron otras muchas, y aquellas dos almas, de las que la una amaba con fre-

nesi, con delirio, y la otra se hacia la ilusion de amar del mismo modo, se desbordaron completamente, y las horas transcurrieron sin que ambos amantes se apercibieran de ello.

VI.

Alberto penetró en la estancia donde reposaba el invisible.

El cirujano habia encargado que se le diera una medicina, y el poeta iba á cumplir su mision hasta lo último.

El invisible reposaba tranquilamente.

Despues de haber visto á los hombres á quienes tan encarnizadamente perseguia, tuvo momentos de una incertidumbre y de un desosiego que pudiera haberle sido perjudicial para su herida.

No comprendia como estaban allí.

Hacía mucho tiempo que no los habia visto, pero sin embargo, como habia anunciado á Sara, los reconoció inmediatamente.

Cuando volvió á ver al poeta junto á su lecho con la vasija que contenia la medicina, no fué dueño de contener un movimiento de sorpresa.

Alberto estaba impasible.

En vano Abdel-Abbás y Sara habian tratado de disuadirle de su idea.

Habia dicho una vez que permaneceria al lado de su enemigo hasta que estuviera fuera de cuidado, y era iuntil hacerle que variára.

Zelim enterado por su hermano de lo que habia, fué de la misma opinion.

Entonces las dos mujeres no tuvieron mas remedio que resignarse.

Abdel-Abbás, aunque comprendia todo lo de grande que

habia en aquella accion, no dejaba de calificarla de una tontería solemne.

Y los tres, ya que no podian evitar nada, resolvieron estar á la mira de cuanto pudiera suceder.

El invisible estuvo mirando algunos momentos á su enemigo.

Este le dijo por fin.

—Toma esto, que el médico me ha dicho que te será beneficioso.

—De tu mano nada quiero, nada tomaré.

El poeta no contestó una palabra.

Dirigióse tranquilamente hácia la puerta y llamó á Sara.

—Toma, la dijo en cuanto se presentó, dale tu esa medicina, pues dice que de mí no quiere nada.

El invisible habia seguido aquella escena con un gran interés.

La hebrea se acercó á el lecho del herido.

—Has sido muy injusto Ibrahim, le dijo.

—¿Quién es ese hombre? preguntó este.

—Aquel á quien tu mas odias en el mundo, le contestó el poeta con un acento perfectamente tranquilo.

—Ya me lo habia dicho mi corazon, murmuró sordamente Ibraim.

—Bebe, le dijo Sara que deseaba cortar aquella conversacion.

El herido apuró de un sorbo la medicina, y volviéndose á la jóven, la dijo:

—Quién te ha sacado del harem?

—Yo, respondió Alberto.

—Tu solo? preguntó como dudando el invisible.

—Solo.

—Y á mí, ¿quién me ha conducido á este sitio?

—Yo tambien.

—Tu!... Tu me has salvado la vida?...

—Y por qué no? dijo con una sencillez sublime el poeta

—Sabias tu quien era yo?...

—Nó; y aunque lo hubiera sabido lo mismo hubiera procedido.

—No comprendes que mientras viva yo, tendrás un enemigo implacable?

—Ignoro los motivos porque me aborrezcas de esa manera, pero sean los que quieran los respeto.

—Y tus hermanos?

—El uno está aquí, y el otro en el egército cristiano.

—Y piensan de la misma manera que tú?

—Exactamente igual.

—Y no me odiais de la misma manera que yo os odio?

—Porqué? preguntó con indiferencia Alberto, no nos has dado motivo alguno para que te aborrezcamos, y de cualquier modo que hubiese sido, aborrecimiento no podemos sentir nosotros nunca; si una persona nos ofende, cara á cara y en buena ley tratamos de vengarnos.

El invisible estaba estupefacto.

Habia tres hombres á quienes él aborrecia.

Dos de estos habian tenido su vida, en sus manos, y no habian abusado de ella.

Todo lo contrario, lo cuidaban con el esmero que pudiera haberlo hecho un hermano.

—Es que la accion que yo tengo que vengar de vuestro padre, no es de aquellas que merecen la espada del caballero, sino el puñal del asesino, dijo el invisible al cabo de algunos momentos de silencio.

—Cuando estés bueno, podemos hablar de eso, respondió Alberto con frialdad, ahora deja que te cuidemos.

—Es que me salvais la vida para que yo os mate despues.

—Eso no obsta para que nosotros cumplamos con nuestro deber.

—Soy vuestro enemigo mas terrible.

—Ahora no eres mas que un hombre que sufre.

—Pero señor, exclamó Ibrahim en el colmo de la admiracion ¿qué clase de hombres son estos?

—Son de una raza superior cien veces á la tuya, le contestó Sara en voz baja.

—Qué dices muger?...

—La verdad; mientras tu los persigues mientras tu tratas de asesinarlos, ellos salvan tu vida.

El invisible calló algunos momentos.

Cerró los ojos, y sus lábios se agitaban convulsivamente

Alberto seguia contemplándole con su misma mirada tranquila y serena.

Sara admiraba cada vez mas á su amante.

De pronto Ibrahim abrió los ojos: se volvió hácia la hebrea y la dijo:

—Dejadme solo.

Ambos jóvenes dieron un paso hácia la puerta.

La voz del invisible los detuvo.

—Quiero pediros un favor; necesito un hombre de toda confianza que vaya esta noche á las ruinas de El-Kassar-Faranan.

—Irá mi hermano, contestó Alberto.

—Tu hermano?...

—Es el único de quien puedo responder.

—Tal vez sea mejor, contestó Ibraim como si hablára consigo mismo, y despues prosiguió, está bien, que vaya y que pregunte por el peregrino, y cuando lo vea que le diga el estado en que me encuentro y la casa donde estoy.

—No quieres nada mas? preguntó Alberto.

—No.

—Si algo deseas, llama, en la habitacion inmediata, estoy.

Y tras estas palabras salió seguido de Sara.

. . . .

Aquella misma noche, Zelim, cuidadosamente envuelto en su alquicel, salió de Mequinez con direccion á el Kassar-Faranan.

———

CAPÍTULO XLIX.

Como habia sido descubierta la fuga de Sara y de Zaard.—Un recuerdo á nuestras amigas de Madrid.—Memorias de Alberto.

I.



ESEARAN nuestros lectores con impaciencia saber como se descubrió la evasion de las amadas de los dos hermanos.

Hay casualidades que parecen recursos buscados por los novelistas, y que sin embargo son cosas que muy fácilmente pueden suceder.

La figura mas asquerosa y repugnante de nuestro cuadro, es sin duda alguna Benjamin, el hijo del Cheg de Mequinez.

Hay figuras que á primera vista se hacen simpáticas, y como generalmente el corazon se equivoca muy raras veces, el porvenir ó el conocimiento sucesivo se encarga de corroborar, y afianzar mas aquellla simpatía.

Hay otras por el contrario que á primera vista causan una repulsion invencible.

Á estas últimas pertenece el jorobado.

Aquel rostro innoble, bajo y cínico, donde se daguerreotipan todas las pasiones asquerosas, y todos los vicios con su mas repugnante hediondez, es imposible que haya podido simpatizar con nadie.

Todos los cielos tienen sus nubes, todas las religiones sus ángeles malos, y todas las familias sus Judas.

Benjamin reasumia en sí todo esto.

Se habia propuesto que Sara fuese suya, y sin reparar en los medios, queria llegar al fin.

Miembro de una conspiracion aspiraba al mando supremo.

Para esto necesitaba deshacerse de dos hombres, y del uno ya lo habia consegnido, del otro era mucho mas difícil.

La razon no se la podia esplicar el mismo.

Habia hablado al emperador con este obgeto.

Pero el Xerife no le dejó concluir.

—No me digas nada, le dijo, contra el santo peregrino de El-Kassar-Faranan, te creeria el mayor de mis enemigos.

Y Benjamin no tuvo mas remedio que enmudecer.

Allí habia otro misterio que no podia àdivinar.

El emperador era impenetrable en esta parte.

Cuantas tentativas hizo el hebreo para averiguar algo, fueron completamente inútiles.

Entonces se dedicó á conseguir sus planes respecto á Sara.

La hermosura espléndida de la jóven hablaba poderosamente á sus sentidos.

Comprimidos siempre sus deseos, en aquella ocasion habian estallado de una manera espantosa.

Despues de haber estado algunos dias sin verla, se decidió á entrar en su habitacion.

Llegó á las tapias del jardin algun tiempo despues que nuestros dos hermanos habian penetrado en él.

Subió á el cuarto de la hebrea, y quedó inmóvil y desencajado sobre el hueco de la piedra.

La estancia estaba vacía.

Permaneció algunos instantes sin saber que hacer.

Primero se le ocurrió si la habrian trasladado á otra parte.

Pero aquello no tenia carácter alguno de probabilidad.

La luz ardia en el cuarto.

Los almohadones estaban aun hundidos del peso de la hebrea.

Y conservaban el calor de su cuerpo.

Aquello era para volverse loco

Si habria el emperador abusado de los derechos que sobre ella tenia?...

Tampoco aquello podia ser.

La judía se hubiera muerto antes que ceder ante la voluntad del Xeriffe.

Entonces se habia escapado.

Y por dónde?

Esta fué la pregunta que el jorobado se hacia, y para la cual no encontraba contestacion.

De pronto se dió una palmada en la frente.

Aquellos hombres que dias antes llegaron á su casa, habian facilitado su evasion.

Se acercó á la ventana, vió que por allí cogia un cuerpo, y sin pensar lo que hacia, se arrojó por ella.

El golpe lo tuvo aturdido algunos instantes.

Al cabo de ellos se levantó.

Todo el cuerpo le dolia.

Pero su voluntad era mas fuerte que su cuerpo.

Corrió por el jardin como un demente.

De vez en cuando tenia que detener su desordenada carrera.

Sus miembros doloridos no le dejaban continuar.

Se apoyaba contra un árbol, y respiraba algunos instantes.

En seguida volvió á emprender su delirante pesquisa.

Por fin allá á lo lejos, escuchó un rumor sordo.

Eran los esfuerzos que los dos hermanos hacian para vencer la resistencia de la puerta del pabellon de Zaard.

Inmediatamente se dirigió hacia aquel punto.

Se arrastró por entre los árboles con la silenciosa astucia del reptil.

A algunos pasos de él, distinguió tres formas.

A pesar de la oscuridad que reinaba, pudo reconocerlas.

Un grito de alegria frenética, inmensa, desesperada, estuvo á punto de exalarse de sus lábios.

Una mano, tapó su boca.

La otra buscó en su pecho el lugar del corazon, y lo oprimió con furia para apagar sus latidos.

Y pintado en su rostro el innoble placer de la venganza volvió á arrastrarse por el suelo, en direccion á las habitaciones de los oficiales del Xeriffe.

Ya cuando estuvo á alguna distancia de nuestros amantes, se incorporó y sin cuidarse de los dolores que le aquejaban emprendió otra carrera mas frenética que las anteriores.

II.

Llegó á una de las puertas, y con pies y manos llamó de una manera capaz de despertar á todos los habitantes de palacio.

Inmediatamente se abrió aquella y Benjamin entró.

Todos los oficiales se sorprendieron.

Aquella cara nueva completamente por aquellos sitios, no podia menos de causarles estrañeza.

—Quiero ver en seguida al emperador, gritaba el hebreo.

—Y quién eres tu para incomodar al sublime padre de los buenos creyentes? preguntaban los oficiales.

—Necesito verlo, no puedo deciros mas.

—Vete, tú no eres digno de entrar en su *cobba*.

—Quiero ver al Xeriffe.

Y el hebreo pateaba de furor.

Sus ojos parecia que querian saltarsele de sus órbitas.

Todos sus miembros se agitaban convulsivamente.

Los oficiales se miraban unos á otros sin saber que hacer, ni que pensar.

—No habeis oido que es de una gran necesidad que yo vea al momento á vuestro amo? dijo Benjamin en el colmo de la desesperacion.

—Pero... dijeron los oficiales vacilando.

—Andad de prisa, que se escapan tal vez en este momento.

—Quién?...

—No os importa á vosotros, á vuestro amo es á quien yo quiero hablar.

Las últimas palabras del hebreo acabaron de decidirlos.

En aquello habia un misterio que en vano trataban de adivinar.

Y en este caso lo mas prudente era avisar al Xeriffe.

—Cómo te llamas? preguntó uno de ellos al jorobado.

—Benjamin, respondió éste.

—Espera un momento.

Y el oficial desapareció por una de las puertas de la estancia.

Al cabo de algunos momentos volvió á aparecer.

El alto y poderoso señor de los buenos musulmanes, te espera, dijo al hebreo.

Este no se hizo repetir aquellas palabras.

Siguió al oficial, y momentos despues penetraba en el cobba donde se hallaba S. M. Xeriffiana.

—Señor, señor, que se escapan, gritó en el momento en que se halló en la presencia.

—Quién? preguntó Sidy-Mohamed, que no podia esplicarse el estado de agitacion en que se hallaba el judío.

—Ellas, vuestras esclavas.

—Mis esclavas!... las mujeres de mi harem?

—No, las que se fugan son Sara y Zaard, las dos mujeres mas queridas de tu corazon, dijo con un acento indescriptible el hebreo.

—Mentira, gritó con arranque Sidy-Mohamed.

—Vé á sus habitaciones y te convencerás, contestó con una risa infernal Benjamin.

—Ola, dijo el Xeriffe dirigiéndose á la puerta del cobba,

pronto, luces, y venid todos conmigo.

Y en una confusion completa, el emperador y los oficiales, los soldados y los guardias del harem, y el jorobado todos salieron á los jardines.

Benjamin les sirvió de guia.

Pero nada pudieron adelantar.

Nuestros lectores saben ya lo que aconteció aquella noche memorable

III.

Sidy-Mohamed estaba furioso.

Benjamin estaba desesperado.

Ambos recorrian los jardines en todos sentidos, y únicamente pudieron encontrar el cuerpo del carcelero del invisible.

El emperador y el jorobado se dirigieron hácia la mazmorra de aquel.

Estaba vacía.

De la garganta del hebreo se exhaló un grito ronco inartilado.

El emperador no sabia ni que hacer ni que decir.

Por fin pudo hablar.

Dió órdenes para que salieran á perseguir á los fugitivos, y lleno de pesar, con el corazon destrozado se retiró otra vez á sus habitaciones.

En cuanto á Benjamin, mudo y sombrío como la imágen de la fatalidad, salió del palacio, y se puso á recorrer toda la tapia que rodeaba los jardines.

Con una atencion extraordinaria reparaba en todos los detalles.

Pero nada encontraba sin duda por que su rostro se nublaba cada vez mas.

De pronto exhaló un grito de alegría.

Acababa de ver en el suelo algunas gotas de sangre.

Miró á la pared y vió en ella raspaduras que indicaban que allí se habia puesto una escala.

Se separó de la pared, y siguió mirando al suelo.

Algunos pasos mas allá distinguió nuevas gotas de sangre.

Siguió aquel rastro, y á poca distancia volvió á perderlo.

Sin embargo, no se dió por vencido.

Continuó sus pesquisas, y otras manchas sangrientas le dieron nuevas luces sobre lo que deseaba encontrar.

Y de esta manera, perdiendo cien veces la paciencia y otras tantas encontrando la huella que ansiaba, llegó hasta la casa donde se escondian nuestros amigos.

En la puerta de ella, se detenia la sangre.

Allí tambien se detuvo el hebreo.

Observó y recordó que en ella vivia uno de los rabinos ó sabios de los hebreos.

Inmediatamenie formó su plan para verle.

Pero aquella no era ocasion oportuna.

Estaba completamente cansado, y el desorden que reinaba en sus ropas, no era nada á propósito para inspirar confianza.

Por estas razones se decidió á esperar.

Volvió á mirar con una espresion siniestra aquella casa, y paso tras paso, se dirigió hacia la suya.

IV.

Creemos que ya es tiempo de que digamos algo á nuestros lectores respecto á la hija de los condes de Belmonte, de aquella Clara á quien Alberto remitió sus memorias con la declaracion de su amor.

Clara habia sufrido extraordinariamente.

Vírgen de amores su alma, cuando se le reveló este nuevo sentimiento, tambien se la reveló el dolor.

Amaba al poeta, y el poeta se alejaba de su lado.

Espíritu aventurero iba á buscar en la agitacion de la vi-

da del campamento, la felicidad que no podia encontrar con el amor de Clara.

Ademas aquella Julia, aquella mujer que tanta influencia egercia sobre Alberto, la hizo sentir la furiosa pasion de los celos.

¿Quién era aquella mujer? ¿de dónde habia venido? ¿con que derecho la arrebataba un cariño que á ella sola la pertenecia?

Todos estos pensamientos que en confuso tropel se agolpaban á su imaginacion, la hacian sufrir horriblemente.

Tal vez algunas de mis lectoras comprenderán perfectamente el estado de Clara.

Para abrazar una situacion, para comprenderla, es menester haber pasado por ella.

¿Y qué mujer no ha tenido en su vida algunos dias como los de la jóven condesa de Belmonte?

Se ama á un hombre sin saber casi que se le ama.

Se esperimenta una alegría estraña cuando se está al lado de él, y una especie de sentimiento sin nombre, cuando él se aleja.

Se llega á acostumbrar el corazon á considerarlo como un ser necesario, imprescindible para la vida.

Y sin embargo, se pregunta la muger que se encuentra en este caso si es amor lo que siente, y se responde en seguida que nó.

Y el placer que esperimenta al lado de aquel hombre, no es el que siente cuando está con sus padres, con sus hermanos ó con sus amigas.

Pero de pronto este hombre se enamora de otra muger.

Hace menos frecuentes sus visitas, y toda la familia le hecha de menos.

La jóven entonces siente un desasosiego cuya causa ella misma no comprende.

Lo ve una vez, y se consuela.

Tarda dos dias en volver á su casa, y ya siente algo de despecho.

Y en este estado estraño, especial, se pasan los dias, lo ve

al lado de otra mujer, y entonces aquel amor vago, desconocido, misterioso se revela potente, inmenso, devorador.

Y este amor viene con su cohorte de celos de placeres y de disgustos.

Y la pobre jóven sufre y sufre, hasta que el tiempo consigue hacerla olvidar aquella loca pasion.

Esto era lo que le habia sucedido á Clara.

Conocia á Alberto hacía ya algunos años.

Se habia acostumbrado á mirarle como un ser de la familia y no sabia definir la clase de sentimientos que le inspiraba.

Gozaba si él reia, y padecia si estaba sério.

Y con sus inocentes coqueterías, con sus picarescas indirectas, trataba de alegrarlo, y si la sonrisa vagaba por sus labios, Clara era completamente dichosa.

Pero se dijo de pronto que Alberto marchaba á Africa.

Alberto, el poeta querido de la alta sociedad madrileña, el poeta, cuyos triunfos habian hecho mas de una vez palpitar de orgullo el corazon de la heredera de los condes de Belmonte, se iba á un suelo estraño.

A un suelo donde era mas fácil perder la vida que conservarla.

Se iba renunciando á sus glorias, á aquellas relaciones que tanto le apreciaban, y sobre todo al cariño que Clara sentia por él.

Esta noticia llenó de amargura el corazon de la jóven.

Ansiaba ver á su querido poeta para tratar de quitarle aquella idea de la cabeza.

Lo vió y creyó conseguido su obgeto.

Pero en aquel momento una mujer se presentó ante ellos.

Una mujer hermosa como el sol en medio de su cenit.

Aquella espléndida belleza pudo mas que la dulce y suave de Clara.

Su voz dominadora llegó á los oidos del poeta, que incapaz de resistir á aquel acento vibrante, se marchó tras ella.

Clara quedó abandonada.

Y abandonada por otra mujer.

Aquel sentimiento profundo que desgarró su alma, la reveló su amor.

Triste y apenada abandonó el baile.

Llorosa y palpitante pasó aquella noche que formaba una época en su vida.

Y dolorida y sin consuelo la sorprendió la carta del poeta.

Sus ojos ávidos devoraban los caracteres que la mano de Alberto habia trazado.

Y sobre su corazon se derramó un bálsamo consolador, con las tiernas palabras de su amante.

De su amante, porque él mismo la decia que la amaba, y ella sentia en su alma manantiales ignorados hasta entonces, pero que brotaban raudales infinitos de un amor inmenso.

V.

Un cambio completo se operó en la jóven.

Aquellas tintas de la niñez, aquellas megiilas sonrosadas y frescas por la inocencia perdieron sus colores.

Los vapores de la infancia se desvanecieron, y la niña se sintió mujer.

Amaba y era amada,

Y se lo confesaba y lo repetia con orgullo.

Amada por Alberto, se consideraba la mas feliz de las mujeres.

Creia que habia una necesidad de que aquel amor causase la envidia de todas las demas mujeres.

Pero en medio de aquel horizonte de felicidad habia una nube.

¿Dónde habia ido Alberto?

Si la amaba, por qué se alejaba de ella?

Aquellas memorias que el poeta la remitia, habian de aclarar estos misterios.

Tenia necesidad de salir de dudas, y abrió el cuaderno.

Agitada y palpitante empezó su lectura, y mas de una vez una lágrima silenciosa se deslizó por sus pálidas megillas.

Cuando concluyó, una nube de tristeza profunda se veia en su frente.

Quedó pensativa algunos momentos.

Al cabo de ellos alzó la cabeza con orgullo, y se la oyó murmurar.

—Bendito seas Alberto mio!... te amo, y solo por tí podrá palpitar mi corazon.

Y así se pasaron los dias.

En cada uno de ellos esperaba Clara una carta de su amante.

Pero ay! éste habia encontrado emociones nuevas en el suelo africano, y su amor hácia la bella hija de los condes, sino lo habia olvidado por completo, estaba muy adormecido en el fondo de su pecho.

Y la semi olvidada amante padecia estraordinariamente.

Unicamente para consolarse algun tanto de sus profundos pesares, leia una y otra vez aquel manuscrito que el poeta la remitiera.

A cuantos vinieron de Africa y eran amigos de su familia á todos les preguntaba por su poeta, pero ninguno la daba razon de él.

Hacia mucho tiempo que no sabian en el campamento que habia sido de él.

—Luis el amigo íntimo de Alberto tampoco pudo decir nada á Clara.

A consecuencia de unas calenturas que le acometieron en el campamento de la Aduana, vino á Madrid á restablecerse.

Clara le vió, y Clara le preguntó por su amigo.

La misma ignorancia tenia esta respecto al poeta, que la jóven.

La contó lo que él sabia, el tiempo que con él habia estado, todo lo que ya saben nuestros lectores.

Entonces Clara no tuvo mas consuelo que sus lágrimas y su manuscrito.

Volvió á leerlo, y aqui ya nos parece muy oportuno darlo tambien á conocer á nuestros lectores.

Las memorias de Alberto, las ponemos en la misma forma en que el se las habia remitido á la jóven.

En ellas encontrarán nuestros lectores algunos antecedentes sobre la vida del jóven, y sobre ciertos misterios de que hasta ahora se han visto rodeados los tres hermanos.

El manuscrito decia así;

CAPITULO I.

Páginas de mi vida.

I.


gnoro si alguien podrá leer algun dia estas letras trazadas en tan diversos sitios, y bajo tan diferentes impresiones, pero si esto sucede, no exijo nada mas que una lágrima que cual dulce bálsamo vaya á refrescar las heridas en el corazon del pobre huérfano.

II.

Tanger 12 de Marzo de 1850.

¿Quién soy yo? ¿Dónde he nacido? ¿Quiénes fueron mis padres?

Lo ignoro completamente.

Me han dicho que soy cristiano, y llevo en mi poder una partida de bautismo fechada en Oran en el año de 1833.

Nada recuerdo de los primeros años de mi vida.

Desde muy niño, he vivido con unos judíos que me llamaban Ruben, y á quienes yo creia mis padres.

Tenia tambien tres hermanos.

Sara que era mayor que yo, Ester que era recien nacida cuando yo tenia doce años, y Lia que vino al mundo seis años antes de que yo empezára estas memorias.

Esceptuando á Sara, en nadie de mi familia veia cariño.

Me trataban como un ser completamente estraño.

Aquella soledad, aquel abandono en que yo me encontraba, me hicieron pensar antes de tiempo.

Niño en la edad de las espansiones y de los goces, yo no tuve nada de eso.

Si trataba de hacer una caricia á mi madre, me repelia bruscamente.

Si queria conseguir el cariño de mi padre, dándole un abrazo, me castigaba con dureza.

Yo no salia de mi casa.

Sara era la predilecta de mi familia.

Y sin embargo, bien sabe Dios que jamás tuve envidia alguna.

Una ventana de mi casa daba á la sinagoga de Mequinez.

Me se habia olvidado decir que en esta época viviamos en una de las tres capitales del Mogreb.

Todos los sábados oia yo al Rabí decir en el templo las obligaciones que tenian los padres respecto de los hijos, y las de los hijos respecto de los padres.

Y despues yo en las soledades de mi casa, comparaba lo que habia oido con la conducta que conmigo observaban, y hallaba una diferencia tan grande! ...

Entonces yo pobre niño lloraba.

Aun tenia lágrimas, y aun podia desahogar mi corazon.

Niño por mi edad, pensé como un hombre.

Analicé los sentimientos de mis padres, los comparé con los que veia tenian por Sara, y saqué en consecuencia que ó eran aquellos muy infames, ó no eran mis padres.

III.

Ahora recuerdo dos episodios de mi niñez que por entonces no hicioron mas que causarme alguna pena, pero que hoy me dan mucho en que pensar.

Mi padre era joyero del emperador Muley-Abdel-Rhaman.

Algunas veces solian venir á mi casa el mismo emperador y algunos de sus hijos.

Especialmente Sidy-Mohamed era el que mas amenudo nos visitaba.

En seguida que él llegaba, llamaban á Sara, y el príncipe la llenaba de caricias y la hacia multitud de regalos.

Un dia por casualidad tambien salí yo.

El príncipe me miró sorprendido, y volviéndose á mi padre, le preguntó.

—Es hijo tuyo ese niño?

Mi padre se turbó algun tanto y le contestó.

—Si, señor.

Y volviéndose en seguida á mi, me dijo con aquel acento que tanto me hacia temblar.

—Márchate afuera.

Yo obedecí, pero en la puerta ya me asaltó la idea de escuchar lo que decian.

Me aproximé á ella, y solo pude oir estas palabras que decia mi padre.

—Es un misterio.... es hijo.... otra persona.... sepulta este secreto.... yo tambien he callado....

Y continuaron en voz tan baja su conversacion que nada mas pude percibir.

Entonces se aferró mas en mi la idea de que aquel hombre no era mi padre.

El otro episodio se grabó tambien en mi imaginacion con caracteres indelebles.

Una tarde entré yo en la estancia de mi padre.

Estaba asomado á una de las ventanas y fijaba sus ojos en la casa de enfrente.

En ella habia una mujer.

La ví un momento tan solo, y jamas la he podido olvidar.

Arrobado en su contemplacion, hube de hacer un pequeño ruido que me delató para con mi padre, y que hizo que la dama fijase sus ojos en mí

Yo sin hacer caso de la cólera de mi padre, seguia mirándola.

Ella palideció estraordinariamente.

Se llevó entrambas manos al pecho, y esclamó.

—Hijo!....

Cerró los ojos y cayó al suelo desmayada.

Yo dí un grito de angustia, y mi padre agarrándome con furia por los cabellos, me arrojó de la estancia.

Aquella mujer, y aquella esclamacion no se han borrado nunca de mi memoria.

En la noche que siguió á aquel dia, estuvo á ver mi padre, una persona á quien yo no habia visto jamás en mi casa.

Llamaron á Sara y no sé lo que sucedió allí.

Cuando salia el desconocido, le dijo mi padre.

—Dí á tu esposa que siento mucho el dolor que la vista de mi hija la ha causado, y me alegraré que su sentimiento se mitigue con el transcurso de los dias.

En aquel momento quise salir y gritar, «no ha sido mi hermana la que ha causado esa emocion á tu esposa, he sido yo, yo que siento hácia ella, una cosa que no siento hácia mi madre,» pero tuve miedo y me callé.

A los dos dias de esto, cambiábamos de casa.

Fuimos á habitar al estremo opuesto de la ciudad.

A los cuatro dias de vivir bajo el nuevo techo, nos despertó una noche una agitacion y un rumor estraño que se escuchaba en la calle.

Me tiré de mi pobre lecho, y oí gemidos y lamentos entre las gentes de mi casa.

Corrí á informarme, y la causa era que mi padre habia sido encontrado muerto á alguna distancia de nuestra calle.

No se por qué encontré analogía entre este acontecimiento, y el grito de la señora, y la visita de su marido.

Sara se unió temblando á mí.

Ella tampoco lloraba.

La sucedia exactamente lo que á mí me sucedia

Estaba sobrecogida por aquella desgracia.

Acercó su linda boca hasta mi oido, y con una voz muy débil, me dijo:

—Ruben, Ahora va á cambiar nuestra suerte.

Yo la miré sin comprenderla.

Mi pensamiento estaba en otra parte.

Al dia siguiente se presentó en nuestra casa un pariente á quien yo no conocia.

Era Isaac hermano de mi padre.

La fisonomía de mi tio me predispuso en su favor.

Nos miró á Sara y á mí, y no sé porque me pareció advertir en su pupila una tinta de compasion al fijarse en mi rostro.

Mi madre estaba gravemente enferma.

La habia afectado tanto la desgracia de su marido, que incapaz de sobrevivirlo, le siguió á los muy pocos dias.

IV.

Sara y yo quedamos los mayores.

Ester y Lía eran demasiado pequeñas.

Todos nos fuimos en casa de mi tio.

Allí me llamó éste un dia á su habitacion.

Me hizo sentar á su lado, y me dijo:

—Ruben, tú aunque de poca edad, has sufrido mucho, y piensas en la misma proporcion que sientes.

Yo no le contesté una palabra.

Preveia que para mí se iba á descubrir un gran misterio, y esperaba impaciente.

Mi tio prosiguió.

—A otro niño no se le podria decir lo que tu vas á escuchar, pero á tí sí. Mi hermano no era tu padre.

No sé lo que sentí entonces.

Toda la sangre de mi cuerpo refluyó á mi corazon.

Mis labios se agitaron, y confusos sonidos se exhalaron de mi garganta.

Mi tio me dejó algunos momentos.

Al cabo de ellos mis ojos se llenaron de lágrimas.

Las habia tenido contenidas tanto tiempo, que en aquel instante se desbordaron.

Mi tio tambien lloraba.

Mas repuesto yo le dige:

—Luego aquella señora que yo ví, era mi madre?....

—Qué señora? me preguntó sorprendido el hermano del joyero.

Entonces le conté la aventura que tanta impresion me habia causado.

Isaac me dijo:

—Tienes razon, tu corazon habia adivinado perfectamente, era tu madre.

—Oh! dige yo juntando mis manos en ademan suplicante, llevadme donde está mi madre, yo quiero verla, quiero compensarla los dias tan crueles que habrá pasado lejos de su hijo.

—El hebreo me miró con tristeza.

—No me habeis oido? pregunté yo con impaciencia.

—Hijo mio, es imposible.

—Por qué? dige yo sintiendo un frio horrible en mi corazon.

—No me lo preguntes, ya te he dicho que es imposible.

—Es que no quereis que la vea? porque me habeis dicho entonces quien era mi madre.

Y yo lloraba con nueva fuerza.

Por fin Isaac me dijo:

—No puedes ver á tu madre, porque ha muerto.

Me quedé anonadado.

Las lágrimas se secaron de mis ojos.

Queria hablar y no podia.

Mi madre habia muerto.

Estaba solo, completamente solo en el mundo.

Isaac me miró enternecido.

Una lágrima brilló en sus ojos,

Despues se levantó, y con su paso magestuoso y grave, salió de la estancia.

Ignoro el tiempo que pasé allí solo en aquella habitacion donde habia sentido romperse la fibra mas querida de mi alma.

Cuando salí de aquella especie de agonia, miré á todas partes.

Entonces y solo entonces pude decir:

—Dios mio! que daño os he hecho yo, para que me degeis solo en el mundo.

—Y yo? no soy nada para tí? dijo una voz á mis espaldas.

Volví la cabeza y ví á Sara.

Enlazó sus dos brazos á mi cuello y lloró conmigo.

Cuando mi corazon se desahogó con el llanto, me sentí mas consolado.

Habia un ser en el mundo que tambien se asociaba á mis penas.

V.

Algunos dias despues volví á ser llamado á la presencia de Isaac.

—Tienes, me dijo, enemigos poderosos, el crímen cometido por mi hermano, ha provocado otros, y las víctimas de estos, quieren castigar en tí la falta del que creen tu padre. Por esta razon, dentro de algun tiempo partirás.

Yo!... y á dónde? pregunté asustado á la idea de separarme de él, de Sara y de sus hermanas.

—Ya lo pensaremos; ahora voy á revelarte otro secreto que te llenará de placer y de pesar al mismo tiempo.

—Y qué es? pregunté yo creyendo que seria referente á mi madre.

—Tienes dos hermanos mas.

—Dos hermanos!... y donde están?

—Lo ignoro, así como el paradero de tu padre.

—Mi padre, pues que, vive acaso?

—Tal creo, pero despues de la muerte de tu madre nada he podido averiguar de él.

—Pero esto es horrible! exclamé yo, tener una familia y no saber donde para.

—Para encontrar á tus hermanos, no tienes mas que un medio, tu llevas al cuello desde que naciste un relicario puesto por tu buena madre; tus hermanos llevan otro igual.

—Oh! exclamé sin poderme contener; y en mi insensata alegria besé cien y cien veces aquel recuerdo de una madre tierna y cariñosa.

Nada mas volvimos hablar sobre aquello.

Se pasaron los dias y tras estos los meses.

Desde que entré en casa de Isaac, mi educacion varió completamente.

El judío era hombre de un gran talento, y sus lecciones me sirvieron de mucho.

Hablaba perfectamente el inglés, el español, el árabe y el francés, y muy pronto hablé yo tambien aquellos cuatro idiomas.

Sin un ser en quien depositar el cariño que yo sentia en mi alma, concentré todos mis afanes, todas mis atenciones en el estudio.

Estudié las literaturas francesas y españolas, y me estasié con aquellas leyendas orientales que encendieron mi fantasía.

Un fuego estraño sentí abrasar mi mente.

Mi corazon palpitaba, y mi mano trazaba sobre el papel aquellos sentimientos nuevos que sentia germinar en mi alma,

Estaba tan lleno el baso de mi sentimiento que se desbordó sin poderlo contener.

Lágrimas y suspiros habian formado las primeras mañanas de mi vida.

Lágrimas y suspiros fueron los temas de mis primeras composiciones.

Sara era la única que conocia aquellas obras de mi alma, porque Sara tenia tambien un alma de artista.

Es verdad que Sara era una muger especial.

VI.

Tenia tres años mas que yo.

Bajo unas formas deliciosas de muger se ocultaba un corazon de hombre.

Enérgica y apasionada, débil y fuerte, muger y hombre á la par, Sara era la única que me consolaba, que me sostenia, y que me prestaba fuerzas para vivir.

Llegaron los primeros dias del año 1850.

Yo tenia entonces diez y siete años.

La vida que habia llevado habia desarrollado completamente mi naturaleza.

Dentro de un cuerpo de hombre encerraba un corazon de niño.

Impresionable y dulce como él, mis versos representaban fielmente lo que yo era.

Isaac entró una mañana en mi cuarto.

Sara venia con él.

No sé porqué un presentimiento estraño oprimió mi corazon.

En el rostro del hebreo se veia una tinta de sombria tristeza.

—Ruben, me dijo, tus perseguidores han descubierto donde te ocultas, y es necesario que partas.

—Yo! ¿y á dónde? pregunté temblando á la idea de abandonar aquella casa donde habia pasado los tres años menos malos de mi vida.

—A Tánger, y desde allí donde quieras.

—Pero Dios mio! y yo solo qué voy á hacer?

—No irás solo, me contestó Isaac, y su acento tembló ligeramente.

—Pues quién vendrá conmigo? pregunté yo.

—Sara.

—Tú, hermana mia? tú, vas á acompañarme? dige yo fijando mis enternecidos ojos en la jóven.

—Sí, me contestó ella, yo te serviré de guia.

—Quiere abandonarme!... cúmplase la voluntad de Dios!... dijo con amargura el anciano.

—Y yo no puedo permitir eso, contesté, vos no podeis quedaros solo.

Me se habia olvidado decir que Ester se habia marchado con otro hermano de Isaac, y Lia con un hijo del tio de Sara, residente en Tánger.

Razon tenia este en quejarse de la soledad en que se iba á encontrar desde el momento en que los dos nos marchasemos.

—No, hijo mio, me contestó Isaac, tengo un deber que cumplir con respecto á tí, y ante él lo sacrifico todo. Sara tiene la inteligencia y la energía suficiente para salvarte y para evitar todas las persecuciones, y ella debe marchar contigo; yo pobre anciano ya, no os serviria mas que de estorbo, lo único que os ruego es que me escribais siempre á el sitio donde voy á establecerme y que ya conoce Sara.

No pudo continuar.

Las lágrimas empañaron sus ojos, y todos confundimos las nuestras al par que nos confundiamos en un tierno y prolongado abrazo.

Todo aquel dia lo ocupamos en hacer los preparativos de viage.

Un antiguo criado de Isaac, que nos queria tanto como

este, y que de todo estaba enterado habia de acompañarnos tambien.

Al dia siguiente Sara vestida de hombre luciendo un trage airoso de musulman, entró á buscarme á mi habitacion.

Yo tambien habia arrojado mi saco de judío, para ponerme el blanco alquicel marroquí.

Aquel dia se pasó entre lágrimas, consejos y amonestaciones.

Bien entrada ya la noche, salimos de nuestra casa, y poco despues de Mequinez.

A alguna distancia de la capital, nos esperaba el criado con tres caballos.

Dimos el último abrazo á Isaac, y sin poderle decir una palabra montamos en nuestros corceles, y pronto nos perdimos entre las sombras de la noche.

VII.

Hemos llegado á Tánger.

Hace tres dias que estamos en la casa de Abdel-Abbas el hijo de mi protector.

Tres dias hace tambien que he empezado estas memorias

Sara me acompaña á todas partes.

¿Qué seria de mi sin ella?

He visto á Lia.

Me ha tendido sus débiles bracitos, y ha pronunciado mi nombre.

Abdel siempre tan grave no me inspira el cariño que su bondadoso padre.

En este momento entra Roboan, el criado que ha venido con nosotros desde Mequinez.

Se ha dirigido á Sara, y la ha dicho.

—Pronto, tenemos que marchar de aqui.

—Porqué? preguntó la hebrea.

—Porque acabo de ver á Ali-Bey.

Sara se ha puesto extraordinariamente pálida.

Enseguida se ha vuelto á mi y me ha dicho.

—Vamos Ruben preparate porque tenemos necesidad de partir hoy mismo.

Inmediatamente, ha salido Abdel y se ha marchado en casa de Sir Drummon Hey el cónsul inglés en esta, y ha sacado tres pasaportes.

Yo me llamo Alberto Waiton, Sara, Jorge, y es hermano mio y Roboam, Tony, y esta noche nos embarcamos para Gibraltar.

Esta noche abandono la tierra donde he pasado los primeros y mas amargos dias de mi vida.

Huérfano, sin una familia que los hombres me han arrebatado, he tenido que buscar en los mismos hombres una nueva familia.

Pero ni aun de estos goces me ha sido dado disfrutar.

Perseguido por no se quien, únicamente Sara es quien me acompaña.

En ella pues reasumo todas mis afecciones.

¿Tendré tambien que renunciar á ella?

CAPÍTULO LI.

En que se continúan las memorias de Alberto.

Segunda época de mi vida.

Constantinopla 20 de Setiembre de 1850.

I.



HEMOS estado en Gibraltar y en Barcelona, he visto costumbres nuevas, y Sara siempre atenta, siempre ocupándose de mí, me ha hecho observarlo todo y tomar nociones de las ideas y de las costumbres de los pueblos que hemos visitado.

Cada dia me convenzo mas de que Sara es una gran mujer.

Dotada de un talento poco comun, es el mejor mentor que yo podia haber tenido en el mundo.

Artista por el corazon, es altamente filosófica por la cabeza.

Su perspicacia me asombra algunas veces.

Se ha identificado de una manera tal con su nueva posicion, que muchas veces me pregunto yo si es una mujer la que me habla y la que me enseña, ó es un hombre dotado de una gran esperiencia y de un conocimiento profundo del corazon humano.

Merced á ella empiezo á leer un poco en ese gran libro que la humanidad tiene casi siempre abierto para el ojo del observador.

Desde Barcelona hemos ido á Marsella.

Una sociedad nueva se ha presentado á mi vista.

Entre el pueblo catalan y el pueblo marsellés he encontrado muchos puntos de contacto.

Pero sin embargo, prefiero el carácter español al francés.

Por donde quiera que voy, el recuerdo de mi madre y la incertidumbre de mi padre y mis hermanos, va conmigo.

Casi todos los seres que veo, tienen una madre, una familia en quien depositan sus penas, y cuyos cuidados cuyas atenciones, cuyos consuelos, mitigan las penas del que sufre.

Yo pobre de mí, solo en el mundo tiendo mi vista á todas partes, y en esta gran inmensidad que me rodea, solo encuentro otro ser huérfano y solo como yo.

Porque Sara tampoco es hija del joyero Abraham.

Era sobrina suya.

Su nacimiento tambien tiene mucho de estraño.

Rebeca era hermana de Abraham y de Isaac.

Aquella vivia con el joyero.

Sidy-Mohamed la vió y se enamoró de ella.

El hijo de Muley-Abderrhaman puso en juego cuantos medios estuvieron á su alcance para vencer á la judía.

Ignoro como sucedió lo demas, pues Sara no me ha querido revelar su secreto por entero, lo único que sé es que esta fué la consecuencia de aquellos amores.

Abraham esplotó perfectamente la pasion del hijo del emperador de Marruecos.

Y ahora únicamente es cuando me esplicolas visitas de este á la casa del que yo creia mi padre.

¿Y la madre de Sara, que se ha hecho?

Tambien lo ignoro; no ha querido decirme una palabra respecto á esto.

Por esta razon huérfana y sola en el mundo, ha depositado en mí todo el tesoro de su cariño.

Porque mi hermana adoptiva me ama con otro cariño que no es el de los hermanos.

Pero no anticipamos los sucesos.

Desde Marsella, nos dirigimos á Alejandría.

Las costumbres de Oriente me hicieron una impresion particular.

Poco tiempo permanecimos en este punto.

Segun me decia Sara, para quitar á mi perseguidor toda esperanza de hallarme, necesitábamos no fijar nuestra residencia en ninguna parte.

Desde Alejandría, nos hicimos á la vela en una fragata veneciana, para Constantinopla

Describir yo lo que sentí al penetrar en el Bósforo seria completamente imposible.

Tampoco es á propósito para este lugar.

No relato las impresiones de mis viages sino las memorias de mi vida.

Aquellas cúpulas cuyas agujas se elevaban hasta las nubes.

Aquella riberas cubiertas de verdura y exalando multitud de perfumes.

Aquella infinidad de kaiques cuyas afiladas proas cortan con una rapidez asombrosa las aguas del rio.

Aquel sol que hace brillar las agujas doradas de los altos minaretes.

Aquellos kioscos primorosamente calados que se destacan de los verdes jardines.

Todo aquel conjunto verdaderamente magnifico causa en el ánimo del viagero una emocion inesplicable.

Sara y yo, sobre la cubierta del buque contemplábamos aquel panorama, y ambos, poetas de sentimiento, comprendiamos y admirábamos aquella espléndida hermosura.

La fundacion de Constantino se presentaba á nuestra vista con toda su belleza esterior, pero ay! habia en su fondo tanto cieno, tanta bajeza!...

Desembarcamos, y nos dirigimos inmediatamente hácia el «Hotel Francés», establecido en el arrabal de Pera, donde residen los embajadores europeos, y cuyos habitantes son en su mayor parte europeos tambien.

Por este tiempo se estaba verificando en todo mi ser un cambio notable.

Un deseo vago, desconocido, sin objeto germinaba en mi alma.

Mi pensamiento se forjaba un ser especial, que mis ojos veian en todas partes.

Ser que cubierto de gasas, entre una atmósfera de nubes, me miraba sonriéndose de una manera como jamás habia visto sonreir otros labios.

Sus ojos se fijaban sobre los mios, y aquella mirada me causaba una impresion particular.

Mi corazon palpitaba con rapidez unas veces, y otras por el contrario, casi no sentia sus latidos.

Mi frente ardia, y mis ojos se llenaban de lágrimas cuya causa no acertaba á esplicarme.

Yo me preguntaba que clase de estado era aquel, y no podia responderme.

II.

Un dia estaba solo en mi habitacion.

Sara habia salido con Roboam.

Sobre la mesa estaba abierto el magnífico neceser de viage que llevaba mi compañera.

Mi vista se fijó involuntariamente en él.

Un cuadernito estaba abierto encima.

No se que atraccion particular tuvo aquello para mí, que sin saber que hacía, me acerqué á la mesa.

Miré aquellas ojas y un estremecimiento estraño agitó todos mis miembros.

Mi nombre estaba repetido muchas veces en aquellas letras trazadas por la mano de Sara.

Un misterio desconocido se reveló para mí.

Agarré aquel cuaderno y devoré su contenido.

Sara me amaba, me amaba con una pasion como jamas la habia sentido otra mujer.

Aquel papel habia sido el confidente fiel de aquellos amores, que ella habia resuelto sepultar en el fondo de su pecho, creyendo que yo no la amaba.

Aquella pasion me hizo adivinar la mia.

El niño se habia vuelto hombre, y el amor ocupaba por entero aquel vacío constante que me habian dejado la pérdida de mis afecciones de familia.

El fantasma de mi imaginacion, los sueños, las lágrimas, las quimeras, todo se reveló en aquel instante.

Entonces y solo entonces pensé en la belleza rica y esplendente de Sara.

Entonces y solo entonces admiré á aquella muger.

Y solo en aquel momento comprendí lo grande que era.

Tambien entonces se despertó en mi el amor, y en segundos, creció de una manera espantosa.

Hice juramento de amar á aquella muger con un cariño tan inmenso, como inmenso habia sido cuanto por mi habia hecho.

Me sentí completamente transformado.

La lectura de aquella especie de diario me habia hecho otro hombre.

III.

Cuando Sara entró en la habitacion nuestras miradas se encontraron.

No se lo que ella advertiria en las mias que inclinó su vista ruborizada.

A no haber Roboan entrado tambien con ella creo que me habria arrojado á sus pies y hubiera besado cien y cien veces aquella mano que tantas veces se habia puesto entre las mias y cuya agitacion y temblor jamás habia sabido adivinar.

Todo el dia tuvimos personas estrañas que no nos dejaron esplicarnos.

Muchas veces durante el, nuestros ojos se encontraron, y otras tantas Sara los inclinó con las megillas enrogecidas.

Yo deseaba quedarme solo con ella.

Cuando llegó la noche salimos como teniamos de costumbre y nos fuimos á pasear á los jardines que crecen en las riberas del rio.

Sara evitaba acercarse á mí.

Advertia en ella una cosa que jamás habia notado, y segun despues supe era porque ella tambien habia comprendido el estado de mi alma.

Pocas palabras se cruzaron entre ambos.

Llegamos á los jardines, y pronto nos perdimos en aquellos bosques deliciosos.

Entonces fué cuando yo me acerqué á Sara.

—Sara mia, la dige casi balbuceando, ¿qué tienes? parece que huyes de mí ¿acaso te he ofendido?

—Tú!... me respondió con viveza, mas reponiéndose en seguida continuó: No me has dado motivo para que esté incomodada, y demasiado sabes, que contigo aunque me lo dieras, jamas podria yo estarlo.

Yo no supe como continuar la conversacion.

Otra porcion de tiempo se pasó sin que nuestras palabras se cruzaran.

Pero yo sentia palpitar mi corazon mas rápidamente.

Mi frente ardia, y mis sienes parecian que se me querian saltar.

Una multitud de palabras se agolpaban á mis lábios.

En este estado me volví hácia ella y la dige.

—Sara, ya es tiempo de que hablemos con franqueza, porque yo tampoco puedo callar mas tiempo.

—Qué quieres decir Alberto? me preguntó fijando sus negros ojos en mí.

—Que he leido tu diario

—Tu?... esclamó llevándose ambas manos al corazon.

—Si yo, lo he leido, y él me ha revelado que yo tambien te amo Sara mia.

—Oh!...

Y no pudo decir mas.

Fijó sus miradas en el transparente azul del cielo y todo su semblante espresó una alegria infinita, sublime.

Aquella alma toda amor, daba gracias al ser Supremo, por la inmensa dicha que la concedia.

Despues sus ojos se fijaron en mí.

Ya no tuve palabras para espresarla lo que sentia.

Mis miradas contemplaban en conjunto todos aquellos encantos.

De pronto un ardor desconocido se apoderó de mí.

El rostro de Sara se enrogeció estraordinariamente.

Ambos nos contemplábamos, y ambos permaneciamos mudos.

Nuestras pupilas se confundian en una mirada limpia, brillante y acariciadora.

Nuestras manos se buscaron á traves de la oscuridad.

Nuestros dedos ardian.

Y aquel fuego subiendo por nuestros brazos abraso nuestras cabezas.

Se inclinaron, y sin preveerlo nosotros, sin que nosotros pudieramos evitarlo, nuestros labios que se buscaban sedientos, se encontraron, y se confundieron en un beso prolongado y dulcisimo.

. . . .

Los pajarillos que habitaban en los arboles elevaron un himno á sus amores.

Las flores mecidas por la brisa, unian sus corolas, y confundian sus aromas.

Y á los amores de los pajaros y de las plantas se unieron

los nuestros tan puros como los suyos, y como los suyos tan inmensos.

Aquellos jardines, aquellas auras, y aquella infinita cortina azul tachónada de estrellas colocada entre el hombre y Dios, presenció nuestro primer juramento de amor.

IV.

Yo era otro hombre.

Amaba y era amado.

Sara me rodeaba de una aureola de ternura superior á todo cuanto yo pudiera decir.

Para ella no existia en el mundo otro hombre que yo, asi como para mi tampoco existia otra mujer que ella,

Mi alma se desbordaba, y aquellos torrentes de cariño que durante tantos años habia estado conteniendo en el fondo de mi pecho anegaban por entero el alma de mi amada.

Ya no viviamos en el «Hotel de Frances.

Sara habia querido que nos fuesemos á vivir á otra casa, donde libres y solos pudieramos entregarnos á todas las delicias de nuestro naciente amor.

Uno de aquellos lindos Kioscos que sembraban las orillas del rio, fué el elegido para nuestra morada.

Roboan era la unica persona que vivia con nosotros.

Así, en este estasis continuado trascurrieron algunos meses.

Llegó el dia 12 de Enero del año 1851.

Jamás se borrará de mi memoria.

Por la mañana, entró Roboan muy asustado y nos dijo:

—Ya está ahí!

—Quién? pregunté yo.

—Ibrahim, contestó él dirigiéndose á Sara.

—Y te ha visto? preguntó ella poniéndose estraordinariamente pálida.

—No lo sé.

—Pero qué hay? pregunté yo entonces, quién es ese Ibrahim?

—Tu enemigo, el hombre que te persigue hace tanto tiempo.

—Entonces, que venga, dige yo, que venga y se despejará de una vez esta incognita.

—Calla, Alberto mio, dijo Sara, no digas eso, tu no conoces á ese hombre.

—Acaso no lo soy yo tambien?

—Dejame á mí, y no te ocupes de nada, y volviéndose á Roboan continuó la hebrea; llegate inmediatamente al puerto y mira si está aun ese bergantin de Alejandria cuyo patron conocimos noches pasadas en el café turco; y si está, dile cuando piensa hacerse á la vela.

Roboan salió, y momentos despues vino á decirnos, que si estaba, pero que se marchaba á la noche.

Sara salió inmediatamente.

Dos horas despnes volvió diciendo que ya estaba todo arreglado.

Inmediatamente empezamos á empaquetar nuestros efectos.

Llegó la noche:

Cerca de nuestra casa nos esperaba una lancha para conducirnos al buque.

Ya habia cargado Roboan con nuestras maletas, y nos disponiamos á salir, cuando la puerta se abrió de golpe. y dos hombres penetraron en nuestra casa.

Los dos venian enmascarados.

Sara se puso palida y dió un grito.

Roboan hecho mano á un puñal que llevaba y fué á lanzarse sobre uno de los dos desconocidos.

Pero el otro no le dió tiempo.

Su mano mas pronta le atravesó el corazon con una daga, y cayó al suelo sin exalar un quejido.

Yo quise hacer uso de mis pistolas.

Entonces el que habia muerto á Roboan se adelantó á mí con intencion de herirme.

Pero Sara que todo lo miraba, se puso delante de mí. y sacando un cuchillo de caza que llevaba siempre, lo hundió dos veces en el pecho de aquel hombre.

Y mas rápida que el pensamiento me dió un empujon, me hechó fuera de la estancia, y antes de que el otro desconocido pudiera evitarlo, cerró la puerta y la hechó la llave.

—Corre, me dijo Sara.

Cuando salimos al jardin, el desconocido afianzado á una de las rejas del kiosco empezó á gritar para que nos detuvieraa.

Entonces se volvió Sara, me pidió mis pistolas, y la pólvora que llevaba yo en un frasco.

Vació la mitad de él, sobre un monton de leña que habia junto á la pared de nuestro kiosco, y disparó sobre él.

La pólvora prendió á las ramas, y en un momento ardió la leña, amenazando abrasar, el frágil edificio.

Yo estaba aterrado.

Sara me cogió de la mano y hechamos á correr.

Llegamos donde nos esperaba la lancha y nos embarcamos inmediatamente.

La hebrea sacó una moneda de oro y la puso en manos de uno de los marineros diciendole.

—Otro tanto, si nos pones en el bergantin antes de cinco minutos.

El esquife volaba sobre la tersa superficie del Bósforo.

A la hora pedida, atracabamos al costado del buque.

Sara cumplio su palabra.

La embarcacion no esperaba mas que á nosotros para darse á la vela.

Tendieron estas, y momentos despues impelidos por un viento favorable dirijiamos nuestro rumbo hacia Smirna.

CAPITULO LII.

En el que concluyen las memorias de Alberto.

Tercera época de mi vida.

EN EUROPA.

Madrid 10 de Mayo de 1853.

I.



L cabo de un año vuelvo á abrir este cuaderno donde están consignadas todas las impresiones de mi vida.

Desde Constantinopla á Smirna, desde Smirna á Venecia, desde Venecia á Madrid.

Hemos visitado la Italia, Francia, Inglaterra y España.

¿Y soy feliz acaso?

Es imposible serlo en la clase de vida que llevo.

Huyendo constantemente de un hombre á quien todavia no sé el daño que mi familia pudo causarle, para que de tal modo me persiga.

Únicamente Sara es capaz de endulzar mis penas.

Y sin embargo.... No sé porque ni aun al papel me atrevo á consignar lo que siento.

¿Amo á Sara, ó no la amo?

Estoy á su lado, y no pienso en otra cosa mas que en su amor.

Pero estoy lejos de ella, y siento un vacío en mi alma.

Y tengo miedo de interrogarme.

¿De qué puede nacer esto?

Sara es la misma para mí hoy que el primer dia.

Pero tiene unos celos que por mas que trata de disimularlos, padece ella, y yo tambien porque comprendo su sufrimiento.

Hemos estado en Venecia.

Quien no admira esa escéntrica poblacion que brota por decirlo así del seno de las aguas.

Cuando surcaba sus canales reclinado perezosamente en el fondo de la góndola, mi imaginacion se remontaba á otras épocas, y preguntaba á aquellas aguas, por los cadáveres que la justicia terrible del tribunal supremo les habia arrojado.

Yo visité con un recogimiento estraño aquel palacio de los Dux, y cuando subia por la escalera de los Gigantes, casi no me atrevia á respirar.

Parecia que cada peldaño y cada piedra ocultaban un drama sangriento.

Tambien estuve en los Plomos, en esas mefíticas prisiones cuya descripcion me habia hecho sentir tantas veces al leer el magnífico gemido á que Silvio Pellico ha dado el triste nombre de «Mis prisiones.»

Aquella plaza de S. Marcos con su Leon alado, aquel famoso puente de Rialto, toda Venecia en fin, hablaba de una manera estraña á mi cabeza y á mi corazon.

Despues estuve en Nápoles.

Acababa de dejar á un pueblo, que grande en medio de sus crímenes, y libre en medio de sus vicios en otro tiempo, era hoy presa de un yugo estrangero que cada dia se hacía mas insoportable.

En Nápoles vi el mismo yugo bajo otras formas.

Así como mas tarde lo vi en Roma tambien.

En la antigua Parténope de los antiguos tambien tuvo mucho que admirar.

Aquel Vesubio, eterno verdugo que cual otra espada de Damocles amenaza constantemente á los pueblecillos y «víllas» que se elevan á sus pies, me causó una impresion profunda.

Aquella *Grotta dil Cane*, con la especialidad de su hálito mortífero, me llenó de admiracion.

Por donde quiera que fuí de Italia, encontré tanto recuerdo, tanta página de esa historia de las naciones escrita sobre las piedras medio carcomidas, ó sobre los edificios casi arruinados, que no bastarian multitud de volúmenes para describirlas.

No parece sino que la Italia de hoy está espiando las grandes faltas, los terribles crimenes de sus pasados tiempos.

No puedo ni debo detenerme mucho en la descripcion de mis viajes.

Por esta razon abandonaré la Italia con su grandeza y su abyeccíon, y pasaré á Inglaterra á Escocia y á Irlanda.

Si sociedad ha habido que me haya fastidiado ha sido la inglesa.

El porque no lo acierto á definir.

En fin en la capital donde menos tiempo hemos estado ha sido en Lóndres.

Desde allí, hemos atravesado el canal de la Mancha, y hemos pisado el suelo francés.

Tres meses hemos estado en Francia.

Paris me ha gustado mucho.

Desde este punto hemos venido á España.

Deliciosa tierra cuyo cielo en vano he buscado en otros paises.

Estamos en Madrid

He admirado todas las obras, todos los monumentos que encierra en su seno este gran pueblo, y creo que mi residencia se ha fijado ya.

Ni quiero, ni debo salir de España.

II.

Nuestra posicion es bastante precaria.

Sara llevaba letras, para casi todos los puntos donde hemos estado.

Unicamente para Madrid no traia ninguna.

Los viages nos han hecho gastar un capital.

Asi que nuestros fondos son muy escasos.

Mi amada se ha empeñado en escribir á Isaac, para que nos envie dinero pero yo no he querido;

¿Qué necesidad hay de esto, pudiendo yo trabajar?

No ha querido acceder á ello, pero al fin se ha conformado

Vivimos en una habitacion muy reducida.

Mi Sara se ha encargado de la cocina, y de la sala.

Yo de que buscar conque proveer aquella, y conque amueblar mejor esta.

Cuanto me quiere Sara!

Tenia yo escritos, varios apuntes en mi cartera de viage, y voy á utilizarlos.

Aquí pasamos la judia y yo por dos esposos recien casados.

¿Y acaso no lo somos?

La verdadera union la constituyen los lazos del alma, y nuestras almas están tan identificadas la una con la otra, que no hay mas que una sola voluntad.

He empezado á trabajar.

Estoy escribiendo un drama.

Con Sara consulto todas las escenas, todas las situaciones, todos los versos.

Ya he dicho que mi amada no es una muger vulgar.

Reconozco en ella una superioridad de inteligencia cual he visto en muy raras mugeres.

No salgo casi á ninguna parte.

Unicamente al anochecer, solemos salir á dar una vuelta

por las calles, y alguna noche que otra vamos al teatro.

Y despues otra vez á casa á trabajar.

Dos veces he roto mi trabajo, pues ninguno de los dos he quedado satisfecho de él.

Y ello es menester que lo concluya pronto, pues nuestros fondos van disminuyendo de dia en dia.

III.

Madrid 7 de Enero de 1854.

Ya concluí mi drama.

Sara dice que es una gran cosa, y yo creo tambien que vale algo.

He visto á dos empresarios, y los dos me han dado muchas palabras.

Por fin los dos me han dicho que tenian muchos originales y que tardaria bastante en entrar el mio en turno.

He adquirido relaciones con algunos otros chicos de bastante talento, pero tan desgraciados como yo.

Es decir, que siempre ha de ser innata al talento, la desgracia?

Luego ese tributo que las naciones debian rendir á los hombres que las ilustran, no es mas que una farsa.

Uno de estos amigos de desdicha, me decia dias pasados que el talento era tan solo una palabra.

Que en la sociedad, el hombre de mas inteligencia era aquel que mejor sabia aparentarla.

De lo que se saca en consecuencia que esto tambien es cuestion de pura charlataneria.

Como ha de ser! ahora conozco, que he emprendido una lucha superior á mis fuerzas.

Yo creia que pronto podria contar con recursos para aten-

der á las necesidades de la casa, y veo que esto se dilata mucho.

Y no soy yo solo el que se encuentra en este caso.

Multitud de jóvenes de un gran talento, de mucho mas que yo, se encuentran en el mismo.

Si no hubiera sido por Sara, hubiese sucumbido ya.

Pero ella, me alienta, y me da fuerzas para sostenerme.

He pasado cinco meses en tentativas inútiles.

Por fin, en el teatro del Príncipe creo que se ha leido con bastante interés.

En este momento acaban de decirme que se está sacando de papeles.

Dios mio, ¿será verdad?

Ya estamos ensayándola.

La Teodora interpreta maravillosamente su papel.

Es verdaderamente la muger que yo habia soñado en mi fantasía.

¿Y Romea, y Arjona?... y todos porque no encuentro ninguno que no haya comprendido perfectamente mi idea.

Para esta noche está anunciado.

¡Dios mio! ¿Qué va á sucederme?

Esta noche se decide mi porvenir ¿será favorable el juicio del público?

Sara quiere ir al teatro, y yo trato de impedírselo porque ni aun yo mismo sé si me atreveré á ir.

Dos amigos mios han venido para llevarme ante ese tribunal tan severo que se llama público.

Está bien, iré, y afrontaré con resolucion mi destino.

IV.

Dia 30 de Mayo de 1854.

Gracias Dios mio! gracias.

¿No sé lo que pasa por mí?

Han transcurrido veinte y cuatro horas, y creo que aun estoy soñando.

Aun resuenan en mis oidos aquellos bravos atronadores, aquellos aplausos sin cuento.

Todos me han abrazado, todos me han dado la enhorabuena, y Sara ha llorado de placer.

Ya tengo un nombre.

Ayer era desconocido; hoy una multitud inmensa no ignora como me llamo.

. . . .

Han pasado muchos dias.

Mi drama lleva cuarenta representaciones, y aun el público asiste con un afan estremado.

Ya tengo empezado otro nuevo.

Con qué afan trabajo ahora.

Mi Sara tiene una criada, y yo un criado.

Vivimos en otra habitacion mas desaogada y mas decente.

Sara sigue en su idea de no presentarse en ninguna parte.

Hay una porcion de amigos mios que ni aun siquiera la conocen.

Ella se esconde en el momento en que ellos vienen á verme.

Yo soy al contrario.

Mi nombre y muchos de mis amigos, me han abierto las puertas de los salones de la alta sociedad.

Asisto á una porcion de reuniones, y los hombres del saber y del dinero no se desdeñan con mi trato.

Sara ha querido que en todas partes me presente como soltero.

Ella no asiste á ninguna reunion.

Entre las personas á quienes trato, hay una familia que me ha merecido un aprecio particular, y creo que tambien me corresponde.

Es la de los Condes de Belmonte.

Apasionados admiradores de mis obras, las aplauden con entusiasmo, y dispensan una amistad franca y obsequiosa á su autor.

Tienen una hija.

Mejor dicho, tienen un ángel, porque Clara, no es una muger.

Es todavía casi una niña, y sin embargo, aquel alma es tan pura y angelical como despejada su inteligencia.

En casa de los condes paso algunos de los mejores ratos de mi existencia.

Yo estoy deslumbrado.

Este nuevo mundo en que habito, esta sociedad que me rodea, me atrae y me repele, me alhaga y me fascina, me embriaga y me entristece, y en esta continua agitacion siento un no se qué especial que en vano trato de esplicarme.

Esta atmósfera que me circunda, me ciega completamente.

Esas mil mujeres hermosas que veo, que me hablan con un lenguage desconocido para mí, que me miran de una manera estraña, que me buscan, que me acarician y que me escancian amores, no se que sensaciones nuevas han despertado en mí.

Mis ojos que hasta ahora han permanecido cerrados, se han abierto de pronto á la luz, y se han deslumbrado.

Sara en cambio, está muy diferente.

Cada vez parece alejarse mas de mí.

Hasta me parece que se ha vuelto mas reservada y mas severa.

Se han puesto en escena otras dos comedias mias, y su éxito ha sido tan satisfactorio como el de la primera.

S. M. se ha dignado premiar mi escaso mérito con la cruz de Cárlos 3.°

Ahora escribo una novela de costumbres.

Es un ensayo que quiero hacer en ese género de literatura.

Isaac ha sabido mis triunfos, y el buen anciano se ha alegrado estraordinariamente.

Se conoce que mis enemigos han perdido la pista, toda vez que hasta ahora me han dejado en paz.

He recibido bastante dinero de parte del hebreo, el que

unido al que he ganado con mi trabajo, me permite vivir con bastante holgura.

V.

Dia 10 de Junio de 1858.

Ya se nubló el cielo de mi felicidad.

Mi reputacion está hecha; tengo una posicion envidiable, tengo cuantos goces puedo apetecer, y sin embargo no soy feliz.

Sara y yo nos hemos separado.

Parece imposible; yo me pregunto muchas veces, si es cierto y casi no lo creo.

Han pasado tres años, y un cambio notable se ha operado en mí.

Hoy que me veo solo, es cuando hecho mas de menos á esos hermanos que jamás podré hallar, y á ese padre cuya existencia es un problema para mí

Tras de la reserva y la seriedad de Sara vinieron los celos.

Tras los celos, las recriminaciones, las dudas y las exigencias.

Perdida la confianza, la paz tenia que desaparecer entre nosotros.

Es verdad que tuve algunos ligeros estravíos, pero ella misma tuvo la culpa de que se aumentasen.

Los celos estravían las imaginaciones mejor organizadas.

Sara los tenia atroces.

Cualquier mujer á quien yo saludase, era ya porque tenia relaciones con ella.

Y tras esta figuracion, teníamos una incomodidad, y yo abandonaba mi casa para ir á otra, á buscar la tranquilidad que no encontraba en la mia.

Finalmente, tras de todo esto vinieron las amenazas.

Esto acabó de exasperarme.

Desprecié sus amenazas, y concluimos de una vez.

Sin embargo la conocia perfectamente y temí que aquel carácter resuelto y atrevido no cumpliese lo que ofrecia.

Me habia amenazado con revelar mi orígen.

Sabia la clase de sociedad en que vivia, y que una palabra de esta especie me derribaba de aquella altura, á donde tanto trabajo me habia costado subir.

Y desde entonces huyó tambien la calma de mi corazon.

Yo no podia retirarme de aquel mundo en que vivia.

Y siempre por donde iba, en las casas que frecuentaba, me parecia que una voz misteriosa murmuraba al oido de todas las personas, «Ese hombre os ha engañado, el nombre que os ha dicho, no es el suyo, es el hijo de un judío,» y aquel acento penetraba hasta el fondo de mi pecho.

Y padecia lo que nadie puede figurarse.

Unicamente donde iba con mas frecueneia era en casa de los condes de Belmonte.

Clara habia crecido mucho, era una mujer con todas las reminiscencias de una niña.

Se alegraba cuando me veia, y yo tambien sentia un goce estraño cuando se sentaba á mi lado.

Una noche estábamos en casa de la marquesa D....

Yo tenia amores con la hija de un banquero.

Se hablaba bastante de ellos en la alta sociedad, y aun se decia que nos casaríamos.

La marquesa me dijo que aquella noche se iba á presentar una gran señora de orígen judío pero que se habia bautizado al enlazarse con un título estrangero.

Era viuda á la sazon, y se llamaba Julia.

Yo no sé porqué senti una opresion particular en mi pecho.

Mi prometida que se apoyaba en mi brazo, advirtió el temblor que tenia, y me interrogó sobre la causa.

Yo la dí un pretesto con el que se satisfizo.

Momentos despues la princesa Vurdinoff penetraba en los salones de la marquesa D....

Cuando yo la ví, creo que hasta mi corazon cesó de palpitar.

Era Sara, Sara con su belleza deslumbradora, y con su mirada que brillaba de una manera particular.

La marquesa vino á buscarme y me dijo.

—Venga V. Alberto, quiero presentarle á nuestra bella princesa Rusa.

Quise escusarme, pero no pude.

La marquesa me llevó á donde estaba la hebrea.

—Aquí os presento Princesa, la dijo, el poeta que es hoy el orgullo de la Córte, y volviéndose á mí añadió con ese encanto especial que solo la marquesa posee, Alberto, la señora princesa Yurdinoff.

Y tras estas palabras, nos dejó solos.

Durante algunos momentos yo no supe que hacer ni que decir.

Nuestra mutua presentacion habia traido junto á nosotros multitud de personas.

Yo estaba en berlina, y no sabia como salir de aquel trance.

Por fin me acerqué, y la dige:

—Si la señora princesa se digna favorecerme, concediéndome este rigodon....

Sara no me contestó una palabra.

Se apoyó en mi brazo, y aprovechando algunos instantes que faltaban para que se fueran colocando todas las demas parejas, me habló de cosas indiferentes.

Yo estaba aturdido de la inmensa serenidad de aquella muger.

Concluyó el baile, y seguimos paseando.

Ni ella me habló del pasado, ni yo tampoco.

Un jóven agregado á la embajaba inglesa, vino á sacarla para bailar.

Me dijo algunas palabras en estremo lisongeras para mí, y se cogió del brazo del *gentlemen*.

—Qué te sucede Alberto? dijo en esto una dulce voz á mi espalda.

Me volví, y era mi futura.

La hija del banquero había advertido como todo el mundo, la turbacion que yo tenia.

Me escusé como pude, y seguimos paseando.

En una de las vueltas que dimos por el salon nos encontramos frente á frente con Sara que iba apoyada en el brazo del inglés.

La hebrea me miró de una manera estraña que me hizo estremecer, y me dijo, con una sonrisa mas estraña todavía.

—Supongo que el Sr. poeta no se habrá olvidado que tenemos pendiente un wals?

Mi pareja se me quedó mirando.

Momentos antes la habia dicho que bailariamos el wals inmediato.

La pupila de Sara brillaba fija sobre mí.

Yo vacilé pero dominado por aquella mirada tartamudee debilmente.

—Es demasiada honra la que me habeis concedido para que yo no trate de hacerme digno de ella.

Sara se sonrió de la manera que solo ella sabe hacer, y siguió su camino.

Yo he dicho siempre que las mugeres tienen infinitamente mas penetracion que los hombres.

Mi futura comprendió que algo estraordinario pasaba entre la princesa y yo.

Trató de averiguar, me hizo multitud de preguntas, y si no se quedó convencida, al menos se dió por satisfecha.

VI.

El wals se iba á empezar.

Fuí á buscar á Sara.

Su mano temblaba ligeramente entre las mias.

Dimos algunas vueltas bailando, y estoy seguro que todos los hombres me tenian envidia.

Descansamos algunos instantes.

Entonces me dijo la hebrea.

—Creo que habrás comprendido que no te he comprometido para este baile sin tener algun objeto.

—Esplicate, y te podré comprender mejor, la contesté.

—Nuestro amor ha concluido por tu causa.

—O por la tuya, añadí.

—Sea de ello lo que quiera, no puedo resistir, que pertenezcas á otra muger.

—Qué quieres decir? la pregunté sobresaltado.

—Que tu boda con la hija del banquero, ha de quedar rota mañana mismo.

—Imposible.

—Entonces preferirás mejor que todo el mundo se entere de tu origen.

—Y serías capaz?... la dige yo sin poder ocultar mi estremada angustia.

—De todo, me contestó Sara con acento implacable.

Ella sabia muy bien que yo no tenia mas remedio que ceder.

La fe de bautismo perteneciente á mi, fechada en Oran, estaba en su poder.

Despues que nos separamos la eché de menos.

Mi corazon palpitaba con violencia.

No encontraba medio alguno para salir de aquel atolladero.

—Piensa bien lo que has de hacer, volvió á repetirme Sara, ni con ella, ni con muger alguna, tengas amores, porque siempre me interpondré.Ya que yo no sea feliz, que no lo sea tampoco otra.

Y concluidas estas palabras, volvió la cabeza sonriendo á los que estaban mas cerca de nosotros, y les dijo con la voz mas natural del mundo.

—Vean Vds. en que aprieto he puesto al poeta.

—Cómo? preguntaron algunos.

—Me ha llenado de galanterías, y entre otras me ha dicho que yo era la decima musa, entonces yo he exigido que á esa musa que por decirlo asi, se ingeria entre las nueve hermanas, le improvisase alguna cosa, y ya lo ven VV, ha puesto en prensa su imaginacion, y nada encuentra en ella que poder ofrecer á esa musa nueva.

Y sin dejarme tiempo para decirla una palabra, cogió el brazo del Ministro de Estado, y se perdió por los salones.

Yo miré á todas partes y solo vi fisonomías burlonas que se fijaban en la mia.

Y entre todas ellas, unos ojos que me miraban de una manera particular.

Eran los de mi futura.

Habia llegado cuando Sara estaba hablando y se enteró de cuanto dijo.

Como consecuencia de aquello, y del temor que la hebrea me inspiraba, quedó completamente desbaratada mi boda.

Todo el mundo atribuyó á mi inconstancia aquel rompimiento, y durante algunos dias no se habló en la alta sociedad mas que de aquel incidente.

Despues tuve otros y otros amores, y siempre el acento de Sara venia á helar mi corazon.

Aquel tremendo «*Lane, Thecel, Phares*» amenazando constantemente á mi felicidad, me tenia aterrado.

VII.

El egoismo infinito de aquella muger irritaba mis buenos instintos.

Y bien mirado ¿el amor, ese amor tan decantado, en que está basado mas que en un principio altamente egoista?

Pues si esto es asi, ¿porqué culpar á Sara de lo que hacia?

Ay! es que el egoismo de aquella muger robaba á mi alma toda esperanza de ventura.

Si insoportable me era la existencia cuando empezó con sus celos, y sus recriminaciones, doblemente insoportable me fué cuando veia aquella amenaza pendiente siempre sobre mi posicion y mi nombre.

Y nunca como entonces sentí deseos.

Jamás me parecieron mas hermosas las mugeres.

Nunca les encontré tantos hechizos, y nunca como entonces hablaron á mí corazon.

Hasta las que habia encontrado feas en otro tiempo me parecian bellísimas.

Y era, porque ahora me estaba privado el acercarme á ellas.

Era un ser maldito, sobre el que pesaba una fatalidad horrible.

Todo el mundo notaba mi retraimiento de la sociedad.

Se hicieron comentarios, se trató de averiguar que misterios habia en mi vida, y todo fué en vano.

Nadie pudo dar con la causa verdadera.

Y cada dia era mas triste mi vida.

Por entonces solo, aislado, con un dolor profundo en el corazon, sentí vibrar una fibra, que vino á aumentar mi desesperacion.

VIII.

Ya he hablado de Clara.

Aquella niña hechicera de los condes de Belmonte.

Su belleza pura y angelical, y el cariño que me tenia me impresionaron un poco.

Siempre creí que aquella afeccion que sentia hácia ella, no era mas que el cariño fraternal del hermano mayor hácia su hermana.

Amaba á Clara, y tenia la conviccion íntima de que ella tambien me amaria desde el momento en que yo la hablase en aquel lenguaje nuevo.

Vírgen su alma de amor, no era necesario mas que una palabra para cambiar todas sus sensaciones.

¿Pero y que adelantaba yo con pronunciarla?

La sombra de Sara se interpondrá entre aquellos amores, y la venturosa niña seria terriblemente desgraciada.

Asi que resolví callar y proseguir en mi vida dolorosa y apenada.

Y nadie se tomaba por mi mas interés que la familia de los condes.

Era necesario que fuera á su casa todos los dias.

Que nos vieramos en la Castellana, en el Teatro, ó en las reuniones.

Y siempre reprendiéndome por mi semblante grave y severo, por la tristeza de mis miradas, y por la melancolía de mi sonrisa.

Clara siempre me estaba riñendo.

Sus gracias de niña, y sus epígramas de mujer no conseguian hacerme reir como en otro tiempo.

Entonces se incomodaba, y me acusaba de ingrato.

Ingrato yo! cuando la amaba mas que nunca!...

En este estado se pasó mucho tiempo.

Por donde quiera que iba, me habia de encontrar á Sara.

Si estaba en el teatro, su mirada parecia que me llamaba, hasta que la veia.

Entonces ya el poco placer que disfrutaba, desaparecia de mí.

Si en cualquier reunion conseguia algunos instantes adormecer mis penas, la espresion sarcástica y cruel de la hebrea, venia á recordármelas con doble fuerza.

En el paseo y en los bailes, en los conciertos y en el teatro, en todas partes habia de encontrar á Sara.

Yo estaba resuelto á poner fin á aquel martirio.

Por entonces se declaró la guerra al emperador de Marruecos.

Mi amigo Luis pertenece á los cazadores de Madrid, cuerpo que ha sido destinado para ir allá.

Yo tambien iré con él.

Quizá encuentre en los peligros de que está preñado el suelo africano, el descanso para mis sufrimientos.

Tal vez tambien encuentre allí al buen anciano Isaac, de quien no he sabido en tanto tiempo.

Al menos si tuviera una familia, en el seno de ella depositaria mis pesares, y sería menos desgraciado.

Pero solo en el mundo, los dolores llenan mi corazon, y este veneno me ahoga.

Tal vez no conozca á Isaac.

Han pasado tantos años sin verlo, que recuerdo muy confusamente sus facciones.

Si al menos viviera mi padre....

Pero ni de él ni de mis hermanos sé nada, únicamente una de esas grandes casualidades puede revelarme su existencia.

. . . .

Está decidido.

Pasado mañana nos marchamos.

Cómo me despediré de Clara?

Todas las personas que me conocen han calificado de escentricidad mi pensamiento de ir á la guerra.

Ninguno sospecha la verdadera causa.

Mejor, ¿qué le importa al mundo los sufrimientos de un hombre?

Si los conociera, se burlaria de ellos, y vale mucho mas, que no conozca lo que no puede aliviar, y lo que solo puede escitar su hilaridad. . . . .

¿Cuándo volveré á abrir este cuaderno?

Lo ignoro, y quisiera no abrirlo jamás.

. . . .

CAPITULO LIII.

Apéndice á las memorias de Alberto.—Semana santa en Africa.—Atentado del general Ortega.—Plenipotenciarios españoles en Tetuan.

I.



abran visto ya nuestros lectores el contenido de las memorias de Alberto.

Ahora y solo ahora se habrán podido esplicar algunos misterios de los que envolvia la existencia del poeta.

Sin embargo, aun quedan algunos por descubrir.

Pero confiamos que en el corto espacio que nos queda para concluir nuestra obra, quedarán suficientemente despejadas todas las incógnitas.

En la última hoja de las memorias de Alberto se veian trazadas algunas palabras.

En la forma desigual de la letra, se advertia que la mano que la habia trazado estaba muy poco segura.

Hé aqui lo que decia aquella especie de apéndice puesto al final de las páginas.

II.

Ultimos momentos de mi estancia en Madrid.

A la señorita Clara de Belmonte.

Son las doce de la noche.

Mañana parto y no sé si volveré.

Os debo Clara una esplicacion por la escena de anoche.

En las memorias que anteceden la encontrareis.

En ellas tambien se os descubrirá un misterio que tal vez no hayais adivinado.

Yo tampoco hubiera descerrido el velo, sino hubiese sido por esta circunstancia.

Me marcho, y mas probabilidades hay de que no vuelva, que de que lo haga.

En este momento solo es cuando puedo decir que os amo.

Y esto lo confio al papel.

No me atrevo á ser yo mismo el intérprete de mi corazon.

Os veria, y tal vez entonces no tendria valor para marchar.

Esto como comprendereis nos traeria inmensos dolores.

Os amo, y me lisongeo con la idea de que tambien me amais.

Ya veis el enemigo tan implacable que tengo, y el solo patrimonio de nuestros amores, serian las lágrimas,

¿Para qué habeis de llorar vos, cuyos ojos no se han visto nublados por el llanto del pesar?

Si los dos habíamos de sufrir ¿no vale mucho mas que sufra yo solo?

Hoy puedo decíroslo todo.

Os amo Clara, y creo que jamás podré olvidaros.

Puedo deciros que en mi vida no he tenido mas que dos amores.

Si Sara no hubiera variado de carácter, jamás os habria amado.

No sé, ni he sabido, ni sabré mentir.

Amaba á Sara por agradecimiento, por conviccion, y porque mi alma entera se hallaba concentrada en ella.

El agradecimiento lo apagó con su injusta conducta.

Mi razon me dijo que no debia amar á la mujer que me desconocia de tal modo.

Y mi alma herida cual una sensitiva, plegó sus pétalos y se retiró de aquella otra alma que la acariciaba haciéndola padecer.

Entonces os conocí.

Mi alma herida buscaba un alma vírgen y pura.

Mi alma necesitaba un ángel cuyo hálito encantador refrescase sus enmohecidos goznes.

Vos me amabais con vuestro cariño de niña, y yo os lo agradecia desde el fondo de mi corazon.

Crecísteis y mi amor se acreció tambien.

Pero habia una barrera insuperable.

Estaba Sara y mi nacimiento.

Hijo maldito de un tronco maldito tambien, todos mis pasos por el mundo tienen que llevar impresa la fatalidad que pesa sobre mi raza.

Entreveo el paraiso, y tengo que renunciar á traspasar sus umbrales.

Os amo Clara, y me ausento de vos.

Cuando leais estos renglones, ya estaré á algunas leguas de distancia.

Pero mi pensamiento desde donde quiera que me encuentre, vendrá á juguetear con vuestro cabello, y á acariciar vuestra frente.

A Dios Clara mia.

Mis memorias empezadas en tierras tan lejanas fueron nacidas de la pérdida de una ilusion.

La pérdida de mi vida, os traerá tambien mi último recuerdo.

A Dios, Clara, si me amais, y quereis cumplir el último deseo de vuestro amante, olvidadlo, y sereis feliz.

. . . .

III.

Estas últimas palabras escritas por Alberto, y dedicadas esclusivamente á Clara, eran las que mas leia la jóven.

Dia por dia se reprochaba de no haber cumplido con el último deseo del poeta.

Pero dia por dia, conocia que le amaba mas.

Ignoraba su suerte; creía que tal vez la muerte que iba buscando, le habria cogido en cualquier sitio desconocido, ó abandonado por nuestros soldados.

Pero despues de esto, se decia otra cosa.

El poeta la habia ofrecido su último recuerdo.

Ella creia con la candidez de la inocencia.

Esperaba que un sacudimiento estraño de su corazon la avisase la muerte de su amante.

Y hasta entonces, si bien estaba triste, no habia perdido la esperanza.

Y de esta manera, fluctuando siempre entre la duda de su felicidad ó de su amargura, pasaba los dias de su vida.

IV.

La suspension de hostilidades entre ambos egércitos continuaba hasta la ratificacion de los tratados.

Los moros de rey aplicaban todos los dias severos castigos á los de las kabilas que trataban de egercer el pillage y el saqueo en el campo español.

Los cristianos por su parte daban tregua á sus faenas y á sus rudos trabajos.

Todos esperaban ya con ansia el momento de volver á sus casas, y á la madre patria.

¿Y cómo no desearlo?

Habian hecho cuanto humanamente era posible por vengar la ofensa inferida á su nacion.

Habian dejado puesta á una altura inmensa, la honra nacional.

Habian sobrevivido á aquellos meses de lucha continua con los elementos, con el terreno y con los hombres.

Y todos aquellos valientes tenian al otro lado del mar una familia que con lágrimas en los ojos, daba gracias á Dios todos los dias por aquella paz, que la conservaba un hijo, un esposo ó un hermano.

Todos deseaban como hemos dicho antes, regresar á su patria.

Ya habian cumplido su mision.

La nacion entera les daba gracias, y la nacion entera les guardaba la corona de laurel destinada á los héroes para ceñir sus sienes al posar su planta sobre el suelo patrio.

Pero aquellos bravos, aun mas que las coronas, ansiaban los abrazos de las familias.

¡Tantas veces habian creido que no las verian mas!...

. . . .

Todas las tropas habian vuelto á sus respectivos campamentos.

En este estado llegó la Semana Santa.

Todos los pueblos católicos en esos dias de recogimiento, se dedican á la contemplacion de los sagrados misterios, y al sentimiento causado por la muerte del hombre Dios.

Nadie mejor que los valientes de Africa debian solemnizar esta triste semana.

Nadie con mas motivos que ellos, para sentir aquellos padecimientos, y para dar gracias al Ser Supremo que les habia dejado vida para poderlos sentir.

En la pequeña iglesia de Tetuan se alzó un sencillo monumento.

No quedó un soldado, no quedó un general, que no fuera á arrodillarse devotamente, y á alzar sus fervientes oraciones, hasta el trono del Señor.

Hé aquí como describe una carta del campamento, el monumento elevado en una tienda de los cazadores de Llerena.

V.

«No quiero, nos dicen, pasar en silencio un acto religioso que tuvo lugar en mi batallon ayer, dia solemne de Jueves Santo. Eran las seis y media de la tarde cuando en una pobre tienda del campamento apareció interiormente un monumento que absorvió la atencion de cuantas personas habia en el campamento. Jefes, oficiales y soldados se aglomeraron en derredor y no dejaron de admirar idea tan religiosa. Algunos escapularios y un rosario con su crucifijo, cubierto de luto, eran las efigies que le adornaban, alumbradas por 28 velas, pendientes siete de una araña de cañas, y las restantes colocadas en candeleros de lo mismo y que guardaban bastante simetría. Alli, de rato en rato, alternaban jefes, oficiales y soldados, rezando las estaciones, dando á conocer de esta manera

que aun en pais africano no habian olvidado las costumbres religiosas de la patria.»

Nada mas cristiano, nada mas sencillo, nada mas sublime, que aquellas muestras de gratitud y veneracion rendidas por los rudos guerreros del combate ante aquellos símbolos de nuestra religion.

No habia templos suntuosos, no habia monumentos ricos de adornos, no habia mas que una simple cruz de madera, y esto bastaba.

La religion católica no necesita altares para sentirse y comprenderse.

La naturaleza entera es el vasto altar donde el verdadero cristiano adora á su criador.

El corazon del católico tiene en si encarnada su religion, y en cualquier parte y de cualquier modo, alza sus fervorosos ruegos al Supremo Señor de todo lo criado.

Los guerreros de la cruz, esos bizarros paladines que han peleado en tantos combates, que han humillado con su altivo valor la indómita fiereza de los sectarios del Islam, y que en mas de una ocasion han pisoteado los estandartes de la media luna, contritos y humildes se postraban ante la sencilla cruz que era su guarda en los combates, y su bienhechora en la paz.

En el campo, en la iglesia, en las tiendas, y en la ciudad, se oraba, y aquellas plegarias llegaban hasta los oidos del Eterno Padre, que sentia resbalar por sus megillas lágrimas de dulcísima emocion.

VI.

Tras de estas escenas tan dulces y tan tiernas es doloroso en estremo tener que narrar otras que repugnan y causan horror.

Descritos aunque pálidamente tanto rasgo, tanto egemplo

de lealtad valor y patriotismo, la pluma se resiste á describir el perjurio, la cobardía y la traicion.

Mientras millares de valientes regaban con su sangre el campo de la gloria, un hombre solo trataba de arrojar una mancha infame, sobre el puro timbre de las armas españolas.

Hablamos del ex-general don Jaime Ortega.

Mientras el hijo vertia su sangre por la honra patria, el padre, trataba de llevar á cabo su deshonra.

Instrumento ciego de un partido, que no repara en los medios para conseguir el fin, fué á encontrar la muerte tras de su deshonor.

Rama podrida, fué á agarrarse á un tronco carcomido tambien, y al caer ella al suelo arrastró tras si á aquel árbol que cayó para no levantarse mas.

Mientras que los hombres de todos los colores políticos se unian y se estrechaban para dar su apoyo al gobierno en la cuestion puramente española que estaba ventilándose al otro lado del Estrecho, un partido solo acechaba la ocasion para derribar á aquel gobierno, hacer improductivos los sacrificios hechos en el suelo africano, y sumergir á la nacion en un caos de males sin cuento.

¿Y de que medios fueron á valerse?

Medios que honran tampoco al que los hace como al partido que los consiente.

La Europa entera está conmoviéndose sobre sus eges.

Se presiente una gran revolucion social.

No se sabe de donde viene ni á donde irá á parar.

Pero lo cierto es que se adivina.

Parece que en el aire que se respira, en el suelo en que se posa la planta, en todo lo que se contempla, se mira, y se siente, está esa revolucion desconocida.

Todas las naciones la adivinan tambien, y todas las naciones se preparan.

Y en este estado escepcional, en esta situacion en que España especialmente está en la mas crítica posicion, pues sostiene una lucha en país estrangero, y al mismo tiempo tiene

que tener fija su vista en ese telon que oculta misterios tan desconocidos, en este momento es cuando el general Ortega abandona las islas Baleares, esas avanzadas tendidas en medio del Mediterráneo, y con toda su guarnicion viene á la península á levantar el estandarte, donde por único lema puede leerse, traicion, infamia, y deslealtad.

Cara pagó su falta.

Lejos nosotros, muy lejos de insultar las cenizas de ningun hombre siquiera, este haya sido el mas criminal del mundo.

Si D. Jaime Ortega faltó, ya ha sido castigado.

Para nosotros ya no es la cuestion del hombre, es la cuestion del partido.

El hombre deja una esposa, deja unos hijos, seres desgraciados por la culpa de su padre.

Seres que la sociedad injusta las mas de las veces despreciará, como si ellos tuvieran la culpa de ser parientes de aquel desgraciado.

Y todo porque un partido, sin mirar mas que su interés, ha seducido á aquel hombre, lo ha deshonrado á la faz del mundo, y ha envuelto en su deshonra á seres inocentes.

VII.

Como cuestion de hombre la disculpamos, tanto porque ya ha espiado su delito, cuanto porque aisladamente todos los hombres estamos sujetos á errores, á faltas, y á crímenes.

Pero como cuestion de partido, no la podemos perdonar nunca.

Un partido donde hay cien cabezas distintas que raciocinan, donde se discute, y de la discusion brota la luz, donde hay inteligencias que pueden encontrar otros medios mejores para conseguir su objeto, es doblemente criminal si solo se le ocurre para triunfar, renegar de su patria, porque renegar creemos que sea el contemplar impasibles las glorias de su nacion, y

tratar de apagar estas para elevarse sobre sus cenizas.

Pero vemos que nos salimos del círculo que nos hemos trazado, y aquí solo debemos ser los narradores de los hechos.

Mas la indignacion que nos causó semejante atentado, ha conducido hasta nuestra pluma las palabras anteriores.

A los pocos dias despues de haber fracasado la tentativa del ex-general Ortega, fué capturado el general carlista Elío.

Mas tarde el conde de Montemolin y su hermano cayeron tambien en poder de nuestro gobierno

Algunas partidas facciosas se presentaron en diversos puntos.

Pero el espíritu público no estaba por tentativas de esta especie.

La nacion entera exhaló un grito de indignacion, y la nacion entera hubiera perseguido á los rebeldes si hubiese sido necesario.

¿Y el gobierno qué hizo en estas circunstancias?

No recurrió al terror, no hizo alarde de fuerza, recogió cuantos hilos pudo de la tenebrosa trama que tantos males podia haber causado á España, y de todos los que habian sido criminales, solo cuatro ó cinco sufrieron la muerte.

D. Jaime Ortega fué uno de estos.

Y en él no se castigó al hombre de partido.

Se castigó al general que abusando de la confianza depositada en él, abandona el sitio, puesto bajo su custodia, y con la guarnicion de él, se viene á la península á dar el grito de rebelion.

Otro cabecilla en Palencia, y otros desgraciados pertenecientes á las partidas de Baracaldo, sufrieron tambien la pena capital.

Satisfecha un tanto la vindicta pública, el general Elío y los ex-infantes fueron puestos en libertad.

La reina firmó contenta y satisfecha el decreto de perdon para aquel primo, que trataba de arrebatarla el trono de sus padres.

Hubo momentos de una ansiedad inmensa.

Todo el mundo comprendió en toda su estension la falta de Ortega, y todo el mundo temió por aquellas islas que habian quedado sin guardadores.

Esto fué lo primero de que el gobierno cuidó.

Inmediatamente salieron tropas, y su llegada devolvió la tranquilidad á aquellos isleños.

De este modo concluyó esa asonada, cuyas consecuencias pudieran haber sido tan trascendentales.

En vista de la conducta seguida por el pueblo en esta ocasion, hemos dicho al principio de este párrafo, y volvemos á repetirlo, que el partido montemolista ha muerto por completo.

En los sitios donde se dieron los gritos de «Viva Cárlos VI» es donde se puede decir que están reconcentrados todos los carlistas, y sin embargo ninguno ha salido á defender esa bandera.

Y vale mucho mas que haya sucedido así.

De otro modo, no sabemos á donde hubieran llegado las cosas.

Hemos narrado este hecho porque hemos creido que á nuestros lectores no les disgustaria.

Por su carácter especial, por las circunstancias en que se ha verificado, y por las personas que han jugado en él, nos ha parecido digno de ocupar algunas páginas de nuestra obra.

Episodios como este, no debian pasar desapercibidos en ese cuadro heróico que estamos presentando bajo el título de «*El Honor de España.*»

VIII.

Aceptadas las condiciones de la paz, y suspendidas las hostilidades, no faltaban mas que los plenipotenciarios españoles, los que en union de otros dos marroquíes habian de arreglar el correspondiente tratado.

Este cargo se confió al General D. Luis García, y al Sr, Ligués y Bardaji, empleado en el Ministerio de Estado.

Dicho Sr. se embarcó inmediatamente para Tetuan á cuyo punto llegó á principios de Abril.

Como todo el mundo no pudo menos de admirar el buen estado, en que se hallaba la plaza, y los adelantos que habia tenido desde que el general Rios la gobernaba tan dignamente.

Uno de los plenipotenciarios marroquíes, residia en Mogador que está en el otro estremo del imperio casi, y por lo tanto allí donde no existen caminos, se hacia todo mucho menos breve, por cuya razon, se pasaban los dias sin llegar aquellos.

Entretanto Muley-el-Abbas, habia establecido su campo en las alturas de Samsa.

Esto fué tanto con el objeto de estar mas cerca de la plaza para el momento en que empezaran las conferencias diplomáticas, como para que sus tropas pudiesen mejor reprimir y castigar á los rebeldes moros de las kabilas.

Estos no se avenian con la paz.

Enemigos de los cristianos, y amigos del pillaje y del saqueo, no podia entrar en sus ideas, el ajuste de aquellas paces.

De aquí el que continuamente estuviesen molestando á nuestros soldados.

Por esta razon Muley-el-Abbas habia dado las órdenes mas severas para su castigo.

Donde se encontraba el crímen allí se castigaba al criminal.

Sin formacion de causa, ni cosa que lo valga, el delincuente, era ó colgado de un árbol, ó cortada su cabeza.

Y ni aun de esta manera escarmentaba.

Cada dia habia egecuciones nuevas, y cada dia se repetian los robos.

Y en este estado de alarma, y en estos castigos continuos se pasaron los días, y los enviados marroquíes llegaron á Tetuan.

Desde entonces empezaron las entrevistas, y el tratado de paz empezó á redactarse sobre las bases que ya conocen nuestros lectores.

CAPITULO LIV.

Alberto Zelim Sara y Zaard se ponen en marcha para ir á saber la historia de los tres hermanos. - Encuentro con uno de los peregrinos del El-Kassar-Faranan.—La loca de la montaña.

I.



umpliendo Zelim con lo que habia ofrecido al invisible, se dirigió á las ruinas de El Kassar Faranan.

Roque el otro peregrino salió á recibir al jóven.

En cuanto lo reconoció no fué dueño de contener una esclamacion de sorpresa.

Su frente se nubló extraordinariamente.

—Quién eres? le preguntó el peregrino.

—Yo soy Zelim, hijo de Alí-Zelim, hijo de Ebu-Zelim Otsman.

—Y qué quieres?

—Comunicarte un mensage de parte de Ibrahim.

—Tú un mensage de parte de Ibrahim? dijo el criado.

—Si; y qué tiene eso de estraño?

—Nada, nada, y despues prosiguió Roque como si habláro consigo mismo, tal vez era una figuracion mia, pero se parece tanto!...

—Ibrahim está herido.

—Herido! ¿Qué quieres decir?

Entonces Zelim le contó todo lo que saben nuestros lectores.

Cuando el jóven concluyó de hablar, le dijo el anciano.

—Está bien, dile que iremos á verlo.

Y Zelim, tras estas palabras, cumplida ya su comision, se volvió á Mequinez.

Ibraim estaba algo mejor.

Dió gracias á Zelim por haberse molestado, sin recordar para nada su enemistad.

Al dia siguiente, segun Sara habia dicho, se iban á poner en marcha para encontrar á la persona que sabia por completo la historia de los tres hermanos.

El peregrino no habia venido todavía.

Alberto penetró en la estancia del invisible.

Este volvio la cabeza, y le reconoció.

Sacó una mano fuera de la cama y se la tendió al poeta.

Este se la estrechó con frialdad.

—Vengo á verte por última vez como amigo, le dijo.

—Por qué? preguntó Ibraim.

—Porque me marcho ahora, y cuando nos volvamos á ver, ya estarás bueno, y en disposicion de que ventilemos nuestra cuestion como conviene á dos caballeros.

—No te entiendo.

—Entre tú y yo hay empeñada una partida hace muchos años, en la cual te has valido siempre de asechanzas, sin atacar de frente; entonces ignoraba yo quien eras, pero hoy lo sé. y yo te obligaré á batirte conmigo.

—Es que yo no puedo ni debo hacerlo.

—Por qué razon?

—Porque á quien me hace un beneficio no puedo pagar con una ingratitud.

—No sé de que beneficio me hablas.

—Tú me has salvado la vida.

—Tú sin saber quien era yo hubieses hecho lo mismo.

—Luego si tu me hubieras conocido, no lo habrias hecho?

—Sí; entonces no eras enemigo, eras un hombre que sufria.

—Y semejante nobleza de sentimientos debo yo de pagar de alguna manera.

—De ninguna; salvado del peligro nuestro odio, tiene que subsistir.

—Es que el mio se ha estinguido, dijo resueltamente Ibrahim.

—Y el mío se ha despertado con un vigor estraordinario, repuso Alberto.

—Y yo trataré de perseguirte siempre.

—Trataré de ser tu amigo.

—Despreciaré tu amistad.

—Luego te encuentras decidido á continuar la partida?

—Sí.

—Es que yo tengo mas probabilidades de ganar que tú, le dijo el invisible que empezaba á incomodarse ya.

—No me han alhagado tus ofertas, mira tu si me impondrán tus amenazas.

—En fin te he brindado con la paz.....

—Y no he querido aceptarla, le interrumpió Alberto.

—¿Y dices que te marchas ahora?

—Ya tenemos preparados los caballos.

—Y Sara tambien?

—Sí.

—Pues mira, sin perjuicio de que seamos amigos ó enemigos, quiero que desde hoy veas en mi la lealtad y la franqueza. Vosotros ireis regularmente á buscar á Isaac ¿no es cierto?

—Es lo mas probable.

—A Isaac no lo encontrareis.

—Pues qué le ha sucedido? preguntó el poeta sobresaltado

—Antes de venir yo á Mequinez, di órden para que lo cogieran y acompañado de sus sobrinas, lo llevaran á mi palacio, queria tener rehenes, para que Sara me descubriera tu paradero.

—¿Y qué mas? preguntó Alberto.

—Toma esta corneta, le dijo el invisible, sacando una muy pequeña, que llevaba colgada al cuello con un cordon de seda. Te llegas al Riff y en cualquiera de las montañas que forman su cordillera, la llevas á tus labios, y lanzas tres sonidos, de los que el último sea mas fuerte y mas prolongado que los primeros. Entonces te se presentarán algunos moros, y te preguntarán qué deseas, tú les enseñas este anillo, (y le entregó una sortija que llevaba en el dedo), y les dices que te enseñen á donde está el alcázar del invisible. Te llevarán hasta él, y cuando entres, á mi mayordomo le vuelves á enseñar el anillo, se pondrá á tus órdenes; ya allí, buscas á Isaac, y todos juntos obrais como mejor os plazca.

III.

Alberto tenia fija su vista en el invisible.

Parecia que queria leer hasta el fondo do su alma.

En la mirada del poeta habia duda.

Temía que aquello no fuera una estratagema de Ibrahim, para hacerle caer en su poder.

Este comprendió aquella mirada.

Eran dos hombres que habian nacido para entenderse.

Desgraciadamente eran enemigos.

Y su enemistad, atendiendo á sus voluntades de hierro, era muy difícil que concluyera, á no ser con la muerte de alguno de ellos.

Ibrahim, repetimos, conoció la duda del poeta.

—Tranquilízate, le dijo, te he ofrecido luchar frente á frente contigo, y no lo haré de otro modo, vé y saca de mi subter-

ráneo al tio de Sara y á sus hermanas. Mas tarde nos encontraremos tú y yo.

—En dónde? preguntó Alberto.

—En donde quiera que te halles, en el momento en que yo esté bueno.

—Luego tanto poder tienes?

—He tenido y tengo mucho dinero.

—Es verdad que con eso se tiene cuanto se desea.

—Menos la amistad y el amor, contestó con amargura el invisible.

Volvió el poeta á mirarle con mas interés.

Tras de esta mirada, volvieron á estrecharse las manos, y Alberto salió de la estancia, diciendo entre sí:

—No sé en que consiste que yo no puedo aborrecer á este hombre.

El invisible tambien estaba preocupado.

—Hé aquí, decia, el hombre que yo necesitaba para amigo.

IV.

Algunos minutos despues, Sara y Zaard vestidas de hombre, cabalgaban airosamente sobre ligeros corceles de pura raza, en medio de Alberto, Zelim y Abdel-Abbás.

Dos criados seguian á este grupo, conduciendo dos camellos con la tienda y las provisiones.

La pequeña carabana salió por una de las puertas de Mequinez y se perdió por entre los olivares que crecen en sus cercanías.

Un hombre los habia ido siguiendo á alguna distancia.

Era Benjamin.

Espíando constantemente la casa donde estaban ocultos, los vió salir.

Los siguió hasta el campo, y se detuvo contemplándolos con una sonrisa de cruel satisfaccion.

—Ya estais en mi poder, y no os escapareis ahora, dijo tomando la vuelta hácia la ciudad.

—Ola, señor tunante, dijo en esto una voz á sus espaldas.

Una mano bastante pesada cayó sobre su hombro, y le apretó de una manera que no tenia escape.

Benjamin conoció aquel acento y tembló.

—¿Qué hacias aquí miserable, le dijo el que le oprimia.

—Estaba....

—Fraguando sin duda alguna infamia, no es eso? Ea, ven conmigo.

—A dónde?

—Tú calla y marcha delante.

El desconocido no era otro que el peregrino de las ruinas de El-Kassar-Faranan.

Benjamin que le habia reconocido, temió por las consecuencias de aquel encuentro.

Hubiera dado cuanto poseia por poderse librar de él.

Pero era imposible.

El anciano tenia unas fuerzas hercúleas, y habia soltado el cuello del hebreo para cogerle por un brazo.

No habia mas remedio que seguir adelante.

Atravesaron multitud de calles y callejuelas, y Benjamin vió con un terror creciente que penetraban en la que estaba la casa donde se ocultaba el invisible.

Llegaron á la puerta, y el hebreo se detuvo.

—Qué significa esto? preguntó el peregrino.

—Que yo no sigo, sin saber donde voy.

—¿Y quién eres tú para que yo te dé cuenta de mis acciones? entra en esa casa.

—Nunca.

—Por qué?

—Porque.... no debo.

—Es mi voluntad, y entrarás.

Y tras estas palabras dió un fuerte empujon, y penetro tras él en el sombrío zaguan de la casa.

V.

Entretanto los cinco viageros, muy agenos de ser espiados, siguieron tranquilamente su marcha algunas horas.

Ya á bastante distancia de la capital, Alberto preguntó á Sara.

—¿Y hácia dónde nos dirigimos?

—Hácia Tetuan.

—Para qué?

—Para ver á mi tio, él puede decirnos lo que deseamos saber.

—Para eso no tenemos que ir á Tetuan.

—Qué quieres decir? preguntaron á la vez Abdel, y Sara.

—Que Isaac, y tus hermanas están no en Tetawen, sino en el palacio del invisible.

—Quién te lo ha dicho?

—Él mismo, y me ha dado los medios para que penetremos en él.

—Luego las amenazas que me hizo estaban ya realizadas.

—Sí, queria obligarte por ese medio á que le descubrieras mi paradero.

—Que equivocado estaba; dijo Sara arrojando una mirada de infinito amor al poeta.

—Conque entonces lo mejor será que espoleemos á nuestros caballos, para llegar cuanto antes, dijo Zelim.

—Sí, sí, corramos, añadió Abdel.

—Tengamos presente, dijo Alberto, que Zaard no está acostumbrada á semejante modo de viajar, y se fatigará demasiado.

—No, por mí no os detengais, dijo la amada del hermano del poeta, yo ahogaré mi fatiga, y os seguiré como pueda.

—Lo mejor será que cuando tú te canses, te coja yo, y te lleve sobre mi caballo.

—Tienes razon, Zelim, contestó Alberto, eso será lo mas acertado.

Y tras estas palabras, conformes todos en lo que habian de hacer, emprendieron una carrera frenética en direccion al Riff.

VI.

Aquella noche plantaron sus tiendas á bastante distancia de Mequinez.

Cada uno de los tres hermanos estuvo velando durante ella para evitar cualquier sorpresa.

A la mañana siguiente volvieron á emprender su caminata, y al inmediato dia, ya en las últimas horas de la tarde, divisaron la cordillera del Riff.

Al otro penetraron en ella.

Entre dos montañas que lo protegian se alzaba un aduar, por el que tenian que atravesar nuestros viageros.

El ruido de los caballos atrajo á su rededor una nube de chicos y mujeres.

Hombres habia muy pocos.

La mayor parte estaban en la guerra, y solo rostros femeninos, aunque curtidos completamente por el sol y las faenas del campo, fueron los que se presentaron á los ojos de nuestros amigos.

Entre las mujeres que fijaron sus curiosas miradas en ellos, una sobre todas llamó la atencion de Alberto.

Era de una edad mas bien avanzada que otra cosa.

Sin embargo en aquella fisonomía se leia en las arrugas que la surcaban mas los trabajos y los disgustos que los años.

Su mirada que teniá algo de insensata se fijaba en los hombres.

De estos iba á las mujeres, y en seguida á los camellos.

Alberto se detuvo á mirarla.

Los demas siguieron su camino.

La mujer no pudo menos de fijar su atencion en aquel hombre que estaba algunos pasos de ella.

Le miró una y otra vez.

Sus ojos fueron sucesivamente espresando multitud de afectos diferentes.

Sus labios se agitaban convulsivamente.

En aquel instante Zelim llamó con mas insistencia á su hermano, y este despues de arrojar una última mirada sobre aquella mujer, corrió á reunirse con sus compañeros.

En cuanto á ella siguió mirándolo hasta que casi lo perdió de vista.

Entonces una lágrima asomó á sus párpados.

Estendió entrambos brazos, y cayó al suelo murmurando débilmente.

—Hijo mio!....

Acudieron inmediatamente á socorrerla niños, mujeres y ancianos, y todos se preguntaban unos á otros con un acento de vivísimo isterés.

—¿Qué le habrá pasado á la loca de la montaña?

CAPITULO LV.

Venida de tropas á la peninsula.—Conversacion entre el peregrino y el invisible.—Benjamin.—El banquero Céspedes en Melilla.

I.



Los plenipotenciarios marroquíes llegaron por fin á Tetuan.

Inmediatamente empezaron las conferencias diplomáticas para la redaccion de los tratados, y la mayor cordialidad reinaba entre unos y otros.

La estacion entretanto avanzaba rapídamente y con ella las enfermedades.

Era de absoluta necesidad el que se desahogára de tropas aquella poblacion y sus cercanías.

Se habia hecho todo lo posible por darle mejores condiciones sanitarias á Tetuan.

Pero todo era en valde.

Llevaba consigo un no se qué de insalubre, que cuantos medios se ponian en juego para contrarestar aquel mal, eran infructuosos.

El general Rios habia hecho que fueran de Ceuta cien presidiarios para que se ocupáran de la limpieza de las calles.

Lo hicieron, pero ni por esas cedian las enfermedades.

Y era altamente doloroso ver que morian algunos hombres que habian salido perfectamente en tantos combates, y que ya solo esperaban el momento en que se les diera la órden de marchar para abrazar á sus familias.

El duque de Tetuan conoció la necesidad que habia de enviar tropas á la península.

El general Echagüe con algunos batallones de su division, fué el primero que se embarcó para Valencia.

¿Quién seria capaz de describir el entusiasmo de la ciudad del Cid, al recibir en su seno á aquellos valientes que tanto habian sufrido por la patria?

Nuestra pluma es impotente para eso.

El gefe del primer cuerpo del egército, al frente del batallon de cazadores de Llerena, hizo una verdadera entrada triunfal.

La ciudad de las flores dejó sin ellas sus jardines para arrojarlas sobre las frentes de los vencedores del Serrallo y de Gualdrás.

El ayuntamiento ofreció al digno general una corona de oro que este colocó inmediatamente en la bandera de los de Llerena.

Játiva tambien ofreció al héroe de Angghera las insignias de la dignidad con que S. M. le habia honrado.

Y el pueblo entero le daba otra corona mas grande, mas rica, porque era la corona de su agradecimiento.

En todas las calles que atravesaron, por donde quiera que fueron, los pies de los soldados que se habian estampado mas de una vez sobre las áridas y peladas rocas de sierra Bullones, sierra Bermeja, y los montes de Samsa, se asentaban sobre una alfombra de flores.

De todos los balcones llovian flores, coronas y dulces.

En todos los balcones, las bellas hijas de Valencia agitaban sus pañuelos con un entusiasmo indescriptible.

Mil versos vagaban por el aire en las finas hojas de papel, y caian sobre los bravos que los habian inspirado.

Para los soldados hubo cigarros y abrazos, y todo cuanto un pueblo entusiasta y agradecido puede ofrecer á unos héroes.

A cada instante eran detenidos por aquellas masas que no se cansaban de admirarlos ni de victorearlos.

Ni la lluvia fué capaz de entiviar aquel ardor, y aquel frenético delirio.

II.

Y no fué esta la sola ovacion que los valencianos tributaron al egército de Africa.

El regimiento de Borbon y dos baterías de artillería rodada tambien la tuvieron inmensa.

Aquellos heroicos hijos de España, que de tantos laureles se cubrieron el 25 de Noviembre, recibieron tambien el tributo de un pueblo, fanático admirador de las glorias patrias.

El célebre corneta Julian Franco, que cogido por los moros, no tuvo otro medio para salvarse que el ingenioso de tocar el paso de carga, fué conducido en triunfo por los valencianos.

El mismo general Concha no fué dueño de contenerse cuando vió á aquel niño casi, y le arrojó su petaca.

Una porcion de paisanos llevaban tras él los obsequios que de todas partes recibia.

El pueblo pidió á sus gefes que le permitieran tocar el célebre paso de ataque, y durante su tránsito sonó la corneta repetidas veces con aquel toque que tanto terror inspiraba á los marroquíes.

El delirio de la multitud llegó á su colmo,

Nadie se cansaba de mirar al corneta, y todo el mundo se disputaba el placer de estar cerca de él.

En resúmen, hemos visto los obsequios y las recepciones hechas en casi todas partes á los soldados que vuelven de Africa; pero como en Valencia ha habido tan pocas que casi nos atrevemos á decir, que esceptuando Barcelona, todas se han quedado muy detras, inclusa la misma corte.

III.

Digamos tambien cuatro palabras sobre el desembarque del general Prim en Alicante.

Inmediatamente que penetró en el puerto el buque que conducia la héroe de los Castillejos, las autoridades pasaron á bordo á darle su mas síncero parabien.

Al conde de Reus acompañaban sus bizarros voluntarios catales, y los batallones de Chiclana, Arapiles, Barbastro, Navarra y Toledo.

Asi que desembarcaron con el general á su frente, las palomas, los versos, las flores y los dulces, formaron una espesa nube sobre las cabezas de los vencedores de tantos combates.

Llantos y risas, placémenes y abrazos, formaban una armonía estraña é indescriptible.

El general Prim, el hombre que habia visto cien veces la muerte revolotear por encima de su cabeza, y en su rostro no habia aparecido la mas mínima muestra de temor, se sentia poseido de una emocion inesplicable.

Tanto él como sus soldados iban cubiertos materialmente de coronas y flores, y tanto él como sus soldados fueron objeto de las mayores atenciones por parte de los alicantinos.

Jamás podrá borrarse de la memoria de estos aquel dia, porque este formará una época en la historia de la poblacion.

Allí esperaban ademas al general Prim todas las mas dulces emociones de familia.

Su esposa habia ido á esperarle á aquel puerto, y gozosa y palpitante sentia temblar en sus ojos las lágrimas al ver las demostraciones de que era obgeto el ser mas querido de su corazon.

Corramos un velo sobre estas tiernas espansiones del alma, y no atravesemos ese santuario de la familia donde todos los ojos estraños son indiscretos, porque ninguno comprende en toda su estension los goces sublimes del hogar doméstico.

IV.

Pálido como un cadáver, y mudo como él, penetró Benjamin en la estancia del invisible.

Con el cabello erizado, y desencajado el rostro, contemplaba aquel lecho, desde el cual Ibrahim le clavaba los ojos con una fijeza espantosa.

El hebreo tampoco podia apartar los suyos de aquel sitio.

Una atraccion estraña le atraía hácia allí, y le fascinaba completamente.

El peregrino cruzado de brazos contemplaba impasible aquella escena.

Algunos minutos duró semejante estado.

Ninguno de ellos rompia el silencio, y este se hacía cada vez mas solemne, mas sombrío, mas aterrador.

El invisible parecia que habia concentrado todo su odio, todo su aborrecimiento hácia Benjamin en su mirada.

Este espresaba su remordimiento, y su espanto en sus ojos tambien.

Y el peregrino dejaba vagar sus pupilas desde el uno al otro, y una sonrisa desdeñosa plegaba sus labios de cuando en cuando.

Por fin se dirigió á Ibraim, y le dijo:

—Creo que no te podrás quejar de la presa que te traigo.

—Oh! te aseguro que no podias haberme hecho presente mejor.

—Vamos, vamos, veo que os aborreceis todo lo mas cordialmente que podeis, y lo peor es que tambien yo aborrezco á esta víbora, y ya que la tenemos en nuestro poder, seríamos unos tontos sino la aplastásemos para que no hiciera mas daño á nadie.

Benjamin de pálido que estaba, se puso casi verde.

El acento con que habia pronunciado el peregrino las últimas palabras, le hizo estremecerse.

Consiguió hacer un esfuerzo para dominar su terror, y preguntó con voz insegura.

—¿Y quiénes sois vosotros para juzgarme y castigarme?

—Pobre necio!... Contestó el peregrino con un acento de compasion desdeñosa, ¿ignoras que los gefes supremos de la asociacion somos nosotros?

—No; sé que lo sois ¿pero de qué crímen se me acusa?

—Miserable! gritó Ibraim en el colmo del furor, ¿te atreves aun á preguntarlo? ¿quién fué quien me redujo á prision?

—¿Y quién fué el que dió parte de tu evasion, y el que estuvo á punto deestorbarla, añadió elperegrino.

—Qué quieres decir?

—La verdad, éste infame aspiraba á ocupar tu puesto, y trataba de deshacerse de tí, y de mí á costa de cualquier cosa, pero él ignoraba que nuestra asociacion tiene adeptos en todas partes, y que tengo todas las pruebas de su crímen.

—Y que será lo que hareis conmigo, preguntó el hebreo.

—Contigo!... juzgarte lo primero.

—¿Y quiénes sois vosotros para juzgarme?

—Tus verdaderos jueces; has cometido un crímen contra el gefe de la conjuracion, has revelado al emperador secretos respecto á ella, le has hablado tambien en contra mia, y ya sabes que en las reglas de la sociedad se castiga con la pena de muerte al traidor.

—Segun eso, me matareis?... dijo Benjamin sintiendo circular por sus venas un frio terrible.

—Ya lo creo!... y si cien vidas tuvieras, perderias las ciento, y aun serian insuficientes para espiar tu delito.

—Maestro, tengo mucho que hablar contigo, interrumpió en esto Ibrahim, dirigiéndose al peregrino.

—En seguida voy á complacerte, y agarrando al hebreo por el cuello, lo sacó arrastrando de la estancia, y lo llevó á la inmediata.

Allí se quitó la larga faja que ceñía su talle, y le amarró con ella las manos y los pies

Hecha esta operacion, y convencido de que no podia escaparse, le dijo:

—Aquí te estarás hasta que nosotros concluyamos de hablar, y despuos te vendrás conmigo, cuenta mucho con lo que haces, pues si das un grito, los soldados del Xerife te cogerán, y sus verdugos no aguardarán á que te juzguen para cortarte la cabeza.

Y tras estas palabras se dirigió otra vez tranquilamente hácia la habitacion del invisible.

IV.

—Vamos ya puedes hablar, dijo el peregrino á Ibraím.

—Estás seguro de que nadie pueda escucharnos?

—Sí; el judío está fuertemente amarrado en uno de los estremos de esa habitacion, y por lo tanto imposibilitado de acercarse á esa puerta.

—Pues bien, acércate mas.

—No podrás imaginarte á quien he tenido aqui hasta hace cosa de dos horas.

—Si tú no me lo dices....

—Han estado junto á mi lecho los dos hijos de Abraham.

—Ira de Dios! gritó sin poderse contener el peregrino ¿y dónde están?

—En el camino del Riff.

—Oh! corro en seguida....

Y el peregrino dió algunos pasos hácia la puerta.

Pero la voz del invisible le detuvo.

—Escucha, aun no he concluido.

—Habla, ¿qué ha pasado?

—Yo mismo les he facilitado algunos medios para el mejor resultado de su viaje.

—Tú!...

—Sí, yo; tambien estaba Sara con ellos.

—Y tambien se ha escapado?

—Tambien.

—Pero y nuestra venganza?

—He renunciado á ella.

—Qué quieres decir?

—La verdad, ya te esplicaré las razones, y no dudo que tú mismo los perdonarás.

—Nunca.

—No sabes lo que ha pasado, y por eso hablas así.

—Aunque me hubiesen hecho el favor mas grande, no los perdonaria.

—Te ciega tu rencor, y no me estraña.

—¿Y acaso mis motivos son como los tuyos? Tú eres un niño aun Ibraim, á tu edad las impresiones de un momento, borran los odios de años, pero á la mia sucede al contrario, cada dia que pasa, añade un quilate mas á ese deseo de venganza que ocupa nuestro corazon.

En el semblante del peregrino se leia una resolucion inmutable.

Ibraim comprendia que nada haria ceder al anciano.

—Parece imposible que aun no conozcas á los hombres.

—Pues me creo conocerlos bastante, dijo el invisible.

—Qué te han hecho esos hombres?

—Salvarme la vida.

—Por cálculo.

—No me conocian aun.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ellos mismos.

—Una razon mas para que te engañasen.

—Imposible, hay acentos en que se lee la verdad.

—Hay acentos que se saben fingir perfectamente.

—Yo he creido en este.

—Pues te has engañado.

—Quiero seguir creyendo en mi engaño.

—Y dices que Sara estaba con ellos?

—Si.

—Y dudas todavía de que todo no haya sido un cálculo infame? te temian miedo y....

—Esos hombres son incapaces de tener miedo.

—Cuéntame el medio de que se han valido para salvarte la vida.

Ibraim contó al peregrino lo que saben nuestros lectores.

No se omitió nada, ni aun las palabras que habian mediado entre el poeta y el, antes de salir de la casa en que estaban.

El anciano le escuchaba con una atencion estraordinaria.

Su frente se plegaba ó se desplegada segun las impresiones que le causaba lo que estaba escuchando.

Cuando Ibraim acabó de hablar, no dijo una palabra.

Estaba recapacitando todo lo que habia oido.

V.

—Con que ahora, dime ¿crees que haya sido la fria razon la que haya impulsado á los hijos del joyero á salvarme la vida?

—Si.

—Está visto, te has empeñado en ver las cosas á traves del prisma mas malo que hay, y...

—Ese es el verdadero, ¿y dices que les has dicho que fueran á tu palacio subterráneo?

—Sí; le ha dado los medios de que se ha de valer para penetrar en él.

—Y qué medios son esos?

—Una sortija y una corneta.

—Pues no tiene una entrada especial solo conocida de tí y de mí?

—Sí; pero no habia necesidad de que nadie mas se enterase de ella.

—Has hecho bien.

—Y quien hay en tu palacio?

—Oh! lo que es ahora tengo una multitud de huéspedes.

—Vamos, Ibraim, has cometido una locura que yo trataré de remediar, dijo el peregrino con un acento estraño.

—Qué quieres decir? preguntó el invisible sorprendido.

—Que si tú has renunciado á tu venganza, yo no, y que inmediatamente voy á ponerme en camino para satisfacerla.

—Imposible.

—Ya lo verás, tú no te hallas en el caso de impedirla, y yo tengo necesidad de egecutarla.

—Eso seria una infamia, gritó Ibraim.

—Infamia se paga con infamia; tambien lo era la que su padre hizo conmigo.

Y el peregrino dió algunos pasos hácia la puerta.

—Espérate, escucha, perdónalos como yo.

—Nunca.

—Pero....

—No hay remedio, yo castigaré en el hijo el crímen del padre.

—Yo te lo suplico.

—Y no puedo complacerte. A Dios.

Y abrió la puerta y salió á la estancia inmediata.

Un grito que espresaba una angustia inmensa, un dolor desesperado y una rabia infinita, se exhaló de los labios del peregrino.

Benjamin no estaba allí.

¿Cómo se habia escapado?

Por donde habia salido.

Nadie lo supo en la casa.

Nadie le habia visto.

La faja con que habia sido atado, estaba en el suelo.

Ningun vestigio mas de su permanencia, se veia en toda la habitacion.

El invisible se retorcia las manos con desesperacion.

El peregrino estaba furioso.

Pero uno y otro no tuvieron mas remedio que conformarse.

El peregrino le habia inutilizado todos los medios, pues habia hablado con el emperador, y le habia descubierto todas las astucias del hebreo.

Por manera que nada tenian que temer por ese lado.

Calmada un tanto su rabia, el peregrino abandonó la casa de Ibraim.

Cuando salió al campo en direccion á sus ruinas, una sombra se deslizó tras él.

Muy ageno el anciano de ser espíado, siguió apresuradamente su camino hácia El-Kassar-Faranan.

VI.

Tiempo es ya de que nos ocupemos del banquero Céspedes.

Inmediatamente que recibió la carta del invisible, se dirigió á la córte.

Recogió la caja, causa de la prision de su hija, y en vano buscó la cerradura.

El avaro no podia resignarse de dejar aquel obgeto, sin saber al dinero que tenia que renunciar.

Queria saber cuanto le costaba el recobrar á su hija.

Pero su curiosidad no pudo ser satisfecha.

Llevó la cajita á los mecánicos mas inteligentes de Madrid, haber si por casualidad encontraban un medio de abrirla, pero todo fué inútil.

Nadie pudo dar con el oculto resorte.

En este estado, viendo que el plazo marcado iba á espirar, se decidió por dirigirse á Melilla

Volvió á embarcarse en Alicante, y llegó á la plaza fronteriza al Riff.

El banquero sufria horriblemente.

De un lado estaba su interés de hombre material y apegado al dinero.

De otro estaban sus sentimientos de padre.

Y sin embargo habia momentos en que sentía mas devolver la caja que recobrar á su hija.

Y esto se comprende bien, en la clase de hombre que era.

En este estado llegó el dia que espiraba el plazo.

Su angustia era cada vez mas grande.

A cada instante se creia que le iban á arrebatar su querido tesoro.

Pero pasó el dia y nadie se presentó.

Céspedes respiró mas libremente,

Pasó el siguiente y otro y otro, y entonces el banquero pensó en su hija.

Qué la habria sucedido?

Una inquietud mortal se apoderó de su corazon.

Pensó dirigirse á las autoridades, pero aquello habia de atraer esplicaciones y estas no le favorecian mucho.

Y los dias transcurrian y nadie se presentaba á reclamar aquel obgeto que tantos sinsabores le causaba.

No sabia ni que hacer, ni que pensar.

Los cuidados de su escritorio, y sus negocios le llamaban á la córte, y no se atrevia á marchar.

Y en este estado pasaba el tiempo, y el banquero se desesperaba sin que en su desesperacion encontrase un medio para salir de ella.

CAPITULO LV.

Entrada de tropas en algunas provincias.—Diversos batallones se van dirigiendo hácia la capital para verificar la entrada oficial.—Escenas en el palacio subterráneo del invisible.

I.



espues de haber desembarcado los catalanes en Alicante volvieron á sus buques para continuar su marcha hacia Barcelona.

Aquellos heroes eran dignos de los festejos que la capital del principado les reservaba.

Vencedores en Tetuan, leones en Vad-Ras, é invencibles en Gualdras, se habian hecho acreedores á que la posteridad, y sus contemporaneos les dieran el dictado de héroes.

En tres combates se han encontrado, pero puede decirse que han sido los únicos grandes de toda la campaña.

Ya lo hemos dicho el mayor elogio que de los voluntarios

catalanes puede hacerse, es el reducido número que vuelve á su patria.

Por donde quiera que pasaban eran objeto de las mayores demostraciones de entusiasmo.

Barcelona les esperaba con una ansiedad inmensa.

Creemos que nuestros lectores no verán con disgusto la descripcion del frenético delirio con que los barceloneses celebraron la vuelta de sus hermanos de África.

Nos estenderemos un poco mas sobre estos detalles, porque ha sido la capital donde mas se ha solemnizado la entrada de los soldados, inclusa la misma corte.

Entusiasmo que habla muy alto en favor de esa capital que en esta guerra ha dado tan repetidas muestras de lealtad, y patriotismo.

II.

Hé aquí la descripcion de esta magnífica fiesta, segun los periódicos y los testigos oculares que nos la han referido.

«Completa y entusiasta fué ayer la ovacion tributada por Barcelona al valiente ejército de África, representado por el brillante batallon de cazadores de Arapiles y las cuatro compañias de voluntarios catalanes. Una inmensa multitud les saludaba y victoreaba al desembarcar en nuestro puerto, arrojándoles multitud de flores y coronas. Los botes que les conducian apenas podian atracar en el muelle. El público contemplaba con interesante solicitud aquellos grupos de valientes, en cuyo rostro y en cuyos destrozados uniformes se leian los estragos de la guerra y los rigores y privaciones sufridas en el suelo africano.

Muchas personas derramaban lágrimas de ternura, entre tanto que otras buscaban con solicito afan entre las filas de los voluntarios á sus hijos y á sus hermanos. En medio de esta escena de espansion y de universal regocijo, hubo una madre que

al preguntar por el fruto de su cariño, perdió el sentido al saber que tenia que llorarle por muerto en la batalla de Gualdrás. Al propio tiempo veíase un hijo estrechando en sus brazos á su anciana madre desmayada á la fuerza del gozo; un marido y una esposa cambiándose los abrazos y bañándose recíprocamente el rostro con lágrimas de placer y alegría, el hermano, el deudo y el amigo apretando contra su pecho al amigo, al pariente lleno de satisfaccion por tan grato encuentro, y en fin, repitiéndose á cada paso tan tiernos afectos que mas de una vez nos hicieron derramar lágrimas de espansion y de ternura.

Los cuerpos de la guarnicion estaban formados sobre el anden y frente á la Machina. El escelentísimo señor general segundo cabo recibió, revistó y arengó á las fuerzas espedicionarias, y despues de haber desfilado estas por delante de dichos cuerpos, se situaron á retaguardia de los mismos.—Los voluntarios, que formaban á la vanguardia de sus compañías, iban todos ellos armados de espingardas, varios otros ostentaban con orgullo gumías y otras prendas cogidas á los marroquíes.

Los alumnos de la universidad, de todos los institutos de enseñanza y de las escuelas públicas formaban numerosas comitivas, entre las cuales ondeaban multitud de banderas y estandartes. Unos precedian á un carro triunfal, en el que se colocaron varios voluntarios y cazadores de Arapiles. Otros acompañaban á otro carro triunfal en que se veia representada á Barcelona repartiendo palmas á los vencedores de Africa y dos estátuas que simbolizaban la paz. Entre estas comitivas figuraban varias músicas y coros, distinguiéndose, cantando himnos patrióticos, los alumnos del Orfeo barcelonés y de las escuelas del ayuntamiento. Todos ellos repartian flores y coronas á las tropas.

El retardo de la llegada del *Duero* y el no poder vencer los obstáculos que la multitud oponia á su paso, fué causa que hasta despues del mediodia las tropas no pudieran emprender su marcha, caminando entre confusos apretones y confundidos

soldados y voluntarios con el paisanaje que se entremezclaba en sus filas. Barcelona saludaba con trasportes de júbilo á los que defendieron con decidido y con heróico esfuerzo los ultrajados derechos de la madre patria. Ellos vuelven ricos de honra y de gloria al seno de la misma, despues de haber sellado con su sangre el suelo africano.

Delante de la primera calle de la Barceloneta habia una elegantísima tienda, en la cual debia recibir á las tropas en nombre de la provincia de Barcelona la diputacion provincial presidida por el gobernador interino don Manuel Moyano. Allí estaban reunidas las principales corporaciones, la audiencia, el cuerpo consular, la universidad, el consejo de provincia, etc., el ayuntamiento, formando cuerpo, y presidido por el señor alcalde corregidor, y el venerable prelado de la diócesis con una comision del cabildo.

Tambien estaba en dicha tienda la anciana madre del esforzado conde de Reus, orgullo de nuestra pátria. Grande debia de ser la satisfaccion de esta señora al saludar á los que se han cubierto de gloria peleando al lado de su heróico hijo. Tambien se encontraban en dicha tienda los milicianos veteranos. En medio del desórden que reinaba allí y en todas partes, fué imposible que las tropas formaran en masa. El señor Moyano leyó con esforzado acento una alocucion que fué contestada con entusiastas vivas.»

III.

A la entrada de la plaza de Palacio se levantaba un magnífico obelisco. Representa un gran pedestal adornado con grupos de trofeos militares, simbolizando los institutos de todas armas del ejercito y marina, los tercios vascongados y las compañías catalanas.

Sobre una pilastra en cuyo frenta se ve á la Historia escribiendo las glorias nacionales de Africa en 1860, y descansan-

do sobre cuatro dorados grifos que sostienen coronas de laurel, se vé una hermosa y colosal figura que representa á la España coronando á los vencedores. En el propio pedestal, en sus diferentes caras, se leen tres inscripciones. Dos de ellas son unas hermosas palabras pronunciadas por O'Donnell y Olózaga en el Parlamento; las otras son un fragmento de la bella oda del inmortal Quintana á Guzman el Bueno. Dicen así:

«El Dios de los ejércitos bendecirá nuestras armas, y el valor de nuestros soldados y de nuestra armada hará ver á los marroquíes que no se insulta impunemente á la nacion española, y que iremos á sus hogares á buscar la mas cumplida satisfaccion.»

«Hoy es dia de sentir el placer inmenso de que seamos todos españoles, y nada mas que españoles, recordando los buenos tiempos de la antigua monarquía con la de la monarquía constitucional, llevando la gloria de nuestras armas al territorio de Africa, donde tanto alcanzamos en otra época, donde hace siglos que nos está esperando.»

¿Quién diera á mi deseo
tantos lauros contar? Cada llanura
fué campo de batalla,
cada colina vencedor trofeo:
los mismos sitios que el baldon miraron.
miraron la venganza, y las afrentas
en torrentes de sangre se lavaron.»

En la citada plaza habia un espacioso tablado destinado para las personas convidadas y otro para el ayuntamiento y personas de su séquito. Allí, como en el muelle, no ha sido dable que las tropas formaran en masa para escuchar la enérgica cuanto patriótica felicitacion que en nombre de Barcelona y la corporacion municipal les ha dirigido el digno presidente de esta última, don José Santa Maria, al ofrecerles las coronas de laurel para la bandera del batallon de Arapiles y el banderin de las compañías de voluntarios. El Excmo. é Ilmo señor obispo tambien dirigió á los recien venidos su autorizada palabra,

manifestándoles que, así como les habia bendecido el dia de embarcarse para ir á la guerra, les bendecia de nuevo ahora que el Dios de las batallas habia coronado sus esfuerzos, primero con repetidas victorias y últimamente con la conclusion de la paz. Magnífico era el golpe de vista que presentaba la plaza de Palacio cuajada de espectadores sobre los cuales caian un diluvio de impresos y poesías, en tanto que las autoridades arrojaban coronas y flores sobre las filas de los soldados y de los voluntarios.

El tiempo no se mostró propicio á la solemnidad de tan gran dia, y empezó á llover con gran descontento de la poblacion entera, cuando las tropas y su bullicioso y festivo cortejo emprendian la marcha por la carrera trazada.

En el paseo de Isabel II y entre la casa de la Lonja y la de Xifré una numerosa y patriótica comision de vecinos de Barcelona aguardaba á los héroes de Africa. Al desfilar frente á ellos el batallon de Arapiles, el conocido poeta don Victor Balaguer tomó la palabra en nombre de la comision, y en un corto, pero sentido discurso, felicitó á los bravos oficiales y soldados de Arapiles por sus hazañas y laureles conquistados y por su constancia en sufrir y soportar los rigores y padeceres de la ruda campaña de que regresaban. Luego el mismo señor Balaguer, al presentarse los voluntarios, dirigióse á su gefe, y hablándole en el enérgico idioma catalan, con entusiasta acento comenzó por felicitarles y encomiarles su heroismo y valor inaudito, con el cual se han acreditado de ser dignos descendientes de aquellos almogávares que en otros tiempos llevaron á tan alto punto la fama de invencibles; ofrecióles en seguida en nombre del pueblo catalan una corona, humilde por su materia, pero rica, segun dijo el señor Balaguer, por el alto valor que tiene con ser el síncero premio que todo el pueblo entusiasta tributa á unos héroes que tan bien puesto han dejado el patriotismo y valor catalan.

La corona ofrecida era de terciopelo verde, imitando el laurel con pintadas cintas que pendian de ella; y este honroso premio tributado á los valientes voluntarios, ostentábase den-

tro de una lujosa carretela dignamente ataviada, tirada por cuatro hermosos caballos ricamente enjaezados. Por la parte de los estribos de la carretela pendian dos adornados carteles, en los cuales se leia. Al heroismo de los voluntarios de Cataluña en Africa.—Varios entusiastas de las glorias patrias.» El coche que conducia la corona siguió detrás de los voluntarios, junto con la comision que se la ofreció, hasta que la lluvia que seguia creciendo por momentos, hizo que se dispersase una gran parte de las diversas comitivas que acompañaban á las tropas.

IV.

Cuando desfilaron por delante del fingido baluarte que se ha levantado en la plaza de Medinaceli, hubo escenas de estraordinaria animacion, pero al llegar delante del Casino barcelonés tuvo lugar una galante y obsequiosa demostracion dispuesta por aquella distinguida sociedad, que fué aceptada con vivos trasportes de reconocimiento.

El señor presidente de la misma presentó á los señores comandantes del batallon de Arapiles y de las compañías de voluntarios, dos bellas y elegantes coronas civicas, rogándoles que las aceptasen como un homenaje de admiracion á su valor y á su noble comportamiento. Ambos dieron las gracias al Casino barcelonés en términos tan espresivos como lisongeros, y el señor comandante de los voluntarios, el bravo don Francisco Fort, lo hizo pronunciando un corto, pero elocuente y sentido discurso, encareciendo que aquellos no habian hecho mas que cumplir con el deber que se habian impuesto, que estaba orgulloso de mandarlos, y que su valor quedaba atestiguado por el número de muertos y de heridos que habian tenido en el campo de batalla: añadiendo que de estos últimos ninguno lo habia sido por la espalda, y encomió con valiente acento los nombres de O'Donnell y de Prim.

Cuando siendo ya las cuatro de la tarde, llegaron las tropas

á la plaza de la Constitucion, estaba diluviando; pero apesar de esto la multitud seguia impertérrita agolpándose á su paso. y los balcones y hasta los terrados y azoteas se hallaban cuajados de espectadores. La diputacion y el ayuntamiento presenciaban el desfile; la primera desde su propio palacio, cuya fachada apareció ayer espléndidamente decorada, y el segundo desde los balcones de las Casas Consistoriales, en uno de los cuales vimos á varios caballeros oficiales heridos en la última campaña. El desfile de las tropas por la citada plaza fué una ovacion tan completa que difícilmente puede describirse, así como no pueden relatarse detalladamente tantos y tantos hechos ocurridos en aquellas horas de espansion y de entusiasmo; siendo ademas imposible ver cuanto ocurre simultáneamente en diferentes puntos de la ciudad ó tener noticia de todo. Ademas hay cosas que son mas para sentidas que para descritas. Al pasar por debajo del magnífico arco levantado á espensas de la Universidad, á la entrada de la calle del Cármen, se echaron á volar infinidad de palomas. En la propia calle y entre el edificio del Hospital y el convento de religiosas Mínimas, habia una especie de escudo en que se leian estas palabras, tan sencillas como de una doble y espresiva significacion: «Saludan á los valientes, en sus asilos, las pobres y las vírgenes.»

Barcelona en el dia de ayer se ha mostrado verdaderamente grande. El homenaje que ayer se rindió al valiente egército de Africa es digno de una de las primeras capitales de Europa.

En el carro triunfal que ornado de palmas y laureles conducia á varios soldados y voluntarios, figuraba el bravo cabo de voluntarios señor Aran, conocido por el público por haber visto durante mucho tiempo su retrato, que reproducia una de sus hazañas, espuesto en un cuadro fijado en la plaza de la Constitucion.

Así la tropa como los voluntarios marchaban abrumados por el peso de las flores y coronas. De estas últimas las llevaban en los fusiles y ceñidas al cuello, al brazo y sobre el ros ó la gorra encarnada que cubria sus cabezas.»

V.

Si descripciones fuéramos á hacer de todos los puntos donde han recibido á nuestros soldados de Africa, tendríamos que ocupar multitud de entregas, y ya nos queda muy poco espacio para la infinidad de hechos que tenemos que aclarar.

Es verdad tambien que aunque en menor escala que en Barcelona, nuestros lectores verian los mismos festejos, el mismo entusiasmo y las mismas demostraciones de cariño en todos los pueblos.

Cada uno por su estilo, y con arreglo á sus circunstancias, han tratado de recibir lo mas dignamente posible, á los que con tanta bravura han derramado su sangre por la madre patria.

En Madrid tambien se preparaban á hacerles una recepcion lo mas brillantemente posible.

Ya se decia que se habian dado las órdenes á algunos cuerpos para que se dirigieran hácia la córte, y aun se designaban algunos de los que habian de hacer la entrada oficial.

Se fijaban dias, y nada se sabia á punto fijo.

El ayuntamiento tenia preparada una corrida de toros estraordinaria, y unos socorros de arroz y pan para las clases menesterosas.

Ademas, la tropa tanto de la guarnicion como la recien llegada, tendrian un rancho abundante y tabaco, costeado por dicha corporacion.

El Casino iba á decorar con un lujo estremado su local de la carrera de san Gerónimo, y en multitud de casas se disponian pintorescas iluminaciones, y preciosas colgaduras.

Y sobre todo, el pueblo que nada de riquezas puede ofrecer para cualquier solemnidad, no prometia mas que su entusiasta y franca alegría. y su asistencia.

La impaciencia era general.

Todo el mundo deseaba ya contemplar de cerca á los bravos de Barbastro, Madrid, Borbon y otros.

Por fin el dia 27 de Abril se embarcó en la ria de Tetuan el general O'Donnell para venir á la patria que tan ansiosamente le esperaba.

La córte estaba en Aranjuez, y hácia aquel punto se dirigió el duque de Tetuan.

Su gloriosa mision en Africa habia terminado ya, y volvia á la península á poner á los pies de su Soberana los laureles recogidos en el campo de batalla.

Sus numerosos amigos acudieron á Aranjuez á felicitarle, y á estrechar la mano del caudillo que siempre sereno en los momentos de mas peligro, habia conseguido merced á sus acertadas disposiciones, vencer á un enemigo temible por su número y bravura.

VI.

Creemos que nuestros lectores recordarán la situacion en que dejamos á Zobeiba y á Angeles.

Concluidas apenas sus conferencias, una aparicion estraña las habia hecho estremecerse de alegría.

Angeles vió á Antonio, y muda y palpitante, y ruborosa espresaba su infinita felicidad en la agitacion de su seno, y en la irradiacion de sus miradas.

Zobeiba al contrario.

Al ver á Cárlos, se lanzó con ánimo de estrechar entre sus brazos á aquel hombre tan querido.

Pero se detuvo palideciendo intensamente.

Delante de Cárlos estaba Ester.

Ester que reasumia el presente del jóven militar.

Ester que era la única que poseia su cariño.

Una nube se estendió ante los ojos de la mora.

Todos se habian quedado extraordinariamente sorprendidos.

Ninguno acertaba á moverse.

Isaac no pudo menos de contemplar á Zobeiba con un temor cuya causa se esplicarán perfectamente nuestros lectores, si recuerdan la primera entrega de nuestra obra.

Ester tambien se estremeció al encontrarse otra vez con aquella muger.

Zayda ó Lia, pues este nombre segun hemos visto en las memorias de Alberto, era el que tenia la otra hermana de Sara, era la única que miraba á unos y á otros y nada comprendia.

Cárlos tambien estaba contrariado.

En cuanto á Antonio y Angeles no tenian suficientes ojos para mirarse á si mismos, con que menos podian tenerlos para ocuparse de los demás.

Pedro el antiguo criado de Céspedes, y el servidor leal del invisible, fué el primero que rompió el silencio.

Adivinó que algo extraordinario mediaba entre Zobeiba, la familia de Isaac, y Cárlos, y trató de romper aquella situacion tan estraña en que se habian colocado.

—Vamos, señores, adelante, dijo, mi señor, no concede jamás la hospitalidad á sus amigos, para que se queden en las puertas de su casa.

Isaac se acercó á Pedro, y le preguntó en voz baja, señalándole á Zobeiba.

—¿Qué hace aquí esa muger?

—No temas nada de ella anciano, yo velo por vosotros, esa muger es la única que ha conseguido que mi señor se enamore.

—¿Tu señor está enamorado de ella?

—Hasta el delirio, hasta la ceguedad.

—Dios de Jacob!.., exclamó el hebreo, que va á ser de mi pobre hija al lado de esta muger?

—No temas nada, vuelvo á repetirte, interin mi amo este fuera, otro hermano mio y yo, somos los que tenemos el absoluto dominio en todo esto, y despues que el venga, es demasiado justo y bueno para cometer una injusticia.

Cárlos entretanto se decidió por arrostrarlo todo.

Avanzó resueltamente hácia la sala, y saludó con la mayor firmeza á las dos mugeres.

Zobeiba retrocedía á medida que él se adelantaba.

Antonio siguió á su amigo.

Y tras ellos entró la familia del judío.

Pero Pedro hizo detenerse á unos y á otros.

—No son estas las habitaciones destinadas para vosotros.

—Pues á donde vamos preguntó Antonio.

—Si teneis la bondad de seguirme, ya lo vereis.

—Vamos pues, dijo Cárlos que deseaba cuanto antes separarse de Zobeiba. Atravesaron toda la estancia los recien llegados, y abriendo Pedro una puerta perfectamente disimulada en la pared, pasaron á otra sala.

Volvióse á repetir la misma operacion, y otra puerta secreta les dió paso á un estenso gabinete ochavado, en el cual se veian cuatro ó cinco puertas.

Estas á su vez daban á unas lindas habitaciones, de las que era por decirlo así centro comun, el gabinete en que se hallaban.

Uno de estos departamentos fué destinado para Isaac y sus sobrinas, y otro para Cárlos y Antonio.

Al mismo tiempo Pedro preguntó al judío.

—Dí, tendrás inconveniente en que habite aquí con vosotros esa pobre jóven que habeis visto ahí fuera?

—Cuál? ¿la mora? dijo el hebreo.

—No la otra; porque yo tambien quisiera apartarla de el lado de esa mujer á quien tú tanto temes.

Antonio miró á Pedro, y en aquel mudo idioma le dió las gracias mas espresivas.

Ester contestó por su tío, diciendo.

—Sí, que venga, tráela inmediatamente.

La amada de Cárlos habia comprendido que el amigo de éste y aquella jóven, se amaban tambien, y queria hacer cuanto pudiera en su obsequio.

VII.

Pedro salió de la estancia.

Al cabo de algunos momentos volvió acompañado de Angeles.

—Esta es vuestra habitacion desde hoy señorita, la dijo, con este anciano y estas jóvenes vivireis, y de este modo prosiguió en voz baja, estareis mas cerca de vuestro amante.

La jóven se ruborizó estraordinariamente.

Miró á Antonio, y dió las gracias al hebreo por su complacencia en admitirla en su compañía.

Cárlos y Ester deseaban quedarse solos.

Antonio y Angeles tenian tambien el mismo deseo.

Y era muy natural.

Tenian tantas cosas que decirse!....

De las cosas inagotables, la mas inagotable es el amor.

Asi es que siempre con el mismo tema, hay que hablar, y nunca se cansan los amantes.

Isaac y Lía comprendian perfectamente los deseos de los jóvenes.

La habitacion en que se encontraban se conoce que era la mas baja del edificio subterráneo.

Las pequeñas y desiguales ventanas que tenia abiertas sobre las rocas, vistas desde lejos parecian grietas ó cabidades de ellas mismas, sin que á nadie se le ocurriera la verdad.

Esta parte de la montaña daba á un precipicio horrible, y cuyo otro borde mucho mas abajo que la montaña permitia ver á lo lejos los bosques y las praderas, y las estrechas y tortuosas sendas que serpenteaban por los vericuetos vecinos.

El panorama que por aquellos agujeros se descubria, era verdaderamente encantador.

Isaac y Lía se asomaron y estendieron su vista por aquella estension inmensa.

Nuestros amantes formaron dos grupos separados, y allí dieron rienda suelta á sus dulces confidencias y sus tiernas espresiones de cariño.

Y entretanto Zobeiba rugía de furor en su encantado aposento.

Comprendia que cada vez adoraba con mas vehemencia á Cárlos.

Y tambien tenia la íntima conviccion de que el jóven comandante no la queria.

Y este pensamiento torturaba su alma, llenaba de ira su corazon, y hacía vagar por su imaginacion mil proyectos á cual mas disparatados.

Degemos á los unos entregados á las suaves emociones de su amor, y á la otra sumida en sus ideas de venganza, y vamos hácia Mequinez á ver que habia sido del invisible.

CAPITULO LVII.

El invisible se acuerda de Céspedes.—Pónese inmediatamente en camino para su palacio.—El peregrino y Roque abandonan tambien las ruinas de El-Kassar-Faranan.—Tetuan despues de ajustadas las paces.





AN pasado dos dias desde que el peregrino tuvo la entrevista con Ibraim, que ya conocen nuestros lectores.

El médico ha permitido que el herido abandone su lecho.

La impaciencia del invisible era cada vez mas grande.

Conocia perfectamente el carácter del anciano de El-Kassar, y temia por los tres hermanos.

Y lo que mas le desesperaba era el no poder marchar para defender á sus protegidos.

Al segundo dia de haberse levantado, paseándose un poco por su estancia, su imaginacion atravesando el espacio, fué á fijarse en su palacio de la montaña.

Allí vió á Zobeiba, á aquella mujer á quien tanto amaba, y de la que no era, ni podia ser correspondiendo.

Muchos dias hacía ya que casi se habia olvidado de ella.

Su pensamiento habia tenído otra multitud de cosas de mas interés de que ocuparse, y por lo tanto al amor le habia quedado muy poco.

Solo en aquel instante se despertó de pronto aquel recuerdo, y el invisible gozaba y sufria con él.

Gozaba, porque vírgen de amores, su alma habia amado á la mora con un cariño frenético y desesperado.

Y sufria porque aquella mujer amaba á otro, y como comprendia que él no podria nunca sentir por otra mujer lo que por ella, adivinaba que jamás debia abrigar la esperanza de ser correspondido.

El pensamiento de Zobeiba le llevó naturalmente á todos los objetos y á todos los seres de su casa.

Entonces se acordó de Angeles.

Y desde Angeles fué á parar á la causa que motivó su rapto.

Céspedes se presentó inmediatamente á su imaginacion.

Ajustó la cuenta de los dias que habian transcurrido, y vió que el plazo habia espirado algun tiempo antes.

Esto necesariamente habia de contrariarle,

Conociendo el interés que tenia por la posesion de aquella caja, se comprenderá muy bien lo que le haria padecer el no poderse poner en seguida en marcha para recuperarla.

Acto continuo mandó llamar al médico.

En cuanto éste vino, le preguntó cuanto tiempo tardaria de estar en disposicion de montar á caballo.

Aquel le dijo que por lo menos habian de transcurrir seis dias.

Seis dias eran un siglo para Ibrahim.

En cuanto se quedó solo, pidió papel y pluma, y se puso á escribir una carta.

Mandó que la lleváran á su destino, y momentos despues el *cheg* de Mequinez, padre de Benjamin, penetraba en su habitacion.

II.

No pudo menos de asombrarse el judio de encontrarse con Ibraim.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? le preguntó.

—Pregúntaselo á tu hijo, le respondió el invisible.

—A mi hijo!... dos dias hace que desapareció de mi casa, y nadie sabe su paradero.

—Qué estás diciendo? preguntó Ibraim sintiendo un sobresalto, cuya causa no se pudo esplicar.

—La verdad; hace dos dias que nadie lo ha visto, ni nadie puede darme razon de él.

—Oh! entonces me temo alguna nueva desgracia

—Una nueva desgracia!... por el Dios de mis padres, esplícate Jacob, no me tengas en esta incertidumbre mas cruel que todos los males que pudieran amenazarme.

Entonces Ibraim contó al anciano todo cuanto habia hecho Benjamin, y que ya saben nuestros lectores.

El padre del jorobado tenia pintados en su semblante la indignacion y el sentimiento que la conducta infame de su hijo le causaban

Cuando llegó el invisible al último período, es decir á la fuga que sin saber como habia hecho de la habitacion en que el peregrino lo dejára amarrado, esclamó.

—No tiene duda, yo conozco por desgracia á mi hijo y escuchó vuestra conversacion.

—Y crees? preguntó anhelante Ibraim.

—Que á estas fechas está en seguimiento de tus amigos, y milagro será que él no se salga con su idea.

—Pues eso es lo que es menester impedir.

—De qué manera?

—Tienes tres hombres de una confianza ciega?

—Tengo tres hijos de los que respondo.

—Pues bien, el uno va á partir inmediatamente aunque tenga que rebentar algun caballo hácia mi habitacion.

—Está muy lejos?

—En el Riff.

—Cuándo es menester que esté allá?

—Dentro de dos dias ó tres, lo mas tarde.

—Estará.

—Que venga, y yo le daré mis instrucciones.

—Y los otros dos?

—Esos tienen que venir conmigo.

—Contigo!....

—Sí, yo estoy herido; no puedo montar á caballo, tengo que emprender el viage en un camello, y uno de tus hijos ha de marchar delante para tenerme preparado siempre alguno á fin de no detener mi marcha, mientras que el otro ha de venir conmigo.

—Tienes razon, y tanto te urge el llegar á tu casa?

—Como que de no hacerlo, pueden sobrevenir desgracias irreparables.

—Y cuándo quieres que vengan?

—Inmediatamente.

—Tienes algo mas que mandarme? preguntó el *cheg* levantándose para marchar.

—Sí; deseo que tú te encargues del camello, que sea robusto y fuerte, y que esté dispuesto para emprender la marcha esta tarde.

—Está bien, lo tendrás.

Y tras estas palabras, despues de haberse asegurado mutuamente su afecto, el judío abandonó la habitacion del invisible.

III.

Aun no habia transcurrido mucho tiempo cuando los tres hijos del hebreo estaban en la presencia de Ibrahim.

Todo lo que de bajo é infame tenia Benjamin, sus hermanos lo tenian de francos y leales.

En aquellas fisonomías no se leia ni el doblez, ni la malicia.

Ibrahim los comprendió de una ojeada, y vió que se podia fiar de ellos.

A el uno le dió una carta para Pedro, en la que le decia lo que habia de hacer respecto á Cespedes, incluyéndole otra para este.

Al mismo tiempo le dió las instrucciones necesarias para que pudiese penetrar en su palacio.

Tambien le encargó que variase de trage para que si por acaso, tropezaba en el camino con su hermano, no fuese conocido por él.

El encargado de esta comision se marchó, y algunos instantes mas tarde, disfrazado de musulman salia de Mequinez, cabalgando sobre un ligero corcel de pura raza.

El segundo, recibió tamáien su comision, y salió de Mequinez, siguiendo su camino al Riff segun el itinerario que le trazára el invisible.

Y en cuanto á este, acompañado del otro hermano, y de dos criados, abandonó aquella tarde la capital del Mogreb.

IV.

Digamos tambien cuatro palabras respecto al peregrino de El-Kassar-Faranan.

Ya vimos que concluida su entrevista con el iuvisible se dirigió hácia sus ruinas.

Penetró en ellas, y Roque que le estaba esperando no pudo menos de asombrarse al ver la fisonomía tan estraña de su señor.

—¿Qué os sucede? le preguntó con afan.

—Que vamos á marchar inmediatamente.

—A marchar!... ¿y á donde?

—Ya los tengo en mi poder, decia el anciano paseándose apre-

suradamente por el aposento, y sin hacer caso de la pregunta de su criado.

—Esplicaos señor, le dijo este, interrumpiéndolo en mitad de uno de sus paseos, ¿quién está en vuestro poder?

—Los hijos de aquel maldito joyero!...

—Desgraciados!...

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó el peregrino con voz de trueno, es posible que yo no he de poder hacer nada que merezca tu aprobacion?

—Quizá algun dia os arrepintais señor, contestó Roque con voz respetuosa, pero fuertemente acentuada.

—Señor Roque, prohibo terminantemente que se me hable sobre ese particular.

—Pero...

—Silencio, ese necio de Ibrahim tambien los ha perdonado. Yo ni puedo, ni debo hacerlo.

—Oh! si siguierais el ejemplo de vuestro amigo, ya veriais como gozaba vuestra alma.

—Con mi venganza gozaré.

—Goce bien amargado por cierto.

—En fin Roque ya te he dicho que no hablemos mas sobre ese asunto, mi resolucion es irrevocable.

Roque, no se atrevió á contrariar á su amo.

Sabia por esperiencia que en momentos semejantes nada se podia adelantar con él.

Se contentó pues con hacer una señal de resignacion, y mirarlo con cierta lástima.

El peregrino entretanto habia vuelto á sus paseos.

Por fin no pudo menos de reparar en la inmovilidad de Roque, y le dijo.

—¿Pero no me has entendido?

—Dispensad, señor, pero no creí que os corriera tanta prisa, le contestó el criado.

—Es menester que te acostumbres á tu antigua vida de movimiento, vamos á emprender nuevamente nuestras correrías.

—Mas nos valía, la vida de quietud y reposo que llevamos.

—Quietud!.... reposo!... y crees tú que gozo yo de todo eso?

—Mal haceis señor, sino gozais.

—Calla, Roque, tú no comprendes lo que es sufrir los tormentos que yo sufro.

—Porque vos lo quereis

—Tienes razon, hace años que debia haber concluido de padecer, si cuando maté al joyero, hubiera tambien asesinado à toda su maldita descendencia, de seguro que hoy estaria mas tranquilo.

—O tendriais mas remordimientos.

—Remordimientos, ya te he dicho muchas veces, que esa es una palabra que los hombres han inventado para disimular su cobardia.

—No digais eso señor, el remordimiento es la voz de la conciencia que grita á la materia por haber procedido injustamente en algun negocio.

—Es decir que únicamente cuándo hay injusticia hay remordimiento?

—Si señor.

—Entonces mi proceder es altamente justo y natural, toda vez que yo no sé lo que son remordimientos.

—No hay peor cosa, señor, que empeñarse uno en estar ciego, cuando tiene la vista perfectamente sana.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que vos no quereis creer que lo que sentis, es esa voz misteriosa que os reprocha constantemente vuestro crímen pasado y vuestra venganza presente.

—Roque!... gritó el peregrino pálido de corage.

—Qué quereis, señor, demasiado sabeis, que soy tan franco que jamás disimulo mis opiniones.

—Está bien; si no las disimulas, callátelas, y vete á preparar lo necesario para nuestra partida.

—Pero estais decidido?

—Te repito que nos vamos inmediatamente.

Roque no tuvo mas remedio que obedecer.

Conocia el carácter de su amo, y sabia que formada por él una resolucion, era irrevocable.

Este no añadió una palabra mas.

Siguió paseándose por la estancia, y despues se dirigió hácia la cortina que recordarán nuestros lectores.

V.

La descorrió y el retrato volvió á aparecer.

El peregrino lo estuvo contemplando algun tiempo sin decir una palabra.

Por fin exclamó:

—Oh! Ana mia, alégrate, ya estoy próximo á vengarte, ya van esos hijos malditos á espiar el crímen de su padre; no puedes imaginarte los deseos que tengo de que llegue ese instante para respirar tranquilamente y venirme á tu lado á buscar en tus miradas la aprobacion de mi conducta.

—Aprobacion que nunca encontrareis, dijo en esto una voz á sus espaldas.

—¿Qué es eso? eres tú Roque, dijo el peregrino volviéndose con un gesto de mal humor, está ya eso?

—Cuando gusteis.

—Vamos allá.

Y volviéndose hácia el cuadro, dijo.

—Adios Ana, me ausento de tí con el corazon destrozado, pero cuando vuelva tengo el presentimiento de que seré completamente feliz.

Y besando el borde de las ropas de la dama, salió de la habitacion.

Atrajo hácia sí la puerta, y quedó por la parte de afuera tan perfectamente unida á la pared, que nadie podia sospechar su existencia.

En el patio del edificio habia dos caballos.

En el uno se veian unas especies de alforjas, donde nece-

sariamente irian algunos fiambres para el camino

Sobre este cabalgó Roque, despues de haber tenido el estribo á su señor.

Los dos dirigieron una última mirada á aquel edificio donde habian pasado tanto tiempo, y salieron de las ruinas de El-Kassar-Faranan.

Aun no habian andado doscientos pasos, cuando de entre unas matas se levantó un hombre.

Era Benjamin.

Los miró alejarse, y sentándose sobre una peña, dijo.

—Recapitulemos bien lo que hemos oido. Sara y toda la demás gente se han marchado á el palacio de Ibrahim; este y el peregrino odian á ese hombre, á quien yo aborrezco tambien porque ama á Sara, estos de aqui, van á matar sin duda á Alberto, y Sara se quedará sola, es necesario que yo vaya tambien, debo seguir al peregrino, porque segun yo sospecho, él debe de entrar en el palacio por la puerta secreta, y esto me es muy conveniente. Si; estoy completamente decidido; ellos no irán muy deprisa, y tengo tiempo de alcanzarlos.

Se levantó de su asiento, y tomando otro camino marchó en una direccion opuesta, á la que llevaba Roque y su señor.

VI.

Tetuan recobraba por momentos su carácter morisco otra vez.

Se habian firmado los tratados, y se habian suspendido las obras de demolicion

Los musulmanes se regocijaban con esto, y multitud de familias iban regresando otra vez á sus hogares.

Los judios eran los que estaban mas disgustados.

Temian que al evacuar por completo los cristianos la plaza, no recayese sobre ellos todo el enojo de los moros por lo amigos que se habian hecho de aquellos.

Por manera, que en la proporcion que los muslimes volvian á su ciudad, recogian sus mas preciosos efectos, y familias enteras marchaban á establecerse á otros puntos.

Todas las mejoras, todos los adelantos que ya en otro lugar hemos dicho se estaban haciendo, se habian estacionado.

Unicamente las obras de fortificacion continuaban casi en tan grande escala como se habian emprendido.

Es verdad que estas obras se necesitaban para tener asegurada la poblacion de un golpe de mano de parte de las Kabilas.

Tanto respecto á estos trabajos, como sobre la emigracion de los judíos, encontrarán nuestros lectores algunos detalles en los párrafos siguientes de una carta escrita desde Tetuan, á los muy pocos dias de ajustadas las paces.

Dicen así:

«Consecuencia de los preliminares de paz, se han estacionado ya aquellos proyectos de mejora, tanto mas permanentes cuanto mas costosos: anchas vias que afluyen de las puertas de la ciudad á la plaza de España, se han abierto en línea recta entre el laberinto de casas apiñadas cuyos escombros, apisonados ya con el tránsito contínuo, amenazan á veces dominar las azoteas colaterales, otras se levantan en ruina, seccionadas caprichosamente por el pico, puertas y molduras arábigas; allá quedan descubiertas las salas vergonzantes de la sultana y las esclavas, donde el moro temia ser sorprendido por un rayo del sol que hoy deslumbra reflejando en sus blanquísimas paredes.

Nótase, sin embargo, en estos dias mayor actividad en ciertas obras mas subalternas de ornato y policía: el dia 9 se inauguró el alumbrado en nuestra gran plaza, y hoy deben recibir esta inapreciable mejora las calles del Cid y la Victoria, que conducen por las puertas del mismo nombre á los campamentos: 360 vistosos faroles van á desterrar el sepulcral silencio de la noche, haciendo posible la circulacion. Se acarrean al esterior las inmundicias y los escombros, se recorren las cañerías, se limpian las fuentes, se repara tal ó cual edificio, entre ellos el soberbio destinado para capitanía general;

el presidio, que alberga en la calle de Cantabria cien presidiarios recien venidos de Ceuta y los hospitales. Todo esto se hace aparte de los milagros que el comercio proporciona á la visualidad en los sitios de mayor concurrencia.

Las obras militares se resienten menos de la incertidumbre de nuestra temporal posesion; se abren aspilleras, se elevan á la altura conveniente banquetas veladas de madera con palomillas; se hace practicable el obstruido recinto para los servicios de ordenanza; se aumentan, en fin, las defensas del muro almenado que circuye la playa, y en cuyo trazado no hay cálculo ni intencion alguna de flanqueo subordinado á las necesidades y accidentes interiores. Sus 900 trabajadores, ausiliares del entendido é infatigable cuerpo de ingenieros, se distribuyen diariamentn en las fortificaciones: saliendo por la puerta de la Victoria, se concluye una flecha que cruza sus fuegos por la derecha con otra situada en la inmediata de Alonso VIII; ambas tienen el declive interior revestido de piedra seca, y la naturaleza arcillosa de sus tierras hace tanto mas perfecto su remate. Comprendido entre el fuego cruzado de sus caras, se levanta un pequeño otero donde se proyecta colocar un blokaus.

Entre la última puerta y la de la Reina, donde la muralla empieza á elevarse sobre un escarpe de rocas, que la hacen punto menos que inaccesible, está trazado un rediente. Notable, como obra de campaña, es la luneta que, cubriendo una depresion del recinto, está inmediatamente á la entrada de los Reyes Católicos: revestida de zarzos y armada de cañoneras, su gola se adosa al cuerpo de la plaza por una muralla aspillerada.

La puerta del Cid tiene tambien su rediente amurallado con aspilleras y troneras cubiertas. La Alcazaba, nuestra ciudadela, debe contar muy luego con un muro interior que le sirva de reducto, y lástima es que el camino emprendido que debia en rampa suave enlazarla á la puerta de la Victoria, se haya detenido frente á una manzana de casas conservadas por merecida deferencia á los deseos del califa vencido.

Comienza la emigracion entre los judios, que manifiestan

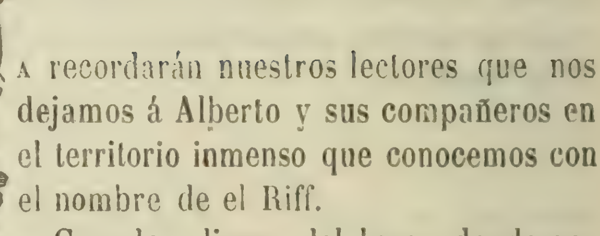
un invencible temor á la entrada de los moros; acaso temen algo mas que los compromisos adquiridos con los españoles. Jamás su estenso barrio, que cuenta 15,000 individuos, recobrado de su primer estupor, ha contemplado tanta ni tan provechosa animacion: llenas sus angostas calles por la concurrencia, comienzan sus moradores á invadir con su comercio la inmediata plaza de España: es una romería sin mas interrupcion que la noche.

Y no es el deseo de adquirir á buen precio alguna curiosidad de Fez ó Tanger, el único estímulo que allí conduce al ejército; la hermosa Florabuena, entre otras, y su graciosa hermana Raquel, vestidas en las pascuas y otras festividades con sus mejores galas, cubiertas de perlas, oro y seda, han contado centenares de visitas en un solo dia, y la amable sonrisa con que despachaban la última, era la misma con que acogian la primera; ayer, las dos interesantes jóvenes inconsolables, se despedian anegadas en llanto del hogar de sus antepasados, del barrio que debe hacer tan íntimas las afecciones de una existencia que cuenta en él todas sus horas, para emigrar con sus parientes y fortuna á la plaza de Oran: testigo presencial de aquella patética escena, participé tambien de las amarguras de despedida, deseándolas con sus vecinos mas dicha para el porvenir.»

CAPITULO LVIII.

Alberto y sus compañeros llegan á la morada del invisible.—Pedro marcha á Melilla.—Aclaraciones á las memorias de Alberto.

I.



Ya recordarán nuestros lectores que nos dejamos á Alberto y sus compañeros en el territorio inmenso que conocemos con el nombre de el Riff.

Cuando salieron del lugar donde encontraron á la loca de la montaña, segun la llamaban los naturales, se internaron por las montañas, y pronto el paisage que á su vista se estendió, tenia mucho de sombrío y agreste.

Sierras y lomas, barrancos y precipicios, y á derecha é izquierda, por la espalda y por el frente desnudas y peladas rocas, que hacinadas en caprichoso desórden, formaban altísimas montañas que casi parecian inaccesibles.

Entonces detuvo el poeta su caballo.

Sus acompañantes hicieron lo mismo.

Sacó aquel la corneta que le diera el invisible, y lanzó tres sonidos que las breñas fueron repitiendo á lo lejos.

A los pocos instantes, en lo mas fragoso de la sierra se vieron dos hombres que empezaron á descenderla dirigiéndose á donde estaban nuestros amigos.

—La corneta produjo su efecto, dijo Alberto.

—Veremos ahora el talisman, contestó Zelim.

—Oh! se puede tener confianza en él, añadió Sara, Ibrahim es uno de esos hombres tan incapaces de mentir, como implacables en sus venganzas.

Los dos hombres entretanto se iban acercando con cierta cautela.

Vestian el trage de los montañases del Riff.

Ambos eran jóvenes y robustos.

El poeta se adelantó hácia ellos.

Entonces, el de mas edad le preguntó.

—¿Eres tú el que ha llamado?

—Sí, le contestó el amante de Sara.

—¿Y qué quieres?

—Que veas ese anillo.

Y le entregó el que habia recibido del invisible.

El montañés, lo cogió, y dándole una vuelta de cierto modo, lo dividió en dos aros.

En uno de ellos se leía en caractéres árabes la palabra, «obediencia», y en el otro «fidelidad.»

Alberto estaba asombrado.

El riffeño volvió á colocar los dos aros, y se guardó la sortija.

—¿Qué haces? le dijo el poeta sorprendido.

—Ya lo has visto, le respondió aquel, me guardo la sortija ¿conque querias que asegurase á mi señor que habia cumplido sus órdenes?

—Está bien, haz lo que debas.

—Ahora, mándanos, á tus órdenes estamos.

—Queremos ir al palacio de la montaña, dijo Alberto.

—Pues seguir nuestras huellas.

Los montañeses se pusieron en marcha inmediatamente.

Tras ellos siguió la pequeña caravana.

Ni una palabra se cruzó entre los guías y los guiados.

A las cuatro horas de marchar, hicieron un pequeño descanso para tomar alguna cosa, pues segun digeron los montañeses, no llegarian al palacio hasta bien entrada la noche.

II.

Efectivamente, largo tiempo hacía ya que las sombras se habian estendido sobre la tierra, cuando la estraña puerta del alcázar del invisible se abrió para dar paso á nuestros viageros.

Pedro y su hermano salieron á recibirlos.

El primero se dirigió al poeta, y le dijo:

—Uno de los hombres que os han conducido aquí, me ha presentado un anillo de mi señor, en que se me encarga la obediencia, ¿qué deseas?

—Ver al judío Isaac y á su familia, y descansar despues, le contestó Alberto.

—Entonces seguidme.

Y empezó á guiar á los recien llegados por aquellas habitaciones que á cada momento escitaban su sorpresa.

Por fin se vieron unos y otros.

Imposible seria describir el asombro y la alegría del anciano al encontrarse con Sara.

Los tres hermanos tambien se entregaron á los transportes de su dicha por verse otra vez reunidos.

Solamente en medio de aquel cuadro de feliciad habia un alma que sufria dolorosamente.

Era la de Lía.

Su ventura estaba amargada constantemente.

Gozaba y padecia en aquel instante.

Y cualquier persona que haya amado sin esperanza, comprenderá perfectamente el estado de la hermana de Sara.

Sus ojos que deseaban contemplar el rostro querido del poeta, tenian que inclinarse al suelo para no revelar á nadie lo que ella comprendia que debia ocultar en el fondo de su pecho.

Angeles y Antonio tambien gozaban con la alegría de sus amigos.

En el tiempo que habia transcurrido desde que estaban juntos, se habian formado unos lazos tan dulces de amistad entre todas aquellas personas, que la felicidad de los unos se reflejaba tambien en los otros.

Cuando concluyeron las primeras espansiones de cariño, vinieron las preguntas.

Deseaban saber como se habia conseguido la evasion de las dos jóvenes, y cuantos obstáculos habia habido necesidad de vencer.

Sara fué la que tomó la palabra, y ella contestó á todas las preguntas.

La hebrea estaba en el colmo de la ventura.

Libre con su amante, y libertada por él, creia que el cielo de su dicha se habia despejado completamente.

Durante su relacion, mas de una vez fijó sus enamorados ojos en aquel hombre á quien tanto amaba, y se complacia deteniéndose y recordando todos los lances en que él habia estado mas grande, mas sereno, y mas generoso.

Zaard tambien tomó su parte en la conversacion.

Tambien ella habia sido una de las que tenian que agradecer á los dos hermanos.

Las dos amaban con la misma vehemencia aunque sus formas diferian mucho por la contradiccion de sus respectivas organizociones.

Ni las unas se cansaban de hablar, ni de escuchar los otros.

Sin embargo las horas se pasaban, y nuestros viageros tenian necesidad de reposo.

El anciano Isaac lo comprendió así, y fué el que dió la señal de partida.

—Hijos mios, les dijo, ya que el Señor ha querido que todos volvais libres y sanos á mis brazos, despues de darle gracias demos treguas á nuestra dicha á fin de que descanseis, que mucha necesidad debeis tener de ello.

—Teneis razon, padre, contestó Abdel, y mayormente las mujeres, que no están tan acostumbradas como nosotros á cierta clase de fatigas.

—Eha, despedíos, y retirémonos á nuestras respectivas habitaciones.

Y alzándose de los almohadones en que estaba sentado, bendijo á su hijo primero, despues á sus sobrinas, y se despidió de todos los demas, y mas particularmente de los tres hermanos.

III.

Al dia siguiente huvo tambien grandes novedades en el interior del palacio.

Ya muy de noche otro huésped se presentó con otro guía.

Era uno de los hijos del *cheg* de Mequinez.

El camino en que los otros habian tardado seis dias, él lo habia recorrido en dos y medio.

Es verdad que le había costado tres caballos y llegar jadeante y fatigado á la subterránea morada,

La carta que llevaba para Pedro fué entregada inmediatamente.

En ella se decia que su hermano marchase inmediatamente á Melilla y entregase á Céspedes otra carta que le remitia adjunta.

El fiel criado se apresuró á cumplir la voluntad de su señor.

Tambien le decia que tuviese una vigilancia tremenda con la entrada secreta del palacio, pues sabia que trataban de penetrar en él por este sitio.

Como consecuencia de esto, en aquel mismo instante se

avisó á los montañeses que habitaban por aquellos breñales para que estuviesen vigilantes.

Igualmente y con la misma prontitud, el buque que ya en otra ocasion vimos en la pequeña ensenada de las montañas, se preparó para emprender su viage.

Poca era la distancia que tenia que atravesar.

El camino mas derecho era por tierra.

Pero á Pedro no le pareció prudente ir por esta parte.

Asi es que á las dos horas de haber llegado el hermano de Benjamin, ya iba el brik camino de Melilla.

Llegó el hermano de Pedro en ocasion en que el banquero se habia decidido ya por dar parte á las autoridades.

Tanta dilacion era imposible de soportar.

Su pensamiento se fijaba en su hija, y temia que cuando no se presentaban á reclamarle la caja, era porque sin duda Angeles no pudiendo resistir aquella vida de sufrimientos que tal vez llevaria, habria sucumbido.

Segun las instrucciones que Pedro recibió de Ibrahim, la jóven escribió tambien cuatro letras á su padre para tranquilizarle.

Con estas dos cartas pues, el servidor del invisible se presentó en la morada del banquero.

—Es á mí á quién deseaba V. ver le preguntó Céspedes.

—Si señor, le contestó el hermano de Pedro.

—Y en que puedo servir á V?

—Leyendo estas dos cartas.

Y acto continuo le entregó las dos que recibiera en el alcázar.

La mano del banquero temblaba al cogerlas.

Desde que le avisaron que un hombre desconocido deseaba hablarle, palpitó su corazon con una rapidez inusitada.

Aquellos latidos le anunciaban que aquel instante tan temido y tan deseado al mismo tiempo, habia llegado por fin.

En el sobre de la una carta, conoció la misma letra que tenia la que recibió en Jerez.

En el de la otra, la letra de su hija.

La naturaleza hizo mas que todos los deseos, y la primera que abrió fué esta.

En ella le decia Angeles, que sabia que le enviaban á llamar, y que tendría un placer inmenso volviéndole á ver.

Que no abrigase recelo alguno, y se dejase conducir por el hombre que le entregaría aquellas.

Que ella estaba perfectamente pues la habian guardado multitud de consideraciones, y que solo la faltaba para ser feliz que su padre estuviese á su lado.

Una lágrima se desprendió de los ojos de Céspedes.

Era padre, y esto era muy natural.

Inmediatamente abrió la otra.

La carta del invisible; decia así:

«Habrás estrañado que el plazo que te marqué haya transcurrido sin haber recibido noticias mias.

Yo tambien lo he sentido, y puedes creer que ha sido la primera vez que he faltado á mi palabra.

Circunstancias agenas á mi voluntad lo han impedido, y en el momento en que me ha sido posible enviarte un servidor de confianza lo hago.

Puedes venirte con él á mi casa, pues me interesa tambien que estés presente á la apertura de la caja, en que están guardados algunos secretos de mi familia.

Cuanto mas pronto te pongas en camino, mas pronto podrás calmar tu ansiedad y la mia.

La tuya porque verás á tu hija.

La mia porque conoceré algunos misterios de mis ascendientes, que hasta el dia ignoro completamente.

Fiate en un todo del dador, y tu y yo podremos disfrutar de algunos momentos de felicidad.»

La lectura de esta carta tuvo pensativo por algun tiempo al banquero.

Por fin se decidió y volviéndose al enviado le dijo.

—Cuando podemos partir?

—Cuando V. quiera, el viento nos es favorable, y el buque solo nos espera á nosotros para tender sus velas.

—Entonces vamos allá.

Cespedes llamó á su criado, y recogiendo sus maletas, se dirigieron hácia el puerto.

En medio del mar se banlanceaba graciosamente el brik. Atracaron á el costado de él, y algunos instantes mas tarde, despues de levadas las anclas, estendió sus blancas alas, y se deslizó sobre la verdosa superficie del mar, asemejándose á una gaviota, en la blancura y en la rapidez.

IV.

Dejemósle continuar su marcha, y vamos á ver que habia sucedido entretanto en la morada del invisible.

Con la venida del dia, habian vuelto á reunirse todos nuestros amigos.

Volviéronse á repetir casi las mismas escenas del dia anterior y pasadas aquellas espansiones, Sara dijo al ansiano Isaac.

—Tio, ya es necesario que se le revele á Alberto ciertos misterios que él no conoce, y que sin embargo, tiene una gran necesidad de saber.

—Qué quieres decir? preguntó Isaac.

—Que debeis de revelarle por entero su historia.

—Dios de Judá!... Pues no le has contado tú!...

—Lo que yo sabia, no todo lo que vos sabeis.

—Sí, añadió Alberto mezclándose en la conversacion, ninguno de nosotros conoce las causas del odio de Ibrahim, y cuando se tiene un enemigo, es menester saber porque.

—Pero si yo tampoco lo sé de cierto.

—Además la existencia de mi padre, es un problema, y tampoco sabemos nada de nuestra madre, la verdad por terrible, por dolorosa que nos sea, tenemos necesidad de conocerla.

—Dice bien mi hermano, dijo Cárlos, hasta ahora unos y otros hemos estado á ciegas en este asunto, y como vos mismo comprendereis no podemos seguír así:

—Está bien, contestó Isaac haciendo un esfuerzo, habia resuelto sepultar en el fondo de mi pecho, ese pasado que tiene tanta amargura, pero puesto que vosotros lo quereis os diré todo cuanto se, y no será este el sacrificio mas pequeño que por vosotros habré hecho.

La voz del hebreo temblaban ligeramente.

En todo su semblante se advertia el dolor que le causaba el evocar semejantes recuerdos.

Zelim le dijo al escuchar sus últimas palabras.

—Nuestro agradecimiento tambien sabeis que es inmenso; podeis creer que al comprender el sentimiento que os causa retroceder hacia el pasado, renunciariamos á saber sus misterios, peró ya veis cuan necesario nos es conocer nuestra historia, y las desgracias de nuestra familia.

—Escuchadme pues hijos mios, y vosotros tambien, añadió Isaac al ver que Zaard, Angeles y Antonio hacian un movimiento para marcharse, tambien vosotros podeis oirlo, casi, casi, componemos una familia, y nada de estraño hay en lo que voy á contar, vereis el desbordamiento de las pasiones á donde conduce, y quiera el señor preservaros de semejante desgracia.

Todos se acomodaron junto al anciano, y este comenzó su narracion.

V.

Mucha parte de lo que Isaac contó, lo conocen nuestros lectores ya por las memorias de Alberto.

Respecto á los demas incidentes, y á los personages mezclados en esa historia, hé aquí algo de lo que dijo el hebreo.

Abraham, el hermano de Isaac habia sido una cabeza tan volcánica, como sediento de goces estaba su corazon.

Su padre no habia podido hacer carrera de él, y sin embargo era al hijo á quien mas queria.

Cuando tenia veinte años se le antojó viajar, y Francia,

Inglaterra y España fueron durante cuatro años el campo de sus conquistas y de sus desaciertos.

Un capital gastó en todo esto, pero su padre, ya hemos dicho que era el hijo que mas queria, y aunque gruñendo como la generalidad de los padres complacientes, nada le negaba.

En Madrid conoció al conde de Piedra-negra.

Tenia una mujer encantadora con quien hacía tres años que se habia casado, y que á la sazon tenia un niño.

Abraham se enamoró de aquella mujer, y casi puede decirse que aquel fué el único amor de su vida.

La requirió de amores, y ella lo rechazó como debia.

Una y otra vez volvió con el mismo tema, y una y otra vez obtuvo la misma contestacion.

El hebreo estaba desesperado.

Juró un amor eterno á aquella mujer, pero tambien la juro una venganza horrible.

Guardó su amor en el fondo de su pecho, y tuvo buen cuidado de que jamas rebosase hasta su rostro.

Siguió visitando á los condes, y Ana que así se llamaba ella, creyó completamente curado al judío de su loca pasion.

La condesa profesaba un cariño estremado á su hijo, y por lo tanto este fué el sitio en que trató de herirla Abraham.

Una noche desapareció su hijo, sin que nadie supiese su paradero.

Aquella misma noche, Abraham estuvo con los condes en el teatro.

Se hicieron cuantas diligencias se pueden imaginar para descubrir el paradero del niño, pero todas fueron inútiles.

El judío habia sabido encubrir perfectamente su rapto.

Aquel niño era Alberto.

Un año despues de esto, Abraham regresaba á su suelo patrio con aquel niño.

En Gibraltar donde estuvo poco tiempo despues tuvo tambien una aventura que es la que dió márgen al odio de Ibrahim, aventura de la que segun dijo Isaac, no conocia los detalles.

Mas tarde se casó el judío, y Alberto pasó por hijo suyo.

Los acontecimientos políticos de España en 1848 obligaron al conde y á su esposa á emigrar, y fueron á refugiarse al Mogreb.

El conde recordó sus antiguas relaciones con Abraham, y no dudó en pedirle su proteccion.

La condesa habia tenido otros dos niños.

Abraham era en aquella época joyero de S. M. Xeriffíana.

El judío se estremeció de placer así que volvió á ver á Ana.

Orfeció su apoyo al conde, y los hizo que se establecieran en Mequinez.

Allí volvió á decirla que le amaba.

Y la misma contestacion obtuvo que en las veces anteriores.

Transcurrieron muchos dias sin que entre Abraham y Ana se cruzára ninguna palabra de amor.

Por entonces se le ocurrió al conde hacer un pequeño viage á Fez acompañado de su mujer y sus hijos.

Cuando regresaron á Mequinez, volvieron solos.

Los niños habian desaparecido.

La misma mano que les habia robado el primero, robó tambien á los segundos.

Abraham consoló como pudo á los pobres padres que jamás sospecharon que él fuese el autor de semejantes infamias.

VI.

Un dia vió la condesa á Alberto.

Su corazon de madre la dijo que aquel era su hijo, y aquella noche la puerta de su casa se abrió para el hebreo.

Entonces se descubrió todo.

Ana prometió á Abraham rendirse á su pasion si la devolvía á sus hijos.

El joyero todo lo prometió.

Al retirarse quiso su mala suerte que el conde le viera.

Abraham pidió como único favor á aquella muger tan querida un beso.

Ana vaciló algunos momentos hasta que con una repugnancia invencible posó sus lábios, sobre los lábios del hebreo.

Una nube sangrienta pasó por los ojos del conde.

Cnando pudo ver lo que á su alrededor habia, se encontró con que el hebreo habia desaparecido.

Sola estaba su muger, y poseido de un vértigo infernal, su gumía se hundió dos veces en el pecho de la infiel esposa segun él la creia.

Inmediatamente desapareció de su casa.

Pero su venganza no estaba satisfecha.

Necesitaba tambien la sangre del joyero, y como consecuencia de esto tres dias despues, su cadáver se encontró en una de las calles que conducian á su casa.

Nada se volvió á saber despues del conde, ni de uno de sus criados que era el que le habia acompañado en su emigracion.

El joyero murió con el secreto del paradero de los otros dos niños.

De estos ya hemos sabido que el uno se habia criado en las Provincias Vascongadas, que era Cárlos, y el otro en el mismo imperio de Marruecos.

Cárlos, que llevado á las Provincias por el mismo Abraham y abandonado allí en la puerta de una de las mejores casas de Guipuzcoa.

Los dueños de ella le recogieron y le dieron carrera queriéndolo como á un hijo.

En cuanto á Zelim, se educó en la casa de un anciano que le enseñó la religion cristiana segun habia sido el deseo de Abraham al confiárselo.

Respecto á la madre de Alberto habia sucedido una cosa estraña.

No se habia encontrado el cadáver de ella en toda la casa.

La mayor parte de estas noticias las supo Isaac despues de la muerte de su hermano.

Conocia algunos misterios de su vida, y sabia todo lo concerniente al rapto de los niños y á la existencia de los condes en Mequinez.

Así fué que cuando Abraham murió, su primer cuidado fué el de averiguar el paradero de sus verdaderos padres, y entonces por rumores de los vecinos sacó algo de lo que habia sucedido.

Estas noticias vagas unidas á las confidencias que le hacia el mismo joyero, pues era en quien mas confianza tenia, le hicieron adivinar la verdad.

Esto era cuanto sabia, y esto fué lo mismo que supieron todos los que con tanto afan le estaban escuchando.

CAPITULO LIX.

Tratado de paz celebrado entre España y Marruecos.—Ratificacion del convenio de Melilla.





NTES de seguir adelante, y antes de acompañar á nuestras tropas en su entrada en la capital, queremos dar á nuestros lectores la copia del tratado de paz celebrado últimamente con el imperio marroquí.

Ofrecimos ocuparnos detenidamente de este, y á continuacion de él emitiremos nuestra pobre opinion sobre un asunto de tanta trascendencia.

Tal vez nuestras ideas no sean las mas acertadas pero son las que profesamos, y las que siempre franca y lealmente espondremos.

He aqui ahora el tratado en cuestion:

II.

TRATADO DE PAZ

entre España y Marruecos, y presentado en las Córtes

por el Gobierno.

«En el nombre de Dios Todopoderoso. Tratado de Paz y amistad entre los muy poderosos príncipes S. M. doña Isabel II, Reina de las Españas, y Sidi-Mohammed, rey de Marruecos, Fez, Mequinez, etc., siendo las partes contratantes por S. M. Católica, sus plenipotenciarios D. Luis García y Miguel, caballero gran cruz de las reales y militares órdenes de San Fernando y San Hermenegildo, de la distinguida de Cárlos III y de la de Isabel la Católica, condecorado con dos cruces de San Fernando de primera clase y otras por acciones de guerra, oficial de la Legion de Honor de Francia, teniente general de los egércitos nacionales y gefe de estado mayor general del egército de Africa, etc., etc.; y D. Tomás de Ligues y Bardají, mayordomo de semana de S. M. Católica, grefier y rey de armas, que ha sido de la insigne órden del Toison de Oro, comendador de número de las reales órdenes de Cárlos III é Isabel la Católica, caballero de la ínclita militar de San Juan de Jerusalen, gran oficial de la militar y religiosa de San Mauricio y San Lorenzo de Cerdeña, de la del Medpdié de Turquía y de la del Mérito de la Corona de Baviera, comendador de la de Santiago de Aris de Portugal y de la de Francisco I de Nápoles, ministro residente y director de política en la primera secretaría de Estado, etc., etc.; y por Su Magestad marroquí, sus plenipotenciarios el siervo del em-

perador de Marruecos y su territorio su representante, confidente del emperador el abogado el Sid-Mohammed-el Jetib, y el siervo del emperador de Marruecos y su territorio, gefe de la guarnicion de Tanger, caid de la caballeria, el Sid-el Hadeh Ajinad, Chabli-ben-Abd-el-Melck, los cuales debidamente autorizados han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.° Habrá perpétua paz y buena amistad entre Su Magestad la reina de las Españas y S. M. el rey de Marruecos, y entre sus respectivos súbditos.

Art. 2.° Para hacer que desaparezcan las causas que motivaron la guerra, hoy felizmente terminada, S. M. el rey de Marruecos, llevado de su sincero deseo de consolidar la paz, conviene ampliar el territorio jurisdiccional de la plaza española de Ceuta hasta los parajes mas convenientes para la completa seguridad y resguardo de su guarnicion, como se determina en el artículo siguiente:

Art. 3.° A fin de llevar á efecto lo estipulado en el artículo anterior, S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía, el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de sierra Bullones, hasta el barranco de Anghera.

Como consecuencia de ello, S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía todo territorio comprendido desde el mar, partiendo próximamente de la punta oriental de la primera bahia de Handaz Bahma, en la costa Norte de la plaza de Ceuta por el barranco ó arroyo que allí termina, subiendo luego á la porcion oriental del terreno, en donde la prolongacion del monte del Renegado, que corre en el mismo sentido de la costa, se deprime mas bruscamente para terminar en un escarpado punteagudo de piedra pizarrosa, y desciende costeando desde el boquete ó cuello que allí se encuentra por la falda ó vertiente de las montañas ó estribos de sierra Bullones, en cuyas principales cúspides están los reductos de Isabel II, Francisco de Asís, Pinies, Cisneros y Príncipe Alfonso, en árabe Uad-aniat, y termina en el mar, formando el todo un arco de

círculo que muere en la ensenada del Príncipe Alfonso, en árabe Uad-aniat, en la costa Sur de la mencionada plaza de Ceuta, segun ya ha sido reconocido y determinado por los comisionados españoles y marroquíes, con arreglo al acta levantada y firmada por los mismos en 4 de Abril del corriente año.

Para conservacion de estos mismos límites, se establecerá un campo neutral, que partirá de las vertientes opuestas del barranco hasta la cima de las montañas; desde una á otra parte del mar, segun se estipula en el acta referida en este mismo artículo.

Art. 4.° Se nombrará seguidamente una comision compuesta de ingenieros españoles y marroquíes, los cuales enlazarán con postes y señales las alturas espresadas en el artículo 3.°, siguiendo los límites convenidos.

Esta operacion se llevará á efecto en el plazo mas breve posible, pero su terminacion no será necesaria para que las autoridades españolas egerzan su jurisdiccion en nombre de Su Magestad Católica en aquel territorio, el cual, como cualesquiera otros que por este tratado ceda S. M. el rey de Marruecos á S. M. Católica, se considerará sometido á la soberanía de S. M. la reina de las Españas desde el dia de la firma del presente convenio.

Art. 5.° S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad el convenio que los plenipotenciarios de España y Marruecos formaron en Tetuan el 24 de Agosto del año próximo pasado del año de 1859.

S. M. marroquí confirma desde ahora las cesiones territoriales que por aquel pacto internacional se hicieron en favor de España, y las garantías, los privilegios y las guardias de moros de rey otorgados al Peñon y Alhucemas, segun se espresa en el art. 6.° del citado convenio sobre los límites de Melilla.

Art. 6.° En el límite de los terrenos neutrales concedidos por S. M. el rey de Marruecos á las plazas españolas de Ceuta y Melilla, se colocará por S. M el rey de Marruecos un caid ó gobernador con tropas regulares, para evitar y reprimir las acometidas de las tribus.

Las guardias de moros de rey para las plazas españolas del Peñon y Alhucemas, se colocarán á la orilla del mar.

Art. 7.° S. M. el rey de Marruecos se obliga á hacer respetar por sus propios súbditos los territorios que, con arreglo á las estipulaciones del presente tratado, quedan bajo la soberanía de S. M. la reina de las Españas.

S. M. Católica podrá, sin embargo, adoptar todas las medidas que juzgue adecuadas para la seguridad de los mismos, levantando en cualquier parte de ellos las fortificaciones y defensas que estime convenientes, sin que en ningun tiempo se oponga á ello obstáculo por parte de las autoridades marroquíes.

Art. 8.° S. M. marroquí se obliga á conceder á perpetuidad á S. M. Católica en la costa del Océano, junto á Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento de pesquería, como el que España tuvo allí antiguamente.

Para llevar á efecto lo prevenido en este artículo, se pondrán préviamente de acuerdo los gobiernos de S. M. Católica y S. M. marroquí, los cuales deberán nombrar comisionados por una y otra parte para señalar el terreno y los límites que deba tener el referido establecimiento.

Art. 9.° S. M. marroquí se obliga á satisfacer á S. M. Católica, como indemnizacion para los gastos de la guerra, la suma de veinte millones de duros, ó sean cuatrocientos millones de reales de vellon. Esta cantidad se entregará por cuartas partes á la persona que desigue S. M. Católica, y en el puerto que designe S. M. el rey de Marruecos, en la forma siguiente: cien millones de reales vellon en primero de Julio, cien millones de reales vellon en veintinueve de Agosto, cien millones en reales vellon en veintinueve de Octubre y cien millones en reales vellon en veintiocho de Diciembre del presente año.

Si S. M. el rey de Marruecos satisfaciese el total de la cantidad primeramente citada antes de los plazos marcados, el

ejército español evacuará en el acto la ciudad de Tetuan y su territorio.

Mientras este pago total no tenga lugar, las tropas españolas ocuparán la indicada plaza de Tetuan, y el territorio que comprendia el antiguo bajalato de Tetuan.

Art. 10. S. M. el rey de Marruecos, siguiendo el ejemplo de sus ilustres predecesores que tan eficaz y especial proteccion concedieron á los misioneros españoles, autoriza el establecimiento en la ciudad de Fez de una casa de misioneros españoles y confirma en favor de ellos todos los privilegios y las exenciones que concedieron en su favor los anteriores soberanos de Marruecos.

Dichos misioneros españoles en cualquier parte del imperio marroquí donde se hallen ó se establezcan, podrán entregarse libremente al ejercicio de su sagrado ministerio, y sus personas casas y hospicios disfrutarán de toda la seguridad y la proteccion necesarias.

S. M. el rey de Marruecos comunicará en este sentido las órdenes oportunas á sus autoridades y delegados para que en todos tiempos se cumplan las estipulaciones convenidas en este artículo.

Art. 11. Se ha convenido espresamente que cuando las tropas españolas evacuen á Tetuan podrá adquirirse un espacio proporcionado de terreno próximo al Consulado de España para la construccion de una iglesia donde los sacerdotes españoles puedan ejercer el culto católico y celebrar sufragios por los soldados españoles muertos en la guerra.

S. M. el rey de Marruecos promete que la Iglesia, la morada de los sacerdotes y los cementerios de los españoles serán respetados, para lo que comunicará las órdenes convenientes.

Art. 12. A fin de evitar sucesos como los que ocasionaron la última guerra y facilitar en lo posible la buena inteligencia entre ambos gobiernos, se ha convenido que el representante de S. M. la reina de las España en los dominios marroquíes resida en Fez ó en la ciudad que S. M. la reina de las Españas juzgue mas conveniente para la proteccion de los intereses es-

pañoles y el mantenimiento de amistosas relaciones entre ambos Estados.

Art. 13. Se celebrará á la mayor brevedad posible un tratado de comercio en el cual se concederán á los súbditos españoles todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion mas favorecida.

Persuadido S M. el rey de Marruecos de la conveniencia de fomentar las relaciones comerciales entre ambos pueblos, ofrece contribuir por su parte á facilitar todo lo posible dichas relaciones, con arreglo á las mútuas necesidades y conveniencia de ambas partes.

Art. 14. Hasta tanto que se celebre el tratado de comercio á que se refiere el artículo anterior, quedan en su fuerza y vigor los tratados que existian entre las dos naciones antes de la última guerra, en cuanto no sean derogados por el presente.

En un breve plazo, que no escederá de un mes desde la fecha de la ratificacion de este tratado, se reunirán los comisionados nombrados por ambos gobiernos para la celebracion del de comercio.

Art. 15. S. M. el rey de Marruecos concede á los súbditos españoles el poder comprar y esportar libremente las maderas de los bosques de sus dominios, satisfaciendo los derechos correspondientes, á menos que, por una disposicion general, crea conveniente la esportacion á todas las naciones, sin que por esto se entienda alterada la concesion hecha á S. M. Católica por el convenio del año de 1799.

Art. 16. Los prisioneros hechos por las tropas de uno y otro ejército durante la guerra que acaba de terminar, serán inmediatamente puestos en libertad y entregados á las respectivas autoridades de los dos Estados.

El presente tratado será ratificado á la mayor brevedad posible, y el cange de las ratificaciones se efectuará en Tetuan en el término de veinte dias ó antes si pudiera ser.

En fé de lo cual, los infrascritos plenipotenciarios han estendido este tratado en los idiomas español y árabe en cuatro ejemplares uno para S. M. Católica, y otro para S. M. mar-

roquí, otro que ha de quedar en poder del agente diplomático ó del cónsul general de España en Marruecos y otro que ha de quedar en poder del encargado de las relaciones esteriores de este reino, y los infrascritos plenipotenciarios los han firmado y sellado con el sello de sus armas en Tetuan á veinte y seis de abril de mil ochocientos sesenta de la era cristiana, y cuatro del mes de chaj del año de mil ochocientos sesenta y seis de la egira.

Firmado.—Luis García.

Firmado.—Tomás de Ligues y Bardaji.

Firmado.—El siervo de su criador, Mohammed el Jetib, á quien sea Dios propicio.

Firmado.—El siervo de su criador. Ajmad el Chabli, hijo de Abd-el-Melek.

Está conforme.»

III.

MINISTERIO DE ESTADO.

En el nombre de Dios Todopoderoso.

Convenio ampliando los términos jurisdiccionales de Melilla, y pactando la adopcion de las medidas necesarias para la seguridad de los presidios españoles en la costa de Africa, establecido entre los muy altos y poderosos príncipes S. M. doña Isabel II, reina de España, y S. M. Muley Abderrahman, rey de Marruecos, siendo la parte contratante por S. M Católica

don Juan Blanco del Valle, caballero gran cruz de la real órden de Isabel la Católica, comendador de la real y distinguida de Cárlos III, caballero de la Imperial de la Legion de Honor de Francia, diputado á Córtes, encargado de Negocios y cónsul general de España en Tanger, y por S. M. marroquí, Sid Mohammed el-Jetib, su ministro de Negocios estranjeros, quienes, despues de haber canjeado sus plenos y respectivos poderes, han estipulado, conforme á las instrucciones que cada uno tenia, los artículos siguientes:

Artículo 1.º S. M. el rey de Marruecos, deseando dar á S. M. Católica una señalada muestra de los buenos deseos que le animan, y queriendo contribuir en lo que de él dependa al resguardo y seguridad de las plazas españolas de la costa de Africa, conviene en ceder á S. M. Católica en pleno dominio y soberanía el territorio próximo á la plaza española de Melilla hasta los puntos mas adecuados para la defensa y tranquilidad de aquel presidio.

Art. 2.º Los límites de esta concesion se trazarán por ingenieros españoles y marroquíes. Tomarán estos por base de sus operaciones para terminar la estension de dichos límites el alcance del tiro de cañon de 24 de los antiguamente conocidos.

Art. 3.º En el mas breve plazo posible, despues del dia de la firma del presente convenio, segun lo indicado en el artículo 2.º, se procederá de comun concierto y con la solemnidad conveniente á señalar la línea que desde la costa del Norte á la costa del Sur de la plaza ha de considerarse en adelante como límite del territorio jurisdiccional de Melilla.

El acta de deslinde, debidamente certificada por las autoridades españolas y marroquíes que intervengan en la operacion, será firmada por los plenipotenciarios respectivos, y se considerará con la misma fuerza y valor que si se insertase testualmente en el presente convenio.

Art. 4.º Se establecerá entre la jurisdiccion española y marroquí un campo neutral.

Los límites de este campo neutral serán: por la parte de

Melilla la línea de jurisdiccion española, consignada en el acta de deslinde á que se refiere el art. 3.°, y por la parte del Riff la línea que se determine de comun acuerdo como divisoria entre el territorio jurisdiccional del rey de Marruecos y entre el mencionado campo neutral.

Art. 5.° S. M. el rey de Marruecos se compromete á colocar en el límite de su territorio fronterizo á Melilla un caid ó gobernador con un destacamento de tropas para reprimir todo acto de agresion de parte de los riffeños, capaz de comprometer la buena armonía entre ambos gobiernos.

Art. 6.° Con el fin de evitar las hostilidades de que en algunas épocas han sido objeto las plazas del Peñon y Alhucemas, S. M. el rey de Marruecos, llevado del justo deseo que le anima, dispondrá lo conveniente para que en la proximidad de aquellas plazas se establezca tambien un caid con las tropas suficientes, á fin de hacer respetar los derechos de la España y favorecer eficazmente la libre entrada en dichas plazas de los víveres y refrescos necesarios para sus guarniciones.

Los destacamentos que hayan de colocarse tanto en la frontera, por la parte de Melilla, como en las cercanías del Peñon y Albucemas, se compondrán precisamente de tropas del egército marroquí, sin que pueda encomendarse este encargo á gefes ni tropas del Riff.

Se ratificará el presente tratado con la brevedad posible, se firmarán y sellarán cuatro originales de él en los idiomas español y árabe; uno para S. M. Católica, otro para S. M. Cherifiana, otro que ha de quedar en poder del encargado de negocios y Cónsul general de España en Marruecos, y otro en manos del ministro de Negocios estrangeros marroquí. cuidando cada una de las dos altas partes se observe con la mayor puntualidad cuanto contiene los artículos de que se compone este tratado. En fé de lo cual, nosotros los infrascritos plenipotenciarios por parte de S. M. Católica D. Juan Blanco del Valle, y por la de S. M marroquí Seid-Mohammed-el-Jetib, los hemos autorizado con nuestros sellos y firmado de nuestras

manos en Tetuan á 24 de agosto de 1859, que corresponde á 24 de la luna de Muharran de 1276.

(L. S.)—Firmado.—Juan Blanco del Valle.

(L. S.)—Firmado.—El siervo de la magestad que Dios realza. Mohammed-el-Jetib, á quien Dios sea propicio.

Este convenio ha sido ratificado por S. M. Católica y por S. M. el rey de Marruecos, y las ratificaciones respectivas se cangearon en Tetuan el dia 26 de mayo de 1860.

CAPITULO L.

Breves consideraciones sobre la conveniencia de la paz.—Mas detalles sobre Sara.—Entrada del egército en Madrid.

I.



e ha hablado tanto sobre las paces ajustadas últimamente con el emperador de Marruecos, que creeriamos faltar á nuestro deber, y á lo que nuestros suscritores tienen derecho á esperar de nosotros, si no emitieramos tambien nuestro parecer sobre este asunto.

Al mismo tiempo como nuestra obra, es una especie de crónica de la guerra, cuantos incidentes en ella han ocurrido, hasta la entrada de nuestras tropas en la corte, nos parece muy conveniente manifestar.

Ofrecimos al principio de *El Honor de España* que este seria una especie de diario sucinto de las operaciones del egército, embellecido algun tanto con episodios novelescos, y este diario

tiene que continuar hasta la vuelta de la mayor parte del egército, al hogar pátrio.

No creemos que esto sea molesto á nuestros complacientes lectores, toda vez que en nuestra obra encuentran compilada toda la guerra de Marruecos, con el aliciente de la novela.

Quizá tanto la parte histórica cuanto la novelesca se resienta de nuestra falta de conocimientos, ó de inteligencia, pero tanto ahora como al principio de nuestra publicacion, hemos confiado en la indulgencia del público.

II.

Ha sido necesaria la paz, ó no lo ha sido.

¿Y tras esta necesidad, ha sido beneficiosa ó no?

Esta es la cuestion que tenemos que examinar, y esto sin pasion, sin que hable el espíritu de partido, sino la razon fria, del español amante de su patria antes que todo.

¿Iban nuestras tropas á Marruecos para conquistar?

No; ni podiamos, ni debiamos hacerlo.

El egemplo de esto lo tenemos en la Argelia.

Treinta años llevan los franceses en esta parte del Mogreb; y los gastos esceden con mucho á los beneficios.

¿Qué han adelantado en todo este tiempo?

Estender algunas leguas su territorio, á costa de la vida de mas de una tercera parte de los soldados destinados á aquellas posesiones.

¿Y el dinero invertido en tantos años en estas colonias?

La Francia no ha sacado de la Argelia, mas que una escuela militar, una especie de horno guerrero donde se funden esos magníficos soldados que han vencido en Crimea y en Solferino.

Nosotros sin esa escuela militar, hemos formado un egército tan aguerrido y disciplinado como el que á los franceses les cuesta tantos millones:

Retrocedamos al principio de la guera de Marruecos.

Una de las kabilas limitrofes de Ceuta, comete un atentado contra el honor de España, ultrajando su pabellon.

Estas kabilas si bien desconocen la autoridad del Xeriffe marroquí, él, y solo él, es responsable de los actos que aquellas egecutan.

Antes de esto, diariamente habian estado hostilizando nuestros presidios, y casi diariamente los fuegos de las guarniciones de estos, se habian cruzado con los de los moros.

Sin embargo, los gobiernos anteriores ó por apatia, ó por imposibilidad, habian despreciado todo esto, y la indignacion general habia ido decayendo hasta casi no acordarse de lo que habia pasado.

Ahora no sucedió así.

El hombre que estaba al frente del gobierno era mas enérgico, mas celoso de la honra patria tal vez que los anteriores, y no quiso dejar impunes tales actos de vandalismo.

Recurrió inmediatamente á las negociaciones diplomáticas, pero de gobierno á gobierno, es decir, sin necesidad como otras veces de intermediarios, nuestro representante en Tánger exigió del emperador de Marruecos las satisfacciones á que teniamos derecho.

Pero no por eso el gabinete de O'Donnell, permaneció en la inaccion.

Envió tropas á Ceuta, y puso en Algeciras un cuerpo de observacion que mas tarde fué el primero del egército.

La diplomacia no obtuvo resultados, y la guerra puesto que era necesaria, se declaró oficialmente.

Uno de los cargos que se le hacen al conde de Lucena son las notas cruzadas entre el gabinete de S. James, y el gabinete español.

¿Y acaso los que esto dicen, no saben que cuando una nacion declara la guerra á otra, tienen derecho las demás á exigir seguridades y garantías?

La Francia misma en medio de su proponderancia, y de su poder, ¿no las ha dado en todas sus guerras?

Inglaterra por la posicion que ocupa en el Estrecho, tan vecina como está á los puertos Mogrebinos, se hallaba en el caso de pedir esplicaciones.

En otras circunstancias nos podria haber importado muy poco que se hubiera satisfecho ó no, ó habérselas dado, ó habérselas negado.

Pero en las actuales ni bodíamos ni debíamos malquisfarnos con ella.

El general O'Donell en pleno parlamento dijo que ibamos al Africa, no á conquistar, sino á vengar una afrenta.

Esta mancha, ¿se ha lavado ó no?

Que se repasen todos los partes de las acciones dadas al suelo africano, y se verá que si con sangre se lavaron ciertos ultrajes, sangre musulmana se ha derramado para dejar lo suficientemente limpio el honor de una nacion.

Vengamos ahora á la paz.

III.

Se ha criticado el modo de ajustarla antes de haber llegado á Tanger.

Ha sido mal recibido el abandono de Tetuan, despues que nos satisfagan los cuatrocientos millones.

Se ha creido una ridiculez la cesion que se nos hace en Santa Cruz *la pequeña* del terreno suficiente para el establecimiento de una pesquería.

Y finalmente, todo el tratado se ha juzgado harto severamente.

¿Qué hemos sacado con las paces? se preguntan unos á otros.

Los que de tal manera critican, no conocen ni el clima ni el terreno africano.

No es lo mismo contemplar el Mogreb sobre el mapa, que estar prácticamente sobre su suelo.

Para haber continuado nuestra marcha por el territorio afri-caho se necesitaban por lo menos otros treinta mil hombres.

¿Y puede la nacion acaso sostener estos soldados?

Los gastos de un egército en campaña, y en un terreno como aquel son incalculables.

Municiones y provisiones, todo tiene que ir de la penín-sula, y los medios de conduccion son harto costosos.

Si el egército continúa su marcha hácia el Fondak, en este punto indudablemente hubiese tenido necesidad de esperar nuevos refuerzos.

Hemos dicho siempre que el mayor enemigo de nuestros soldados, no era el egército musulman.

Eran las enfermedades, ese terrible cólera que á nadie res-peta, y contra el cual no existen preservativos.

Estas enfermedades con el calor, necesariamente se habian de desarrollar.

¿Y saben los que critican la paz, lo que es aquel pais para una guerra en la estacion de los calores?

Nada hay que puede compararse á aquella tierra abrasada, sobre la que cae á plomo un sol mas abrasador aun.

Si en la estacion en que nuestro egército ha estado allí, ha habido tantas enfermedades ¿cuántas no habria en los meses de Julio y Agosto?

Supongamos por un momento que nuestro general en gefe dispone que se internen las divisiones por el Mogreb, con di-reccion á Fez,

Para esto, hemos sentado ya por base que se necesitaban otros treinta ó cuarenta mil hombres.

En el caso de que la nacion hubiera llevado con gusto este nuevo sacrificio, la mitad de la gente se queda enterrada en los arenales del Africa.

Para este egército se necesitaba un material inmenso de guerra.

Dias enteros se pasarian sin encontrar ni un pueblo, ni un aduar, ni aun una miserable choza

Agostados los campos por los calores, y secos completa-

mente los arroyos, todas las provisiones debian llevarse en los camellos, y el agua en odres, que á los tres dias, ya no se podria beber.

¿Quién es capaz, comprendiendo todas estas dificultades, de desaprobar la paz?

Cada dia de marcha causaria de baja en el egército un dos por ciento, y estos enfermos no tendrian mas remedio que ser conducidos á los hospitales de Tetuan ó de Ceuta.

Para escoltar á estos enfermos seria menester destinar tropas que necesariamente habian de disminuir la fuerza espedicionaria, ¿y en todo ese camino, en esos dias que transcurrieran hasta llegar á Fez, no habia de empeñarse alguna accion?

¿Qué iba á ser de aquellos pobres heridos abandonados sobre un terreno calcinado, y sufriendo los rigores de aquel sol de fuego?

El bagage inmenso que tenia que llevar el egército entorpeceria sus movimientos, y era mucho mas fácil esponerse á una catástrofe, que contar con las probabilidades de nuevos triunfos.

IV.

Se ha criticado tambien el modo de ajustar las paces, y hemos oido á multitud de personas decir, que puesto que esto habia de suceder, para que se dió la batalla de Gualdrás.

Que la paz habia de firmarse, nadie lo dudaba porque nadie podia dudarlo.

Un egército que siempre en cuantos encuentros se presenta, y luchando contra fuerzas mas superiores, vence constantemente al enemigo, puede abrigar la conviccion íntima de que ha de venir á doblegarse á aceptar las condiciones que se le impongan.

Por esta razon todos sabian que pasado el Fondak, punto en el que se creia que se libraria la batalla decisiva, se ajus-

taria el convenio, y se firmarian los preliminares de paz.

Hemos visto la conducta seguida por los moros siempre que se ha tratado de esta cuestion.

Nos han llevado en palabras, mientras se preparaban para probar nuevamente la fortuna.

Era necesario pues, escarmentarlos fuertemente para que en definitiva se decidiesen por la terminacion de la guerra.

Esta fué la idea del general O'Donnell, el emprender la marcha al Fondak.

Los resultados de la batalla librada el dia 23, se tocaron al inmediato.

Si en Gualdrás el enemigo no se hubiese decidido por aceptar la paz, no por aceptarla, sino por pedirla humildemente, lo habria hecho en el Fondak.

Digimos al principio de este párrafo, que nuestro egército no habia ido al Africa llevado del espíritu de conquista.

Todo el mundo creemos que comprenderá esto.

Esta es la razon porque se devuelve Tetuan.

La ciudad del Guad-el-Gelú, no nos sirve mas que de garantía mientras se efectúa el pago de los cuatro cientos millones.

A esto se dice que puesto que la hemos de devolver ¿por qué se han hecho en ella obras de tanta consideracion?

Sin duda alguna, que era preferible, dejarla en su estado de hediondez y mezquindad, para que con la permanencia de nuestras tropas se desarrollase con mayores proporciones una epidemia que no podria menos de causarnos muchísimas bajas.

Aun así, las calenturas y el cólera, las hacen, con que si de otro modo fuera, ¿á dónde iríamos á parar?

Ademas la ocupacion permanente de Tetuan, seria el principio de una colonia, que con el transcurso de los años, podia ocupar todo el terreno del Riff.

Pero ya hemos dicho lo que esto costaria anualmente á la nacion

Ya vemos lo que á la Francia le cuesta la Argelia, y lleva treinta años, con que ¿cuánto no nos costaria á nosotros?

El pensar en la conservacion de este punto, es hasta un delirio.

Tambien se ha dicho, que porque no se ha cambiado Tetuan por Mogador ó Rabat.

La misma razon hay para uno, que para otros, con la diferencia que en Rabat ó Mogador, tendríamos necesidad de una estacion naval, casi permanente, y ni nuestra marina está todavía para poderse desprender de dos ó tres buques, ni nuestra nacion tan desahogada que pueda soportar el inmenso gasto que traería consigo una cosa así.

Respecto á Agadír, vamos tambien á esponer nuestra opinion.

La pesquería que se trata de establecer allí, tal vez para la península no reporte grandes beneficios.

Tampoco puede hacernos daño, pero para donde es ventajosísima, es para las islas Canarias.

¿Y acaso los habitantes de estas, no son españoles como nosotros?

Volvemos á repetir lo mismo que hemos dicho muchas veces.

Mas que las guerras, mas que las conquistas, lo que necesita una nacion para adelantar en su fomento y prosperidad, son buenos tratados de navegacion y comercio con las demas naciones.

El de que nos estamos ocupando, reune condiciones altamente favorables.

Se nos cede á perpetuidad en Santa Cruz la pequeña ó sea Agadir, el terreno para construir la pesquería, es verdad que esta permanencia tal vez sea necesario disputarla á balazos algunas veces á los musulmanes, pero ya están nuestros valientes acostumbrados á luchar y á vencer á los hijos del Islam.

Se ratificará el convenio de Melilla que ya en otro lugar habrán visto tambien nuestros lectores.

Se conceden nuevos límites á Ceuta, límites que la dan una verdadera riqueza territorial.

Se ajusta un nuevo tratado de comercio, en el que se nos hace partícipes de los mismos beneficios de que disfrute ó pueda disfrutar la nacion mas favorecida.

Se permite la residencia en Fez de nuestro representante, único que hasta ahora ha obtenido semejante privilegio, y de esta manera sus reclamaciones, cerca de S. M. Xeriffiana, podrán ser mas prontas, y mas directas.

Al mismo tiempo se nos concede el establecimiento de las misiones, y nuestra religion mas todavía que nuestra espada, es la que verdaderamente está llamada á civilizar el Mogreb.

Igualmente por vía de indemnizacion de los gastos de la guerra nos abonan veinte millones de duros, cediéndonos, como ya hemos dicho, la plaza de Tetuan en garantía.

Tal es ese tratado que se ha criticado de una manera tan injusta, segun nuestra opinion.

Imparciales antes que todo, pues nada debemos, ni nada esperamos del gobierno, deseábamos siempre una paz ventajosa, y creemos que se ha cumplido nuestro deseo.

La España ha conseguido con esta guerra tres cosas:

La primera, demostrar á la Europa entera, que mientras los soldados de las demas naciones necesitan una escuela especial para formarse, los nuestros lo hacen entre las balas y la pólvora, y entre las privaciones y penalidades del campamento.

Ademas todas las naciones han admirado la actitud entusiasta y resuelta de nuestro pueblo, y todas las naciones han comprendido lo que seria en un caso dado á la España del siglo XIX.

La segunda, inspirarles temor á los marroquíes, haciéndoles ver y sentir una superioridad que desconocian por completo, y al mismo tiempo un trato y una tolerancia cual ellos no creian encontrar en los vencedores.

Y finalmente, sus puertos se han abierto para nuestro comercio, y esta es una ventaja tan positiva que no tardará en percibirse clara y distinta en las regiones mercantiles.

La paz con garantías, con seguridades y con beneficios, siempre ha sido nuestro sueño dorado.

La paz con las condiciones y de la manera que la presente se ha hecho, nos ha satisfecho del todo.

V.

El dia diez de mayo, se habia improvisado un campamento en la dehesa de Amaniel.

Conforme habian ido llegando las tropas que habian de verificar su entrada en la capital, habian plantado sus tiendas, y aquellos lienzos que habian sufrido los ardores del sol de Africa, los vendavales que se desprendian de Sierra Bullones, y las lluvias de aquel cielo inclemente, volvian á estenderse sobre el bendito suelo de la patria querida.

Este campamento establecido á las mismas puertas casi de Madrid, quitó mucha parte de la animacion que debió haber al dia inmediato.

Toda la poblacion madrileña, podemos decir que estaba en la dehesa de Amaniel.

Todo el mundo ansiaba ver de cerca á aquellos bravos que tan bizarramente habian derramado su sangre por la honra de su pueblo.

Cuadros de coloridos tan brillantes, que jamas podrá nuestra paleta reproducir, se veian por todas partes.

Multitud de lugareños de las inmediaciones, habian abandonado sus hogares, para bañar con sus lágrimas de felicidad el denegrido rostro del hijo, del hermano ó del amante.

Nosotros presenciamos algunas escenas de estas, y cuantos espectadores tenian, sentian una emocion particular que hacia asomar una lágrima hasta sus pupilas.

Nada faltaba en aquel pequeño campamento, y los curiosos admiraban la preparacion de los ranchos, y las tiendas, preguntándose muchas veces al ver aquellas mezquinas habita-

ciones de lona, si era posible que hubiera hombres que por espacio de tantos meses, hubiesen vívido allí, sin exhalar una queja, y sin dar la mas mínima señal de descontento.

Muchos de los militares que alli se encontraban, se los habia visto marchar niños meses antes, y se los veia volver hombres, y hombres cuyas frentes estaban circundadas por la aureola de los héroes.

¡Con qué orgullo contemplaban las madres á sus hijos, y con qué placer estrechaba el amigo la mano del amigo á quien no creia ver jamás!...

Describir escena por escena, sería completamente imposible.

El pueblo de Madrid ha sido actor y espectador en ellas.

¿Qué, hemos de decir nosotros que no sea pálido y frio?

El pueblo madrileño guarda en el fondo de su pecho, el recuerdo de las dulcísimas emociones que esperimentó tanto en ese dia como en el inmediato.

La munificencia de nuestra soberana costeó aquel dia, el banquete que tuvieron los oficiales y soldados recien llegados del suelo africano.

La noche qne siguió á cste dia, fué tan bulliciosa como él.

Multitud de familias la pasaron en el campamento, y una multitud mas inmensa todavía, se levantó á las dos ó las tres de la madrugada para ir á ver saludar al alba las músicas de los cuerpos acampados.

VI.

Por fin amaneció el dia once.

Los mismos ecos sonoros y alegres que tantas mañanas habian resonado por los valles de Anghera, y las breñas de sierra Bullones, monte Negron, y sierra Ximera, retumbaron en la dehesa de Amaniel.

Menos preocupados en aquellos sitios, los soldados salian



Entrada de las tropas en Madrid, el dia 11 de Mayo de 1860.

de sus tiendas, y alegres y satisfechos saludaban fervorosamente á aquella aurora que no habian creido volver á mirar en tantas ocasiones.

A las pocas horas las cornetas anunciaron algun nuevo acontecimiento.

S. M. habia llegado á la estacion, y se habia puesto inmediatamente en marcha para el campamento.

La reina habia ofrecido que asistiria á el acto de batir tiendas el egercito, y cumplió su palabra.

La naturaleza misma, parece que unia su alegría á la alegría general que reinaba entre toda aquella multitud.

A la aproximacion de S. M. se oyeron mil atronadores vivas.

Es verdad que estos vivas se estaban oyendo desde el dia anterior.

La angusta persona, (y lo decimos en singular, porque el rey no pudo asistir por hallarse ligeramente enfermo) contempló con los ojos humedecidos aquellos semblantes tostados y aquellas ropas destrozadas, y admiró la voluntad y la decision que se leía en aquellos rostros envegecidos antes de tiempo por las penalidades de la campaña.

La reina, los generales y los soldados, todos fueron victoreados con frenesí por el inmenso gentío que llenaba aquel espacio.

Volvieron á comunicarse las órdenes necesarias, y con aquella rapidez que ya habíamos contemplado mas de una vez en Africa, las tiendas fueron plegadas, y los soldados quedaron dispuestos para emprender su marcha hácia la capital.

El ayuntamiento habia tenido la ocurrencia de mandar ha cer un arco de triunfo en la puerta de Atocha, y las tropas que estaban en el estremo opuesto de Madrid, tenian que bajar por la ronda para entrar por dicho punto.

Efectivamente, despues de batidas las tiendas, y prévia la ausencia de S. M,, que se dirigió á su palacio para presenciar el desfile del egército, se puso este en marcha en direccion á la citada puerta.

Desde muy temprano Madrid se habia puesto el traje que solo viste en las grandes solemnidades, y esperaba con impaciencia á aquellos héroes que habia visto marchar algunos meses antes.

Desde la casa mas pobre hasta la mas suntuosa, todas habian engalanado sus balcones, y todas preparaban para la noche la elegante iluminacion á la veneciana, ó la modesta de faroles.

Sin temor á los ardores del sol que abrasaban algun tanto la tierra, grupos sobre grupos, y familia tras familia, desembocaban por todas las calles, en las porque habian de pasar las tropas.

Y muchas horas transcurrieron asi.

Los soldados tenian que atravesar un espacio bastante grande, y no era cosa tampoco de fatigarlos con el calor y el peso que traian.

Por fin llegaron á la puerta de Atocha.

No es nuestro ánimo por ningun estilo, hacer una descripcion detallada de esto.

En primer lugar, porque tal vez para algunos de nuestros lectores nos hicieramos pesados, y en segundo, porque sería un trabajo superior á nuestras fuerzas.

Es imposible decir á punto fijo el tiempo que tardaron las tropas en cruzar el espacio que media entre la puerta de Atocha y el Real Palacio.

Palomas y flores, versos y coronas, cayeron sobre aquellas frentes, que tantas veces habian tenido por toda aureola, las cenicientas nubes del humo de la pólvora.

Confundidos militares y paisanos, entre bravos, felicitaciones y abrazos, no podian adelantar un paso.

Los heridos que habia en Madrid habian sido invitados tambien para este acto, y tambien para ellos habia coronas y flores, y vivas.

Los gritos de entusiasmo, las esclamaciones de alegría, formaban una armonía estraña é indefinible, que hacia palpitar el corazon de una manera estraña.

Los caballos de los generales, especialmente los del duque

de Tetuan, y el marqués de los Castillejos, se veian detenidos y rodeados por una multitud frenética, que no se cansaban de victorear y contemplar á aquellos dos hombres que tantas cosas habian hecho, cada uno en su respectiva situacion.

Concluida aquella marcha verdaderamente triunfal, las tropas se marcharon á sus acantonamientos, ó quedaron en Madrid, y el pueblo se retiró á sus casas para continuar por la noche su fiesta de la mañana.

Aquí daríamos ya por terminada nuestra ligera reseña sobre la recepcion hecha á nuestros valientes, pero nos parece muy oportuno dar la lista de los cuerpos que entraron en la córte, con las acciones en que tomaron parte, convencidos de que no les será á nuestros lectores molesto, en atencion á que como digimos al empezar este capítulo nuestra obra, con algunas formas novelescas, es una especie de resúmen de toda la campaña de Africa.

Hé aquí los batallones de que antes hemos hecho mencion.

Regimiento de infantería de Zamora dos batallones.—Ha entrado de las acciones del 17, 20 y 25 de diciembre, 31 de enero de 1860, 4 de febrero de id. y 23 de marzo de id., que son batallas, habiendo tenido 77 bajas de gefes, oficiales y tropa sobre el campo de batalla.

Idem Borbon, núm. 17, dos batallones.—En las acciones del 25 y 30 de noviembre, 11 de marzo y batalla del 23 de idem; ha tenido 200 bajas entre muertos, heridos y contusos sobre el campo.

Idem de Almansa, un batallon.—Se ha encontrado en la del 17 y 22 de diciembre del 59 y batalla del 4 de Febrero, y ha tenido de bajas 2 oficiales y 30 de tropa.

Idem de Navarra, un batallon.—En idem 9 diciembre, 1.° de enero, 4 de febrero, *batalla* y 23 de marzo de id.; sus pérdidas han sido de un gefe muerto y 2 heridos y 7 oficiales, y la de tropa de muertos y heridos 290.

Idem de Toledo, 2 batallones.—En la de 8 de enero de 1860,

10 de id , batalla del 4 de febrero, id. en la del 23 de marzo, ha tenido 23 bajas de oficiales y 293 de la clase de tropa, con muertos, heridos y contusos.

Cazadores de Madrid. núm. 2.—Se ha encontrado en la del 25 de noviembre del 59, en la del 15 de diciembre y en la del 11 y 23 de marzo de 1860, ha tenido de bajas en ellas 3 gefes, 17 oficiales y 299 de tropa.

Idem de Baza, núm. 3.—En las acciones del 25 y 29 de diciembre, 10 de enero de 1860 y batalla del 4 de febrero: ha tenido de bajas 4 oficiales y 58 individuos de tropa.

Idem de Barbastro, núm. 4.—En las acciones de 24 y 30 de noviembre, 20 de diciembre, 11 de marzo y batalla del 23 de id.: ha tenido de bajas un gefe, 5 oficiales y 63 individuos de tropa.

Idem de Chiclana, núm. 7.—En las de 9 de diciembre, 1.° y 15 de enero y batalla del 4 de Febrero y 23 de marzo, han tenido de baja dos jefes y 22 oficiales y 294 individuos de tropa.

Baza, núm. 14.—En las del 17 y 20, 25 y 30 de diciembre, 14, 12, 23 y 31 de enero, batallas del 4 de febrero y 23 de marzo, ha tenido de bajas 2 jefes, 19 oficiales y 214 de tropa.

Navas, núm. 14.—En las de 30 de noviembre de 1859, 16 de diciembre y 21 de id., ha tenido de bajas 140 hombres entre oficiales y tropa.

Vergara núm. 15.—Se ha encontrado en la del 12 y 29 de diciembre, 1.° de enero de 1860 y en las batallas frente á Tetuan y en la del valle de Gualdrás, ha tenido de bajas, entre jefes, oficiales é individuos de tropa, 207.

Ademas hay que contar un batallon de ingenieros, otro de artilleria de á pie y el regimiento de á caballo de esta arma.

VII.

Las esplicaciones del anciano Isaac, no se circunscribieron á Alberto solamente.

Tambien le tocó á Sara su parte.

En aquel dia de revelaciones, el poeta queria conocer todos los misterios que habia en la vida de su amada.

Rebeca era hermana tambien de Isaac y de Abraham.

Todo lo que de inocente tenia, tenia de hermosa.

Pura y sencilla, era la personificacion exacta de un ángel prestado por una gracia especial por el cielo á la tierra.

Su vida se deslizaba apacible y serena en medio de las atenciones de su familia, y de sus prácticas religiosas.

Los hebreos la llamaban la vírgen, y tenian razon.

Pero todos los ángeles buenos, tienen un ángel malo que se encarga de enturbiar los cristalinos dias de su vida.

Satanás fijó sus avarientos ojos sobre ella, y ansió aquella alma tan sublime y tan hermosa.

Rebeca no habia amado todavía.

Y el amor fué el instrumento de que se valió el ángel caido para asegurar su presa.

Los padres de la judía murieron.

Su hermano Abraham se encargó de ella.

Se la llevó en su compañía y transcurrió un año.

Entonces se presentó Satanás á la jóven.

Pero el demonio tentador habia tomado la forma de un hombre galante y hermoso.

Era Sidy-Mohamed, hijo del emperador de Marruecos.

Rebeca no supo al amarle la posicion que ocupaba.

Al mismo tiempo Satanás se habia proporcionado un ausiliar poderoso al lado de la hebrea.

Y este ausiliar era su hermano.

Abraham conoció al príncipe, y pensó esplotar maravillosamente aquellos amores.

Rebeca amó con toda la fuerza de su alma al príncipe.

Este estaba avaro de su hermosura, y cada vez que veia á la hebrea, Satanás soplaba y encendia doblemente el fuego de su deseo.

Rebeca era casi una niña y amaba.

Sidy-Mohamed reunia tadas las dotes suficientes para fascinar á una muger.

Abraham no puso coto á aquellos amores cuando debia, y su hermana sin tener apenas la conciencia de lo que habia hecho, fué madre.

Satanás venció, y la judía quedó deshonrada.

Durante algun tiempo el hijo del Xeriffe continuó siendo un amante cariñoso y rendido.

Al cabo de él, empezó á entibiarse aquel fuego.

Entonces Rebeca derramó la primera lágrima.

Tras de la frialdad, vino el olvido.

Entonces y solo entonces fué cuando la jóven supo la verdadera posicion de aquel hombre á quien tanto habia amado.

Trató de verle, le buscó, y solo obtuvo el desprecio.

Fué á buscar consuelo en el corazon de su hermano y este la reprendió brutalmente por su conducta liviaua.

Hay que advertir que ya en esta época, y por conducto de Sidy-Mohamed, era Abraham joyero del emperador marroquí.

La pobre Rebeca, no tuvo pues mas desahogo que sus lágrimas, ni mas consuelo que su hija.

Y sin embargo aun amaba á el musulman.

Sara habia ido creciendo entretanto.

Tenia la misma belleza de su madre con algunas de las líneas enérgicas de su padre.

Por este tiempo estaban los marroquíes en guerra con los franceses.

Sidy-Mohamed fué nombrado generalismo de las tropas de su padre.

Tenia que ir á esponerse á los azares de una lucha con

enemigos esperimentados y valientes, y esta noticia llenó de angustia el corazon de la desdeñada amante.

Ya hemos dicho que ni el olvido de él, ni sus desprecios, habian conseguido borrar el amor de ella.

Al saber que se marchaba á la guerra, no tuvo mas que un pensamiento.

El de ir ella tambien, y seguirlo en medio de los combates por si caía herido.

Rebeca se habia vuelto de una niña tímida y sencilla, una muger resuelta y atrevida.

Dejó á Sara en poder de Abraham, y abandonó á Mequinez.

Ya hemos visto en otro lugar lo que sucedió en aquella campaña.

Rebeca trató de ver á su antiguo amante, y solo obtuvo un tratamiento brutal.

Aquello acabó de exasperar su alma.

Salió de la tienda de Sidy-Mohamed, y atravesó la distancia que la separaba del campo francés.

Allí reveló el plan de batalla de los marroquíes, y al dia siguiente fueron estos completamente destrozados.

Esta derrota hizo decaer mucho el buen nombre del príncipe en todo el imperio.

La venganza de Rebeca estaba perfectamente concebida.

Satanás sabia muy bien lo que hiabia hecho.

Cada vez se aseguraba mas su presa.

Sidy-Mohamed supo que la judía habia sido la causa de su desgracia, y comprendió aunque tarde la infamia que habia cometido.

Pero ya no tenia remedio.

Habia sido necesario mucho para que se cambiase en odio el cariño de aquella muger.

Pero una vez verificado este cambio, era temible.

Por donde quiera que fué el príncipe, siempre encontró la huella vengadora de la hebrea.

Hizo cuanto pudo por volverla á ver, y pedirla perdon de su conducta pasada, pero no pudo conseguirlo.

Al principio se desesperó al ver que todos sus planes eran desechos por la astucia de aquella muger.

Mas tarde creyó que el profeta le daba aquel castigo por su falta, y se resignó.

Entretanto la desgraciada Rebeca se desmejoraba de dia en dia.

La lucha que habia emprendido era superior á sus fuerzas.

Y como consecuencia de esto, su salud se quebrantaba, y la vida estaba próxima á separarse de aquel cuerpo.

Ella lo conoció así, y no quiso morir sin haber abrazado á su hija.

Regresó á Mequinez, y Sara ciñó con sus brazos el cuello de su madre.

Se habia educado en la escuela de la desgracia, y esta forma las educaciones demasiado pronto.

Sin atinar la causa, sabia Sara que sufria su madre y esto bastaba.

Por fin, Rebeca, viéndose próxima á morir, confió á su hija la historia desgraciada de sus amores

Pero sin exhalar una queja por el proceder de su amante.

Al contrario, exhortó á su hija á que amase á su padre y le respetase siempre.

Abraham casi no habia penetrado en la habitacion de la enferma.

Esta le significó su deseo de ver en sus postreras horas á su antiguo amante.

El joyero dió los pasos necesarios, y efectivamente, Sidy-Mohamed llegó á tiempo de presenciar los últimos momentos de la desgraciada judía.

Aquella fué una escena dolorosa en estremo.

El príncipe unió sus lágrimas á las de su hija, y juró cumplir el último encargo de su amada.

Este era que cuidase siempre de Sara.

En cambio esta sentia una aversion invencible hácia el autor de sus dias.

Veia en él, el miedo, y no el arrepentimiento de su pasada conducta.

Si hubiese creido que verdaderamente amaba á su madre, le habria perdonado.

Ella adoraba con un frenesí ciego á Rebeca.

La vió morir, y ni una lágrima se desprendió de sus ojos.

Pero en cambio despues, estuvo luchando dos meses con la muerte.

Ya por este tiempo estaba Alberto en casa de Abraham.

Era muy niño aun, y estaba muy alejado de su familia para saber ciertos misterios.

Sidy-Mohamed cumplió lo que habia prometido á la moribunda.

Pero como Sara habia adivinado perfectamente, no era por cariño.

Su padre habia comprendido tambien el carácter de la hija, y temia que algun dia no se volviese contra él.

El joyero que veia el lucro que aquello le proporcionaba, rodeaba á la niña de toda clase de atenciones.

Pero la hija de Rebeca á su vez tambien comprendia el móvil de aquella conducta, y aborrecia á su familia.

Unicamente á quien quería era á sus primas Ester y Lía, y á Alberto, á el que profesó un cariño demente.

Una persona habia seguido poco á poco esta historia, y la conocia perfectamente.

Era Isaac.

Hacía muchos años que estaba viendo lo que pasaba con su familia, y aunque nunca se habia atrevido á decir lo que sentia, en lo íntimo de su conciencia juzgaba la conducta de su hermano con harta severidad.

Todas estas confidencias hubo en la morada del invisible.

Alberto y Sara cruzaron algunas miradas de inteligencia, y unos y otros quedaron sino satisfechos, al menos enterados de algunas particularidades que encerraba su pasado.

CAPITULO LI.

El invisible llega á su palacio.—Céspedes consigue abrazar á su hija.—Se abre por fin la caja misteriosa.

I.



ARECENOS justo decir algo respecto á la marcha de Ibraim.

El hijo del *cheg* de Mequinez fué para él mas que un amigo de un dia, un hermano de los mas estremosos.

Parecia que los tres habian querido borrar con su conducta la infamia de Benjamin.

Nada faltó al invisible durante su viage.

El que habia salido y andado segun el itinerario que de antemano recibiera de Ibrahim, no dejó nada que desear.

Las cabalgaduras estuvieron dispuestas, y el viage se hizo con una rapidez maravillosa.

Durante todo él, el herido fué cuidado por su acompañante con la mayor escrupulosidad.

Su herida fué vendada y observada todos los dias, y merced á aquellas atenciones no empeoró su estado.

A poca distancia del alcázar subterráneo, se encontraron con el segundo hijo del hebreo, que los esperaba segun le habia indicado Ibraim.

Aquel era el último sitio donde mudaban de caballos y camellos.

Desde allí continuaron juntos su marcha hácia la montaña.

Cerca de la noche, á los dos dias de haber salido el hermano de Pedro para Melilla, llegó el invisible á su habitacion.

Todos le esperaban con impaciencia.

Habia llevado el mensagero la órden de que le esperasen, y todos ansiaban que llegase para recibir la esplicacion de ella.

Inmediatamente que penetró en su palacio, se trasladó á la estancia donde estaba reunida toda la familia que se hospedaba en él.

Debemos hacer aquí una salvedad.

No todos sus huéspedes estaban juntos.

Faltaba Zobeiba, y nuestros lectores comprenderán las razones que tenia para no estar en el sitio donde se hallaba Cárlos.

Pedro así lo habia comprendido.

Y este fué el que á nombre de su amo, la prohibió salir de su estancia.

Así que este llegó, lo primero que hizo el fiel servidor fué ponerlo al corriente de todo cuanto habia pasado.

Ibrahim dió su aprobacion, y fué como mas arriba hemos dicho, á ver á los demas que tenian deseos de saber los motivos de su detencion.

II.

—¿Quieres esplicarnos, le dijo Alberto despues de pasados los primeros instantes de saludos y cumplidos, la estraña idea que le ha ocurrido de no dejarnos marchar?

—Tanta prisa teníais? le preguntó el invisible con su calma glacial.

—Ya ves, como que tengo mi casa abandonada, y sabe el señor, lo que habrá sido de ella, contestó Isaac.

—Tal vez haya habido alguien que la haya cuidado.

—Sin embargo, esa no es una razon para que abuses de nosotros, añadió Cárlos.

—Pero tan mal os va en mi casa?

—Nunca puede ir muy bien en la casa de un enemigo, dijo el poeta.

—Ya os he dicho que ni puedo, ni debo serlo para vosotros.

—Es un esceso de delicadeza tuya que ni yo ni mis hermanos podemos consentir, repuso Zelim.

—Calla, jóven, le contestó el invisible, yo soy mas viejo en esperiencia, creo conocer los hombres, y vosotros no sois lo que yo creia.

—No te comprendemos.

—Tu padre no sé que ofensas hizo al mio, que este me exigió que las vengase en él y en sus hijos, y cuando ya los tuviera en mi poder, cuando estuvieran casi agonizando, especialmente á vuestro padre, le leyese ciertos papeles que estoy esperando.

—Y no conoces el contenido de ellos? preguntó Isaac.

—No.

—¿Y no dijo tu padre nada mas que pudiera aclararte tan misteriosa venganza?

—Creo que era respecto á un asunto de honra.

—Y cómo no castigaste á mi padre? preguntó Alberto.

—Porque otro se habia anticipado.

—Y quién es?

—Vuestro principal enemigo, vuestro mas implacable, el que me ha obligado á deteneros aquí.

—Con que segun eso, dijo el poeta con un desden insultante, vais á satisfacer vuestra venganza en este sitio?

—No me conoces, y te perdono tu injusta sospecha, repuso Ibraim.

—Entonces....

—He venido á pagar favor con favor, he venido á salvaros, mejor dicho á salvarte á tí.

—A mí?....

—Sí, y aquí tienes lo mas estraño que hay en este asunto.

—Pues y mis hermanos?

—Tus hermanos eran desconocidos para mi padre que nunca me habló mas que de tí, así como tambien lo eran para ese otro enemigo, y para mí mismo. Ninguno de nosotros hemos sabido que tuvieras mas hermanos que Sara, Ester y Lía.

—Eha, puesto que el señor lo quiere, justo es que se desvanezcan ciertos misterios, dijo Isaac.

—Qué dices anciano?

—La verdad, ninguno de estos tres jóvenes son hijos de mi hermano.

—Será cierto?

—Te lo juro por el Dios de mi padre.

—Entonces....

—Es una de las faltas, por no decir de los crímenes del difunto joyero.

—Por manera que mi venganza hubiese sido injusta?

—Habria sido un crímen que recaeria sobre mi difunto hermano tambien.

—Y cómo no me lo has dicho antes?

—Porque ignoraba donde te podria encontrar.

—Díme, y como sabias tú entonces que yo perseguia á el hijo del joyero.

—Por uno de tns confidentes, que era primo de un criado de toda de mi confianza.

—De un criado cuya vida corre á tu cuenta, le dijo Sara.

—Tambien tienes tú á cargo la de su primo, le contestó el invisible.

—Yo quise por medio de ese criado tuyo hacerte saber la verdad toda entera, pero desapareció sin que Roboam supiera nada de él.

—Sí, porque en cuanto yo supe que tenia relaciones en tu

casa, no quise perderlo de vista, y siempre estaba á mi lado.

—Y dices que va á venir aquí el otro perseguidor de la familia del joyero Abraham? preguntó Isaac.

—Regularmente puede que...

III.

En este momento se sintió un ligero rumor en la puerta de la estancia y Pedro se presentó en ella.

El invisible se volvió hácia él y le preguntó.

—¿Qué hay Pedro?

—Señor, los que esperábais de Melilla acaban de llegar.

—Está bien, que tengan la bondad de esperar un momento.

Pedro desapareció, y el invisible paseó su mirada por todos los concurrentes, y fué á fijarla en Angeles que estaba al lado de Antonio en un estremo del aposento.

—Dispénseme V. señorita, la dijo, si tanto tiempo la he dilatado un placer de que creo estará V. avara, pero ya sabrá que mi herida me impidió estar aquí el dia marcado para haberla devuelto á su señor padre.

—Tiene V. alguna noticia de él? preguntó anhelante la hija del banquero.

—Sí, señora, y por cierto que creo que muy pronto tendrá el gusto de abrazarle.

—Dios mio!... seria acaso?...

—Sí, puede V. salir si gusta, en la estancia inmediata se encuentra.

—Oh!... gracias!...

—Y Angeles no pensando mas que en su padre, se lanzó fuera de la habitacion.

Describir esta entrevista del padre con la hija, seria imposible.

En las grandes escenas de sentimiento, no cabe descripcion alguna.

Céspedes y su hija permanecieron mucho tiempo abrazados.

Satisfechas las sensaciones paternales, volvieron á despertarse los instintos avariciosos é interesados del banquero.

Cien preguntas distintas se cruzaron entre la hija y el padre, y cien contestaciones no fueron suficientes á dejar mútuamente satisfecha su curiosidad.

Cuando el invisible comprendió que habia tenido tiempo suficiente para desahogar sus sentimientos, se presentó en la estancia.

El banquero se levantó inmediatamente.

—Dispénseme V., le dijo Ibrahim despues de cruzados los primeros saludos, si le he faltado á la palabra que le di, pero he estado herido en Mequinez, y solo esta causa ha podido impedir el que recibiera V. en el dia que le dige a su hija.

—Un retraso semejante no ha hecho mas que aumentar el placer de esta entrevista, contestó el banquero, lo que siento es el motivo que la ha impedido verificarse antes.

—Ahora supongo que serán VV. mis huespedes algunos dias, y al mismo tiempo será el partícipe de los secretos encerrados en esa misteriosa cajita.

—Con harto sentimiento mio, los primeros tendrán que ser muy escasos, pues ya sabe V. que mis negocios reclaman mi presencia en Madrid, y en cuanto á lo segundo, puesto que V. se digna concederme esa muestra de confianza, trataré de hacerme digno de ella.

Estas últimas palabras no pudo menos de pronunciarlas el banquero con un acento ligeramente afectado.

Todo lo que concernia á la caja, le entristecia.

Pero en fin, ya no habia mas remedio que renunciar á ella.

Ibrahim prosiguió:

—Con que si á V. le parece conveniente, pasaremos á esta otra habitacion, donde nos esperan otras personas interesadas tambien en este asunto.

—Como V. guste, le dijo Céspedes.

El padre y la hija, precedidos del invisible que habia cogido la cajita que estaba sobre una mesa, penetraron en la ha-

bitacion donde estaban todos los personages que ya conocen nuestros lectores.

Céspedes no pudo ver sin cierta sorpresa á Antonio.

No ignoraba las relaciones que entre él y su hija habian mediado, y encontrárselo allí, era bastante estraño.

Ibrahim comprendió algo de lo que pasaba en el corazon del padre, y de una manera indirecta trató de tranquilizarle, refiriendo la causa de la venida de Cárlos y Antonio.

En cuanto al poeta, era bastante conocido en Madrid para que el banquero lo desconociese.

Despues que todos hubieron ocupado sus respectivos lugares, dijo el invisible.

—Vamos á ver si en esta caja encontramos el motivo del aborrecimiento que mi padre profesaba á Abraham, y que me hizo á mí que profesase á sus hijos

Y diciendo y haciendo, tocó la chapa que habia sobre la caja, y luego con la punta de su gumia, apretó una de las iniciales, y la tapa se alzó con fuerza.

Un silencio sepulcral reinaba en aquel aposento lleno de gente.

En el fondo de la caja habia dos paquetes de papeles.

Ambos estaban lacrados y sellados.

En el uno de ellos, se leía en caractéres arábigos lo siguiente:

«Para que mi hijo se entere de este manuscrito despues que haya cumplido mi venganza.»

Y en el otro en letras españolas decia:

«Unico recurso que le quedará á mi hijo, despues que haya leido el manuscrito.»

Ibrahim quedó pensativo algunos momentos.

Alberto lo miraba profundamente.

Despues alzó aquel la cabeza.

Miró tambien al poeta, y sus miradas se cruzaron.

Ambas brillaban, y en ambas se leían la nobleza y el valor.

Al cabo de un instante el invisible tendió su mano á Alberto, diciéndole:

—Estoy seguro que mi padre no desaprobará mi conducta.

—Ya te he dicho que tu conducta será la mia, respondió el amante de Sara.

—Vamos á aclarar todos estos misterios.

Y la mano del invisible fué á romper el sello del primer rollo de papeles.

Pero en aquel momento, un ruido que se dejó percibir cerca de la habitacion, le hizo detenerse.

El ruido que cada vez se hacia mas distinto, obligó á Ibrahim á levantarse.

Mas aun no se habia puesto de pie, cuando un gran espejo que habia en un ángulo de la estancia, giró con estrépito, y en el hueco que dejó, aparecieron dos hombres que hicieron exhalar de todos los labios un grito de sorpresa.

CAPITULO LII.

Quienes eran los que interrumpieron la lectura del manuscrito.—La loca de la montaña.—Muerte por amor.

I.


la estraña aparicion de aquellos personages se siguió un silencio solemne.

Ibrahim fijaba en ellos una mirada llena de angustia.

Isaac tambien los contemplaba con una especie de terror.

Los tres hermanos dominaban con su calma aquel cuadro donde el miedo dominaba sobre todo.

De pronto uno de aquellos personages misteriosos se echó el alquicel hácia la espalda, y dió un paso fuera del marco del espejo.

Entonces se verificó un movimiento estraño en toda aquella reunion.

Sara, corrió á colocarse junto á Alberto, así como Lía.

Zaard se puso delante de Zelim.

Y Ester, pálida como la cera, enlazó su brazo con el de Cárlos.

Aquellos grupos, por decirlo así, quedaron en primer término.

Isaac y Abdel estaban en uno de los ángulos.

Céspedes y su bija en el otro.

Y Antonio como si temiese algun peligro para su amigo Cárlos, habia corrido tambien á ponerse á su lado.

El invisible era el que estaba delante de todos, y el que estaba menos sereno.

La figura que se habia destacado del fondo del espejo, dejó ver al retirarse el alquicel, el rostro del anciano peregrino de El-Kassar-Faranak.

Roque, el criado que ya conocemos, permanecia detras de su amo, y en su semblante se veia una nube de profunda tristeza.

Al ver el peregrino el movimiento que habian hecho las mugeres, dejó vagar por sus labios una sonrisa de amargo desden.

Despues fijó su mirada sobre Alberto.

Las pupilas brillaron con un fuego siniestro.

Su frente se cruzó de profundas arrugas.

Sus labios se agitaron convulsivamente.

En seguidaa hizo un esfuerzo sobre sí mismo.

Cesó su agitacion, y todo su rostro se revistió de una calma espantosa.

Y letal y sombrío, se adelantó hasta la mitad de la estancia.

II.

Al pasar por delante de Ibrahim, le dijo con nn acento de punzante desden.

—Los hombres que vacilan al llevar á cabo una venganza, ni aun sirven para mugeres.

Y mirando despues á Isaac, continuó.

—Y tú anciano, ¿para qué tiemblas ahora? mas te valía haber evitado aquello cuando podias.

Isaac balbuceó algunas palabras.

El peregrino continuó su marcha hácia el poeta.

Este estaba doblemente hermoso con su orgullo y su serenidad.

El amo de Roque se detuvo delante de él.

Le contempló algunos momentos, y despues murmuró con un acento indefinible.

—Hermoso como su padre!...

Instantáneamente su fisonomía volvió á transformarse.

Su mano buscó convulsivamente la empuñadura de un magnífico puñal que llevaba en el ceñidor, y antes que nadie pudiera evitarlo, porque nadie tuvo tiempo de pensar nada, lo lanzó con furioso empuje al pecho del poeta, diciendo:

—Muere, hijo de un padre infame, muere como murió él.

Un grito de horror se exhaló de todos los labios.

Apesar de la tremenda puñalada dirigida al poeta, este permaneció de pié.

Zaida ó Lía, mas rápida que la mano del peregrino, se puso entre Alberto y el puñal, y su seno recibió el golpe que iba dirigido á aquel.

Ni un ay exhaló.

La pobre niña, cayó al suelo, y sus ojos quedaron fijos en el rostro de aquel hombre tan querido.

Nadie pudo decir una palabra.

Aquel incidente los habia dejado petrificados.

Al mismo tiempo que el peregrino hería de muerte el pecho de Lía, un nuevo personage apareció á la puerta del aposento.

Era una muger.

Era la loca de la montaña.

Paseó su mirada por todas las personas que habia reunidas allí.

Vió al peregrino, y empalideció estraordinariamente.

Comprendió lo que iba ha hacer; de un salto salvó la distancia que la separaba de él, y le dijo:

—Eduardo, no los mates, son tus hijos!

Pero ya era tarde.

Lía yacía sin vida sobre el suelo.

El peregrino fijó su espantada vista sobre aquella muger.

III.

Se siguieron algunos momentos de un silencio terrible.

Lía dejaba escaparse algunos raudales de sangre de la ancha herida de su pecho.

A su lado, arrodilladas Ester y Sara, buscaban en vano la vida, en aquel cuerpo inerte y frio.

Alberto pálido, muy pálido contemplaba con su pupila brillante todo aquel cuadro.

Zelim y Cárlos á sus lados, menos serenos que él, demostraban en sus semblantes la agitacion que sentian.

Isaac, el pobre judío, el tio de Lía, habia caido de rodillas al ver morir á la pobre niña, y una lágrima habia temblado entre sus párpados.

Ibrahim, no era el hombre sereno y tranquilo que nuestros lectores conocen de otras ocasiones.

Las emociones que esperimentaba habian hecho vacilar su serenidad.

En cuanto al peregrino, una transformacion estraña se habia operado en él.

Al sonido del acento de la loca, alzó vivamente la cabeza.

Pálido estaba ya, pero al contemplarla, se tornó livido.

A medida que ella avanzaba, retrocedia él.

Fijas sus pupilas en las pupilas de ella, todo su rostro espresaba el espanto, el dolor, la sorpresa, y la alegría mas infinita.

Y todos estos sentimientos reunidos, no dejaban á sus labios que pudieran pronunciar una palabra.

Y ella cada vez le miraba mas intensamente.

Y el cada vez se agitaba mas, y los latidos de su corazon se percibian claros y distintos á traves de su blanco alquicel, y de su túnica de lana.

Roque habia estendido los brazos al ver aquella estraña aparicion, y su acento sofocado habia murmurado de una manera indescriptible.

—La señora!...

Y fijos tambien sus ojos sobre ella, ni acertaba á decir mas, ni á adelantar un paso del sitio en que se hallaba.

Céspedes, Antonio y Angeles, tambien contemplaban aquel cuadro con la sorpresa retratada en sus semblantes.

Abdel habia corrido al lado de Lía, pero ay!... todo era inútil, la pobre niña habia hecho el último sacrificio al hombre á quien adoraba.

Por salvarlo, habia entregado su vida.

Y sus ojos vidriados, se habian vuelto en un postrer esfuerzo hácia Alberto.

Y todas estas sensaciones, todos estos movimientos que nosotros hemos tardado tanto en describir, pasaron y se reflejaron en los semblantes de nuestros personages, con la rapidez del relámpago.

IV.

Isaac fué el primero que rompió aquel silencio instantáneo.

Al ver caer á Lia, habian flaqueado sus piernas y cubriéndose el rostro con las manos se habia arrodillado.

Pero al oir el acento de la loca, se habia levantado como movido por un resorte.

Se frotó los ojos dos ó tres veces, y corriendo hacia ella con una agilidad increible en sus años, la dijo:

—Dios de Jacob!... tú aquí, señora?... Oh!... dile que son sus hijos, los tuyos señora, los tuyos, evítale otro crímen!...

—¿Qué dices anciano?... murmuró sordamente el peregrino.

—La verdad, los que tú tanto persigues, son tus hijos.

—Oh!... sí, mi corazon me lo habia dicho, dijo la loca con una esplosion de dicha inmensa.

—Pero en dónde están las pruebas? gritó el habitante de El Kassar-Faranan.

El judío desgarró furiosamente la túnica de Alberto, asi como las de sus hermanos, y los tres medallones se vieron perfectamente.

—Ahí tienes las pruebas, gritó, ¿quién puso esos amuletos en los cuellos de tus hijos?

—Yo!... yo misma, dijo la loca, y frenética delirante, llorando y riendo á la par, ébria de felicidad, confundió en un abrazo largo inmenso y demente á aquellos tres hijos tanto tiempo llorados, y deseados por tantos años.

El peregrino estaba vacilando.

Las nubes de su frente se habian esclarecido.

Las pupilas amortiguaban el fuego sombrío que momentos antes se veia en ellas.

Todos sus miembros se agitaban con un temblor convulsivo.

La loca, despues de haberse saciado por decirlo así, con aquel beso y con aquel abrazo, se volvió hácia él, y le dijo:

—Eduardo, no los abrazas?

Y agarrando á Alberto, lo empujó hácia él.

Padre é hijo permanecieron algunos momentos contemplándose en silencio.

Aquella vacilacion no podia prolongarse mucho.

Los sentimientos paternales, esa voz íntima de la naturaleza empezaba á despertarse en el corazon del amo de Roque, y su esplosion habia de ser mas inmensa, mas grande, mas elocuente todavía que la de su madre.

Por fin una lágrima brilló en los ojos del peregrino.

Abrió sus brazos y del fondo de su alma, se exhaló un grito dulcísimo que los labios tradujeron por un.

—Hijos de mi alma!

Y los tres á la par cayeron en los brazos de su padre, y en-

lazaron su cuello con el ceñidor de su cariño.

El peregrino los separó un tanto, y volviéndose hácia la loca que los contemplaba con envidia, la dijo:

—Y tú Ana mia, ven tambien á los brazos de tu marido, y á gozar las caricias de tus hijos.

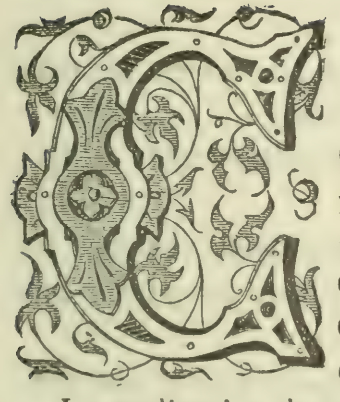
La pobre muger arrojó un grito de inmenso júbilo.

Y sus brazos tambien ciñeron el cuello de su esposo, y todo aquel grupo de personas felices, hizo que asomáran las lágrimas á los rostros de todos los circunstantes.

CAPITULO LIII.

Cuatro palabras sobre la aparicion de los personages anteriores.—Benjamin aparece en escena por última vez.—El manuscrito de Ibrahim.

I.



OMPRENDEMOS que nuestros lectores desearán saber, cómo apesar de la vigilancia, que segun las órdenes del invisible, se egercia en la entrada secreta del palacio subterráneo, habian podido penetrar en él, el peregrino y su criado.

La esplicacion de esto nos parece muy oportuno darla.

Desde el momento en que el padre de Alberto, pues ya sabemos quien era el peregrino, penetró en el territorio en que se encerraba el alcázar de Ibraim, no pudo menos de notar que habia ojos que le espiaban, y pasos que seguian los suyos.

Entonces comprendió que tal vez el invisible, llevado de su deseo de salvar á los tres hermanos, habria enviado algun emi-

sario á sus montañas, en las que era rey absoluto, con el ob-
geto de que egercieran la mas esquisita vigilancia

Sabia demasiado que las gentes de Ibrahim eran incorruptibles, y por lo tanto apelar á este medio, no solamente era infructuoso, sino muy comprometido.

Largo tiempo estuvieron amo y criado pensando en lo que deberian de hacer.

Otra vez Roque se aprovechó de todos aquellos obstáculos para hacer que su señor desistiera de semejante empresa.

Pero la resolucion de este era irrevocable.

Roque no tuvo mas remedio que callarse, y dejar que los acontecimientos siguiesen su curso natural.

El peregrino dió la órden de retroceder.

El criado tuvo un momento de alegría.

Llegaron á una de las aldeas de la kabila de Benisiear, y los dos se dirigieron hácia la casa de un pescador.

Allí ajustó el peregrino el pasage hasta una especie de ensenada que este le indicó, y todo quedó dispuesto para marchar aquella noche.

La idea del padre de los tres hermanos, estaba perfectamente concebida.

Si el invisible tenia sus espías por la sierra, no era lo mas probable tambien que los tuviera en el mar.

Y en fin, en último resultado era menester tentar la fortuna.

El principal inconveniente que por aquí podia haber, era que á la misma puerta por donde ellos habian de entrar, hubiese algun centinela.

En este caso, aunque fueran tres, ellos bastaban para inutilizarlos, pero si eran mas, era una locura intentar la entrada.

El sitio en que iban á desembarcar estaba perfectamente elegido.

Era una especie de herradura formada por las peñas de las montañas, una de las cuales, era la en que estaba el alcázar subterráneo.

En lo mas fragoso de ella, no en lo mas elevado, habia una

peña, que marcada de una manera perceptible solo para la persona que estuviera en el secreto, giraba por medio de un mecanismo particular, y franqueaba una entrada cómoda y buena, á cuya continuacion se veian algunos pasillos oscuros, se encontraban algunas escaleras, y tras estas se penetraba en las habitaciones por medio del espejo giratorio que ya conocen nuestros lectores.

II.

Apesar de toda la prisa que el peregrino daba al pescador que dirigia el cárabo, no llegaron á esta ensenada hasta muy cerca de amanecer.

Allí, le dijo aquel, que les esperase una hora, y que si al cabo de ella no habian vuelto, que se podia marchar.

El barquero prometió hacerlo así, y amo y criado se perdieron entre las rocas.

Empezaron á trepar por la montaña, teniendo sumo cuidado en no hacer ruido que los pudiera delatar, y el primero le dijo á Roque.

—Quiera Dios que ahora me acuerde de la piedra que sirve de entrada, hace tantos años que no he venido por estos sitios!...

Un ligero rumor que se escuchó á alguna distancia, les hizo detenerse.

Miraron á todas partes, y á algunas varas mas lejos del sitio en que se hallaban, distinguieron un grupo de ocho ó diez hombres que conversaban fumando tranquilamente en las pipas, y á la rogiza luz de una hoguera que ardia á alguna distancia, se veia que tenian las espingardas preparadas para cualquier lance que pudiera sobrevenir.

Aquello tranquilizó al parecer al amo de Roque, porque volviéndose hácia este, le dijo:

—Bravo! se conoce que estos son los destinados para la cus-

todia de esta parte, la piedra no debe de estar lejos, y por lo tanto supongo que no encontraremos mas enemigos.

Inmediatamente se puso á buscar la peña de que hablamos anteriormente.

La oscuridad que todavía reinaba, impedia ver la señal que tenia, que era una hendidura hecha de una manera particular.

Pero el deseo prestaba una perspicacia nueva al peregrino.

Una multitud de piedras habia tocado ya, cuando de pronto exhaló un grito de alegría.

Habia encontrado la señal que buscaba.

En seguida, giró la peña sobre sí misma.

—Eha Roque, dijo volviéndose á el criado, enciende la linterna y adelante.

Y diciendo y haciendo, sin hacer caso del gesto de dolorosa resignacion de Roque, penetró por el oscuro hueco de la peña.

El criado le siguió, y la entrada volvió á quedar completamente oculta.

La linterna que habia llevado prevenida, derramó una débil claridad sobre aquellas bóvedas sombrías, y ambos, cual dos sombras estrañas se perdieron por los tortuosos y oscuros corredores.

III.

Réstanos hablar de la loca de la montaña.

¿Por qué la llamaba así?

Tal vez las mismas gentes que de tal modo la nombraban, no lo sabian.

Una mañana se presentó en el pueblo donde por primera vez la vieron nuestros lectores, una mujer, jóven aun, y hermosa como el sol en su ocaso, que se apoyaba trabajosamente en un nudoso baston.

La acompañaba un morabitho ó santon que habitaba por aquellos contornos

La desconocida estaba estraordinariamente pálida, y todo su trage respiraba la pobreza mas completa.

Sus ojos lanzaban inciertas miradas á todas partes.

Hablaba, y en su conversacion mezclaba palabras de diversos idiomas.

El santon iba de casa en casa, pidiendo una limosna para aquella pobre loca.

Los musulmanes han profesado y profesan un respeto especial por los locos.

A este respeto se une la compasion, y nuestros lectores comprenderán perfectamente que el santon sacaria un gran partido de la locura de aquella muger.

Aquellas limosnas se repitieron durante mucho tiempo, y la loca siguió habitando en el seno de las montañas, en la misma casa del morabitho.

Todos los habitantes de las inmediaciones la conocian, y la loca con su carácter dulce y su locura tranquila y reposada, se habia captado el cariño de todos ellos.

Ademas la loca era un médico especial para los niños.

No habia madre que no consultára con ella cualquier mal que sus hijos padecieran.

Aquellas pobres gentes no sabian esos mil remedios caseros que nuestras madres de familia conocen para curar las afecciones de sus hijos.

La loca habia sido madre, y madre estremosa, y pocas, muy pocas veces habia llamado á los facultativos para sus hijos.

Asi es que algunas curas que habia hecho en los pueblos circunvecinos, habian dado á la loca de la montaña un renombre especial.

Estas mismas causas habian motivado su entrada en el alcázar subterráneo.

Entre la multitud de criados que servian al invisible, habia tres ó cuatro que estaban casados, y cuyos hijos en mas de una ocasion habian necesitado los conocimientos de la loca.

Dadas estas esplicaciones, nos resta tan solo poner en conocimiento de nuestros lectores, cómo la esposa del peregrino se

habia salvado del golpe que su marido le habia dado, y cómo habia entrado en el palacio.

IV.

En cuanto á lo primero ella misma lo manifestó á la familia, cuando sobre esto la interrogaron.

Casualmente el santon pasaba por su casa en el mismo momento en que el amo de Roque acababa de cometer su crímen.

Amo y criado salieron de la casa despavoridos y tropezaron con aquel hombre, del que no hicieron caso y continuaron en su fuga.

Este no lo hizo así.

Era anciano ya, y tenia una perspicacia poco comun.

Vió en la estraña manera de marchar, y en el azoramiento del amo y del criado algo sospechoso, y se decidió á observar.

La puerta de la casa habia quedado abierta.

El morabitho estuvo esperando algun tiempo por si volvian.

Pero pasó una hora, y no vió á nadie.

Entonces se decidió por penetrar en aquella casa, abandonada de semejante manera.

Cruzó algunos aposentos, y en uno de ellos se encontró con una muger, de cuyo pecho por una ancha herida brotaban raudales de sangre.

Era Ana.

Reconoció aquel casi cadávor, y notó en aquel corazon una palpitacion, que aunque débil, era una esperanza de vida.

Vendó aquella herida como pudo.

Roció el rostro de la moribunda con agua de la cisterna, y cerca ya de amanecer consiguió que abriese los ojos.

Inmediatamente se fué á buscar un hermano suyo, que vivia no muy lejos de allí.

Volvió con él, y entre los dos trasladaron á la esposa del peregrino á la casa de aquel.

Allí pasó algun tiempo, hasta que consiguió que su herida se cicatrizase.

Su salud volvió, pero la razon se ausentó.

El morabitho tenia que trasladarse á la montaña donde tenia su habitacion, y propuso á la loca que se fuera con él.

Ana estaba hecha un autómata, y siguió al santon.

Cuando este murió que fué algunos años despues, ella quedó ocupando su mezquina cabaña.

Esta fué la milagrosa salvacion de la madre de los tres hermanos.

Vengamos ahora á cómo fué su entrada en el palacio del invisible.

Cuando ella vió á Alberto, sintió que una luz estraña iluminaba su espíritu.

Su corazon se agitó cual no lo habia sentido en mucho tiempo.

Sus lábios pronunciaron palabras que jamas, creyera pronunciar, y de aquella conmocion inmensa, su razon se esclareció completamente.

Tras su ligero desmayo, pensó en aquella aparicion estraña.

Miró á todos partes, y allá á lo lejos sobre la cima de las montañas. divisó á la cabalgata que tanta impresion la babia causado.

Inmediatamente corrio tras ella.

Ocultándose para que no la vieran, siguió todos sus movimientos.

Cuando penetraron en el palacio subterráneo, se la ocurrió en seguida que ella tambien, podria entrar.

Efectivamente con el pretesto de ver á la muger de uno de los criados, penetró en el alcazar, y nuestros lectores, saben ya lo que sucedió despues.

Allí permaneció dos dias hasta que la llegada del invisible y del peregrino, vino á hacer que se diera á conocer de una manera tan ostensible.

Necesariamente tras de la brusca interrupcion de la loca de la montaña, se habian de seguir una multitud de esplicaciones.

De estas resultó completamente probada la inocencia de la esposa del peregrino.

Si su esposo la vió en los brazos de Abraham, no fué su voluntad la que la llevo á ellos,

Fué el deseo de recobrar á sus hijos.

El peregrino á su vez tuvo un sentimiento horrible.

Habia muerto á una pobre niña inocente, y esta muerte le habia ahorrado un crímen mas grande todavía.

Zaida le habia evitado el teñir sus manos con la sangre de su hijo.

Aquella noche habia sido tan fecunda en acontecimientos, que hicieron sentir tan diversas emociones á todos los circunstantes, que fué ya absolutamente imposible principiar la lectura de los papeles encerrados en la cagita que tanta codicia habia despertado en Céspedes.

Quedó aplazada para el dia siguiente, y solo quedaron en la estancia Isaac, Sara y Ester que unidos á Abdel-Abbas, lloraban la muerte de Lía.

Pero tambien los manantiales de las lágrimas se agotan, y cuando el sol empezó á dorar nuevamente las címas de las montañas, si en los corazones de los hebreos habia tristeza, sus ojos estaban completamente secos.

Algunas horas despues, todos habian vuelto á reunirse.

Ya mas tranquilos, pasadas las primeras espansiones, el invisible volvió á coger aquellos papeles.

Con trémula mano abrió el primero, y con acento mas trémulo todavía leyó lo siguiente.

«Cuando hayas abierto este pliego, ya estaré vengado.

La familia del joyero Abraham habrá pagado con su vida, y crímen que cometió.

Tu mano habrá sido la que me habrá vengado.

Y en el momento en que escribo estas líneas estoy gozando anticipadamente con la venganza que tomé sobre Abraham.

Te conozco demasiado para saber que no faltarás á tu palabra.

Tú me has ofrecido que los matarás, y esto me hace estremecerme de gozo.

En el dia que leas estas líneas, como ya habrás cumplido tu palabra, debes saber la verdad entera.

Escucha pues, y reune todo tu valor.

No eres hijo mio.

Ja... ja... ja... Voto á mi nombre! que la cara que debes poner en ese instante será magnífica.

Tus inciertas miradas giran á todos lados sin obgeto alguno.

Tu imaginacion está acalorada.

Las sienes parece que te se quieren romper.

Y allá en el fondo de tu pecho sientes una agitacion particular, un desasosiego, cuya causa no comprendes.

Sin embargo, yo te la esplicaré.

Tu corazon presiente una desgracia horrible para ti.

Pero yo que he adivinado eso, te he dado en el segundo paquete el remedio para ella.

Sigue leyendo y te convencerás, de que sí me han ofendido, tambien he sabido vengarme.

Yo me llamo Luis Córdova y Valor, y soy descendiente de los antiguos reyes de Granada.

Mis antepasados construyeron ese palacio subterráneo en el seno de la montaña, y de padres á hijos, ha ido conservándose su posesion, con el mas riguroso secreto.

En uno de mis viages á Madrid, conocí á tu madre.

Era hermana del opulento banquero Céspedes.

Era hermosa, y mi amor se despertó con una rápidez estraordinaria.

Yo era rico, tenia un buen nombre, y podia aspirar con fundamento á ser su esposo.

Sin embargo, no sucedió así.

Adela estaba en relaciones con otro hombre que por entonces estaba haciendo un gran papel en la corte.

Este hombre era Abraham.

El banquero Céspedes me negó la mano de su hermana.

Por aquel tiempo se marchó el judio.

Yo volví á insistir, y obtuve otra negativa.

Harto de desdenes, resolví apelar á la violencia.

Yo amaba á Adela con una pasion que cada dia era mas grande, mas impetuosa.

No podia vivir sin ella, y viendo que de otro modo jamás conseguiria que fuera mi esposa, la arrebaté de su casa.

Su deshonra la hizo aceptar mi mano.

Cespedes, el banquero madrileño, hizo todas las pesquisas imaginables para encontrarnos, pero fueron iútiles.

Cuando robé mi tesoro, fuí á esconderme con él á Gibraltar.

Allí tenia mi Adela otro hermano.

Este ignoró tambien que su hermana habitaba en la misma poblacion.

Así transcurrieron algunos años.

Adela no me quería, pero era una esposa tierna y hasta cierto punto cariñosa.

Mis negocios me llevaron una vez á Marsella.

Yo me separé de Adela con una tristeza infinita.

Es verdad que hacia tiempo ya que lo estaba, pues el cielo me habia negado lo que yo mas apetecia.

Tener un hijo.

Sin embargo la emocion que yo esperimentaba en esta ocasion era mas grande que la que jamas habia sentido.

Salí de Gibraltar con el alma llena de negros presentimientos, y entré en Marsella con un desasosiego cuya causa en vano trataba de esplicarme.

Cuando al cabo de dos meses regresé á mi casa, noté en el semblante de Adela una turbacion particular.

Esto me hizo entrar en sospechas.

Observé y comprendí la verdad.

Abraham habia ido á Gibraltar casualmente.

Se vieron, y sus relaciones tornaron á reanudarse.

Hasta mi llegada sus entrevistas habian sido castas y puras.

Pureza y castidad que solo habian conservado porque Adela se negaba siempre á satisfacer los deseos del judío.

Otro marido en mi lugar, se habria puesto furioso, y habria desafiado al amante de su muger.

Yo sentí un dolor tan inmenso, que quise tambien que mi venganza fuera inmensa.

Adela no creyó jamás que yo supiera que estaba allí Abraham.

Con el pretesto de mis negocios, me fuí alejando cada vez mas.

Queria dejarla que sucumbiera, y sucumbió.

Yo continué con mi estraña apatía.

Pero cada dia que pasaba, cada hora, aumentaba mi profundo aborrecimiento.

Abraham abandonó á Gibraltar, y jamás volvió por allí.

En cambio yo, no le perdí de vista.

Nueve meses despues viniste tu al mundo.

Tu madre se alegró estraordinariamente.

Yo tambien, porque mi venganza se aseguraba mucho mas.

Adela jamás pudo olvidar á su perjuro amante.

Tu creciste, y yo te inculqué un ódio profundo indestructible hácia el joyero Abraham, y hacia su familia.

Tu madre, incapaz de sobrevivir á el olvido de su seductor, falleció cuando tu tenias cinco años.

Entonces me retiré contigo á mi palacio de la montaña.

Te seguí educando, y conseguí verte ya casi un hombre.

Por entonces hice conocimiento con un hombre que tambien tenia graves motivos de resentimiento con el judío.

Tal compañía era muy apropósito para acabar de formar tu corazon.

Yo te he inoculado el veneno que hay en el mio, y tú me vengarás cumplidamente.

Estas memorias, mejor dicho estas esplicaciones quedan en poder del comerciante de Gibraltar, Cespedes, y despues que hayas muerto á toda esa familia infame, podrás recogerlas con una contraseña que yo te daré.

Ya te he dado mis instrucciones verbales sobre este particular.

Supongo que cuando hayas llegado aquí, comprenderás perfectamente cual es la venganza que yo he tomado.

Si así no fuera, yo te la esplicare.

Tú eres hijo del joyero Abraham, y de mi esposa Adela de Céspedes.

Puesta la mano sobre mí corazon te lo juro.

De otra manera no habria venganza.

De la infamia que el judío cometió conmigo, me venga tu parricidio, y tu fratricidio.

La agonía del joyero habrá sido cruel.

Supongo que no te habrás olvidado de mostrarle el medallon que te entregué, junto con el pergamino.

Este dice que tu eres su hijo.

Con que asi estamos pagados.

Las voces que sentirás en tu conciencia gritarte parricida y fratricida, no te dejarán un momento de calma.

Para que encuentres esta, en el paquete adjunto encontrarás un grano de ácido prúsico, y una pístola cargada hasta la boca.

Así, buen ánimo, y ya que has tenido valor para matar ą tu padre y á tus hermanos, tenlo tambien para matarte á tí.»

V.

Un largo silencio se siguió á la lectura de aquel estraño documento.

Todos estaban sumamente preocupados.

Y especialmente Ibrahim, que entonces y solo entonces comprendió los crimenes que la Providencia le habia evitado cometer.

Alberto fué el primero que rompió aquella especie de encanto que parecia pesar sobre todos los circunstantes.

Se levantó de su sitio, y acercándose al invisible, le dijo, tendiéndole su mano.

—Yo, que soy el que mas has perseguido, te ofrezco mi amistad y mi mano.

—Y yo mi cariño de tio, y todo cuanto poseo, añadió Céspedes.

Todos entonces se apresuraron á hacer ofrecimientos análogos que hicieron que las lágrimas asomasen al rostro de Ibrahim.

La familia del hebreo formaba un grupo separado, en cuyos semblantes se advertia la pena causada por la muerte de Lía, y el dolor por las desgracias de que el joyero habia sido causa.

Preocupados como estaban todos con lo que acababan de escuchar, y los consuelos que al invisible prodigaban, no repararon que el espejo por el cual habian penetrado el dia anterior el peregrino y su criado, habia vuelto á girar.

Una cabeza deforme y de una espresion estraña apareció en el hueco que dejó.

Y tras esta cabeza se vió un cuerpo mas deforme todavía.

Era Benjamin.

Se arrastró con el astuto silencio del reptil, y se acercó á Sara.

Entonces se incorporó á su espalda.

Sacó un bote de cristal, y con una rapidez prodigiosa lo acercó despues de haberlo desatapado á la nariz de la hebrea.

El efecto fué sumamente rápido.

Cerró los ojos, abrió los brazos, y hubiese caido al suelo, si Benjamin no le hubiera cogido entre los suyos.

Una carcajada estridente, satánica y aterradora se exhaló de sus labios.

Todos volvieron la cabeza inmediatamente.

Todos le reconocieron y todos quisieron lanzarse sobre él.

Pero mas pronto que el rayo, salvó la corta distancia que le separaba del espejo, y se encontró en su hueco.

Sara seguia desmayada en sus brazos.

Parecia imposible que en lo raquítico que era, pudiese sostener el peso del cuerpo de la hebrea.

Entonces volvió el judío á abrir el frasco, derramó su contenido, y desapareció tras el espejo.

Fué tan fuerte el aroma que se esparció por toda la estancia que casi todos se sintieron trastornados, y por lo tanto incapacitados de perseguir al astuto judío.

CAPITULO LIV.

Las pesquisas de los tres hermanos son inútiles.—Carta de Sara á Alberto.—El peregrino y su familia se embarcan para Oran.—Zaard y Ester se convierten al cristianismo.

I.



UANDO pudieron recobrar los sentidos ya era muy tarde.

Muchas horas se pasaron en aquel sopor, causado por la esencia que el judío les arrojara.

Cuando pudieron darse cuenta de lo que habia sucedido, empezaron los lamentos y los sollozos.

Ya sabemos que Isaac á la que mas queria de sus sobrinas, era á Sara, y por lo tanto la pérdida de esta habia de causarle una impresion harto dolorosa.

Ademas el dia anterior habia muerto tambien la pobre Lia, y esto hacia mas grande el sentimiento.

En cuanto á Ester, estaba inconsolable.

Aun no hacia cuarenta horas, que eran tres hermanas, y solo quedaba una entonces.

Zaard y Angeles se esforzaban en consolarla pero era de todo punto inútil.

A todo esto, el invisible habia dado sus disposiciones para evitar que Benjamin se pudiera escapar.

Multitud de criados habian salido en todas direcciones para avisar á los moros de la montaña que la vigilasen perfectamente.

Al mismo tiempo los tres hermanos acompañados del invisible y del peregrino, penetraban por el espejo.

Corrieron una multitud de corredores oscuros y sombríos, subieron y bajaron una infinidad de rampas, y al cabo de muchas horas de pesquisas infructuosas se encontraron en la entrada secreta que el palacio tenia por la montaña.

Esta, estaba perfectamente cerrada, y nada se advertia de que Benjamin hubiese pasado por allí, conduciendo á la judía.

Ni los criados que recorrieron los breñales, ni los señores que penetraron en los subterráneos, pudieron hallar la mas leve huella del jorobado.

Si desconsolados quedaron con la muerte de Lia, doblemente lo quedaron con la desaparicion de Sara.

Nosotros quisieramos participar á nuestros lectores algo sobre este particular pero en la misma duda que estaban todos los habitantes del alcázar, nos encontramos nosotros.

II.

Dos dias habian transcurrido, y en ellos nada habia podido averiguarse de Sara.

En la tarde del segundo, Alberto disgustado por la ausencia de su amada penetró asaz pensativo y cabizbajo en la misma estancia de donde fué arrebatada, y donde tan estraños sucesos habian ocurrido los dias anteriores.

Paseó su mirada por aquellas paredes, y por aquellos muebles tan llenos de recuerdos, y una exclamacion de sorpresa se exhaló de sus labios.

Sobre una de las mesas habia una carta.

El poeta se lanzó hácia ella, y con ávidos ojos leyó el sobre, que decia. «Para Alberto»

La letra era de la hebrea.

El jóven temblaba al abrir aquella carta.

Fijó sus miradas en su contenido, y leyó lo siguiente.

«Adios Alberto mio, adios para siempre.

¿Comprendes tú todo lo de horrible que hay en este postrer adios?

Tener que renunciar á la felicidad, cuando nuestro horizonte se habia esclarecido completamente.

Oh! no quiero pensar en esto porque blasfemaria.

Te he dado mi último adios, y voy á decirte porqué.

Antes voy á hacerte una pregunta.

¿Recuerdas lo que te dige, una noche paseando por los encantados jardines que brotan en las orillas del Bosforo?

Fué la noche en que nuestras almas se revelaron que se amaban.

Dí, Alberto mio, te acuerdas?

Entonces te dige, «Mi alma y mi cuerpo te pertenecen, ambos están vírgenes, pero si por algun incidente cualquiera, mi alma dejase de amarte, ó mi cuerpo perteneciera á otra persona, yo seria la primera que alzaria, entre tú y yo, una barrera inespugnable.

Este caso ha llegado.

Mi alma te adora cada vez mas, y ahora que tiene que renunciar á ti, es un frenesí que me hace sufrir lo que tú no puedes imaginarte.

Abusando de el sueño que me causó la esencia que Benjamin acercó á mi nariz, satisfizo sus brutales deseos.

Oh!... no puedo proseguir Alberto.

Tener que renunciar á tí, no poder contemplar ese rostro

adorado, no escuchar ese acento que hacia estremecerse de gozo mi corazon, es superior á mis fuerzas.

Sin embargo, es preciso tener valor.

Tenlo tú tambien, haz un esfuerzo, que nos es muy necesario.

Este infame nos ha arrebatado la felicidad, y no tenemos mas remedio que resignarnos.

Yo no puedo ya ser tuya, y por lo tanto jamás me volverás á ver.

Jamás!... he ahí una palabra que abrasa mis labios, y que no hay mas remedio que pronunciarla.

No hagas diligencia alguna para verme, que yo evitaré todo lo posible que llegue este caso.

Comprendo que sufrirás mucho, pero antes te consolarás que yo.

Tú te marcharás con tu familia á Madrid, entrarás en el antiguo círculo de tus relaciones, mientras que yo sola toda mi vida, junto á este hombre, á quien detesto con toda la fuerza de mi alma, trataré de buscar en mi mismo dolor algun consuelo.

Adios Alberto, necesitaba darte esta satisfaccion.

Necesitaba quitarte esa esperanza que yo tambien he tratado de arrancar de mi corazon.

Trata de consolar á mis pobres tios, que estarán inconsolables.

Enséñales esta carta, y que sepan que aun en el pecho de su sobrina hay un lugar para su cariño.

En cuanto á Ester, el amor de tu hermano bastará para hacerla menos sensible mi pérdida.

Tambien me alegraré que Zaard sea muy dichosa, y todos, todos, tratad de serlo ya que mi suerte me ha hecho ser tan desgraciada.

Adios Alberto mio, adios, esta carta va regada con mis lágrimas, é impregnada con mis besos; es lo único que puede darte tu pobre»

Sara.»

III.

Seria imposible describir lo que sintió el poeta al leer las líneas que anteceden.

No abrigaba por la hebrea una de esas pasiones volcánicas y abrasadoras, que llenan por completo el corazon.

Pero se habia criado con ella, él habia sido el único amor de aquella muger, y su pérdida, le causaba una impresion profunda.

Segun era la voluntad de la hebrea, la carta fué leida á toda la familia, y como era consiguiente, hubo lágrimas, suspiros y lamentos.

Pero como todo en este mundo tiene su término, aquellas primeras emociones se calmaron algun tanto, y sino consolarse del todo, por que eso era hasta antinatural, se amortiguó un poco el dolor causado por la pérdida de Sara.

Ya que todos estaban mas tranquilos, y ya que se habian esclarecido tantos misterios, se empezó á pensar en otras cosas.

Céspedes tenia que marchar á Madrid donde le llamaban sus negocios.

Antonio y Cárlos tenian que presentarse en sus cuerpos respectivos.

Isaac y Abdel tambien tenian que enterarse del estado de sus intereses, pues ya sabian qne la guerra se habia concluido, y podian tranquilamente volver á sus hogares.

De esto se estaban ocupando en el momento en que los presentamos á nuestros lectores.

—Conque sobrino, decia el banquero á Ibrahim, si mañana nos das tu permiso, nos dirigiremos hácia Madrid, pues ya sabes la falta que estoy haciendo en mi escritorio.

—Yo bien quisiera tenerlos á VV. á mi lado, todo el mas

tiempo posible, pero se que sus negocios le llaman á otra parte, y no seré yo quien le estorbe la partida.

—Tambien nosotros tenemos necesidad de marchar dijo Cárlos, dirigiendose á Antonio, llegaremos á Ceuta, y alli nos enteraremos donde han ido nuestros regimientos.

—Un favor quiero pedir á V tio, antes de que se marche, y espero que me lo concederá dijo Ibrahim.

—Qué quieres?

—Que conceda V. la mano de mi prima Angeles á mi amigo Antonio; ya sabe V. que se aman hace mucho tiempo, y seria un crímen sacrificar sus corazones, ademas, yo me encargo de la dote de Angeles.

—Pero...

—No hay pero que valga, ellos se quieren, y V. ama demasiado á su hija para hacerla desgraciada.

El banquero fijó sus ojos en Angeles, y al observar la ansiedad conque esta esperaba sus palabras, no se encontró con fuerzas para resistir.

—No quiero que digas, contéstó dirigiéndose á Ibrahim que he sido poco complaciente en la primera cosa que me has pedido.

—Luego consiente V?...

—Si mi hija ha de ser feliz?...

—Se lo prometo á V. contestó Antonio, si con el amor mio, puede serlo, todo cuanto ella pueda ambicionar otro tanto tiene en mi corazon.

Angeles no pudo decir una palabra.

Se arrojó en los brazos de su padre, y en su seno derramó abundantes lágrimas de felicidad.

—Nosotros tambien tenemos que pensar en lo que hemos de hacer, dijo el peregrino volviéndose hacia su esposa

—Lo que tú quieras, le contestó Ana.

—Bien fácil es saber lo que hemos de hacer nosotros, dijo Alberto, si Zaard y Ester, se han de casar con Cárlos y con Eduardo, (pues este era el verdadero nombre de Zelim) es me-

nester que nos embarquemos para Oran, allí se bautizarán las dos, y desde ese punto nos volveremos á España.

—Dios de Isrrael! gritó el anciano Isaac, es decir, que toda mi familia me abandona, y la única que me quedaba, abjura de la religion de sus padres ¿qué va á ser de mí?

—Yo te quedo padre, yo te quedo, y no te abandonaré nunca, le dijo Abdel, comprende tú que todo eso, es muy natural, si ella le ama...

—Oh! qué desgracia de familia?... murmuró el hebreo.

—Conqué es decir que yo me quedo otra vez completamente solo? dijo el invisible.

—A menos que no quiera V. venirse á Oran con nosotros, y despues á Madrid, le contestó Ana.

—Directamente te puedes venir á Madrid, le dijo Céspedes.

—No; yo tambien tengo que arreglar mi casa que hace mucho tiempo que la tengo abandonada, pero sin embargo, creo que no ha de pasar mucho tiempo sin que nos veamos.

—Ya sabe V. que en cualquier parte que estemos, y en cualquier ocasion tiene V. unos verdaderos amigos, le dijo Alberto.

Y de esta manera continuó la conversacion durante mucho tiempo, formándose proyectos para el porvenír, y haciéndose protestas de amistad y aprecio.

IV.

Al dia siguiente, se hicieron todos los preparativos de viaje.

El brik que estaba anclado en la bahia de la montaña, se preparó para darse á la vela, y casi todos nuestros personages se dispusieron á marchar.

Las protestas de amistad, los plácemes, y las enhorabuenas volvieron á repetirse y los judios, el banquero y su hija, el peregrino, su familia, y Antonio subieron la escala del bu-

que qúe momentos despues surcaba los mares con todas la velas desplegadas.

El primer punto donde se detuvieron fué en Ceuta.

Allí desembarcaron Antonio y Cárlos, quedando citados para dentro de dos meses en Madríd.

Desde allí continuó el buque su rumbo hácia Cádiz en donde se quedó Céspedes con su hija.

Oran, fué el último punto en que el brik se detuvo.

Allí desembarcó toda la familia del peregrino.

La felicidad reinaba entre toda ella.

Unicamente de cuando en cuando, alguna nube se esparcia por los semblantes del padre de Alberto, de Ester y de el poeta.

En el uno, esta nube era un remordimiento por la muerte de Lía.

En el otro, era el dolor por la pérdida de Sara.

Y en la judia, era la falta de sus dos hermanas, y la ausencia de su amante.

Isaac y Abdel, no habian querido separarse del lado de su sobrina, hasta que no se marchasen á España.

Zaard y Ester, estaban ya bastante adelantadas en la nueva religion en que iban á ingresar.

Por manera que á los quince dias de permanecer en la ciudad conquistada por el cardenal Cisneros, recibieron el agua del bautismo, y con esto quedó allanado el obstáculo que las impedia enlazarse con los hermanos de Alberto.

Muy pocos dias despues, se embarcaban nuevamente para España.

En Cádiz se detuvieron algun tiempo, esperando á Isaac y á Abdel, que habian ido á Tetuan y á Tanger á arreglar sus asuntos, y que querian acompañar á Ana, pues tal era el nombre que Ester habia tomado, hasta Madrid, y no separarse de ella, ya que era la única que de su familia les quedaba.

Reunidos todos otra vez, pronto se hallaron en la corte, donde dentro de muy pocos dias se habían de efectuar los casamientos de Cárlos y Eduardo con Ana y Carolina, que asi se llamó Zaard.

CAPITULO LV.

En que nuestros lectores tienen que trasladarse á Madrid.—Ultimos acontecimientos histórico-políticos.—Miguel y Maria.—Clara y Alberto. —Reseña cronológica de la guerra.

I.



A toca nuestra obra á su desenlace.

Decimos mal, quedan aun algunos personages cuyas desgracias, cuyos crímenes, ó cuyas venganzas, nos servirán en tiempo oportuno para escribir la segunda parte del *Honor de España.*

Hubieramos querido haber dado la terminacion completa de los episodios ó de las peripecias porque han pasado muchos de nuestros amigos, pero especialmente de Sara y de Benjamin, nada hemos podido averiguar, y únicamente el tiempo puede darnos alguna luz sobre los dias que siguieron á su desaparicion.

En el momento en que tengamos noticias de ellos, nuestros lectores las tendrán tambien.

Vengamos ahora á Madrid.

Empezada nuestra novela, en las tierras africanas, el prólogo y parte del epílogo tienen que concluir en ellas.

En Madrid tenemos que ocuparnos todavía de Miguel y María de Clara y de toda la familia del peregrino, así como tambien de la hija del banquero Céspedes.

María ya habia recibido la noticia de la muerte de su esposo.

La madre de Andres, estaba inconsolable.

Esto no es decir que María no hubiese sentido la muerte de su marido.

Pero los dos sentimientos tenian que diferir mucho.

Él de la madre tenia que ser el primero, el mas grande y el mas intenso.

Una madre, por mucho que un hijo la ofenda, por muchos disgustos que la haya dado, no prescinde jamás de que es hijo, y lo perdona si vive, y lo llora mientras hay lágrimas en su corazon despues que ha muerto.

María le habia querido mucho.

Pero sin embargo, la conducta que con ella observó, resfrió bastante aquel cariño.

En contraposicion de esta conducta, estaba la de Miguel.

Las mugeres tienen un tacto esquisito para comprender la delicadeza de los hombres.

María comprendió el profundo cariño del primo de su esposo, y admiró su proceder.

Esta admiracion era ya un paso hacia el amor.

Durante la ausencia de Andrés, este amor se habia crecido, y este aminoró algun tanto su pena cuando supo su muerte.

En cambio cuando supo que Miguel venia, su corazon palpitó con mas rapidez.

Temia y deseaba verle.

Y cuando este caso llegó, trémula y ruborizada no acertaba á decirle una palabra.

La tia de Miguel hacia mucho tiempo que estaba observando el estado de la viuda de su hijo.

Cuando ella no sabia darse cuenta de la clase de sentimientos que la embargaban, ya la anciana habia leido en el fondo de su corazon.

Así fué que en una de las ocasiones en que Miguel fué á verlas, le dijo su tia.

—Dime Miguel, ¿tú conocias la carta que mi hijo escribió antes de morir.

—Me habló de ella la tarde antes de entrar en accion, contestó aquel.

—Y de... nosotras, no te dijo nada?

—Si... me habló... del sentimiento que tenia al pensar que iba á separarse de VV...

—Y nada mas? insistió la madre de Andrés fijando sus ojos en el jóven.

—Nada mas, la contestó este haciendo un esfuerzo.

—Puesto que tú no quieres ser franco, me obligarás á mí, á que lo sea.

—No comprendo lo que quiere V. decirme tia.

—Escucha Maria, dijo aquella volviéndose á la jóven que ruborizada y palpitante habia seguido toda aquella conversacion, ¿tienes ahí la carta que tu esposo te escribió?

—Sí, Madre mia.

—Pues bien, damela, para que la lea Miguel.

—¿Y qué necesidad tengo yo de leerla?

—Entonces conoces su contenido.

—No quiero decir eso precisamente, pero me figuro cuanto dirá; serán despedidas para su muger.....

—Y proyectos respecto á vosotros.

—¿A nosotros?....

—Si, no trateis de engañaros, hijos mios, dijo la anciana, María y tu teneis dos nobles corazones, que necesariamente habian de tener su recompensa, bien cara me cuesta, pero en fin, resignémonos con la voluntad de Dios.

—Pero tia ¿á qué viene todo eso?

—A que ya que desgraciadamente María ha quedado viuda, tu debes de ayudarme á consolarla.

—¿Qué quiere V. decir?

—Andrés, segun en su carta me dice, te pensaba hablar sobre esto, ¿y te habló?....

—Si... creo... pero eso no hace al caso ahora, contestó Miguel visiblemente turbado

—Casualmente es lo que mas nos importa; yo ya estoy bastante débil, bastante achacosa, y la muerte de mi hijo ha venido á aumentar mis penas, y todas estas causas unidas no tardarán en llevarme al sepulcro; antes de morir quiero dejar asegurada la suerte de mi hija adoptiva.

—Pero madre mia, dijo la joven derramando abundantes lágrimas, ¿para qué hemos de pensar ahora en semejantes cosas?

—Calla y déjame hablar, hija mia, tu amas á Miguel lo mismo que él te quiere á ti; hoy que no hay obstáculo que se oponga á vuestra felicidad, ¿por qué no habeis de disfrutar de ella?

—¡Oh, madre mia!... gritó la viuda abrazando á la anciana.

—Llora, hija mia, ese llanto aunque es de amor y de dicha ya no puede ofender á tu esposo; mientras ha vivido has sido digna de él, Dios ha dispuesto de su vida y has quedado libre, ama á Miguel con toda la fuerza de tu alma, y al menos cuando muera me llevaré el consuelo de haberte dejado feliz.

—Gracias, tia, dijo Miguel, abrazando tambien con efusion á la anciana, si con mi cariño puede ser dichosa juro á V. que lo será; ni una hora, ni un minuto se ha apartado de mi pensamiento, y mas que la amaba antes, creo que la amo ahora.

—Mi pobre Andrés desde el cielo, donde sin duda Dios en su indulgencia lo habrá llevado, sonreirá al ver vuestra union, y os bendicirá como yo os bendigo.

El casamiento de los dos jóvenes quedó aplazado para algunos meses despues.

Miguel no habia sentado plaza mas que por todo el tiempo que durase la guerra, y en la misma imprenta donde antes estaba, tenia asegurada la colocacion.

Generalmente, la honradez y la virtud tarde ó temprano encuentran su recompensa.

Y para que esto suceda es preciso que aquellas se sometan á pruebas muy duras.

Nosotros hemos dicho que virtud sin lucha no es virtud.

Miguel y María habian luchado con sus amores, habian creido ya ser desgraciados siempre, y se habian resignado, cuando la Providencia, justa siempre, vino á recompensarlos.

II.

Si la tarea del novelista está próxima á terminarse, no lo está menos la del historiador.

Despues de ajustadas las paces, despues de cangeados los tratados respectivos, y despues de la salida de mucha parte de las tropas que componian el ejército de Africa para la Península, poco, muy poco ha ocurrido que sea digno de llamar la atencion de nuestros lectores.

Nuestro representante fué recibido en Tánger con todos los honores debidos á la nacion que representaba, y en Mequinez se preparaban magníficos regalos para remitírselos á nuestra soberana.

Entre tanto el general Rios hacia cuanto de su parte estaba para que la estancia de nuestras tropas en Tetuan fuese lo mas agradable posible.

Se habia improvisado una plaza de toros, y alguna corrida habia hecho pasar el rato á los oficiales y á los soldados.

Una compañía de Zarzuela tambien habia pasado á la ciudad del Guad-el-Jelú, y todo hubiera continuado perfectamente á no haber sido por el desgraciado incidente de la enfermedad del general en gefe del ejército de ocupacion.

Cuando el estado sanitario de la poblacion se empezaba á mejorar, la enfermedad del general, vino á entristecer los corazones de todos aquellos valientes.

Agrabada en pocos dias, puso en sumo cuidado á sus amigos.

Sin embargo, cuando escribimos estas líneas el general Rios si bien todavia bastante enfermo, está ya fuera de cuidado.

Al mismo tiempo tambien se ha recibido la noticia dada por el Sr. Merry nuestro representante en Marruecos, de que parte del dinero, correspondiente al primer plazo de la indemnizacion está ya á disposicion de nuestro gobierno, y este ha dado ya sus órdenes para recibirlo.

Pero á pesar de esto, se circulan mil noticias de cuya autenticidad no respondemos, y que dudaremos siempre mientras no las veamos realizadas.

En resúmen, España ha sostenido una guerra cuando todas las naciones dudaban que pudiera hacerlo.

Se ha elevado á una altura, á que hacía mucho tiempo no había llegado, y la siguiente cronología de nuestra campaña en Africa, será una de las páginas mas brillantes de nuestra historia.

Esta reseña cronológica, quisieramos hacerla mas estensa, pero el poco espacio de que ya podemos disponer nos obliga, á hacerla mucho mas sucinta de lo que nosotros mismos hubiesemos querido.

Nuestros lectores podrán recorrer en estas cortas líneas, todos los triunfos, todas las proezas, todas las heroicidades de los valientes soldados que han regado con su sangre el suelo africano, y que han dejado puesto á tanta altura el pabellon nacional.

XII.

Pasaremos por alto, los primeros ataques de los moros, las ligeras escaramuzas del mes de setiembre del año próximo pasado, las notas cruzadas entre el señor Blanco del Valle, y Sidy-Mohamed-el-Jetib, y vendremos al mes de Noviembre, en cuyo dia 19 el general Echagüe con el primer cuerpo del egército clavó la bandera española, sobre la cuadrada torre del Serrallo.

Aquella primera victoria, fué la señal de las que se siguieron despues.

Noviembre de 1859.

19. El general del primer cuerpo de ejército con el de su mando, desembarca en Ceuta y reconoce las alturas que las circuyen.—Ligero tiroteo entre los moros y las guerrillas avanzadas de los batallones de la vanguardia.

20. Comienza el atrincheramiento en el Serrallo y las alturas cercanas de Ceuta.

22. Atacan los moros un reducto en construccion, y son rechazados valerosamente por nuestras tropas, ocasionándoles mucha pérdida. La de los españoles es de siete muertos y treinta y nueve heridos.

23 Segundo ataque y segunda derrota de los moros en el reducto. Mueren tres de nuestros soldados y quedan algunos heridos.

25. Los moros, en número muy considerable, pretenden apoderarse del reducto.—Heróica defensa del regimiento de Borbon.—Derrota de los moros, obtenida por el general Echagüe al frente de dos batallones de cazadores.—Queda levemente herido.—Nuestras pérdidas ascienden á ochenta muertos

y cuatrocientos heridos: las de los moros son muchísimo mayores.

26. Pasa á Africa el general en gefe del ejercito con el segundo y cuarto cuerpo.

27. Pasa á Africa la division de reserva. El general en jefe practica un reconocimiento sobre la costa de Tetuan.

30. Los moros atacan en gran número al campamento español; pero son rechazados bizarramente por la division Gasset que logró cortarlos causándoles enormes pérdidas. Empezó el combate á la una de la tarde, y duró hasta el anochecer.

Diciembre.

Dia 3. Cuatro batallones del segundo cuerpo, llevando á su frente al general Zavala, salen á hacer un reconocimiento por toda la costa en direccion á Tetuan. Cuatro lanchas cañoneras, remolcadas por vapores, protejen el movimiento, y hacen algunos disparos sobre el enemigo. Este, en número de unos tres mil hombres, sigue á una distancia respetable la operacion de nuestras tropas, y les dispara alguno que otro tiro sin consecuencia. Concluido el reconocimiento, regresa á su campamento sin la menor novedad.

8. El general conde de Reus ejecuta un movimiento de flanco hácia Tetuan, avanzando como dos leguas tierra adentro con el objeto de protejer á los trabajadores ocupados en limpiar de malezas y hacer practicable el camino que conduce al interior.

9. Atacan los moros el campamento español, y son rechazados; pero rehaciéndose luego, vuelven á la carga en número de diez mil. Entonces el segundo cuerpo, mandado por el general Zavala, les acomete á su vez, y los desaloja por completo de las posiciones que ocupaban, causándoles una pérdida de trescientos muertos y cerca de mil heridos. La que sufrieron los españoles fué de cuarenta muertos y unos trescientos heridos.

12. Al retirarse el conde de Reus, con la division de su mando, de protejer las obras del camino de Tetuan, embisten

los moros la retaguardia, pero son victoriosamente rechazados.

15. Los marroquíes en número de 15,000 hombres, y con numerosa caballería, atacan el campamento español mientras se estaba celebrando una misa en sufragio de los muertos en campaña; pero el vigoroso avance de las tropas del primer cuerpo, los acertados movimientos de la division del general Ros, envolviendo la derecha del enemigo, y los certeros disparos de la artillería, les obligaron á retirarse precipitadamente con pérdida de 1,500 hombres, entre muertos y heridos. Nuestras tropas se batieron bizarramente, dando algunos batallones magníficas cargas á la bayoneta. De 25 á 30 muertos, y unos 150 heridos costó á los españoles esta victoria.

17. Los enemigos atacan vigorosamente el centro y la derecha del cuerpo de ejército del general Prim, que estaba protejiendo las obras del camino de Tetuan, y á algunos batallones de los del general Ros, que apoyaban el movimiento del conde de Reus, pero son rechazados victoriosamente en todos los puntos de la línea.

En la noche de este dia sufrieron nuestros soldados el temporal mas desecho de cuantos habia pasado en el inhospitalario suelo africano. Torrentes de agua se desprendian de las nubes, mientras los furiosos huracanes que bajaban por las gargantas de Sierra Bullones arrancaban las tiendas, haciendo que desde el general en gefe hasta el último soldado, sufrieran por espacio de muchas horas el agua y el viento sin tener donde guarecerse.

20. De siete á ocho mil moros acometen contra la derecha de nuestra línea en el campamento, mientras unos mil caballos y dos mil infantes embestian contra la izquierda; pero atacaron todos con menos vigor, fueron batidos en todas direcciones, y hubieron de retirarse en desórden despues de haberles causado gravísimas pérdidas nuestra artillería

22. Los marroquíes atacan, pero débilmente, el cuerpo del ejército del general Quesada. Queda concluido el camino de Tetuan hasta los Castillejos.

25. Numerosas fuerzas enemigas atacan el campamento del general Ros; pero las obligó á emprender una precipitada fuga, dejando en el campo mas de cuarenta cadáveres vistos, y esperimentando considerables pérdidas.

29. La escuadra española bombardea los fuertes situados á la entrada de la ria de Tetuan, apagando todos sus fuegos y volando é incendiando uno de los fuertes. En el campamento, los moros atacan un batallon de la division de reserva, y cargan con numerosas fuerzas sobre la derecha del tercer cuerpo, siendo victoriosamente rechazados en todos los puntos con gravísima pérdida. La nuestra no fue mas que de sesenta heridos y algunos muertos.

30. Son atacadas por el enemigo las grandes guardias del campamento del general Ros. Tres batallones, al mando del general Turon, refuerzan la derecha amenazada por el enemigo, y este tiene que retirarse con grandísimas pérdidas, rechazado de nuestras trincheras.

Enero de 1860.

Dia 1.° Toma nuestro ejército la ofensiva emprendiendo la marcha hácia el interior. El enemigo, fuerte de unos cuarenta mil hombres, al mando de Muley-Abbas, trata de oponerse al paso en Castillejos, donde se traba un reñido combate El impetuoso arrojo de la division Prim, el heroismo de este general, y el oportuno refuerzo de ocho batallones del segundo cuerpo, únicas fuerzas que entran en fuego, proporcionan al ejército una brillante victoria. Los húsares, con sus brillantes cargas, lograron, aunque con sensibles pérdidas, rebasar el campamento enemigo y tomar á su caballería una bandera. Tuvimos en este combate cuatrocientos cincuenta heridos, y cincuenta muertos; el enemigo mil y quinientas bajas por lo menos, y nuestras tropas acamparon en las posiciones conquistadas.

14. El general O'Donnell levanta el campo y emprende la marcha á tomar posicion en los montes de Cabo-Negro. El general D. Diego de los Rios con una division de seis mil hombres parte de Algeciras á reforzar el ejército de Africa. El

ejército se apodera á viva fuerza de los montes de Cabo Negro, donde los marroquíes tenian dos reductos. El general Prím, al frente del segundo cuerpo, verifica el movimiento, causando muchísimas pérdidas al enemígo. Es este destrozado en las alturas á la vista de Tetuan.

16. Desembarca la division Rios en la desembocadura de la ria de Tetuan, y se apodera del fuerte Martin y las baterías rasantes, en las que se hall n siete cañones de á veinticuatro y tres de á ochenta, y gran número de proyectiles. Reúnense los campamentos O'Donnell y Rios, ocupando desde el fuerte Martin hasta la Aduana de Tetuan. Al avanzar el enemigo hácia el campamento español, es batido por la division de reserva al mando del general Rubin, retirándose los marroquíes á las vertientes de Sierra-Bermeja.

23. El enemigo, en fuerza considerable, ataca los trabajos de un reducto avanzado, de donde le rechazan el general Rios, que se encierra en un cuadro contra caballería, el general García y el brigadier Villate.

31. Gran combate.—El ejército enemigo desciende al valle desde sus campamentos, y presenta una línea estensísima de batalla; es atacado por los cuerpos de los generales Prim y Rios, y batido completamente en varias cargas de caballería mandadas por el general Galiano.—Ocúpanse las posiciones enemigas.—Gran pérdida en el ejército moro.

Febrero.

Dia 3. Llegan al campamento de Guad-el-Jelú unos quinientos voluntarios catalanes.

4. Emprende el ejército español la marcha sobre Tetuan. —Llegan el segundo y tercer cuerpo frente al campamento enemigo.—Dáse una gran batalla.—Victoria completa.—Los generales Prim y Ros de Olano, al frente de sus respectivas divisiones, y al mando del general en gefe, se apoderan de todo el campamento marroquí, con ocho piezas de artillería, dos banderas, ochocientas tiendas, entre ellas la de Muley-Abbas, camellos y pertrechos de guerra.—Inmensas pérdidas

por parte de los marroquíes; las de nuestro ejército ascienden á ochocientos, entre muertos y heridos.—Los infantes, derrotados, huyen vergonzosamente.

6. La plaza de Tetuan abre sus puertas al ejército español; la bandera nacional ondea sobre las torres de la Alcazaba.—Ocúpase sin desmanes, y con el órden mas completo la poblacion.—En ella se encuentran sobre ochenta piezas de artillería y muchísimos pertrechos de guerra.

26. La escuadra española, al mando del general Bustillos, bate los fuertes de Larache.

27. Verifica la escuadra el mismo movimiento sobre Arcilla.

Marzo.

11. Los marroquíes, reforzados con numerosas fuerzas de las kabilas del Riff, atacan con ímpetu el campamento de la vanguardía española al mando del general Echagüe, y son rechazados con pérdidas muy numerosas.

22. Calmado el temporal, anuncia el general en gefe que al dia siguiente emprenderá las operaciones.

23. Se pone en movimiento el ejército.—Batalla y victoria de Gualdrás, á una legua de Tetuan. Desalojado el enemigo de todas sus posiciones, y arrollado en el valle, levanta su campamento.

Abril.

26. Se firma el tratado de paz

IV.

La familia del peregrino acompañada de Isaac y Abdel, llegaron á la corte.

Pocos dias despues Carlos y Antonio llegaban al mismo sitio con licencia.

El peregrino al cabo de tantos años que faltaba de Madrid no fué reconocido de nadie, y olvidó con harta facilidad todos los títulos que poseyó en otro tiempo.

Para él toda su felicidad estaba circunscrita á su esposa y sus hijos, y por esta razon resolvió muy prudentemente no darse á conocer de nadie, y vivir solamente para su familia.

Inmediatamente que Alberto llegó á Madríd fué á hacer dos visitas.

La una fué á su amigo Luis, el Conde de Campo Florido.

La otra en casa de los Condes de Belmonte.

Nuestros lectores, que saben ya el cariño que Clara profesaba al poeta, podrán imaginarse la impresion que le causaria el verlo.

Los condes, por su parte, tambien tuvieron una alegría infinita.

Querian á Alberto como si fuera de la familia, y durante su ausencia habian pasado algunos ratos desagradables pensando en él.

Clara estaba doblemente bella que cuando el poeta se la dejó.

La tristeza habia estampado por todo su rostro unas tintas tan suaves y tan delicadas, que era un encanto mas, añadido á los que ya poseia.

Alberto al verla sintió que aquella afeccion que habia tenido adormecida tanto tiempo, empezaba á despertarse.

Cuando salió de casa de los padres de Clara iba bastante preocupado.

Muchos dias le duró esta preocupacion.

Preocupacion que se convirtió en lucha.

Sara estaba aun presente en su pensamiento.

Pero Sara se habia hecho ya imposible para él.

Y sin embargo, él creia faltarla con amar, con desear á otra.

Pero Sara misma le habia dejado en libertad de que obrara como mejor le pareciera.

Todas estas reflexiones, todas estas ideas que se aglomera-

ban á la imaginacion de Alberto le traian asaz pensativo.

Ni el casamiento de Carlos y Eduardo, con las dos jóvenes recien bautizadas, fué suficiente á sacarle de su distraccion.

Asistió á la doble boda, y la alegría que veia resplandecer en los rostros de los desposados, casi le hacia daño.

Evitaba el ir á casa de Clara por no verla, y en las dos ó tres veces que habia estado, esquivó cuanto pudo el asistir á el teatro ó á las reuniones en que era facil poder tener alguna esplicacion con la joven.

Y él padecia con este estado escepcional.

Y al sufrir él, sufrian tambien sus padres.

Especialmente la madre que fué la que primero advirtió el pesar de su hijo.

Le interrogó con cariñosa solicitud, y por fin Alberto le reveló el estado de su alma.

Entonces Ana le aconsejó lo que la pareció mas conveniente y le consoló como solo una madre sabe consolar.

Como consecuencia de aquellos consejos que estaban muy en armonía con los deseos de su corazon, Albertó buscó un momento en que poder hablar con Clara.

Este fué, una de las noches que tenian reunion en su casa.

Una estrañeza profunda causó la entrada del poeta en los salones.

Hacía tanto tiempo que no se le veia en ellos, que todo el mundo le daba la enhorabuena por su vuelta á la sociedad.

Ya hemos dicho que el poeta habia sido el hombre á la moda de la Corte.

Joven y hermoso, con un nombre debido á su talento, las mugeres le habian mirado con una predileccion marcada, y los hombres le habian envidiado.

De las que mas se habian alegrado al verle aquella noche fué indudablemente Clara.

Sus megillas se enrojecieron, y su mano tembló ligeramente al contacto de la mano del poeta.

V.

Alberto tenia necesidad de hablar con la hija de los condes de Belmonte.

Aprovechó la primera ocasion, y la suplicó le concediese un wals.

La pobre niña, trémula de felicidad, enlazó su brazo con el brazo del joven.

Pocas palabras se trocaron entre ambos.

Momentos despues se lanzaban sobre el pavimento á los cadenciosos compases de la música.

El poeta estrechaba con fuerza el esbelto talle de la joven.

Ambos gozaban de una dicha inmensa, desconocida hasta entonces para los dos.

Sus corazones palpitaban el uno junto al otro.

Sus alientos casi se confundian.

Y las luces, en su titilar inquieto, las cien parejas que á sus lados pasaban, y la armonía de aquella música, ora lánguida y suave, ora sonora y agitada, todo hablaba de una manera elocuente á sus corazones, y los hacia desear que aquel wals fuese interminable.

Para dos almas que tienen alguna predisposicion á unirse, el wals es una corriente eléctrica que acelera su union.

Cuando concluyeron de bailar, casi podemos decir que ambos jóvenes se habian comprendido.

Se asomaron á uno de los balcones que daban al jardin, y el poeta preguntó á Clara.

—¿Leyó V, mis memorias?

—Sí, le contestó aquella débilmente.

—¿Y cree V. que soy digno de compasion?

—No, toda vez que tiene V. lo que todo hombre debe de

ambicionar, un corazon de muger que le pertenezca por entero.

—Veo, Clarita, que no leyó V. con detencion mi manuscrito; si ese corazon lo tenia, no era el corazon que yo necesitaba.

—Muy exigente es V. señor poeta, repuso la jóven haciendo un esfuerzo por sonreirse.

—Hablemos con franqueza, Clara; aquel amor murió ya para mí; creo que recordará V. la última parte de mis memorias, y la carta que la incluia, ¿ha cumplido V. lo que en ella la pedia? ¿Me ha olvidado V ?

—¡Oh, no! contestó Clara con rapidez.

—Gracias, Clara mia, ese acento me ha dado un rayo de esperanza; lejos de V. la vida me era un suplicio, pero tenia que cumplir un deber, y aunque mi alma se hiciera pedazos, no tenia mas remedio que cumplirlo; ya hecho esto, vuelvo á V. con el ánsia infinita del que entrevee el paraiso y no sabe si podrá penetrar en él; cuanto en mi carta la decia á V. se lo repito ahora, amo á V. y espero su contestacion.

Clara no sabia, no podia decir nada.

El esceso de su misma ventura turbaba su lengua.

Ruborosa y palpitante inclinó la vista, y una lágrima tembló en aquellas pupilas.

Lágrima dulce, tierna, suave, consoladora, porque era la espresion fiel de su felicidad..

El poeta seguia con avidez todos sus movimientos.

Adivinaba lo que pasaba en su alma, y su corazon tambien se estremecia de gozo.

Pero sin embargo, ansiaba una respuesta categórica, y la preguntó.

—¿Nada me contesta V. Clara? ¿Sería yo tan desgraciado que V. no me amase?...

La joven tampoco dijo una palabra.

Pero fijó sus ojos de una manera tan elocuente en los de Alberto, que este leyó en ellos cuanto cien palabras juntas no hubiesen sido suficientes á esplicar.

Aquella silenciosa contestacion, fué el iris de la dicha del poeta.

Cuando aquella noche abandonó el baile, su corazon iba perfectamente dilatado.

Amaba y era correspondido.

La felicidad de que disfrutaban sus hermanos, tambien le habia reservado algunos de sus deliciosos frutos.

Dentro de poco tiempo tal vez podria saborearlos por completo.

EPILOGO.

En que el autor pone en conocimiento de sus lectores las últimas noticias que ha podido adquirir respecto á algunos de sus personages..

I.

Antes de empezar los últimos renglones de nuestra obra, las últimas noticias adquiridas sobre algunos de los personages de ella, tenemos que dar una nueva harto triste para nosotros, asi como tambien para nuestros lectores.

La mayor parte de estos ya la sabrán, pero sin embargo, *El Honor de España* tiene necesidad de consignarla en sus páginas.

Hablamos de la muerte del general Rios.

Cuando escribiamos las entregas anteriores habia esperanzas de salvarle segun el dictamen de los facultativos, pero contra todos los deseos, esta opinion no se ha realizado.

Ateniendonos á ella, dirijimos como casi todos los periodicos de la córte, que continuaba bastante mejorado y que se confiaba en su salvacion.

Mas por desgracia el dia nueve del mes actual, el inhospitalario suelo africano, contaba con una victima mas, y la patria con un valiente de menos.

El Excmo. Sr. D. Diego de los Rios, gefe del cuarto cuerpo del ejercito falleció en Tetuan.

No habian podido acabar con su existencia las balas, ni los peligros del campo de batalla, y las enfermedades, fueron á concluir con él cuando su vida era por decirlo asi la vida de Tetuan.

Nosotros hemos sentido un dolor inmenso al saber su muerte.

La España entera tambien, porque el general Rios se habia hecho acreedor á su cariño.

Nosotros acompañamos en su profundo pesar á la viuda y á los huerfanos del valiente caudillo, y con nosotros toda la nacion.

Su recuerdo queda grabado en casi todos los corazones, y este el monumento mas grande, que á su memoria se puede levantar.

II.

Ha pasado un mes desde los últimos acontecimientos.

Estamos en una quinta deliciosa, situada entre los pintorescos cármenes de Granada.

Son las últimas horas de la tarde.

Por entre las deliciosas calles del jardin se ven pasear tres parejas, que al encontrarse alguna que otra vez cruzan entre sí una palabra de cariño, ó una sonrisa, y prosiguen su paseo.

En uno de los cenadores, cubiertos de jazmines y yedra, habia otra pareja tambien que contemplaba con delicia á los que paseaban, y que cuando los oian hablar ó los miraban sonreir, se sonreian tambien.

Los que estaban sentados en el cenador eran el peregrino y su esposa.

Los que paseaban, Zelim ó Eduardo y Zaard, Carlos y Ester, y Alberto y Clara.

Hacia seis dias que estos últimos se habian casado.

El peregrino habia comprado aquella posesion, y con todos sus hijos se habia ido á aquel retiro delicioso.

Los condes de Belmonte habian acompañado á su hija hasta la quinta, y á los dos dias habian continuado su marcha hácia Paris.

Clara habia sentido la ausencia de sus padres.

Pero la quedaba su esposo, á quien amaba con toda la fuerza de su alma.

Los otros dos hermanos eran amados de la misma manera.

Así es que las tres parejas eran completamente felices en aquella soledad, porque el amor no quiere ni necesita testigos.

Unicamente tenian á sus padres, pero estos eran testigos demasiado indulgentes, y se tomaban una parte muy activa en la dicha de sus hijos.

De pronto se escuchó á lo lejos el rumor de un carruaje que se acercaba.

Ana se levantó de su asiento, y volviéndose hácia su esposo, le dijo.

—Ya están ahí sin duda Antonio y Angeles.

Y dirijiéndose hácia sus hijos,

—Alberto, dijo, ya me parece que llegan nuestros amigos.

—Es verdad, contestó este, Juan á abierto la verja para que entre el carruaje. Vamos, Clara mia, vamos, hermanos, vamos á dar un abrazo á Antonio.

Y dicho esto toda la familia abandonó el jardin para ir á saludar á los recien llegados.

III.

Antonio se habia unido al fin con Angeles.

Céspedes habia empeñado su palabra y no tenia mas remedio que cumplirla.

El banquero quiso que sus hijos fuesen á Paris con él, y al dia inmediato á su boda, una silla de posta los llevaba á Granada con objeto de abrazar á sus amigos, segun les habia prometido y desde allí irian á Málaga, donde se embarcarian para Marsella.

Antonio y Carlos, segun la voluntad de sus respectivas familias, habian pedido sus retiros para descansar en el hogar doméstico de tantas penalidades como habian sufrido en la campaña.

La madre del joven militar y su hermana, habian gozado y gozaban con la felicidad de su hijo.

El banquero quiso que tambien acompañasen á los recien casados en su viage, pero la viuda se escusó con lo avanzado de su edad, y se quedaron en Madrid.

Todas aquellas parejas dichosas tuvieron un momento mas de alegría al volverse á ver.

Los padres formaban un grupo aparte, que contemplaban con delicia á sus hijos, y gozaban con sus risas y sus placeres.

Roque tambien parecia haberse rejuvenecido ocho ó diez años.

Iba y venia con una actividad estraña, y mas de una vez sus ojos se fijaban en sus señoritos con una espresion de inmensa ventura.

A la mañana siguiente Céspedes y su familia volvieron á emprender su viage, y los habitantes de la quinta se quedaron solos y libres otra vez, para disfrutar la dicha que tantos disgustos y tantos pesares les habia costado.

IV.

Digamos cuatro palabras sobre el invisible.

El mismo dia en que se embarcaron todos sus huéspedes con direccion á las playas españolas, penetró en la estancia de Zobeiba, donde hacia tantos dias que no habia penetrado.

La mora estaba furiosa.

Habia llorado mucho, y lo peor que tenia, era que su mal no podia curarse.

Ella hubiese deseado estar frente á frente de Cárlos para ver si de esa manera conseguia resucitar en aquel, el antiguo cariño que tan feliz la habia hecho.

Pero la prohibicion de Pedro, la exasperó.

Los primeros dias estuvo frenética, pero los restantes fué su dolor mas tranquilo aunque sin disminuir su intensidad.

Ibrahim entró en su cuarto.

Las megillas de Zobeiba se enrojecieron con el fuego de la cólera, y hasta hizo un movimiento para lanzarse sobre él.

El invisible siguió contemplandola con su calma glacial.

Cuando estuvo cerca de ella la dijo.

—Levántate sultana, levántate y mira aquel barco que se divisa á lo lejos.

Zobeiba hizo lo que el caballero la decia.

Se asomó á una de las ventanas y efectivamente, casi perdido ya entre las sombras del horizonte, se veia el brik donde iban nuestros antiguos conocidos.

Volvióse hácia Ibrahim y le preguntó.

—Qué quieres decirme con eso?

—Que en ese barco se aleja la última esperanza de tu amor.

La mora empalideció estraordinariamente.

—Esplícate, esplícate mas claro, le dijo anhelante.

—Tu amante Cárlos, vá en mi buque con su amada Ester,

que convertida al cristianismo, será su esposa inmediatamente.

—Oh!...

Y las venas de la frente de Zobeiba se hincharon de una manera tal que parecia que se querian romper.

Sus labios se agitaron sin poder pronunciar palabra alguna.

Sus ojos se dilataron, y estendiendo los brazos hubiese caido al suelo, si el invisible no hubiese adelantado los suyos para sostenerla.

La cabeza de Zobeiba quedó sobre el hombro de Ibrahim.

Este la contempló algunos instantes de una manera indefinible.

Despues con un acento que respiraba una pasion infinita dijo.

—Oh!... mia, mia, para siempre!

Y delirante, loco, frenético, posó sus escandescidos labios sobre los de Zobeiba.

V.

¿Y Sara, y Benjamin? preguntarán nuestros lectores.

Poco muy poco, es lo que á eso podemos contestarles.

Sin embargo, vamos á verlos por última vez, en la presente obra.

Mas tarde, cuando las circunstancias nos lo permitan, en la segunda parte de *El Honor de España*, los volveremos á encontrar.

. . . .

Estamos en uno de los pintorescos bosques que crecen en las faldas de las montañas del Riff.

Bosques impenetrables donde jamas planta humana se ha estampado, crecen las yerbas en todas direcciones, y arbustos y plantas forman cortinas sobre cortinas, y barreras insuperables, que solo à fuerza de trabajo y de tiempo se pueden salvar.

Sin embargo, descendiendo por la parte de la montaña á cuyo pie crece y se estiende el bosque, se encuentra una pequeña vereda que á pesar de los obstáculos que la misma naturaleza presentaba, era mas practicable, y mas accesible que todos los demas puntos del bosque.

Sigamos por esta senda, hasta que un arroyo que se desprendia de las vertientes de las montañas nos interrunpa el paso.

Subamos hácia la izquierda siguiendo la corriente de él, y nos encontraremos con algunas piedras, que nos permitirán atravesarle.

Continuemos nuestro camino por el bosque, y llegaremos á un sitio donde las ramas entrelazadas espesamente nos intercepten el paso.

Observemos con detencion aquella especie de muro, y veremos que á pesar del cuidado con que están enlazadas las ojas, se advierte el reciente paso de un cuerpo humano.

Tratemos tambien nosotros de franquear semejante valla, y nos encontraremos en una especie de gruta, formada por las espesas copas de dos ó tres árboles, cuyos troncos se unen entre si por multitud de plantas que hay enredadas en ellos.

Por el otro lado de la gruta un pequeño arroyuelo, se desliza silencioso, refrescando toda aquella parte del bosque.

El sol no podia penetrar en la gruta.

Ojas sobre ojas, y ramas entre ramas, formaban una cortina impenetrable para los ardientes rayos del sol.

En el fondo de la gruta sobre un monton de ojas secas, se veia una muger.

Era Sara.

Estaba sola, y parecia asaz preocupada.

Ya no era aquella muger rica de hermosura y cuyo rostro resplandecia doblemente con el amor infinito que sentia hácia el poeta.

Solamente en su semblante, sus ojos habian conservado la brillantez.

Pero esta tenia algo de fatídico, algo de terrible.

No eran aquellas miradas ardientes, inmensas impregnadas de voluptuosidad y de placer.

De sus pupilas se desprendia un rayo ardiente sí, pero siniestro, aterrador.

Un rayo en que se leia una amenaza constante.

Sobre su frente, se veian algunas arrugas, que en su plegado misterioso, ocultaban sérios proyectos de venganza.

Sus megillas habian empalidecido estraordinariamente.

Un círculo amoratado rodeaba sus ojos, y en dias habia adelgazado de una manera particular.

Sentada sobre las ojas, sus manos de marfil sostenian su cabeza ajada algun tanto, pero encantadora todavía.

Una lágrima brilló en sus ojos.

Lágrima muy amarga, porque era la de su profundisimo dolor.

Despues sacó un medallon que llevaba al cuello, y contempló un retrato que habia en él.

Era el de Alberto.

Las lágrimas siguieron deslizándose silenciosas á su vista.

En aquel llanto iba envuelta toda una historia de dicha y de ventura.

Un suspiro se exaló del pecho de la hebrea.

Era el mudo adios que daba á aquellos tiempos que jamás volverian para ella.

Un ruido muy ligero que se escuchó entre las ojas la hizo ocultar inmediatamente aquel retrato, y secar las lágrimas de su rostro.

El rumor se hizo mas perceptible, y las ramas que ocultaban la entrada de la gruta, se separaron para dar paso á un hombre.

La mirada conque Sara le recibió esplicaba perfectamente los sentimientos de su alma.

En ella habia repugnancia, asco, si se nos permite decirlo así, y sobre todo una espresion de ódio implacable.

El hombre que habia salvado la barrera de ojas y ramas, era Benjamin.

VI.

El hebreo era siempre el mismo hombre asqueroso, bajo, y astuto.

Sus ojos, miraban con recelo á todas partes, y por fin se fijaron en Sara.

Traia en la mano, una especie de cesta, donde se veian algunas provisiones.

Depositó su carga en el suelo, y se sentó frente á la jóven, limpiándose el sudor que corria por su semblante.

Algunos momentos se pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

Al cabo de ellos, Benjamin, se dirigió hácia ella y la dijo.

—Come.

La hebrea sin contestar, tomó un pedazo de pan negro, y duro, como la mayor parte del que hacen en el Riff, y cuyo modo de fabricarlo ya hemos dicho en otro lado, y acompañado de algunos huevos cocidos, se lo comió tranquilamente.

El mármol no seria tan impenetrable como el semblante de Sara.

Benjamin la estuvo contemplando, y cuando concluyó de comer la dijo.

—Vamos, veo que por fin te has decidido á comer, y tienes razon, es mucho mejor conserbarse la vida que tratar de quitársela.

—Es que desde hace dos dias he comprendido que necesito vivir, contestó con una calma espantosa la judia.

—Eso se llama pensar como se debe.

—¿Y á que no sabes que ha hecho nacer en mí el deseo de vivir?

—El instinto de la propia conservacion.

—Te equivocas; no es eso.

—Entonces...

—Es que he comprendido que debo vengarme.

—De quién?

—De tí.

—De mí?

—Sí; ¿acaso crees que tus ofensas han de quedar impunes?

—Ja... ja... ja... pobre muger! dijo el judío con un acento de irónica compasion.

—No tan pobre como tú te crees.

—Pues en qué te he ofendido yo?

—¿Y me lo preguntas aun? dijo Sara coloreandosele ligeramente las megillas.

—Si; te lo pregunto porque todo cuanto yo he hecho es una cosa muy natural.

—Así como mi venganza tambien lo es.

—Yo te evitaré el que la lleves á efecto.

—Una muger tiene siempre á su alcance cien medios para conseguir lo que desea.

—Y cuando un hombre conoce perfectamente á esa muger tiene tambíen otros cien medios para desbaratar todos sus proyectos.

—¿Crees que el haberme arrebatado mi felicidad, no ha de costarte muy caro?

—Ta... ta... ta... tu felicidad!... ¿y acaso hay en el mundo alguien que pueda llamarse feliz? dijo Benjamin.

—Yo lo era con el amor de Alberto, de Alberto á quien adoro con la misma fuerza con que te aborrezco á tí.

—Aborrecimiento que me importa lo mismo que si me amases.

—Eres un miserable!... gritó Sara con cólera.

—Eso mismo me lo han dicho algunas otras personas antes que tú, repuso con un cinismo estraño el jorobado.

—En fin, acabemos de una vez; ¿qué piensas hacer conmigo?

—Mucho quieres saber.

—Y tengo para ello un derecho.

—Pero yo soy muy complaciente, y voy á decírtelo.

—Habla.

—Vas á volver al harem del emperador de Marruecos.

El corazon de Sara se estremeció de dolor.

Era aquella una de las humillaciones porque aun la faltaba que pasar.

El jorobado continuó.

—Eres mi esclava, y tengo derecho á venderte al señor que mejor me pague tu posesion.

—Dices eso de veras?

—Ya lo creo; ahora mismo vamos á emprender el camino hácia Mequinez, y allí de seguro que el proveedor del serrallo del Xeriffe, me dará algun dinero por tí.

Esto era superior á las fuerzas de la hebrea.

Inclinó la cabeza un momento anonada por la infamia de aquel hombre.

Despues la levantó.

En sus párpados temblaba una lágrima.

Pero no rebosó de ellos, y con voz perfectamente contenida, respondió.

—Está bien, es una partida mas que tengo que añadir á la cuenta que me debes.

—Cuenta que se quedará sin saldar probablemente.

—Quién sabe!...

—Oh! encerrada tú en el harem, son demasiado altas sus paredes para que las puedas escalar.

—Pues ten muy presente que saldré; que te buscaré donde quiera que te halles, y que mi venganza será tan horrible, como tus crímenes.

—Y cuando sucederá eso?

—No te digo el dia, pero llegará.

VII.

Habia tanta seguridad en el acento de la judía que Benjamin, no pudo menos de estremecerse.

Sin embargo se repuso, y dijo levantándose del suelo.

—Conque, vamos, preparate á marchar, ya has tomado fuerzas, y hasta la capital tenemos que andar bastante.

Sara no dijo una palabra.

Se levantó y se dispuso á seguir al judío.

Se dirigieron hácia la entrada de la gruta, y las ramas volvieron á separarse para dejarles paso.

—Anda delante, dijo Benjamin á Sara.

Esta obedeció, y durante algun tiempo no hablaron una palabra.

De esta manera llegaron á el arroyo de que hablamos al empezar este párrafo.

—Salta por esas piedras, la dijo Benjamin

—Tengo miedo, repuso la hebrea, pasa tú delante.

—¿Crees acaso que te vaya á ahogar.

—Quién sabe!...

—Desecha todo temor, te guardo para que me valgas mas

—Bien no importa, pasa tú delante de mí.

El jorobado puso el pie sobre la primera peña, y empezó á atravesar el arroyo.

Sara no le siguió.

Aprovechándose de su momentánea distraccion, hechó á correr siguiendo la corriente del arroyo.

Cuando Benjamin se apercibió de su fuga ya le llevaba alguna distancia.

Un rugido de cólera se exaló de su garganta.

Y emprendió una carrera desesperada tras la jóven fugitiva.

El deseo de escaparse del poder de su tirano, prestaba fuerzas á la hebrea.

El deseo de recuperar á su víctima prestaba alientos nuevos al hijo del Cheg de Mequinez.

Y ambos corrian de una manera frenética.

El sudor corria por sus rostros, y las fuerzas de ambos se gastaban.

De pronto siguiendo el curso del rio, se hallaron fuera del bosque.

A su frente se alzaba una montaña herizada de rocas y malezas.

Sara no vaciló y empezó á subirla.

El hebreo siguió tras ella.

De pronto á lo lejos, sobre la cumbre, la judía divisó algunos hombres.

Reunió todas sus fuerzas, y comenzó á pedir socorro.

Aquellos la oyeron, y fijaron sus sorprendidas miradas en las dos personas.

La hebrea se detuvo, y siguió llamando.

Entonces los hombres hicieron algunos movimientos para acercarse en su auxilio.

La detencion de Sara, dió á Benjamin una ventaja inmensa.

La pobre muger contempló con espanto, que sus salvadores tardarian demasiado en llegar.

Quiso hechar á correr otra vez, pero sus piernas se negaron á obedecerla.

Benjamin llegó á su lado.

Vió que los hombres se acercaban, y haciendo un esfuerzo supremo, enlazó con sus brazos el talle de la jóven, y la levantó del suelo

Esta quiso gritar, pero la mano del jorobado, la oprimió fuertemente la boca.

Una lucha desesperada se empeñó entonces entre los dos.

Pero esta acabó con las fuerzas de Sara.

Volvió á desmayarse, y una sonrisa de triunfo vagó por los delgados lábios del judio.

Miró hácia donde estaban aun los hombres que venian á so-

correr á la jóven, y comprendió que era necesario tomar un partido.

Empezó á descender con su carga por la montaña, y momentos despues se perdió por el bosque.

Cuando los montañeses llegaron ya no vieron á nadie.

Penetraron en el bosque, lo corrieron en todas direcciones, y no pudieron dar con los que buscaban.

VIII.

Benjamin soportaba con una fatiga inmensa la carga de Sara.

Unicamente su fuerza de voluntad, le sostenia.

Fuerza de voluntad que en todas las acciones de su vida le habia dominado, y que le habia dado por fin, la posesion de la hebrea.

Sara con el fresco de la bóbeda de verdura que formaba el bosque empezó á recobrar los sentidos.

En seguida que se vió en los brazos de su verdugo hizo algunos esfuerzos para desasirse de ellos.

Estos esfuerzos necesariamente habian de agotar las fuerzas del jorobado.

Incapaz de sostener mas tiempo á la jóven la dejó en el suelo.

Habian llegado á una especie de plazoleta que formaba el bosque.

Tres caminos desembocaban en ella.

Estos eran diferentes que las demás sendas impracticables de que ya hemos hablado á nuestros lectores.

Mas anchos y menos obstruidos, permitian el paso de dos personas, y las copas de los árboles se elevabon á una altura que permitia el paso de un hombre á caballo.

Benjamin comprendió todo el peligro que habia en permanecer en aquel sitio.

Sara en cuanto se vió libre trató de lanzarse sobre el hebreo.

Pero este se hizo dos pasos atrás, y sacando del pecho dos pistolas, apuntó á la jóven diciéndola.

—Elige, entre seguirme, ó perder la vida al primer movimiento que hagas.

La hebrea se detuvo aterrorizada.

La vida para ella representaba la venganza.

Y esta venganza la era muy necesaria.

Estas razones la hicieron detenerse, y contestar.

—No temas, me resigno, has ganado dos partidas, pero guardate de la tercera.

IX.

En este momento por una de las calles que desembocaban en la plazoleta, se sintieron los pasos de un caballo.

Sara y Benjamin volvieron la vista al mismo tiempo.

Ambos exhalaron dos gritos de espresion diferente.

El de Sara espresaba una alegria inmensa.

El de Benjamin por el contrario, una rabia terrible.

Los dos habian conocido al invisible.

La hebrea estendió los brazos hácia él.

—Socorro Ibrain, ¡socorro! gritó con toda la fuerza que la prestaba el deseo de librarse de su verdugo.

—Calla, muger, calla, ó mueres.

Y las pistolas volvieron á apuntar las sienes de la jndia.

Ibraim habia escuchado aquel grito aunque no entendió lo que decia.

Vió dos personas, y no pudo conocerlas.

Pero si adivinó algo de estraordinario, y espoleó vigorosamente á su corcel.

Benjamin se dirigió á Sara y la dijo:

—A la menor palabra que hables, á el menor ademan que observe, la vida desaparece de tu cuerpo.

La hebrea, aquella muger que jamas habia temblado tuvo miedo.

Es verdad que antes afrontaba todos los peligros con valor, porque se trataba de salvar á Alberto.

Pero ahora que este objeto habia desaparecido, Sara tornaba á ser la muger débil y llena de temores.

La fisonomía satánica de Benjamin la causaba miedo.

Y trémula, temblorosa, casi sin aliento, se dejó caer en tierra, y con espantados ojos se preparó á ser testigo de la escena que iba á pasar.

Benjamin, corrió á esconderse entre las malezas del bosque.

Ibraim entretanto avanzaba rápidamente.

Conforme la distancia que de la judia le separaba se habia ido disminuyendo, la habia podido conocer.

Su corazon habia palpitado de alegria, y apresuró el paso de su cabalgadura.

Poco terreno le separaba ya de la muger á quien queria salvar, cuando una detonacion resonó en el bosque.

El caballo se detuvo asombrado, y el invisible llevándose las manos al pecho vaciló un instante, y cayó á tierra pesadamente.

Entonces se separaron bruscamente las ramas, y Benjamin se presentó en la plazoleta.

Estaba estraordinariamente pálido.

En su mano tenia las pistolas.

Una estaba descargada.

Su bala habia atravesado el pecho de Ibraim.

Sara al oir la detonacion, y la caida de el hombre en quien confiaba, dió un grito de angustia, y se cubrió el rostro con las manos.

Benjamin contempló con una sonrisa de triunfo á su víctima, y la dijo.

—Eha, en marcha, tambien he ganado la tercera partida.

Y cogiéndola bruscamente por el brazo, la hizo levantarse,

y acercándose al caballo del invisible, que permanecia al lado de su amo, subió en él, colocó á Sara delante de sí, y momentos despues se alejaban á galope por el camino que habia traido Ibrahim.

En cuanto á este, quedó tendido en tierra arrojando torrentes de sangre, por la herida que tenia en el pecho.

X.

La tarea del novelista ha terminado en esta primera parte.

No asi la del historiador.

Muy sucintamente nos hemos ocupado del general Rios, y creemos que nuestros lectores no nos perdonarán esta falta.

Por su desgraciada muerte, se ha hecho doblemente acreedor á el interés de toda la nacion, y toda ella creemos que veria con gusto algunos antecedentes biográficos sobre dicho señor.

Pero el corto espacio de que ya podemos disponer nos impide dar su biografía circunstanciada.

No nos atrevemos á cansar á nuestros lectores, pues ya nos hemos estendido en *El Honor de España* mas de lo que habiamos pensado, y solo muy ligeramente vamos á tratar de el general Rios desde que puso el pie en el suelo africano.

Aunque el último en llegar al teatro de la guerra no ha sido el que menos parte ha tomado en ella.

En la batalla de Tetuan, la parte confiada á su custodia era por decirlo así la llave de toda la accion, y él supo responder dignamente de la confianza que en sus conocimientos habia depositado el general en gefe.

El primero en penetrar en Tetuan, fué tambien de los primeros que entraron en accion en la célebre batalla de Gualdras.

Como gefe del egército de ocupacion, sus disposiciones hicieron que la ciudad del Guad-el-Jelú recobrase su calma, y su antiguo aspecto, con algunas modificaciones europeas.

La nacion entera aplaudia la eleccion que el general O'Donnell habia hecho, para su representante en Tetuan, y nadie podia imaginarse que llegara un día en que tuviera que llorar su prematuro fin.

Pero la muerte en su tenebroso libro habia señalado el término de la vida del valiente caudillo.

Esas enfermedades que tantas bajas han ocasionado en nuestro egército han venido á aumentar el número de sus víctimas, con la del general Rios.

Como militar fué un modelo de abnegacion valor y lealtad.

Como cristiano ha sido tambien un modelo en esos momentos supremos en que el hombre va á atravesar el pórtico sombrío de la eternidad.

Las palabras que dijo á su confesor horas antes de espirar, demuestran bien claro lo que mas arriba hemos dicho.

«La Religion, y su ministro que es usted» dijo el agonizante á su confesor, «son mi consuelo en este momento terrible; confio en Dios que me salvará y me siento muy fortalecido y animado para presentarme tal vez dentro de pocos momentos ante la presencia de un Dios tan justiciero como bueno y misericordioso.»

Como el general presentia perfectamente, á las pocas horas, el alma habia volado de su cuerpo, á otra mansion donde Dios en su inmutable é infalible justicia le tendria ya señalado su puesto.

XI.

El general Turon, hacia ya algunos dias que se habia encargado del mando de las tropas.

Hé aquí lo que dijo en la órden general de la plaza dada el dia 9 de Julio con motivo del fallecimiento del general Rios.

Soldados. Vais á rendir los últimos honores al que fué

vuestro general: en él habeis perdido un jefe tan afectuoso como justo, tan severo de exigir en cada cual el lleno de los deberes respectivos, como en cumplir los suyos, y de ello acaso sea una prueba inequívoca su prematuro fin; la Reina y la patria han perdido tambien un entendido y leal servidor, que deja no pocos y dignos ejemplos que imitar. Yo uno mi profundo sentimiento al que estoy cierto embarga hoy los corazones de todos vosotros, y mi mayor anhelo será reemplazar cumplidamente al que vamos á honrar por última vez.—Turon.

Creemos tambien que la eleccion del citado Sr. Turon, ha sido muy bien acertada.

Hemos visto algunas cartas fechadas en Tetuan en estos últimos dias, y en todas ellas se hacen grandes elogios tanto de este señor como de las tropas que están bajo su mando.

Igualmente los marroquíes tambien se portan perfectamente con nuestros soldados, y entre unos y otros reina la mejor armonia.

Las enfermedades han disminuido mucho, y felizmente el estado sanitario es bastante bueno.

Y eso que al recobrar la poblacion su caracter monico, ha vuelto la inmundicia, á llenar las calles.

Pero, á pesar de este elemento tan contrario á la salubridad de una poblacion, Tetuan sin embargo, de contener en su recinto infinitamente mayor número de habitantes que nunca, cuenta menos defunciones que otros años por esta misma época.

Quiera Dios que no vuelvan nuestros valientes á ver diezmadas sus filas por ese enemigo mas terrible que las balas africanas, y contra el cual no hay elementos posibles para luchar.

PLANTILLA

para la colocacion de las làminas de esta obra.

ERRATAS NOTABLES.

Página 659 línea 21 dice «*doce*», y debe decir «*nueve*»
Página 659 línea 22 dice «12 *de Enero de* 1848» y debe decir «12 *de Enero de* 1851.»

